



EL
VAGABUNDO

MARIANA MORENO LANDERO

El Vagabundo

Mariana Moreno Landero



Primera edición: junio 2018

ISBN: 978-84-1331-859-2

Impresión y encuadernación: Editorial Círculo Rojo

© Del texto: Mariana Moreno Landero

© Maquetación y diseño: Equipo de Editorial Círculo Rojo

© Imagen de cubierta: depositphotos - Denisapro

Editorial Círculo Rojo

www.editorialcircularojo.com

info@editorialcircularojo.com

Impreso en España - Printed in Spain

Nota a los lectores: Esta publicación es una novela de ficción y contiene opiniones e ideas de la autora. Su intención no es la de explicar ninguna filosofía en particular, sino únicamente mostrar un modo diferente de ver las cosas que nos suceden en la vida.

Ninguna parte de esta obra puede ser reproducida por algún medio, sin el permiso expreso de sus autores. Círculo Rojo no se hace responsable del contenido de la obra y/o las opiniones que el autor manifieste en ella.

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra (www.conlicencia.com; 91 702 19 70 / 93 272 04 47).

Primera parte

1

La vida le preguntó a la muerte:

¿Por qué la gente me ama, pero te odia a ti?

La muerte respondió: Porque tú eres

una hermosa mentira, y yo soy una dolorosa verdad”.

Yared

Quince años antes...

Me encuentro fuera de mi cuerpo y veo el mundo desde una perspectiva diferente. Siento que soy ligero, carezco de forma y no me afecta la gravedad. A pesar de todo, no tengo miedo porque puedo verlo todo desde otra realidad. ¿Qué hago aquí? ¿Quién soy yo? Mi cuerpo está sobre una camilla, pero mi conciencia, que sigue siendo yo, sigue pensando y existiendo, mientras observo asombrado la carcasa que antes me representaba. El mundo físico que me rodea sigue siendo el mismo, pero ya no soy yo, aunque existo. Poco a poco, voy comprendiendo que ya no vivo dentro del cuerpo que hay sobre la camilla, que mi tiempo ha pasado.

Mi capacidad visual y auditiva es muy aguda. Puedo verlo todo, escucho las conversaciones e incluso pensamientos ajenos a mí. Soy un espectador. Y sé que el jefe del equipo médico está desanimado, la voz de sus pensamientos es desalentadora, aun así, insiste en reanimarme durante unos minutos más. Pero... ¡Yo me siento tan bien! Puedo ir y estar con quien quiera, ¡incluso puedo estar en varios sitios a la vez! No existe ninguna barrera que me detenga y es una sensación maravillosa.

Ahora me encuentro observando los cuerpos sin vida de mis abuelos, los cuales están cubiertos por una sábana. Sé que “ellos”, la verdadera esencia que los hacía tan especiales para mí, no están dentro de esos cuerpos inmóviles. Y es curioso que no me sienta apenado.

De pronto, con un leve cambio de intención, me traslado rápidamente a la estancia donde está mi familia. Veo a los personajes que representan a mis padres en esta vida. Están hablando con un señor mayor y canoso que tiene cierto aire compungido. Les está transmitiendo la noticia de la muerte de mis abuelos. Mi madre llora y mi padre la abraza con cariño. Él también está

triste, pero trata de mantener cierto control en la situación. Después, mi padre pregunta por mí, y siento que hay mucho miedo en su pregunta. El médico se muestra evasivo. Mi madre lo mira con ansiedad e insiste con más determinación.

—¿Cómo está mi hijo?!

Mi hermano pequeño Nicolás está pálido y parece que pierde el equilibrio. Se sienta en un banco algo apartado de los demás, y hunde la cabeza entre sus manos dejando caer el cuerpo hacia delante. No le veo la cara, pero sus hombros se sacuden. Sé que está llorando. Mi hermano mayor, Gregori, se acerca a mi madre. Observo que no se ha afeitado. Siempre lo hace desde que empezó a salirle un fino bello por su rostro, pero hoy no. Pone la mano sobre el hombro de mi madre, como para transmitirle ánimos.

—Hay que esperar —les dice el médico—. Su pronóstico es muy grave.

Lo más increíble de todo es que a pesar del drama que veo, yo no estoy triste. ¡Es tan grande la sensación de bienestar que tengo! Soy calma absoluta, soy paz, soy conciencia que abarca el todo. No siento apego por mi cuerpo, ni por mi familia, ni por nada. ¡Me encuentro tan bien! La claridad de las respuestas que estoy recibiendo me deja totalmente abrumado. Ignoro quién me da tanta información, pero el entendimiento me sobrecoge. De repente, todo tiene sentido, y se me hace inverosímil que antes esa comprensión fuera tan difícil de conseguir. ¡Es todo tan obvio! Comprendo que cada uno de los encuentros que he tenido durante mis quince años de vida, crean el cuadro total de mi existencia. Soy consciente de hasta la menor de mis decisiones y de la repercusión que tuvieron. ¡Es increíble! No solo sé cómo me afectaron a mí las vivencias, sino que tengo pleno conocimiento de cómo les afectaron también a los demás.

¿De dónde viene tanta claridad? Es como encajar la última pieza de un gran puzle y saber que nada está en manos del azar. Entiendo que la vida abarca lo que conocemos e incluso lo que desconocemos, cada cual, con su color, con su esencia y sus diferentes expresiones, cada animal, planta, ser humano, montañas, ríos, estrellas, planetas, todo el conjunto de lo que existe forma un maravilloso conjunto que se entreteje con hilos invisibles, uniéndose unos a otros. Nada escapa de este inmenso tapiz de información y conocimiento. Y lo más asombroso es saber que en realidad todos somos Uno. ¡Guau! No he tenido nunca esta sensación de poder, de ser tan grande y de tener la ilimitada capacidad de abarcarlo todo, como si siempre hubiera

existido y siempre fuera a existir. Me veo abrumado por un sentimiento indescriptible de aceptación incondicional. Es como si mis miedos y temores fueran sustituidos por la reconfortante sensación de plenitud que me embarga.

Aparecen presencias conocidas para mí. No tienen formas definidas, pero sé exactamente lo que representan. Veo a mis abuelos y a gente que ha compartido un tramo del camino en mi vida terrenal. No hay juicios, no hay preguntas, todo se sabe, pero a la vez, no interesa nada más que lo que se siente en este momento tan especial. Lo importante ya está conmigo, con todos nosotros. No hay barreras, solo un inexplicable amor.

Una luz atrayente en forma de túnel aparece ante mí y me siento tremendamente atraído por ella. Es como si recordara que estoy en casa. Mis abuelos me acompañan y yo me siento explotar de amor y paz en cuanto atravieso ese túnel. Entonces sé que me estoy acercando a una energía y vibración tan alta y amorosa que no tengo palabras para describir la abrumadora paz que me transmite. Una voz sin sonido me habla con dulzura a través de mi conciencia. Me dice que este conocimiento no es solo para mí, sino para toda la humanidad y que aún no estoy preparado. Las otras entidades se van y yo me quedo solo.

Sé que mi decisión de regresar no es por propia preferencia, simplemente siento que debo abandonar este lugar, eso es todo. No hay razonamiento, no hay imposición, es más bien una necesidad. Y de repente me voy, me voy...

Mi repentino regreso al mundo terrenal me deja sin habla. Necesito tiempo para saber qué es lo que ha pasado. Estoy en una estancia llena de tubos y máquinas que controlan mi cuerpo. Todavía tengo la sensación de que no pertenezco a este lugar y deseo volver al sitio donde sentí tanta seguridad. Me cuesta adaptarme. ¡Me siento tan pesado y torpe! Parpadeo dolorosamente y siento las limitaciones de mi propio cuerpo. Vuelvo a ser el yo de esta época, con una identidad, con una familia y con una historia. Mi mirada se pasea por toda la estancia mientras me doy tiempo para asimilar mi nuevo estado. Mis ojos se detienen en el cuerpo que representa a mi madre, la cual duerme en una posición muy incómoda. Le acaricio el rostro con mi mirada. Tiene el cuello doblado y su cabeza cuelga de forma extraña. Observo sus ojeras, su demacrado rostro y el reflejo de su cansancio. Me sobrecoge una inexplicable sensación de agradecimiento que provoca que mi corazón se sacuda con violencia por la embriaguez de mis sentimientos. Mi respiración se acelera y en mi interior explotan emociones de ternura y amor. Entonces las

máquinas que están conectadas a mi cuerpo advierten, con un desagradable ruido, la alteración de mis constantes. Mi madre abre los ojos sobresaltada y después me mira sorprendida:

—Cariño... has despertado —susurra emocionada.

Llora en silencio. De hecho, los dos lloramos, pero lo hacemos por amor. ¡Es tan extraño explicar el sentimiento que me domina! Me hubiera gustado gritar de felicidad, explicarle lo que siento, hacerle entender lo que somos. Pero me siento impotente, rodeado de limitaciones físicas, mentales y verbales. ¿Cómo poder describir un sentimiento tan embriagador si nunca se ha experimentado? ¿Cómo detallar tus sensaciones cuando nunca las habías sentido con esa intensidad?

Las enfermeras rodean la cama donde permanezco inmóvil y mi madre se pierde entre tanta gente, pasando dolorosamente a un segundo plano.

—¿Puedes oírme? ¿Yared? ¿Recuerdas lo que te ha pasado? ¿Cómo te sientes?

Me miran las pupilas, me tocan, me hacen muchas preguntas, pero yo no deseo contestar. Estoy trastornado y dolido al verme nuevamente en este mundo lleno de ruidos y de formas. No existen palabras para transmitir el alto estado de conciencia que recuerdo. Carezco del lenguaje necesario para poder explicar las vivencias y sensaciones de un lugar donde solo vibra lo positivo. Está muy lejos de ser una alucinación. Ha sido tan real o más que cualquier acontecimiento vivido antes. Ahora, por fin, todas mis preguntas han sido respondidas. Mi nueva vida comienza.

2

“Cuando siento una terrible necesidad de religión, salgo de noche para pintar las estrellas”.

Vincent Willen Van Gogh (1853-1890) Pintor holandés

Yudica

Mis ojos vuelven a llenarse de lágrimas. Una noche más sin poder dormir. Doy vueltas por mi habitación como un animal enjaulado, sintiendo que la presión en mi pecho no se alivia a pesar de que trato de ignorar mi malestar con estrategias de despiste mental. ¡La cabeza parece que me va a estallar! El dolor que siento en las sienes me martillea con persistencia, hecho que me hace sudar. En mi interior siento impotencia y muchas ganas de llorar. Es como si una mano invisible me oprimiera el corazón y jugara con él a la pelota. Y como siempre me pasa en estos casos, me invade un irrefrenable deseo de querer huir de mi casa, de escapar de estas paredes que se hacen cada vez más estrechas y no me permiten respirar. ¿Por qué tengo esta sensación de ahogo constante?

Salgo de mi habitación sin hacer ruido y trato de amortiguar los pasos para que nadie de mi familia me oiga. Bajo las escaleras poco a poco, parando en cada escalón y agudizando el oído para captar algún movimiento ajeno a mí. Miro la puerta que accede al jardín con cierta urgencia, como si esa fuera la barrera psicológica que me liberara de mi estado de ánimo.

Al salir, la cierro tras de mí con mucha suavidad. ¡Ah! Aspiro profundamente. Una bocanada de aire frío entra en mis pulmones y el aroma del jazmín que crece junto a la puerta me envuelve. El terreno espacioso que me separa de los límites de la finca me ofrece algo de tranquilidad, pero todavía siento deseos de alejarme de aquí. Sorteó el jardín y la piscina con sigilo. Cuando mis pies tocan por fin la carretera, me animo a correr tanto como mis piernas me permiten. Mis deportivas resuenan en las calles empedradas del pueblo y las farolas dibujan mi silueta con caprichosas sombras sobre el empedrado. Atravieso el pueblo recorriendo sus calles solitarias. Mis ojos miran la lejanía de un bosque frondoso en el que me gusta

evadirme del mundo y me otorga la paz que busco. Mi intención siempre ha sido esa.

Este verano descubrí este mágico y especial lugar, y desde entonces aprovecho cualquier momento para escapar a él. Una vez que accedo a la protección de sus árboles, mi ritmo de carrera decae. Mis pulmones piden más aire, así que me detengo un momento para serenarme. Dejo que mi pulso se ralentice poco a poco y sigo caminando lentamente mientras trato de tranquilizar mi agitada mente. Aspiro el aroma inconfundible a tierra. ¡Ah, qué agradable! Mi mirada se detiene en cada árbol, en cada detalle, en el increíble cielo estrellado que se ve entre las altas ramas de la arboleda, en la enorme luna que refleja la luz justa para romper sigilosamente la oscuridad... Me siento pequeña ante la inmensidad del cielo. Tan pequeña, pero con tan grandes problemas. A medida que pasan los minutos, logro sentir la energía que esos seres vivos desprenden de su corteza. Saboreo el silencio y los misteriosos sonidos del bosque, la soledad... ¿Por qué no permanece siempre esta sensación de paz en mi interior? Debería estar acostumbrada a gestionar mis sentimientos, a sobrellevar mis impulsos y tomar las riendas de mi vida sin sentirme presionada, sin tener en cuenta los convencionalismos que me ahogan.

Desafortunadamente, mi vida se ha convertido en un despropósito. Lo sé. Siento que todo se está acelerando y que estoy corriendo hacia un callejón que no parece tener ninguna salida, sabiendo con seguridad que me voy a estrellar y que ni siquiera tengo puesto el cinturón de seguridad. ¿Cómo he llegado a este punto? ¿En qué momento perdí el control?

Yo fui una niña muy deseada por mis padres ¡Al menos eso es lo que me han dicho! Me gustaba preguntar, inspeccionarlo todo, vivir con cierto punto de locura y rebelarme ante lo que consideraba injusto. También he tenido una vida llena de comodidades y lujos gracias al rentable negocio de papá. Él se llama Tomás Yerby. Pero todo el mundo le llama señor Yerby. Parece ser importante para él eso de poner “señor” delante de su apellido. Es gestor inmobiliario y posee muy buen olfato para los negocios. Es el punto de referencia de toda mi familia, la inspiración, el orgullo ante el éxito, la fuente de valores y moral que toda persona debería seguir. Todos lo admiran y quieren, y según proclama con orgullo, nunca olvida un favor y tampoco lo niega.

Con los años y cuando mis padres menos lo esperaban, vimos desbordada

nuestra felicidad al aumentar el número de integrantes de la familia, con la llegada de mis hermanos mellizos, Gara y Jonay. Yo misma elegí los nombres, aunque mi madre nunca estuvo de acuerdo. Pero mi padre accedió a darme ese capricho. Considero que son nombres bonitos, tanto como ellos.

Después del nacimiento de mis dos hermanos, dejé de ser una “monada” para convertirme en una rebelde. Mis padres siempre pensaron que mi comportamiento era consecuencia de los celos y a una exagerada forma de llamar la atención. Pero yo simplemente quería experimentarlo todo por mí misma, me rebelaba ante lo que consideraba injusto y nunca oculté mi particular forma de ver las cosas. ¡En fin! Mi vida se fue complicando a medida que fui creciendo. Primero fue la llegada de la crisis en que el país fue envuelto. La época de decrecimiento influyó en mi padre, quién se asoció con un conocido inversor en finanzas que debe más su éxito a su herencia que a sus inversiones. Se hacen llamar los señores Jones. Esta familia es muy popular entre los que se mueven por la alta sociedad, esa “jet set” apartada del populacho, privilegiada y sin conciencia de lo que puede significar las privaciones o la falta de dinero. El glamur, las fiestas y el dinero son todo lo que conocen. Son personas ricas de nacimiento y con una educación refinada, terratenientes con grandes herencias y que lograron amasar una importante fortuna. Ese mundo mueve mucho dinero y a mi padre, al conocerlos, le convino su asociación con ellos. La verdad es que siempre han hecho verdaderos esfuerzos por integrarse en esta nueva sociedad y que sus hijos también lo hicieran, pero yo siempre me he resistido. Inevitablemente, todo empezó a cambiar. Nuestra familia se vio envuelta en fiestas frívolas, cenas y reuniones casi diarias. Recuerdo que tuve que refinar mi forma de hablar, de comportarme, de mostrarme en público, de decir solo lo adecuado y callar lo inapropiado. La integración fue para mí demoledora y asfixiante. Y mi famosa rebeldía pasó a transformarse en un gran problema.

Con el paso de los años, la familia Jones formó parte de nuestra vida diaria. Sergio es el hijo único del socio de mi padre, y recuerdo que era un adolescente encantador y amable, pero sobre el que recaían todas las ilusiones y proyectos de sus padres. Los hombros de ese precioso muñeco siempre han tenido una excesiva carga de responsabilidades. Pero es adorable. ¿Para qué negarlo? Llama la atención por donde quiera que pasa, tan guapo, de rasgos suaves, pelo rubio y cautivadores ojos azules. ¡Un auténtico adonis! Sabe comportarse correctamente en cualquier situación, siempre tiene la sonrisa

perfecta, el comentario ideal, el silencio prudencial tras la pregunta cortés. ¡Todo el mundo lo adora! ¡Si hasta mi propia familia está hechizada por su encanto! Comparada con Sergio, yo soy el polo opuesto.

Así que a medida que crecí, no resultó extraño que me dejara seducir por la atención e interés que Sergio demostró tener en mí. No recuerdo muy bien cómo empezó toda esta historia, pero nuestras familias siempre han hecho lo imposible para unirnos. Es como la masa de un pastel, primero se mezcla, se espera el tiempo justo para que fermente y se mete en el horno a medio fuego para que no se queme. Así que primero fue un beso, después una cita, una cena romántica, un fin de semana... ¡Sergio se mostró siempre tan encantador! Me embrujó con su arte de decir lo que se quiere escuchar, con su sonrisa enigmática, me conquistó con sus modales, sus atenciones continuas y su educación refinada. Cuando iba a buscarme a la universidad, siempre se mostraba muy social y simpático con mis amigas. Fuimos haciendo planes, y yo me fui dejando llevar. Mi familia se entusiasmó ante la idea de vernos como novios. ¡Estaban encantados! El ambiente familiar cambió por completo y de pronto, se empezó a considerar mi opinión. Fue entonces cuando mi madre dejó de censurarme o criticarme y pareció sentirse por primera vez orgullosa de mí. Comenzamos a hacer planes como dos buenas amigas y aunque sea triste reconocerlo, mi relación con Sergio ha hecho posible que yo me sienta querida por ella. ¡Qué pena!, ¿verdad?

Pero los cambios sufridos han sido tan fulminantes que yo me he visto envuelta en una situación que nunca he logrado entender. No sé muy bien cuál ha sido la semilla que ha hecho crecer esta sensación de ahogo, pero desde que nuestra relación sentimental y futura boda se publicó en diversas revistas de “curiosidades” románticas, mi vida personal dio un giro inexplicable. De pronto, parecemos despertar un gran interés social y día a día he sido invadida por periodistas, fotógrafos y demoleadores comentarios sobre mis actividades. Ahora todos parecen tener el derecho de dar su opinión sobre nosotros. ¡Patético! Esta es una de las cuestiones que no logro comprender. Se habla constantemente de mí, y no por hacer algo digno de admiración, sino porque siempre sucede alguna cosa que escandaliza a la opinión pública. Mi deterioro social ha ido en aumento, y reconozco que no me siento orgullosa de eso. Pero lo que más me asombra de toda esta situación es que cuanto más escandalosa es mi popularidad, más cautivado está Sergio conmigo. ¿Cómo puede ser posible? Sé que la presión social y familiar ha desquebrajado mi relación

sentimental con él. A toda esta situación hay que añadir su enfermiza obsesión y control por todo lo que hago, digo y pienso. Esta situación me precipita a la agobiante sensación de asfixia perpetua. Se ha metido tanto en mi vida y en mis proyectos personales que un día desperté sintiéndome totalmente acorralada. ¡Dios!, ¡solo tengo veintidós años y no he tenido ocasión de experimentar nada fuera de mi familia y de mi relación con Sergio!

Mis divagaciones me han despistado y me he adentrado mucho en el bosque. Es espeso y su abundante arboleda oculta el reflejo de la luna. Mientras trato de orientarme, siento una especie de escalofrío que recorre mi columna vertebral. Agudizo el oído. ¿Hay alguien más aquí? Mi instinto me advierte que no estoy sola. Siento “algo”, que me advierte que estoy siendo observada. Pero a mi alrededor solo hay oscuridad. Fijo mi mirada en las tenues luces del pueblo que me guían como referencia y me siento sobre un tronco dispuesta a relajarme. No quiero marcharme todavía y menos por un sentimiento absurdo. Durante estos últimos días he escuchado rumores en el pueblo. Y rápidamente ha llegado a todos los oídos la noticia de que un vagabundo se ha instalado en el bosque. Quién es y qué hace aquí es un misterio. Nadie parece haberlo visto, pero todos hablan de él como si lo conocieran. Cuentan historias bastante increíbles, pero curiosamente yo no me siento atemorizada, por lo que las divagaciones sobre mi atormentada vida retornan raudas a mi mente.

Soy consciente de que tengo sentimientos contradictorios, estoy viviendo una vida que no me gusta y me siento culpable por pensar así. No encuentro un solo instante de paz interior entre las paredes de mi casa y la sensación de presión aumenta cuando Sergio me llama constantemente, me controla a extremos enfermizos y trata de tenerme continuamente a su lado.

Este verano nos habíamos alejado de los centros turísticos por mi propia decisión. Se lo pedí a mi padre con el oculto deseo de poder tranquilizarme antes de la boda. Pero la desazón me invadió al enterarme que mi futura familia política y mi novio nos acompañarían. Mi propia madre se encargó de enumerar las ventajas de poder estar ambas familias juntas.

—No te entiendo, Yudica, deberías estar contenta de poder preparar los últimos detalles de tu boda. ¡Tienes suerte, te vas a casar con un hombre muy deseado y vas a ser muy envidiada!

Cuando escucho esos comentarios, no puedo evitar sentirme la persona más desagradecida del mundo. ¡Lo tengo todo, y no soy feliz! Realmente

Sergio es un hombre muy admirado, pero lo que todos desconocen, es que ese ángel tan apuesto se transforma cuando le domina el miedo a perderme. Sí, reconozco que su comportamiento se está volviendo más violento y agresivo. Las ocasiones en las que pierde el control convirtiéndose en alguien desconocido para mí, se están repitiendo con más frecuencia. Cuando eso ocurre, le tengo miedo. Con el tiempo he aprendido a soportar su brutalidad verbal con resignación. Después se muestra arrepentido, me pide perdón y me abraza y besa como un niño asustado. Entonces mi miedo da paso a la compasión, y le perdono una y otra vez, sintiendo que soy yo la única culpable de hacerle tan infeliz.

De pronto, vuelvo a sentir un leve escalofrío y me giro bruscamente. ¡Aquí hay alguien! Estoy segura. Pero el espesor del bosque es demasiado denso y no me atrevo a introducirme en su interior por temor a perderme. Así que me abrazo a mí misma para recuperar el calor de mi cuerpo y reempiendo el camino de vuelta. El temor que crece en mi estómago es demasiado fuerte como para permanecer por más tiempo aquí. Y lo más triste es que no temo al extraño personaje que me está mirando, sino a Sergio. No me gustaría que se volviera a enfadar conmigo si llegara a descubrir que he vuelto a salir de mi casa a escondidas. Me moriría de vergüenza si alguien se enterara de lo que me dice cuando la ira lo domina. Prefiero pensar que no es nada inusual. ¡Todas las parejas discuten!, ¿verdad? Así que me dirijo hacia la inseguridad de mi casa, abandonando el bosque y al misterioso personaje que me observa. ¡Adiós, querido desconocido!

3

“No olvides que el primer beso no se da con la boca, sino con los ojos.”

O.R.Bernhardt Novelista alemán (1879—1951)

Yared

La observo mientras se marcha. Se abraza a sí misma y camina muy despacio. ¿Qué le atormenta? ¿Cuál puede ser la causa de sus lágrimas? Es tan joven... pero veo algo en su comportamiento, en su forma de tocar los árboles, en su mirada vidriosa, en su forma de caminar pausada y tranquila, que me llama poderosamente la atención. Sé que se ha sentido muy relajada y cómoda entre la naturaleza. He podido percibir el brillo de la curiosidad de sus ojos, la actitud de observar todo lo que la rodeaba, pero le invade un angustioso y profundo desasosiego. Es como si estuviera aterrada y no hallara el modo de encontrar una salida a su frustración. Conozco muy bien la angustia que refleja su rostro. Y no sé cuál es el motivo, pero me ha cautivado de tal forma, que no puedo evitar sentir un extraño impulso a querer protegerla. Incluso por un momento, casi flaqueo ante el deseo de acercarme. Pero el sentido común me ha detenido.

Observo la silueta de la joven perderse en la noche. Me doy la vuelta, incómodo conmigo mismo por mi absurdo interés hacia alguien totalmente desconocido, y emprendo el camino de vuelta. No me gusta el inexplicable deseo que siento al querer proteger a una extraña. ¿Por qué siento que debo conocerla?, ¿qué fuerza me hace desear encontrarme con ella?

La chica evita adentrarse en el bosque a pesar de su evidente deseo, hace bien. Este bosque es mágico y atrayente, pero también traicionero. Es fácil perderse si no se sabe andar por él. Pero para mí no hay ningún misterio. He vivido en muchos bosques y he tratado de sobrevivir en cualquier espacio que estuviera lo más aislado posible de la sociedad. Soy un solitario en busca de respuestas. Supongo que mis inquietudes no son las mismas que la de los demás. Con el tiempo he aceptado mi forma de ser y he dejado de hacerme preguntas al respecto. Aunque reconozco que al principio ha sido difícil.

Siempre he recordado los años de mi niñez como los más felices de mi vida. La evocación a esos días de juegos junto a mis dos hermanos, nuestras

risas y gritos de júbilo mientras recorríamos las calles del pueblo, siempre dibujaban una sonrisa en mis labios. También recuerdo que mi madre era una mujer religiosa, y nuestra mayor pesadilla era tener que ir a misa los domingos. Desde edad muy temprana, me incomodaba la sospecha de que alguien muy superior a nosotros nos vigilaba y nos podía castigar.

Mi padre fue el alcalde del pueblo y poco a poco se involucró en el mundo de la política. Gracias a su trabajo y a su gran responsabilidad, parecía estar exento de todo lo que mis hermanos y yo debíamos hacer. No tenía que ir a la iglesia y podía maldecir libremente sin sentir la carga emocional que implicaba ser observado por un Ser Superior. Con el tiempo, la carrera de mi padre prosperó y su mundo social fue escalando peldaños a una velocidad vertiginosa. Pero nada de eso tuvo el suficiente peso como para impedir seguir viviendo en la aldea donde parecíamos ser todos tan felices. El sitio era especial y nos ofrecía la privacidad que toda la familia deseaba.

Pero un día la desgracia entró en nuestra casa sin llamar a la puerta. Así, de repente. Cierta mañana mi madre se desvaneció sin motivo aparente. Recuerdo que pensé: “*¿Puede pasar eso?*”.

La ingresaron rápidamente en el hospital de la capital. Vivimos días interminables y llenos de incertidumbre, deseosos de que la única mujer que llenaba nuestras vidas se recuperara lo antes posible. ¡Yo estaba aterrorizado! Rezaba con angustia suplicando que se salvara. ¿Qué podríamos haber hecho mal para merecer ese castigo? Así que mi mente infantil buscaba las razones por las que merecíamos ese sufrimiento.

Finalmente abandonamos el pueblo para instalarnos en la capital, sitio mucho más accesible para ir a diario al hospital. Mi madre sufrió uno de los pocos y extraños casos del Síndrome de Guillain-Barré. Su cuerpo se quedó totalmente paralizado, su respiración era muy dificultosa y se ahogaba con su propia saliva. Todos sufrimos un cambio brutal en nuestras vidas, y tuvimos que adaptarnos a su penosa y larga rehabilitación. Tan simple y tan patético. Recuerdo la impotencia que sentí al percibir lo efímera que era la vida y lo vulnerable que era el cuerpo. ¿Eso era todo? ¡Debía de ser una broma macabra!, ¿no? Tanto trabajo, tanto sufrir, y tanta energía desperdiciada... ¡para acabar postrada en una cama con ventilación asistida y sonda de alimentación! ¿Dónde estaba el Dios al que mi madre rezaba?, ¿por qué permitía que pasara eso? ¡Algo escapaba a mi comprensión! No sabía cuál era el propósito de la vida ni su absurdo sufrimiento. Me sentí aterrado y muy

vulnerable. Llegué a sentir tanto pánico e inseguridad a cualquier agresión exterior, que me obsesioné. Mis preguntas sin respuesta me sumergieron en una creciente ansiedad que me hacía despertar por las noches gritando. Dejé de jugar y me negué a separarme de mi madre, por si volvía a caer enferma. Debía protegerla de cualquier cosa que le pudiera pasar, ya que Él no lo había hecho. Nunca más quise saber de iglesias, ni de santos, ni de fe, y viví enfadado con la vida, con Dios, con todos. Me convertí en un niño infeliz y angustiado. Mis amigos nunca me entendieron y acabaron por aburrirse de mis preguntas y de mis largos momentos de silencio. En otras ocasiones me volvía agresivo, no toleraba ningún reproche, ni advertencia, o consejo. A medida que fui creciendo y la adolescencia dejó de lado a la niñez, mi perpetua lucha contra el mundo me convirtió en un joven solitario y lleno de rencor. Era tal mi estado de ansiedad, que finalmente mis preocupados padres decidieron enviarme a la granja de mis abuelos.

Y fue allí donde hallé mi pasión, donde encontré a mi Dios particular y pude vivir en paz. Mi aislamiento, la conexión con la naturaleza y mis largas caminatas en silencio junto a mi abuelo, hicieron el efecto deseado por toda la familia. La quietud del campo, las puestas de sol, los amaneceres, la rutina diaria, las largas esperas delante de la chimenea, la sensación de que había un mundo mejor tras el velo de las tinieblas. Retornó el brillo a mis ojos, la sonrisa a mi boca y mi inquietud se transformó en una admirable curiosidad ante la vida que se abría paso. Los patos, los caballos, las gallinas y el huerto de mi abuela me mantenían ocupado la mayor parte del día y acababa exhausto por la noche. Al atardecer, mi paseo hacia la pajarera era el momento perfecto de conexión con mi abuelo, cuya pasión por las aves hizo que me aficionara a su observación y estudio. La pajarera albergaba tantas y tan variadas aves, que al principio me quedé abrumado. Esos colores, esos trinos especiales, sus costumbres, sus diferentes formas, su ausencia de preocupaciones, viviendo sus insignificantes vidas con esa pasión, tan entregados al momento. Eran seres vivos maravillosos, simples y a la vez bellos. El estudio de la naturaleza fue el único propósito que me mantuvo cuerdo y al que me aferré con ahínco. Pero a pesar de hallar un atisbo de paz en ese ambiente natural, mi mente no dejó nunca de hacerse preguntas. Para mí todo debía tener un propósito, un por qué, y a nadie le gustaba contestar preguntas incómodas. Así que formé parte de los chicos “raros” o “difíciles”. Han transcurrido años y experiencias extremas en mi vida para llegar a encontrar mis ansiadas respuestas. Pero

ahora sé cuál es mi propósito. Cuando lo tienes claro, cuando dejas de tener tantas dudas y olvidas el miedo a vivir, las cosas que te rodean son mucho más amables.

Conozco muy bien la sensación de incompreensión que esa muchacha demuestra. No sé qué le puede haber pasado, pero veo claramente la ansiedad que reflejan sus gestos, los nervios que muestra su agitada respiración, la vulnerabilidad que manifiestan sus lágrimas. También ignoro el por qué me he sentido fuertemente atraído por ella. Bien, ciertamente las casualidades no existen. Lo mejor en estos casos es dejarse llevar. Todo se reduce a eso. Así que dejo de preguntarme cosas y sigo con mi rutina sin hacer tantas preguntas. El tiempo se encargará de contestar. Siempre lo hace.

Camino hacia mi campamento perdiéndome entre la inmensidad del bosque. El río suena a pocos metros de mí. Después de algunos minutos llego al lugar donde tengo instalada mi única posesión valiosa, mi moto. Es lo único de valor económico que me acompaña. Entre un acogedor claro rodeado de árboles, se encuentra la tienda de campaña, mis accesorios de trabajo y todo lo necesario para poder subsistir durante una temporada en este bosque. El tiempo es agradable pero la noche fría. Enciendo una pequeña hoguera y me sumerjo a la observación hipnótica del fuego. El calor de las llamas me empieza a calentar. Es entonces cuando decido tocar una melodía con mi guitarra. Me hace sentir bien. Soy un hombre que aprecia su soledad, los ruidos de la noche me cautivan, mi vida libre y serena me apasiona, mi día a día fuera de las manecillas del reloj no tienen precio para mí, la observación de los animales o del proceso de crecimiento de una simple flor es un deleite para mis sentidos. Soy un observador del mundo y trato de no involucrarme mucho en él.

4

**“Solo una vez me quedé sin palabras. Fue cuando un hombre me preguntó:
¿Quién eres?”.**

Khalil Gibran (1883-1931)

Poeta, pintor, novelista y ensayista libanés

Yudica

Sergio me besa y siento una sensación extraña que me sobrecoge, ¡no entiendo nada! Hace apenas media hora, y aprovechando que estamos solos, ha vuelto a mostrar su cara oculta. Se ha transformado en un lunático ante una situación sin importancia. ¡Al menos para mí! Me gritó, insultó, y comenzó a golpearlo todo con violencia. Después me dirigió una mirada tan cargada de rabia, que temí por un momento que me pegara. ¿Cómo es posible que salgan de su boca palabras tan crueles? Con el tiempo he comprendido que no necesita un motivo justificable para sentir celos, y siempre aprovecha las ocasiones en que estamos solos para poder expulsar toda la impotencia que siente. Después, toda su rabia se evapora, y me mira con culpabilidad mientras me promete felices futuros cargados de amor. Su compromiso a ser más tolerante y darme más libertad, hace que lo vea necesitado de cariño. Siento que son momentos llenos de complicidad, ya que entiendo lo que es sentirse presionado por una sociedad demoledora. Los periodistas nos acosan en cualquier esquina y no hay circunstancia que no esté controlada por el objetivo de una cámara. Nuestra vida ha dejado de ser privada y cada titular aporta a nuestra relación más tirantez. Reconozco que nunca se me ha dado bien ser discreta. Poco importa si es verdad o no los comentarios que dicen de mí los artículos de cotilleos. ¿A quién le puede importar lo que hago o lo que digo? Pero creo que a mi futura familia política sí. Sé que su madre, la señora Jones, no ha hecho más que agravar nuestra situación de pareja y empiezo a sospechar que su única misión en esta vida es presionar a su hijo y controlarme a mí. ¡Pero si hasta nos dice cómo debemos llevar nuestra relación! Y Sergio se vuelve cada día más inestable, más inseguro e irritado. Yo, por el contrario, tengo deseos de huir, de escaparme con mis amigas, de disfrutar de una libertad que estoy muy lejos de sentir. ¡Lo llevamos fatal!

Sergio entierra su cara en mi cuello y noto su respiración y el calor que me provoca su aliento contra mi piel. Una vez más, no logro comprender por qué tengo que ser yo la que tenga que consolarlo a él y no al revés, dada nuestra última discusión:

—Te compensaré —dice por fin—. Sé que cuando nos casemos estaremos mejor. Tú y yo solos.

—Lo sé —contesto con un hilo de voz entrecortada. Dudo enormemente que eso pueda ocurrir, pero algo me hace desearlo. Puede que solo sueñe con una relación mejor, eso es todo.

—Estoy desbordado. Esa maldita prensa hablando siempre de ti... Y mi madre diciéndome qué tengo que hacer, qué tengo que pensar... no puedo soportarlo. —Y sus gestos desesperados me dan a entender que desea impedir que sus torturadores pensamientos se paseen por sus anchas dentro de su cabeza

—Ssh... ya, Sergio. No me gusta verte así. —Trato de animarle una vez más.

Borro las huellas de su enfado, esparcidas por el suelo en miles de pequeños trocitos de jarrón. Él me sigue con su mirada, pero no mueve ni un dedo para ayudarme a recoger lo que ha roto. Mi vieja amiga, la angustia, me oprime nuevamente el pecho al entender que he de inventar una excusa para explicar a mis padres el por qué vuelven a aparecer objetos rotos en el salón. Sin entender muy bien mis razones, siempre oculto las pruebas de la ira de mi novio y aliso las arrugas de sus locuras.

Observo el semblante de Sergio, hundido y abrumado, y me siento la responsable de su estado de ánimo. ¡Jolines! ¡Qué cansada estoy de todo! Necesito respirar aire fresco. Cuando termino de recogerlo todo, cojo una de sus manos para alentarle a caminar:

—¿Por qué no vamos al bosque? Allí se está muy bien y se respira mejor, y hasta podemos gritar como locos sin que nadie nos oiga. —Sergio reacciona. Levanta la cabeza y me mira sonriendo. Sus ojos reflejan admiración—. Anda, vamos a despejarnos. ¿Te animas? —insisto tirando de él con suavidad.

—Muy bien, vamos. —Y comenzamos a andar. Vuelve a su rostro la sonrisa perfecta que lo caracteriza.

—¿Así que se puede gritar? —me pregunta sonriendo.

—¡Sí!, gritaremos. Será una bonita sensación de libertad, ya lo verás. Podemos ir al río. ¡Hay uno fantástico cerca! Aunque el agua está helada.

Además —y lo miro de reojo con una sonrisa traviesa—, estoy segura de que no encontraremos allí a tu madre para controlarnos.

La risa de Sergio suena mucho más relajada. ¡Así sí que se puede disfrutar de esas pequeñas cosas que ofrece la vida! Sin presión, sin críticas, sin juicios.

Mientras nuestros pasos se dirigen al bosque, nadie podría sospechar por un solo instante que esta relación sea tan tormentosa. Ambos nos queremos, pero nos hacemos mucho daño. Parece que la línea que separa el amor del odio es tan fina, que tanto Sergio como yo la hemos pisado sin darnos cuenta. Todo son emociones desbordadas y poca serenidad interior para poder analizar los sentimientos que nos invaden. Yo creo que ambos somos conscientes de que mantenemos una relación tóxica y somos víctimas de las manipulaciones de los demás. Entonces, ¿por qué seguimos juntos? Nunca he podido contestar esta pregunta. Simplemente es así.

Cuando pisamos el bosque, cierro los ojos para tranquilizar mi mente. Siento cómo mis músculos se van relajando y mi visión se amolda a los tonos verdes del bosque. Observo la gran arboleda que nos rodea, y disfruto del festival de olores a hierbas aromáticas que invade mi olfato. Sergio me observa sin decir nada. Parece disfrutar de los momentos en que no hay nadie con quien compartirme.

—Bien, ¿tienes ganas de gritar? —le pregunto alegremente, tratando de hacerle sonreír.

—No, estoy bien. Siempre que estés a mi lado, siempre que seas solo para mí. Eres mi estabilidad. Lo sabes, ¿verdad?... Sin ti, estaría perdido.

¿Perdona? ¿Su estabilidad? Siempre he pensado que el efecto que le produzco es todo lo contrario, pero aun así no digo nada. Observo cómo se detiene y se sienta sobre una piedra. Saca un cigarro y lo enciende. La llama alumbra sus bonitos ojos azules. Aspira el humo y me ofrece el cigarro con una leve sonrisa. Pero yo no logro disimular la molestia que siento por su comentario. No deseo ser la estabilidad de nadie, ni su tranquilizante, ni su puñetera dosis de serenidad o como quiera llamarlo. ¿Pero qué soy?, ¿un tratamiento de Valeriana? ¡Por favor! No lo puedo evitar, pero sus palabras me hacen sentir una responsabilidad que no quiero tener. Pero prefiero no alterarlo. Ahora que está tranquilo, no creo que sea el momento de hablarle de confianza, o de libertad, o de hacerle entender que siempre coloca sobre mis hombros el peso de unas cadenas invisibles.

Me siento junto a él y doy una calada al cigarro aspirando con fuerza. Su brazo rodea mis hombros, y me atrae hacia él para besarme. Parece que está contento. Pero la verdad, yo no deseo besos y su pesado brazo de oso torpe me molesta, así que rompo la unión de nuestros labios con impaciencia.

—¿Qué te pasa? —me pregunta con curiosidad mientras clava su azul mirada en mí. ¡Ja! ¿Por dónde empiezo? Pero, en cambio, contesto suavemente:

—No... es que me duele la cabeza.

Me mira fijamente, como sopesando mis palabras y prosigue con voz algo monótona:

—Ha sido una buena idea venir aquí, es muy bonito todo esto.

—Sí, no está mal. —Pero mi estado de ánimo ha decaído y no lo puedo disimular. El mundo de Sergio está lleno de inseguridades y me ahoga tanto que siento la falta de oxígeno.

—Cuando nos casemos, podremos comprar una casa en este pueblo. Y cada tarde podremos dar largos paseos por el bosque. ¿Qué te parece?

Esos proyectos, de repente no me parecen tan deseables. La losa me pesa cada vez más, y después de su violenta demostración sobre cómo descalificar a una persona con desagradables adjetivos, no me gusta pensar en un mañana, no deseo dar paseos largos con él, y mucho menos comprar una casa.

—O si lo prefieres, podemos irnos al sitio ese que fuimos el año pasado. —Me mira de reojo e insiste—. ¿Te acuerdas? Ese verano lo pasamos siempre juntos. Todo era muy diferente a como es ahora... Sonreías más. Parecías ser más feliz.

—¡Oh! ¡No empieces, Sergio! —exclamo reteniendo aire inconscientemente. Me tenso incómoda. Sé que está comenzando a sentirse molesto. Mi actitud me delata, pero es que no lo puedo remediar. ¿Cómo puedo disimular la frustración que siento?

—¿Empezar? ¡No, querida! Solo estoy hablando. ¿Sabes? —me dice tras un corto silencio—. No soy tonto, Yudica, y me doy cuenta de muchas cosas.

Aspira otra calada. Yo espero alerta, con todos mis músculos en tensión, mientras observo como hipnotizada la punta incandescente del cigarro. La conversación puede girar hacia cualquier dirección y prefiero quedarme callada. Sé que hay temas que lo irritan, y mi actitud esquivada es uno de ellos.

—A veces me da la sensación de que este futuro matrimonio es puro teatro para ti. Solo te dejas llevar por las circunstancias. —Yo lo miro con sorpresa

sin poder ocultar mi asombro—. No me mires así. Siempre he sabido que no me quieres tanto como yo deseo que lo hagas —lo dice tan serenamente que eso me mantiene más alerta.

—Pero, Sergio... ¿Cómo puedes decir eso? —le pregunto con angustia. Me siento fatal. No es mi intención que sufra nadie, y sus palabras me hacen sentir muy mal.

—No, Yudica, no trates de arreglarlo. Soy consciente de lo que sientes y eso me rompe el corazón. Si sospechara por un solo momento que me quisieras dejar, no dudaría en acabar con mi vida.

—¡Sergio! Yo no voy a dejarte, estamos juntos aquí y ahora... ¿Por qué piensas eso? —Le cojo la mano con intranquilidad. Las palabras que acabo de oír son como puñaladas. ¿Lo dice en serio?

—Te observo continuamente y sé que, si tuvieras el valor de hacerlo, me abandonarías. A veces veo tu mirada perdida en el horizonte, es... como si quisieras volar. —Se ríe, pero es una risa llena de amargura. Le vuelve a dar una calada profunda al cigarro y sigue hablando con serenidad—. Pero tranquila, sé que no lo harás. Tú eres una buena hija y nunca le harías eso a tu padre, a quien adoras, ¿verdad?

Lo miro asombrada. Angustiada ante sus palabras cargadas de amenazas, siento la necesidad de defenderme de todas las acusaciones que he oído, pero mi voz suena apagada.

—¿Por qué dices eso? No es justo... Hubo un momento en mi vida que quise hacer otras cosas, ¿es verdad! He acabado este año la universidad y sinceramente, pensé que hubiera sido una buena idea hacer un millar de cosas antes de casarnos. Pero todo eso ya pasó, y lo sabes. —Después de un breve silencio, vuelvo a argumentar con un leve hilo de voz—: Y dime, ¿qué medida utilizas para saber el cariño que se tiene a las personas?

—Yudica... no me trates como a un imbécil. Sé que me quieres, pero no de la misma manera que yo te quiero a ti. Tú eres para mí la razón de mi existencia, el sentido que le da a todo. Eres el último pensamiento que tengo al acostarme y el primero al levantarme. Pero también sé que yo no significo lo mismo para ti. Y a veces, cuando observo cómo te ríes con alguien que no soy yo, me siento el hombre más infeliz del planeta. Yo quiero ser tu sol, como tú lo eres para mí.

¡Dios mío! ¿Y qué puedo contestar a eso? Lo miro con intensidad sin saber muy bien qué decir. Después de un breve silencio en que Sergio parece

reflexionar, concluye:

—Pero no quiero que te preocupes. También sé que eres consciente que dejarme sería igual que matarme.

Sus ojos se clavan en mí como si fueran dos puñales cargados de un sutil chantaje. Espera pacientemente mi reacción. ¿Me está amenazando?

—Porque lo sabes, ¿verdad? —insiste con delicadeza.

—Sí. —Acabo por contestar en voz baja.

Sergio acaba por darle la última calada a su cigarro y tira la colilla para pisarla poco después con fuerza. Parece dolido, sí, pero tranquilo. ¡Enhorabuena! Yo estoy de los nervios, pero... ¿qué importa cómo me pueda sentir? Intuyo que mis sentimientos no cuentan nada en esta relación. Sergio me observa con atención mientras aparece una leve sonrisa en sus labios. Y yo sé por qué. ¡Le encanta verme frágil y aterrorizada, cuando contrariamente, me considera una persona fuerte!

—No te preocupes, tu secreto está a salvo conmigo. Seremos muy felices, ya verás.

¿Por qué no me transmite ningún cariño su abrazo? Me vuelve a besar, esta vez no me resisto. Estoy anulada y en mi interior siento miedo.

En esos momentos se oye el rugido de una moto. Algunos pájaros salen volando de las ramas, y el silencio del bosque es sustituido por el ronroneo ronco del motor del vehículo que se va acercando a nosotros mientras sorteaba hábilmente los árboles. Ambos miramos hacia el desconocido. ¡La moto es impresionante! Grande, negra y plateada, con un diseño precioso de estrellas y planetas sobre el carenado. A los lados cuelgan unas grandes maletas de cuero con cierre. El desconocido se detiene a nuestro lado y el ruido del motor cesa para dar paso al silencio del bosque. El hombre baja el pedal y la moto cede ante la ausencia de su peso, se yergue y observo que es alto, fuerte y con el cabello negro y largo atado descuidadamente en una especie de coleta. Me quedo embobada advirtiendo el nacimiento de su barba, tan negra como su cabello, el chaleco y la camiseta blanca que oculta un torso ancho y fuerte. Unos tejanos muy desgastados perfilan sus piernas largas. Tiene puestas unas gafas de sol, y con un leve movimiento de su mano derecha, se las quita con despreocupación mostrando unos enormes ojos oscuros. Su mirada llama poderosamente mi atención. ¡Vaya! ¡Qué hombre más impresionante! ¿Pero de dónde ha salido? Ambos nos levantamos de nuestro provisional asiento para

saludarle. Y yo no puedo dejar de observar esos ojos que parecen decir tantas cosas.

—Buenos días, pareja. Bonito día para disfrutar de este lugar. —¡Vaya voz! ¿Locutor de radio, tal vez? Me sube de repente un extraño escalofrío por la nuca.

—¡Hola! Sí que es un bonito día. Y este es un sitio precioso. —Sergio le ofrece la mano con su habitual y encantadora sonrisa. Está educado para comportarse adecuadamente ante cualquier situación, siempre cortés y ofreciendo su lado angelical. ¡Es tan amable que deja cautivado a cualquiera!

—Soy Sergio, y ella es mi futura esposa, Yudica.

Ambos hombres se estrechan la mano. El desconocido también tiene una bonita sonrisa. Ante mi ensimismamiento, Sergio me reprende al instante.

—Querida, ¿no saludas? —Sin tiempo para reaccionar, tiendo mi mano como un autómatas y siento que nuestro contacto es más largo de lo normal, ¿o estoy alucinando?

—Hola, Yudica. Así que futuros marido y mujer ¡Felicidades! —Y su negra mirada vuelve a repasarnos, primero a Sergio, después se detiene en mí.

—Gracias —responde Sergio con orgullo.

Siento que me taladra con sus negros ojos, y sin saber cuál puede ser el motivo, me siento tímida. Para mi horror, noto que me sonrojo. Así que disimulo mi desasosiego preguntando con urgencia:

—¿Te conozco de algo? —¡Quién sabe! Quizás esta extraña sensación tenga un motivo justificable. Podríamos haber coincidido en algún evento, alguna reunión de la universidad o fiesta. ¡Qué sé yo!

—No lo creo, me acordaría de tus ojos. —¡Uf! Esa es una contestación muy peligrosa estando a mi lado Sergio, así que, tratando de quitarle importancia, vuelvo a preguntar rápidamente:

—¿Vives en este pueblo?

—No, solo estoy de paso por unos días. ¿Y vosotros?

—No, ¡qué va! Hemos alquilado unas fincas a las afueras del pueblo. En realidad, tratamos de desconectar de la ciudad antes de la boda —contesta Sergio con orgullo. Me vuelve a coger de los hombros con, ¿propiedad? El extraño clava sus ojos en los míos con descaro. ¿Por qué hace eso? Sergio empieza a estar incómodo, se le nota. Ha visto algo, y estoy segura de que sea lo que sea, no le ha gustado nada.

—¿Te alojas por aquí cerca? —Trato de cortar esta situación que percibo

tensa, con la intención de desviar la atención hacia otro tema.

—Tengo mi propia mansión por aquí.

—¿En un pueblo cercano? —Sergio se interesa al momento. Hay palabras claves que mi novio adora. Y “mansión” es una de ellas.

—¡No!, aquí mismo. —Y señala hacia el bosque con satisfacción. Ambos miramos hacia esa dirección, y al instante sé de quién se trata. Entonces todo encaja. Es como un *clic* que escucho en mi cabeza. Este desconocido es el misterioso vagabundo que vive en el bosque, esos son los ojos que me observaban la otra noche, él es la presencia que sentí. Miro a Sergio, y sé que todavía no entiende su explicación.

—¿Eres tú el vagabundo que duerme en el bosque? —le pregunto, aprovechando la incompreensión de Sergio.

—¡Pero, Yudica! ¡¿Cómo se te ocurre preguntar eso?! —Sergio lo mira algo azorado y enseguida me disculpa—. Perdónala. A veces se comporta como una cría sin modales. Por cierto, tienes una moto muy bonita. ¡Es impresionante!

—Sí, es un pequeño capricho que me he permitido tener —dice, dándole unos golpecitos a la moto con orgullo. Después vuelve a mirarme. Se lo toma con calma. ¡Jolines! Si hace eso muchas veces más, algo se puede liar—. Y contestando a tu pregunta, jovencita, sí, duermo en este bosque. Al menos por unos días, pero no soy ningún vagabundo.

—No lo he dicho con ánimo de ofenderte —me excuso rápidamente con incomodidad.

—Y te aseguro que no lo has hecho —me contesta mientras se acomoda sobre la moto, como dispuesto a seguir contestando a mis preguntas.

—¿Estás acampando en una tienda de esas...? —le pregunto con extrañeza. De pronto ha crecido una nube de misterio alrededor de este personaje, e innumerables interrogantes se agolpan en mi cabeza. ¿De qué vive? ¿Qué puede mover a una persona a acampar en un inmenso bosque alejado de todo y todos?

—Sí, esa es la idea. —Advierto que asoma una bonita sonrisa en su rostro. Parece que se divierte.

—¿Estás de vacaciones o algo así? —le vuelvo a interrogar con curiosidad.

—Más bien algo así— me responde con otra enigmática sonrisa—. He quedado aquí con un amigo y hasta entonces me quedaré una temporada. Este

es un lugar precioso y esconde bonitos rincones.

—¿Sueles vivir de esta manera? —Más pregunto, y más misterio rodea a este personaje.

—Yudica, esto parece un interrogatorio. ¿Quieres dejar de comportarte como una cría? —interrumpe Sergio. Lo ha dicho amablemente, pero sé que vuelve a sentir ese descontrol que lo domina cuando advierte mi interés en alguien que no es él.

—No me molesta, tranquilo. Solo estamos hablando. Y respondiendo a tu pregunta, Yudica, sí, depende de lo que surja. Hoy estoy aquí, mañana... ¡quién sabe!

—Debe ser maravilloso conocer tantos rincones del mundo. —Estoy fascinada y empiezo a imaginar lo que puede significar vivir sin sentir lazos asfixiantes, entregándote totalmente a lo que deseas hacer, conocer gente, vivir la vida de forma tan diferente... Debe de ser una sensación de plena libertad.

—Pues no creo que tú seas capaz de aguantar mucho tiempo sin dormir en tu cómoda cama. O sin poder disfrutar de esos largos baños que te gustan tanto. —Sergio logra que baje de las nubes con su sabotaje dialéctico. Mi curiosidad ha hecho que me olvide de él y eso nunca lo permitirá.

—Necesitarás dinero para viajar tanto, ¿no? —Sergio lo ha preguntado con amabilidad, pero detrás de su pregunta hay una clara crítica. Pero parece que al extraño no le importa lo más mínimo, simplemente sonríe y contesta con naturalidad:

—Tú lo has dicho, se necesita dinero. Para viajar, para comer, para vivir... El sistema está montado así.

—¿Qué haces? ¿Pulseras y collares para vender? —No puedo evitar preguntarle como si fuera una niña. Por un momento, siento que me comporto como mi hermana pequeña Gara, curiosa y llena de preguntas.

La risa del vagabundo resuena en todo el bosque. ¡El vagabundo! Así lo llamo, aunque a él no parece gustarle. Me gusta su risa, suena muy bien, ¡y parece tan despreocupado! Su posición es relajada y llena de seguridad, sus brazos cruzados y apoyado levemente sobre su moto, como si dispusiera de todo el tiempo del mundo.

—Bueno, Yudica. ¡Ya está bien! No seas tan chismosa. —La voz severa de Sergio hace que el contacto visual que ha habido entre el desconocido y yo se rompa. La magia se va. Mi curiosidad se ha convertido en otra palabra muy desagradable para mis oídos. “Chismosa”. ¿Por qué me siento tan dolida? Así

que agacho la cabeza avergonzada. Sergio siempre consigue hacerme sentir así, como alguien pequeño e insignificante. Percibo su incomodidad a mi lado. Este encuentro y las pocas frases que hemos compartido con el vagabundo ha sido desagradable para él. Entonces soy consciente de que por un momento me he olvidado de su presencia y ahora está molesto.

—Lo siento, todo esto es muy interesante, pero nosotros tenemos muchas cosas que hacer. —Sergio me coge de la cintura y tira de mí con posesión, dando a conocer con claridad la relación que hay entre nosotros. ¡Mierda! ¿Se habrá enfadado mucho conmigo? Sergio apremia el momento, se quiere despedir con urgencia, y ofrece su mano al vagabundo para romper con esta situación enseguida.

—Hasta pronto.

El vagabundo se levanta de su provisional asiento y se la estrecha.

—Adiós, Sergio. Me ha gustado conocerte —le responde con una sonrisa amable.

—Igualmente. Vamos, querida, se nos ha hecho muy tarde.

Siento la negra mirada del vagabundo sobre mí. Sin explicación ninguna, estoy nerviosa. Mi estómago está contraído y mi corazón palpita con violencia.

—Adiós —digo aparentando frialdad mientras le tiendo mi mano. Pero para mi sorpresa, noto que mis mejillas se sonrojan. ¡Pero qué tonta soy! Parezco una colegiala de quince años. Quiero disimular lo alterada que me siento, pero estoy de los nervios...

—Mejor, hasta luego. Espero que nos volvamos a ver —me contesta él con esa voz grave y profunda. Me estrecha la mano y el contacto parece perderse en el tiempo. La sonrisa del vagabundo es correspondida por la mía al instante. ¡No lo puedo evitar, es como si me hubiera embrujado! Pero enseguida siento que Sergio tira de mí con urgencia. Caminamos deprisa sorteando los árboles, como si estuviéramos en una carrera. ¿Acaso huimos? Solo acierto a mirar levemente hacia atrás. El vagabundo permanece de pie junto a su moto y su mirada vuelve a cruzarse con la mía. Pero no puedo volver a mirarle, pues tengo que concentrarme en no perder de vista el suelo para no tropezar, aunque sé que sus ojos me siguen observando. Conozco muy bien esa sensación. Solamente cuando estamos fuera de su campo de visión y la espesura del bosque impide que el contacto visual continúe, el cosquilleo en la nuca cesa.

Seguimos el camino empedrado que nos lleva al pueblo. El silencio entre Sergio y yo empieza a considerarse preocupante. No hay ningún comentario, ninguna palabra... ¡Seguro que se ha molestado! Espero con temor su reacción, deseando no volver a defenderme por algo que no he hecho, ni de sentirme nuevamente culpable por ser como soy. ¿Qué le gustará de mí, si todo lo que hago o digo parece contrariarle? Esto de las relaciones de pareja es un rollo. Nunca pensé que fuera tan complicado.

De pronto, Sergio se detiene en seco y me mira con dureza. Sus ojos azules parecen dos puñales de hielo cargados de ira reprimida. ¡Uf! ¡Parece enfadado!

—¡Eres una puta asquerosa!, ¡zorra! —Y me da una bofetada tan fuerte que hace que mi cabeza gire bruscamente hacia la dirección del golpe. Abro los ojos asombrada y me pongo la mano sobre la mejilla sin saber cómo responder a eso. Sin tiempo a reaccionar, me coge del cabello y tira hacia atrás con fuerza. Inmovilizada, busco con desesperación entender el motivo de su reacción. Me tiene tan firmemente agarrada, que ni siquiera puedo girar la cabeza. Sus ojos desprenden tanta furia, que siento un escalofrío por la columna vertebral. Vuelve a darme otra bofetada, pero esta vez mi cara no puede girar al verme inmovilizada por el cabello. Grito de impotencia y mis ojos se llenan de lágrimas. ¿Pero por qué? Me sigue cogiendo del cabello y tira hacia atrás. La postura que me obliga a tener con la espalda es ridícula, pero en estos momentos lo único que quiero evitar es más dolor. Me mueve la cabeza desde el cabello, como si sacudiese una alfombra. Pierdo el equilibrio y me agarro a su brazo tratando de no caer al suelo. El dolor paraliza mis sentidos, pero el desconcierto ante lo que me está haciendo, me ha dejado sin aliento.

—¡Ah!, ¡me haces daño! —grito sorprendida—. ¡Sergio! ¡Suéltame!

Con la mano libre, Sergio me coge la cara y me clava los dedos en las mejillas. ¡No me lo puedo creer! ¡Me está pegando! No puedo evitar sentirme confusa por todo lo que está pasando, y aunque el dolor persiste en mi cuero cabelludo y en el interior de las mejillas, me siento humillada:

—¡Nunca más vuelvas a mirar a ningún hombre como has mirado a ese andrajoso vagabundo! ¿Lo has entendido? —su voz suena a clara amenaza.

Yo asiento, aterrada por su violenta reacción. Mis lágrimas, como si tuvieran vida propia, mojan mis mejillas y solo puedo gemir como única respuesta, desesperada por verme libre de sus garras. ¡Estoy tan asustada! Mi

corazón late descontroladamente y mi respiración se ha detenido por unos segundos de puro pánico. Me suelta por fin dándome un empujón para separarme de su lado. Caigo de rodillas y choco con el empedrado de la carretera, pero soy incapaz de levantarme. Mis piernas tiemblan tanto que no podría mantenerme erguida. Parezco una flor indefensa sacudida por un fuerte viento. Sergio se limpia los dedos mojados por mis lágrimas en sus pantalones con cara de asco. La fría mirada que encuentro en su rostro me deja helada. ¿Dónde está el amor que dice que siente por mí? No logro entender la contradicción de lo que dicen sus palabras con lo que hace. ¿Acaso la violencia es una muestra de amor? ¿Es amor insultar, gritar o pegar?

—Levántate y limpia tus lágrimas. ¡Arg! Ese tío me ha puesto los pelos de punta —dice asqueado. Después de unos segundos en los que camina irritado de un lado para otro, se detiene ante mí, mientras me apunta con su dedo tembloroso.

—Óyeme bien, Yudica. Nunca más volverás al bosque —me dice amenazador. Me levanto poco a poco del suelo tratando de controlar mis tambaleantes pasos. No deseo hablarle ni tan siquiera mirarle a la cara. He aguantado insultos, chantajes, gritos, pero... ¡nunca me había pegado! ¡Dios! Y me siento tremendamente triste, la mujer más desgraciada del mundo y la menos querida.

—¿Me has oído?! —grita enérgicamente, exigiendo una contestación por mi parte. Está colérico e indignado. Yo vuelvo a afirmar sumisamente con la cabeza evitando mirarle. Me sacudo los shorts y miro las raspaduras ensangrentadas de mis rodillas con indiferencia. Es como si estuviera en estado de *shock* y fuera incapaz de creerme lo que me acaba de ocurrir. ¡Dios! Me pesa el alma de tristeza, tengo ganas de llorar, de desgarrarme por dentro, de gritar de impotencia, y de abandonarme a lo que siento en mi interior. Tengo que pensar en todo esto, pero como permanezco con aire ausente, Sergio coge mi mano y tira de mí para dirigirnos al pueblo. Y yo me dejo llevar como si fuera una muñeca rota, sin voluntad, totalmente sumisa ante una violencia camuflada por palabras de amor eterno y futuros proyectos. Después de este desagradable incidente, no vuelvo a comentar nada. Solo siento cómo mi corazón encogido de miedo se ha roto en miles de pedacitos cargados de decepción y derrota. ¡Me duele tanto todo lo sucedido! E inexplicablemente, me encuentro buscando una justificación a su comportamiento, una débil excusa que lo disculpe de su conducta. Pero lo más importante es que nadie se

dé cuenta de mi decaimiento y que todo se olvide, como si nunca hubiera pasado. No quiero que nadie lo sepa, porque para mi sorpresa, siento vergüenza.

“Aquellos que no aprendan nada de los hechos desagradables de sus vidas, fuerzan a la Consciencia Cósmica a que las reproduzcan tantas veces como sea necesario para aprender lo que enseña el drama de lo sucedido”.

Carl Gustav Jung (1875-1961)

Médico psiquiatra, psicólogo y ensayista suizo

Yudica

Están todos reunidos bajo el porche, donde mi padre asa unas chuletas en la barbacoa, mientras toma una cerveza. El calor es sofocante y ambas familias disfrutamos junto a la piscina. El día de fiesta del servicio es aprovechado por ambas familias para poder experimentar las artes culinarias de quien quiera ser voluntario. Las ocasiones en las que mi padre se queda en casa, en realidad, son muy pocas. Uno de los defectos a resaltar de él es la verdadera adicción que tiene al trabajo. Siempre tiene alguna gestión que hacer, alguna casa que vender, comprar, o promocionar.

Sin embargo, su socio ha adoptado con el tiempo su afición a dejarlo todo en manos del “experto”, tal y como él dice. Así que sus temporadas en casa son cada vez más frecuentes. En ocasiones, no sé si mi familia es consciente del parásito en que se ha transformado el señor Jones. Su cambio ha sido paulatino, pero a medida que pasan los años, frecuenta más fiestas y reuniones sociales, que la oficina donde ejerce su trabajo.

Pero hoy mi padre parece disfrutar de su tiempo libre y se ha ofrecido a asar chuletas en la barbacoa mientras todos le obsequian con los últimos rumores. Todo el pueblo está al corriente de que un extraño y peculiar visitante se aloja en el bosque. ¡Es la noticia que los mantiene revolucionados! No dejo de asombrarme de la facilidad que hay para hacer de un rumor, un verdadero chismorreo público. Yo, en cambio, he decidido tomar el sol y me hago la dormida, mientras ignoro las opiniones de Sergio respecto al peculiar personaje encontrado en el bosque. Pero no puedo evitar estar alerta a cualquier comentario que se haga al respecto. Ambas familias están muy interesadas en el asunto, hasta los mellizos Jonay y Gara se han quedado quietos para escuchar los comentarios y han comenzado a hacer preguntas al

respecto. Sergio describe al vagabundo como a un personaje realmente descuidado y sucio, evitando el detalle de la gran moto que lo acompaña. ¡Con qué arte miente! Es un verdadero artista...

—Hay que tener mucho cuidado con esa gente. —Oigo la voz chillona de la señora Jones mientras bebe su cóctel sorbiéndolo ruidosamente. ¿A eso llama ella buena educación? ¡Ja!—. Ya no hay un solo lugar en la tierra donde sentirte segura.

—Desde luego, querida, hasta en este perdido rincón del mundo viene gente indeseable. —Mi madre corrobora la hipocresía de su inseparable amiga con una de sus palabras muletilla: querida. ¡Cómo odio esa palabra!

—Sergio, hijo, debes evitar que tu novia frecuente el bosque. ¡Sabe Dios qué puede pasar por la cabeza de un personaje así! —La señora Jones marca, una vez más, las pautas sobre lo que debe hacer su hijo.

—¡Es verdad! ¡Yudica! —Oigo que me llama mi madre con espanto, tratando de ejercer su función de progenitora preocupada. Pero yo sigo ignorando a todos, como si realmente durmiera.

—Está dormida, pero no os preocupéis, Yudica no volverá al bosque. Ya está avisada —responde Sergio, imagino que luciendo su mejor sonrisa de novio enamorado. ¡Qué ignorantes! Si se piensa que me voy a quedar en casa encerrada...

—No es por echar leña al fuego, pero Yudica es bastante obstinada. —La madre de Sergio no deja de sorprenderme y no se le debe de quitar el mérito por saber leer mi mente. Seguramente está clavando sus claros ojos en mí, dudando si estoy dormida de verdad o no.

—Y dudo que duerma. —La chillona voz de la señora Jones crispa nuevamente mis nervios. Inquieta por todos los comentarios que escucho, me pregunto con extrañeza qué hago prestando atención a estas conversaciones vacías, pero tan cargadas de críticas y juicios.

—Mamá... no empieces con tus manías. Yudica está dormida y te aseguro que no volverá al bosque. Ya hemos hablado de todo esto —dice Sergio con voz irritada.

—¡No! Si yo no digo nada —contesta su madre con suavidad teatral—. Pero todos sabemos que siempre hace lo que le da la gana. Y a mí me duele oír las barbaridades que cuentan de ella. Hemos pasado un invierno difícil y hay que reconocer que esta muchacha parece que va buscando problemas. Y

luego Sergio tiene que poner cara de inocente y apaciguar a las fieras que sacan rumores de cualquier cosa.

Hay un largo silencio tras este comentario malicioso. Hago verdaderos esfuerzos para no defenderme ante el silencio de mis padres.

—Mamá... por favor... —Oigo la reprimida voz de Sergio tratando de controlarse. Hay temas que lo irritan mucho, y los rumores de prensa es algo que sobrelleva muy mal.

—¡Bueno, familia! ¡Las chuletas ya están! Así que disfrutemos de este agradable día. ¿Vamos a la mesa? Sergio, por favor, despierta a Yudica. —Oigo que mi padre se dirige hacia la larga mesa situada bajo el porche. El señor Jones le sigue, y comenta la adquisición de un nuevo vino de reserva. Son seguidos por los mellizos, que revolotean por los alrededores entre gritos y juegos. Así que mi padre no oye el último comentario suspicaz y envenenado de la señora Jones, la cual dice con reproche:

—¡No, Sergio! Todavía recuerdo los últimos comentarios que se hicieron de ella. Había bebido, estaba rodeada de hombres y ninguno de ellos eras tú. Se supone que estaba en casa de una amiga estudiando, ¿te acuerdas? ¡Qué vergüenza! —Se oye el batir fervoroso de su abanico seguido de un helado silencio, gesto que la dama aprovecha para concluir—. Solo falta que antes de la boda haya otro escándalo. ¡Dios bendito! Sergio, tú eres el principal afectado. Los últimos rumores te dejaron como a un patán. Y no creo que te guste ser el hazmerreír de todos.

—Mamá, Yudica no hizo nada malo. —Sergio parece más inseguro y creo que comienza a estar tenso. Conozco muy bien el límite de su paciencia, y desgraciadamente he aprendido las consecuencias que tiene traspasar esa frontera. De hecho, todavía siento una gran tristeza al recordar su agresión.

—Ya, no hizo nada malo, solo mentirte. Decir que no puede estar contigo y escaparse para irse de fiesta con sus amigas. Pero no quiero insistir. —Su voz es cada vez más baja. No quiere que sus “consejos” salgan de su círculo de seguridad—. Aunque te recomiendo que la vigiles. Esta familia ha hecho ya bastante el ridículo. ¡Vais a casaros! ¡Va a ser tu mujer! Debería comportarse como una muchacha respetable, no como una alocada e inmadura adolescente.

—¿Vais a venir o a seguir cuchicheando en voz baja? —la voz de mi padre nos reclama. Oigo el sonido de cubiertos y botellas. Gara y Jonay se pelean por el mismo asiento y papá intercede entre ambos.

—Sí, sí, querido, ya vamos —se apresura a decir mi madre mientras se

levanta y se dirige hacia la mesa, supongo que huyendo de los comentarios dañinos que su buena amiga está haciendo de mí. Pueden ser dañinos, pero ella no ha abierto la boca para defenderme.

—Está bien —dice con pesar la señora Jones. Oigo que se levanta y se alisa su falda. El sonido de sus manos contra la tela de su prenda me confirma su gesto—. He tratado de avisarte, así que no quiero volver a oír lamentaciones y lloriqueos por tu parte.

Se dirige hacia el porche dignamente y añade antes con voz maliciosa:

—Despiértala. ¡Oh! ¡Por el amor de Dios!, ¿acaso no la ves? ¡Esta chica no tiene vergüenza! Hasta delante de su padre y del tuyo va en topless. Solo falta que alguien le haga una foto y la publique. No me gusta ser tan crítica, pero es el precio que debemos pagar por ser gente famosa. Hemos disfrutado siempre de una buena reputación, y a ti te adora la gente. Así que no entiendo cómo eres incapaz de tener una relación seria y formal con esta muchacha. Yudica es una cría vulgar y sin modales que se ha criado en un barrio cualquiera. Debes educarla, esa es tu misión. —La fría voz de la señora Jones hace que me estremezca otra vez. ¡Vaya! Realmente no siente ninguna simpatía por mí, y no puedo imaginar cuál puede ser el motivo por el que accede a que su hijo se case conmigo.

A los pocos segundos siento la presencia de mi novio junto a mí. Se sienta a un lado de la hamaca y noto su respiración acelerada. Yo me muevo levemente, como simulando mi despertar.

—Querida, despierta. Tu padre está esperando y parece ansioso —su voz tiembla como una hoja sacudida por el viento. Está sometido a tanta presión que no puede ni controlar sus nervios. Siento lástima por él. ¡Pobre Sergio! Me muevo poco a poco, necesito un instante para interpretar mi papel de novia idiota e ignorante. ¡Y qué difícil es!

—Anda, ponte algo encima. Puede haber algún indiscreto por los alrededores y hacerte una foto.

—Oh, es que estaba tan bien... —ronroneo con pereza sin dejar de advertir su rabia reprimida.

—Estás mejor que bien —dice Sergio tendiéndome mi coloreado pareo y poniéndomelo sobre mi cuerpo para tapar mis pechos—. Por eso prefiero que te tapes. Además, no me gusta que te quites el bikini delante de todos.

Noto su fría y azul mirada de hielo sobre mi cuerpo, y no me hace sentir atractiva ni seductora, sino todo lo contrario. Me siento sucia y vulgar. No

puedo evitar bajar mis ojos hacia el suelo con resignación. ¡Joder! ¡Entre todos me están anulando! Y de pronto, como si una repentina claridad me obligara a verlo todo diferente, siento mucha pena por mí misma. He bajado la mirada al instante y mi ánimo para luchar contra tantas críticas se está agotando.

—Parece que nada te avergüenza. Están aquí nuestros padres. No vuelvas a exhibirte así, ¿entendido? Siempre haces cosas que me avergüenzan y demuestra el poco respeto que me tienes.

Lo miro a los ojos. ¡Claro que lo entiendo! Entiendo que nada de lo que haga estará bien visto para esta familia, y que mi vida acabará por ser una auténtica farsa llena de prohibiciones, de miedos y violencia. Entiendo que llegará el día en que me cansé de luchar y me transforme en una marioneta. ¡Dios! ¿Pero qué estoy haciendo? Es como si un velo se me cayera en este preciso instante de mis ojos. Una sensación agrídulce me hace ver lo que siempre he sabido, pero que nunca he sido capaz de asimilar. ¿A dónde va a parar esta relación? ¿A quién quiero engañar? Sergio nunca cambiará. Está demasiado atado emocionalmente a la opinión pública y no aprueba nada de lo que hago, digo o pienso. Además, siempre estará la crítica de la señora Jones, ridiculizando a su hijo por su falta de carácter. Es una verdadera estupidez pensar que todo cambiará tras la boda. ¿Cómo he podido pensar que todo se solucionaría? Mi “queridísima” y futura suegra, se meterá en nuestras vidas para vivir su vida a través de la de su adorado hijo. ¿Y quién me asegura que Sergio no volverá a pegarme? ¿Realmente estoy dispuesta a compartir mis días con una persona que soluciona los problemas mediante gritos, insultos y bofetadas? ¿Y en el momento que decidiéramos tener hijos? ¡Oh, no! ¡Mi vida puede convertirse en un auténtico infierno! ¿Cómo he sido incapaz de ver la situación con la frialdad que la veo ahora?

—¿Respeto? —Abro la boca sorprendida—. ¿Tomar el sol es irrespetuoso?, ¿pero en qué siglo vives?

—¡Estás medio desnuda! —dice reprimiendo un grito. Estaba ya nervioso, pero yo lo altero mucho más.

—Pero estoy en mi casa —contesto con voz difícilmente controlada. Algo en mi interior se revuelve. Las pocas ganas que tenía de luchar se ven eclipsadas por la indignación que me sube por la garganta casi de forma física.

—Vamos a dejarlo, no quiero escenas. —Y hace un despectivo movimiento con la mano para zanjar el asunto. ¿Que no quiere escenas? ¡Pero esto es el

colmo! Estoy tan asombrada, que casi anula mi reacción. Me coge del brazo para guiarme hacia la mesa, donde todos nos esperan para comenzar a comer. Pero yo me resisto a acercarme a la mesa y con tozudez me desprendo de su mano con indignación.

—Vamos, hija. —Me anima mi madre para tratar que el espectáculo acabe con buen fin.

Estoy muy tensa. Se me han abierto los ojos de golpe, he visto con claridad mi futuro y he sentido pavor de seguir con esta farsa llena de mentiras y miedos. No puedo permanecer más tiempo callada por temor a las reacciones de Sergio. ¿No sería más sensato hablarlo todo antes de casarnos? Si no puedo confiar en mi novio, si no es mi mejor amigo, ¿cómo vamos a conseguir ser felices?

—¿Qué quieres decir con que no te demuestro respeto? ¿Hablas del mismo respeto que me demostraste tú en el bosque? —le vuelvo a preguntar. Sí, le estoy provocando, pero estoy muy irritada y en estos momentos no me importa las consecuencias que pueda tener mi insistencia. Así que me mantengo firme, aunque mi corazón late descontroladamente.

—Vamos, no quiero seguir hablando —susurra en voz muy baja y me clava su mirada cargada de oscuras turbulencias, calladas advertencias que me señalan el invisible límite que no debo traspasar.

—¡Pero yo sí! —exclamo resuelta a seguir con la conversación. Me desprendo de la garra en que se ha transformado su mano e intento mirar a sus ojos sin demostrar el miedo que tengo—: Yo sí quiero hablar.

—Yudica... —la voz de mi padre hace que rompa el contacto visual con Sergio—. No creo que sea el momento. Si tienes algún problema con tu novio, lo más indicado es que lo habléis a solas. Ahora relájate y disfrutemos de esta comida en familia, ¿vale?

Siento el batir frenético de mi corazón contra el pecho, mi respiración agitada y esta presión que nunca se va. Estoy tan nerviosa que me agarro el pareo que me cubre como si se tratara de un salvavidas. Deseo correr, huir... pero no, no lo haré. ¿Acaso no soy lo suficientemente valiosa como para merecer opinar, vivir o ser simplemente feliz? ¿No soy libre para elegir? ¿No puedo tomar el sol, desnuda?

—Pero el problema es que yo no quiero relajarme, ni quiero comer chuletas y los problemas con Sergio los quiero solucionar ahora mismo —insisto con tozudez.

—No creo que sea el momento, querida. —No logra callarse la señora Jones. ¡Vaya! Estaba tardando mucho en intervenir. Miro a Sergio, el cual vuelve a sujetarme el brazo con tanta fuerza que me hace daño:

—Sergio, mírame —le suplico al borde del llanto.

—No quiero hablar, Yudica. —Sus dientes apretados marcan su bonita mandíbula y sus ojos azules me eluden tratando de aparentar tranquilidad. Soy plenamente consciente de que esta escena me puede pasar factura cuando ambos estemos solos. Pero, aun así, insisto. No puedo detenerme, he de hacerle comprender mi forma de ver las cosas y lograr encontrar un poco de comprensión en su rígida postura.

—Pero yo necesito hablar contigo. Por favor... ¡mírame! —grito sin control. Al fin nos miramos. A pesar del miedo que tengo, trato de hacerle razonar en voz baja, aparentando una tranquilidad que estoy muy lejos de sentir—. Sergio, no permitas que nadie dirija nuestras vidas ni que se metan en nuestras decisiones. —Mi voz tiembla y trato de controlar el tono. No quiero que se note lo nerviosa que estoy. Sale de mi garganta una especie de susurro muy leve—: ¿Es que no ves el daño que nos hace?

Sergio me mira perdiéndose en mis ojos. Se puede apreciar la lucha interior que está llevando a cabo. Le cojo de las manos tratando de atraer toda su atención y lo aparto un poco de los demás. No quiero que nadie nos escuche. Después le vuelvo a susurrar llena de esperanza:

—Sergio... ¿tú me quieres? —Y le acaricio su rostro perfecto, como esculpido en mármol. Quiero ser dulce y cariñosa, encandilarle, seducirle.

—Sabes que sí. Siempre lo he hecho —me responde con voz muy baja.

—Pero no confías en mí —le pregunto sutilmente—. ¿Por qué no dejas de juzgarme? ¿No te gusto tal y como soy? —Siento que estoy a punto de llorar. No logro entenderle, si me quiere... ¿por qué desea cambiarme?

—Estás manipulándolo todo. Me gustas mucho, lo sabes muy bien. Pero no me gustan tus flirteos, tu comportamiento alocado, tu permanente hiperactividad... Es como si no pudieras estar nunca quieta.

—¡Yo no flirteo! —Me defiendo dolida. ¿Por qué dice eso? Me siento tremendamente dolida.

—Hablas con otros hombres, los miras y te ríes con ellos. Sabes que soy celoso, y lo soy porque te quiero. No me gusta verte rodeada de personas que te miran con ojos codiciosos, y que tratan de conquistarte. Siento una gran presión en el pecho si veo que tus ojos miran a otro hombre. Quiero que seas

mía y solo mía. —Me lo ha dicho con determinación, marcando cada una de sus palabras con esa ira reprimida que parece tener siempre en su interior.

—Siempre he sido tuya. —Le trato de convencer, pero noto que no me ha escuchado. Sergio vuelve a sentirse seguro. Controla nuevamente la situación.

—Y, además —alza la cabeza con orgullo. Evidentemente, no me ha escuchado—... nunca debemos olvidar que somos gente importante, muy por encima del resto, y debemos comportarnos conforme nuestro estatus social. Y eso es algo que tú nunca has entendido. Salimos en la prensa y la gente lee cosas de nuestra vida, ¡les interesamos!, y no quiero que vayan diciendo que la futura señora Jones está tomando copas, o bailando en una discoteca hasta altas horas de la madrugada, o que estás con cualquier sobón y no con tu novio. Te comportas como una vulgar adolescente, sin modales ni educación.

—¡Vaya, qué interesante! Parece magia —le contesto tras tragar con dificultad sus últimas palabras. Estoy decepcionada, inocentemente esperaba comprensión, y no continuos reproches.

—¿Qué parece magia? —me pregunta sin poder entender el cambio repentino de mis reacciones.

—Lo que haces. —Y muevo una mano abriendo y cerrando los dedos, como simulando una boca al hablar—. Tu boca se mueve, pero quien habla es tu madre.

Su rostro se crispa y es evidente su enfado. Mi ironía ha terminado de sacarle de sus casillas.

—¡No soporto estas cosas! —logra decir con irritación. ¡Ahora sí que la he liado!—. No te tomas nada en serio. Eres irresponsable e inmadura. No es tan difícil de comprender, joder. No quiero que hablen de ti. Quiero que seas una mujer decente —me dice con voz forzada.

—¡Soy decente! —grito enfurecida. ¡Mierda! Estoy perdiendo la paciencia. Es como darse cabezazos contra una pared, una y otra vez sin pensar que la pared siempre está ahí. Es tan inútil razonar con él, como tratar de hacer escuchar a un sordo.

—¿Ves? —Y me señala acusatoriamente con su dedo—. A esto me refiero. ¡Eres tan visceral! No piensas las cosas, y reaccionas de forma tan melodramática... ¡Siempre te ha gustado llamar la atención!

Siento que de un momento a otro voy a explotar de indignación. ¿Pero qué está diciendo? ¿Que soy melodramática? ¡Arg! Lo miro perpleja, casi ni lo reconozco. Es muy irónico que él sí tenga derecho a reaccionar con ira, y yo

no. Aturdida, miro a ambas familias. Tratan de mostrar una normalidad que están lejos de sentir, pero sus continuas miradas hacen evidente que han escuchado todo lo que hemos hablado a gritos. El panorama que me rodea acaba por dominarme. Me rindo. ¡No puedo más!

—¿Melodramática? —Sonrío con amargura—. Pues escucha lo que voy a decir porque no quiero que haya dudas. ¡No quiero seguir con esta relación! Se acabó —grito para hacerme oír claramente.

A partir de ahí, ¡sí que todo se transforma en un melodrama! ¡Madre mía! Oigo cómo mi madre grita casi a punto de desmayarse, y después comienza a lloriquear sin saber muy bien qué hacer.

Los Jones empiezan a hablar interrumpiéndose unos a otros, escandalizados e indignados. Se han levantado de la silla coléricos, hablando de desvergüenza, de irresponsabilidad y falta de decoro. Siento la mirada de mi padre que me observa con extrañeza. ¿Acaso hay decepción en su rostro? ¡No me importa! Estoy tan decidida y tan llena de rabia que no quiero analizar más esta extraña situación. Tampoco quiero escuchar lo que mis pensamientos me martillean, repitiéndome que estoy rompiendo con lo único que conozco. La inseguridad me da leves toques para llamar mi atención, pero trato de ignorar mis temores. Mis hermanos pequeños gritan “bien”, sin saber muy bien qué se celebra. Hasta me permito el lujo de sonreír un poco al verlos.

—Sabes que no puedes dejarme... —dice Sergio asombrado. Sus ojos están muy abiertos y su rostro refleja pavor.

—¡Claro que puedo! ¿Qué se puede esperar de una persona melodramática? —digo con sarcasmo.

—Yudica... vamos a relajarnos un poco. Sergio, déjala respirar. —Mi padre se acerca a ambos y trata de apaciguar el alborotado ambiente que he creado con mi repentina decisión.

—Pero, señor Yerby... —Sergio lo mira horrorizado. No acaba de creerse que haya tenido el coraje de romper mi relación con él.

—No, es mejor no decir nada de lo que uno se pueda arrepentir —dice mi padre con convicción. ¡Mierda! Todos me miran sorprendidos y parecen muy enfadados conmigo. Mi padre me coge del brazo apartándome de Sergio y me habla como si fuera una niña pequeña.

—Yudica, creo que deberías ir a tu habitación. Estás muy alterada.

Caminamos un par de pasos mientras dejamos tras nuestras espaldas un drama tragicómico. Pero es curioso lo tranquila que estoy, al fin y al cabo, he

hecho todo lo posible para dar una oportunidad a nuestra relación. Mi esperanza siempre ha sido ver algún atisbo de cercanía, un gesto de querer solucionar nuestros problemas. Pero ahora entiendo que nada de eso es posible, y extrañamente, estoy tranquila. ¿O quizás es alivio? Estoy tan serena que me detengo y enfrento mi mirada a la de mi padre. ¿Acaso no he sido clara? ¡Joder! No logro entender por qué es tan difícil que me tomen en serio.

—No, papá, no quiero ir a mi habitación. Es más, no estoy nada alterada.

—Hija, no se puede romper una relación por una pelea tan absurda —me dice. Sé que está haciendo un gran esfuerzo por ser comprensivo, pero su actitud me demuestra lo asombrado que está por mi repentina decisión—. No creo que sepas lo que haces. Siempre te he visto feliz junto a Sergio.

—¿Qué sabrás tú? Siempre estás trabajando. —Y soltándome de su mano, me dirijo hacia el exterior de la finca con toda la dignidad que puedo sentir en este momento.

Salgo del jardín hacia la calle, sin importarme que voy medio desnuda envuelta en mi pareo y con unas diminutas braguitas de bikini como atuendo. Camino por las calles empedradas con lentitud, dejando gritos, llanto y desconcierto tras de mí. Pero necesito salir de ahí. ¡Ah! Necesito respirar. ¡Por Dios! ¡Que me dejen en paz!

—¡Yudica! —Sergio grita. Quiere hablar conmigo y convencerme. ¡Qué pesado! Entonces echo a correr, lo último que necesito ahora es escuchar sus súplicas. Así que corro tanto como me permiten mis sandalias. Mientras siento el aire contra mi rostro, me embarga una embriagadora sensación de libertad. ¿Por qué no he hecho esto antes? ¡Qué sensación tan maravillosa! Estoy tan entusiasmada que no miro por dónde voy, ni si me alejo de los límites que me separan de lo desconocido, mi único deseo es correr libre como el viento. Me adentro en el interior del bosque esquivando árboles, piedras y matorrales. Corro sin rumbo hasta que al fin me detengo para ralentizar mis pulsaciones. Miro todo mi alrededor y no sé dónde estoy. ¡Vaya! ¡Tampoco es mi intención perderme! Con ansiedad busco referencias para volver sobre mis pasos, pero no encuentro ninguna. Sigo caminando, y en ocasiones tengo que desviarme porque algo me impide el paso. A pesar de mi penosa situación, no puedo evitar mirarlo todo con distintos ojos. Esto es verdaderamente hermoso. Los pájaros trinan con fuerza, y el sol se filtra por las hojas. El musgo crece por la superficie de los troncos, los helechos mezclan sus tonos verdes con el verde más oscuro de los matorrales. Los árboles son altos y frondosos y sus hojas se

entrelazan unas con otras, dibujando una bóveda en el cielo que en ocasiones impide la entrada de luz en el interior del bosque. Pero, a su vez, esa luz que consigue tocar el suelo dibuja siluetas extrañas, y se aprecian pequeños puntos de polvo y polen que viajan por el aire suavemente. El lugar es verdaderamente mágico y especial. Es como tener acceso a otro mundo, a un espacio rebosante de tranquilidad, de paz, de sosiego... Mis sentidos están alerta ante los diferentes sonidos y colores que me envuelven: el crujir de las ramas bajo mis sandalias, el movimiento de animales ocultos a la vista, el sol calentando por momentos mi cuerpo. Todo este conjunto no hace más que introducirme en el hechizo que ejerce sobre mí este ambiente tan apacible.

Pero mi ensimismamiento se ve roto en el momento que algo se me clava en el pie. El calzado que llevo no es, ni de lejos, el más adecuado para andar por este sitio. Maldigo en voz alta y me agacho para quitarme el trozo de rama que me ha bajado de las nubes. Una vez libre, me ajusto el pareo. Pero tengo frío. Después, la inquietud sale a mi encuentro. ¿Dónde estoy? ¿Por dónde he venido? Sigo caminando y tengo la sensación de que lo hago en círculos. No deseo perderme, pero tampoco quiero volver. Todo en mí es una contradicción, lo sé. A pesar de todo, me empiezo a inquietar. Casi puedo sentir mi corazón en la garganta. Sigo caminando cada vez más despacio e intuyo que me he metido en un gran problema.

6

“La música expresa aquello que no puede decirse con palabras y que no puede permanecer en silencio”.

Víctor Hugo (1802-1885) Novelista francés

Yared

Los acordes de la guitarra me dejan ensimismado. Es agradable sentir las vibraciones de las notas musicales mezclarse con el silencio de la naturaleza. Me veo sumergido en una tranquilidad que me hace perder la noción del tiempo.

Recuerdo que aprendí a tocar la guitarra durante el largo tiempo que estuve convaleciente en el hospital tras el accidente que sufrí con mis abuelos, hace ya quince años. Un día se presentó en mi habitación una enfermera con una vieja guitarra, y me sugirió dedicar mi tiempo a algo tan bonito como crear música. Mi cuerpo se tenía que recuperar, y los huesos rotos de mis piernas tenían que unirse, así que, entre médicos y rehabilitación, ella me enseñaba algunos acordes. Me pasé las horas restantes aprendiendo con una gran ilusión. Primero baladas famosas, después, cuando el punteo y el ritmo dejaron de ser un problema, me las inventaba. Con el tiempo noté que mientras tocaba una melodía, mis sentidos no atendían a otro estímulo que a la música, mi pulso se ralentizaba, mi respiración era un vaivén suave y mi mente se relajaba con facilidad. Solo vivía y sentía ese momento. ¡Y eso no deja de ser una sensación magnífica!

La noche va cayendo con suavidad sobre el lecho verde del bosque, el crepitar de las llamas de la hoguera me anima a tocar otra melodía, mientras acomodo mi espalda contra el tronco que hay detrás. Mis dedos se mueven rápidamente entre nota y nota y me siento pleno, viviendo en un marco perfecto. ¿Quién puede desear más? Sentir que el tiempo carece de valor, que no hay necesidad de esforzarse, ni de luchar por conseguir estos instantes que le dan todo el significado a lo que llamamos vida.

Pero entonces oigo unos pasos. Dejo de tocar y agudizo el oído. Regreso al “mundo real” y mis músculos se contraen, mi respiración se vuelve superficial. Al seguir escuchando el crujir de hojas bajo unos pies, dejo la

guitarra a un lado con cuidado y me pongo de pie. Estoy alerta para percibir con claridad de dónde viene el ruido. Alguien se mueve por mi izquierda con pasos inseguros. La noche cada vez es más cerrada y no se puede ver más que sombras y oscuridad. Así que cojo una linterna y me dirijo hacia la procedencia del ruido con precaución. La luz de la linterna apunta hacia el suelo y solo durante una fracción de segundo, me parece ver la silueta de una joven. ¿Es ella? Mi corazón se acelera al instante. ¡Vaya! Hay reacciones biológicas muy extrañas que la mente no alcanza a razonar.

—¿Hay alguien ahí? —pregunta una voz femenina con inseguridad. ¡Es ella!

—Hola. Estoy aquí, ven hacia la luz, yo no logro verte —contesto. Y muevo la linterna para tratar de orientar a la muchacha. Solo cuando está a pocos metros de mí, la logro vislumbrar. La chica tiene los ojos agrandados por el miedo, se abraza a sí misma mientras trata de controlar los temblores que dominan todo su cuerpo. El coloreado pareo que la cubre no hace más que demostrar lo pequeña e indefensa que la veo. Se tapa los ojos ante la luz de la linterna. Bajo el foco hacia el suelo y no logro entender por qué mi corazón se entenece al verla. ¿Qué me pasa? Cuando la tengo casi a mi lado, veo la sonrisa nerviosa de la chica y un leve “gracias” sale de su boca.

—Ven, pareces agotada y estás helada. ¿Me permites? —Me quito con rapidez el jersey que llevo puesto y se lo pongo con delicadeza sobre sus hombros. Luego dejo reposar mi brazo sobre su espalda y la guío hacia donde está el campamento, mientras nos movemos en la oscuridad con la luz de la linterna como guía. ¿Por qué dejo mi brazo en su espalda? ¿Qué sentido tiene? Ella no parece apreciar que la sujeto. Siento bajo mi brazo cómo tiritita y trata de controlar su miedo. Sus músculos están contraídos y se deja guiar como si se tratara de un animal asustado. Va con un atuendo muy poco apropiado para caminar por el bosque, y puedo apreciar que le duelen los pies a causa de las chanclas que lleva. ¡Vaya, vaya! Me da la sensación de que esta pequeña ha huido sin mirar hacia atrás, sin pararse a pensar en las consecuencias de perderse en este inmenso bosque. Cuando llegamos al campamento y nos acoge el calor de la hoguera, sale de su ensimismamiento y observa todo lo que nos rodea con curiosidad.

—Ven, siéntate junto al fuego para entrar en calor. —Me muevo con velocidad para acomodarla y la ayudo a sentarse. Ella se pone el jersey que le puse sobre los hombros mientras trata de controlar su evidente temblor. No

logro evitar observar que no lleva nada bajo el pareo y aparto la vista advirtiéndole que el jersey le viene enorme. ¡Pero está guapísima! Quiere disimular el miedo que ha pasado y el repentino alivio que siente al haberme encontrado. Me regala otra sonrisa de agradecimiento y encoge sus piernas rodeándoselas con sus brazos.

—¿Tienes un cigarro? —me pregunta. Supongo que mi mirada lo dice todo, ya que enseguida se encoge de hombros y comenta con aire de resignación—: Ya, no fumas.

—Hubo un tiempo en que coqueteé con esas cosas, pero necesito unos pulmones limpios para vivir como quiero hacerlo —le aclaro.

—¿Necesitas pulmones sanos para vivir en el bosque? —me pregunta con una leve sonrisa.

—Solo para vivir. Este cuerpo es mi vehículo y mi compañero para toda la vida. No lo idealizo, pero lo trato con el mayor de mis respetos.

Me acerco a la hoguera y pongo dos pequeños troncos más. La noche es bastante fresca y quiero que esté cómoda. Después, manipulo la olla abollada que siempre me acompaña, poniéndola al fuego y rompo el silencio para explicarle.

—Pero tengo algo de comer y creo que te sentará mucho mejor.

—Gracias... —vuelve a decir ella.

—Yared, mi nombre es Yared.

—¡Oh! Vaya, curioso nombre. Gracias, Yared.

—Tómate esto caliente y trata de relajarte —concluyo. Me siento a su lado. No puedo evitar hacerlo muy cerca de ella. Me dejo llevar por mis impulsos y no quiero pensar por qué. En silencio le ofrezco mi sencilla cena. Para mi sorpresa, observo que al principio come lentamente, pero con cada cucharada de caldo, su cuerpo se va reconstituyendo, su tensión va aflojándose y su rapidez para comer aumenta. Alterna la sopa con un trozo de pan algo duro que le he dado y casi ni mastica. Al final abandona la cuchara y agarra el tazón con las dos manos. Es evidente cómo sus músculos comienzan a relajarse, cómo su postura alerta se desvanece, cómo sus ojos transmiten cansancio...

—Está buenísimo. Gracias de nuevo —dice con un leve hilo de voz.

—De nada. ¿Te sientes mejor?

Me mira con inseguridad. Es como si en ese momento fuera consciente de que se encuentra en medio de un bosque junto a un desconocido.

—Sí, mucho mejor. Oye... creo que te debo una explicación, puede que pienses que yo...

—No tienes que decir nada, Yudica. Así que relájate y descansa. —No dejo que siga hablando. No quiero saber sus motivos, ni sus justificaciones. Lo único importante es que está aquí y ahora, a mi lado.

—¡Te acuerdas de mi nombre! —exclama asombrada. Su sorpresa hace que yo también la mire con extrañeza. ¿Por qué le sorprende tanto? No todos los días conozco a “Yudicas” que me atraigan tanto. Me recreo unos segundos en la expresión añorada que ha puesto, pero me recompongo enseguida y le contesto:

—¡Por supuesto!, recordar el nombre de cualquier persona tiene más importancia de la que parece.

No deja de clavar sus ojos en mí, como si todavía estuviera sorprendida por el hecho de recordar su nombre tras los días que han pasado desde que nos conocimos.

—Lo tendré en cuenta, Yared. Y creo que tengo que darte otra vez las gracias. No sé qué hubiera sido de mí. Llevo todo el día caminando sin saber hacia dónde dirigirme. Este bosque es inmenso y está todo tan oscuro... No sabía si estaba dando vueltas en círculos. Soy tan imbécil que al final he conseguido perderme. ¡Me lo tengo merecido!

¡Qué dulce se la ve! Asoma una sonrisa que trata de ocultar la congoja que siente.

—Ahora estás a salvo. Solo eso importa. Y debes estar agotada.

Se pone una mano sobre su cabeza y cierra los ojos suspirando. Con esa exhalación, intuyo que comienza a sentirse segura, a abandonarse.

—Más que cansada, es este dolor de cabeza. Creo que me va a estallar de un momento a otro. —Mientras se da un leve masaje en las sienes, yo la contemplo embobado. Tiene unos ojos verdes muy bonitos, como los de una gata salvaje. Mi propia abstracción me deja extrañado, así que me recompongo para dejar de mirarla como si fuera la última mujer que existe en el mundo y le digo:

—Yudica, si te apetece entra en la tienda y acuéstate. Estás cansada y te puede el desánimo. En estas ocasiones lo mejor es dormir y entregar tus problemas al universo. Mañana volverá a salir el sol. —Y le ofrezco mi mano para ayudarle a levantarse del suelo. Ella se deja guiar como una niña pequeña. Se la ve agradecida por el silencio, por la falta de preguntas y por la

ausencia de explicaciones. Atravesamos el campamento hasta llegar a la tienda de campaña. Abro la cremallera y al instante se aprecia un ambiente mucho más cálido que fuera. Sobre la superficie hay mantas ocupando todo el suelo, que ofrecen un lecho mullido y acogedor.

—¡Ah! ¡Qué bien! —dice con cierta admiración.

—Acuéstate y descansa. Yo dormiré fuera. Si necesitas algo, dímelo.

Yudica entra en el interior y se estira agotada por el largo y estresante día que ha vivido. Agradece la ligera manta que le pongo sobre su cuerpo. Dudando, me quedo mirándola unos segundos, asegurándome de que está cómoda.

—¡Qué bien se está aquí! ¿Seguro que estarás bien fuera? No pretendo molestarte, de verdad.

—Estoy acostumbrado y no eres ninguna molestia. Me gustan las sorpresas que me da la noche.

Yudica suelta una risita nerviosa, como de niña traviesa. Salgo en silencio y no puedo evitar decir en voz muy baja:

—Que descanses, Yudica.

—Gracias, Yared.

Y aquí estoy yo, mirando hacia el interior de la tienda con cierta sorpresa, sintiendo que nuevamente todo el universo vuelve a conspirar a mi favor y mostrándome agradecido por ello. Sensaciones tiempo atrás olvidadas vuelven a mi cuerpo. El hormigueo en el estómago, un repentino interés por todo lo que rodea a esta persona, por lo que hace o piensa. Mis ojos parecen tener autonomía propia y no dejan de mirar ese cuerpo estirado dentro de la tienda. Es una maravillosa sensación el saber que has encontrado a alguien que crees haber conocido desde siempre. Reacciono y vuelvo a sentarme donde antes estuve tocando la guitarra. La noche es cerrada y la humedad del bosque parece entrar en los huesos. Avivo el fuego de la hoguera y decido volver a coger la guitarra para dejar de pensar en la extraordinaria visita que he tenido esta noche. La música puede conseguir que deje de escuchar mis pensamientos. Va a ser una noche muy larga.

**“Dos caminos divergían en el bosque;
y yo fui por el menos transitado,
y eso hizo que todo fuese diferente”.**

Robert Frost (1874-1963) poeta estadounidense

Yudica

¡Ah! ¡Qué bien me siento! Me estiro perezosa con una sonrisa en los labios. Miro todo mi alrededor con extrañeza y al instante me incorporo como un resorte al recordar dónde estoy y con quién. ¡Madre mía! ¡El vagabundo! Mi repentino movimiento me hace apreciar mi atuendo. Me altero al ver que tengo puesto un enorme jersey y mi vistoso pareo asomándose por debajo. ¡Debo de tener un aspecto desastroso! ¡No puedo salir así! ¡Jolines! Voy hecha un desastre. Miro alrededor de la tienda para poder encontrar alguna prenda alternativa. Casi al instante veo una sencilla camiseta a mi lado, así que me la pongo. Me va grande, pero es estupenda para taparme un poco las piernas. Me arreglo el pelo con las manos y restriego mis ojos para evitar mostrar posibles consecuencias de mi largo y reparador sueño. Respiro profundamente para serenarme y salgo. No puedo evitar sentirme turbada... voy a volver a verlo.

Pero mis pensamientos se desvanecen al maravillarme por todo lo que me rodea. ¡El sitio es fantástico! La noche anterior no pude admirar nada de lo que me rodeaba. Solo oscuridad y sombras. Al llegar a esta especie de campamento logré observar ciertas cosas, pero estaba tan agotada física y emocionalmente que lo único que deseaba era cerrar los ojos y dormir para olvidar. Tal y como dijo el vagabundo, el sol ha vuelto a salir. Todo se ve de diferente forma, todo vuelve a tener color. La tienda donde he pasado la noche está colocada en medio de árboles y matorrales que cierran la visión de lo que puede haber más allá. Los árboles ofrecen diferentes tonos verdes debido a los rayos de sol que se filtran a través de las ramas y las pintan con su luz. La sensación de estar rodeada de animales, de pájaros cantando, de animalillos moviéndose, me hace sentir curiosa. Cerca de aquí se puede oír el sonido inconfundible del río. ¡Ah! Respiro profundamente para que mis pulmones se llenen de aire fresco y cierro los ojos sintiendo cómo los rayos de sol

calientan mi cuerpo con suavidad. Es como si una inyección de energía activara mi cuerpo y lo llenara de vigor y ganas de gritar.

Miro a mi alrededor para encontrar al vagabundo, pero no veo ninguna señal de su presencia. Así que observo con tranquilidad todo mi alrededor. La hoguera está apagada, pero se puede apreciar que las ascuas calientan una vieja cafetera. Me agacho y miro en su interior. Al momento me invade el agradable olor a café, hecho que hace protestar a mi estómago. Cojo una taza de metal abollada y me pongo un poco. Está dulce, ¡es perfecto! ¿Me lo habrá preparado el vagabundo?, ¡Humm, qué amable!

Dando pequeños sorbos, ando por el campamento y dejo que mis ojos se recreen en cada detalle que hay a mi alrededor. La moto es preciosa e impresionante, y los libros que hay sobre el suelo tienen títulos que no me dicen nada: “*Conscious Evolution*”, “*Ulysses*”, “*The last hours of Ancient sunlight*”. Imagino que, con tanto tiempo libre, se los habrá leído todos. La mochila que permanece apoyada contra un árbol está medio abierta, pero no puedo ver nada en su interior. “*Bueno, no seas cotilla*”, me digo. Sigo observando mi alrededor con ojos curiosos mientras doy leves sorbos al humeante café. ¡La verdad es que está buenísimo! Entre árboles, matorrales y vegetación diversa, me percató de una enorme tela de araña. Me agacho y la observo. Leves gotitas de agua parecen pender del hilo de seda. Estoy totalmente sumergida en esos pensamientos, cuando de pronto escucho tras de mí la voz profunda de mi atractivo rescatador:

—Buenos días. ¿Te encuentras mejor? —Su grave voz hace que dé un salto y me gire asustada—. Perdona... no pretendía asustarte. —Se acerca con una enigmática sonrisa, parece contento. Ahora lo observo mejor, mis ojos no pueden evitar darle una buena repasada de arriba abajo. ¡Madre mía! Tiene el cabello recogido por detrás y un desgastado gorro vaquero de cuero oscuro. Viste una sencilla camiseta blanca y los mismos vaqueros de ayer y que le hacen tan atractivo. Sobre su cuello le cuelgan unos prismáticos y una cámara de fotos. En una de sus manos tiene una libreta. Es enigmático. ¿Guapo?, ¿atractivo? ¡¿Pero qué hago?! Tengo que controlarme porque me lo estoy comiendo con los ojos.

—¿Cómo va tu dolor de cabeza? —me pregunta interesado. Y su negra mirada se detiene en mis ojos.

—¡Ah!, estoy mejor, gracias. Mucho mejor después de haber descansado. —Trato de disimular, de parecer indiferente a lo que me hace sentir.

—Yo también te veo muy bien —me dice mirándome con detenimiento, como si el tiempo que emplea en hacerlo no tuviera la menor trascendencia.

¡Uf! Su observación y comentario me hace ruborizar como una colegiala. Siento cómo toda la sangre sube repentinamente a mis mejillas. Agacho la cabeza para que no se dé cuenta.

—Veo que has visto la camiseta que te dejé. Pensé que te haría falta. Y el café espero que esté a tu gusto —me dice con su distintiva voz profunda. Eso hace que vuelva a mirarle para contestar:

—Sí, gracias. Has sido muy amable conmigo —balbuceo cohibida.

—Solo he actuado como cualquier otra persona hubiera hecho.

Me siento vergonzosa, sobre todo cuando sus pasos se van acercando a mí muy decidido. Eso me alarma. Se agacha a mi lado y observa la tela de araña que yo estaba admirando antes. ¡Claro!

—Es bonita, ¿verdad? —¿A qué se refiere? ¡Pero qué tonta!, ¿a qué va a ser? Él ni lo sospecha, pero su voz me hace sentir un leve estremecimiento que disimulo, mientras trato de concentrar mi atención en lo que me está explicando. Me tengo que concentrar. No puedo estar tan alterada como si fuera una quinceañera:

—Es realmente fascinante toda la información que encierra el mundo de las arañas, ¿no crees? —Me sigue hablando. Yo me encojo de hombros. ¿Qué quiere que le diga? Nunca he hablado de arañas con ninguna persona. Pero guardo silencio. Él, en cambio, se acerca más para observarla fascinado. Coge su cámara y empieza a hacerle fotos, como si fuera lo más hermoso que haya visto en su vida:

—Es preciosa —vuelve a decir, más para sí mismo que como comentario—. ¿Sabes que el material que producen las arañas es uno de los más resistentes de la naturaleza? Sus glándulas producen fibras especializadas: una de estas fibras hace vibrar la red para dar aviso de que ha caído una presa, otra de las fibras es adhesiva y une a toda la red, y la otra es pegajosa. Ya sabes para qué es, ¿no?

—¿Para enredar a sus presas? —mi voz ha sonado muy débil. Carraspeo e inconscientemente me apoyo en el otro pie para tratar de mantenerme distante y firme.

—Sí. E inmovilizarlas. Y una última fibra, retiene el agua haciéndola más elástica y poder así soportar peso. ¡En fin! —Se incorpora y me agarra del brazo mientras me guía por el campamento—. No permitas que siga

aburriéndote con mis historias. Ven, aquí, Yudica, tengo algo para comer. Seguro que tienes hambre.

Nos acercamos a la hoguera y suelta todo lo que tiene por el suelo. Después comienza a manipular platos en su improvisada cocina. Me siento cohibida a pesar de que este hombre trata de que me encuentre a gusto. Pero hay algo que me intimida. Quizás es su aspecto tan peculiar, su seguridad, su forma de moverse, su forma de vida... Es un misterio. Supongo que me ha impactado conocer a una persona diferente de las que normalmente alterno. Mi mundo es muy pequeño y mi relación con Sergio ha conseguido que sea cada vez más limitado. Nunca he conocido a una persona tan diferente al resto y que me impacte tanto.

—¿Qué haces? —pregunto con urgencia por romper el silencio. Pero parece ser que a este personaje no le afecta lo más mínimo. Todo lo contrario, tarda unos instantes en contestar:

—Es una ensalada de zarzamoras, fresas, madroños, frambuesas y algunos frutos secos, te gustará.

—¿Has ido a dibujar? —me atrevo a volver a preguntar después de un corto silencio que no deja de incomodarme.

—Es una de las cosas que he hecho hoy. He visto una familia de mirlos.

—¿Es este? —Y señalo el dibujo a lápiz que se muestra con descuido a su lado.

—Sí. Estaba entre unas ramas bajas, no muy escondido y daba de comer a su cría. —Se sienta junto a mí, muy cerca. ¡Vaya! Me da un plato variopinto de preciosos frutos de colores rojizos y un tenedor. Su pierna me roza. ¿Lo hace queriendo? No, parece muy abstraído en su mundo natural. Después, me sigue hablando, pero yo solo pienso en que su pierna me roza continuamente:

—Me gusta observar aves. Y este mirlo tenía un bonito plumaje que brillaba al sol. ¿Sabes que su canto se considera uno de los mejores? Escuchar cantar a un mirlo es una de las maravillas que se puede disfrutar en un bosque.

—¡Ya veo que te gustan las aves! —exclamo admirada. En pocos minutos me ha demostrado que el mundo animal no tiene ningún secreto para él.

—A mí me gustan muchas cosas —me dice Yared sonriendo. Me estremezco, no lo pudo evitar. ¡Uf! Trago lo que me he metido en la boca prácticamente entero. ¿Soy yo o es él?

—También sé que tocas la guitarra. Anoche te escuché. Lo haces muy bien.
—Añado con timidez.

—Gracias. Sí, también me gusta tocar la guitarra.

—¿Y qué más? —Observo sus enormes ojos perderse entre el ramaje, como pensando. Yo aprovecho para examinar cada detalle de su rostro, sus largas pestañas, la línea marcada del contorno de sus labios...

—Pues viajar, hacer fotos, escribir, observar la naturaleza y a sus animales, leer, vivir... —Después, me mira curioso. Yo dejo de observarlo y adopto una actitud distante. Pero no sé si lo he conseguido—. Pero ¿y a ti, pequeña lince? ¿Qué te gusta hacer? —me pregunta.

—¿Pequeña lince? ¿Por qué me llamas así? —le pregunto extrañada.

—Sé que existe discordancia entre el nombre y el adjetivo, pero no puedo evitar verte como un lince curioso, salvaje, con ganas de salir a explorar el mundo que te rodea. Además... —Me aparta el cabello y me lo pone con delicadeza por detrás de la oreja— tienes los mismos ojos que un lince. Unos preciosos y rasgados ojos verdes.

Creo sentir que mi corazón se va a salir del pecho. No sé qué decir, ni qué hacer. Me quedo callada, sin poder apartar mi mirada de esos ojos negros.

—¿Pero y tú? ¿No tienes aficiones? —vuelve a preguntarme ante mi largo silencio. Me obligo a romper el contacto visual con esfuerzo y parpadeo para bajar de las nubes.

—No tengo muchas aficiones, la verdad —logro decir con esfuerzo.

—No me lo creo. —Y me sonrío con su sonrisa cautivadora—. ¡Todos tenemos aficiones! Estoy seguro de que hay muchas cosas interesantes que deseas hacer o haces.

—No sé, supongo. —Yo me encojo de hombros como una niña tonta. Después de un breve silencio en el que ambos seguimos comiendo, digo por fin—: Me gusta la poesía.

—¿Ves? Eso es estupendo. —Me anima, mirándome con sorpresa.

—Y me gusta pintar —añado— la música clásica, ver películas del oeste...

Yared vuelve a mirarme y deja de comer para preguntarme con interés:

—¿Películas del oeste? Nunca había conocido a nadie que tuviera como afición ver ese tipo de películas. —Parece divertido, incluso algo asombrado. Le sonrío mientras me encojo de hombros con aire de fingida inocencia.

—Pues a mí me encantan las películas de vaqueros y de indios. ¡Ah! Y si crees que mis aficiones son peculiares, he de decirte que me encanta ayudar a la gente.

—¿Y cómo ayudas? —Sus ojos me observan con atención esperando mi

respuesta. ¡Parece estar realmente interesado!

—Con mi trabajo. Bueno, para ser sincera todavía no he trabajado. —Lo sé, suena patético. Todavía no he trabajado, ni he ayudado a nadie, ni he hecho nada digno de mención. Este vagabundo se tiene que estar tronchando de risa. Pero para mi sorpresa él me sigue observando. Parece esperar a que me explique y no ha mostrado en ningún momento ninguna crítica sobre mi insulsa vida. Así que sin saber muy bien por qué, sigo hablando—: Bueno, me gustaría... —Dudo. ¿Se lo digo? Es tan fácil hablar con este desconocido...

—¿Qué te gustaría, pequeña?

¡Pequeña? ¡Qué bien suena! Su voz grave me anima a continuar, me ofrece una entrañable sensación de protección. ¡Es tan difícil encontrar a alguien que escuche sinceramente!

—Me gustaría poder viajar y ofrecer mis servicios como enfermera allí donde más lo necesitaran.

—¿Y qué te lo impide? —No sé qué decir. O mejor expresado, ¡no sé por dónde empezar! Si tuviera que explicar la innumerable lista de impedimentos que tengo para poder hacerlo, seguramente se dormiría de aburrimiento.

—Muchas cosas, muchas personas. —Acabo por decir con cierta resignación.

—Pero nunca es tarde. Puedes hacerlo si realmente lo deseas —me dice con voz profunda.

—No, no puedo —contesto rotundamente. Lo sé, parece una sentencia.

—¿Por qué? —insiste. Parece extrañado.

—Todo se ha... ¿cómo decirlo? Desbordado. Hace poco era solo una niña y de repente soy una futura señora Jones. —Me encojo de hombros y prosigo con teatralidad, no deseo mostrar lo que me afecta todo este tema—: Digamos que mi vida ha tomado otro rumbo y me tengo que centrar en otras cosas, eso es todo.

—Tengo la sensación de que sientes que el mundo sigue girando gracias a ti. —Lo miro atentamente y no sé qué contestar. ¿Acaso es una crítica? Pero no, está pensativo y después afirma con la cabeza mientras habla con voz muy suave, como si hablara para sí mismo—: Recuerdo muy bien esa sensación. Hubo una época en mi vida, en que creí ser la almohada donde descansaban todos los problemas. Hasta que un día descubrí lo equivocado que estaba.

¡Vaya! No sé qué decir a esta observación. Eso no lo esperaba, la verdad. Pero, aunque no entiendo muy bien sus argumentos, es agradable encontrar a

gente que haya notado sobre sus hombros un peso invisible que te impide caminar con normalidad. Así que sigo comiendo sin saber muy bien cómo seguir con esta conversación, tratando de llenar los silencios tan incómodos que hay entre ambos. Pero creo que solo me molestan a mí, puesto que este personaje parece ensimismado en su mundo interior:

—¿Sabes? También me gusta estar entre la naturaleza, respirar este aire y caminar por estos sitios. Es como si me transformara. ¡Se está tan bien! —exclamo mirando todo nuestro alrededor, los árboles, el cielo que se puede apreciar entre el ramaje, el barullo de los pájaros, la soledad, el ambiente natural que nos rodea...

—“El que nos encontremos tan a gusto en plena naturaleza proviene de que esta no tiene opinión sobre nosotros”. Es de Friedrich Nietzsche.

—Es bonita —digo con un suspiro.

—Tú también lo eres —me contesta mirándome a los ojos.

—Gracias —digo. ¡Jolín! Nuevamente azorada, agacho la cabeza para esconder mi sonrojo y una leve sonrisa surge de mis labios. ¿Por qué estoy tan contenta? Debería estar histérica por todos los acontecimientos que sucedieron ayer en casa y, en cambio, aquí estoy, sonriendo como una adolescente cautivada por un desconocido que lo único que está haciendo es ser amable conmigo.

—¿Te gusta el desayuno? —me pregunta con voz muy dulce.

—¡Oh, sí, muy bueno! Pero creo que estoy abusando de tu hospitalidad. Tengo que volver, todos estarán muy preocupados por mi desaparición. —Acabo por decir con pesar. Y me levanto resuelta. ¡Qué asco! Tengo que aclarar mi situación y tomar decisiones difíciles.

—Primero, disfruta de tu desayuno. Siéntate y saboréalo, advierte cada sabor, los diferentes ácidos, el aroma... son en estas pequeñas cosas en las que hay que recrearse. La felicidad tiene muchos matices y a veces pasan desapercibidos. Cuando termines, yo mismo te acompañaré hasta las afueras del bosque —me dice con suavidad.

—Oh, bueno... —Me siento nuevamente y termino lo que me queda. Trato por todos los medios de hacer cada una de las cosas que me ha sugerido el vagabundo, pero estoy nerviosa y me da la sensación de que no puedo estar quieta por mucho tiempo. El silencio se prolonga unos minutos más y me siento incómoda. No estoy acostumbrada a tanta calma. ¡Ni a percibir los ácidos y no sé qué más me ha dicho! Él termina su desayuno con una

desesperante tranquilidad. No parece tener prisa ni tampoco advertir mi nerviosismo. Yared deja el plato y cierra los ojos aspirando lentamente el aire hasta hinchar sus pulmones. Lo miro dubitativa. Es un poco raro, ¿verdad? ¿Qué está haciendo? No sé qué hacer durante los instantes que dura su... relajación o meditación o no sé qué puñetas. Paseo mi mirada por el campamento y aprecio cada detalle, su orden dentro de un aparente desorden. Su mundo, su vida, todo lo que nos rodea me habla de él. Después de un largo silencio en el que parece haberse ido a kilómetros de aquí, interrumpo con incomodidad. ¡Me está poniendo de los nervios!

—Y... esta... camiseta... —Mi voz ha sonado muy frágil. Pasan eternos segundos en los que sigue en su postura y me ignora por completo. Nunca pensé que treinta segundos pudieran parecer horas. Al fin abre los ojos y contesta con total tranquilidad, como si siguiera una conversación:

—Quédatela. Te queda muy bien. —Y sonrío mientras se levanta con agilidad desde sus piernas cruzadas. ¿Cómo lo ha hecho? Entra en la tienda y segundos después sale para darme el pareo que llevaba ayer puesto.

—Y toma, no lo vayas a olvidar. Esto sí que es tuyo. —De pronto toda la magia se ha evaporado. Es una situación extraña. Actúo cortésmente y trato de mostrar una normalidad que estoy muy lejos de sentir. Es como una escena de teatro mal interpretada. Yared coloca los platos recién utilizados a un lado y guarda sus prismáticos y su cámara de fotos con pasmosa tranquilidad. Sinceramente, me pone nerviosa. Pero sigo sus movimientos sin decir nada.

—Vamos. Te acompañaré. Es por aquí —dice, mientras me muestra la dirección con la cabeza. Tan drástico, tan directo... De repente me siento muy triste. Vuelve mi vida, mis indecisiones y frustraciones. ¡Ha sido bonito este paréntesis! Salimos del refugio acogedor del campamento y nos adentramos a la profundidad del bosque. El río se ve a pocos metros de donde caminamos y pierdo mi mirada en sus frías y agitadas aguas. Es una sensación muy extraña de definir. Estoy junto a un monumental hombre, caminando en medio de un interminable bosque, con un drama en mi vida y mi único consuelo es mirar las aguas del río con entusiasmo. Deseo grabar en mi mente este momento y que dure para siempre. El silencio se rompe por el canto de los pájaros, por el rumor del río, por los pasos pausados de ambos... Hubiera deseado que el tiempo se detuviera. Pero seguimos moviéndonos por este espacio natural disfrutando de la compañía, ¿o no? Soy muy nerviosa... Mis chanclas me molestan, el silencio me incomoda, mis pensamientos me torturan. ¿Es que soy

incapaz de relajarme por unos segundos? Yo, más que disfrutar, estoy analizándolo todo, dándole vueltas a la cabeza, pensando, sufriendo... ¡Arg! ¡Qué harta estoy!

—¿Estás bien? —me pregunta con delicadeza Yared. Su voz hace que deje mis tortuosos pensamientos a un lado y baje de las nubes.

—Sí. ¿Por qué lo dices? —Trato de aparentar despreocupación. ¡Soy tan mala actriz!

—Pareces preocupada.

—Ya, bueno, es que tengo que tomar decisiones difíciles. ¿Sabes? A veces pienso que debe de haber un modo más sencillo de vivir esta vida. —Suspiro. Estoy cansada de todo y me siento triste. No me gusta mi vida y peor aún, no me gusta cómo soy. ¿No es patético eso? Él me mira curioso. Parece ser que he dicho algo fundamental. Ambos seguimos caminando, sumergidos en el placentero ambiente del bosque.

—Si la vida es complicada es porque vivimos creyendo saberlo todo —me dice tras un breve silencio—. Y como creemos saberlo, pensamos que también podemos controlarlo. Así que siempre estamos en tensión, desconociendo que nos sucederán una serie de experiencias, independientemente de lo que nosotros queramos que pase. Lo más irónico, es que la solución está dentro de nosotros.

—Es un punto de vista interesante. Pero si lo que ha de ocurrir, ocurrirá por mucho que no nos guste, ¿qué objetivo tiene la vida? ¿Cómo se puede solucionar algo desde nuestro interior, si pasará de cualquier forma? —pregunto con curiosidad.

—Es una muy buena pregunta —me contesta con una bonita sonrisa—. Verás, yo creo que estamos aquí para vivir y experimentar la felicidad ofreciendo la mejor versión de nosotros mismos, independientemente de lo que nos parece ocurrir. Ese debería ser nuestro objetivo, saber trascender todo lo que nos sucede y dejar de verlo desde el miedo.

Lo miro detenidamente, incluso me detengo durante unos instantes.

—¿Y cómo se hace eso? ¡Ya me dirás cómo lo consigues! —exclamo incrédula.

—Se debería empezar por reconocer que no sabes nada —me contesta con suavidad—. ¿Cómo lo pretendemos saber, si solo podemos apreciar un leve segmento de un plan mayor? Cuando reconoces que no tienes la menor idea de qué es lo mejor para ti, te das cuenta de que el único poder que tenemos es

vivir en paz. Solamente desde este estado interior, estás en condiciones de escuchar la voz interior que tenemos como guía.

—No puedo vivir la vida pretendiendo creer que todo tiene un propósito que no comprendo. Tengo que tomar decisiones, y si son difíciles para mí, es porque soy la responsable de la felicidad de muchas personas —le digo reticente a aceptar tan fácilmente su propuesta.

—No sé qué responsabilidades son esas... —me interrumpe el vagabundo — pero ¿quién te ha dicho que la felicidad de los demás dependa de ti? ¡Eso no es posible! Es fácil convertirse en un muñeco roto si acatas todo lo que la sociedad dice que hagas. Acabarás hecha a retales, con ideas e imposiciones de los demás. Tienes que aprender a escuchar a tu guía, a confiar en la intuición que todos tenemos.

—¡Uf! Yo no lo tengo tan claro. No creo tener esa intuición que tú dices —suelto tras un bufido.

—¡Todos tenemos ese Yo de sabiduría! Pero esta voz respeta tu libre elección, y calla cuando tu yo controlador toma el mando.

Se ve todo tan fácil tras sus palabras que me hace dudar. Siento que puedo desahogarme con él. Algo en este personaje me hace sentir confiada.

—No sé... dices que no sabemos nada, y te creo, que todo ocurre por una razón, y sí, puede ser posible, y además dices que debemos escuchar a la voz interior que todos tenemos como guía. Son palabras y propósitos preciosos, de verdad. Pero son solo eso, palabras. —Vuelvo a sentir su negra mirada sobre mí. Pero yo sigo mirando todo nuestro alrededor sin aparentar que noto su exhaustiva observación y sigo hablando con una despreocupación fingida, mientras inexplicablemente, millones de mariposas danzan en el interior de mi estómago—. La vida nos da, y después nos quita. Somos felices, y al instante siguiente ocurre algo que lo desmorona todo. Y si algo es seguro en esta vida, es que nada en esta vida es seguro. —Añado mi reflexión en voz alta, como liberando de mi interior las dudas que siempre he tenido.

—Así es—me dice con voz profundamente dulce. Me recorre un extraño escalofrío por el cuerpo, y sorprendida, lo miro. Él sigue hablando, ignorante de lo que me hace sentir—: Todo lo que ves, todo lo que parece importar, no son más que pompas de jabón vacías. Vivimos en un mundo lleno de conceptos que valoramos según nuestra percepción y creencias, y lo peor de todo es que nos creemos que es la única verdad. Desvincularnos de todo lo que nos rodea y centrarnos en vivir la experiencia es algo que hemos olvidado. Hay que

sentir la vida en toda su plenitud, sin esfuerzos por lograr ser algo que no eres, sin hacer lo que no quieres y sin vivir de forma que no desees. Se tiene que sentir amor en todo lo que se hace y solo así, se lo darás a los demás.

—¿Aunque sea a una tortilla? —le pregunto en tono burlón.

—Pues sí. Aunque vendas pescado en el mercado, o seas comercial de una compañía de seguros. Si lo haces ofreciendo lo mejor de ti, eso te satisfará más que todo el dinero que puedas ganar. Mira... —Me coge de la mano y me aparta del supuesto camino que vamos siguiendo. Yo solo siento su cálido contacto en mi piel, y mi corazón golpetea con fuerza en mi interior. Me dejo llevar como si fuera una sonámbula. En mi interior solo quiero que ese inocente contacto no acabe nunca. ¡Dios! Debo estar mal de la cabeza. Se agacha a un lado de un enorme árbol y levemente me incita con su mano a que haga lo mismo. Después señala hacia el suelo y dice con voz profundamente tierna—: ¿Ves esta flor? Está ahí mostrando lo mejor de sí misma, experimentando ser flor, mostrando su gama de colores, su belleza, su aroma, su vida. Y lo hace sin ningún esfuerzo por ser mejor, o por mostrar un color que no tiene u otra forma ajena a su especie. Es lo que es. Así de simple, pero a la vez hermoso. Nosotros tenemos el privilegio de ser conscientes de nuestro ser y, sin embargo, no disfrutamos de la experiencia, no nos mostramos tal y como somos, sino que interpretamos un papel de acuerdo con las exigencias exteriores. No vivimos con amor, buscamos lo que no somos y lo que no tenemos. Así acabamos nuestra existencia, agotados y exhaustos.

—Es muy bonito lo que dices. Pero no puedo entender cómo se consigue dar amor a todos. Reconócelo, es una quimera. —Vuelvo a mostrarme reacia a su forma de ver las cosas.

Él se levanta y me suelta la mano. Yo me siento defraudada, para qué voy a negarlo. Tras su contacto, es como si me faltara algo. Reanudamos nuestra marcha hacia el pueblo en silencio.

—Bueno, yo pienso que primero tienes que aprender a amarte tal y como eres —me contesta, cuando ya pensaba que había acabado nuestra conversación—. Permítete respirar más desahogadamente. Se vive con mucho miedo, Yudica, y esa es una señal inequívoca de que no confiamos lo suficiente en nuestro poder interior. Deberíamos ser como la arcilla, maleable, para poder sacar de nuestro interior todo lo que tenemos.

—No sé... Parece muy fácil cuando lo explicas, pero cuando tenemos que actuar, encuentro que es muy complicado rendirse. ¿Cómo pretendes que lo

haga, si no me gusta lo que veo?

—No ves nada que no tengas en tu interior. ¿Por qué no empiezas por cambiar desde ahí? Deja de justificarte, ese rol de víctima te hace débil —me dice con rotundidad.

—¿Víctima? ¿Acaso parezco una víctima? —le pregunto molesta. No sé, no me ha gustado. Me siento pequeña, insignificante, dolida de que piense eso de mí.

—¿Culpas a los demás o a las circunstancias de tu suerte? ¿Te quejas? ¿Te mientes a ti misma y te autoconvences? ¿Justificas tus acciones? —Se encoge de hombros, sin sospechar lo que sus palabras pueden afectarme—. Si haces algo de esto, te comportas con victimismo. Yudica... es tu decisión el tener este papel, pero también lo es poder vivir con total responsabilidad. Tu trabajo consiste en romper todas las barreras que te impidan ser feliz. Eres tú la creadora de tu día a día.

—Perdona, pero te contradices. —Y hago un leve gesto con la mano para que detenga su oratoria—. Me acabas de decir que nos ocurrirán unas experiencias, independientemente de nuestro nulo control. Y ahora me aseguras que soy creadora de mis días. Hay algo que no encaja, o que no he entendido.

Yared parece divertirse a mi costa. Sus ojos brillan, me mira constantemente con una sonrisa en su boca, y se nota que está disfrutando de lo lindo. Yo, en cambio, me muevo entre dos sensaciones muy diferentes. Estoy supernerviosa por lo que me hace sentir, y por otro lado estoy interesada por lo que dice. Así que tiene toda mi atención, para qué negarlo.

—Ahí está el truco —me contesta. Está totalmente entregado a sus explicaciones y tengo la sensación de que todo este tema le apasiona—. Te he dicho que todo lo que parece ser, no es. Solo son pompas de jabón, ¿verdad? El truco está en recordarlo. Nada de lo que ofrezca el mundo puede darnos la felicidad que pretendemos conseguir. Como bien has dicho, hoy lo tienes, mañana no. Y como lo que ha de ocurrir, ocurrirá, lo único que podemos hacer es vivir la experiencia sin darle más valor que el que tiene. Cuando dejas de cuestionar las cosas, cuando dejas de juzgar la conducta de los demás, o de analizar todo lo que te rodea y simplemente aceptas, irremediablemente fluyes, dejas ir el control que crees tener, te abres a las infinitas posibilidades de decisión que tienes y te liberas. El peso sobre tus hombros cede, y tu intuición se desarrolla. Desde ese estado de paz, todas tus decisiones pasan a manos de

tu poder interior, o YO Superior, Guía... como quieras llamarle. Ese es un buen consejero, no controla nada, no juzga a nadie y libera enormemente. Pero no lo puedes confundir con el yo pequeño y egocéntrico que nunca te dejará ser feliz.

—¡Esto que dices es un lío! ¿Y cómo sé que miro a través de un YO y del otro yo? —Sonríe y camina relajadamente y mezclándose con la naturaleza con sosiego. No sé qué es, su actitud, su forma de hablar, sus movimientos... ese estado como de ingravidez. ¿Cómo puede ser una persona tan sutil y a la vez tan presente?

—Es fácil diferenciarlo. El yo pequeño o ego, es la voz que habla primero. Es cuando juzgas o piensas que todos están en tu contra. Es el yo que marca diferencias, que cree en la separación, en los contrastes, en las luchas y en el orgullo. El ego nunca te dará respuestas, solo preguntas cargadas de conflictos.

—¿Y la otra voz? —le pregunto verdaderamente interesada. La voz que acaba de describir, para mi horror, me es muy familiar.

—La otra voz siempre habla de amor y del bien para todos. Es una voz que no ve diferencias y como es incapaz de verlas, tampoco es capaz de posicionarse. Nadie es mejor ni peor que tú. La voz de la conciencia Superior siempre habla de unidad, y además de todo eso, es una voz que ve más allá del espacio-tiempo, y sabe qué es lo mejor para todos.

—¡Joder!, entonces mi yo pequeño siempre está acompañándome. —Esta vez lo escucho reírse a carcajadas. Parece divertirse. Su risa resuena en el apacible bosque, y acompañan nuestros pasos los trinos de pájaros y el quebrar sutil de pequeñas ramitas bajo nuestros pies.

—No te preocupes —me dice tras su espontánea carcajada—. Todos lo tenemos. Pero si podemos identificarlo, también lo podemos echar a un lado para que no esté presente en nuestras decisiones más importantes, evitando así que nos manipule como si fuéramos marionetas.

—Esto es curioso. Yo nunca había sospechado que tuviera dos voces a las que escuchar. Eso me recuerda esos dibujos donde salía la conciencia representada en dos diminutas imágenes, una era un ángel y la otra un demonio —suspiro, extrayendo con el aire toda mi tensión—. Creo que la conclusión a todo esto es que no nos conocemos lo suficiente. ¿No crees?

Sus ojos me observan con un brillo muy bonito. Supongo que es el reflejo del sol que se abre camino entre las ramas y acaricia su rostro:

—Sí, yo también lo creo. Como bien has dicho, ambas imágenes forman parte de nosotros, la diferencia es que una es real, y la otra es solo una ilusión.

—Deseo fervientemente que la real sea la del demonio. ¡Ja! Es broma. —Y le sonrío como una niña traviesa. Él no deja de taladrarme con sus enormes ojos, así que inquieta por esta observación tan minuciosa, le sigo comentando —. No, hablando en serio, supongo que es importante identificar el momento en que piensas con ese yo pequeño.

—Sí que lo es. ¿Nunca te has sentido feliz y ese yo insatisfecho te ha recordado algo para no serlo?

—¡Sí, es verdad! —Y me detengo admirada. ¡Nunca lo había pensado! Son muchas las ocasiones en las que esa voz en mis pensamientos me ha recordado que no debería estar tan contenta ya que no todo en mi vida iba bien. ¡Sí! Pero nunca pude imaginar que se tratara de ese... yo pequeño o como se llame.

—¿Ves? A este “programa” le encanta verte con miedo y con problemas. Es una forma muy sutil de tenerte atado a este mundo. Es como si en tu cabeza hubiera una especie de software de supervivencia, de ser el mejor, de conseguir, de temer... Por eso es importante saber identificarlo.

—Vale, te voy a hacer caso. Supongamos que identifico a ese yo pequeño, el yo que me hace estar cabreada con algo o alguien, el yo que solo es capaz de ver defectos. ¿Y después? —Seguimos caminando lentamente. Yo me dejo llevar por su profunda voz, me dejo contagiar por su tranquilidad y por la seguridad con que se mueve por este ambiente natural.

—Ignora esa voz y sé feliz, a pesar de todo. El puñal que te hiere son tus propios pensamientos. La felicidad, al fin y al cabo, es una decisión tuya.

—¿Es posible eso? Es algo que no tiene ningún sentido. ¿Cómo pretendes que ignore lo que está pasando? ¿Hablas en serio o te estás quedando conmigo? —Y me detengo por unos instantes extrañada.

—Hablo muy en serio. Tú no dejas de mirar el efecto, pero no se arregla nada tratando de cambiarlo. Solo se consigue desde la causa.

—¿Desde la causa? —Cada vez entiendo menos lo que trata de explicarme —. Y la causa es...

—Tu mente. Así que volvemos al punto de partida. Nada ni nadie va a cambiar hasta que no lo hagas tú. Cuando a una planta le falta alimento, cuando sus hojas, sus frutos, sus ramas o su tronco necesitan cuidados, son sus raíces las que se cuidan, desde el inicio. En nosotros ocurre lo mismo. No cambies lo

que ves fuera, cambia desde el interior, desde los propios pensamientos y creencias. Solo así se consigue.

Me quedo callada y no sé qué contestar. Así que, durante unos segundos nos acompaña un silencio que aprovecho para pensar en todo lo que he escuchado.

—Pero no entiendo nada. Si estoy preocupada, ¿cómo voy a pretender fingir que todo va bien? ¡No tiene sentido! —insisto poco después tercamente.

—Te preocupas porque crees que lo debes hacer, porque tu percepción dice que podría ser de otra forma y crees tener la razón. Tu sistema de pensamiento te convence de que todos están equivocados, menos tú, claro. Entonces tu yo pequeño te dice qué es lo que debería cambiar en la pantalla del mundo para poder ser feliz. Así que inevitablemente, luchas y te resistes a lo que está ocurriendo. Después viene la ansiedad y la infelicidad por no conseguir cambiar las circunstancias que crees que te hacen infeliz. Pero lo importante es saber que nadie ni nada va a cambiar hasta que no lo hagas tú. Es así de simple.

¿Podría tener razón? No sé... ¡Madre mía! ¡Vaya personaje tan peculiar que he encontrado!

—Creo que es algo muy difícil de hacer. —Vuelvo a llenar el silencio que se ha creado entre ambos. Mi impulsivo carácter quiere minimizar la incomodidad que parece que tengo solo yo. Yared se encoge de hombros y finalmente prosigue:

—Más difícil es tratar de cambiar a los demás. Mira... Si sigues haciendo lo que hasta ahora has hecho, lo más probable es que todo siga igual, ¿no crees? Pero si vas haciendo pequeños cambios en tu vida, puedes incluso cambiar la forma de ver el mundo. Pareces una chica lista, piensa... ¿Qué te hace infeliz? ¿De qué huyes?

—¿Por qué piensas que huyo? —pregunto de pronto a la defensiva. No me gusta sentirme tan expuesta. ¿Acaso es tan evidente lo que me pasa? ¡Jolines con el vagabundo! ¿Es que lee la mente? Él me mira con extrañeza. ¡Uf! Tiene cierto aire salvaje. Ese pelo largo y desmelenado, su barba, ese gorro que le queda fenomenal. ¡Yudica, para!

—Yo no pienso nada. Yo solo veo a una chica muy asustada que ha aparecido junto a mi campamento porque estaba perdida en su vida, aunque aparentemente parecía que estaba perdida en el bosque. La pregunta te la

tienes que hacer a ti misma. ¿Estás perdida? —Y su mirada vuelve a clavarse en mis ojos, como buscando respuestas en ellos.

Agacho la cabeza. ¡Tiene razón! ¿A quién quiero engañar? La verdad es que estoy huyendo, ¡claro que estoy huyendo! De mi familia, del yugo asfixiante de mi novio y de mis propias inseguridades. Permanezco callada y proseguimos el camino callados, oyendo los sonidos que nos envuelven, sintiendo la suave brisa sobre el rostro, oliendo la tierra, los aromas inconfundibles del eucalipto que hay junto al río, del romero, el pino... ¡Se está tan bien aquí! Yared no interrumpe mis pensamientos, sigue a mi lado como un superhéroe. E irremediamente me siento triste. No entiendo por qué no me enfrento a los hechos, ¿qué es lo que me impide hacer frente a mi situación y acabar con esta sensación de opresión permanente?

—Bueno, debo reconocer que soy una cobarde —digo al fin, rompiendo el silencio con pesar.

Después de breves segundos, se oye la suave voz del vagabundo, llena de infinita comprensión:

—No seas tan dura contigo misma. Ya te he dicho que los cambios deben ser sutiles. No te precipites al vacío porque yo te lo sugiera. Simplemente empieza por ser amable contigo misma. ¿Qué te gusta hacer? ¿Qué deseas? ¿Qué necesitas? Tienes todo el derecho y el poder de decidir sobre tu vida, así pues, quíete, y pon tus deseos al principio de la lista.

—No lo veo claro. En mi casa se me acusa justamente de querer pensar en mí, de ser egoísta e irresponsable. Y no sé si me lo merezco o no, pero es la primera vez que alguien me dice que pensar en mí y en mis deseos es algo que debo hacer —le comento extrañada.

—Supongo que tendrás que poner en una balanza tus deseos y los deseos ajenos. Pero te puedo asegurar que nunca llegarás a alcanzar las expectativas de los demás. Cada uno ha de vivir su vida, no puede ser de otra forma.

¡Bueno!, tiene algo de sentido, ¿verdad? A pesar de todo, vuelvo a dudar:

—No sé... debo reconocer que no estoy muy orgullosa de comportarme como a veces lo hago y merezco lo que dicen de mí. He hecho cosas de las que me avergüenzo.

—Yudica, ¿tú perdonas a quien se equivoca? —su pregunta me deja descolocada.

—¡Claro! —contesto, quizás muy rápidamente.

—Y si perdonas a los demás, ¿por qué no eres capaz de perdonarte a ti

misma? Los errores son oportunidades disfrazadas e invitan a ser comprensivo con los demás. ¡Todo el mundo comete errores!

Me quedo en silencio. Es una de las pocas veces que no sé qué contestar. Él me sigue hablando:

—Todo empieza por uno mismo. Al igual que si desconoces las cosas que te apasionan e ignoras tus necesidades, difícilmente podrás relacionarte con los demás con la absoluta aceptación de sus propios gustos y pasiones. ¿No lo ves?, no nos escuchamos, no nos damos espacio, y nos volvemos exigentes porque lo somos también con nosotros mismos.

—No es eso lo que nos ha enseñado la sociedad —mi voz no suena muy convincente. Me encojo de hombros. Ya no sé qué pensar. ¿No se le llama a eso ser egoísta? Empiezo a dudar de todo lo que me dice. Son cosas muy drásticas y que rompen todos los valores que me han enseñado.

—¿Ponerme yo en primer lugar? ¡Ojalá pudiera! —exclamo para mí misma, como si hablara sola.

—Solo te sugiero que no te pongas la última. Siempre hacemos las cosas de la mejor forma posible. Dime, ¿cómo se puede dar amor si no se tiene para uno mismo?

—Yo ya me quiero. —¡Qué débil ha sonado mi defensa! ¿Realmente me quiero?

—¿Tanto como para pensar en tu felicidad como principal propósito de vida? —insiste.

—¡Pero eso es ser egoísta! —exclamo al fin con irritación. ¡Uy!

—Puede que tengamos que empezar a dudar de las viejas historias que siempre nos han contado. Yo creo que ser egoísta no es vivir como tú deseas, sino querer controlar y dominar a los demás para que vivan según tus necesidades. Vivir para tu propia felicidad es amor. Dices que te quieres, pero dime, ¿permities cosas que no te gustan? ¿Buscas la mirada de los demás para ver si te aprueban o te aceptan?, ¿temes el rechazo ajeno?

Sé que habla en términos generales, pero tengo la sensación de que me está apuntando con el dedo. ¿Cómo puede describirme con tal exactitud, si no me conoce? Entonces empiezo a pensar que posiblemente, la gran mayoría de toda la humanidad actúa así. Tenemos muy arraigado en nuestro comportamiento los sacrificios, el qué dirán, y el mostrar ante el mundo una careta llamada personalidad, que no es más que una forma de vivir en una mentira.

—Pero yo no puedo ser feliz si los demás no lo son. ¡Debo pensar también

en ellos! —exclamo. A pesar de todo, me muestro reacia a dar mi brazo a torcer.

—Y eso está muy bien, pero ¿qué te impide ser feliz, ¡ya!/? —Yared me mira durante unos segundos. Él puede que no lo sepa, pero con su breve silencio ha conseguido que me quede expectante a la espera de sus próximas palabras—. La felicidad es una decisión tuya. ¿Y sabes lo más maravilloso de todo?, que, si tú eres feliz, ellos también lo serán. Yudica, la felicidad nunca la encontrarás en el mundo, sino en tu interior. Así que hay que dedicar más tiempo en mirar hacia dentro y empezar a olvidar lo de fuera.

¡Mierda! Estas reflexiones me ponen contra las cuerdas. Sé que no está diciendo ninguna tontería, pero me resisto. ¿Será mi pequeño yo?

—¡Jolines! Es muy complicado lo que dices —exclamo con exasperación. No lo veo tan fácil.

—¡Es solo una decisión! Si consigues tu satisfacción personal, irremediamente emitirás un rayo de luz tan potente, que te será devuelto con creces. Entonces todo tu mundo exterior comenzará a cambiar, ya que tu interior también lo ha hecho.

Vuelvo a quedarme callada. Trato de pensar en sus palabras y siento que tiene razón. Siempre estamos esperando el momento ideal para realizar algún sueño, aplazamos decisiones que pueden marcar la diferencia entre la felicidad y la infelicidad, vivimos con miedo, olvidamos proyectos esperando... ¿Qué? ¿Qué esperamos? ¡Creo que lo entiendo!

—Muy bien, veo que tiene sentido. —Reconozco muy a mi pesar. Mostrarse conforme invita a la acción, y eso me llena de inseguridad. Aun así, sigo diciendo—: Son pequeños cambios que se deben corregir. Pero es complicado. Da la sensación de que solo miras por ti.

—Lo puede parecer. Pero yo nunca he dicho que se deba ignorar a los demás, ni que empujes a quien está a tu lado para ponerte la primera. Solamente que no te olvides.

—¡Madre mía! —Sonrío desconcertada—. ¿Eres psicólogo, un gurú espiritual, o de una secta secreta?

Yared ríe con despreocupación, mirando el bosque con serenidad, parece incluso divertido. A lo lejos, se oye el ladrido de un perro. Para mi propia intranquilidad, presiento que nos acercamos a los límites del bosque.

—No, no lo soy. Supongo que soy un solitario con mucho tiempo para pensar —me contesta tras un suspiro.

—Pero tú tienes familia, ¿no? —le vuelvo a preguntar intrigada.

—Sí, claro que tengo familia. —Y sonrío con ese aire divertido que adopta en mis interrogatorios. Yo intento no mostrar el interés que me despierta y durante unos segundos trato de disimular mis ganas de saberlo todo de él.

—¿Novia? ¿Mujer? —pregunto al fin sin poder resistir el silencio que yo misma he creado para intentar mostrar un desinterés que estoy lejos de sentir.

—No, no tengo ni novia, ni estoy casado.

—Pero te gustan las mujeres, ¿verdad? —No lo puedo evitar, y casi paro mis pasos ante su posible respuesta.

—Sí, me gustan. —Y detiene su mirada en mi rostro, como recreándose en cada pequeño detalle. Agacho la cabeza cohibida. Quizás no me incumba, pero no puedo remediar interrogarlo.

—¿Tú eres feliz? —le pregunto en voz muy baja.

—Sí, lo soy —me contesta sin pensárselo—. ¿Y tú? ¿Eres feliz?

Hay un largo silencio. Él me mira a la espera de mi contestación, mientras seguimos caminando. ¿Feliz? ¡Ja! He dejado a mi madre llorando en medio de un gran estupor general, he huido de Sergio y de un conjunto tragicómico que me produce ansiedad y miedos. Mi vida en un jeroglífico sin resolver, me siento vacía, perdida, y mi único deseo es huir. ¿Que si soy feliz?

—No —respondo con rotundidad. Se instala un largo silencio entre ambos. Yo siento su intensa mirada sobre mí, es como si estuviera leyendo en mi interior.

—¿Por qué? —me pregunta al fin.

—No me dejan. —Lo he dicho sin pensar y enseguida me arrepiento. ¡Es verdad! ¡Parezco una víctima!

—¿No te dejan, o no te dejas? —me vuelve a preguntar con insistencia. ¡Vaya! Es obstinado. Nuevamente hay un largo silencio. Sé que no me está preguntando ninguna tontería y, sin embargo, ¿por qué lo veo como una incongruencia?, ¿por qué veo tantos obstáculos?

—Es complicado. ¿Y si me arrepiento de mis decisiones? —Y miro a Yared con indecisión, como buscando en él la solución a mi acertijo.

—No le puedes tener miedo a los errores, y mucho menos a la vida. —Tras breves segundos en los que parece pensar, continúa—: Piensa que cualquier decisión que tomes, sea la que sea, tendrá diferentes consecuencias, pero siempre aportará una enseñanza.

—No sé... puede que mis decisiones no sean del gusto de los demás.

Yared se detiene. Siento cómo me mira a los ojos y se acerca peligrosamente a mí. Se me corta la respiración. ¿Por qué no deja de taladrarme con sus ojos? ¿He dicho alguna tontería, quizás?

—Tan aparentemente fuerte, pero tan inocente —me dice con voz muy suave.

¿Eh? ¡Vaya!, ¡eso sí que no me lo esperaba! ¿Qué quiere decir? Él permanece frente a mí, mirándome. Después me coge de una mano lentamente, como midiéndola con la suya. Palma contra palma. Mira mi mano como si fuera un niño pequeño que acaba de descubrir un juego diferente. Cuando nuestras manos están unidas, entrelaza sus dedos con los míos. ¿Pero qué está haciendo? ¡Madre mía! Siento que mis piernas se van a doblar de un momento a otro. No sé muy bien por qué no me opongo. ¿Qué quiere decir este contacto? Tan inocente, pero tan íntimo. Noto una extraña sensación de irrealidad si no fuera por los frenéticos latidos de mi corazón. Su contacto deja sobre mi piel una agradable sensación de calidez. El silencio se alarga, y yo no puedo evitar perderme en sus ojos, en el brillo de su mirada y en esa espléndida sensación de paz que transmite. Este momento parece ser creado solo para nosotros dos, sin importar quién pueda estar mirándonos. ¡Se pueden sentir tantas cosas con un simple roce! No estoy muy segura del tiempo que ha transcurrido, pero la magia se rompe al escuchar voces a lo lejos. Me cuesta un enorme esfuerzo romper el contacto visual con este hombre, pero finalmente miro hacia la dirección de las voces con pesar.

—Parece que vienen a buscarme —digo con un leve hilo de voz, quebrando el silencio entre ambos. El hechizo se deshace. ¡Qué raro ha sido todo!

—Es una pena —dice, y vuelve a resurgir su sonrisa enigmática. Pero yo todavía estoy nerviosa.

—Estarán preocupados. —Mi voz ha temblado. ¡Ah! Me siento como una florecita sacudida por el viento. Carraspeo para asegurar que mi voz no tiemble y vuelvo a decir—: Mi padre habrá movilizad o a todo el pueblo para encontrarme y Sergio estará desquiciado.

—Sergio, tu novio. —Me afirma más que pregunta.

—Ahora es mi exnovio —le confirmo. Pero mis pensamientos siguen centrados en nuestro contacto. Solo eso. ¿No es extraño?

—Gracias por rescatarme, gracias por todo —digo al fin con timidez.

—No, gracias a ti. Hacía tiempo que no me sorprendía nadie tan

gratamente —me contesta muy serio. ¡Uf! ¿Lo dice de verdad? Las voces se oyen más cerca y ya se pueden ver a las personas que van acortando la distancia con nosotros. Puedo diferenciar a mi padre y algo más adelantado a Sergio. Veo cómo sus ojos miran nuestras manos entrelazadas y se detiene durante unos segundos en seco, como conmocionado. Al verlo, me desprendo rápidamente del contacto que mantengo con Yared. Ha sido un acto repentino, incluso no puedo evitar alejarme de él dando un paso hacia atrás. Es como si una mano invisible me hubiera dado un empujón para que retrocediera. El vagabundo mira más allá de mis ojos. Sí, sé que intuye mi miedo. Lo he podido leer en su mirada. Y siento mucha vergüenza, ¡no lo puedo remediar! Agacho la cabeza y esquivo sus ojos para no volver a encontrarme con ellos. No quiero que lea en mí con esa facilidad, ni que descubra lo mezquino que esconde mi interior. Sí, soy deprimente, lo sé. ¿De qué te asombras, hombretón?

Ambos observamos cómo el grupo se acerca. Mi padre parece estar asustado. Sus ojos no dejan de observarme, primero a mí y después al desconocido.

—¡Yudica!, oh, gracias a Dios que estás bien —exclama mi padre mientras me veo arrastrada por su ansioso abrazo. Está tan nervioso que noto su tenso cuerpo junto al mío. Sergio mira repetidamente al vagabundo y sus gestos muestran lo evidente: Los celos que siente. Me atrae hacia él y me besa en los labios. ¡¿Pero qué hace?! Yo rompo esta unión con desesperación. Me siento violenta al ser besada delante del vagabundo y me invade una gran indignación al verme utilizada de esta manera. ¡No tiene derecho a hacer eso! ¿Acaso no he roto mi relación con él? Evito volver a encontrarme con los ojos de Yared, pero no puedo evitar mirarle brevemente para poder presentarle con ciertas prisas:

—Papá, Yared me encontró y ha cuidado de mí. Esta mañana accedió a acompañarme al pueblo.

—Gracias, muchas gracias. —La mano firme de mi padre aprieta la del desconocido con... ¿gratitud? Sergio sigue queriéndome abrazar y yo trato de mantener las distancias apartándome.

—Estoy bien, de verdad —digo con impaciencia mientras retrocedo.

No hay más comentarios ni preguntas. Las personas del pueblo que acompañan a Sergio y a mi padre miran con prudencia al vagabundo. Parece que no les gusta la gente inusual y siento que este misterioso personaje no es

aceptado por los que están aquí presentes. Incluso mi padre no parece querer hablar con él. ¿Qué es lo que les incomoda? Me imagino que eso de vivir en el bosque es algo que no se comprende muy bien. Me siento mal por Yared. ¡Con lo amable que ha sido! Vivimos en una sociedad donde nos dejamos llevar por las creencias sociológicas y ya nadie se cuestiona el porqué de esos valores. Simplemente se dejan llevar, es fácil seguir la corriente de lo que estipula la mayoría, crecer sin causar muchos problemas, vivir dentro de lo que se considera aceptable y no hacer muchas preguntas. Pero... ¿por qué esa desconfianza? ¿Por qué mi padre está agradecido, pero guarda distancias con la persona que me ha ayudado? ¿Eso es todo? ¿Un simple gracias? En cuestión de pocos minutos me veo protegida por sus brazos y nos alejamos de mi salvador. Solo yo miro para atrás. Allí se queda un Ser excepcional y lleno de bellas palabras.

—Adiós —digo en voz baja. Él levanta la mano en forma de saludo. Después se gira y camina hacia su campamento, metiendo nuevamente sus manos en los bolsillos de sus desgastados tejanos. No vuelve a girarse y nuestras miradas no vuelven a encontrarse. Y yo siento un gran vacío, como si mi existencia me resultara insignificante. El brazo de mi padre me parece pesado y la proximidad de Sergio me ahoga. Vuelvo a mirar hacia atrás sin importarme que se sepa lo que buscan mis ojos. Yo solo soy capaz de sentir una gran decepción al advertir que Yared sigue su camino sin intención de volverse. Él es libre. Yo no.

8

“Solo el hombre perfecto puede trascender los límites de lo humano sin retirarse del mundo. Vivir de acuerdo con la humanidad y sin embargo no sufrir por ello. El hombre perfecto no aprende nada de las enseñanzas del mundo y conserva su propia independencia”.

Chuang tzu (S. IV a. C) Filósofo de la antigua china

Yared

Durante todo el día trato de realizar mi habitual rutina. He ido a correr cuando el sol apenas asomaba entre el espeso bosque, y después he terminado de escribir el último artículo para la revista de divulgación e investigación natural en que trabajo. Pero mi mente está inquieta y divaga con mucha facilidad. Observo las aves de la zona, pero finalmente la tarea me abrumba. Toco varias melodías y acabo por dejar la guitarra a un lado. Estoy molesto conmigo mismo, no me gusta esta pérdida de tranquilidad. Pero para mi sorpresa me veo enganchado en las redes de esta realidad. Y el motivo es la jovencita de ojos verdes, llena de curiosidad y con una inocencia cegadora. ¿Cómo impedir que ciertos pensamientos se paseen a sus anchas por mi cabeza? Intentar controlarlos y evitar pensar en Yudica, es pensar en ella. Y para mi propia sorpresa, me sorprendo recordando sus ojos, volviendo a ver su sonrisa, advirtiendo su curiosidad, observando sus gestos y en cómo entrecierra los ojos cuando los rayos del sol descansan en su rostro, como juega con sus dedos cuando reflexiona... ¡Ah!

Cambio de posición, me recuesto sobre la hierba y pongo ambas manos bajo mi nuca. Miro el cielo pensativo y observo las nubes que se ven entre las ramas de los árboles. Mi mente se queda en blanco por unos minutos, pero en cuanto me descuido, vuelvo a sentir desasosiego, como unos absurdos nervios. Estas sensaciones me recuerdan que me guste o no, la biología se abre camino en mi interior.

Recuerdo el momento en el que rompí con todos los convencionalismos para tratar de vivir la vida tal y como la sentía. Era un joven que sentía gran curiosidad por lo que me rodeaba. A pesar de mi juventud, no dejaba de hacerme preguntas sobre todo lo que me perturbaba, y mi sed de

conocimientos me hacía sentir que estaba perdiendo mi tiempo si no vivía tal y como yo deseaba. Tenía unas enormes ganas de moverme por el mundo y de palpar cada experiencia como única. Así que me dejé cautivar por la voz tentadora de mi corazón.

Al principio, mi familia no estuvo de acuerdo. Mi hermano Gregori, trató de convencerme para que recapacitara. Es una persona sedentaria, tranquila y su vida transcurre tras un escritorio entre juicio y juicio. Gregori es muy familiar. Le gusta su jardín, sus momentos de ocio y sus tardes de domingo. Vive por y para la abogacía y su mundo gira entorno a las leyes y los derechos de las personas. Es una persona excepcional en todos los aspectos, la sensatez personificada, así que siempre trata de hacerme bajar de las nubes. En aquel entonces también mi madre trató de razonar conmigo. Ella siempre ha sabido lo afectado que estuve por la enfermedad que padeció. Me conoce muy bien, y no ignora la gran influencia que ejercieron mis abuelos en mí. ¡Y cómo no!, todos advirtieron el rotundo cambio que tuve cuando desperté del coma. Así que mi decisión de perderme por el inmenso mundo era solo una cuestión de tiempo.

Pero lo peor de sobrellevar fue la actitud negativa de mi padre. Es una persona recta y seria cuyas creencias sobre la vida, el esfuerzo y el trabajo están esculpidas sobre una sólida piedra en su montaña de valores. No lo ha entendido nunca. Me considera un soñador y un inocente bienintencionado. Fueron muchas las conversaciones que tuve con él, dispuesto a hacerle comprender mi punto de vista, mi forma de trabajar y de moverme por el mundo. Después de mis estudios de Ciencias Naturales y Medioambientales, realicé mi tesis para el doctorado, y desarrollé mi particular forma de ver el mundo y la interacción entre los sistemas que lo complementan. Siempre ha sido una de las cosas que más me ha atraído, dedicarme a la divulgación natural y medioambiental tal y como yo la siento. ¿Por qué no intentar conseguir mis propósitos? Me gusta mostrar una naturaleza inadvertida para todos, contribuir a la conciencia ecológica y poder enseñar los maravillosos rincones que oculta. Soy un apasionado por encontrar todas las especies que habitan en el globo terráqueo, buscar lugares extraordinarios y dar a conocer el maravilloso mundo natural que nos rodea. Pero mis intereses siempre han ido más allá de la naturaleza, ya que también me he sentido muy inclinado a investigar sobre las antiguas tribus nativas que han existido. Me entusiasma estudiar sus secretos ancestrales cargados de sabiduría, y enseñar la clara

conexión que siempre ha existido entre la naturaleza y estas culturas indígenas. Estos pueblos casi desaparecidos por el tiempo han sabido que este vínculo con la tierra ha existido siempre. Para ellos, su forma de vida se basaba en la clara cooperación de sus antiguas tradiciones y el mundo natural en el que se movían. Hoy en día esta conexión está rota. Algo ha ocurrido en el género humano, que se ha desvinculado totalmente con el medio natural en el que se vive. Es como si nos consideráramos seres superiores con el derecho de actuar con irresponsabilidad, sin percibir por un solo momento las nefastas consecuencias que esas acciones suponen. Hemos olvidado por completo que todos formamos una gran unidad, y cada uno de los componentes de este universo tiene un papel fundamental en ella. Esa ha sido siempre mi pasión y lo que me ha movido a viajar por el mundo en busca de conocimientos. Sé que mi vida no la puedo pasar dentro de un laboratorio, tal y como siempre deseó mi padre. Él se resistía a dejarme partir por una simple cuestión de comodidad y egoísmo muy justificable, ¡es comprensible! También sabía que sería duro para mi familia. Y al principio sí que lo fue. Los meses pasaban rápidamente y yo me dejaba absorber con mucha facilidad por mis pasiones. El tiempo deja de tener el mismo significado cuando te dejas arrastrar por tu entusiasmo. Las largas temporadas que pasé con los monjes en el Tíbet, o perdido por los Urales, o conviviendo con las tribus todavía existentes del mundo árabe, me borraban del mapa de una forma que mi familia ha tenido que vivir con infinita paciencia. Pero hemos sabido sacar el jugo a las ocasiones en que me paso por casa a pasar una temporada. Hago lo posible por tener una relación fluida y continua. No soy un iluso y sé que ellos son una parte importante de mí. Trato de que mis estancias sean largas y debo reconocer que todo ha mejorado. El diálogo fluye y la calidad se ha enriquecido. Mis hermanos hacen siempre bromas a mi costa, mi madre sonrío feliz cuando estoy en casa y mi padre se preocupa por mi trabajo, e incluso se involucra personalmente en cualquier acción que pueda ayudarme. Desde el comienzo de mis viajes, he tratado de documentar las investigaciones sobre las antiguas civilizaciones y la absoluta conexión que tenían con el medio natural y espiritual, no solo mediante apuntes y largas conclusiones, sino con dibujos y fotografías. Mi cámara da fe de ello. ¿Por qué no recuperar sus viejas creencias y costumbres, sus enriquecedores escritos llenos de sabiduría? ¿Por qué no unir con un puente lo mejor de ambas épocas?

Mi punto de vista se reflejó en varios artículos para la revista y el

departamento de una universidad demandó mi tesis sobre mis conclusiones. De esta forma se comenzó a tejer una red de casualidades que fueron derivando a varios desenlaces, cada uno de ellos más sorprendentes que los anteriores. Primero fue la publicación en formato libro de mi tesis. Después fueron las fotografías de todos mis viajes, donde no ha sido difícil tratar de mostrar mi punto de vista. Es tan amplio este sector y tanto lo que tengo que revelar, que finalmente mi padre y mi hermano Gregori tuvieron la brillante idea de abrir una galería donde expongo regularmente las fotografías de mis viajes. La vida y sus objetivos no dejan de tener cierto misterio. Nunca quise tener éxito ni pensé en ningún momento que a alguien le interesara lo más mínimo lo que capta el objetivo de mi cámara o lo que escribo. Pero para mi sorpresa no ha sido así. Me llaman para dar extensas conferencias en las universidades, y creo que mi peculiar modo de ver el mundo y a todos sus componentes ha llamado la atención de las nuevas generaciones. Gracias a este nuevo y diferente enfoque hacia todo lo que nos rodea, la revista ha querido organizar una serie de documentales para desarrollar este tema. Así que la intención es la de reunir a una serie de patrocinadores para realizar un repertorio documentado, donde pueda exponer mi forma de interpretar al mundo y a las criaturas que habitan en él. El objetivo es un cambio de conciencia sobre la tierra junto con el descubrimiento de rincones ocultos y antiguas culturas. Es la oportunidad idónea de poder enseñar y asesorar sobre la forma de proteger el medio ambiente, y descubrir lo positivo que puede ocultar este mundo físico.

Mi trabajo toma un giro inesperado y fresco en la forma de enfocar mi metodología y asesoramiento para una mejor conservación de los ambientes y de las especies que en ella habitan. ¿Para qué negarlo? Me encuentro pletórico de felicidad. Mis pensamientos son: “Si solo una pequeña parte de las personas que ven estos documentales cambia su forma de pensar y de actuar en la vida, habrá valido la pena”. Es un proyecto ambicioso y quiero estar centrado en mi trabajo para poder estudiar las diferentes formas de enfocar los documentales y captar la atención de la gente. Tengo la gran oportunidad de poder mostrar mi punto de vista, intentar proteger las especies en extinción, cuidar de los ecosistemas y concienciar a las grandes instituciones. ¡Tengo tanto que decir y tanto que mostrar! Hay un mundo fabuloso que descubrir, diferentes culturas, lugares inimaginables, especies maravillosas, quiero hacer posible que las personas sientan esta riqueza como algo común y de todos... aunque a veces nos empeñemos en destruirlo. Estoy convencido de que todo

cambio en la propia conciencia individual es el principio de una transformación mucho mayor. Deseo dar a entender que existe una responsabilidad personal y colectiva, y que hay que tratar de visionar el mundo como una unidad, cambiando el enfoque de lo que nos rodea como algo fundamental. Si consigo hacer tambalear el paradigma social de las personas, hay una alta probabilidad de que este cambio de pensamientos forme una nueva realidad. Todo futuro se puede alterar en función de lo que la raza humana piense como colectivo. Si una gran cantidad de gente lograra pensar de manera diferente, los escenarios futuros darían un salto cuántico de nuevas realidades. ¿No sería maravilloso?

Por desgracia también sé que la mayoría de las personas están conformes con el mundo tal y como es. Suelen preocuparse solo de su bienestar individual y de su propia supervivencia. Ser el más fuerte o el más competente impera en este enloquecido mundo. ¡No suelen importar los perdedores! Y se acepta un mundo con hambre y a la vez exceso de comida. Se define como “equivocado”, lo que no se ajusta a las ideas políticas, sociales, religiosas, culturales o económicas del momento. ¡La gente ha dejado de vivir! Las mentes viven adormecidas y poco estimuladas. Ya nadie quiere aprender, ni pensar y en general, se reflexiona poco. Todo se ha automatizado y se prefiere elegir líderes, religiones y gobiernos, adaptándose al pensamiento común. ¿No es extraordinariamente triste? Y es que en general, la sociedad no suele responsabilizarse. Es más fácil juzgar las acciones ajenas y no involucrarse personalmente en nada. Pero en mi interior siento que yo también soy responsable por pensar de esta manera, y el trabajo que he de realizar es también mío. Intentar hacer que la sociedad despierte de su largo letargo es en realidad, despertar yo mismo. Soy consciente de que el resto del mundo son parte de mí. No puedo separarme de lo que siempre ha estado unido.

Me espera un gran reto personal. ¿Cómo hacer comprender que no hay ningún problema en el mundo, sino que nosotros somos el problema? ¿Cómo concienciar de que hay que cambiar la forma de verlo? ¿Cómo convencer de que somos nosotros los que formamos nuestra realidad? Somos una gran masa energética que proyecta un mundo horroroso y cruel y pensamos que no podemos hacer nada para arreglarlo.

Me incorporo y cruzo mis piernas en posición de loto. Me pongo cómodo y poco a poco mis músculos se van destensando. Cierro los ojos y escucho el sonido del bosque, recreándome en mi interior. Con la meditación me detengo

en el tiempo y los pensamientos se van deshaciendo. Mis estancias en los monasterios budistas me incitaron a realizar esta práctica, que considero idónea para abstraerme del mundo que me rodea. A través de la relajación y de mi respiración profunda, la voz frenética del ego se apaga y evito interferencias, logrando crear mis días con intención, atento a los mensajes que me puede mostrar la vida. Súbitos pensamientos entran en mi mente, los observo y los dejo ir. Lo suelto todo centrándome en el silencio y la quietud. Mi mente poco a poco se serena. Aquí es donde quiero estar, justo donde estoy ahora, fuera de los por qué, de los cómo y los dónde. A salvo de los pensamientos cargados de guiones. Solo percibo un largo y placentero silencio acompañado de mi respiración. Siento mi presencia, mi Ser, mi conciencia ilimitada e inmutable. Con el pasar de los minutos me voy sumergiendo más y más en mi interior. Me centro en los latidos de mi corazón, los sentidos se agudizan, mis oídos perciben los ruidos de la naturaleza que me rodean, el rumor del agua a lo lejos, los pájaros alborotando a mi alrededor, el leve viento caliente acariciando mi rostro, el calor que desprende la tierra y su peculiar olor, el movimiento de las ramas sintonizando un leve rumor de roce. Es muy agradable recrearse en este estado, olvidar todas las divagaciones de tu mente. El tiempo deja de tener sentido y pierde totalmente su valor. Cuando después retornas en ti, te sientes diferente. Es una maravillosa forma de notar lo que antes no percibías. Este simple acto me permite mirar el mundo más despierto, más alerta. Es otra forma de evitar andar como un sonámbulo.

“El propósito del ego es infundir miedo, porque solo los que tienen miedo pueden ser egoístas”.

Extracto del libro: UCDM

Yudica

Todos están exaltados hablando de cómo se han sentido y lo mal que lo han pasado. Se atropellan las palabras de unos y otros mientras permanezco como ausente sentada en el sofá. El ambiente que respiro es más bien el de un proceso jurídico y no el de una reunión. Aun así, me siento ajena a todo este torbellino de opiniones por doquier. Es como ver una obra de teatro. Cada uno da su opinión y exponen sus pensamientos sobre lo sucedido, me miran, ven mi cuerpo cubierto por una camiseta de hombre, mi cabello despeinado, mi actitud pasiva... y no ven nada más. ¡Qué poco sentido parece tener todo! ¿Dónde está el silencio del que antes huía? ¿Dónde está la tranquilidad que necesito? Algo en mí es distinto. ¿El vagabundo? ¿Tanto me ha impactado? ¿Pero por qué?

Sergio se sienta a mi lado y mis hermanos Jonay y Gara saltan a mis brazos y me invaden a preguntas. Yo contesto con voz monocorde. No quiero salir de este estado de ausencia, ni volver a sentirme culpable de cómo se sienten los demás.

—¿Dónde has ido? —me pregunta Jonay con una gran sonrisa.

—Al bosque.

—¿Por qué te has escapado? —insiste ante mi sencilla respuesta.

—No me he escapado, me he perdido.

—¿Tenías miedo? —Gara se recuesta sobre una de mis piernas y me mira muy interesada.

—Un poquito —respondo instintivamente.

—Dejadla tranquila. Está muy cansada —argumenta Sergio espantando a los mellizos con la mano, como si fueran moscas. Me quiere solo para él, lo sé.

Entonces vienen los comentarios sobre mi desconocido acompañante. El cuerpo de Sergio se tensa, no es un tema agradable para él. Los comentarios

que siguen a las explicaciones tampoco lo son. Del agradecimiento se pasa al juicio gratuito. Una especie de nube de misterio se forma alrededor de un personaje que no encaja con el estereotipo estándar de la sociedad donde vivimos. Pero para mi sorpresa, no siento ningún deseo de defender al vagabundo. Me asombro un poco al oír a mi padre comentar aspectos que no le gustan del extraño salvador encontrado en el bosque, pero tampoco me sorprende tanto. ¡Es el deporte nacional! Criticar y ponerle etiquetas a todo.

Mi madre me mira horrorizada y la señora Jones no deja de abanicarse. Da la sensación de que le va a dar un síncope de un momento a otro. Quizás está rezando para que la prensa no se entere de todo lo que ha sucedido. Eso podría ser catastrófico para nuestra reputación. No deja de tener cierta gracia, ¿no?

La voz de mi padre hace que finalicen todos los comentarios.

—Bueno, creo que es el momento de dejar a Yudica tranquila. —Me mira fijamente—. Querrás ducharte. Además, tienes que aclarar muchas cosas con tu novio. Y de paso... nos vendría muy bien una disculpa a todos los que estamos aquí. Has tenido un comportamiento infantil y caprichoso.

Me sorprenden enormemente sus palabras. Es como sentir que me lanzan una jarra de agua fría sobre mi cuerpo. Ahora sí que bajo de mi nube de ausencia como si me hubiera caído de bruces. ¿Disculpa? Y me lo pide mi padre, el único que me apoyaba en esta casa. ¿Pero qué está pasando aquí?

La señora Jones me mira con una sonrisa de satisfacción en los labios. Está disfrutando al ver mi perplejidad. Todos me observan y esperan mi reacción. Y yo, sinceramente, no puedo evitar sentirme muy mal por las palabras que acabo de escuchar.

—¿Disculparme? —pregunto muy confusa.

—Sí, disculparte. No es muy responsable salir corriendo de los problemas y perderse como si fueras una colegiala con una rabieta. Mientras tú estabas muy tranquila con ese “melenas” en el bosque, aquí no hemos podido dejar de preocuparnos por ti.

—Hemos pasado una noche horrorosa. —Contribuye la señora Jones con énfasis.

—Y tu madre no ha dejado de llorar —dice Sergio. ¿Pero qué pasa aquí?, ¿están todos de acuerdo para hacerme sentir nuevamente culpable? Respiro profundamente y me levanto tratando de mantener la tranquilidad.

—¡Vaya!, pues siento haberme perdido —digo con burla. Creo que ha

quedado claro que no siento en absoluto haberlo hecho. Si no, ¿cómo hubiera podido hablar con Yared? ¿Cómo haber descubierto tantas cosas en mí, en tan poco tiempo?—. Y ahora te voy a hacer caso, papá. Necesito una ducha y pensar en muchas cosas.

Empiezo a subir las escaleras de la casa muy poco a poco. Estoy tentada a no añadir nada más, a dejarme llevar y cerrar los ojos a mi realidad. Pero las palabras del vagabundo vuelven a mi mente. ¿Por qué tengo que complacer a todos a costa de mi felicidad? He tomado una decisión y deseo que sea respetada. Así que respiro profundamente e intento tranquilizarme: “¡Ánimo!”, me digo a mí misma.

Me giro decidida a enfrentarme a ambas familias. Quiero pensar que estoy tranquila, pero mis piernas están temblando como dos flanes. Me incito a luchar por romper con esos planes familiares que se tejieron a mi alrededor desde hace tantos años. Son años de trabajo mental y de afirmaciones de las que casi no fui consciente. Pero por primera vez desde hace mucho tiempo me veo a mí misma con valor. No puedo construir una vida junto a una persona que me amenaza y que no me deja respirar. A mis recuerdos viene la bofetada. ¿Es posible que yo sea una de esas víctimas de la televisión? ¿Así empieza todo? Esa bofetada fue el punto de inflexión que me convence de que eso no lo puedo tolerar. ¡Son tantas promesas y oportunidades! Y una tras otra, siempre había algún motivo para romperlas. ¡Yo no deseo que me quieran así!

—De todas formas, creo recordar un detalle que todos habéis olvidado.

—¿Qué detalle? —No puede evitar preguntar el señor Jones, impaciente ante mi serenidad.

—Pues que he roto mi relación con Sergio. Ni tengo novio, ni habrá boda. ¿Recordáis? —Ahí lo dejo. ¡Hala! Nuevamente oigo detrás de mí comentarios, gritos, sorpresa y exclamaciones. Sigo subiendo las escaleras dejando detrás un mar de opiniones e histerismos. No puedo evitar notar que tengo ganas de sonreír a pesar del drama que se ha creado a mi alrededor. Y esta vez no corro a refugiarme en el bosque. Solamente me meto en mi habitación y cierro la puerta con mucha suavidad.

Han pasado varias horas y nadie ha logrado que abriera la puerta. Necesito estar sola y pensar. Pero mi estómago está tan engarrotado por los nervios que no me deja tranquila. Mi mirada se pierde en el horizonte observando las montañas, deseando volver a huir de mi casa. La presión que siento en el pecho me recuerda que he tomado una decisión. ¿Por qué me siento culpable

por ello? He escuchado gritos y he oído a mi madre llorar. Creo que la hago muy infeliz. Tenía muchas ilusiones puestas en este matrimonio y eso me hace sentir muy mal. Los preparativos de la boda están muy adelantados y prácticamente todas las invitaciones han sido enviadas a sus destinatarios. El revuelo ha sido tal, que todos tratan de entrar en mi habitación para hacerme razonar. Sergio insistió varias veces. Tuvo varias tácticas para persuadirme, desde el ruego y la súplica, pasando por la exigencia y finalmente las amenazas. Pero estoy decidida a no dejarme convencer. Desgraciadamente también soy consciente de que en algún momento me tengo que enfrentar con ambas familias y repetir mi decisión. ¡Es agotador! Así que cuando escucho por tercera vez la voz de mi padre, decido abrirle la puerta. Al fin y al cabo, solamente es él quien me ofrece el beneficio de la duda ante cualquier conflicto, ¿o no?

Me acerco a la puerta y abro el pestillo. Veo alivio en su rostro. Me giro con rapidez, como huyendo de él, y me tumbo en la cama con desgana. Bien, estoy preparada para oír su larga retahíla.

—Yudica, estás muy rara. ¿Qué te pasa? —me pregunta tras un suspiro.

—Nada, solo he tomado una decisión —mi voz ha sonado fría, como a la defensiva.

—Una decisión sorprendente. Llevas años con Sergio y forma parte de esta familia. No puedes darle una patada como a un perro y ya está. Eso no se hace así. —Se sienta junto a mí sobre la cama y me mira a los ojos.

—¿Y cómo se supone que debe hacerse? ¿Por fases? —le pregunto con burla.

—No seas sarcástica, este es un asunto muy serio —me contesta con voz grave.

—¡Y me lo tomo en serio! —digo con énfasis mientras me incorporo para enfrentarme a su mirada—. ¿Qué es lo que no se entiende? He abierto los ojos y me he dado cuenta de cosas que antes no veía.

—¡Pero tú le quieres! —argumenta sin entender mis decisiones.

—¡Claro que le quiero! —Me levanto nerviosa. Vuelven a repetirse los mismos argumentos. Y lo peor de todo es que me avergüenza confesar los insultos y violencia que Sergio demuestra conmigo. No, no puedo hacer eso. Así que le digo con impaciencia—: Como bien has dicho, llevamos casi toda la vida juntos. Lo he pensado mucho, y he decidido que no me quiero casar con él. Aún no estoy preparada. Quiero hacer otras cosas, hacer voluntariado,

trabajar, en realidad no importa... Prácticamente he terminado los estudios y necesito libertad. Así que no deseo vivir con alguien que no me permite hacer nada. ¡Sergio es tan controlador y asfixiante!

—Quiero, quiero... solo oigo esa palabra. —Parece enfadado, y se levanta con nerviosismo—. Tienes sueños sin sentido. Quieres trabajar, incluso sin cobrar nada. ¡Cómo se nota que no te falta de nada!

—Son mis sueños, es mi vida. Y sí, es cierto, lo tengo todo, menos libertad —contesto dolida por su incomprensión. Me dirijo hacia la ventana y vuelvo a perder mi mirada hacia las montañas.

La voz de mi padre vuelve a ser tranquila. Aparece a mi lado y se le nota deseoso de hallar una solución.

—Hija... comprendo que te sientas abrumada con tantos preparativos. Sé que parte de la culpa de esa asfixia que sientes es gracias a tu madre y a la señora Jones. Son verdaderamente irritantes cuando están juntas. Pero también sé otras cosas. —Me coge por los codos y hace que enfrente mi mirada con la suya. Yo me giro sin muchas ganas de prestarle atención—. Sergio siempre habla de ti con entusiasmo y está enamorado, lo sabes, ¿verdad? Pero no ayudas mucho con tu comportamiento. Eres voluble, inmadura y caprichosa. No me extraña que esté un poco nervioso con tantos rumores de prensa. Pero Sergio tiene mucha paciencia contigo. Y la verdad, me apena que vayas a romper esta relación por una simple rabieta.

Lo miro sorprendida. ¿Rabieta? Últimamente no deja de ser extraño escuchar ciertas palabras en boca de mi padre. Supongo que nunca se conoce demasiado bien a las personas. Es tanta mi sorpresa que no logro decir nada y solamente abro la boca para coger aire, como el boqueo desesperado de un pez a punto de morir. ¿Acaso ha escuchado algo? ¿Una rabieta, dice? Mi silencio solo hace que mi padre se anime y siga hablando.

—Escucha, vamos a hacer una cosa. Tómate tu tiempo. Sergio desea solucionar los problemas que podáis tener, pero no tirando tantos años de relación por la borda.

Al no escuchar contestación por mi parte, vuelve a preguntar:

—¿Llamo a Sergio y habláis tranquilamente?

Logro reaccionar poco a poco. En mi cabeza solo resuenan palabras como “eres voluble, inmadura y caprichosa”. Me siento profundamente dolida, ya que la única persona de mi familia en quien confío me ha herido con sus palabras. Mi inseguridad me recuerda que quizá estoy tomando una mala

decisión. Si dejo mi relación con Sergio, ¿qué haré después? Pero también trato de escuchar a mi corazón y sé que es una gran equivocación seguir con esta relación. Mi padre espera paciente una respuesta, así que le contesto en voz muy baja:

—Papá, no quiero volver a repetirlo. *No-quiero-casarme-con-Sergio*. —Trato de hablar con serenidad. Él en cambio, parece perder los nervios. Se acerca a mí y me vuelve a coger por los brazos, esta vez con más fuerza. Está perdiendo la paciencia.

—¿Pero se puede saber qué te pasa? ¿Ese vagabundo no te habrá influenciado?

—¡Claro que no! —digo angustiada y alejándome de él.

—¿Ha habido algo entre ese hombre y tú? Yudica, ¿qué ha pasado en el bosque? —Observo su rostro. Se muestra al borde de la impaciencia y hay un claro reproche en su mirada.

—Pero papá, ¿tú qué te crees? —respondo ofendida—. ¡Él me ayudó a volver a casa! ¡Le deberías estar agradecido! Me dejó su tienda para dormir y él se quedó fuera, eso es todo.

Mi padre se queda pensativo, como midiendo mis palabras. Después logra decir con rotundidad:

—Está bien. Lo diré claramente. Necesitamos a Sergio. —Después de un silencio en el que trato de entender mejor lo que me acaba de decir, vuelvo a preguntar:

—¿Qué quieres decir con “lo necesitamos”?

—Sergio y su familia no pueden separarse de nosotros en estos momentos y si tú rompes tu relación con él, es muy probable que afecte a las relaciones que tenemos con los Jones. Hija, desgraciadamente la empresa va mal. No he querido decir nada para no preocuparos, pero hace ya tiempo que hemos dejado de ganar dinero.

—¿No tenemos dinero? —No salgo en mi asombro. ¡Madre mía! Mi padre parece afectado y no logra que sus palabras sean suaves y conciliadoras.

—Estamos en la ruina. Sé que es horrible que te pida paciencia, lo sé, pero estamos en una situación crítica. Hemos comprado tantas propiedades que estamos sin dinero. Hace meses que no se vende nada. Es más... si lográramos vender algo, el suelo ha reducido tanto su valor que a duras penas podremos pagar todo lo que debemos. Solo la alianza con los Jones nos permite seguir pagando las facturas. —Me mira con tristeza a los ojos y se le ve agobiado.

—Pero eso no puede ser. Papá, sois socios. ¡Él también tiene responsabilidades!

Estoy indignada, y no sé muy bien qué es lo que más daño me hace. Me entristece la situación familiar, pero a la vez siento una rabia descontrolada creciendo en mi interior. ¿Cómo es capaz de pedirme tal sacrificio?

—¡Claro que tiene responsabilidades! Aun así, nosotros no tenemos dinero para pagar lo que debemos. Ellos sí.

—Pero ¿y qué quieres que haga?, ¿me caso con Sergio por negocios?
—Casi grito de indignación.

—¡No! Pero hace solo dos días estabas eligiendo el color de las flores que adornarían la iglesia. Ahora rompes una relación de años. Yudica, nos tienes a todos desquiciados. —Tras un breve silencio, me dice en voz baja y conciliadora—. Solo te pido que no cierres las puertas. Deja alguna alternativa. Piensa lo de la boda, pero no dejes la relación sin sopesarlo seriamente.

—¿Cómo puedes pedirme eso? Sería muy cruel —le pregunto confundida. Es como si no acabara de creerme lo que me está pidiendo.

—Solo te pido que lo pienses. —Los ojos de mi padre me observan atentamente, me pide tiempo, ¿para qué? Por un momento dudo. Siento una gran presión en el pecho y unas irrefrenables ganas de llorar.

—Está bien. Lo pensaré —digo por fin en voz muy baja. Ahora soy yo la que se siente agobiada. Sutilmente mi padre ha puesto un peso indescriptible sobre mis hombros.

—¡Esa es mi chica! —Parece satisfecho y respira aliviado.

¡Qué bien! Al fin y al cabo, uno de los dos ha ganado esta batalla. “*Enhorabuena papá, debes de sentirte muy satisfecho*”, resuena una voz en mi cabeza. Pero de mis labios no sale ni una sola palabra. Observo cómo se levanta de su provisional asiento y comenta más relajado:

—Voy a llamar a Sergio para que suba y habléis. Pídele paciencia, seguro que lo entenderá. —¡Sí, seguro! Se detiene desde la puerta, parece satisfecho. Yo en cambio, me siento fatal. La sensación es tan agobiante que solo deseo llorar.

—Hija, haces lo correcto. Ya verás cómo todo saldrá bien. Sergio hará todo lo que le pidas. Yo hablaré con él, le pediré que sea comprensivo y que tenga paciencia. Eres muy joven y voluble, es normal que te pasen estas cosas. —Vuelven esas malditas palabras. ¿Por qué parecen insultos en su boca? Soy

joven y voluble pero no dudan en cargarme con responsabilidades extras. Antes de irse argumenta con orgullo—: Además, no podrás desear un novio mejor que el que ya tienes.

—¡Ya!, lo sé, soy muy afortunada. —Y hago un gesto con la mano para tratar de detener sus palabras.

—Yudica... —Duda.

—No, da igual. —Y vuelvo a alzar mi mano para detener sus argumentos. No me apetece seguir escuchándolo, la verdad.

—Y, por favor, necesito estar sola. ¡Claro!, si lo ves conveniente. ¡Soy tan joven y voluble! —No puedo evitar que de mis palabras brote resentimiento. Mi padre parece dudar por unos instantes, pero después opta por dejarme tranquila. Supongo que no le conviene tentar a mi... volubilidad. Así que cierra con mucha suavidad la puerta dejándome totalmente confundida y derrotada.

¡Dios mío! ¡Ah! Me tiro con abatimiento sobre la cama dejando escapar un suspiro. Tengo ganas de gritar, pero en cambio mis ojos se ven inundados de lágrimas llenas de impotencia. Después de haber tomado una decisión tan difícil, la vida vuelve a hacerme un corte de mangas. ¡Hala! ¡Ahí tienes, guapa! Ahora resulta que mi padre me necesita para los negocios. ¡Paciencia!, me pide. ¿Pero no es algo hipócrita por mi parte? ¿No es jugar con los sentimientos de Sergio? ¡Dios! Ese vagabundo tiene razón, me voy a convertir en una muñeca rota como siga así. ¡Joder, qué asco! ¿Por qué debo de sacrificar mi vida por la felicidad de los demás? Me seco las lágrimas y me acerco a la ventana para mirar el horizonte. Mi mirada se pierde a lo lejos, allí donde los árboles viven apelotonados y el silencio es el rey. Y siento que es en ese lugar donde me gustaría estar ahora, y no entre las opresivas paredes de esta habitación.

10

“La experiencia del hombre, es una ilusión óptica de su conciencia”.

Albert Einstein (1879-1955) físico alemán

Yared

Atardece. El sol anaranjado se esconde tras el pueblo creando sombras alargadas sobre los tejados de las casas. Todo es silencio a mi alrededor. A lo lejos se puede apreciar a algún vecino paseando por los alrededores. Incluso un rebaño de ovejas yace plácidamente sobre la pradera cercana al campanario. Los colores cambian a medida que pasan los minutos, los anaranjados se vuelven ocres, los azules son ahora violetas, los rojos dan paso a los negros. Permanezco varios minutos sentado sobre una de mis piernas, ensimismado en el paisaje, mientras mis dedos juegan con una ramita quebrándola en innumerables fragmentos. Después sigo mi camino con intranquilidad. Sí, porque a pesar de toda la armonía y magia que veo a mi alrededor, algo en mi interior me hace sentir inquietud. No sé muy bien cuál es el motivo, pero intuyo que algo no marcha bien. Hace días que tuve el fortuito encuentro con la curiosa muchacha y a pesar de las caminatas que he realizado durante el día por los límites del bosque, no he vuelto a verla. Quizás no tenga la menor transcendencia el hecho de haberla conocido, pero debo admitir que me ha sorprendido enormemente.

Ha sido fácil ver el interior de Yudica, es absolutamente transparente para mí. Cada poro de su piel irradia bondad y ternura, es como descubrir un diamante en bruto cuya ignorancia de su propio valor no hace más que multiplicar su atractivo.

Pero han pasado los días y no la he vuelto a ver. Quizás la decisión que debía tomar ya ha sido tomada, por consiguiente, nuestro encuentro ha sucedido solo para tratar de orientarla. A veces no somos los protagonistas de todo lo que nos sucede y la vida nos pone ante ciertas personas para ayudarles a avanzar en su camino. Puede que pase desapercibido, pero en ocasiones solo es suficiente una palabra, un comentario o una experiencia, para ayudar a abrir la conciencia de quien está a tu lado. Es lo justo. Esas casualidades también pueden suceder a la inversa.

El sol ya se ha puesto y poco a poco la oscuridad cubre la superficie de la tierra. Respiro profundamente. Pero... ¿por qué me siento tan inquieto?, ¿a qué se debe esta sensación? Estoy nervioso y mis pensamientos siempre van dirigidos hacia ella.

Con este extraño presentimiento que no logro entender, dirijo mis pasos hacia el río. El sonido del río es mi guía. Cuando llego a la orilla, me agacho para poder refrescarme la cara. Me quedo unos minutos junto al agua observando los peces que logro ver cerca de la superficie. Aspiro el aroma a tierra mojada y siento la leve brisa sobre mi rostro. Dejo que mi mano sea acariciada por la corriente de agua que pasa suave y fresca entre mis dedos. Las sombras aparecen, los árboles dibujan siluetas extrañas y la noche se abre camino. Entonces mi mirada pasea por los alrededores y percibo una figura inerte junto al río.

Me incorporo sintiendo que mi intuición me avisa. “*¡Cuidado Yared!*” Me grita mi voz interior. A pesar de que no hay más que silencio, camino con cautela hacia esa sombra sospechosa que yace quieta en el suelo. Solo cuando estoy a pocos metros de mi objetivo, toda mi extrañeza se esfuma al reconocer que es el cuerpo de Yudica, inerte, inmóvil y sangrando.

¡Dios! ¿Qué le ha pasado? Toda mi precaución desaparece y corro junto a ella. Me arrodillo a su lado para asegurarme que respira. Su respiración es lenta y casi inapreciable. Su cara ha sido golpeada y se puede ver con claridad la sangre en su rostro. Miro a mi alrededor y advierto que el río está a pocos metros, por lo que me quito con rapidez la camiseta que tengo puesta y la mojo para humedecerle el rostro.

—Yudica...

Después de insistir varias veces y repetir la operación, parece hacer el amago de despertarse de su inconsciencia. Es casi inapreciable, pero sus labios se mueven, su rostro se crispa. Pero al instante noto una presencia que me pone los pelos de punta. Giro mi cabeza y entre la oscuridad puedo apreciar que, escondido entre los árboles y la espesa maleza, hay alguien. En cuestión de pocos segundos, el rostro contraído del novio de la chica sale de entre los matorrales con los ojos inyectados en sangre. Sin darme tiempo a incorporarme, se abalanza hacia mí para golpearme fuertemente con un largo y recio tronco que tiene entre sus manos.

—¡Cabrón! ¡Sabía que os veíais a escondidas! —grita con rabia. Instintivamente trato de esquivar el golpe, pero es tal mi sorpresa que solo

acierto a levantar el brazo. Ese acto no impide el fuerte golpe que recibo en mi cabeza. El dolor que siento hace que me maree y por un momento creo que voy a perder la conciencia. Me incorporo con cierta inestabilidad, aturdido por el golpe. Sergio vuelve a darme con el tronco en las costillas. ¡Crac! Oigo que algo cruje y mi respiración se corta. Inclino mi cuerpo, vencido por el dolor. Mis pulmones parecen quedarse sin aire, mi visión se nubla. Quiero respirar, pero algo me lo impide.

—¡Hijo de puta! No volverás a tocarla nunca más. —Vuelve a levantar el tronco por encima de su cabeza, como si se tratara de un hacha. Arremete furiosamente contra mi cuerpo una vez más. Quiero amortiguar el golpe, pero me falta la respiración. Siento cómo mi visión se nubla por la sangre que sale de la herida de mi frente. Incluso mi boca se llena del peculiar sabor de esta.

Sergio está como enloquecido. Sus ojos agrandados miran con nerviosismo el cuerpo inerte de Yudica.

—¡Tú has hecho que la matara! —me grita llorando—. ¡Te voy a matar! —Vuelve a levantar el tronco, pero esta vez consigo ser más rápido que él. Mi altura me ayuda a evitar que vuelva a golpearme y forcejeo para quitarle de sus manos esa arma mortífera. Levanto la rodilla y le doy con todas mis fuerzas en el estómago. Esta vez es él quien se encoge de dolor con sorpresa. Aprovechando que está desprevenido, golpeo su mandíbula con mi puño. Cae al suelo de espaldas. Mi respiración es agitada y la elevada adrenalina de mi cuerpo consigue que siga todavía en pie. Pero estoy mareado y mis piernas empiezan a flaquear. Sergio se recupera y su rabia se refleja de forma evidente en su rostro. Aprieta los labios, mientras masculla palabras que no logro entender. Se levanta del suelo y me sorprende al advertir que saca del bolsillo de sus pantalones una navaja. No es muy grande, pero sí lo suficiente como para que ignore mi sensación de desfallecimiento y logre enderezarme. He de evitar que este inepto me acabe de liquidar. Tengo que hacer un gran esfuerzo para no rendirme y dejarme caer en la inconsciencia. Mi costado me remite un dolor indescriptible y mi cabeza es un torbellino de suplicio que me provoca ganas de dejarme invadir por un sueño profundo. La navaja brilla al acercarse a mí. Me incorporo con dificultad y trato de forcejear contra una fuerza llena de odio. Le agarro ambas manos para impedir que la navaja se acerque a mi cuerpo. Es muy difícil no dejarse ir. Mi vista se nubla y mis piernas se quieren doblar por falta de fuerzas. Quiero defenderme, pero me falta el aire. Cada exhalación, cada forcejeo, cada movimiento, es un dolor electrificante en mi

costado. Ante mi resistencia, Sergio vuelve a golpearme en las costillas con su rodilla. Esa acción es suficiente como para que mi fuerza se vea doblegada. Siento que algo me pincha en el otro costado. Vuelvo a agarrar el brazo de Sergio para impedir que la navaja se introduzca más en mi interior. Si este loco la introduce más, dañará algún órgano y acabaré desangrándome. Así que reúno la fuerza necesaria para luchar por mi vida, arqueo mi cuerpo y con un último esfuerzo, doblo mi torso con violencia hacia él y le doy un fuerte cabezazo en su nariz. Vuelve a crujir algo. Pero estoy seguro de que esta vez no ha sido ningún hueso mío.

Esta acción hace que el agresor retroceda rápidamente echándose las manos a la cara. Se afloja la presión y aprovecho para retroceder. La navaja sale de mi cuerpo y cae al suelo. Entonces mis piernas pierden rigidez y caigo como una piedra pesada. Sergio tarda unos minutos en recomponerse del golpe que le he dado en la nariz. Después de una leve indecisión, recoge su navaja del suelo y se la guarda. Veo sus pies cerca de mi cara, y para mi sorpresa, sigue embistiéndome con patadas llenas de furia. Yo trato de protegerme y me siento desfallecer de dolor. Sergio se comporta como un animal furioso que ha perdido toda capacidad de raciocinio. Después de lo que parecen minutos interminables los golpes cesan. Su agitada respiración se oye claramente a mi lado. Se acerca a Yudica y la toca para tratar de averiguar si está viva. Después, todo es silencio.

Mi conciencia se adormece por unos segundos, pero algo en mi interior me avisa que debo moverme. Entonces, a pesar del dolor que siento en todo el cuerpo, me remuevo inquieto y abro los ojos con dificultad, ¡tengo tanto calor! ¡Oh, no! Descubro un virulento fuego a nuestro alrededor. ¡Dios! Mi adrenalina se activa y hace que me mueva a pesar de mi debilidad. Es una cuestión de supervivencia. El cuerpo y sus ganas de vivir combinan el cóctel adecuado para que todos mis músculos se agiten y me ponga a salvo. Las llamas desprenden un humo gris brumoso e irrespirable. Busco a Yudica, y la veo inconsciente a mi lado, ausente del peligro que nos rodea. Me arrastro como puedo hacia su inerte cuerpo y toco su cara para tratar de despertarla. Mis manos ensangrentadas dejan impresas mis propias huellas sobre su rostro, así que me miro a mí mismo para descubrir de dónde procede tanta sangre. Una evidente inflamación se ve a un lado de mi torso desnudo. Al otro lado descubro la herida de navaja que deja un escandaloso camino de sangre que mancha mis pantalones. Ignoro mis heridas y logro arrodillarme junto a Yudica

para tirar de su cuerpo hacia el agua del río. Mis manos están resbaladizas y pegajosas por la sangre, el dolor de mis costillas es intenso y me impide hinchar los pulmones de aire viciado. Casi no puedo respirar y comienzo a toser compulsivamente. Cada centímetro de esfuerzo nos acerca más al río, así que sigo arrastrando su cuerpo hasta entrar en contacto con el frescor del agua. Está tan fría que casi me paraliza el cuerpo. La herida producida por la navaja tiñe mi alrededor de un violento color rojo. Acomodo el cuerpo inconsciente de Yudica junto a mí y le coloco la cabeza fuera de la corriente. Respiro aceleradamente por el esfuerzo y me estiro a su lado con mucha dificultad. El agua se desliza por nuestros cuerpos como una suave tela de seda, envolviéndonos con su frescura, acariciándonos y limpiando nuestras heridas. Pero está helada y no estoy muy seguro de que podamos aguantar mucho tiempo sin entumecernos. ¿Pero qué otra cosa puedo hacer? El bajo nivel por el que se desliza el agua del río hace que el ambiente no esté tan contaminado por el humo y estamos a salvo de las llamas que iluminan nuestro alrededor. El agua fresca me hace sentir mejor, quizás porque insensibiliza mi cuerpo y las heridas dejan de sangrar. Mi sentido de la supervivencia se adormece y la falta de aire ayuda a que mi conciencia se vaya anulando. Y como si de una canción de cuna se tratara, mis ojos se cierran para acabar en un agradable y placentero sueño que me aparta del dolor.

—¡Yared! ¡Yared! Despierta, por Dios, ¡Yared! —Despierto agitado. Oigo una voz desesperada que grita y me zarandea constantemente. Es tanta la desesperación que percibo, que me obligo a abrir un poco los ojos. Pero ante el cegador dolor que siento en mi cabeza los vuelvo a cerrar inmediatamente. El espeso humo que me rodea me impide respirar con normalidad y me cuesta recordar dónde estoy y qué ha pasado. Me siento tan mal que lo único que deseo es sumergirme en un sueño. La voz insiste. Nuevamente entrebros los párpados con esfuerzo. Toso. ¡Ah! ¡Qué dolor! ¡El aire es irrespirable y tengo unas ganas enormes de hinchar mis pulmones con aire fresco! Casi me desmayo por el ramalazo agudo que sube por mi tórax. Pero necesito toser.

—¡Por favor, Yared! ¡Despierta! ¡Haz un esfuerzo! ¡Tenemos que salir de aquí! —La voz insiste una y otra vez. Vuelvo a obligarme a abrir los ojos. La veo. ¡Es ella!

—Ayúdame a salir de aquí o moriremos. —Sus palabras se quedan grabadas en mi mente. Dolorosamente acuden los recuerdos de todo lo que ha

ocurrido. La agresión, el cuerpo de la chica tirado en el suelo, el incendio provocado... ¡Fuego! ¡No! ¿Cuánto tiempo ha pasado?

—¡Yared! Tenemos que irnos de aquí o moriremos.

¿Morir? Bueno, es muy tentador. Sé que nada malo puede pasar. Yo he pasado ya ese umbral y no lo temo, ¡al contrario! Esa sensación de paz, de plenitud, de amor...

—¡Levanta! Yo te ayudaré —exclama Yudica.

Casi me río en mi propio aturdimiento. ¿Ayudarme? Alguien tan supuestamente frágil... Pero siento que tira de mí. ¡Vaya! Parece tener más fuerza de la que demuestra. Ambos estamos mojados, entonces recuerdo que todavía permanecemos en el río. No logro sentir mis piernas, pero intento ayudar con toda mi buena voluntad. Yudica tiembla como una hoja sacudida por el viento. No puedo saber de dónde saca tanta determinación, pero tira para que me levante del lecho del río.

Doblo las piernas con mucho esfuerzo y me trato de poner en pie. Nuevamente la tos vuelve y con ella un dolor cegador que me paraliza. El mareo repentino hace que mis rodillas se doblen como si se tratara de gelatina y caiga sobre la orilla como un muñeco pesado. Yudica impide que todo mi cuerpo choque con el suelo. Sus rodillas también aterrizan violentamente contra el suelo rocoso para evitar mi caída, pero no se queja del golpe. Sigue sujetándome. Vuelvo a intentarlo. El mareo vuelve, pero ignoro las sensaciones tan desagradables que siento: las náuseas, el tentador desvanecimiento, el dolor... Mi cuerpo no logra erguirse totalmente, pero empiezo a dar los primeros pasos aún encorvado, mientras las palabras de la chica me alientan continuamente a seguir:

—Dime por dónde vamos, Yared. Allí descansarás, te lo prometo.

El fuego sigue su camino insaciable. Seguimos el curso del río con pasmosa lentitud. La falta de aire no nos deja respirar. No dejamos de toser y mi visión se nubla. Estoy cansado y siento un irrefrenable deseo de volver al mundo de la inconsciencia.

—Lo conseguiremos, ya verás. —Nuevamente la voz de Yudica me despierta de mi dulce desvanecimiento y de mis deseos de rendirme. ¡Pobre chica! Alguien tiene que ayudarla. Levanto la cabeza y abro bien los ojos a pesar de mi sufrimiento. Me trato de orientar dolorosamente en el mundo hostil que me rodea y procedo a caminar con más energía para salir del peligro del incendio. El aire sopla levemente y hacia el pueblo. Eso es suficiente como

para poder alejarnos penosamente de la zona más peligrosa. A pesar de que el ambiente sigue siendo muy denso, logro respirar mejor.

No sé durante cuánto tiempo hemos estado caminando, pero sigo moviéndome de forma automática. Me obligo a despejarme, sacudo la cabeza, me restriego los ojos y me toco la cara, hago cualquier cosa que me obligue a estar alerta y poder guiar a Yudica hasta el campamento. Al fin salimos del río y nos introducimos en el bosque. Sé que estamos cerca, aunque en ocasiones no soy muy consciente de por dónde vamos. Yudica no deja de hablarme, solo su voz es capaz de atraer mi atención al mundo y seguir guiándola hacia un lugar más seguro.

—Bien, creo que estamos llegando, ¿verdad? ¿Yared?

Mis piernas se doblan, pero Yudica sigue agarrándome con fuerza. ¿De dónde las saca? Me vuelvo a obligar a caminar. ¡Ahí está el campamento! Miro hacia el objetivo que me ofrece un apacible desvanecimiento. Cuando veo la tienda de campaña me siento más animado. Yudica me ayuda a introducirme en su interior. ¡Por fin! Mis músculos se relajan, pero el continuo movimiento que hace la muchacha me mantiene alerta. Me está quitando el calzado y los pantalones. Se mueve con rapidez y sabe reaccionar ante la adversidad. Me ha dejado casi desnudo y toca mis costillas, hecho que hace que el dolor me relampaguee. Pero sus dedos siguen la trayectoria de mis costillas, imagino que para descubrir la envergadura de la lesión. Me coloca el brazo junto mi tórax y me pone de lado. Así, en esta postura, noto que respiro mucho mejor. La presión que yo mismo ejerzo sobre mi costado alivia mi inspiración. Me toca la herida producida por la navaja y abro los ojos ante el dolor que siento. Yudica abre mi mochila, y después de buscar en su interior, consigue encontrar un pequeño botiquín donde tengo todo lo imprescindible para curarme, en caso de tener algún incidente. En el duermevela en el que me encuentro, puedo percibir la seguridad con que se mueve. Usa un aerosol antibiótico para las heridas y me grapa con finos adhesivos, el corte producido por la navaja. Después protege la herida con delicadeza. Parece una experta. Me aparta el cabello y observa la herida de la cabeza. Sus continuos movimientos me mantienen atento, pero soy incapaz de realizar ninguna acción. He hecho tanto esfuerzo en llegar hasta aquí que siento que mis músculos no me responden. Mi mirada, llena de agradecimiento, acaricia su rostro. Advierto los golpes que ella también ha recibido y siento verdadera indignación al verla así. Así que vuelvo a cerrar los ojos para no recordar lo que un ser humano puede

llegar a hacer a otro. No deseo dejarme arrastrar por la rabia, la indignación, ni la ira.

Cuando vuelvo a abrir los ojos, observo cómo Yudica busca mantas. Actúa con destreza y su ingenio se agudiza con su instinto de supervivencia. Se pone de rodillas y se quita la camiseta. Después se sienta y se quita sus pantalones cortos y su calzado mojado, quedándose solo con unas diminutas braguitas. Después se acuesta junto a mí, envolviéndome con sus brazos. Cuerpo contra cuerpo. Piel contra piel. ¡Qué agradable sensación! Solo entonces soy consciente de que yo también estoy temblando. Mi cuerpo parece que se convulsiona involuntariamente. ¿Realmente he estado temblando todo este tiempo? Yudica pone la manta sobre ambos y se acerca más a mí. Sus frías manos me dan ligeros masajes por la piel para activar mi circulación. Nos quedamos muy juntos y quietos, compartiendo el calor que va invadiendo nuestros magullados cuerpos. Su aliento caliente, húmedo y agitado, llega a mi pecho. Siento un acogedor bienestar, y antes de sumergirme apaciblemente en el sueño, un grandioso agradecimiento me sobrecoge. Mi corazón se acelera y parece hincharse físicamente. La vuelvo a mirar. Está frente a mí con los ojos cerrados, imagino que sin desear recordar lo ocurrido. Me da calor con su cuerpo y yo no puedo hacer otra cosa más que acariciarla con mi mirada. Son grandes sensaciones las que me hace sentir esta admirable y valiente mujer que está a mi lado y ha salvado mi vida.

11

“¿Qué pasaría si reconocieses que este mundo es tan solo una alucinación? ¿O si realmente entendieses que fuiste tú quien lo inventó? ¿Y qué pasaría si te dices cuenta de que los que parecen deambular por él para pecar y morir, atacar, asesinar y destruirse a sí mismos son totalmente irreales?”.

Extracto del libro: UCDM

Yudica

Cuando despierto tardo varios segundos en ubicarme. Por un momento pierdo toda sensación de realidad y miro a mi alrededor como si estuviera en un sueño dentro de otro sueño. Mis ojos casi no se abren de lo hinchados que están, mis labios reseco y llenos de heridas me duelen, y al moverme todo mi cuerpo se queja. Después veo un cuerpo desconocido junto al mío, semidesnudo y respirando tranquilamente. Su silueta es muy diferente a la que estoy acostumbrada. El pelo rubio de Sergio es sustituido por el largo cabello negro del desconocido. El torso moreno que veo no es la piel blanca de mi novio. La varonil y atractiva cara no es el rostro de muñeco al que estoy acostumbrada. Entonces todo viene a mi cabeza de golpe, como un relámpago. Los gritos, la pelea con Sergio, la violencia y el auténtico descontrol que sufrió al dejarse llevar por la impotencia a perderme. Me golpeó con brutalidad, me dio patadas por todo el cuerpo, mientras yo trataba de protegerme, tirada en el suelo como un viejo trapo. ¡Dios mío, ahora lo recuerdo todo!

Me remuevo conmocionada por los recuerdos que se agolpan de repente en mi mente y todo mi cuerpo se vuelve a quejar. Miro a Yared. Este permanece sereno, duerme apaciblemente y su respiración parece sosegada. Siento una gran satisfacción al ver que las heridas que le he curado han dejado de sangrar, aun así, no puedo evitar indignarme al advertir que este hombre ha estado a punto de perder su vida por haberse cruzado en mi camino.

Me muevo con dificultad por el dolor, aun así, alcanzo mi camiseta de tirantes y me la pongo para ocultar mi desnudez. No tengo fuerzas para moverme y siento la necesidad de volver a perderme en el mundo de los sueños. Es una maravillosa forma de no recordar por qué estoy dolorida. Trato de reprimir mi llanto y miro hacia el exterior a través de la cremallera abierta

de la tienda de campaña. El sol está alto y una especie de niebla tóxica me recuerda el incendio. Es tal la tristeza que me embarga que no puedo evitar echarme a llorar como una niña pequeña, dejando salir el miedo que he pasado. He vivido en tal tensión estos últimos momentos que noto la desesperación en la boca de mi estómago. Lloro sintiéndome muy sola y desprotegida, perdida en un mundo cruel que me manipula a su antojo. Los recuerdos de la violencia sufrida me dejan nuevamente paralizada y no puedo evitar tener miedo.

Me sorprendo al notar una mano sobre mi hombro. Mi mirada enrojecida por el llanto, encuentran los ojos negros de Yared.

—¿Estás bien? —Parece débil y cansado, pero no deja de mostrar su preocupación por mí. Este hombre me desarma. ¡Me pregunta si estoy bien, cuando ha sido gravemente herido por mi causa!

—No. Has estado a punto de morir por mi culpa, ¿sabes? —le contesto con voz temblorosa. Aparto mis ojos de su cuerpo magullado con cierta congoja. Tiene un cuadro desolador de golpes, sangre, heridas... y una fea y azulada evidencia de sus fisuras en las costillas. En su cabeza se puede apreciar las lesiones abiertas de la agresión, tiene todavía sangre seca en su cabello y, en cambio, escucho su voz preocupada. Ese hecho no hace más que enternecerme. ¡Dios mío! ¿De dónde ha salido? No sé si ignora que el navajazo recibido ocupa parte de su cintura. Un centímetro a un lado u otro hubiera sido la diferencia entre la vida y la muerte. Solo un centímetro y el desenlace hubiera sido muy diferente.

La mano de Yared vuelve a tocar mi brazo para llamar mi atención. Siento sus dedos sobre mi antebrazo y la leve presión de sus dedos.

—Yudica, mírame... —Trato de recomponerme. Pero de mis ojos no dejan de caer unas grandes y horrorosas lágrimas que quiero evitar a toda costa, pero que parecen tener vida propia. Más me resisto, y más caen.

—¿Qué? —Y mi voz se rompe en forma de sollozo.

—Me has salvado la vida —me dice muy suavemente.

—Pero... pero no debería haber pasado esto. —El dolor que siento en mi garganta por querer evitar mi llanto, hace que hable de forma forzada. Finalmente rompo a llorar, esta vez convulsionando mi cuerpo y dejando salir de mi interior la tristeza que siento por todo lo ocurrido. Me tapo la cara con mis manos para que no me vea tan rota. ¡Esto me sobrepasa!

—Pequeña, llora todo lo que quieras.

¡Mierda, mierda! Encima me habla con esa voz tan dulce. Noto la mano del vagabundo cómo me acaricia con suavidad, esperando que suelte mi opresión interior. Me dejo llevar por su ternura, y a los pocos segundos me encuentro llorando sobre su magullado pecho, sintiéndome por fin protegida y reconfortada por unos extraños brazos que me transmiten un componente tranquilizador y una comprensión infinita.

Me he dormido. Cuando despierto me encuentro envuelta en un pesado abrazo. Miro al vagabundo. Él sigue dormido, pero su brazo todavía me rodea los hombros. Me quedo durante unos segundos así, disfrutando de este contacto desconocido, sintiéndome protegida.

Finalmente me alejo poco a poco de él y aprovecho para mirarlo libremente. Tiene una mandíbula cuadrada y recubierta por un suave bello sin rasurar. Ahora sus labios están algo entreabiertos y dejan entrever sus dientes. Le toco con suavidad su barba. “*Pero ¿qué hago?*”, me digo a mí misma sorprendida. Y quito la mano rápidamente de su rostro.

Dentro de la tienda están esparcidas por la superficie todas las cosas que saqué de la mochila para realizar los primeros auxilios. Deseando ocupar mi tiempo para dejar de pensar, voy ordenando el caos que he formado. Vuelvo a guardar su ropa, los libros, los prismáticos y las libretas de desgastada encuadernación. La curiosidad puede conmigo, y casi sin pensármelo dos veces, abro una libreta con aire distraído. En su interior aprecio dibujos de animales y de paisajes que Yared ha hecho. A un lado detalla el lugar y la fecha. Paisajes nevados, bellas montañas junto a un lago, su tienda de campaña sobre un alto barranco, un espeso bosque y un bello tucán como único testigo, árboles deshojados, cataratas altas y majestuosas... Hay apuntes y explicaciones sobre la fauna, las sorpresas encontradas, el clima, y los peligros que existen para ese ecosistema en concreto. Siento un insaciable deseo de conocer más de este misterioso personaje. Así que, dejando el cuaderno en el interior de la mochila, sigo curioseando a medida que voy guardándolo todo en su interior. Encuentro otro cuaderno, pero esta vez no tiene dibujos. Lo abro con cierta precaución y leo: “Lecciones para recordar”. ¡Vaya!, qué interesante... Observo a Yared y todavía duerme. Sin pensar mucho si es o no lo correcto, comienzo a entre leer diferentes párrafos:

“(Lecciones para recordar)”

“Recuerdo que cuando mi madre se quedó como muerta, el mundo se abrió bajo mis pies. Aun siendo muy niño, me preguntaba a mí mismo, ¿cómo puede la gente vivir tan tranquila? ¡Somos una vasija muy frágil! En cualquier instante, ¡todo podía cambiar! Un día mi madre me dijo:

—Yared, no quiero ver a uno de mis hijos vivir con tanto miedo en los ojos. En la vida no se necesita que todo sea perfecto para ser feliz. ¡Qué mujer más sabia!”

“... Mi abuelo era una persona excepcional y trató por todos los medios de inculcarme valor y respeto por la naturaleza. Él promulgaba continuamente su idea de la educación, tal y como decía Rousseau: «La educación tradicional basada en los libros y en la memorización es repetitiva y artificial. Todo niño debe aprender por sí mismo a pensar e interaccionar en contacto directo con las cosas y con la naturaleza». Él deseaba que utilizara mi razonamiento y mi capacidad para pensar por mí mismo. También me transmitió su entusiasmo por la observación de las aves y fue el responsable de mi pasión por el mundo animal...”.

“... Mi querida abuela era como una campanilla, cantando, hablando a sus plantas y sonriendo. Yo la llamaba Any. Tenía un invernadero donde cuidaba sus plantas y les ponía música y se encargaba de proporcionar las verduras que había sobre la mesa. Recuerdo que me solía decir: «Un jardín es un gran maestro. Te enseña a

tener paciencia y a tener un prudente cuidado y, sobre todo, te enseña a tener confianza»”.

“... La muerte de mis abuelos fue una de las lecciones más duras de mi vida. Nos dirigíamos a casa de mis padres y la rueda del coche reventó en una curva cerrada. Pero... ¿quién soy yo para cuestionar lo que es correcto y lo que no lo es? Después de la experiencia que tuve en el coma, he dejado de cuestionarme muchas cosas”.

“... el cambio más espectacular que hubo en mí al despertar del coma fue que dejé de sentir miedo. Ni la enfermedad, ni el envejecimiento, ni la falta de dinero o incluso la muerte me hacen tenerlo. Hay cosas que ya no necesito creer. Ahora tengo certeza: Somos seres no físicos viviendo experiencias físicas. Así que a cada persona la veo como algo más que un cuerpo. Sé que mis ojos me engañan, que cada uno de los cuerpos que están a mi lado parecen separados de mí, viven una vida diferente, tienen una historia, unas memorias, una identidad... pero no son ellas. Su verdadera identidad está camuflada bajo capas de programas de supervivencia, creencias, tabúes e ideas sociales preconcebidas. Soy plenamente consciente de que nada de eso importa. Todo es mucho más simple. Es vivir con la sensación constante de plenitud, de tenerlo todo y de no desear nada.”

“... En una de las ocasiones que fui a visitar a mi familia, mi padre me preguntó cómo podía vivir en tan difíciles

condiciones. ¿Cómo explicarle que no echo de menos la vida llena de comodidades y que soy feliz con lo que tengo, aunque sea poco y sencillo? Mi propósito no es cambiar el mundo. Hace ya mucho tiempo que esa idea revolucionaria abandonó mi cabeza. Pero me entusiasma mi trabajo y no me importa las incomodidades ni la falta de servicio doméstico. Nadie puede imaginar lo que libera olvidarte de que vives para y por el dinero. Mis días parecen no tener precio. Tengo el gran privilegio de tener un trabajo que me gusta y de esta forma escapo de una sociedad de consumo que constantemente está especulando sobre lo que es o no importante. ¿Nadie se da cuenta? Hasta la naturaleza está encerrada en folletos en color y se trata de vender como cualquier otra mercancía. Poder estudiar junto a lagos descubiertos en las altas montañas o en zonas verdes junto al mar es la mejor oficina que podría soñar tener. Sé que mi vida es muy distinta a la de cualquiera, pero no es menos rica”.

“... Esta es la segunda vez que visito la meseta Qinghaí, del Tíbet. Me sobrecoge una vez más sus montañas majestuosas, sus ríos y lagos, los paisajes tan maravillosos y entrañables que me rodean, su gente amable y feliz, con sus profundas tradiciones y sus vidas dedicadas a su filosofía. En esta ocasión, y después de mi largo peregrinaje por estos parajes tan maravillosos, me he alojado en el templo budista considerado el más alto del mundo, el monasterio Rongphu. La aclimatación por la altitud es

fundamental, considerando que este templo budista está a tan solo doscientos metros por debajo del campamento norte del Monte Everest. Las maravillosas vistas que desde aquí se pueden disfrutar, son una de las mejores que he podido experimentar hasta ahora. Los atardeceres sobre estas montañas me hacen sentir emociones increíbles. Después de todo, soñamos un bonito mundo. Las nubes y la niebla envuelven las cimas Shishapangma, Everest, Cho Oyu y los picos Gyachung Kang, rodeando esta inmensidad en un mar blanco y esponjoso. La tranquilidad y armonía de este ambiente me hace pensar en la posibilidad de un mundo más amable. Cuando el silencio se instala entre los muros de este templo, y los escaladores abandonan el lugar para retar a la naturaleza ante una de sus montañas más altas, la paz y serenidad inunda mi ser. Mis continuas observaciones, mis preguntas, mi curiosidad y mis conversaciones con los monjes de este templo me confirman lo que siempre he creído posible. Se puede vivir en paz, aunque tu pasado esté lleno de violencia, de miedos, de decepciones e inseguridades. La comprensión es el lema de esta cultura budista. A pesar de la historia de represión que sufrió el pueblo tibetano, no he apreciado en ningún rostro el menor atisbo de rencor o resentimiento...”.

“... Creí conectar con Joana en todos los sentidos. Pero a medida que fueron pasando las semanas, yo sentí mi irrefrenable deseo de volver a moverme por el mundo. Mi próximo objetivo era el continente africano y creo que ese

destino fue demasiado drástico para ella. Nos encontramos en el camino de la vida y nuestra relación sirvió para conocernos a nosotros mismos mejor, para experimentar juntos y para continuar con nuestras vidas por diferentes sendas. Reconozco que la ruptura me desestabilizó. Pero con el tiempo lo he comprendido...”.

“... Una de las razones por las que vivo de esta forma es mi pasión por la vida natural. Me entusiasma vivir rodeado de árboles, de plantas, escuchar el ruido de un arroyo, hacer un pequeño fuego en la oscuridad de la noche, oler la tierra mojada y tratar de sentir cada momento como algo único. Mis estudios sobre el origen de la vida, el mundo de la genética y las leyes que rigen la vida en todas sus manifestaciones, no ha hecho más que asombrarme de esta perfección manifiesta en cada uno de los seres vivos que viven en este mundo. Hemos sido creados para vivir y desarrollarnos en un ambiente natural, en espacios libres de polución y gases, respirando aire puro y admirando paisajes ilimitados. Nuestros músculos se desarrollaron para ejercitarse con largos paseos y nuestro organismo para nutrirse con alimentos naturales. La naturaleza nos ha dado plantas para curar nuestros males, vegetales y animales para alimentarnos y agua para beber. Incluso nuestros oídos están creados para percibir los rumores que nos canta la naturaleza, y nuestros ojos descansan sobre los tonos verdes del mundo vegetal. Lo tenemos todo y no nos damos cuenta. Es verdaderamente triste ver cómo nuestros

valores están totalmente distorsionados. Parece que es más importante tener que ser. Nuestro ego nos identifica con las posesiones y nos vemos arrastrados por una fuerza abrumadora para conseguir objetivos y metas, que una vez alcanzadas, son reemplazadas por otras. Nos pasamos la vida buscando algo que no tenemos y así nunca conseguimos la felicidad. Parece no tener ningún sentido la vida, ¿verdad? Este es un mundo de locos donde se nace con dolor, se vive con sufrimiento y se muere con miedo. El sufrimiento y el miedo reinan en cada casa. Tenemos miedo a vivir, a perder, a morir. Se teme por cada virus, por cada noticia, por cada suceso, por cada familiar, por cada acontecimiento que parece estar fuera de nuestro control. Y descubrimos pronto que nada es eterno, que todo cambia, que todo tiene un precio. ¡Tantas penurias, risas y llantos, para acabar muertos! ¿Quién puede verle sentido a todo esto? ¿Cómo puede alguien desear conseguir algo de este mundo cuando se sabe que no será para siempre?

Respecto a la Naturaleza, hemos alterado tanto el planeta que hemos puesto en peligro, no solo nuestra propia supervivencia, sino la del resto de organismos que lo habitan. Destrozamos selvas tropicales, se contamina sin ser consciente del daño que se hace y tiramos basura formando islas de plástico en los océanos. Somos los padres del despilfarro consumista, que nos vuelve como niños ansiosos de querer más, de tener más. Se nos olvida que la naturaleza nos ha diseñado de forma que encajemos

con nuestro entorno, pero no en el entorno desastroso que estamos creando por la absoluta irresponsabilidad. El género humano se ha vuelto loco, sus valores han cambiado y se actúa con violencia por la adquisición de posesiones, sean de la forma que sea, o por las drogas, que permiten escapar de este mundo de pesadilla que hemos creado. Después, como sociedad, responsabilizamos siempre a alguien ajeno a nosotros. Nuestra mente infantil es incapaz de sentirse responsable de todo lo que sucede. Se nos olvida que todo tiene un precio y que tenemos un planeta enfermo donde hay gente muriéndose de hambre, niños que cosen los vaqueros de marca como esclavos, bosques llenos de desperdicios, animales casi extinguidos y un sinfín de resultados nefastos que muestran a los perdedores de esta gran competitividad en esta absurda “realidad” que vivimos.

Seguramente alguien podría contestar que la teoría evolucionista de Darwin respondería a esta pregunta con un simple “El objetivo de la vida es la lucha por la supervivencia de la especie en la que todo vale y el más fuerte es el que más tiene”. Somos animales insaciables. ¿Cómo dudar de lo que vemos, de lo que parece tan evidente?

En cambio, la física cuántica dice que la materia y la energía están completamente unidas y que no existen términos absolutos. Nos habla de que todo está conectado, que nuestros sentidos nos engañan y vemos solo lo que

queremos ver. Incluso las creencias pueden controlar el comportamiento y la actividad genética. De pronto el mundo cuántico nos ofrece una perspectiva diferente. El observador afecta lo observado. Así que... ¿y si no fuera real lo que vemos?

Múltiples experimentos nos han demostrado que no existe una única realidad y que todo puede variar dependiendo del observador. Nuestro desconocimiento del por qué y para qué de este sueño llamado vida es tan difícil de explicar como de visionar. Existen cosas en este universo que están fuera de nuestra comprensión y que no pueden ser explicadas a nivel racional porque no tenemos los mecanismos necesarios para poder comprenderlo. Nos debería bastar que estamos aquí, y que todos nuestros pensamientos y actos pueden afectarnos. Nuestra madre naturaleza nos brinda gustosa todos los medios necesarios para poder vivir. Pero olvidamos que es un bien común y que hay que respetarla. Tenemos la gran urgencia de cambiar de paradigma y vivir con responsabilidad, tratando de dejar el planeta mejor que como lo encontramos. No se trata de luchar, sino de comprender que todo lo que percibimos tiene que ver con nosotros. Si el mundo que vemos no nos gusta hay que cambiar como observador, porque en realidad está en nosotros el problema. Afortunadamente también está la solución. Y eso es así debido a que todos estamos conectados. ¿Alguien cree que no es posible? ¿Alguien duda que formamos un todo? ¡Pero

si la Naturaleza nos ha demostrado múltiples pruebas de comunicación y conexión! Basta con nombrar a las hormigas y su misteriosa conexión con la hormiga reina. O las abejas. O las ballenas. Si unas simples hormigas se interconectan, ¿quién duda de la unión que existe en nosotros, seres vivos más complejos? ¡El campo magnético de la tierra tiene mucho que ver con nuestros pensamientos negativos emitidos en forma de energía por toda la humanidad! No es de extrañar que este campo electromagnético esté perturbado y provoque la desorientación en la migración de los animales que se dejan guiar por estas corrientes. ¡Somos los máximos responsables de estas alteraciones, ya que somos los únicos seres conscientes! Y nuestra postura derrotista no mejora la situación. Nos cuesta hacernos maduros emocionalmente, verdaderos guerreros pacíficos. Tenemos la responsabilidad de hacer lo correcto para intentar alcanzar un futuro mejor para todos. Vivir respetando, amando y mejorando todo lo que nos rodea es una buena filosofía de vida. El mundo no es más que una idea, y pensar que las acciones y pensamientos no repercuten a los que vienen detrás es un pensamiento egoísta. ¿Por qué no disfrutar del mundo natural que nos rodea? ¿Por qué no concienciar a futuras generaciones de conservar y respetar este bien común? Buda dijo: «Somos lo que pensamos, con nuestros pensamientos hacemos el mundo». La cuestión no es cambiar el mundo, sino de cambiar nuestra forma de verlo

y empezar a vivir con responsabilidad, sintiendo que cada acción será siempre para dejar un buen recuerdo en el lugar que se abandona. Ser y dar lo mejor de nosotros mismos...”.

—Espero que te haya gustado. —La voz del vagabundo hace que salte como un resorte. Lo miro sorprendida y no puedo evitar sentir que la sangre se agolpe en mi congestionada cara. ¡Me ha pillado!, ¡qué vergüenza! Pero Yared no demuestra ningún signo de reproche por haber leído su diario. Simplemente sonrío. Sigue acostado y sin moverse, pero sus ojos me miran con curiosidad.

—Lo siento, es imperdonable lo que acabo de hacer —contesto mientras dejo a un lado el diario.

—¿Imperdonable? —Parece sorprendido—. No es más que un absurdo diario, ¿te ha gustado? —insiste. No sé cómo reaccionar. Este personaje me tiene totalmente desorientada.

—Muy... sorprendente. Hay mucho en lo que pensar. —Sonrío levemente—. Además, no me lo esperaba. ¡Yo pensaba que trabajabas haciendo pulseras y collares!

Yared ríe, pero al contraer su estómago, el dolor que siente hace que deje de reír al instante. Observo cómo cualquier movimiento lo paraliza, y ese hecho hace que vuelva a enfrentarme a la dura realidad.

—¿Cómo estás? ¿Te duele la cabeza? —le pregunto con interés.

—¡Sí! Todo el cuerpo, en realidad. Es como si me hubiera pasado por encima una locomotora. ¿Crees que sobreviviré, doctora? —Y una nueva sonrisa aparece en su rostro.

—No soy médico, solo enfermera —respondo cohibida.

—¡Gracias a Dios que eres enfermera! —exclama. Es como si estuviera fascinado por algo tan simple como ser enfermera. Pero no sé de qué me sorprende. Con lo poco que lo conozco, ya me ha demostrado que valora lo que los demás no hacemos tanto, e ignora lo que para nosotros tiene un gran valor.

—Tampoco es para tanto... —digo vergonzosa.

—No te quites mérito, Yudica. Te has comportado con valentía y determinación, y por si no fuera suficiente, eres enfermera. ¿Y aún alguien puede creer que todo es casual?

No sé qué contestar, así que vuelvo a bajar la mirada. Estamos solos en su tienda, en medio de un inmenso bosque y se nota una energía electrificante. O quizás sean cosas más, no sé.

—¿Qué pronóstico tengo? —me pregunta, quizás para romper el evidente malestar que tengo.

—Te recuperarás, pero debes de tomártelo con calma —le respondo

deseando romper el silencio.

—¿Qué me recomiendas? —me pregunta interesado en mi opinión.

—Reposo absoluto, frío en las costillas e inspiraciones profundas, aunque duela hacerlo.

—¿Reposo absoluto? ¡Será broma! —exclama sorprendido, hecho que me hace sonreír. La herida de mi labio se quiebra, pero no lo puedo evitar y lo miro con cara de bobalicona.

—Yared, la herida de tu cintura se puede abrir y esas fisuras necesitan reposo. Has tenido una conmoción cerebral y el dolor de cabeza durará unos días. Puedes moverte por el campamento, pero solo para ir de un sitio a otro a descansar. Solo eso —le aclaro con un absoluto aire profesional.

—¡Bueno! —suspira con resignación—, pues trataré de aprovechar este forzado reposo. No me gustaría abandonar esta oportunidad sin disfrutar hasta el último minuto de tu compañía.

“No mintáis y no hagáis aquello que os disgusta hacer, pues todas las cosas están abiertas ante el cielo. No hay nada oculto que no será revelado y no hay nada que esté cubierto que no dejará de ser descubierto”.

Jesús de Nazareth.

Diario LOS PAÍSES

La desaparición de una joven causa una gran conmoción.

Yudica Yerby, fue vista por última vez en La Reserva de la Biosfera, estando en compañía de su prometido, Sergio Jones, único heredero de una gran fortuna que lo hace aparecer en la lista de los solteros más deseados del país. Sergio y su novia Yudica, hija de un exitoso empresario, habían decidido pasar unos días retirados en el tranquilo pueblo de San Patricio antes de su enlace matrimonial. Según se informó a LOS PAÍSES, un vagabundo agredió con brutalidad a la pareja, huyendo tras provocar un incendio. Yudica quedó inconsciente y Sergio logró regresar al pueblo a pesar de la violenta agresión sufrida. El fuego ha podido ser controlado gracias a la rápida intervención de este valeroso joven, quien dio aviso a las autoridades ante la impotencia de no poder ayudar a su novia, la cual quedó tras las llamas. Se desconoce el desenlace de Yudica Yerby. Ahora, todos los efectivos tratan de encontrar a la joven desaparecida. A pesar de las desoladoras circunstancias, ambas familias no pierden la esperanza de que se haya podido salvar.

Tomás Yerby soltó el periódico con un suspiro reprimido. La noticia pasó a extenderse tan rápidamente como las llamas y de su hija se comenzó a dar datos. Casi sin tener tiempo para asimilar todo lo ocurrido, comenzaron a salir las innumerables instantáneas que la prensa sensacionalista había adquirido de ella, su fama de rebelde y su relación con el atractivo y codiciado hijo de los Jones. Y evidentemente, el cercano enlace matrimonial de ambos jóvenes fue el tema que causó más conmoción a la opinión pública. A medida que los días pasaron y el cuerpo de su hija no aparecía, el suceso fue adquiriendo más interés.

La identidad del vagabundo era la máxima incógnita de todas. Ni se sabía su nombre, ni de dónde procedía. Los pocos datos que se obtuvieron fueron los dados por los habitantes, por Sergio y el propio señor Yerby. Tomás se reprochaba lo estúpido que fue el día que se encontró con ese vagabundo en el bosque. ¡Ni tan siquiera se acordaba de su nombre! Desconocía por qué ignoró a ese hombre, pero su único deseo era alejar a su hija de él. Y ahora no dejaba de torturarse al recordar la última conversación que tuvo con ella. Después de haberla convencido para que no rompiera la relación con su novio, se había tenido que ir a trabajar. Los absorbentes negocios siempre le reclamaban, sin importar las circunstancias de su vida familiar. Casi sin darse cuenta, las prioridades habían cambiado. Se había dejado seducir por el éxito, por las buenas maneras y por la gente con dinero. Le gustaba vivir bien y ofrecer a su familia una vida de lujos, tener caprichos caros y enorgullecerse de su eficiente gestión en el trabajo. Pero en esos momentos no encontró ninguna satisfacción. El hecho de poder hallar el cuerpo de Yudica sin vida, convirtieron sus días en una larga agonía llena de incertidumbre. Para su propio horror pensaba que, si verdaderamente su hija había quedado inconsciente en el bosque entre las altas llamas y el denso humo, era muy poco probable que siguiera viva.

La señora Yerby vivía la desaparición de su hija con un gran conflicto interno. Pero algo en su interior le decía que, si Yudica no hubiera sobrevivido al ataque e incendio que ese vagabundo provocó, ella lo soportaría con dignidad y hasta con cierto orgullo. Su trágica muerte realzaría una bonita historia de amor. Entonces su hija ya no sería mencionada por sus defectos y sus locuras de adolescente. Su imagen se transformaría, y solamente se comentarían cosas que la llenarían de orgullo y satisfacción. Se hablaría de su bonita sonrisa llena de picardía, de sus ojos verdes y su brillo tan especial, su deliciosa actitud alocada, su entrañable forma de ser. Y ella sonreiría con tristeza, cierto, pero también con la tranquilidad de haber tenido una hija admirada y querida por todo el mundo. ¡Hasta se llegaría a idealizar su imagen! Esas cosas solían ocurrir. El círculo que frecuentaban era muy crítico unos con otros. Y si quería ser sincera, debía reconocer que Yudica nunca encajó en él. Pero si lamentablemente le ocurriera algo, dejaría por fin de ser criticada para ser venerada por todos.

Diario LOS PAÍSES

La policía rastrea la zona en busca de la joven desaparecida

Los investigadores no descartan ninguna hipótesis sobre lo ocurrido en la Reserva

Yudica Yerby fue vista por última vez hace dos semanas, estando en compañía de su novio, Sergio Jones, en uno de los parajes más bellos e inhóspitos de La Reserva de la Biosfera. Una vez extinguido el incendio, la policía y los bomberos procedieron a estudiar el terreno para esclarecer lo ocurrido. La metodología implicaba establecer los orígenes del fuego e investigar las causas que provocaron la fuente inicial de energía.

Por otro lado, todos los efectivos han procedido a hablar con cualquier persona que hubiera visto o hablado con el misterioso vagabundo. Cualquier información es crucial para la investigación: cómo iba vestido, sus amistades, sus aficiones, los sitios que solía frecuentar.

La familia de la joven desaparecida no ha querido hacer ninguna declaración, afectados por la falta de noticias sobre su paradero. Sergio Jones se ha mostrado muy angustiado por todo lo sucedido y aunque su estado es lamentable, una vez más ha hablado ante nosotros con el deseo de que toda esta pesadilla tenga un desenlace feliz.

Sergio se removió el pelo con intranquilidad y una vez más, paseó nervioso mientras soltaba el periódico con rabia. Era inevitable que comenzara a dudar de que Yudica y ese vagabundo hubieran muerto en el incendio. Hasta el momento, no había sido encontrado ningún cuerpo y ni una sola evidencia aclaraba qué podía haber sido de ambos. Y las continuas preguntas de la policía le hacían dudar. ¿Realmente estaba inconsciente? ¿Por qué no trató de ayudarla? ¿Tenía algún arma el vagabundo? ¿Qué reclamaba el agresor? ¿Dónde comenzó el incendio? Preguntas y más preguntas lo atolondraban y por un momento sintió pánico. Vivía con la sensación de estar en la cuerda floja, pero sabía que debía tener una mente fría para no caer al vacío. Y es que Sergio vivía un auténtico conflicto de intereses. Si el cuerpo de Yudica y de ese vagabundo no aparecían, era porque habían sobrevivido al incendio. Y eso lo irritaba más que el posible hecho de ser descubierto como autor de tal catástrofe. Los celos que sintió al ver a ese vagabundo junto a su novia fueron

tan intensos, que no pudo evitar sentir un irrefrenable deseo de matar a quien realmente creía culpable de las dolorosas decisiones que Yudica había tenido en los últimos días. Pero no era un iluso, y sabía que había dejado muchos cabos sin atar. Su impulso por manifestarse ante todos como víctima de un ataque, fue la única solución que se le ocurrió para justificar su nariz rota y la desaparición de su novia. Pensó que el fuego los despistaría y borraría las posibles pistas. Era solo una cuestión de supervivencia. Pero el asunto se fue volviendo más turbulento y el círculo se cerraba. Su creciente ansiedad fue la razón por la que finalmente fuera medicado para reducir su estado de nervios y conciliar el sueño. Las pastillas que le recetaron eran maravillosas para ausentarse de esa cruel realidad. Gracias a esa ayuda, pudo sobrellevar el largo proceso de investigación que lo envolvía cruelmente cada día.

13

“No tienes idea de lo mucho que he buscado un regalo para ti. Nada parece adecuado.

¿Qué sentido tiene traerle oro a una mina de oro, o agua a un océano?

Todo lo que encontré, era como llevar especias a oriente.

Tampoco era adecuado llevarte mi corazón y mi alma porque tú ya los tienes.

Así que te he traído un espejo. Mírate en él y me recordarás.

Yalal ad-Din Muhammad RUMI (1207-1273)

Filósofo y poeta persa y maestro de la tradición Sufí

Yared

Mi cuerpo se queja con cada movimiento que hago y es un auténtico suplicio agacharse, inclinarse o simplemente reír. Mi abdomen es un cuadro desagradable de observar. Sobre la piel que cubre mis costillas, se desarrolla un violento popurrí de colores, y las fisuras me impiden realizar los movimientos más básicos. Por el otro lado del abdomen, la herida producida por la navaja parece que tiene mejor aspecto, si eso es posible. Pero estoy vivo y me estoy recuperando, y junto a mí revolotea una inquieta joven llena de culpabilidad. A veces me sorprendo observándola. En su cuerpo también hay marcas de la violencia con la que fue tratada, pero se siente totalmente responsable de lo que me ha sucedido, como si hubiera sido ella, y no el necio de su exnovio, la que me ha provocado las lesiones. ¡No puedo estar en mejores manos! Controla mis movimientos, cura mis heridas, y observa las inflamaciones con increíble delicadeza. Y yo, francamente, no dejo de asombrarme. ¿Qué pensamientos de desamor hay en su mente?, ¿cómo siendo tan magnífica, se siente tan desvalorizada? ¡Si pudiera verse como yo la veo!

No puedo evitar observar cómo se desenvuelve por el reducido espacio del campamento, tratando de adaptarse a este mundo natural. Sí, reconozco que me estoy dejando llevar. No estoy muy habituado a la compañía, lo sé, es algo con lo que tengo que lidiar. Y sorprendentemente me encuentro cómodo y feliz, incluso dentro de mis propias limitaciones físicas, en compañía de esta curiosa jovencita que anda por mi campamento como un astuto lince.

Hoy no hay luna y la noche es seca. Va a resultar una noche interesante para mi propósito. Después de observar el cielo la busco con la mirada. La veo

junto al río refrescándose. Me acerco a ella tan lentamente que parezco un anciano. Gira su cabeza al percibir mis pasos y me regala la luz que desprende una de sus sinceras sonrisas.

—No deberías moverte, Yared, esos adhesivos no son fiables —me dice con fingido enfado.

—Pero si no ando un poco me voy a volver loco. ¿Tienes calor? —le pregunto correspondiendo a su bonita sonrisa.

—Un poco. Esta noche es extraña. ¿No te parece? —Y mira a su alrededor, como buscando la causa de su extraña sensación.

—Es una noche sin luna. Así que he pensado que es el momento ideal para enseñarte algo. ¿Tienes ganas de andar?

Me mira intrigada mientras se incorpora. En su rostro se aprecia un leve gesto de dolor casi inapreciable, pero para mí es un libro abierto donde puedo leer con facilidad.

—Pero no deberías moverte, tus costillas necesitan reposo. Y esa herida se puede abrir.

—Está cerca, de verdad. Después me quedaré muy quieto. —Veo que duda. Pero Yudica es tremendamente curiosa y sé que va a aceptar. Espero pacientemente, como pidiendo permiso a su crítica supervisión médica.

—Está bien —me contesta tras un suspiro—. ¿Seguro que no está muy lejos?

—Seguro. ¡Venga, te gustará! Vamos a caminar un poco, nos sentará bien a los dos.

Nos dirigimos hacia el campamento. Se la ve pequeña junto a mí, y solamente el sonido de nuestros pasos protagoniza la banda sonora de este momento.

—Solo necesitamos una manta y la linterna. Está ahí junto a mi mochila.

—¿A dónde vamos? —me pregunta mientras coge todo lo que le he dicho.

—Aquí cerca hay un claro en el bosque y hoy hace una noche perfecta para pasarla mirando las estrellas. —Yudica me mira fascinada mientras sigue la dirección de mis lentos pasos. Siento sus ojos asombrados sobre mí, como si lo que acabara de decir fuera algo casi inimaginable.

—¿Vamos a dormir fuera de la tienda? —me pregunta incrédula.

—Así es, siempre que tú lo desees. —No puedo evitar observar con atención su rostro, los morados en sus hinchados ojos, sus heridas, y el evidente brillo de tristeza de su mirada. Tras todas esas secuelas, fruto de la

violencia, se esconde una joven muy asustada, pero deseosa de amarlo todo y poder demostrarlo.

—¡Jolines! ¡Claro que sí! Nunca había hecho algo así, la verdad —exclama emocionada.

—Pues hoy lo vas a hacer. El momento idóneo para empezar con cambios en nosotros mismos se llama AHORA. Es el instante necesario para despertar lo que duerme en nuestro interior.

Ella no dice nada, pero yo lo acabo de decir muy en serio. Caminamos en silencio mientras seguimos la estela de luz que la linterna muestra tras su foco. Miro mi alrededor de vez en cuando para tratar de orientarme en la oscuridad del bosque y disfruto de la embriagadora paz que nos envuelve. Es maravilloso oír el silencio tras la afanosa vida del bosque, los sutiles ruidos misteriosos que encierra cada rincón, el fervoroso sonido de los grillos y la relajante respiración de nuestros pulmones inhalando vida, ilusión y hambre de experiencias. Yudica camina a mi lado extrañamente callada. Creo que ya empieza a entender mis silencios y también a saborearlos.

Al fin llegamos a un gran claro en el bosque. Miramos todo a nuestro alrededor y se aprecia cómo los árboles forman una especie de muralla natural que nos rodea. Yudica advierte sorprendida, que en este estratégico lugar se puede admirar el amplio y majestuoso cielo estrellado que empieza a oscurecerse. Su boca está levemente abierta y sus ojos se han agrandado al advertir la inmensidad de estrellas que empiezan a pintar el cielo:

—¡Vaya! ¡Madre mía! —exclama mirando el amplio manto estrellado que nos cubre.

—¿Te gusta? —le pregunto contento. Sé que no necesito una respuesta, pero es agradable verla tan radiante.

—¡Claro! ¿Nos vamos a quedar aquí? —Todavía no parece tenerlo muy claro y veo que duda. Me mira en la oscuridad, pero ya casi no se percibe nada. Nos rodea una sombra sin luz.

—Así es. Por favor, extiende las mantas y observemos el cielo. Es especial ver lo pequeños que somos en relación con la inmensidad del universo, ¿verdad?, y esta noche es perfecta para hacerlo.

Estira la manta y me mira con cierta timidez, como esperando instrucciones. Me inclino para poder sentarme y ella trata de ayudarme. Después duda. La veo algo cohibida, pero francamente, yo también me siento así. Todo el escenario que nos envuelve, su gran majestuosidad, y esta oscura

bóveda cubierta de estrellas, me hace sentir emociones olvidadas para mí. En algunas ocasiones he creído tener cierta ventaja al llevar esta vida de trotamundos. Suelo irme antes de crear huecos llenos de añoranza. Pero ahora me veo enredado y cautivo, como un pequeño insecto, en una elaborada tela de araña. No puedo escapar de esta situación, pero increíblemente tampoco lo deseo. Así que durante estos días me sorprendo perdiendo ligeramente el pulso, sintiendo cómo mi corazón late con más fuerza, o reteniendo la respiración ante un inocente roce. Mi mirada la busca anhelante por el campamento, y como si tuviera autonomía propia, la observa atentamente y se agarra a su persona como si fuera un ancla. Pero soy prudente. Yudica vive en un estado de incertidumbre permanente. En su interior hay un auténtico galimatías como para agregar más confusión a su mundo interior. Esta jovencita necesita mi amistad, hecho que yo le voy a ofrecer sin reservas.

Le sonrío dándole pie a que haga lo mismo que yo. Enseguida se estira junto a mí y oigo un largo suspiro que sale de su garganta. Ante su ensimismamiento, me permito el lujo de observarla durante unos segundos. Mi particular visión me resulta mucho más interesante que el manto oscuro que nos cubre. Me recreo en su perfil, en sus ojos mirando el infinito, en su boca entreabierta... pero solo me lo permito hacer unos segundos. Mi último deseo es incomodarla. Así que apago la linterna y nos sumergimos en la oscuridad total, observando el inmenso manto salpicado por innumerables estrellas y por las nebulosas fácilmente identificables.

—¡Es precioso! Nunca me había detenido el suficiente tiempo como para observar el cielo —dice tras un suspiro.

—Pues son en estas pequeñas cosas en las que nos tenemos que recrear. Vivir saboreando los pequeños placeres, oler el perfume de las flores, dejar tu rutina diaria para escuchar una canción o simplemente saborear un gran helado de chocolate. —Su risa ha sido casi inapreciable, era risa llena de miedo. Así que le continúo hablando, para evitar que su mente se recree en futuros inciertos. Quiero que se concentre en el ahora, en este preciso instante—. Esta noche es perfecta para ver las Perseidas.

—¿Veremos estrellas fugaces? —me pregunta con entusiasmo.

—Así es, pequeña. El pico más alto de actividad es en este mes.

—Pero es decepcionante saber que las estrellas son solo partículas de polvo de los cometas y asteroides que se han desintegrado —me dice con

frustración. Sonríó advirtiendo con sorpresa que la veo como un ángel tras la apariencia de una joven llena de inseguridades.

—¿Y qué esperabas que fuera? —le pregunto con curiosidad.

—Para mí es suficiente saber que son puntitos brillantes en el cielo —me contesta en voz muy baja.

—Descuida, desconocemos mucho más de lo que creemos saber. A medida que se van descubriendo cosas, surgen más y más interrogantes. Y te puedo asegurar que todo este espectáculo está montado así deliberadamente, para mantener nuestra atención en el exterior mediante preguntas incontestables y pruebas no concluyentes.

Pasan largos minutos y observamos cómo el inmenso cielo estrellado se va oscureciendo totalmente. El cielo está limpio, sin una sola nube y con la luna totalmente oculta. Poco a poco me voy dejando llevar por la observación y por lo bien que me siento aquí, admirando el cielo estrellado junto a ella.

—¿Y sabes por qué se le llaman “lágrimas de San Lorenzo”? —me pregunta haciendo que baje del cielo. Estoy tan entregado a lo que veo y siento, que me cuesta hablar.

—Por coincidencia de fechas —contesto al fin—. En la Edad Media y en el Renacimiento, las perseidas tenían lugar la noche en que se recordaba a este santo, así que se asoció con las lágrimas que vertió San Lorenzo al ser quemado.

—¡Mira! ¡Ahí! —exclama con alegría.

—Sí, y allí. —Y señalo hacia el infinito, aunque sé que la oscuridad oculta mis movimientos—. Mira. Esa de ahí es la estrella polar. Es la clave para encontrar las constelaciones estelares en el cielo. Siempre se debe de mirar de derecha a izquierda, al contrario que las agujas del reloj. Y hoy, que no hay luna, podremos encontrar unas cuantas.

—¿Por qué de derecha a izquierda? —Noto que ha girado la cabeza al hacer la pregunta.

—Por la rotación de la tierra. El efecto óptico es el de estar bajo una bóveda oscura que se mueve, pero es la tierra la que gira, por lo que no se verán las mismas estrellas a las once de la noche que a las cuatro —le explico contento por haber conseguido sacarla, por unos momentos, de su conflictivo mundo interior—. Mira, esa es la Osa Menor. Y allí está Casiopea que señala el norte y a la estrella polar. Es muy reconocible por sus cinco estrellas brillantes formando una M o W.

—Yo no veo nada —lo dice defraudada.

—Ven, ponte a mi altura y dame tu mano. —Cubro su mano con la mía y nos acercamos más uno al otro. Yudica sigue mis instrucciones y se deja llevar, mientras le doy referencias y trazo una línea invisible en el cielo guiando su mano—: Imagínate que estamos dibujando sobre las estrellas. Ahí comienza la letra W de Casiopea. ¿Ves? Baja, sube... vuelve a bajar...

—¡Sí! ¡Lo veo! —exclama contenta. Es como si viera su sonrisa radiante, aunque nos rodee la oscuridad.

—Casiopea se utiliza para encontrar el norte, pero hay que tener en cuenta en el hemisferio en el que te encuentras, ya que no todas las constelaciones son visibles en ambos lados. Esta constelación en concreto, no se vería en el hemisferio sur. —Suelto su mano y seguimos mirando el cielo. ¡Se está tan bien! Yudica está junto a mí, cómoda y tranquila, disfrutando de una noche de verano inusual para ella. Yo, en cambio, solo puedo sentir su cuerpo junto al mío desprendiendo calor.

—Desconocemos muchas cosas, pero ese mismo desconocimiento nos debe parecer extraordinario. El mundo sería muy aburrido si se supieran todos los misterios que lo envuelven —comento en voz muy baja.

—A mí me gusta pensar que solo vemos una microscópica parte del universo que conocemos, mientras que el otro 95 % es un misterio. Pero, por otro lado, para poder dar un porcentaje, deberíamos conocer el límite del universo, y creo que eso lo desconocemos, ¿no crees? En cualquier caso, toda esta magia que nos rodea me hace sentir muy pequeña. Todo lo que parece importante, de pronto es ridículo ante tal inmensidad. Entonces te das cuenta de que no somos más que una leve estela de luz, igual que esas estrellas fugaces. Existir para después desaparecer. —Su voz ha decaído nuevamente.

—¿Realmente piensas eso? ¿Crees realmente que eres un montón de células evolucionadas a través del tiempo? —le pregunto con interés. Siento que se encoge de hombros. Habla susurrando y sin dejar de mirar el oscuro cielo.

—Me gustaría pensar que soy algo más que un leve suspiro en la eternidad. Que la inteligencia que hay dentro de nosotros, tiene una causa más convincente que la mera casualidad. Pero no sé...

—Puedes preguntarte otras cosas: ¿Quién es la conciencia que hay dentro de ti? ¿Por qué existes? ¿Qué conjunto de coincidencias han tenido que ocurrir para que sucediera? — Tras un breve silencio, le planteo esas preguntas que

todos nos deberíamos hacer en algún momento de nuestra vida. — ¿Nunca te has preguntado qué hay tras el brillo de tus ojos? ¿Qué hay tras tu sonrisa? ¿De dónde sale la esencia que te mueve a amar, o a ayudar a los demás? ¿Toda nuestra inteligencia es fruto de una casualidad? ¿Quién piensa dentro de ti? En definitiva, ¿crees realmente que solo existe lo que ves?

—Preguntas muy profundas. Pero existe muchísima gente que cree solamente en lo que ve —susurra.

—Lo sé. Pero el conjunto de pensamientos que nos caracterizan, ni se ven, ni tienen forma, incluso ni se oyen. El viento, los sentimientos, las creencias, las emociones... Muéstrame la imagen del tiempo o del amor.

—Yared, ¿tú crees en el azar? —me pregunta con evidente interés.

—Percibimos nuestro cuerpo, pero no lo que nos da la vida, por lo que me cuesta aceptar que seamos producto del azar. La magia está en la creación de la vida, sea cual sea su forma. ¿De dónde venimos? ¿De una simple célula creada por una mega explosión? Si así fuera, ¿de dónde salió esa célula? Aunque se crea que no existe nada más que lo que vemos y que somos producto de una evolución, tuvo que haber un principio.

—Es la eterna pregunta: ¿Qué es lo primero? ¿La gallina o el huevo?

—Así es. Aunque sospecho que, fuera del espacio-tiempo, no existen los conceptos de principio o final. Mientras estemos dentro del tiempo lineal, seremos incapaces de concebir el significado de lo eterno o infinito. En cualquier caso, la pregunta correcta sería: ¿Cómo se creó la chispa de la vida?

—Me detengo durante unos segundos. Siento la respiración de Yudica junto a mí, su expectación ante mis posibles palabras, y sin poder remediarlo, sonrío

—. Verás, el universo está estructurado en doscientas constantes cósmicas que hacen posible que sea tal y como lo observamos. ¿Crees que eso es azar? Según Robert Lanza, si la explosión del Big Bang hubiera sido una millonésima parte más potente, se hubiera precipitado a demasiada velocidad, y ahora mismo no estaríamos aquí. ¿Es azar también? Si la fuerza nuclear decreciese solo un 3 %, solo existiría hidrógeno y el núcleo atómico no se mantendría unido, incluso si la fuerza electromagnética variase mínimamente, nada existiría. ¡Imagínate! Estamos hablando de cantidades tan reducidas que resulta admirable. También afirma que, si la fuerza gravitatoria disminuyera, las estrellas no tendrían combustible. Tanta precisión y simetría, unas leyes de física tan exactas... Yo solo puedo ver magia.

—Entonces piensas que hay una inteligencia tras todo lo que existe, que

todo tiene un propósito, ¿no? Que estamos aquí por algún motivo... —insiste. Parece muy interesada en mi opinión.

—Pienso que no todo se puede ver, ni se puede explicar, ni razonar. Intentamos etiquetar, catalogar y poner una medida a lo invisible y olvidamos que desconocemos muchas cosas. ¡Nos rodea un sorprendente misterio! El propio universo es desconocido para todos, pero nadie duda de su existencia, ¿no crees?

—Vale. Supongamos que somos algo más que el fruto de la casualidad. Ahora mira el cielo, Yared. ¿Ves?, no somos más que una brizna de polvo. —Sé que ha señalado el cielo, como para confirmar sus palabras.

—Hay otra forma de interpretarlo. —Noto su mirada sobre mí—. ¿Qué importancia podría tener este cielo estrellado si nadie lo admirara? ¿De qué sirve la espectacular visión de un amanecer si nadie lo contemplara?

Yudica permanece varios segundos callada, en estado meditativo. Cuando pienso que la conversación se ha dado por terminada, oigo que me pregunta:

—Entonces piensas que “el universo” se experimenta a sí mismo.

La vuelvo a mirar, pero no veo nada, solo oscuridad. Solamente noto su proximidad y cierro los ojos para disfrutar plenamente de lo que me hace sentir. Ella se está cuestionando, pero yo no dejo de recordar su perfil, de acariciar con mis pensamientos su fino cuello, de admirar en mi imaginación las sombras que dibuja su cabello cayendo en cascada, de perderme en el brillo de sus ojos, de desear sentir esos labios... pero me quedo muy quieto tratando de absorber el momento que estoy viviendo esta noche.

—No creo que ninguna inteligencia cósmica necesite experimentarse —le contesto al fin.

—¿No? ¿Entonces? —su pregunta está cargada de extrañeza. Y yo dudo si hago lo correcto en tratar de explicarle cuál es visión. Pero mi deseo es que nuestra relación, sea la que sea, se base en la verdad. No creo inteligente ofrecer pedazos de mí y mostrarle solo las partes mejores. No quiero ocultar lo peculiar de mi manera de ver la vida y de vivir en este mundo, porque entonces, Yudica, solo conocería una falsa copia de mí mismo.

—No quiero confundirte, evidentemente es necesario un emisor y un receptor para interactuar. Al igual que ocurre con cualquier cosa que existe en el universo, lo hace porque hay alguien que lo observa. Para que se entienda, un espejo no refleja nada sin una imagen delante. Y tal y como tú dices, no existiría el universo sin observador. Pero todo esto que vemos no necesita auto

reconocerse, ni experimentarse. Lo que vemos, en realidad es una ilusión y no es real.

Nos quedamos varios segundos tratando de identificar nuestros rostros en la oscuridad. Nos envuelve una permanente sombra exenta de formas y colores. Todo es negro y silencio. Un profundo e intenso silencio.

—¿Lo dices en serio? —me pregunta al fin con voz cargada de incredulidad—. Es difícil de creer. Si me pincho, me duele. Difícilmente puedo aceptar esa idea.

—No digo nada que no se haya dicho antes —le contesto—. Independientemente de cuáles son tus creencias, cuando se abandona este espacio-tiempo, hecho que haremos todos, el mundo dejará de existir. Entonces, ¿por qué piensas que es real? —Tras un breve silencio, le explico—: Recuerdo que cuando estuve en coma, no existía el espacio-tiempo que percibimos aquí, aun así, yo seguía siendo conciencia, ¡sentía! ¡Pensaba! Pero no era yo. ¿Entiendes lo que quiero decir?

—Uf, no mucho. Así, de repente, se me ha hecho difícil pensar que todo lo que vemos no es real. —El silencio que crece entre nosotros se hace intenso y yo me siento algo inseguro. Para mi sorpresa, deseo que Yudica me entienda. Así que, rompiendo el silencio, prosigo mis explicaciones en voz muy baja:

—Mira, no importa lo que yo piense. Lo que debes de tener claro es que tú eres el centro de tu propio universo. No hay nadie que sea más o menos que tú, ni encontrarás mejor amiga que la que hay en tu interior. Eres la mejor compañera que puedas desear tener y tu mejor maestra. Siempre estás contigo, así que inevitablemente, el amor hacia uno mismo es el mejor regalo que uno se puede ofrecer. Si piensas que no te mereces, serás la más desmerecedora de todas las criaturas que habitan en el mundo y toda tu realidad, todas las circunstancias que te envuelvan serán el reflejo de lo que tú pienses. Tú tienes todo el poder. Reflexiona conmigo: Basta un solo momento para recordar algo triste y de repente te conviertes en una persona desdichada. Ahora piensa en algo alegre y tu cuerpo se llena de optimismo. ¿Qué diferencia hay?

—El pensamiento —me contesta con voz muy queda.

—¿Y quién piensa esos pensamientos? —le vuelvo a preguntar.

—Yo. —Su voz me recuerda a una caricia, suave, serena, tranquila.

—Así es. Crees que eres responsable de lo que haces, pero no de lo que piensas. Pero, tus acciones son el resultado de tus pensamientos. Todo lo que ves, primero ha sido pensado. Todo.

—¿Me estás diciendo que tenga cuidado con lo que piense? —Ha girado la cabeza, lo noto.

—Te aseguro que tienes todo el poder en tus pensamientos. Puede parecer una locura lo que estoy diciendo, pero tu primera responsabilidad es la de vivir feliz mientras sacudes el polvo de las viejas limitaciones, de ignorar las creencias que te esclavizan y te repiten que no eres merecedora de los mejores pensamientos que puedas tener para ti misma. Todo pensamiento produce forma en algún nivel, siempre.

—¡Madre mía! —exclama asombrada. Yo sonrío divertido. Es tentador abrazarla, y en silencio agradezco las lesiones que limitan mis más sencillos movimientos—. ¡Uau! ¡Mira cuántas estrellas fugaces! ¡Vamos a pedir un deseo! —dice Yudica. Varias estrellas recorren un breve camino por el oscuro cielo y desaparecen poco después.

—¿Qué te gustaría pedir? —le pregunto. Oigo su respiración sosegada a mi lado y espero su respuesta mientras, sorprendido, noto como si tuviera millones de mariposas danzando dentro de mi estómago. ¿No parece ridículo? Parezco un adolescente a la espera de un gesto, una sonrisa, una mirada cargada de mensajes ocultos y que me incite a pensar que Yudica siente lo mismo que yo.

—Pediría no tener nunca más miedo —me contesta tras unos segundos de indecisión.

No lo puedo evitar y entrelazo mis dedos entre los suyos. Puedo percibir una clara tristeza bajo la superficie de sus palabras. Es una persona carente de cariño, y no sé cómo hacerle entender que el cariño que necesita se lo tiene que dar ella misma. Ese debería ser el primer cambio para que todo su alrededor comenzara a cambiar.

—Que así sea —le contesto. Se ríe divertida y me mira mientras que, sin proponérselo, siento que me vuelve a regalar una de sus bonitas sonrisas—. ¿Algo más?, ¿dinero?, ¿salud? —le sigo preguntado con el oculto deseo de hacerla feliz.

—No. Ahora mismo estoy bien tal y como estoy, gracias. ¿Y tú, Yared? ¿Qué pedirías? —Seguimos cogidos de las manos. Yo solo soy capaz de pensar en eso. Estoy totalmente entregado a este instante y a esta noche.

—Yo lo tengo todo aquí y ahora. —Y estrecho más su mano. Sé que me ha mirado con sorpresa, pero yo sigo recreándome en el contacto que mantenemos.

—Imagino que piensas que pedir deseos a las estrellas fugaces es una tontería —me dice con intriga.

—Imaginas bien. —Creo que empieza a conocerme, y ese pensamiento hace que sonría.

—¿En qué crees tú, Yared? —Después de un breve silencio, me dice—: ¿Qué sabes, que yo desconozco?

Un escalofrío recorre mi espalda y hace que mi cuerpo reaccione. La miro, pero no veo nada. Pero sé que me está mirando, expectante a mis palabras, receptiva a pesar de su incompreensión.

—Verás, Yudica, el hombre siempre ha mirado a las estrellas en busca de respuestas, ha buscado videntes, brujas, hechizos, y rituales para pedirles orientación. Se cree en presagios, en protecciones, en malas energías, en maldiciones... pero todo son creencias. Estamos dominados por ellas, y miramos al cielo buscando milagros, desconociendo que somos los únicos responsables de lo que nos ocurre y que el poder está en nosotros. Las leyes de la magia son las que tú quieres que existan. Si crees en los rituales, harán efecto. Si piensas que te han maldecido, así será. Si crees en el diablo, existirá para ti en el peor sitio que pueda existir, en tu mente. Si crees en el infierno, lo verás. Y si crees que todo lo que te pasa es por el Karma, volverás una y otra vez a pagar por tus errores.

—¡Vaya! —Es evidente que mis palabras la sorprenden—. Quieres decir que funciona porque lo creemos posible, e ignoramos que somos nosotros quienes tenemos el poder. ¿Entonces no existe la magia, o el vudú?

—El poder de las creencias ya es mágico y muy poderoso. Cada uno vive lo que cree que debe vivir, ve lo que quiere ver y experimenta lo que quiere experimentar. Pero todo es creación de la mente.

—Da un poco de miedo todo esto. Según tu punto de vista, hay que cuidarse de lo que crees.

—Es una magnífica forma de confirmar nuestras propias invenciones y convencernos que tenemos siempre la razón. Siempre existirán a nuestro alrededor, personas y situaciones que nos confirmen nuestras creencias, sin sospechar que es así por resonancia —le explico—. Ocurre lo mismo con las medicinas. El efecto placebo se basa en las propias creencias. ¿Y sabes en qué creo yo? En mi poder de pensamiento, en mi poder interior, en mi libertad y en que estoy totalmente a salvo de cualquier cosa que me pueda pasar.

—Pues siento recordártelo, pero te han dado una paliza increíble —me

dice con cierto sarcasmo.

—Como siempre, Yudica, yo trato de mirar más allá. Es verdad que se puede destruir un cuerpo, pero el cuerpo no es más que el vehículo a través del cual experimentamos. ¿Crees realmente que se mueve solo, que siente por sí mismo, que piensa y ve sin la inteligencia que lo hace posible? El cuerpo no es nada sin aquello que lo hace funcionar y lo real de mí mismo nunca muere. En otra vida fui un judío, también recuerdo haber sido una esclava negra. Sí, es verdad que parece que el personaje muere, pero la verdadera esencia jamás desaparece. —Noto su mirada asombrada, aunque todo lo que nos rodea es oscuridad.

—Bueno... mirándolo así... tiene sentido. ¿Tú has logrado recordar tus anteriores vidas? —Su voz suena como un leve susurro.

—Mis aparentes vidas, mejor dicho, puesto que todo es una ilusión. Y aunque sí que se me ha revelado bastante información al respecto, nuestro objetivo no es saber qué personajes hemos sido o quiénes somos ahora. Lo realmente importante es saber qué no somos, y a partir de ahí, Ser.

—Es bonito lo que dices —me dice tras unos segundos de silencio, supongo que el breve tiempo que necesita para asimilar mis palabras y sacar sus propias conclusiones—. Y no voy a debatir tus creencias. ¿Sabes por qué? Porque a ti te sirven. Tienes una perspectiva muy amplia, y eso hace que actúes con una seguridad que demuestras en cada movimiento. En cambio, el resto del mundo vivimos aferrados únicamente a lo que vemos, a lo que creemos ser, creyendo ciegamente que todo esto es lo único que existe. Así que es inevitable que vivamos con miedo. —Suelta mi mano y se acurruca sobre mi pecho, dejando de mirar el cielo. Rodeo su cuerpo con mi brazo y sin poder evitarlo, le doy un leve beso en la cabeza.

—¿Tienes sueño, pequeña? —le pregunto con ternura.

—Mi cabeza está repleta de una sorprendente información. Tengo que pensar en todo esto —me dice en voz muy baja.

—¿Por qué me dejas hablar tanto? Cuando me ponga muy pesado, dame un codazo y me callaré.

—Yo nunca te haría daño intencionadamente. Eres mi mejor amigo —me contesta con voz somnolienta. Mi corazón se altera y acelera mis pulsaciones sin control alguno. Siento un inexplicable deseo de protegerla, de darle paz, felicidad, ¿amor? No sé... me siento extraño. Miro el cielo estrellado y me concentro en disfrutar de este momento junto a Yudica, sintiendo su leve

respiración y el suave contacto de su mano rodeando mi magullada cintura. La noche sigue siendo agradable, el bosque duerme y los ruidos procedentes de su interior son casi inapreciables. Los grillos son los únicos que cantan con fervor. A los pocos minutos, siento su profunda respiración. Aprovecho la ocasión para bajar del cielo y volver a la tierra, acariciarle el pelo, retirárselo de la cara, abrazarla y volver a darle un beso en la cabeza. Suspiro con satisfacción mientras mi conciencia se va adormeciendo, mis párpados me empiezan a pesar, y me sumerjo en el país de los sueños.

“La verdadera sabiduría está en reconocer la propia ignorancia”.

Sócrates (470 a. C.-399 a. C.) Filósofo

Yudica

Los primeros días han sido algo difíciles para mí. Yared había recibido tantos golpes y patadas que el dolor le impedía moverse. Le apliqué compresas frías sobre sus costillas para que la inflamación bajara, y con los alimentos que encontré en el campamento traté de hacer comidas. Pero no estoy acostumbrada a moverme por este ambiente y mi propio desánimo hizo el resto. Siempre me pareció maravilloso perderme entre la naturaleza y guiarme por las sensaciones agradables que me transmite, pero pronto advertí que no es todo tan bonito como me imaginaba. Y es que allá donde esté el cuerpo, persisten las preocupaciones. Yared tiene razón, hay que enfrentarse a los miedos, porque por mucho que queramos huir para comenzar una nueva vida, la distancia no sana. ¿De qué sirve poner distancia, si con el pensamiento siempre tienes el conflicto cerca?

En el silencio del bosque, me sumerjo en mis recuerdos y trato de entender lo ocurrido. Y cuando me vuelven a invadir las imágenes del pasado, no puedo evitar un estremecimiento que recorre toda la columna vertebral. ¡Sergio prefería arrebatarme la vida a dejarme con posibilidades de ser feliz! ¿Por qué alguien se puede considerar con el derecho de mandar sobre tu vida? ¿Es amor preferir el sufrimiento de la persona que dices querer, que su felicidad? ¡Dios! Y ahora estoy paralizada por el miedo. Tengo miedo de volver a casa, miedo a volver a ver a Sergio, miedo a enfrentarme con el mundo, miedo a todo. Estoy aterrorizada, así que prefiero quedarme en este bosque, junto a Yared.

Él se comenzó a mover poco a poco y su aspecto ha ido mejorando. A medida que sus movimientos fueron menos limitados, me enseñó a mirar el bosque con otros ojos. Fue entonces cuando me relajé. Todo parece guardar una magia que antes estaba oculta a mis sentidos. Este vagabundo está realmente cautivado por el mundo en que se mueve, eso es evidente. ¡Parece que ve en cada rincón algo asombroso! Escucha sonidos que me hace apreciar,

para luego explicarme su procedencia. Identifica la dirección del viento, la hora que es, si va a llover, incluso de dónde procede cada canto de pájaro, cada ruido... Me habla de plantas y sus propiedades, de sus beneficios, de las que pueden ser consumidas y las que simplemente son bellas. Me ha enseñado a identificar algunas setas, entre ellas una que se llama la Oreja de Judas, su nombre original es *Auricularia auricula-judae*. Me ha explicado que la llaman así porque crece sobre el saúco, el árbol en el que se supone, se ahorcó Judas. ¡Es como tener un libro de sabiduría a mi lado! Explica las cosas con paciencia y me transmite la pasión por el mundo natural que él siente. ¡Se entusiasma por todo!, y eso es contagioso. Con los días voy descubriendo a una persona que disfruta de cada instante, de las flores que crecen, del sonido del agua, de la lluvia, del rocío... ¡Si hasta se deleita con mis comidas! A medida que pasa el tiempo, me cautiva más su personalidad. Es como un niño grande, que lo mira todo por primera vez y ve siempre alguna maravilla en cualquier cosa. Me gusta observarle cuando él desconoce que lo hago. Me encanta ver cómo mira las aves que vienen a visitarnos continuamente, o cómo pierde su mirada en la lejanía, su forma de apreciar cualquier cosa. Advierto en él el acto sencillo y elegante de un hombre que nunca tiene prisa, y que desconoce el frenético ritmo del resto del mundo. Yared es un hombre peculiar, vive según su filosofía particular y es evidente que evita los conflictos. No deja de sorprenderme encontrar a una persona así en este mundo.

Y cómo no, advierto el cambio que voy experimentando en mí misma. Estoy más tranquila, mis pensamientos no son tan angustiantes y paso grandes espacios de mi tiempo consiguiendo estar en paz. Aunque siempre había pensado que el bosque te acogía en sus brazos con un gran silencio, he descubierto que el reclamo de los pájaros al amanecer siempre me despierta. Abro los ojos cuando aún no ha salido el sol, y escucho a las aves que alborotan entre las ramas. A lo lejos, se oye el refrescante sonido del río. El conjunto de sonidos y sensaciones es verdaderamente armónico. Y junto a mí, siempre encuentro el rostro de Yared y su sonrisa. Es una maravillosa forma de despertar, ¿verdad? Después dejamos pasar el tiempo escuchando al bosque. Entonces él me explica la procedencia del sonido de las aves y yo me sumerjo en su mundo natural con facilidad. Es muy fácil dejarse llevar por su voz y mi mente se despersonaliza para perderme en todo lo que nos envuelve.

Pero si los días que vivo junto al vagabundo son espectaculares y me

descubren a una persona excepcional, las noches rebosan todo pronóstico. Encierran magia y hechizo. Una noche me enseñó a hacer una pequeña fogata y a asar lo que habíamos pescado en el río. ¡Ja! ¡Qué maravilla! Es increíble sentir la brisa de la noche sobre la cara, el popurrí de olores a leña, tierra y humedad, la conversación siempre interesante y la agradable compañía de una persona que transmite tanta paz y serenidad. En otra ocasión en que no hubo luna, nos fuimos a un claro del bosque y observamos las estrellas. Me habló del universo, del poder que tenemos, de la perfección que nos rodea, de la conexión que existe entre todos los seres vivos, y de que todo está perfectamente sincronizado. Es como si existieran conexiones entre personas y sucesos a través de hilos invisibles. Dice que hay que estar alerta, ver en cada acontecimiento una razón por la que esté ahí. También me ha explicado que existía un psicólogo llamado Carl Gustav Jung, que llegó a la conclusión de que cada persona tiene una íntima conexión con su entorno y ejerce una atracción que crea circunstancias coincidentes, hechos a los que llamamos casualidad. Asegura que es tan espectacularmente perfecto, que cree imposible que sea todo causa de un arbitrario azar.

Hasta ahí todo funciona muy bien. Yared siempre me enseña algo y me hace reflexionar. Pero ¡ay!, mis sentimientos se desbordan. Me gusta cómo habla, cómo ríe, cómo se comporta, cómo es. Tanta amabilidad, tanta comprensión, ese amor que siente por todo, la tolerancia que muestra, ¿cómo puedo ser inmune? ¡Me tiene totalmente fascinada! Y admito que me siento vulnerable junto a él. ¡No lo puedo remediar! Me trata con familiaridad, lo sé, pero me descoloca cuando me acaricia. Son caricias muy sutiles y que pueden proceder fácilmente de un hermano mayor. Me coloca el pelo tras la oreja, o me acaricia la mejilla, o juega con un mechón de mi cabello mientras habla. A veces advierto cómo me siguen sus ojos, y no sé qué pensar. El momento más especial para mí es cuando toca la guitarra. ¡Eso me encanta! Ni la cena más lujosa con velas en el mejor restaurante de la ciudad, puede compararse en ningún aspecto con esos momentos. Hoy, mientras él toca la guitarra y yo me sumerjo en los vivos colores del fuego, me atrevo a comentar algo que me está rondando por la cabeza desde hace tiempo. Nunca hemos hablado de lo que pasó en el río y necesito conocer su punto de vista, averiguar qué es lo que piensa e indagar en sus pensamientos:

—Yared... Nunca me has preguntado qué pasó el día del incendio. —De repente siento que he roto el hechizo y el apacible silencio que nos envolvía.

¡Sí!, ese mismo silencio que antes me hacía sentir tan incómoda. Pero voy comprendiendo su forma de ser, su largo estado de ausencia... Sus ojos me observan, pero no parece sorprendido. ¡Él también empieza a conocerme!

—Eres tú quien debes estar preparada para hablar de eso —me responde con voz profunda.

—Lo estoy. —Y enfrento mi mirada a la suya con decisión. Yared afirma con la cabeza y deja la guitarra a un lado.

—¿Y qué piensas de todo lo ocurrido? —me pregunta—. ¿Cuál es tu conclusión?

Dudo durante unos instantes. Necesito ser sincera, creo que es la mejor forma de liberar lo que hay en mi interior.

—Pues que no deseo tener a mi lado a una persona que me quiera así. Traté de dejar la relación, pero ahora estoy más convencida que nunca. ¿Qué opinas tú? —insisto.

—Nada. —¿Nada? A veces puede ser muy borde. Lo miro extrañada, y veo que se encoge de hombros, como justificándose—. Yo no puedo opinar de lo que desconozco, no tenía ninguna relación con él.

—¿No estás molesto por lo que Sergio te ha hecho? —A medida que le expongo los hechos, siento que no logro entender su pasividad. No sé, su actitud me sorprende.

—Esos sentimientos lo único que me aportan es lo contrario a lo que quiero sentir. Y nadie puede despojarme de la paz, excepto mi propia decisión. Además, no deseo defenderme culpando a otro.

—¿Qué? —Y mi boca queda entreabierta por la sorpresa. No puedo entender lo que escucho. ¿Pero de dónde ha salido este tipo? ¿Vive en el país de los “yupis”? ¿Acaso no tiene sangre en las venas? Puedo entender que quiera vivir de forma poco convencional sin meterse en conflictos, pero que no quiera defenderse por no culpar a nadie... ¡Eso sí que es increíble!

—No entiendo nada, Yared. ¿Hablas en serio? —Yared parece dudar. Sus labios se mueven, pero no sale ninguna palabra. Es como si quisiera hablar y no se atreviera. ¡Pero estoy decidida a presionar! No voy a dejar esta conversación y facilitarle la “papeleta” a este “happy” de la vida.

—¿No quieres explicármelo? Me gustaría comprender tu punto de vista, de verdad —insisto.

—Es difícil entenderme, lo sé —dice al fin—. Pero siento que este no es mi mundo ni esta mi lucha. Que parezca que estoy aquí, no significa nada,

¿entiendes?

—No, la verdad, no te entiendo. ¿Tiene relación con ese sueño que tuviste? —le pregunto extrañada.

—La experiencia que tuve hace quince años no fue ningún sueño. Es... no sé, yo existía a pesar de que mi cuerpo estaba como muerto. ¿Te das cuenta de lo que significa eso? ¿De cómo lo cambia todo?

Guarda unos segundos de silencio en los que parece pensar. Sus ojos se pierden en la lejanía y su mente parece estar a kilómetros de aquí. Al rato parece regresar del lugar donde anidan sus pensamientos y me mira con una sonrisa en los labios. Su rostro refleja lo que le afecta este tema.

—¡Es increíble! ¡De verdad! No encuentro palabras para explicártelo, lo único que puedo decirte es que fui consciente de que yo era vida, y de que mi cuerpo era incapaz de contenerme. Entonces lo entendí todo, y dejas de darle valor a las cosas de la tierra, al cuerpo, o a lo que nos rodea. Todo esto a lo que estamos tan enganchados, en realidad no es nada. Y no quiero decir que se deje de vivir, de amar o de trabajar por tus objetivos. Únicamente te digo que, tras esa experiencia, es imposible tomarte la vida en serio.

—¡Vaya! —digo sin saber qué añadir. Se le ve tan afectado por sus vivencias, que me sobrecojo. Para ser sincera, se me ha puesto el vello de punta—. Quizás lo soñaste.

—¿Quién nos asegura que no estemos soñando ahora mismo? Cuando dormimos, ¿no aparecen personajes que hablan y se mueven? ¿No parece todo tan real como ahora? Sin embargo, tenemos los ojos cerrados. Tal y como ocurre al dormir, es la mente la que oye, siente y ve, aunque nosotros se lo atribuimos a los sentidos corporales.

—Si todo fuera un sueño, sería muy largo. ¿No crees? —Trato de entender sus argumentos, que para mí son un jeroglífico indescifrable.

—Hasta que despiertas. El tiempo y el espacio no tienen ningún sentido fuera del sueño, y cuando se despierta, se descubre que todo ha sucedido en un instante. Así que el tiempo transcurrido en el sueño no es equiparable al del soñador.

Me encanta cómo me explica las cosas, con su voz grave y su tranquilidad. Nunca se parece alterar y mira todo su alrededor como si lo hiciera desde la distancia. ¿Cómo logra hacer eso?

—Es complicado entender lo que me dices —contesto. Pero se muestra tan seguro de sí mismo y habla con tanta convicción, que vuelvo a preguntarle con

el deseo de indagar más en él—: ¿Y por eso dices que no es este tu mundo ni esta tu lucha? ¿Siempre te han creído cuando has contado tu experiencia?

Me mira sonriendo entre sus largas pestañas, pero mantiene un silencio prudencial. No sé, parece reacio a proseguir, entonces se me ocurre que quizás teme que lo considere un loco. Hay que admitirlo, lo que me dice, es de locos. Se encoge de hombros y se mira las manos con aire abstraído:

—Verás, Yudica, nunca he tratado de convencer a nadie, ni voy por el mundo diciendo lo que acabas de oír —me dice al fin. Se inclina un poco hacia delante, y mirándome fijamente añade—: Pero quiero ser sincero contigo. ¿Sabes? Hacía mucho tiempo que no me importaba lo que pensarán de mí, pero para mi sorpresa, me importa lo que pienses tú.

Abro los ojos asombrada. ¡Vaya! No puedo disimularlo, el ausente vagabundo parece tener preferencias. De inmediato, mi corazón late enloquecido. Ante mi silencio, Yared prosigue:

—Para mí nunca ha sido fácil relacionarme. —Se vuelve a recostar con tranquilidad, mientras su voz vuelve a transportarme a su mundo particular—. Es extraño, pero cuando observo a la gente me doy cuenta de que necesitan huir del silencio, y lo tratan de llenar con absurdos comentarios que no significan nada, palabras vacías, sin sentido, con el único propósito de rellenar molestos silencios. Pero para mí nunca ha sido un problema, ni el silencio, ni vivir en soledad. Te preguntarás por qué te cuento esto. Verás,—y vuelve a clavar sus negros ojos en mí—, he descubierto algo importante. Me gusta estar contigo, disfruto de tu compañía.

—¿Te gusta mi compañía? —No dejo de sorprenderme por las palabras que escucho. ¡Uf! Noto una especie de vértigo y unos absurdos nervios en el estómago. Yared sonrío divertido al advertir mi incredulidad.

—¡Sí! ¿Por qué te sorprendes tanto? Eres divertida, amable, curiosa y tienes chispa. Eres como un ángel caído del cielo. —¡Uau! ¿Soy todo eso? Nunca me habían dicho cosas tan agradables y con tan pocas palabras.

—¿Lo dices en serio? —insisto—. ¿No te estarás burlando de mí? No quiero que te sientas en deuda por haberte cuidado estos días. Te recuerdo que tú también me has salvado a mí. Si no lo hubieras hecho antes, ninguno de los dos estaríamos aquí ahora.

Ahora es él quien parece sorprendido. Creo que trata de averiguar si estoy hablando en serio, por eso me observa fijamente con su mirada azabache.

—¿Realmente piensas que siento eso por ti? ¿Agradecimiento? —me

pregunta al fin con cierta reserva. Me encojo de hombros. ¡Y yo qué sé! ¡Joder! ¿Es que siente algo por mí?

—¿Quieres sentarte a mi lado? Hablemos claramente. —Y hace un leve gesto con su mano para que me coloque junto a él. Sé que sus costillas todavía le molestan, así que me levanto del lugar que ocupaba frente a él, y me coloco a su derecha. Yared me envuelve con su brazo con familiaridad. Después me besa en la frente, como un hermano mayor. Me achucha. ¡Aich! ¿Ves? Son estas pequeñas caricias sin importancia lo que me deja desarmada. Detalles llenos de cariño que no parecen significar mucho, pero que me dejan totalmente vulnerable.

—Pero sigo sin entender tu forma de pensar, Yared. ¿No estás ni un poquito cabreado? —Y le enseño mis dedos para que vea la minucia a la que refiero. Él me coge la mano y me la besa. ¡Uf! Siento un extraño cosquilleo donde sus labios han dejado su huella.

—Verás, el mundo es como un tablero de juego, así que, como tal, nunca puede ser la causa de tus problemas. Nuestras vivencias son como proyecciones que se convierten en regalos, ya que vemos en otros lo que realmente hay en nuestro interior. Reconozco que no me gusta que me ataquen y después me claven una navaja. ¿Me preguntas si he sentido rabia? ¿Rencor? —Se encoge de hombros y piensa durante breves segundos—: Me ha irritado que se alterara mi tranquilidad, no lo voy a negar. Y me ha enfurecido ver cómo te ha dejado ese tipo. Me indigna lo que un ser humano puede hacer a otro. Pero después me alejo de esta locura y acepto que ocurren cosas que no entendemos y que debemos dejar de cuestionar las situaciones.

—Entonces piensas que todo ocurre por alguna razón, ¿no? —Mi cabeza se acomoda sobre su pecho abandonándome a su voz.

—Así es. Vivimos convencidos que tenemos mala suerte, e ignoramos que todos los conflictos vienen de nosotros mismos, de la mente. La vida es un aula donde se viene a aprender “lecciones”, con la intención de hacernos recordar quiénes somos y poder hacer la elección correcta. Así que más bien la pregunta que deberíamos hacernos sería, ¿para qué ha ocurrido? Hay que focalizar la situación desde uno mismo, porque todo lo que te afecta tiene el mismo denominador común, tú.

—¿Y cuál es tu para qué? ¿Puedes encontrar una justificación a lo ocurrido? Si logras hacerlo, merecerías una medalla de oro. —No logro

comprenderle, pero estoy muy a gusto así, apoyada sobre él, mirando el fuego y oyendo su voz cerca de mi oído.

—Bueno, mi forma de entender estas circunstancias son algo particulares.

—Bueno, me interesa tus particularidades. —Levanto la cabeza extrañada al oír su risa. Lo miro sin saber muy bien cómo interpretar su reacción y observo cómo sus ojos brillan divertidos. Me mira... ¿fascinado? Me vuelvo a esconder en su regazo evitando su mirada. No sé. Me hace pensar bien de mí misma. Siento cómo su mano me acaricia la espalda. Ante mi silencio, Yared prosigue:

—Te voy a decir la interpretación de mi “para qué”. Reconozco que me he sentido mal, he tenido momentos de rabia, cierto, pero finalmente he conseguido encontrar la paz en mi interior y he logrado ver toda esta situación de otra forma, ¿entiendes?

—Pues no, la verdad. ¿Como puedes ser comprensivo después del comportamiento de Sergio? —le pregunto acalorada.

—Comprender que las personas no pueden evitar comportarse de cierta forma, te aleja del conflicto. Hay mucha gente que desconoce que estamos manipulados por programas grabados en nuestro inconsciente. ¿Crees que todos actuamos de manera concreta por libre elección? ¿Nuevamente piensas que tus peculiaridades, tus rarezas, tu carácter y tus manías, están ahí sin un motivo justificable? No, Yudica, somos marionetas bajo los hilos invisibles de una mente inconsciente que todos compartimos y que nos domina en más de un 95 %. Estamos condicionados por una especie de programa que nos hace ser como somos, la sociedad nos ha dicho cómo pensar, nos han inculcado creencias y, por supuesto, tenemos patrones heredados a través de nuestro ADN. Todos somos como tenemos que ser, y te puedo asegurar que nada es producto del azar. Y cuando comprendes que las personas no pueden evitar ser como son, empiezas a mirarlo todo con otros ojos. Además... —Se aparta algo de mí para mirarme. Me sonrío abiertamente y sus ojos brillan mucho—. ¿Para qué voy a negar que esta experiencia ha desencadenado el disfrutar de tu compañía?

Me quedo nuevamente sin palabras, ¡vaya! ¿Qué puedo responder? ¡A eso se le llama ser positivo! Y yo no siento más que una inexplicable alegría. Creo que mi corazón golpea con demasiada fuerza y mis nervios no me dejan asimilar el significado de sus palabras. Aunque no comprendo su punto de vista, me tiene fascinada.

—Sí, nos hemos hecho buenos amigos, ¿verdad? —admito disimulando mi entusiasmo.

—Pero sigo sin entenderte. ¿Sergio te ha dado una gran paliza y tú te limitas a decirme que no quieres pensar en esto? ¿Eres de Marte o algo así? —insisto tercamente.

—No voy a negar que en ocasiones me deje llevar por lo que ocurre, pero luego me alejo de esta película, y empiezo a entender que unos tienen más miedo que otros. ¿Sabes, pequeña?, el miedo te cubre de capas de desconfianza, de agresividad y hasta de violencia. Pero en realidad todo es una demanda de amor. Y Sergio no es ni más ni menos que yo. Es otro Sergio cubierto de innumerables capas de miedo que ocultan su verdadera Esencia. Si miramos con los ojos, veremos lo que queremos ver. Pero si miramos más allá de los sentidos y abrimos nuestro corazón, se puede ver a alguien que pide ayuda, comprensión y amor. Yudica, más allá de su comportamiento y de sus posibles defectos, hay alguien inocente.

—¡Pero nos ha hecho daño! —exclamo con el oscuro deseo de verle algo crispado, aunque sea un poco. Algo de rabia, de indignación... no sé. ¡Algo!

—Él también se ha hecho daño, aunque tú no lo veas. Y mi pregunta es: ¿De qué sirve que recuerde lo que ha pasado? ¿A quién perjudica? Sergio ignora si pienso o no en él. Esos pensamientos que dices que debo tener de indignación y rabia, solo me hacen daño a mí. Así que elijo ver en esta agresión un reclamo de amor. Cualquier persona que exprese violencia o desprecio por lo ajeno, no olvida nunca sus actos, y tarde o temprano tendrá que enfrentarse a su propio juicio.

Permanezco muy callada ante las palabras que acabo de escuchar y trato de entender cómo demonios una persona así no va caminando por la vida con una aureola rodeando su cabeza. ¡No había escuchado algo así en mi vida! ¿Pero de dónde ha salido? Mis pensamientos se ven interrumpidos por su voz, que muy sutilmente me pregunta:

—Ahora analiza tu “para qué”. Yudica, ¿para qué permitías una relación violenta?

La incomodidad que siento hace que deje de apoyarme sobre su pecho. Es la primera vez que oigo esa pregunta en voz alta y estoy molesta. No me gusta hacia dónde se dirige esta conversación, así que me separo. Mis hombros se ven libres de su abrazo, y nos miramos largamente.

—¿Para qué permitía esa relación? —le pregunto sin intención de

responder. Hacerlo sería mirar dentro de mí misma, y eso es algo que no deseo hacer.

—Deberías preguntártelo. Las relaciones reflejan tu interior. Son tu espejo —me insiste.

—¡Qué tontería! Yo no creo en eso que tú dices. Es absurdo —contesto a la defensiva.

—¿Entonces crees que todo es por mala suerte? —pregunta sin dejar de observarme.

—¡Y yo qué sé! ¡Me estás liando, Yared! Y me irrita que creas saberlo todo. —Estoy incómoda ante su insistencia y no entiendo por qué reacciono así.

—No desvíes la conversación. La vida es como un juego donde no hay víctimas ni agresores. La violencia que tu pareja manifiesta, no es más que el reflejo de lo que sientes por ti misma a través de él.

Lo miro con asombro. ¿Pero qué dice? ¿Cómo puede pensar eso de mí? Al instante me sube por la garganta una repentina irritación en forma de nudo. Me levanto de mi provisional asiento con el deseo de querer salir corriendo para dejar de escucharle.

—Pero ¿cómo se te ocurre decir semejante barbaridad? ¿Me haces responsable de que Sergio me haya pegado? ¿Me estás diciendo que he sido yo misma la que me insulto y me humillo? ¿Pero cómo puedes pensar eso? ¡Ves a Sergio como a alguien inocente, y a mí me ves como a una psicópata! —exclamo dolida e indignada, porque muy sutilmente está metiendo el dedo en la llaga. Su propuesta me hace mirar en mi interior, y sinceramente, esa no es mi intención. No deseo indagar en mis sentimientos o en mis para qué. ¿Qué por qué? No sé, puede que, si miro dentro de mí misma, encuentre el ser mezquino y patético que creo tener en mi interior.

—No, Yudica. Solo veo a alguien muy asustado, eso es todo —me dice con tanta ternura que siento ganas de llorar. Pero pongo un muro de frustración entre ambos y enmascaro mi vulnerabilidad con rabia, exclamando:

—¡Joder, Yared! Deja ya de decir tonterías, ¿vale? No quiero enfadarme. —Su pasividad, su... ¿cómo lo diría? Su encefalograma plano me irrita. ¡Mierda! ¡Pero si parece que no tiene sangre en las venas!

—Ni yo que lo hagas. Pero nuestras relaciones nos hablan de nosotros mismos en todo momento. Cuando comprendas eso, comprenderás muchas otras cosas. Entenderás que todo forma parte de ti y perdonarás a todos los

personajes que aparecen en tu vida, porque no son más que representaciones del inconsciente. Yudica, tenías una relación con una persona violenta y celosa. Y aunque no te guste escuchar lo que digo, somos responsables de todo lo que nos ocurre, al igual que de todas las personas involucradas en el conflicto.

—¡Qué cantidad de tonterías estás diciendo! ¿Y sabes qué te digo?, ¡no tengo por qué seguir escuchándolas! —Y me alejo varios pasos de él, huyendo nuevamente.

—Nunca he pretendido convencerte, simplemente yo pienso así —me contesta con tranquilidad desde su estática posición, como observando el escenario que se desarrolla a su alrededor con una serenidad admirable.

Detengo mi huida y me giro para contestarle con voz distante:

—Yo no.

—Eso está muy bien. Pero puedes estar condenada a repetir tu experiencia de diferentes formas. Tienes que mirar la causa, no el efecto. Y la causa siempre proviene de ti.

—¡Basta, Yared! Déjalo ya, de verdad. Estás estropeando una bonita noche. —Y me alejo definitivamente y con aire resuelto, metiéndome en la tienda de campaña sumamente afectada. ¡Ah, joder! Ha conseguido irritarme. ¡Con lo bien que estábamos!

Miro al vagabundo desde lejos. Sigue sentado, imperturbable a mi enfado, sereno. ¿Cómo puede permanecer tan tranquilo? Al poco tiempo veo que vuelve a coger su guitarra y toca una melodía. Eso me molesta más. ¡Pero bueno! Me exaspera su pasividad y su aparente indiferencia. ¡Es como si nada de lo que ocurriera le importara lo más mínimo! Y aquí estoy yo, más enfadada que una mona, mientras él toca la guitarra sin mostrar ni un solo atisbo de remordimientos por el impacto que han causado sus palabras en mí. Trato de recapacitar, pero estoy demasiado nerviosa como para hacerlo. Así que me intento relajar. Aspiro y expiro tratando de seguir un ritmo constante. Necesito ralentizar mis pulsaciones y serenarme. Constantemente miro hacia fuera y me siento fatal por haberle gritado. Él solo trata de ayudarme, y yo reacciono con el oculto deseo de no ver lo evidente. Evito enfrentarme a mis miedos e inseguridades, y sé que a pesar de que lo niego constantemente, creo ser merecedora de todo lo que me ha ocurrido. ¿Qué puede pensar de mí Yared, si descubre lo patética que soy?

Después de unos minutos, miro nuevamente su escultural cuerpo, y siento la

urgente necesidad de aclararlo todo. No me gusta enfadarme con él. Lo escucharé, y después ya pensaré sobre este asunto. Así que salgo de la tienda de campaña impulsada por una fuerza misteriosa que hace que me enfrente a esta conversación. ¿Por qué estoy dispuesta a oír las palabras de una persona que me responsabiliza de todo lo que ha pasado? Ni yo misma me reconozco.

—¡Está bien! Tú ganas —digo con aire resuelto al llegar a su lado. Yared me mira sorprendido. Creo que no esperaba mi repentina aparición. Deja la guitarra y se levanta poco a poco de su provisional asiento, haciendo un leve gesto de dolor al incorporarse—. ¿Por qué has dicho que estoy condenada a repetir la experiencia? Eso duele, ¿sabes?

—Pequeña...

—¡Y no me llames pequeña! ¡Por favor! —le interrumpo con sequedad, mientras pongo ambas manos en señal de stop—. Háblame como si fuera adulta, aunque a veces me comporte como una cría.

Es una buena forma de disculparme por mi actitud, aunque imagino que Yared no se ha sentido en ningún momento afectado por mis reacciones.

—Muy bien, así lo haré —me contesta con una sonrisa divertida en su rostro. Se acerca un poco a mí, pero yo retrocedo para alejarme. Ha sido un movimiento muy sutil, pero él lo ha entendido y se detiene. Mis razones para actuar así no son más que evitar sentirme vulnerable. Necesito mantener las distancias para pensar únicamente en lo que me explica, y dejar aparcado a un lado los sentimientos que me desbordan cuando estamos ambos cerca. Desconozco por qué tiene tanto efecto en mí, pero es evidente que su proximidad consigue penetrar fácilmente en mis defensas. Así que cuanto más lejos esté de mí, mejor.

—Vale, vale, no importa. Escucha... es mi forma de ver el mundo y no tienes por qué creerme.

—Ahórrate los preliminares. —Vuelvo a cortar. Él sonríe. ¡Vaya! Parece que se divierte conmigo.

—Está bien. ¿Sabes qué es el campo cuántico?

Me encojo de hombros sin saber qué contestar. Él pone las manos en señal de stop para que me calme y afirma con la cabeza. Empieza a hablar, casi susurrando las palabras:

—Los científicos le llaman campo cuántico, vacío o energía del punto cero, y es esa fuerza que lo sustenta todo y que está en todas las cosas. Según la física cuántica, es la fuerza que nos mantiene unidos y una fuente de

información constante de todas y cada una de las entidades. Verás... en uno de los experimentos que se hizo, se dividió un fotón en dos mitades y se separaron a bastante distancia uno de otro. Una de esas partículas fue estimulada, e increíblemente se descubrió que la otra mitad reaccionaba al estímulo a pesar de la distancia que había entre ambas. Este experimento y otros más demuestran la teoría del entrelazamiento cuántico y la comunicación existente entre partículas.

—No entiendo nada —respondo con tozudez—. ¿Qué relación tiene eso con lo que estábamos hablando?

—Yudica, escucha, todo es vibración. Pero no porque yo lo diga, sino porque ya está demostrado. Nuestras propias células corporales ofrecen la misma conexión. De hecho, nuestro cerebro es un gran receptor de frecuencias eléctricas que recibe, almacena y amplifica las diferentes frecuencias, transformadas en corriente eléctrica, para enviarlas al sistema nervioso y poder ser manifestada. Es así como todo pensamiento crea una emoción dentro de tu cuerpo. Todas estas emociones se graban y se usan como referencia, ¿entiendes?

—Supongo que esas grabaciones que se usan como referencias, es la memoria.

—Sí. Y nosotros proyectamos emociones y pensamientos de mayor o menor frecuencia a través de nuestro campo electromagnético hasta llegar al campo cuántico de forma vibratoria. Esa misma frecuencia emitida vuelve a ti atraída por la misma vibración. Así que, si tú emites emociones y pensamientos de victimismo o baja autoestima, el universo te ofrecerá varias alternativas para experimentar lo que proyectas. ¿Recuerdas? Todo lo que das, recibes. Es la conocida causa-efecto. —Se detiene durante unos segundos para observarme atentamente.

Yo estoy tan entregada a sus palabras, que no acierto a decir nada. ¿Cómo sabe todo eso? Yared prosigue:

—Todas las personas que aparecen en nuestra vida tienen un papel que ofrecer y todo encierra una oportunidad que trascender. Yudica, tan descabellado es pensar que las cosas que nos ocurren son por puro azar, como pensar que son por un motivo. Tú eliges. Y no pasa nada si decides elegir por el azar. ¡Eso está muy bien!, ¡de verdad! Pero yo creo que todo ocurre por algo. Parece que siempre necesitamos a un malo para poder ser nosotros los buenos. Pero no existen interpretaciones en el campo cuántico, y todos

asumimos el papel impuesto por la mente inconsciente. Eso es todo. Y nuestra interpretación personal compara nuestras emociones en esa memoria de la que te he hablado. Vivimos en un mundo de reflejos en que nada es lo que parece. Eso es lo que yo pienso —concluye con un leve suspiro.

—Entonces, si se me cruza en mi camino una persona agresiva y posesiva, es porque según tú, lo proyecté de forma vibratoria al universo y este me lo ofrece de la misma forma.

—Algo así. Ocurre lo que tiene que ocurrir para que seas capaz de ver por ti misma, que desde algún rincón oculto de tu inconsciente te crees merecedora de tu suerte. Has proyectado, no que debas ser maltratada, sino que sientes un profundo desamor hacia ti misma. Y el campo te ofrece experiencias de desamor, no tienen que ser especialmente maltratos. Estas proyecciones son inconscientes, y están escondidas bajo el olvido y la dualidad, mostrando tu testimonio interior. Pero solo es tu realidad, ¿entiendes? Cada uno de nosotros vivimos diferentes realidades dentro del mismo escenario.

—¿Entonces? ¿Qué quiere decir eso? —le pregunto. No entiendo la razón por la que no me marchó y sigo viviendo en mi mundo de mala suerte y de victimismo particular. Es un mundo caótico, lo sé, pero está lleno de culpables y ninguno soy yo. Pero aquí sigo, de pie frente a él, y manteniendo una distancia prudencial y cómoda para mí. Yared permanece varios segundos callado, pero no deja de observar mis reacciones. Al fin, cuando pienso que se ha olvidado de mi pregunta, me contesta con dulzura:

—Quiere decir que debes dejar de sentirte víctima de la situación y empezar a responsabilizarte. No se trata de culpar, ni de reprochar a nadie, ni siquiera a ti misma. Solo toma el control de tu vida y perdona a todos los personajes que aparecen en tu vida y que parece que te hacen daño. Ellos son nuestros maestros, y nos enseñan lo que debemos sanar. Sin esos maestros, nunca seríamos capaces de ver nuestras carencias y poder así trascenderlas.

—¿Perdonar? Hay cosas que no se pueden perdonar. —Mi voz está cargada de resentimiento.

—¡Todo se puede perdonar! En la vida siempre ocurrirán cosas, pero si lograras verlo de forma diferente, ya no reaccionarías de igual manera. Yudica, no hay nadie que desee tu sufrimiento —me insiste con verdadero interés para que lo entienda.

—Entonces, ¿siempre he sido yo la responsable? —Niego con la cabeza sin saber cómo reaccionar a todo esto. La situación me supera. Así que,

tratando de no perder los papeles, le pregunto—: No entiendo el sentido de toda esta locura. ¿Qué pretendo aprender de una paliza?, ¿o de los insultos de la persona que dice que me quiere? ¿Qué puedo aprender de ese maltrato?

Estoy tan alterada que advierto que tengo los músculos en tensión, la espalda recta y una actitud totalmente a la defensiva. Yared lo sabe, por eso me habla con ternura, como si fuera una niña pequeña. Es imposible permanecer mucho tiempo enfadada con él.

—Aprende que todo son oportunidades para perdonar lo que nadie te ha hecho y liberarte. Ámate con todos tus defectos y virtudes, porque todo eso que crees ser son capas y capas de olvido que ocultan la verdadera Esencia. Así como tú te quieras, así se reflejará en el exterior. Yudica, libérate de todo juicio y acepta lo ocurrido perdonando lo que tú misma has proyectado. Rompe esquemas. Cuestionate. ¿Es que todavía no lo ves? ¿Qué creas para ti? ¿Qué piensas de ti? Mira en tu interior.

—Para mí siempre ha sido muy complicado mirar mi interior —le contesto vencida. No me atrevo a ser sincera con él. Yo sé muy bien lo que pienso de mí misma, y no es nada agradable. Yared, en cambio, sonrío divertido. Su mirada está cargada de comprensión y carece de juicios. Eso hace que yo me rinda a él. No existen muchas personas que no sentencien con la mirada.

—La vida te pone a muchas personas ante ti para que te conozcas. Tu entorno te hace escuchar los gritos callados que no has sido capaz de escuchar por ti misma. Toda crítica, todo rechazo, todo malestar, habla de la parte oscura que siempre ocultamos. Ese es el motivo por el que se repiten patrones. Así que, si te ves juzgando o condenando, pregúntate ¿qué es lo que juzgo o condeno de mí? Es un reflejo de algo que debes aprender de ti. ¿Qué te molestaba de Sergio?

—Sus celos, su control, no me daba libertad y siempre estaba juzgándome —respondo. Yared afirma con la cabeza y prosigue sus explicaciones, pero advierto cómo se ha adelantado un poco hacia donde yo permanezco, inmóvil y aterrada por todo lo que me está contando.

—Bien, yo lo veo así. Si tú sintieras respeto por ti misma, nunca hubieras permitido ningún insulto, ninguna bofetada ni humillación. Sergio es simplemente tu maestro, el reflejo de tu interior. Quizás te cueste admitirlo, pero siempre te has sentido culpable al hacer o decir lo que deseabas. Esa culpa inconsciente se refleja en esos juicios y críticas que te han agobiado

tanto. ¿Lo ves ahora? No son los demás, siempre eres tú la que te exiges, aunque no seas capaz de verlo.

¡Joder! ¿Es que ve mi interior? Él prosigue, sin advertir lo que me afectan sus conclusiones.

—Así que cuando algo no te gusta, hazlo consciente y cámbialo desde el origen de la causa cuyo efecto se refleja en forma de mundo y problemas. El maestro que te oprime te enseña qué es la libertad, el maestro que te insulta, te enseña el valor del respeto, el maestro que te menosprecia, te da la oportunidad de valorarte. Una vez aprendido, nunca más lo toleres.

—Me aseguras que siento desamor hacia mí, que me niego libertad, que no me respeto... pero no sé, no lo tengo tan claro —insisto tercamente. Se me hace muy difícil que todo lo que me ocurra sea por la proyección de una mente inconsciente, por lo visto, repleta de conflictos.

—No puedes ni imaginarte lo que encierra el inconsciente. Todos, sin excepción, nos sentimos culpables a un nivel tan profundo que es difícil verlo. Pero esa culpabilidad está escondida bajo un tupido velo llamado olvido. Dime, si no nos sintiéramos culpables, ¿por qué siempre necesitamos defendernos? —Desde la distancia que nos separa, Yared alcanza una de mis manos. Yo observo con aire ausente cómo manipula mis dedos mientras sigue explicándome—: Verás, nuestras creencias y pensamientos acaban por convertirse en verdades. Obsérvate, hazlos conscientes, y no tengas miedo de mirar dentro de ti, ni sientas vergüenza de ser como eres, pues nada de lo que crees que tiene valor, lo tiene. El verdadero Ser está por encima de nuestros juicios. Entonces ocurrirá algo maravilloso. El universo te ofrecerá diferentes alternativas equivalentes a la frecuencia vibratoria que emitas.

Está bien, me rindo. Y supongo que mi postura es evidente, ya que Yared acaba por acortar la distancia que nos separa y me rodea con sus brazos. Y yo me dejo llevar. Sí, me gusta que me abrace. Así que comienzo a aplicar su teoría y me permito ser merecedora de su abrazo, de su comprensión y de su ayuda. Correspondo a su abrazo.

—Escucha... no pretendo dirigir tu vida —me susurra al oído—. Pero creo que es importante que sepas que solo tú tienes el poder para elegir cómo tomarte las cosas. O sigues luchando por tener la razón, o te rindes y eliges ser feliz.

—Me resisto a aceptar que sea yo la responsable de todo lo que me ocurre, ¡no me gusta! —protesto como una niña pequeña. Cierro los ojos y me apoyo

en su pecho con un suspiro. Escucho la risa de Yared, pero no quiero moverme. Me concentro en los latidos de su corazón y en el vaivén de su respiración. Este abrazo me relaja a extremos insospechados—. Y tampoco me gusta enfadarme contigo. —Logro decir en voz muy baja. Es mi forma particular de disculparme por enfadarme con la única persona que parece interesarse por mí.

—Ni yo que lo hagas —Me besa la cabeza desde su altura y me acaricia la espalda. Permanecemos un largo rato así, sumergidos en nuestros pensamientos personales. Este hombre ha conseguido tener un sitio especial en mi corazón, eso sí que lo sé.

—Bueno, es muy agradable estar así, de verdad. Pero ¿qué te parece ir a dormir? —me dice de pronto. ¡Oh, vaya! Rompo el abrazo con pesar y entro en la tienda como una niña obediente mientras Yared apaga el pequeño fuego que crepita en el centro del campamento. Mi cabeza no deja de darle vueltas y más vueltas a la conversación que hemos tenido. Nunca imaginé ser una víctima, pero ya es hora de pensar en qué momento dejé de valorarme. Quiero averiguar en qué instante fue más importante la opinión de los demás que la mía. En qué minuto de mi vida abandoné mis propios sueños. Entonces comienzo a ver leves amagos de desamor. Sé que dejé de luchar por mis deseos y ha sido fácil dejarse llevar por la corriente. ¿He antepuesto los deseos de los demás a los míos? ¿Por qué permití los gritos, los insultos y los chantajes de Sergio? ¿Realmente me he creído merecedora de eso?

Estoy tan concentrada en mis pensamientos que no noto la presencia de Yared hasta que se estira a mi lado. Desde la noche del incendio, ambos hemos compartido la tienda de campaña. Son momentos íntimos, cierto, pero que no encierran más que conversaciones en voz baja y respiraciones acompasadas que preceden al sueño. Nada más. Me apoyo sobre mi codo y me quedo de lado para mirarle. Así que observo su perfil deseando indagar más en lo que piensa, no solo de esta situación, sino de mí.

—¿Qué ocurre? —me pregunta intrigado.

—¿Qué te reflejo yo? ¿Te reflejo algo que desees cambiar en ti? ¿O quizás te soy indiferente? —le pregunto mientras mi respiración se entrecorta. Lo miro atentamente, anhelante y a la vez recelosa de encontrar algún gesto, una simple evidencia que me diga lo que quiero saber.

—No eres indiferente para mí. —Pero se queda callado y no añade nada más. Yo he dejado de respirar ante su respuesta. Al ver que no tiene intención

de proseguir, no puedo evitar sentirme decepcionada.

—¡Veo que no tienes muchas ganas de seguir con esta conversación!
—digo desilusionada.

—No, este terreno puede ser resbaladizo, incluso puede precipitarme al vacío —me confirma.

—¿Resbaladizo? ¿A qué te refieres? —Vuelvo a esperar anhelante su contestación, pero Yared parece estar a miles de kilómetros de aquí. Al ver que no contesta, me acuesto y pierdo mi mirada en el techo de la tienda de campaña. Vuelvo a revivir los gestos y detalles que Yared siempre ha tenido conmigo, vuelvo a recordar esas escenas que me han hecho acelerar el pulso, enloquecer mi corazón y arrancarme una sonrisa tonta de los labios. Sí, puede que después de todo, no deje de estar junto a un hombre que simplemente es amable y cariñoso conmigo, y que mis ocultos deseos me hagan apreciar detalles que solo tienen importancia para mí.

Debo de ser un caso perdido, puesto que hemos estado hablando de temas muy profundos y que me afectan enormemente, pero mi mente saltarina no puede hacer otra cosa que especular sobre la causa de lo que siento.

—Yudica. —La profunda voz de Yared me saca de mis confusos pensamientos.

Giro mi cabeza y me encuentro con su negra mirada. Se ha incorporado y me observa atentamente. Me enfrento a sus ojos. En la oscuridad de la tienda, solo se aprecia un sutil juego de luces y sombras, bajo una débil luz de un farol de pilas puesto a un lado. No entiendo por qué, pero mi corazón vuelve a precipitarse enloquecido, se me ha formado un nudo en la garganta que durante unos mágicos y ardientes segundos me impiden tener una respiración tranquila.

—No pretendo incomodarte —su grave tono de voz, su extraña indecisión, sus evidentes dudas, consiguen mantenerme en un estado de alerta total, expectante ante sus palabras—. Sé que tienes en tu interior un gran conflicto sin resolver. Pero si te sirve de algo, veo en ti a alguien excepcional, eres bondadosa y estás llena de luz, reflejo que, desde luego, no deseo cambiar. Y lo mejor de todo esto es lo que me haces sentir. Aunque he estado con otras mujeres, nunca dejaron en mí más que un leve recuerdo. Hasta ahora, ninguna me ha hecho sentir como un colegial atolondrado por un simple roce de manos.

¡Dios mío! ¡Esto sí que no me lo esperaba! Bajo la mirada cohibida, y por una vez me quedo sin palabras. Yared acorta la distancia y me acaricia la

mejilla. Después, con una suave presión de su dedo contra mi barbilla, hace que vuelva a enfrentar mi mirada a la suya:

—Te has quedado muy callada. ¿Te ha molestado? —me pregunta con voz muy dulce.

—¡No! Solo... estoy... sorprendida —le digo con timidez. Estoy tan nerviosa que creo que mi voz ha temblado. Me siento totalmente vulnerable a su proximidad y a su mano acariciando mi mejilla.

—Puede que sea el momento de empezar a creerte lo adorable que eres. Y quién sabe, quizás yo esté aquí para recordártelo.

Se acerca lentamente y veo asombrada que cierra los ojos y me besa en los labios. Tiernamente, con timidez. Siento el bombeo trepidante de mi corazón, *pum, pum, pum*, ¡Dios mío! Está besándome, haciéndome sentir como una princesa en un cuento de hadas, subiéndome a las nubes y transformando todo mi ser en una fuerte emoción. Nunca creí haber deseado tanto que me besara. ¡Realmente siente algo por mí! Con lo insignificante que parezco, con lo poca cosa que soy... ¿me besa? No sé... empiezo a dudar. Mi inseguridad asalta mi mente y trato de encontrar una explicación razonable, olvidando por completo que hay muchas cosas en este mundo que son imposibles de explicar. Pero al instante recuerdo su advertencia sobre controlar mis pensamientos. ¿Acaso no puedo merecer que Yared sienta algo por mí? ¡Ja! Así que decido dejar de regatear con el universo y me abandono a la sensación de sentirme totalmente merecedora. Noto su cuerpo recostarse contra el mío en una posición más cómoda y sigue besándome al advertir que no pongo ninguna resistencia. Siento el calor de nuestras propias respiraciones, el de nuestros cuerpos y nuestras bocas. Sin dudarlo, correspondo a su beso y rodeo su espalda con mis brazos. Él responde con un apretado abrazo, nuestras respiraciones se aceleran al mismo compás y nuestras manos exploran nuestros cuerpos. E irremediablemente me arrastra con su cariño, con su suavidad, con sus detalles... Me abandono a sus caricias y pongo toda mi atención en las sensaciones que me embargan.

15

“Algún día todo tendrá sentido, así que, por ahora, ríete ante la confusión, sonríe a través de las lágrimas y síguete recordando que todo pasa por alguna razón”.

Anónimo

Yared

A medida que han pasado los días me he sentido mejor, a pesar del insistente dolor de las costillas. Y convivir durante todo este tiempo con Yudica está resultando ser una experiencia fantástica. Ella respeta mis espacios, mis momentos de silencio y mis largas observaciones perdido en la naturaleza. Yo respeto sus inquietudes, su curiosidad y sus preguntas. Así que estoy enfrentándome continuamente a mi reto más difícil, ser más comunicativo. A veces me observo a mí mismo deseoso de volver a verla tras permanecer toda la mañana, perdido en el bosque. Para mi sorpresa, ha aparecido en mi vida la guinda que dulcifica aún más mi mundo interior.

Después de mi habitual escapada llego al campamento y la busco ansioso con mi mirada. Sí, ansioso de volver a verla, de escucharla y de sentirla. Es increíble el efecto que produce en mí. Pero al no verla por ningún sitio, me dirijo hacia el río. Allí está, sentada en la orilla, con la mirada perdida en el horizonte, serena y luciendo, sin siquiera proponérselo, un rostro brillante y una silueta perfecta. Me detengo para observarla aprovechando su ensimismamiento para poder recrearme en ella. Sus ojos verdes ya no están hinchados y solamente se aprecian leves tonos amarillentos donde antes había golpes. Su pelo está recogido en una coleta, y deja al descubierto su rostro de niña. El escenario que veo es absolutamente perfecto. Lleva su ajustada camiseta de tirantes y sus braguitas como indumentaria. Está preciosa bajo los rayos del sol, con su mirada abstraída y sus pies chapoteando en el río. De pronto, y ante mi propio desconcierto, mi perspectiva sobre lo que me rodea cambia completamente. Ante mi absoluta admiración, todo el escenario se transforma. Admiro sobrecogido el halo dorado que sale de la parte superior de Yudica. La luz que desprende es brillante y se va extendiendo hacia los lados. Mi mirada se recrea en la observación de ese espectacular brillo

dorado que desprende todo su cuerpo, y miro todo mi alrededor sobrecogido y afectado por mi visión. Contemplo la belleza de un mundo sumergido en cristal, y todos los elementos, los árboles, el suelo, el río, las hojas, el cielo, los animales, toda la totalidad que aparece ante mí, contribuye a una intensa brillantez que rebosa de una luz especial. Ciertamente es que todo sigue siendo igual, pero es como si estuviera más vivo y más luminoso. De mi interior brota un sentimiento de amor tan grande que me abruma, como si algo explotara en mi interior. Mi cuerpo es un frágil recipiente que no puede albergar lo que siento, así que tiemblo ante las emociones que me embargan. Mis piernas no pueden sostenerme por más tiempo, así que suelto el aire que he retenido en mis pulmones y me agacho apoyándome en el árbol más cercano. Poco a poco la luz dorada desaparece de todo ser vivo y vuelve la normalidad. Aun así, mis piernas todavía tiemblan, incapaces de sostenerme.

—¡Yared! ¿Qué te ocurre? ¿Qué haces ahí? —La voz de Yudica me devuelve al ahora. Me levanto poco a poco, pero todavía me siento débil, por lo que apoyo mi espalda en el tronco para evitar caer como un pesado muñeco. Observo a Yudica acercarse a mí con preocupación.

—¿Estás bien? —me vuelve a preguntar con extrañeza.

—Sí, solo admiraba el paisaje. —Ella alza la mirada y me sonríe. Después rodea mi cintura para abrazarme, ignorante de mi experiencia sobrecogedora.

—Has tardado mucho —me dice con voz muy melosa.

—¿Me has echado de menos? —le pregunto, aparentando una normalidad que estoy muy lejos de sentir. Ella afirma con la cabeza. Yo rodeo su cara con ambas manos y la beso. Me recreo en sus labios, en su suavidad, mientras dejo transcurrir el tiempo para tratar de recuperarme de mi estado de admiración. Cuando nos separamos, ella me mira con curiosidad, y con una leve sonrisa me susurra:

—Creo que tú también tenías ganas de verme —dice con satisfacción.

—¡Ni te lo imaginas! —suspiro, tratando de liberar de mi interior la sensación sobrecogedora que todavía me domina. Estoy en un estado de abstracción total, como interpretando un papel ajeno a lo que he experimentado hace pocos instantes. Aun así, trato de recomponerme y mostrarme lo más natural posible:

—Te puedo asegurar que verte sentada junto al río, me ha dejado sin aliento. ¿Qué estabas haciendo?

—Trataba de pescar, pero estos peces no pican nunca —contesta

lastimosamente. Se encoge de hombros con aire infantil e inclinando la cabeza con gracia, me dice—: Además, estoy fea.

—¿Por qué piensas eso? —pregunto sorprendido. Ante su presencia, mi sensación de ingravidez va desapareciendo. Ella me trae de vuelta al mundo poco a poco.

—Porque así me siento. Siempre voy con mis pantalones cortos o con tu camiseta. ¡Y tengo que estar horrorosa con estos pelos! —su voz está llena de pesar. Le sonrío amablemente tratando de animarla, aunque sin entender esa forma de pensar.

—Pues estas braguitas te quedan fenomenal. Yo te veo preciosa.

—¡Ya! pero empiezo a dudar de tu sinceridad. —Me río y la vuelvo a abrazar. Lo estaría haciendo constantemente, incluso me aturde lo que siento por ella. Yudica se recuesta sobre mí, dejándose llevar. Le acaricio la espalda mientras le digo:

—Te voy a llevar a un sitio estupendo. Te encantará, ya lo verás.

—No serán unos grandes almacenes, ¿verdad?

—No te voy a decir nada más. ¡Venga! Nos vamos ahora mismo.

—¿Ahora? ¿Así? ¿Sin más? —Parece sorprendida. Me mira con cierta extrañeza, pero por el brillo de sus ojos puedo apreciar que la idea no le desagrada en absoluto.

—Ahora, sí. Solo necesitamos estar tú y yo. La moto nos llevará.

Yudica se mueve ágilmente aceptando mi propuesta con asombrosa rapidez. Se dirige hacia el campamento dando pequeños saltitos para evitar clavarse en la planta de los pies las piedrecitas que encuentra por el camino. Cuando sale de la tienda, ya lleva puestos sus shorts y sus deportivas. Parece una niña pequeña esperando abrir un gran regalo sorpresa.

—¿Solos tú y yo? —pregunta plantándose ante mí con las palmas de las manos hacia arriba, ofreciendo lo que cree que tiene, nada. Para mí, todo.

Abandonamos el campamento atravesando el bosque que se extiende frente a nosotros. Todavía se oye algún helicóptero sobrevolar la zona, pero a medida que han pasado los días, se han ido marchando. Yudica comentó que seguramente nos estaban buscando. Yo también lo sospecho, pero es un hecho que ambos hemos ignorado. Sé que podríamos haber vuelto al pueblo, pero lo que sentimos el uno por el otro ha sido la excusa perfecta para alargar los días, ausentes de todo el mundo. Pero soy consciente de que tendremos que

enfrentarnos a la sociedad y a las innumerables preguntas a las que seremos sometidos, aunque Yudica no quiera enfrentarse a sus miedos.

Voy esquivando árboles, troncos caídos y obstáculos que me impiden seguir recto, pero nunca pierdo de vista el río. Altas montañas se ven a lo lejos y lentamente nos acercamos a ellas. Las dificultades del terreno se van haciendo cada vez más evidentes, así que tengo que detenerme y apagar el motor.

—¿Hemos llegado? —pregunta ansiosa, mirándolo todo para identificar el destino.

—No, tenemos que seguir andando. —Seguimos caminando cogidos de la mano. Por el camino, cogemos moras, almendras y arándanos.

—Yared... ¿nunca has tenido la necesidad de vivir de otra forma? —me pregunta con curiosidad mientras sorteamos los obstáculos que encontramos por el camino.

—He tenido momentos de todo tipo. A medida que han pasado los años, he deseado tener un sitio al que volver. Pero por ahora, y entre viaje y viaje, me instalo en casa de mis padres. Tienen mucho espacio y yo paso poco tiempo con ellos. Tenemos hambre de compañía mutua.

—¿Y tus hermanos? Tienes dos, ¿no? —me pregunta, sumamente interesada por mi familia.

—Sí. Gregori, es el mayor. Es abogado y hace ya algunos años que encontró a una mujer que se complementa perfectamente con él. Su nombre es Marta y ambos viven en otra ciudad. Nicolás es el pequeño y es periodista. Vive en un apartamento cerca de la revista donde trabaja.

—¿Está casado o tiene novia?

—Supongo que tiene una novia en cada puerto. —Me encojo de hombros, asumiendo de repente el poco interés que he tenido por la vida privada de mi hermano—. La verdad es que nunca hablamos de nuestra vida amorosa, y desconozco si tiene alguna relación seria. Va y viene, compartimos anécdotas y volvemos a desaparecer durante un tiempo.

—¿Y tú, Yared? ¿Eres feliz así? —me pregunta después de un breve silencio.

—Sí. Al principio era como una necesidad de sumergirme en la soledad de las montañas y buscar respuestas a todas mis preguntas. Pero con los años he descubierto que no importa lo que hagas, ni a dónde vas. Uno siempre está consigo mismo, y todo lo que deseas encontrar está en tu interior. Así que

ahora estoy bien, y todo va surgiendo sin necesidad de esforzarme. Supongo que me estoy haciendo mayor.

—¿Qué edad tienes? —me pregunta curiosa.

—Tengo treinta años —le contesto y sonrío después al ver la cara de sorpresa que ha puesto.

—¡Vaya! Te debo parecer una cría tonta. ¿Crees que encajo en tu peculiar mundo? —pregunta con timidez. Me detengo y tiro de su mano para atraerla hacia mí.

—Sabes muy bien que sí. Tú le has añadido dulzura a todo lo que ya tenía. —Y beso con delicadeza sus labios para acabar absorbiendo el aroma que desprende su piel. Ella acaba encerrada entre mis brazos.

—Como el azúcar. Nunca me habían comparado con un aditivo —exclama sonriendo.

—Eres un dulce terroncito de azúcar. Pero ¿y yo, Yudica? ¿Encajo yo en tu mundo? —Siento cómo sus músculos se tensan bajo mis brazos. Aparta su mirada y se apoya en mi pecho para acabar por suspirar:

—Mi mundo está patas arriba, Yared. Prefiero estar en el tuyo.

—Pero no puedes esconderte siempre. Sabes que tenemos que volver, enfrentarnos a nuestros miedos y tomar decisiones.

—Me gusta estar escondida aquí, junto a ti, protegida de todos y de todo.

—Yudica...—Se aleja de mí con aire compungido y con impaciencia me comenta:

—¡Ya, ya! Tengo que tomar decisiones, lo sé. Pero no quiero pensar en eso. ¿Seguimos?

No insisto. No deseo presionarla, ni empujarla a la acción, pero soy consciente de que mi propia estabilidad se tambalea por la incertidumbre que tengo a sus futuras decisiones.

Se escucha claramente el intenso ruido del agua. Poco después comenzamos a descender por un terreno desnivelado, y de pronto aparece ante nosotros, como una bella estampa a todo color, una enorme catarata ensordecedora. El agua rompe en la superficie y salpica los alrededores con millones de gotitas esparcidas en el aire, formando una niebla con los colores del arcoíris bailando sobre el espacio. Su virulenta agua choca con un lago de cristalinas aguas que invita al baño. Los alrededores son amables, con hierba verde y sombra fresca. Yudica no deja de observar este espléndido y oculto

paraje, protegido por altas murallas naturales de piedra. Es un auténtico paraíso perdido en medio de un gran bosque.

—¡Qué sitio tan bonito! Es precioso. —Y se cuelga de mi cuello abrazándome.

—Pues todavía no lo has visto todo. Ven, sígueme. —Y nos dirigimos hacia una pequeña abertura en el lateral de la ladera. A medida que nos acercamos, se hace evidente que la gruta da la vuelta por detrás del salto de agua. El interior nos acoge con su frescor ambiental descubriendo una amplia cueva bajo la montaña. Se abre ante nuestros ojos un abanico de lluvia fina que dibuja diferentes colores en el aire. El lago es el mismo que puede verse por la parte de delante, pero en esta zona es más tranquilo. Se puede apreciar el turquesa de sus aguas, las piedras de su lecho y los peces que nadan en el cristalino líquido. Yudica demuestra lo asombrada que está, ya que se ha quedado muy callada y solamente mira fascinada todo lo que nos rodea.

—¡Madre mía! ¡Qué chulo! ¿Conocías ya este lugar? —me dice finalmente.

—Sí. Puede que te sorprenda, pero el pueblo y sus alrededores fueron mi primer hogar.

—Debí imaginarlo. Te conoces muy bien todo este bosque. —Parece extrañada, pero no pregunta nada más. Solo mira nuestro alrededor sin saber muy bien cómo reaccionar. Observa la caverna y sus paredes húmedas, las cristalinas aguas, la sutileza de los colores traspasando las miles de gotitas que caen por doquier, el ambiente refrescante que ofrece la penumbra, el ruido ensordecedor del agua... Creo que se ha quedado algo sobrecogida:

—Pero no te quedes ahí quieta. Este es el sitio perfecto para cambiarte de ropa. ¿No lo ves? —Y en cuanto digo eso, me empiezo a desvestir. Ella me mira asombrada. Cuando comienzo a desprenderme de mi camiseta, no deja pasar mucho más tiempo para unirse a mi iniciativa. Se mueve con agilidad y se queda desnuda enseguida, luciendo su bello y joven cuerpo sin pudor ninguno. Después me abraza, dejándose colgar nuevamente de mi cuello y atrapando mi cintura entre sus ágiles piernas:

—Nunca imaginé que hubiera un lugar así de bonito, es muy romántico...

—Nos besamos largamente. Mientras, las gotas que caen del techo de la cueva rebotan sobre nuestra piel y sus sutiles toques fríos nos avisan del maravilloso lugar que nos rodea.

—¿Ves? —Logro separarme de sus labios—. ¡Esta ropa te queda fenomenal! —Yudica sonrío y se descuelga de mí apartándose con coquetería.

—Eres una tentación. Pero este lago lo es más. —Ríe traviesa y salta a la cristalina superficie. Grita al sentir el intenso frío del agua en su cuerpo y retiene la respiración por unos segundos. La sigo sin pensármelo mucho. ¡Dios! ¡Está helada! Por un momento siento que mi respiración también se corta. El agua está tan fría que parecen esquirlas de cristal pinchando mi piel. Después de la sorpresa del primer momento, ambos nadamos para entrar en calor y desentumecer los músculos. Poco a poco nuestros cuerpos se van adaptando al brusco cambio de temperatura. Buceamos en sus cristalinas aguas observando a los peces que nadan entre nuestras piernas. Después nos dirigimos hacia las afueras de la cueva, pasando por debajo de la virulenta catarata. El agua golpea nuestros cuerpos con tanta violencia que nos deja extenuados. Al salir de la gruta, es agradable sentir el abrazo acogedor de los rayos del sol sobre nuestra piel. Nos dirigimos hacia la orilla con las extremidades insensibilizadas. Ha sido todo tan intenso que no me he dado cuenta de que he dejado de respirar con naturalidad. Nos estiramos junto a la orilla del lago mientras tratamos de recuperarnos. A pesar de que el ruido de la catarata está a nuestro lado, parece que nos hemos acostumbrado a su estruendoso sonido. Así, estirados sobre la hierba, con los ojos cerrados y tratando de que nuestros cuerpos cojan algo de calor, aspiro el aroma a pino y eucalipto. Siento sobre mi piel la caricia de los rayos y el sonido de la naturaleza me sumerge a un profundo estado de paz conmigo mismo. Me sumerjo en el alborotador barullo de los reclamos en forma de trinos. Empiezo a distinguir el canto del mirlo negro, los carboneros garrapinos, los herrerillos, los arrengajos, los trepadores azules y el agateador común. La música de la naturaleza envuelve el ambiente, y tal y como en su día hicieron Simeon Pease, Cheney, Ravel, Messiaen o Antonin Dvorak, el canto de los pájaros bien podían transformarse en bellas notas musicales.

—Yared. —La voz suave de Yudica me atrae a la tierra. Estoy tan metido en mi mundo particular que siento pereza a abrir los ojos—. ¿Sabes? Eres alguien muy especial para mí.

Giro mi cabeza para mirarla. Está realmente bonita así, con su pelo castaño cayéndole por un lado, su piel cubierta de diminutas gotitas de agua reflejando la luz del sol, sus felinos ojos verdes mirándome con agradecimiento. Mi corazón se encoge para después precipitarse a un frenético bombeo descontrolado.

—Ves en mí lo que hay en ti —le digo con voz ronca atrayéndola hacia mi

cuerpo. Y Yudica acorta la poca distancia que hay entre ambos para volver a unir nuestras bocas, nuestra piel y nuestros cuerpos.

Ambos hemos permanecido en silencio, cada cual con nuestras sensaciones personales, con nuestras experiencias, disfrutando del silencio y del lugar. Yo me he perdido en mi interior durante largo rato, he recordado mi visión embriagadora, el resplandor de luz que desprendía Yudica de su cuerpo, y mi placer al sentirla de la única forma que lo puedo hacer en este mundo. Yudica se ha quedado muy relajada entre mis brazos, respetando mi silencio y ensimismamiento. Al rato, noto que se mueve y cambia de posición, inclinándose levemente para mirarme con curiosidad:

—Yared, ¿te ocurre algo? Estás... no sé, más abstraído de lo normal.

—Perdona, a veces me cuesta aterrizar. Es solo cuestión de tiempo. —Trato de tranquilizarla cogiéndole la mano y apretándosela. Yudica se incorpora y se queda sentada. No deja de mirarme con interés. Después de unos segundos de indecisión, me pregunta:

—He estado pensando mucho en todo eso que me has explicado de la proyección, pero no lo acabo de entender. ¿Por qué crees que proyectamos nuestro interior fuera de nosotros?

Carraspeo para aclarar mi mente. Me pongo de lado para contestar:

—Por sentirnos culpables al creernos separados de la Unidad. Ese sentimiento fue tan doloroso que se escondió en el inconsciente. Así que nuestra conciencia se dividió en dos. Una parte simboliza el miedo y la culpa, es el yo pequeño de la identidad, que nos representa en este mundo, el yo de las comparaciones, críticas y juicios que nos hace mirarnos unos a otros como a seres separados. A este yo le llamaremos ego. La otra parte ve lo que sueñas, pero nunca olvida la verdad, es de naturaleza multidimensional, sabe todo lo ocurrido y lo que ocurrirá y recuerda que somos una única Unidad, que somos Amor y venimos del Amor, y que la separación nunca tuvo lugar. A este Yo se le puede llamar Guía, Ser Superior, en el cristianismo se le llama Espíritu Santo o simplemente Él.

—¿Él? Curioso nombre para quien nunca ha olvidado quiénes somos —me dice sonriendo.

—El nombre en realidad no importa. La cuestión es que, con cada división, la nueva condición hizo que se olvidara completamente la anterior. La mente cree que existe la separación, y no sospechamos que nuestro cuerpo es solo un

vehículo programado con órganos sensoriales que perciben e interpretan los símbolos que vemos. Al enjuiciar con esta parte de la mente, creemos que todo lo que nos dicen o hacen, es real. También enfocamos la culpa hacia nosotros, y creemos que somos culpables de lo que hacemos. Así que volvemos una y otra vez para expiar nuestros pecados o para cumplir con nuestro karma o cualesquiera que sean nuestras creencias. Esto no dejará de ocurrir hasta que nos demos cuenta de que lo que vemos, lo que creemos que pasa y lo que pensamos que somos, es una ilusión. Hasta entonces, hasta que la mente esté libre de culpa y sepa que somos inocentes, no despertaremos.

—¿Qué quieres decir con eso? ¡No me digas que no soy Yudica! ¡Yo te veo, pareces muy real, te toco, te siento... y en cambio me dices que somos una ilusión óptica! ¡Eso no puede ser posible! —Y me mira como si me considerara un loco. Pero a mí me fascina su forma de ser. A pesar de su natural resistencia a mis palabras, sigue preguntándome con evidente interés. Es la persona de mente más abierta que he conocido.

—Cuando sueñas, sufres si es una pesadilla, ríes si es gracioso, lloras si pasa algo triste. Durante el tiempo que dura el sueño, crees que en realidad existen los personajes que en él aparecen, y solamente al despertar te das cuenta de que ha sido únicamente tu mente la que ha soñado todo lo que te parecía tan real. Los personajes, sus palabras y acciones han salido de ti. ¡Pero no era más que un sueño! Al igual que cuando dormimos, ahora parece que vivimos en un mundo real. Pero en realidad, solo hay una mente que nos sueña, así que nunca hemos nacido y nunca moriremos. No estamos aquí, solo lo soñamos.

—Pero... ¿entonces? —Resopla sorprendida. Después me mira entrecerrando los ojos y dice—: A veces me dejas sin palabras. ¡Pero luego te veo tan convencido de todo!

Pierdo mi mirada en la verde lejanía, buscando las palabras adecuadas para hacerme entender:

—Ocupamos mucha energía y esfuerzo en estar bien en este cuerpo. Pero no sé si te has dado cuenta de que todo es temporal. Nuestra percepción está basada en el tiempo, e inevitablemente nos acabará afectando. La única forma de conseguir estar bien es recordar quién eres en realidad mientras pareces vivir en este mundo bajo una identidad que, con el tiempo, acabará por desaparecer.

—Así que, según tu opinión, andamos por la vida olvidando nuestra

verdadera identidad y creyéndonos ser alguien que no somos. —Y se vuelve a recostar, apoyando la cabeza contra su mano para mirarme. Lo hace encajando con serenidad la información que acabo de darle. Acerca sus dedos a un lado de mi cintura y me acaricia con suavidad la herida de navaja. Está pensativa —. Entonces tú no eres Yared, ni yo Yudica. Somos una mente que sueña con diferentes personalidades —dice mientras no deja de acariciarme.

—Sé que la identidad es uno de los conceptos a los que la humanidad está más aferrada, y desapegarse es difícil de aceptar. Es como una amenaza o una pequeña muerte, así que utilizamos todo a nuestro alcance para convencernos de que existimos como personas. —Veo que al fin suspira con resignación y me pregunta:

—Pues no lo entiendo. ¿Por qué siempre hemos creído que somos solo cuerpo? ¿Quién nos ha convencido?

—El pensamiento del ego. Esa es la razón por la que este pequeño yo, atesora recuerdos y se asegura de existir en un futuro, alimentándose con culpas, miedos y un infinito karma que hace posible no desaparecer nunca como cuerpo. Pero en realidad, no es más que un programa que está lleno de culpabilidad que proyectamos hacia los demás, y hacia uno mismo.

—No lo veo claro. Eso de la culpabilidad es algo que no logro comprender. ¿Tan mal se ha sentido la mente, que ha montado todo este perpetuo escenario? —Y cambia de posición, poniéndose boca abajo y apoyando la cabeza sobre sus brazos. Yo me coloco en la misma posición, y nos quedamos frente a frente.

—Así es, hablando en gran escala, claro. Nos hemos olvidado de nuestra divinidad y el ego nos dio la posibilidad de escondernos de nuestro sentimiento de culpa fabricando un mundo y unos cuerpos donde poder proyectar la negación. Por supuesto, el resto de la humanidad también ve todo fuera de ellos mismos, y entonces adviertes el cuadro entero, las luchas, la competitividad, los juicios de unos contra otros garantizando así la separación total. Así que ahora es el ego quien gobierna al mundo. —Observo su evidente asombro, y le digo—: No te extrañes tanto, Yudica. ¿Acaso no hay culpables en tu realidad? ¿Nunca juzgas ni condenas a nadie? ¿No te sientes mal por la crítica de los demás? ¿No te has sentido culpable por dejar a Sergio? ¿O por romper con los deseos de tus padres? ¿O no te has sentido culpable por una simple pelea, o por enfadarte?

Observo cómo reflexiona durante unos instantes. Es como si pudiera oír

girar los engranajes de su mente. Su mirada se pierde en el horizonte y sé con certeza, que está a quilómetros de aquí.

—Entonces —dice al fin— se supone que todos esos juicios, esa culpabilidad que vemos en los demás o en nosotros, es una cortina de humo que oculta el verdadero origen de todo: Creer que hay una separación real con nuestra Fuente, o Creador, o como se le quiera llamar.

—Eres una alumna muy lista —digo con satisfacción. Y me acerco para darle un sonoro beso en la mejilla—. Lo has entendido a la primera.

—Pero es normal señalar con el dedo y juzgar. Hay gente cruel, hay situaciones dolorosas... ¿qué me dices de todo lo que vemos? Existen muertes injustas, enfermedades, guerras, violencia, vivimos en un mundo egoísta y cruel —me dice con la intención que hacerme entender lo evidente.

—Lo parece, cierto, pero el escenario no es real, es un truco del ego que quiere desviar la atención hacia fuera. Sé que esto puede resultar difícil de entender, pero tal y como ves el mundo, ves el reflejo de tu interior e ignoramos que solo nosotros somos los responsables del mundo que vemos.

—¡Sí hombre! ¿Otra vez? —Me mira con ojos asombrados. Se remueve inquieta y vuelve a preguntarme—: ¿Lo dices en serio?

—Todo está pasando en el sueño, y nada es real. El conflicto y la solución están en la mente, y ahí es donde deberíamos enfocar toda nuestra atención, no en lo que creemos ver. Como el ego es incapaz de hacerse responsable, siempre encuentra motivos para culpar a los demás, creando una realidad de separación con sucesos terribles, catástrofes y miserias.

—¡Joder, qué fuerte! Pero todos vivimos en el mismo mundo y vemos lo mismo —exclama sin poder creérselo.

—Eso es porque solo existe un sueño en una única mente que se cree separada, pero que experimenta desde diferentes puntos de vista, cuando en realidad solo está dormida y se cree que todo es real. Nunca hay que olvidar que todos compartimos un único inconsciente. ¿Qué crees que ocurre cuando juzgamos a los demás? Aparentemente nada, pero en realidad estamos enviando un claro mensaje que dice que merecemos ser juzgados. Así que, aunque sea algo que no guste mucho saber, lo que pensamos de los demás es un mensaje de nosotros mismos.

—¡Pero eso es un rollo! —exclama Yudica agrandando los ojos—. Entonces debemos tener mucho cuidado con lo que pensamos. Si criticamos, si insultamos o condenamos... lo hacemos a nosotros mismos, puesto que según

dices, solo hay una mente mega dividida en infinitos puntos de vista y que está dormida.

—Sí, es un rollo —respondo sonriendo—. La única solución es saber diferenciar lo que es real, de lo que no lo es.

—Y lo real es... —Y deja que yo termine la frase, como para asegurarse haberlo entendido bien.

—Que estamos en casa formando Uno con el Todo, siendo un único espíritu perfecto, inocente y de un amor incondicional.

—Y lo irreal es... —Vuelve a dejar caer el final de frase.

—El sueño, el ego, y todo lo que vemos en él. Por eso hay que estar alerta. Si solo hay uno y el inconsciente lo sabe, es necesario pensar en los demás como espíritu perfecto, oculto tras una máscara de olvido. Se creen cuerpos y desconocen que están siendo manejados por el pensamiento de un ego que, en realidad, no es real. La violencia que ves es tu propia violencia a una escala mucho menor, las carencias, las envidias, las guerras... todo está en la mente. No pongas esa cara, ya que la buena noticia de todo esto es que como antes ya he dicho, el ego no es real, aunque siempre nos querrá convencer de lo contrario. Solamente cuando elevas tu frecuencia mental y observas todo el escenario por encima del campo de batalla, se aclaran tus ideas. Cuando consigues verlo de esta forma, dejan de afectarte las imágenes del sueño, ya que sabes que todo esto no es más que un truco para desviar tu atención.

Yudica se queda pensativa. Niega con la cabeza, como si no acabara de entender lo que le he dicho. Aun así, no deja de mirarme sonriendo. Después de un breve silencio, vuelve a preguntar:

—Vale, esto es un repaso para aclararme un poco. Tu peculiar punto de vista es que todos somos una única Unidad, llamémosle X. —Ambos nos reímos. Me acerco más a ella y la rodeo con mis brazos.

—Eres una preciosa X —le digo juguetón.

—¡Déjame seguir, Yared! —exclama sin dejar de reírse. Corresponde a mi abrazo y prosigue con su argumento, mientras permanecemos muy juntos—. En un instante fuera del tiempo y el espacio, hubo un pensamiento de separación con nuestra Madre Fuente Vida, por llamarlo de alguna forma.

—¡Me gusta!

—¡Oh, no me distraigas, esto es muy complicado! Bien, hubo un pensamiento de separación que originó a la mente Uno, una gran culpa. Entonces apareció el pensamiento del ego, el cual creemos que es real, y nos

hace creer que somos cuerpos separados unos de otros. Y para escondernos de esa culpa, fabricamos un mundo caótico que no es más que un reflejo de nuestro inconsciente. Y aquí estamos, creyendo que todo este espectáculo es verdad, mientras el pequeño demonio llamado ego, asoma sus feos cuernos y se encarga de mantenernos ocupados con problemas y conflictos que lo único que consiguen es separarnos aún más. Y lo peor de todo es que siempre es con nosotros mismos con quienes nos relacionamos, peleamos y amamos, aunque todos creemos estar separados. Pero el lado amable de toda esta historia es que todo es un sueño, que nada de lo que parece ocurrir ha pasado nunca, que todos los personajes que creemos ver son solo símbolos de la separación y en realidad, estamos dormidos en casa, junto a nuestro Creador, protegidos, a salvo y libres de pecado.

—Sí, algo así.

—Pero... no sé. ¿Se tendría que hacer algo! Todo el mundo debería saber estas cosas, ¿no crees?

¿Ves? Ahí está. Receptiva a pesar de su escepticismo. Y esa actitud me hace sonreír con ternura. Le doy besitos por toda la cara, mientras escucho su risa cantarina.

—Yudica... —le digo al fin— es difícil cambiar de creencias y se asume como verdad absoluta lo que se ha enseñado desde siempre. La historia lo ha demostrado en muchas ocasiones. Antes creíamos que la tierra era plana. Después creíamos ser el centro del universo. Copérnico creó el modelo heliocéntrico, y su idea fue condenada durante tres siglos. ¿Cuántos años cuesta aceptar una nueva verdad? Es como la alegoría de la Caverna de Platón.

—Ya, lo estudié hace años. Todos vivían en una caverna encadenados y de espaldas a la luz. Se pensaban que el mundo real eran las sombras que veían reflejadas sobre la pared. Un día alguien se liberó de las cadenas y logró huir. Descubrió un nuevo mundo, lleno de luz y colores, totalmente diferente al que estaban acostumbrados. Cuando quiso volver para explicar lo que había visto, sus propios compañeros encadenados se rieron de él y Platón nos dice que estos no dudarían en matarlo en cuanto tuvieran ocasión. No aceptaban otra realidad más que la que estaban habituados a ver. Pero Yared, hay que intentar explicar estas cosas...

Le pongo un dedo sobre sus labios. Me enternece verla tan involucrada en el tema, pero mi intención no es plantearle ninguna lucha. Le deseo la paz.

Solo eso. Me mira atentamente y yo le acaricio la mejilla.

—Pequeña... en este mundo no hay nada por lo que luchar, puesto que el mundo no existe, ni el cuerpo, ni ningún problema. Luchar por estos símbolos de separación es darle realidad. Escucha... —Trato de buscar las palabras adecuadas. Sé que lo que estoy explicando es muy drástico y difícil de entender, pero me resisto a ocultar mi verdadera forma de ver las cosas—. No importa lo que piensen los demás. Cada persona tiene su proceso y cuando se está preparado, la mente se abre como una crisálida. Es inevitable que así sea. Pero no se puede imponer ideas, ni deshacer creencias. Puedes dar de beber, pero nunca puedes dar sed. Además, no es fácil asumir la responsabilidad de todo lo que sucede. ¡Cambia tú! Esa es la única forma de cambiar el mundo.

—¡Ya empezamos con lo mismo! ¡Qué complicado! —exclama con fastidio.

—¿Ves? —Y la señalo con el dedo para que vea la evidencia—. Nos resistimos a cambiar y preferimos que lo hagan los demás.

—No es eso, Yared, es que quedarse con los brazos cruzados no está bien —me dice cogiendo el dedo que antes utilicé para señalarle. Después entrelaza sus dedos con los míos.

—Mira, Yudica, no pienses en este mundo como si fuera tu casa. Esto no es más que un sueño y carece de significado. Nuestra casa está fuera del espacio-tiempo, y es incomparable a algo de aquí. Así que salvar esta aparente realidad no es ningún objetivo. Lo único que se puede hacer es vivir según tus criterios personales. Sé un ejemplo con tu actitud, sé un referente, eso es lo único que puede inspirar a las personas. Y deja de escuchar la voz del ego, que también puede ser muy espiritual y trata de ayudar intentando cambiar lo que en realidad no existe.

—¿El ego también quiere salvar al mundo? —Me mira asombrada y se queda con la boca abierta.

—Reflexiona conmigo: ¿Quién piensa que el mundo necesita ayuda? ¿Quién tiene esa idea en la mente? Tratas de cambiar lo que tú crees ver en esa persona o situación, pero eso que ves son tus propios pensamientos. Y solamente eres tú la que necesitas verlo de manera diferente.

—¡Jolines! No es justo. ¿Acaso no ves lo mismo que yo? ¡A ver si voy a ser la única tarada! —Yo me río ante su comentario, y no puedo evitar volver a abrazarla. Ella se deja mimar, ronroneando como una gatita ofendida.

—Hubo un tiempo en que a mí me ocurrió lo mismo —le digo con

comprensión—. Deseaba que todo el mundo pensara igual que yo, que viera la vida tal y como yo la veía. Pero después comprendí que no existen los errores y que lo único que puedo hacer es ser la herramienta para liberar a los que creen que su sufrimiento es real. Todo cambia en el momento en que yo lo hago, porque todo forma parte de mi realidad. Me acostumbré a pensar en que era como un espejo que no se ve a sí mismo, pero ve el reflejo. Así que cualquier cosa que me altere, es un reflejo junto a todo el escenario montado a mi alrededor que yo mismo he creado. Y asumí que si yo maldigo, me estoy maldiciendo a mí mismo, porque en realidad solo hay UNO. ¡No hay nadie más! ¿Entiendes? Si veo la necesidad de que los demás cambien, veo mi propia necesidad. Y si yo perdono...

—Ya, ya, te perdonas a ti mismo —me interrumpo con un ligero movimiento de la mano—. Ya veo por dónde vas, Yared. Pero no es fácil. Imagino que nos mezclamos unos con otros para experimentar algo que no entendemos, pero es muy difícil perdonar a quien te hace daño.

—Nunca he dicho que sea fácil. Pero no hace falta pensar como yo lo hago, Yudica. Todo está bien tal y como tú decidas. Puede que mis argumentos te resuenen y me digas, Yared, gracias a tu luz ahora veo en la oscuridad. Pero yo no lo he hecho con ese propósito, solo expongo lo que pienso, sin intención de convencerte. Igualmente me puedes decir que no te gusta mi particular visión. Y yo te seguiré contestando que mi propósito nunca ha sido convencerte.

—Voy entendiendo —me dice tras un breve silencio—. Cada cual entenderá en su momento, ¿no? Porque todos somos lo mismo y está en nuestra identidad. Pero entonces, ¿qué es lo que importa, según tu opinión?

—Vivir la vida siendo consciente de que TODO parte de nosotros y sin darle valor a lo que la adorna. Se invierte mucha energía en los adornos pasajeros y poca en conocerse uno mismo, en indagar en nuestras zonas oscuras, en esas sombras que siempre tratamos de ocultar con una máscara más convencional y aceptada. Tal y como dicta el aforismo griego inscrito en el templo de Apolo en Delfos, “conócete a ti mismo”, debería ser nuestro objetivo, y no darle valor al mundo.

—¡Hombre, Yared! Eso es muy drástico, ¿no crees? —me insiste—. ¡No darle valor a nada!

—Nos quejamos de que la vida nos quita cosas, pero es que no hay nada que quitar —digo encogiéndome de hombros ante la evidencia—. Nada. Entonces vienen las decepciones, los sentimientos difíciles de encajar, nadie

te necesita, la vida sigue y lo que antes considerabas importante, resulta que ya no lo es tanto. Las cosas a veces te van bien, después todo va mal. No, pequeña, si dependes del exterior para ser feliz, nunca lo conseguirás. Jamás.

—No me gusta la dirección que toma esta conversación —me contesta reacia a dar su brazo a torcer—. Entonces, ¿dónde se supone que debemos buscar la felicidad?

—En tu interior— le digo señalando su corazón—. Verás, Buda llegó a la conclusión de que es imposible hallar paz interior y felicidad en este mundo, si no se deja de juzgar lo que nos ocurre. Creemos que en la balanza de nuestra vida, el platillo de las desgracias es el que te genera sufrimiento. Pero ¿sabes?, es en la balanza entera donde está el sufrimiento.

—No creo que la balanza entera nos haga sufrir. Yo me decanto por el platillo que nos proporciona satisfacción. Conseguir nuestros propósitos nos da felicidad. ¿No crees?

—Cierto, pero es temporal, y cuando lo consigues, al instante siguiente temes perderlo. ¿Es que no lo ves? Si no tienes, eres infeliz porque no tienes. Si tienes, sufres porque temes perderlo.

—¿Y esa es la conclusión a la que llegó Buda? —pregunta escéptica—. ¿Que la felicidad no depende de lo que te rodea? —Se encoge de hombros entre el mínimo espacio que hay entre ambos—. No sé, Yared, me da la sensación de que es como si te rindieras. Se nos ha enseñado que con esfuerzo se consiguen muchas cosas y tú me estás diciendo lo contrario.

—Lo has dicho bien, Yudica, hay que rendirse. Dejar de luchar por hacer cambiar a los demás, por cambiar al mundo, por conseguir o por obtener. Hay que trabajar por tus objetivos, ¡claro que sí!, pero sabiendo que nada puede ser tan satisfactorio como recordar quién eres en realidad y no dejarte distraer en el camino de vuelta a casa.

—¿Pero a ti no te gustaría intentar hacer cambiar la forma de pensar de la gente? —me pregunta con interés.

—¿Sabes lo que pienso? —Y me separo de ella relajando el abrazo—. Me gustaría que todo el mundo fuera consciente de que cualquier acto tiene una repercusión. ¿Cómo se explicaría entonces las manchas de petróleo en el mar?, ¿o la basura que hay tirada en los bosques? Me llaman para que hable de ello en las universidades, ven mis exposiciones fotográficas y me encargan fotos para asociaciones medioambientales, revistas, proyectos, pero ¿sabes?,

mi riqueza no está en lo que hago, ni en lo que digo, ni en conseguir o no mis ambiciones, sino en mi interior.

Yudica está desconcertada. Sé que es difícil entender mi punto de vista, pero no quiero darle información edulcorada de mí mismo. Después de varios minutos deshago el abrazo y me levanto, tendiéndole la mano para que ella haga lo mismo. Ambos permanecemos en pie:

—No sé por qué te escucho —me dice rodeando mi cintura cariñosamente—. No sé, aceptar que el mundo no tiene valor, me descoloca. En cambio, tú pareces disfrutar de todo lo que nos rodea. ¿No me has dicho que nada de lo que puede ofrecer el mundo tiene valor? Creo que te contradices —comenta reticente.

—Pero no he dicho en ningún momento que vivas ignorando lo que parece existir. Mira... este mundo puede ser imperfecto, pero hay que reconocer que también tiene cosas buenas. Le puedes dar un juguete a un niño, aunque su felicidad no depende de ese juguete, pero ¿le impedirías jugar?

—No, ¡claro que no! —exclama. Y advierto por su mirada que al fin comprende mis argumentos.

—Pues el mundo que proyectamos tiene bonitos amaneceres. ¿Por qué no disfrutarlos? O disfrutar de la nieve en invierno, del mar, escuchar a Mozart, Beethoven... También sería una tontería no admirar las pinturas de Rembrandt... ¿Por qué no deleitarse con lo que te gusta? No disfrutar de lo que nos gusta, también es una forma de darle realidad, ¿no crees? Y a mí particularmente me gustas tú. —Y le doy un leve beso sobre los labios—. Mucho.

—¡Ah! Bueno, a mí también me gustas tú. —Y me devuelve el beso junto a una sonrisa—. Mucho.

—Bien, pues disfruta sin culpabilidad. Pero la clave es no darle realidad, sin apegos.

—¿Sin apegos? —Su entrecejo se frunce y me mira con sorpresa—. ¿Qué quieres decir?

—Si te aferras al exterior, sea cual sea su imagen, dejarás tu poder en manos de la nada. —Observo su mirada de sorpresa, y cómo bajo mi abrazo se pone rígida.

—¿Qué? ¿Ocurre algo? —le pregunto alerta. Se instala un largo silencio entre nosotros. Yudica hace un movimiento despectivo con la mano y enseguida me dice:

—No, nada. —Se aparta de mí, dispuesta a volver a la gruta para vestirse —. ¿Sabes? He pensado en lo que me has dicho y tienes razón, he de tomar decisiones y creo que ya es el momento de volver al pueblo, no puedo seguir escondida bajo tus brazos.

Así que nos encaminamos hacia la gruta para vestirnos y volver sobre nuestros pasos. Yudica está pensativa. Comentamos de vez en cuando algo trivial, pero tengo la sensación de que toda la embriaguez se ha disipado. La encuentro extraña, y no sé si es por el hecho de tener que volver a enfrentarnos con una sociedad llena de juicios, pero prefiero no agobiarla.

Cuando llegamos al campamento comienza a anochecer. Preparo una hoguera sin dejar de observarla y hago la cena. Ella sale de la tienda de campaña con un jersey que le viene enorme, abrazándose a sí misma, y con ese aire ausente que adopta cuando tiene la cabeza en otro sitio. Es como si le hubieran absorbido toda su energía. Se hace extraño verla así, y no puedo evitar ponerme delante de su camino para impedirle que siga andando con ese aire pensativo. Yudica alza la mirada hasta alcanzar mis ojos:

—¿Qué?

—¿Cómo que qué? Parece que has dejado todo tu entusiasmo en la catarata. ¿Qué temes? —Ella parece dudar, incluso desvía la mirada. Le agarro de la barbilla suavemente para que vuelva a mirarme. Me gusta observar sus ojos, son como un espejo para mí, pero ella aparta su mirada. Lo sabe y por eso lo evita.

—Estoy cansada, eso es todo. —Su respuesta no es muy elocuente, que digamos. Está llena de evasivas.

Después de cenar, limpiamos los utensilios utilizados. Pasan largos minutos en los que yo me recreo mirando los colores del fuego, ella dibuja abstraída. El largo tiempo que hemos estado secándonos junto al lago, le ha dejado un bonito bronceado y ya no está tan delgada. Prefiero no decirle esta observación. Las mujeres tienen un bloqueo muy extraño respecto a este tema. La avanzada noche cae sobre ambos y los grillos comienzan a cantar con pasión. Entonces Yudica se levanta con un suspiro reprimido y dice algo ensimismada:

—Me voy a dormir. Mañana me espera un día difícil. —La sigo con la mirada. Se me escapan todavía muchas cosas de su comportamiento y no entiendo esta forma de enmarañar las situaciones mediante estratagemas llenas de evasivas. ¿Por qué no habla claro? La sigo con el firme deseo de sacarle

información. Una vez en la tienda, observo el ovillo en el que se ha convertido su cuerpo. Me acuesto a su lado y rodeo su cintura abrazándola por la espalda. Me acoplo a su cuerpo enterrando mi cara tras su nuca:

—Yudica, ¿por qué tengo la impresión de que quieres clavarme las uñas? —le pregunto bajito.

—¡Oh! ¡Yared!, no tengo ganas de hablar. —Y hace un leve movimiento con la mano.

—Está bien... No hablaremos si no quieres. —Dejo pasar unos instantes, en los que me dedico a besarle la parte posterior de la nuca, la espalda, esos rincones de su cuerpo a los que puedo acceder. Ella se revuelve molesta.

—¿Tampoco quieres que te bese? —le pregunto con fingida sorpresa.

—Tampoco —me contesta con voz fría.

—Como quieras. Pero ¿por qué siento que deseas tener una pelea conmigo?

—Eres muy listo —me contesta con ironía en su voz.

—¿He hecho o dicho algo que te molestara? —insisto—. Yudica, no sé muy bien que hacer, pero si no hablamos, difícilmente podemos aclararlo.

Todavía se prolonga su mutismo. Dejo escapar un suspiro de frustración, y deshago el abrazo apartándome de ella.

—¡Está bien! Si quieres hablar, hablaremos —exclama de pronto. El aire resuelto con que lo dice me hace sonreír. Se da la vuelta y se aparta de mí. ¡Oh! Esto pinta muy mal. Así que guardo las distancias, quizás así se calme.

—Mañana volveremos al pueblo y no creo que sea agradable —me dice agobiada—. Ignoro cómo te va a repercutir a ti, pero yo tengo una situación muy rocambolesca. He de enfrentarme a mi familia, a la de mi supuesto “exnovio” y a él.

—No tienes por qué hacerlo sola. Lo sabes, ¿verdad? —le interrumpo. Ella me fulmina con la mirada, por lo que extendiendo ambas manos, delegándole la palabra—. Vale, vale. Te escucho.

Yudica empieza a repartir descalificativos y yo me callo para no salir mal parado de esta situación. Si algo sé seguro es precisamente que tengo que dejar que se desahogue. Pero permanezco atento para saber qué es lo que la ha ofendido realmente:

—... A ese malnacido de Sergio no deseo verle la cara, pero estoy segura de que no podré evitarlo. Siempre está en mi casa, enganchado como una garrapata. Y tú mañana vas a seguir tu camino. Tu vida no es complicada,

disfrutas de todo lo que te ofrece, pero eso sí, sin apegos ¡¡claro!!... pero yo debo volver a.... —Se me ilumina la mente con una chispa. ¡Ahí está! Los argumentos de Yudica siguen y siguen, pero yo ya dejo de escucharla. Ahora ya sé por qué se siente dolida.

—Vale, para, para un momento —la interrumpo de forma imperativa. Yudica cierra la boca y me mira con ansiedad—. Me gustaría que fueras sincera conmigo, ¿estás frustrada por la situación a la que tienes que enfrentarte?, ¿o porque he dicho que me gusta disfrutar sin apegos?

¡Así se dicen las cosas! No hablando sin decir nada... ¡bla, bla, bla! ¡Qué cantidad de vueltas para decir una obviedad! Veo que duda, incluso juega un poco con sus manos.

—Bueno, admito que no me ha gustado oírlo. Me he sentido... no sé. —Veo que sus ojos se humedecen. Eso me desarma. Francamente, ¡no me lo esperaba!

—Pero, pequeña, ¿te has sentido en algún momento utilizada por mí? —le pregunto extrañado.

—¡No! ¡Lo sé! Siempre has sido una persona... ¡Ah, sí! Honesta —vuelve el sarcasmo a sus palabras. Está dolida. De pronto veo cómo caen dos gruesas lágrimas sobre sus mejillas. No puedo evitar seguir el camino que recorren y recrearme en el suave surco que han dejado.

—Entonces, ¿por qué lloras? —le vuelvo a preguntar.

—No lloro. Además —corta secamente con voz fría, incluso con cierto orgullo— mañana será un día muy duro para mí y quiero dormir. Así que deja de hablarme, por favor. Estoy nerviosa, rabiosa y sobre todo estoy muy enfadada. Y tu serena y “*happy*” voz no me ayuda.

—¿Happy voz? —Y me río divertido por su ocurrente forma de describirme. Ella me taladra con una mirada fría como el hielo. Pero yo no puedo evitar sonreír, a pesar de que no sea muy buena idea. Sé que está muy indignada, y se vuelve a acostar adoptando nuevamente su posición de ovillo.

El silencio hace acto de presencia. A las afueras todavía crepita el fuego. Dudo, realmente no sé qué hacer. Algo en mi interior se remueve, estoy inquieto y sé que tengo que aclararme respecto a las decisiones que he de tomar. Esta es una de esas ocasiones en las que siento que debo salir de esta realidad y reflexionar. Así que me pongo en posición de loto y cierro los ojos. Noto la mirada de Yudica sobre mí. Estoy seguro de que está bufando desquiciada al verme en posición meditativa, mientras ella lucha contra las

sensaciones que siente. Pero necesito escucharme. Estoy muy bien con Yudica, pero me tiene anclado a este mundo y necesito poner distancia. Las cosas se ven con una mejor perspectiva cuando te apartas del drama. Así que mi mente se tranquiliza. Es momento de centrarse en uno mismo y olvidarse de todo lo demás.

Realmente no sé el tiempo que ha pasado cuando vuelvo. Lo hago poco a poco y con esfuerzo. Parpadeo al abrir los ojos y miro a mi alrededor. Entonces la veo a ella. Mi corazón se encoge. Es como si alguien lo cogiera entre sus manos y lo apretara con todas sus fuerzas. Mis pensamientos divagan al pensar lo desconcertantemente fácil que me ha resultado ver la luz que existe en el interior de Yudica. Suele distinguirse con facilidad en ciertas personas, sobre todo en los recién nacidos o en los niños pequeños. Es advertir esa inocencia, esa indefensión cargada a su vez de fuerza, es ese sentimiento inexplicable que te informa de la bondad y pureza de su interior. Pero a medida que crecemos, esa luz se oculta tras las etiquetas personales, las comparaciones y las diferencias. Es la imposición del ego, que logra nublar la visión original, y acabamos por ver lo que en realidad no existe. Y yo acabo de verlo muy claro. ¿Qué más debo pensar? Desconozco cuando empecé a imaginar mi vida junto a Yudica, o cuando mis sueños comenzaron a incluirla. Pienso más bien, que ha sido una acumulación de pequeños momentos compartidos, que me han hecho entender que debo dejar de cuestionar lo que siento y dejarme llevar.

—Yudica, ¿duermes? —le pregunto tras aspirar profundamente una bocanada de aire.

—Yo no, pero tú parece que sí lo haces —me contesta con un tono de voz muy poco amigable.

—Yo no dormía, meditaba —le digo sonriendo.

—Pues mira, yo solo trato de dormir.

—Yudica, tengo que hablar contigo —insisto con paciencia.

—Habla, yo seguiré intentando dormir. —Sí, quizás es mejor así. Sin perderme en su mirada verde, evitando sentir su respiración cerca o distraerme con su cuerpo.

—Escucha —le comienzo a hablar en voz muy baja—, no quiero que malinterpretes mis palabras. Sé que no te ha gustado cuando has escuchado que evitaba cualquier apego.

—¡Ja! ¡Eres muy suspicaz! —dice con ironía. Yo trato de ignorar su

malestar y prosigo:

—Yudica... el apego no es bueno y tú deberías entender muy bien lo que eso significa. Has vivido la dependencia, la opresión que supone tener junto a ti a una persona que no sabe vivir sin otra. Eso no es amor. El apego y la dependencia se produce cuando nos sentimos incompletos. Entonces miramos a nuestro alrededor y nos enganchamos a los lugares, a las posesiones o a las personas que se suponen que nos satisfacen. Tú conoces esa sensación de ahogo. Es inevitable que esa maniobra precipite a la otra persona a querer librarse de ese control. Eso, no es amor.

Entonces observo cómo Yudica se gira poco a poco y comienza a reaccionar. Se incorpora y se queda sentada frente a mí. Nuevamente advierto que la curiosidad asoma a sus ojos:

—¿Qué es amor, según tu opinión? —Sus ojos brillan en la oscuridad y me despistan. Quiero desviar la mirada y siento que estoy indefenso ante ella. Pero prosigo de la forma más natural que puedo:

—El amor es libertad. Es respetar en todo momento la forma de pensar de la otra persona, su forma de percibir el mundo, su forma de actuar, de hablar, de sentir, de vivir... Por mucho que pese, amor es completa y absoluta libertad. El mayor regalo que puedes darle a alguien es la seguridad de no necesitarte. ¡Eso es amor! El deseo de vivir, compartir y crecer juntos sin necesidad de cambiar al otro, ni deseos de seguridad por un mañana, ni de tener, ni exigir, ni esperar nada que no sea lo que ya se tiene. A lo otro, a las promesas, a las alianzas, al sacrificio, a los compromisos, al yo cambiaré por ti y tú por mí, a eso se le llama querer.

—¡Vaya! Nunca lo había pensado así. Es una forma muy extraña de definirlo —dice con voz queda.

—Porque nos venden un amor con garantías. Eso que se ve en las películas, lo que se lee en las novelas, o se escucha en las canciones románticas, no es amor. Exigir la felicidad a los demás es dar una responsabilidad injusta. El amor está en las pequeñas cosas y se puede expresar de muchas maneras, es una energía que transfigura, que atrae a las personas sin razón aparente y te hace desear su felicidad. Solo cuando la mente piensa, discute, compara y reprocha, el amor se convierte en querer.

—No sé qué decir... —Y aprecio cómo sus ojos de niña grande me miran brillantes.

—Yo solo quiero que entiendas todo lo que encierra esa palabra. El amor

debe ser sin exigencias, sin grandes melodramas ni banda sonora. Hay que verlo en los pequeños detalles, y con esto quiero decir que no verás en mí esos gestos típicos de la sociedad. No soy persona de regalar flores, ni de recordar fechas especiales, ni de hacer promesas, ni comprar anillos, ni de sorprenderte con una cena y velas sobre la mesa. Yo te ofrezco un amor lleno de insignificantes detalles, hacerte el café por las mañanas como a ti te gusta, recordar tu canción favorita, ofrecerte mi comprensión, compartir risas y llantos.

Me acerco a ella tratando de percibir alguna señal de rechazo por su parte. Yudica me mira sin decir nada, supongo que no se esperaba mis palabras. Así que, aprovechando su silencio, la beso. Ella me rodea con sus brazos y yo enredo mis dedos en su cabello. Siento que me dejo llevar, por lo que con esfuerzo trato de romper nuestra unión. ¡Todavía no le he dicho lo más importante! Cuando dejo sus labios libres, observo que sus ojos brillan peligrosamente.

—Y yo no te quiero, Yudica, sino que te amo. Y me encantaría compartir mis días contigo —le susurro rodeando con mis manos su cara para tenerla muy cerca de mí.

—¡Jolines, Yared! Es tan bonito lo que has dicho... —Y explota en un llanto descontrolado, mientras se esconde en mi pecho cohibida por la envergadura de sus emociones. ¡¿Qué hace?!, ¿llora?

—¿¡Pero por qué lloras!?—exclamo sorprendido por sus reacciones.

—No lloro —susurra escondida entre mi pecho y mis brazos. Dejo que se desahogue notando cómo, de vez en cuando, se sorbe la nariz. Puede que eso no sea muy romántico, pero a mí me llena el corazón de cariño y ternura—. Jolines... —Oigo que dice en voz baja.

—¿Jolines? ¡¿Qué respuesta es esa?! —le recrimino con cariño mientras trato de mirarla. Ella se esconde y se ríe, como si fuera una niña.

—No... es que... —Duda entre lágrimas y sonrisas nerviosas. Al fin me dice con timidez—. Yo también te amo, pero no sé si de la misma manera. —Y levanta su cabeza para mirarme—. Es que nunca había escuchado una declaración de amor tan extraña. No sé qué pensar, ni qué decir. Sé que quiero estar contigo, pero...

Miro a Yudica algo indeciso. Quizás tenga razón. Es poco usual no ofrecer nada, no comprometerse ni exigir. Mi único propósito es que todo siga tal y como hasta ahora, sin expectativas, sin futuros, ni promesas. Simplemente el

deseo de compartir tu tiempo y tu vida con alguien que llena los silencios con su sola presencia. A pesar de tener muy claro todo esto, me muevo por un terreno desconocido y siento que mis pies se hunden a causa del terreno inestable que piso. Me encojo de hombros y simplemente le digo:

—Yudica, esta situación también es nueva para mí, ¿qué te puedo decir? Exploremos juntos. ¿No crees que es suficiente existiendo amor?

—Sí, supongo que es bastante —dice al fin con un suspiro de rendición.

—Me alegro de que hayamos llegado a un acuerdo —logro decir tras un suspiro—. ¿Ya no estás enfadada conmigo, mi preciosa llorona?

—¡No! —Se le escapa una risa nerviosa y me mira con ojos brillantes.

—¿Eres feliz, pequeña?

—Sí, mucho —me contesta alzando sus brazos para rodear mi cuello.

—¿Por qué?

—¿Qué pregunta tan extraña! —exclama con cierto fastidio—. Pues por todo. Pero lo sé, no es la respuesta que esperabas, ¿verdad? Después de tu charla sobre el desapego...

—Ni mucho menos. Eres feliz, cuando te conocí no lo eras —le contesto con satisfacción.

—Pero, Yared, te has cargado todo el romanticismo —alega separándose un poco de mí—. ¡Todas esas poesías de amor y el dramatismo de los enamorados! Y, además, has tenido que meditar para saber lo que sientes por mí —me recalca con ironía.

Me separo de ella sabiendo con certeza que es mejor aclarar las posibles dudas. El ego siempre visita nuestros pensamientos con dudas e interrogantes, y es mejor dejar todas las preguntas contestadas:

—Sé lo que siento por ti, Yudica, pero siempre tomo mis decisiones dejándome guiar por mi Ser Superior. Necesito desconectar de las distracciones del mundo para vivir más despierto.

—¡Bueno! —Y se aleja hacia un rincón de la tienda, mostrando gran seriedad—. Creo que deberías dejarme unos minutos tranquila, yo no he consultado con mi Yo Superior.

¿Lo dice de verdad? Observo que vuelve a salir de su garganta una risa nerviosa.

—Estás muy chistosa. Y eso merece un castigo. —Y la persigo para hacerle cosquillas. Yudica se mueve por la tienda huyendo de mí, me esquivo, regatea, se mueve con rapidez y es ágil como una gacela. Al fin logro cogerle

de un pie y tiro de ella. Pongo mi cuerpo sobre el suyo y le agarro ambas manos para inmovilizarla. Cuando logro tenerla bajo mi peso la vuelvo a besar. Ella se resiste, gira la cara y forcejea para poder soltarse. Después tira de mi jersey y trata de apartarme. Yo sigo sumergido en la húmeda profundidad de su boca y deleitándome con el contacto. Poco a poco noto que se relaja y suelta un leve suspiro tras la agitada respiración, consecuencia de su juego de forcejeo. Ya no intenta escapar, sino que rodea con fuerza mi espalda con sus brazos y mi cintura con sus piernas. No sé muy bien quién ha sido el primero que se ha dejado arrastrar por el deseo.

“Don Quijote soy, y mi profesión la de andante caballería. Son mis leyes, el deshacer entuertos, prodigar el bien y evitar el mal. Huyo de la vida regalada, de la ambición y de la hipocresía, y busco para mi propia gloria la senda más angosta y difícil. ¿Es eso, de tonto y mentecato?”.

Extracto del libro Don Quijote de la Mancha de Cervantes

Lunes 2 de septiembre. 20,00 de la noche

Nicolás llevaba ya varios días en el pueblo. Caminaba entre las calles mirándolo todo con extrañeza. El pueblo había cambiado. Hacía mucho tiempo que no pisaba esas calles y sonrió al recordar los inolvidables momentos que vivió allí. Incluso reconoció alguna cara entre los ancianos del lugar. Pero su propósito era el de pasar desapercibido en todo momento. En el bar del pueblo había varios compañeros de profesión. Tomaban cerveza y comentaban entre ellos las anécdotas típicas de la profesión. Todos iban tras la noticia. El incendio del bosque había pasado a un segundo plano y la noticia que mantenía a todos en gran expectativa era la desaparición de una popular chica que solía salir en las revistas del corazón. Pero lo que más le impactó fue descubrir que se buscaba a un vagabundo como presunto autor del incendio, de las supuestas agresiones a un tal Sergio Jones y de la desaparición de la joven. Incluso se comenzó a especular de un posible asesinato. Se mostró un dibujo del rostro del culpable, y al instante, todos los sentidos de Nicolás se alertaron al considerar la posibilidad de que ese misterioso vagabundo fuera su hermano. Así que comenzó a indagar en el asunto. Los habitantes del pueblo estaban deseando hablar de los desaparecidos y dar su opinión al respecto, pero fue muy frustrante descubrir que del vagabundo se desconocía hasta el nombre. Entonces quiso saber donde vivían los llamados Jones y los Yerby. Deseaba poder hablar con Sergio Jones y escuchar en primera persona, todo lo que había pasado. Pero con los días descubrió que ese tal Sergio había dejado de hacer apariciones públicas y se había sumido en una gran angustia, aislado de todo y todos. Aun así, Nicolás insistió. La voz de una tal señora Jones, como se hacía llamar, le amenazó con llamar a la policía si no dejaba de molestarle. Ante tal perspectiva, se mantuvo alerta. Observó al comisario que llevaba la

investigación y lo pudo reconocer. Estaba más gordo y viejo, seguramente fruto de la tranquilidad que le ofrecía el pueblo.

Viernes 6 de septiembre 8,30 de la mañana

Nicolás se encontraba agazapado entre los árboles que se situaban cerca de la vivienda del comisario. Deseaba hablar con él a solas, así que aprovechó que sabía dónde vivía y decidió esperarlo. En cuanto lo vio aparecer por la puerta de su casa, corrió a su lado antes de que entrara en el coche patrulla.

—Por favor, ¿puede atenderme durante unos minutos? —preguntó sin poder reprimir cierta ansiedad.

La mirada del comisario lo repasó de arriba abajo. Luego hizo un movimiento esporádico con su mano derecha, como si espantara a una mosca, abrió la puerta del coche e hizo el amago de sentarse en el asiento:

—Lo siento, joven. En breve se realizará una rueda de prensa donde se informará de todos los avances de la investigación. No concedo entrevistas personales.

—¡Pero esto no es una entrevista! Este caso me afecta personalmente y solo necesito unos minutos.

El comisario lo miró con ciertas dudas. Su pie derecho permanecía aún en el interior del coche, pero todavía no se había sentado. Así que preguntó, quizás para asegurarse de haber oído bien:

—¿Ha dicho personales? ¿Respecto al caso de la desaparición?

—Sobre todo respecto a ese vagabundo que todos desean encontrar.

El comisario bajó su pie al suelo y cerró la puerta tras de sí. Miró al desconocido y volvió a repasarlo con descaro. Se cruzó de brazos mientras se apoyaba contra el lateral del coche, ofreciéndole toda su atención con aire de curiosidad:

—Bien, le concedo unos minutos. Ha conseguido llamar mi atención, muchacho. Aproveche su tiempo, porque soy hombre de poca paciencia.

—Bien. Mi nombre es Nicolás, y soy periodista, aunque no estoy aquí para seguir esta noticia, sino porque había quedado con mi hermano Yared, que es científico naturalista y medio ambiental, para ultimar los detalles de un trabajo. —Después de un leve suspiro, terminó de informar—. Muy a mi pesar, creo que ese vagabundo al que buscan es, en realidad, él.

El comisario hizo un gesto para interrumpirle. Sus ojos brillaron de emoción al hallar una pista que poder seguir. Pero Nicolás hizo un gesto con su mano para que le dejara seguir hablando sin interrupciones:

—No, por favor. Déjeme acabar. Desearía una total y absoluta discreción en todo este asunto. Está a punto de llegar mi otro hermano mayor, Gregori Ruiz, abogado. Y ambos deseamos colaborar para aclarar este asunto de manera eficaz y discreta.

—Todos hermanos, por lo que veo —dijo el comisario con una leve sonrisa burlona.

—Sí. Somos los tres hermanos. Gregori, Yared y yo, Nicolás Ruiz.

Pero entonces el comisario comenzó poco a poco a relacionar los apellidos que ese muchacho acababa de decir. Su cara se fue iluminando por momentos hasta alcanzar la comprensión total. Se incorporó levemente y sus brazos se descruzaron:

—Así que su padre es... —Parecía reticente a seguir con la frase.

—Veo que se acuerda. Sí, nuestro padre es Gregorio Ruiz de Fornán, antiguo alcalde de este pueblo. Actualmente está metido en el mundo de la política, de ahí la discreción.

—¡Claro que me acuerdo! —exclamó el comisario con una amplia sonrisa—. Una excelente persona, una buena familia...Y vosotros sois esas tres criaturas que siempre iban alborotando el pueblo con gritos, mientras corríais por estas calles jugando a la pelota y rompiendo cristales.

—Así es. Yo también me alegro de verle. —Y le tendió la mano con una gran sonrisa en su rostro. El comisario le correspondió, e incluso le dio varias palmaditas de afecto moderado en el hombro.

—Me alegro mucho de volver a verte —le tuteó—. Nunca te hubiera reconocido. Me imagino que tus padres estarán bien. Tu madre se recuperó de su enfermedad, según tengo entendido.

—Sí, todos están perfectamente. Y la verdad, este asunto nos tiene bastante preocupados.

—Lo entiendo. —La gravedad volvió a su rostro—. Pero la ley es igual para todos. Tu familia debe saber que es así.

—Y así lo esperamos. Mire... —Nicolás miró a la lejanía, como buscando las palabras adecuadas para explicarse con total claridad—. Estoy convencido de que Yared no ha sido el responsable de todo este asunto. Estamos hablando de un naturalista medio ambiental, ¡por Dios! No tengo la más mínima idea de

qué es lo que ha podido pasar, ni qué le ha podido pasar a esa chica, pero el que no esté aquí Yared, nos hace temer a todos que algo grave le haya podido ocurrir —terminó por decir, sin poder dejar de mostrar la ansiedad que sentía ante la situación.

El comisario lo miró detenidamente. Parecía dudar, apoyó todo su peso en un pie, después en el otro. Después suspiró y afirmando con la cabeza, dijo por fin:

—Comprendo que se quiera discreción, y por mi parte la habrá. Y siento que nos veamos en estas circunstancias. Tengo muy buenos recuerdos de tu familia, y a tu padre siempre lo consideré un buen amigo. Así que vamos a ayudarnos mutuamente. También espero que por tu parte haya discreción. Hay cosas que no me gustaría que salieran de aquí.

—¡Por supuesto! —exclamó Nicolás con urgencia. Advirtió en el comisario ganas de cooperación. Nicolás esperó pacientemente, ocultando los nervios que le precipitaban al deseo de preguntar compulsivamente todo lo que supiera sobre la investigación.

—Bien. Hemos observado en la investigación muchas incongruencias. Según la versión de Sergio Jones, ambos fueron golpeados sin motivo aparente por un vagabundo que parecía estar bajo los efectos de alguna droga. El chico presentaba una fuerte contusión, con el resultado de una rotura del tabique nasal. Algún arañazo, algún moratón, pero en realidad nada importante. El caso es que el joven dice que tuvo que huir y que su novia quedó más allá del fuego en estado inconsciente. Alegó que ese vagabundo los agredió con un tronco. Tras un exhaustivo estudio de la zona, se encontró una camiseta con restos de sangre que parece pertenecer a la chica. También hemos encontrado el tronco con que presuntamente fueron agredidos, pero los restos de sangre no pertenecen ni a Sergio Jones, ni a Yudica Yerby.

—¡Dios mío! Entonces la sangre... —Nicolás palideció. Sintió cómo el corazón golpeaba furiosamente contra su pecho.

—Seguimos investigando, pero no tenemos todavía nada claro —la voz del comisario fue radical.

—¡Dios mío! —repitió Nicolás. Sintió que se mareaba, y de pronto un peso enorme le cayó sobre los hombros. Su mente difícilmente podía pensar con claridad.

—De todas formas, y para que te tranquilices un poco, tampoco hemos encontrado ningún cuerpo. Sinceramente, desconocemos si se pusieron a salvo

o si todavía yacen en algún rincón del bosque. Se debe comprender que es difícil y lento abarcar tanta zona con tan pocos efectivos. Lamentablemente el tiempo pasa...

Nicolás afirmó con la cabeza. Sabía que su hermano se conocía muy bien todos los rincones del lugar y estaba habituado a moverse por ese ambiente. Eso le dio alguna esperanza. Pero lo que más le atormentaba era la sangre que habían encontrado en ese tronco. ¿Qué había pasado?

—Todavía no se ha informado a nadie sobre los restos de sangre encontrados —siguió hablando el comisario—. Tratamos de presionar a ese tal Sergio Jones, solo él sabe la verdad de lo sucedido. El chico parece que se romperá en cualquier momento.

Nicolás no dejaba de imaginar qué pudo haber ocurrido que hacía imposible que su hermano acudiera a la cita que ambos tenían. Y a pesar de las pocas evidencias que se tenían de lo que podía haber pasado, todo apuntaba a algo terrible.

—Después de toda esta información, espero discreción por tu parte —la voz del comisario apartó a Nicolás de sus pensamientos.

—Sí, por supuesto. Puede estar tranquilo. Pero ¿me permite hacer una llamada? Después me gustaría hablar con detalle de todo este asunto.

El comisario afirmó con la cabeza. Así que Nicolás cogió su móvil y marcó el número de Gregori.

—¿Gregori? Es él. Sí, seguro. No, aún no se ha encontrado nada. Sí, estoy junto al comisario. Bien, te esperamos en la comisaría. —Y colgó. Miró al comisario y de pronto se sintió muy triste y cansado.

—¿Tienes coche? —le preguntó el comisario con suavidad. Vio al chaval tan afectado por la información, que la empatía hacia los demás volvió a inundar su ser. El mundo podía ser muy asqueroso, y aunque ese pueblo siempre fue muy tranquilo, los hechos ocurridos le recordaron, una vez más, que las desgracias picaban en todas las puertas.

—Sí, pero está aparcado a las afueras del pueblo —contestó Nicolás automáticamente. Su ánimo se vio tan eclipsado, que no tenía fuerzas para ocultar su preocupación.

—Bien, pues súbete al mío muchacho. Iremos a la comisaría y esperaremos a tu hermano, el abogado. Mientras tanto, ponme al corriente de tu familia. ¿Y tu madre? Recuerdo que era una mujer guapísima. ¿Cómo se encuentra? —Y le dio unas palmaditas de ánimo en el hombro.

Viernes 6 de septiembre. 9,30 de la mañana

Tomás Yerby despertó de un inquieto duermevela. Estaba recostado en el sofá y en esta ocasión lo despertó el ruido de un motor que se detenía frente a la puerta de la finca. Se levantó como un resorte y se dirigió a la entrada, con la temible incertidumbre de que apareciera el semblante grave del comisario con el único fin de traerle malas noticias. Pero su sorpresa fue tan grande como su incredulidad. Ante sus ojos apareció su propia hija Yudica, que atravesaba el jardín y lo miraba sonriendo. ¡Casi no se lo podía ni creer! Allí estaba, como si todo lo que había ocurrido fuera ajeno a ella. Cruzaba la distancia que lo separaba de él luciendo, sin proponérselo, su radiante juventud, la luz de su sonrisa, y su rostro gritando felicidad:

—Hola, papá. ¿No te alegras de verme? —le preguntó mientras lo abrazaba con fuerza.

—Pero... ¡Yudica!, no entiendo nada. ¿Dónde has estado? —contestó Tomás asombrado. Su sorpresa lo dejó sin capacidad de reacción. ¡No sabía qué pensar! Se la veía tan bien, y ellos habían sufrido tanto... ¿Dónde se había metido? Sergio aseguraba haberla visto en el suelo inconsciente. ¿Qué había pasado? Todo tenía mucho más misterio en ese momento. Tomás no se creía que su desaparecida hija estuviera allí, que todo se hubiera acabado tan repentinamente como había empezado. ¡Yudica estaba viva! Un alivio palpable hizo que su cuerpo se sacudiera. Las emociones le embargaron con tal profundidad, que hubiera sido capaz de echarse a llorar como un niño pequeño. Necesitaba soltar la presión que se había instalado en su pecho de forma perenne. Deseaba dejar ir su rigidez, su malestar, su tristeza y esa pesadumbre que le hacía inclinar los hombros, bajar la cabeza, y suspirar en cada instante. Su hija estaba viva, junto a él. ¡Todo había pasado! La abrazó una y otra vez dominado por la sorpresa. Sus ojos se llenaron de lágrimas y su rigidez se fue transformando en alivio.

Entonces su mirada se confundió con la del personaje que la acompañaba. Lo tuvo que mirar varias veces para asegurarse de que se trataba de él. ¡Es que no se lo podía creer! ¿Qué hacía ese tipo allí? No tuvo tiempo de asimilar la alegría de volver a ver a su hija, ni saboreó suficientemente su alivio, cuando la rigidez se instaló nuevamente bajo su piel, como si fuera una vieja amiga. Allí estaba el hombre que había agredido a Sergio y a Yudica y

después había huido tras quemar el bosque. ¡Y estaba en su jardín! Y esa mirada... esa media sonrisa al seguirla con la vista, le dijo mucho más que las palabras. ¿Sería posible que Yudica hubiera escapado con ese vagabundo? Miró a su hija a los ojos apartándose de ella. Estaba resplandeciente, más guapa que nunca. No lo pudo evitar. Se le revolvió el estómago y la alegría se convirtió en estupor e indignación. De repente su mente empezó a componer una historia basada en suposiciones, que consiguieron irritarlo y enfurecerlo a extremos insospechados. ¡No podía tolerar semejante disparate! Muy a su pesar, siempre sospechó que entre su hija y ese hombre había existido algo más que miradas. La indignación que sintió al llegar a esa conclusión, le subió por el estómago como si se tratara de un puño cargado de fuerza difícilmente reprimida. Todo él era rabia y cólera. Después de todo lo que habían sufrido, de las largas noches en vela, de las preocupaciones que le impedían llevar una vida normal, aparecía su hija con una radiante sonrisa y acompañada por un indeseable parásito de la sociedad. Ahora entendía la agresión a Sergio, el incendio, y la huida de dos cobardes que deseaban vivir una disparatada e inadmisibile historia de amor. Y seguramente volvían porque él buscaba un trabajo, eso en el mejor de los casos. Así que se puso en guardia. Rompió el abrazo y fulminó con su mirada a Yudica. Sentía tal decepción, que su voz se quebró al ocultar los gritos mudos de su corazón quebrado:

—Y ese andrajoso vagabundo, ¿qué hace aquí? —le preguntó con desprecio.

Yudica lo miró sorprendida. Abrió la boca, como para aspirar aire. Sus ojos se agrandaron asombrados y su rostro se crispó levemente segundos después. Se apartó de su padre como si hubiera recibido una carga eléctrica.

—Papá, Yared no es ningún andrajoso vagabundo —contestó con voz dolida.

—Aunque para ti sea un príncipe azul, para mí es un harapiento —contestó Tomás tratando de controlar la ira que sentía en su interior—. ¡Es un indeseable y no lo quiero en mi casa! No quiero ver a semejante escoria aquí y mucho menos junto a ti.

Yudica observaba a su padre asombrada. No lograba entender por qué se comportaba de esa manera, por qué insultaba a Yared y le hablaba con tanto desprecio. Sus gestos, su rostro, incluso sus ojos, demostraban lo asqueado que estaba. La mirada de sorpresa de Yudica se clavó en el rostro de Yared. Su rostro sereno y amable no podía ocultar un leve velo que ensombrecía su

negra mirada, y que hablaba de decepción y tristeza. Y entonces, algo en el corazón de Yudica se quebró. La sorpresa dio paso a un desgarrador sentimiento de injusticia. Su alegría se vio eclipsada por un dolor físico, y sus ojos se llenaron de lágrimas.

—Vete, Yared. No tienes por qué escuchar esto —dijo de inmediato. No deseaba que siguiera escuchando insultos y desprecios por parte de su familia. Deseaba poner distancia para evitar que Yared siguiera siendo juzgado tan cruelmente.

—¿Estás segura? —le preguntó Yared en voz muy baja. Y la miró con ciertas dudas. Yudica afirmó con la cabeza, aunque nunca admitiría la inseguridad que la paralizaba.

—Me alojaré en el hostel —le informó Yared con una leve sonrisa. Era evidente que la situación no parecía gustarle, pero se mostraba bastante tranquilo, hecho que hacía dar confianza a Yudica—. Tranquila, pequeña, todo se arreglará.

—¡No quiero que vuelvas a acercarte a mi hija nunca más! —interrumpió el imperativo de Tomás Yerby mientras trataba de apartar a Yudica y alejarla de ese melenas hippie—. Y yo no me pondría muy cómodo, vas a estar una temporadita en la cárcel.

—¡PAPÁ! ¿Pero qué te pasa? ¿Por qué dices eso? —Yudica lo miraba horrorizada. No lograba comprender el comportamiento de su padre.

—No lo quiero ver en mi jardín y no tengo que dar más explicaciones. Y mucho menos quiero verlo junto a ti. Si no se va ahora mismo, lo echaré como a un perro. —La voz de Tomás Yerby sonaba furiosa, incluso violenta. Yudica nunca había visto a su padre tan enfadado, pero a pesar de su sorpresa, encontraba toda esa situación tan injusta que no pudo evitar perder el control.

—¡Pues lo estás haciendo ya sin conocerlo! —gritó Yudica indignada. Y se alejó de su padre como si acabara de descubrir en él a alguien desconocido.

—¡Yudica! ¡Entra en casa! —exclamó Tomás tratando de detenerla. Pero ella lo ignoró por completo y sacudió con violencia el brazo, desprendiéndose de su garra para alejarse de él. Eso lo asustó mucho. El miedo a perderla se apoderó de él y sintió deseos de machacar el cincelado rostro de ese vagabundo, el cual parecía ejercer una asombrosa influencia sobre ella.

—¡Yared! Espera... —Yudica se agarró a Yared con desesperación y lo miró desde su altura con absoluta devoción—. No ha sido buena idea volver... no te vayas sin mí. Llévame contigo.

—Ni por un solo momento vayas a pensar que te vas a ir con semejante personaje. ¡Jamás! Nunca te lo permitiré, ¿me oyes? —interrumpió su padre, tratando de romper de raíz esa unión que tan mal aceptaba. Era como sentir un pequeño ser vivo revolverse en su interior, indignado por lo que veía y por la certeza de saber lo que sentían el uno por el otro. ¡Era tan evidente!, que eso lo enfurecía más. Y estaba tan seguro de que su hija no dudaría un solo segundo en irse con ese guiñapo, que el terror se apoderó de él.

—No, Yudica, así no —le dijo Yared con calma, ignorando las palabras del señor Yerby y mirando a Yudica a los ojos con tranquilidad. Parecía ser el único que no había perdido la compostura en toda esa situación—. Habla con tus padres, necesitan saber qué ha pasado. Dales tiempo. Yo lo haré con la policía y esclareceremos todo este lío.

—Pero nos volveremos a ver, ¿no? —Yudica lo miró con desesperación y Yared le apretó con cariño sus manos, susurrándole en voz muy baja:

—No lo dudes, pequeña.

Ella afirmó con la cabeza mientras las lágrimas desbordaban sus verdes ojos. Estaba aterrada, ya que junto a ella se batía un cúmulo de circunstancias que le sobrepasaban. Yared se las limpió con su dedo mientras la acariciaba con la mirada.

—¡Yudica! —gritó el señor Yerby aterrado por el panorama que sus ojos veían—. Si te vas con ese tipo, no vuelvas nunca más. Para mí habrás muerto.

Ambos jóvenes lo miraron con asombro, hecho que hizo que Tomás se irguiera con orgullo, demostrando el poder que sus palabras podían ejercer todavía. Yudica lo miraba con cara de pánico, como si no acabara de creerse lo que había oído. Tomás adivinó que ahora ya no tomaría tan a la ligera su negativa a esa relación. Lo más difícil era saber qué estaba pensando el hombre que parecía haber conquistado la vulnerabilidad de su hija adolescente. Solo lograba observar en él la serenidad de quien está viendo una película de acción.

—Nos volveremos a ver, cuando estemos todos más tranquilos —dijo el vagabundo con una profunda voz llena de seguridad. Después besó los labios de Yudica levemente, casi sin rozárselos, y guiñándole un ojo dijo—: Preciosa... hasta dentro de un rato. —Y se dirigió hacia la moto. El motor resonó rompiendo el silencio de la mañana. Tomás cogió a su hija con aire de protección y la alejó varios pasos para tratar, quizá de forma inconsciente, de alejarla de ese extraño hombre.

Viernes 6 de septiembre 10,15 de la mañana

Su moto se acercó a la plaza del pueblo. Nadie pareció advertir su llegada y todo su alrededor daba muestras de que había más movimiento. Observó a los periodistas con sus credenciales hablando entre ellos, la mayoría saludándose desde la ventanilla de sus vehículos para abandonar el lugar. La noticia empezaba a perder interés y el mundo les requería en otro sitio. “Las noticias nunca duermen”, le repetía siempre Nicolás.

Aparcó la moto y se bajó de ella observándolo todo con curiosidad. Sus pasos se dirigieron hacia la comisaría del pueblo. Una vez en el interior, dudó hacia dónde se podía dirigir. El frenético vaivén de personas que entraban y salían del recinto lo dejó en medio de la recepción sin saber muy bien cómo proceder. Fue entonces cuando a través del paseo que sus ojos hicieron a toda la amplia estancia, pudo ver a sus dos hermanos, Gregori y Nicolás. Estaban hablando con el comisario tras un despacho acristalado. El comisario a cargo era una persona entrada en años y con signos evidentes de poca paciencia. Lo reconoció al instante. Más viejo, mucho más gordo, pero con la misma cara amable de siempre. Sus hermanos mantenían la espalda erguida y sus cuerpos estaban levemente inclinados hacia delante, en estado de alerta. Allí estaba Gregori, el protector, con su immaculado traje y su aire serio y rígido. Y Nicolás, siempre con ese semblante de niño travieso que le acompañaba. Su corazón se hinchó de agradecimiento. Se sintió emocionado y afortunado al verlos y sus labios dibujaron una leve sonrisa de alegría. En ese momento decidió que debía empezar a administrar mejor su agenda para poder visitarlos con mayor frecuencia.

Como siempre, la clara conexión que tenía con su hermano pequeño se hizo evidente, ya que instantes después de haber entrado en la comisaría, Nicolás giró la cabeza y lo buscó con mirada ansiosa. Sus miradas se encontraron y Nicolás dijo su nombre. Después se levantó de su asiento tan rápido como un resorte, y salió de la sala sorteando hábilmente las mesas hasta llegar a su lado y abrazarse a él fuertemente.

—¡Yared, estás vivo! Pensábamos que estabas muerto... —exclamó Nicolás con evidente alivio.

—¡Ah! ¡Qué bruto eres! —se quejó Yared mientras se tocaba las costillas. Nicolás se apartó de él con extrañeza y lo miró de arriba abajo:

—¿Y esa barba? ¡Estás muy descuidado! ¿Pero qué coño te ha pasado?
—su voz estaba claramente cargada de preocupación y ansiedad. Yared trató de tranquilizarle:

—Estoy bien, de verdad.

—¿Estás bien? ¡Pero si tienes un aspecto desastroso! —insistió Nicolás.

Al instante, llegó a su lado Gregori. Ambos se abrazaron con fuerza.

—¡Yared!, nos tenías muy preocupados. ¿Qué te ha pasado? ¡Pareces un vagabundo de verdad! —dijo Gregori tras separarse de su hermano.

—¡Qué capullos estáis hechos! —Yared les dio palmadas amigables en la espalda de sus dos hermanos. No pudo sentir por ellos más que agradecimiento.

—De verdad, estamos muy contentos de que estés de una pieza. ¡Temíamos por ti! Pero creo que estás en un aprieto, hermano —volvió a explicar Gregori, ya más seriamente.

En esos momentos apareció junto a ellos el comisario, e interrumpió a los tres hombres diciendo con sarcasmo:

—Esta escena familiar me ha emocionado, de verdad, pero supongo que usted es el vagabundo. Para los que te conocemos desde tu infancia, el pequeño Yared. Aunque de pequeño ya nada.

—Sí, yo también me acuerdo de usted —exclamó Yared. Y se estrecharon la mano mientras se miraban atentamente, como evaluándose. Los ojos del comisario parecían querer buscar alguna semejanza con ese niño que conoció hacía ya bastantes años.

—Muchacho... espero que tengas una buena historia que compartir. Tienes que rendir cuentas de muchas cosas, entre las más importantes, la desaparición de Yudica Yerby —dijo el comisario con seriedad.

—Estoy de acuerdo. Pero quiero informarle que Yudica Yerby se encuentra sana y salva en su casa. Y cuando usted quiera, le explicaré con todo lujo de detalles lo ocurrido. Pero antes me gustaría llamar a mis padres y decirles que estoy bien.

—¿Yudica está en su casa? ¡Esa sí es una buena noticia! —exclamó el comisario con sorpresa. Era evidente el alivio que mostraba su rostro—. Enviaremos ahora mismo un coche patrulla a su finca. Pero haz esa llamada, hijo, y luego tómate un café tranquilo. Soy persona de poca paciencia, pero todavía sé reconocer a un buen hombre de un delincuente.

“El mundo entero es un escenario, y todos los hombres y mujeres, son meros actores: tienen sus entradas y salidas, y un hombre representa varios papeles en su vida”.

William Shakespeare (1564-1616)
Dramaturgo, poeta y actor inglés

Yudica

Pocos minutos después de que Yared se marchara, ha aparecido mi madre y mis hermanos. Gara y Jonay se han echado a mis brazos con una gran sonrisa. Nada de juicios, de preguntas molestas, ni de miradas que dicen más que las palabras. Lo único que les importa es que he vuelto. Jonay estaba muy preocupado por si me había perdido otra vez en el bosque. Gara lo interrumpe para enzarzarse en un diálogo que pronto es zanjado por mi madre, quien, gimoteando de alegría, me abraza sin dejar de recordarme lo preocupados que han estado por mí. Cuando los mellizos son despedidos para que dejen de alborotar, mi padre me pide explicaciones. Estamos en el salón, rodeados de un silencio sepulcral, y yo me siento como si estuviera en la sala de tribunales, dispuesta a defender mi inocencia y la de Yared, ante un jurado deseoso de condenarnos a cadena perpetua. Mi padre está furioso e indignado, pero el sentido común ha vuelto a él y espera a que le cuente mi versión de la historia. Yo trato de narrar con incomodidad la agresión de Sergio, la violencia contra el vagabundo y el posterior incendio del bosque. Explico que despierto en el río en medio de un virulento fuego que me impedía respirar, y que junto a mí estaba Yared malherido y sangrando. Les hago ver que no tuvimos más remedio que salir huyendo del fuego y dirigirnos al campamento. Era imposible volver a casa hasta que Yared no se recuperara de las heridas sufridas. Y anulo el detalle de que, en realidad, yo no deseaba volver. Mientras voy explicando mi historia, mi madre niega con la cabeza. No quiere creerme. No logra asimilar que la imagen idílica de Sergio se caiga tan bruscamente. Yo trato de ignorar su reacción y sigo mi narración tratando de ser lo más precisa posible. Finalmente, sintiendo cómo todo mi cuerpo tiembla por los nervios, acabo mi relato con un sentimiento de absoluto abandono. Me

siento agotada, aunque intuyo que esto no hace más que empezar.

—Eso es imposible. ¡Mientes! Él no ha podido hacer eso —la voz de mi madre resuena con frialdad en la sala y a mí se me hiela el corazón.

—¿Crees que me lo he inventado? —Me indigno llena de rabia.

—Tú nunca nos has dicho nada, ni una insinuación, ni un solo comentario... nada. Te has callado muy bien lo que se supone que Sergio hacía contigo —la voz de mi padre interrumpe mis desesperados pensamientos de estupefacción, para dejarme todavía más asombrada.

Estamos los tres en estado de alerta, de pie en medio del salón. Nos miramos unos a otros como si fuéramos unos completos desconocidos. Pero somos las mismas personas de siempre, solamente con diferentes puntos de vista. ¿Cómo saber quién posee la verdad? ¿Acaso no tenemos nuestras propias razones para comportarnos tal y como lo hacemos?

—Es verdad, nunca os dije nada —argumento al fin con sinceridad—. Reconozco mi estupidez, pero creí hacer lo correcto. ¿Qué puedo decir en mi defensa? Sergio me chantajeaba, me insultaba y yo... tenía miedo y, sobre todo, vergüenza.

—¡Tú te lo buscabas! —me grita mi madre llena de impotencia. ¿Realmente habla en serio? Siento que mi respiración se ha detenido. Pero mi cuerpo reclama oxígeno, a pesar de que el mundo se derrumbe a mi alrededor, mis pulmones reclaman su dosis de aire. Así que trato de serenarme. Si me dejo llevar por los nervios, acabaré diciendo tonterías y deseo con toda mi alma solucionar este conflicto. ¡Mi vida y mi felicidad están en juego! Deseo que mis padres lo entiendan, que acepten a Yared como a la persona maravillosa que es, que vean en él lo que yo he visto.

—Vamos a tratar de no perder la compostura. —Papá intenta hablar con tranquilidad. Se pasea de arriba abajo y está haciendo un verdadero esfuerzo por controlar la situación—. Admitamos que Sergio se dejó llevar por los nervios. Deberá responder por eso, evidentemente. Pero una cosa es el acto indefendible de sus acciones, y otra muy distinta es, que te quieras ir con ese... vagabundo a recorrer el mundo subida en su moto. —No me siento muy satisfecha de las palabras que acabo de oír, pero prefiero callarme.

—¿Es que te quieres ir con ese harapiento? —Mi madre no cabe en sí de asombro. Su sorpresa es tal que abre los ojos desmesuradamente. La ira se va apoderando de ella y finalmente me grita histérica—: ¡Tú estás loca! Primero rompes el compromiso con tu novio, revuelves su vida y la de todos nosotros

con tus caprichos. Después sales corriendo al bosque, y ahora te encaprichas del primero que se cruza en tu camino. ¡Tú no estás bien de la cabeza!

—Estoy enamorada. Sí, puede que sea de locos, pero lo estoy —respondo a la defensiva. Veo cómo se pone roja y siento pena por ella. ¡Lo está pasando fatal! Le estoy poniendo su vida patas arriba. Tenía tantos proyectos e ilusiones puestas en mi boda y en mi relación con Sergio, que ahora todas sus ilusiones se ven reducidas a la más absoluta y triste “nada”.

—¡Tú eres una zorra! —Y se acerca a mí para darme una fuerte bofetada. Mi cara gira violentamente. Al instante, ella comienza a llorar histéricamente, mientras se sienta en el sofá vencida, rotas sus ilusiones, viendo cómo su castillo de naipes cae fulminantemente.

Mi reacción es callar. Siento el picor en la mejilla, pero no me importa. Mi único deseo es que mis padres me dejen tranquila y poder irme lejos de aquí. Mi madre sigue con su tragedia particular y papá trata de apaciguarla. Se sienta a su lado y rodea su espalda mientras trata de tranquilizarla con palabras que no logro escuchar. Después siento la fría mirada de mi padre, llena de reproche y resentimiento. Su sentencia verbal llega al instante, y cae sobre mí sin compasión ninguna:

—¡Mira lo que estás haciendo sufrir a tu madre! ¿Es esto lo que nos merecemos? No sé en qué hemos fallado. Te hemos tratado de educar lo mejor posible. ¡Dios sabe que lo hemos intentado! Hemos luchado y trabajado para que nada os faltara, ni a ti ni a tus hermanos. ¡Y mira ahora cómo lo agradeces! Con tus decisiones inmaduras y egoístas estás abandonando a dos familias.

Mi estático cuerpo ha quedado inerte frente a mis padres, los cuales me siguen mirando con reproche. Siento que vuelve mi casi olvidado dolor de cabeza. Me empiezo a encontrar muy mal. El corazón me palpita rápidamente y la respiración se me acelera. Pero aquí estoy, frente a mis padres, sintiéndome la persona más egoísta y mezquina del mundo. ¿Por qué lo que me hace feliz, hace tan desgraciada a mi familia? Respiro profundamente y trato de serenarme.

—Papá, no habéis hecho nada mal. Estamos hablando de mi vida y yo deseo ser feliz. —¡Mi voz ha sonado tan débil! Trato de razonar, de hacer entender mi punto de vista. Mi madre vuelve al ataque martilleándome con sus argumentos.

—¿Con ese vagabundo? ¿Con un sin techo? Tenías a tu lado al mejor hombre que podías desear tener y lo has echado de tu lado como si fuera un

perro. —Sus palabras son como puñales clavados en mi corazón. No logro comprender cómo acusan a una persona maravillosa, al hombre que me ha salvado y que ha cuidado mi cuerpo y mi alma, y defienden a quien ha intentado acabar con mi vida.

—¡Pero Yared no es un sin techo! —grito fuera de control. Mis puños están apretados, mi cuerpo en tensión, y mis lágrimas salen descontroladamente ante la impotencia—. Es una persona culta, trabaja en montones de proyectos y si lo veis vivir en el bosque, es porque trabaja entre la naturaleza. No lo conocéis y ya lo estáis catalogando como a un ser despreciable. ¡Joder! Me ha salvado la vida, me protegió del fuego y mientras nos hemos recuperado, nos enamoramos. Papá... —trato de razonar con él— si le dieras una oportunidad, descubrirías a una persona excepcional. Confía en mi juicio, no estoy loca y mucho menos me voy con el primero que se cruza por mi camino. Dale una oportunidad, y dámela a mí. ¡Estamos hablando de mi felicidad!

—Tú no tienes ni idea de lo que es la felicidad y de lo que cuesta conseguirla —me dice mi madre con voz resentida—. Siempre has sido una consentida. Te lo hemos dado todo, hasta el más mínimo capricho, y, ¡mira cómo lo agradeces! Te quieres ir con un... un...

—Bueno, Elena, ya está —corta mi padre.

Pero su llanto sigue, es su defensa ante la injusticia que parece que estoy haciendo con ellos. La voz de papá suena más serena que la de mi madre, la cual se deja llevar por la impotencia y la cólera. Mis ojos se enfrentan a los de él. Me coge de la mano y me hace sentar a su lado. Después, pasa su brazo por mis hombros. Quiere razonar conmigo:

—Hija, todo lo que decimos es por tu bien —me explica como si hablara con una niña pequeña para intentar que suelte un juguete que es peligroso para su integridad física—. Crees estar enamorada y lo entiendo. Es un tipo asombroso, debo de reconocérselo. Es alto, bien parecido, fuerte y seguro de sí mismo, parece muy varonil y lleva una forma de vida muy original. ¿Qué edad debe tener? Es mayor que tú.

—Tiene treinta años —respondo automáticamente.

—¡Claro! Es asombroso y ha logrado seducirte. Y tú eres muy joven. Pero compréndelo, dejarlo todo para seguirle es algo muy drástico. Estábamos sufriendo por ti y tú estabas muy tranquila haciendo, ¡vete tú a saber qué!, con ese... como se llame...

—Yared. Su nombre es Yared —recalco con impaciencia—. Y no

hacíamos nada, solo recuperarnos de lo que Sergio nos había hecho a nosotros, ¿recuerdas?

—Bueno, eso. —Y sacude la mano, como queriendo apartar los detalles escabrosos de su argumento central—. Tampoco pedimos que te cases con Sergio. Tienes dudas, ¡lo sé! Pero sabes que necesito tiempo. No solo está en juego tu felicidad, sino la felicidad de toda esta familia.

Lo miro asombrada, sin saber muy bien si he escuchado correctamente. Así que, tratando de no perder la compostura, le pregunto extrañada:

—¿Quieres que siga mi relación con alguien que me ha pegado y abandonado tras quemar el bosque? ¿Quieres que siga con Sergio, después de lo que ha hecho? No puedes decirlo en serio...

—¡Sí, así es! —grita mi madre con energía.

Yo estoy tan sorprendida que no dejo de mirar a ambos con la boca entreabierta.

—¡El amor, el amor! —vuelve a gritar mi madre fuera de sí—. Eres una ilusa que todavía cree en cuentos de hadas, escuchas bellas palabras y futuras promesas que el tiempo acabará por borrar. Pero llegará el día en que choques con la dura realidad y comenzarás a necesitar cosas, querrás comodidades, desearás seguridad. ¿Qué harás entonces? ¿Eh? ¿Hablar de amor? ¡Despierta, Yudica, el amor no existe!

Sus duras palabras resuenan en mis oídos con crudeza. Mi loco corazón no para de bombear y tiemblo como una hoja sacudida por un huracán. Me levanto y trato de alejarme de mis padres. Necesito distancia. Necesito pensar:

—Hija, siempre desearemos lo mejor para ti. —Mi padre se levanta e intenta detenerme. Pero yo retrocedo y pongo ambas manos frente a mí, impidiendo que se acerque más. Aun así, sigue tratando de convencerme con deseo de reconciliación—. Pero tienes que comprendernos. ¡Inténtalo! Has desaparecido y creíamos que estabas muerta o secuestrada... ¡Pensábamos lo peor! Y de pronto apareces aquí con un tipo de cabellos largos y barba, montada en una moto y diciendo que estás enamorada y que te vas con él. ¿Qué pensarías tú en nuestro lugar? Deseas abandonarlo todo, tu vida, tu familia, tus amigos, tus proyectos... porque crees que el mundo es maravilloso y dices estar enamorada. Dime, ¿qué quieres que pensemos?

El silencio se instala en el salón de la casa. Mis padres me miran con cierta esperanza. Supongo que da la impresión de que estoy considerando la

situación. Cierro los ojos y trato de serenarme. En mi cabeza suceden imágenes de la agresión de Sergio, pero afortunadamente se ven compensadas con mis últimas vivencias junto a Yared, riéndonos, enseñándome aves mientras permanecíamos agazapados entre matorrales, bañándonos en el río, haciendo la comida juntos, tratando de pescar, mirando las estrellas abrazados, amándonos y cuidando el uno del otro. Este tiempo junto a él ha sido lo más intenso y emotivo que me ha pasado en toda mi vida, y siento que no tengo nada que explicar. Sé lo que he vivido y sé lo que siento. ¿Cómo puedo considerar otra alternativa? ¿Cómo escuchar la sentencia cargada de infelicidad que me proponen mis padres?

—Lo entiendo —digo al fin con un suspiro. Es una rendición, un dejarme llevar. Pero no por la loca propuesta de mis padres, sino por la voz de mi corazón.

—¡Gracias al cielo! —exclama mi padre. Veo la sonrisa de ambos. ¡Sí que parecen aliviados! Así que me acerco y cojo sus manos. Primero la de mi padre, después la de mi madre. Me recreo mirando sus rostros mientras trato de encontrar las palabras adecuadas.

—Tenéis razón —digo al fin—. No puedo pretender que sintáis lo que yo siento, ni que aceptéis a Yared en media hora. Pero nos queremos, aunque tratéis de cubrir con sucias palabras lo que sentimos el uno por el otro. Entiendo que os pueda parecer precipitado y comprendo vuestros miedos, por eso me gustaría que le dierais una oportunidad. Papá —y lo miro a los ojos con una seguridad que estoy lejos de sentir—, no sé si será una decisión acertada, pero solo el tiempo nos dará la respuesta. No podéis evitar que sufra, que tome mis propias decisiones e incluso que me equivoque. Y, por favor, olvidad a Sergio. Aunque Yared no estuviera en mi vida, nunca volvería con él.

Después de mi sentencia final, me dirijo hacia la ducha. ¡Ah! ¡Qué bien! Cierro los ojos y me quedo varios minutos saboreando la calidez del agua. Esta es una de las cosas que más echaba de menos. La ducha me anima y siento la esperanza de que todo se arreglará. Termino por ponerme unos tejanos largos y una camiseta, y para mi sorpresa, descubro que he engordado. ¡Joder! ¿Será posible? Después de asumirlo con bastante molestia por mi parte, me dirijo a la habitación de los “mellizos”. Sé que la policía se presentará pronto

en mi casa, por lo que quiero dedicarles toda mi atención. Pero toda la felicidad que irradió dura muy poco.

El servicio ha pasado con eficacia la noticia de que he vuelto a casa. Así que no ha pasado mucho tiempo hasta que la escasa serenidad que he logrado tener, se vea totalmente eclipsada por la aparición de la familia Jones en esta finca. Cuando mi padre entra en la habitación de mis hermanos para anunciarme la visita de los Jones, mi rostro se crispa. Estoy en estado de pánico. Debo demostrar mi pavor claramente, puesto que mi padre se acerca asustado:

—¿Estás bien? Te has puesto muy pálida.

—¿Por qué has dejado que entren en esta casa? ¿Acaso pretendes que hablemos como si nada hubiera ocurrido? —mi voz ha sonado muy débil. La mirada de mi padre es intensa. Supongo que nunca me ha visto tan afectada, pero es que no puedo fingir lo que supone para mí volver a encontrarme con Sergio. No podría sostener su mirada sin recordar su rostro mientras me golpeaba en el bosque. Tampoco podría evitar que las imágenes devastadoras y los recuerdos concomitantes me dejaran paralizada. Siento el calor de las lágrimas empezar a congregarse tras mis ojos, como si tocaran la puerta de mi corazón roto y aterrorizado, y a mi mente acuden con urgencia a lucirse, las imágenes de los golpes e insultos recibidos.

—Yudica... los Jones son...

—Sé quiénes son los Jones, no te quepa la menor duda —interrumpo a mi padre con una fuerza que no deja de sorprenderme—. Y sé quién es Sergio. Por mi parte, solo habrá una denuncia, ¿entiendes?

Mi respiración es agitada y mi corazón late con fuerza. Mi padre me observa asombrado, puede que le sorprenda mi absoluto convencimiento. Por una vez, no dudo.

—Está bien, lo comprendo. Ahora mismo les diré que se vayan. —Reafirma, más bien para sí mismo. Mi padre parece indeciso, incluso algo entristecido. Imagino que le cuesta encajar la decepción que supone para él saber que, una persona de confianza ha sido capaz de comportarse de forma violenta conmigo. Sé que moralmente se ve comprometido.

Sale de la habitación y oigo cómo voces alteradas resuenan entre las paredes. La chillona voz de la señora Jones retumba por toda la casa y parece estar muy indignada. Sergio trata de insistir, creo que todavía no tiene asimilado que ya me ha perdido. Yo estoy apoyada contra la puerta tratando de

escuchar a través de la distancia que me separa de ellos. No puedo imaginar cómo continuarán nuestras vidas por separado, pero no puedo evitar sentir una inexplicable sensación de libertad. La puerta de casa se abre. Mi padre insiste en que se marchen. Habla de dejar pasar el tiempo, de aclararlo cuando los nervios no estén tan alterados y de paciencia. Mientras tanto, mi madre llora desvalida. Su inseparable amiga está siendo despedida de su casa por su propio marido y eso le duele. Supongo que no acaba de aceptar lo ocurrido. Sus vidas se están resquebrajando y sus amistades puestas en duda. Los Jones se dirigen hacia el exterior de la finca muy indignados. Me acerco a la ventana, y junto a mí advierto que mis dos hermanos imitan mis movimientos. Desde allí se puede ver el exterior y a todos los personajes interactuando. Los tres permanecemos mudos ante el espectáculo que se está desarrollando en el jardín. A lo lejos se oyen los coches de la policía que se acercan a nuestra finca.

—¿Ya no quieres estar con Sergio? ¿No quieres ser su novia? —me pregunta Gara mirándome con curiosidad. Ambos mellizos me observan y buscan una respuesta a todo lo que está ocurriendo. Imagino que no es normal encontrar a tu hermana mayor escondiéndose tras unas cortinas, o escuchar llorar a tu madre mientras oyes cómo tu padre trata amablemente de echar de su vestíbulo a personas que siempre han estado en tu vida. Me agacho frente a ellos y los miro atentamente:

—No, Gara, Sergio no se portaba bien conmigo —le explico con sinceridad.

¡Hala! ¡Ya lo he dicho! Ya es hora de vivir sin miedos, fingiendo que todo es perfecto. Tengo que aprender a ser sincera conmigo misma y con todos los que me rodean, ¿no? Y se empieza así, con pequeños gestos. Gara afirma con aire de autosuficiencia y no me hace más preguntas.

—¿Te ha hecho daño? —Jonay me pregunta con evidentes muestras de preocupación.

—Ya nunca más me volverá a hacer daño. Ni él ni nadie —le contesto convencida de mis palabras.

Jonay me abraza y yo siento una increíble paz ante mi sinceridad. Acaricio su pelo y correspondo a su abrazo con ternura. Sé que ahora todo se desbordará. Las preguntas, los por qué, las denuncias... Pero algo en mi interior hace que no me derrumbe. Mi vida ha tomado un giro rotundo y estoy dispuesta a enfrentarme a cualquier circunstancia con tal de defender mi

felicidad. Estoy cansada de tener miedo y de seguir manteniendo mis absurdas mentiras. He de dejar de fingir que todo va bien en lugar de evitar enfrentarme a mis temores. Y lo más maravilloso de todo es que a pesar de que todo se resquebraja a mi alrededor, me siento confiada al saber que he tomado el camino correcto. Ya no volveré a agachar la cabeza por nadie. ¡Jamás! Ahora me doy cuenta de lo importante que es respetarse para poder respetar a los demás. El cambio comienza en uno mismo, y he conseguido realizar el primer paso para entrar en el mundo de la libertad. No quiero sentirme nunca más víctima.

**“La ley es tela de araña, en mi ignorancia lo explico:
no la tema el hombre rico, nunca la tema el que mande,
pues la rompe el bicho grande y solo enreda a los chicos”.**

“El Gaucho Martín Fierro” de José Hernández
(1834-1886) Militar, periodista, poeta y político

Yared

Durante un largo espacio de tiempo, consigo participar en la angustiada burocracia de la comisaría, y observo a los personajes interactuar unos con otros. Van y vienen y no dejan de preguntarme sobre lo ocurrido en el bosque. Cómo no, también ha habido preguntas algo incómodas. Quieren llegar a entender por qué Yudica no volvió a su casa, por qué no volvimos al pueblo cuando estábamos ya recuperados, y por qué no hicimos lo posible para contactar con las personas que estaban buscándonos.

Me han hecho revisiones, análisis y radiografías. Mis hermanos se han echado las manos a la cabeza después de escuchar mi historia y ver las secuelas de mis lesiones. Supongo que piensan lo cerca que han estado de volver a perderme. Gregori palidece y se sienta sin dejar de observar el recuerdo que tengo de la herida de navaja y el gran hematoma amarillento que cubre parte de mi tórax. Nicolás me mira con esos ojos tan expresivos que tiene, como convenciéndose de que estoy vivo y con ellos. Yo me dejo arrastrar por la burocracia mientras que, sin proponérmelo, me voy adentrando poco a poco en mí mismo y dejo de participar activamente. Lo hago muy lentamente. ¡Casi no me doy ni cuenta! Pero ante el torbellino que gira a mi alrededor en forma de preguntas, declaraciones y más preguntas, logro volver a mi mundo interno, a lo imperturbable, y tomo distancia. La vida mundana logra distraerme. ¡Eso es inevitable! Pero algo en mi mente se apaga, como un *off* automático que me recuerda que todo esto no es real. Y así, muy lentamente, me voy apartando del campo de batalla. Gregori permanece junto a mí, tratando de alejarme del sistema burocrático gracias a su papel de abogado. Enseguida argumenta con profesionalidad dónde estaremos, en el caso de que necesiten nuestra futura colaboración.

Utilizamos una puerta trasera para evitar que los periodistas se abalancen hacia nosotros. La noticia de que Yudica Yerby ha aparecido, se ha extendido tan rápidamente como la pólvora. Aprovechando que todavía se desconoce la identidad del misterioso vagabundo, preferimos continuar con el anonimato en la medida de lo posible, así que, con la ayuda del comisario, salimos por una puerta trasera que desemboca directamente al coche de Nicolás. Nos metemos los tres rápidamente en el interior. Yo me siento atrás y dejo salir un suspiro de alivio. Pasamos con lentitud por las calles del pueblo para rodear la comisaría y dirigirnos al hostel, donde permaneceremos hasta que ya no se necesite mi presencia en este pueblo. Mientras circulamos por las estrechas calles, puedo observar a los periodistas intentando buscar la noticia. Los habitantes forman varios corrillos, es como si todo el pueblo se hubiera reunido en la plaza central y argumentaran con entusiasmo la noticia que parece traspasar los límites inapreciables de la región. Supongo que es poco frecuente que un pueblo perdido entre montañas y naturaleza, llegue a salir en las noticias de forma tan sorprendente. Desde luego que el sistema de información funciona con mucha eficacia, porque incluso está aquí la prensa rosa. Entonces aparece en escena Sergio Jones y sus padres, fuertemente escoltados por la policía. En cuestión de breves segundos, la familia está rodeada de fotógrafos y periodistas que desean alguna declaración. Parece ser un gran acontecimiento que despierta un íntimo morbo a la sociedad. Desafortunadamente sé que las adversidades de la gente adinerada son la válvula de escape del pueblo. ¡Ya no solo sufren ellos! Incluso teniendo dinero, nadie está libre de los sinsabores que ofrece este mundo despiadado, donde las desgracias son justas si son merecidas. Es una especie de “justicia divina”. Se siguen estas noticias con bastante interés, y se justifica los linchamientos morales con demasiada rapidez. Ciertamente, las sentencias populares pueden ser despiadadas y crueles.

—A partir de ahora tu nombre será Nicolás y llevarás en todo momento mi credencial de periodista. — Oigo que me dice mi hermano pequeño, cuyo propósito es aprovechar nuestro parecido físico para lograr pasar desapercibido.

Nicolás no tiene más remedio que detener el coche para dejar pasar a la gente que aparece por nuestro alrededor para ver al detenido. Al pasar cerca de los acontecimientos que se desarrollan fuera, los tres miramos hacia el

acusado. Toda la atención está puesta en Sergio Jones, así que nosotros pasamos por el momento desapercibidos.

—¿Es él? —me pregunta Gregori con curiosidad.

—Así es.

—¡Pobre diablo! Parece que está fuera de su cuerpo. —Escucho que dice Nicolás. ¡Qué razón tiene! La actitud que demuestra es de pura abstracción. A lo mejor es una forma de autoconvencerse que todo lo que le está sucediendo no es más que una pesadilla. ¡La verdad es que no va muy desencaminado! No lo puedo evitar, y siento compasión por él.

Y entonces la veo a ella. ¡Allí está! Acaba de llegar en otro coche de policía y sale del interior protegida por un agente y por su padre. Se detiene por unos segundos y mira a su alrededor con aire resuelto. No parece estar asustada y en sus ojos veo determinación y seguridad. Comienza a andar con la cabeza erguida, su pelo suelto y brillante, una camiseta de tirantes y unos tejanos largos que le quedan fenomenal. ¡Está preciosa! Entonces me desestabilizo. Es como si me desconectara y volviera dolorosamente al mundo. Siento que mi corazón se agita frenético, mis pulsaciones se disparan enloquecidas y mi respiración se entrecorta. La tensión se instala en mis músculos, y me hace permanecer alerta, apegado a la pantalla del mundo, como si fuera capaz de poder variar el curso de los acontecimientos con mis propias valoraciones. Mis pensamientos son de una infinita comprensión hacia lo que puede estar pasando Yudica. ¡Temía tanto que llegara este momento! Y ahora la veo rodeada por una multitud que se abalanza para bombardearla a preguntas y fotografías. Cierto es que su padre la acompaña con actitud protectora, pero al contrario que ella, se muestra cómodo ante la prensa. Los flashes y el acoso no parece que le incomode y esboza una sonrisa aludiendo una futura declaración

—Es Yudica —digo a media voz, y noto enseguida que me ha temblado. Mis hermanos la miran con curiosidad.

—¡Parece que despierta mucho interés en la prensa! —dice Nicolás. Casi detiene el coche. Supongo que les intriga saber quién ha sido la mujer que ha estado acompañándome durante todo este tiempo. A pesar de que tengo puesta toda mi atención en lo que ocurre en la calle, siento la mirada de Nicolás y Gregori taladrándome. ¿Pero qué miran? Es Gregori el primero que rompe el silencio que se ha formado en el interior del coche y exclama asombrado:

—¡Madre mía! Si me lo cuentan, no me lo creo. —Y como si se hubieran

puesto ambos de acuerdo, comienzan a desternillarse de risa con tantas ganas que no puedo evitar mirarlos molesto.

—Sois insoportables. Lo sabéis, ¿verdad? —les digo con fastidio. ¡Se lo están pasando fenomenal!

Alguien mira con curiosidad el interior del coche que ocupamos, por lo que Nicolás sigue conduciendo para salir del centro neurálgico donde se desarrollan los hechos. Pero mientras nos alejamos no dejo de seguirla con la mirada. Hay chistes y risas a mi costa. Siempre aprovechan cualquier ocasión que se les presenta para hacerlo, estoy acostumbrado. Pero en cambio siento un profundo desasosiego por ella, y no dejo de pensar en que se va a enfrentar a un sinfín de preguntas angustiosas. ¡Cómo deseo estar a su lado! Estoy nervioso y me empiezo a mover por el asiento con malestar.

—¡No!, ¡para, Nicolás! —No puedo evitar exclamar. El coche gira en la esquina más cercana y Nicolás frena. Ambos han dejado de reírse. Parecen muy asombrados. ¿Cuándo fue la última vez que me vieron ser arrastrado por los acontecimientos?

—No puedo dejarla sola —les digo ansioso. Para mi propia sorpresa, noto que me estoy dejando llevar por la corriente con mucha facilidad.

—Yared, no tiene nada que temer. Está a salvo. Ese personaje no se podrá acercar a ella. —me asegura Gregori.

—No temo a ese tipo, hay más depredadores. ¿Es que no lo habéis visto? —insisto intranquilo.

—¡Vaya! Esto va en serio... —Nicolás me analiza con curiosidad. Después desvía su mirada hacia Gregori y dice en tono imperativo—. ¡Ve tú!

—¿Qué?! —Gregori nos mira a ambos con cara de sorpresa. Hay un denso silencio. El coche emite el ronroneo del motor, nada más. Nicolás y yo miramos a nuestro hermano esperando su respuesta.

—Nicolás, no creo que yo... —Gregori duda.

—¡Venga! Ayuda a la chica. Es importante para Yared. Sal y explícale quién eres y de parte de quién vas. ¡Gregori, joder! Tú haz tu trabajo y trata de que no la atosiguen mucho. Después iré yo a buscarla. Me gustaría conocer a la persona que ha embrujado al solitario de nuestro hermano. ¡Baja ya! —Casi lo ha empujado hacia fuera y el pobre no ha tenido más remedio que abrir la puerta y salir. Da la sensación de que está cabreado y no deja de dar bufidos llenos de indignación.

—¡Esto te lo voy a cobrar! —me amenaza Gregori con el dedo.

Una vez fuera, se toma unos segundos para recomponerse, se coloca bien su corbata, se peina su ondulado cabello hacia atrás y se dirige a la comisaría con un absoluto aire resuelto y seguro. Nicolás y yo le seguimos con la mirada. Oigo que mi hermano pequeño comenta con su característica voz burlona:

—¡Mira que se lo tiene creído! —Y ambos nos reímos liberando la tensión de minutos antes.

Ya en la habitación del hostel, nos acomodamos. Yo necesito una ducha y afeitarme. Nicolás me trae ropa de recambio. Él es la conexión que utilizo para mis necesidades mundanas, quien me recuerda que llame a mi familia, que haga un alto en el camino y que descanse de mi mundo particular para aterrizar de vez en cuando en la tierra. Es la vía de conexión que utilizo para mantener la comunicación, y la excusa perfecta para pasar unos días juntos. Él es la sensatez dentro de la infinita comprensión que siente por mi forma de vida.

—Te he traído ropa nueva. Mamá ha insistido. Ha ido ella misma a elegirla —me explica con voz neutra sin dejar de observarme.

—Gracias por todo, Nicolás. Por venir, por mandar a Gregori a ayudar a Yudica y por ir a buscarla tú más tarde. ¡Qué haría yo sin vosotros! —le digo sinceramente.

—Seguramente andarías por el mundo dando tumbos como un alma en pena. —Se estira perezosamente y después de breves segundos de duda, por fin me pregunta—: Oye... me imagino que esa monada sabe cómo es tu vida. Con tanto tiempo juntos y sin otra distracción que vuestra propia compañía, habréis hablado de todo este asunto, ¿digo yo!

—Sí, algo hemos hablado. Ha dado tiempo de todo —le contesto con una sonrisa. Sé que está loco de deseo por preguntar y conocer todos los detalles, incluso por hacer un comunicado de prensa para toda la familia, si fuera necesario.

—Ya, pero no me cuentes detalles. —Y hace un gesto despectivo con la mano, demostrado una indiferencia que está lejos de sentir—. Y te recomiendo que no descuides tanto tu apariencia, ¿vale? Está muy bien eso de no idolatrar el cuerpo, pero... no te descuides.

—Pareces saber mucho del tema —le contesto con sorna—. Pero no he tenido ningún problema con Yudica, y te aseguro que no he mirado si repetía de camiseta o no.

—¡Sí, bueno!, estás fuerte y afortunadamente los dos hemos heredado los

genes de nuestra madre. Eso ayuda bastante, ¡la verdad! Gregori, por desgracia, ha heredado los de papá y, ¡lo tiene que compensar siendo muy listo! —Y nos desternillamos de risa.

Mientras me visto, noto que Nicolás sigue observándome con curiosidad. Impera un silencio tenso. Así que le apremio mientras me pongo una camiseta:

—¿¡Qué?! Venga, ¡suéltalo ya! —exclamo al fin, deseoso de que deje de seguirme esa mirada persistente por toda la habitación.

—No.... nada. —Y se encoge de hombros—. Estás mucho más presentable sin la barba, pero ni la ducha ni el afeitado te arreglan esas señales del cuerpo. Ese tipo te ha dado una buena paliza.

—Ya, pero no sigas por ahí, Nicolás, ya me habéis reñido bastante en la comisaría. No quiero hablar de este tema. Ese chico tiene más problemas que yo.

—Pero... —Trata de insistir. Le hago un leve gesto con la mano mientras niego con la cabeza, haciéndole entender que no tengo intención de seguir con esta conversación. Su mirada está cargada de impotencia, incluso he notado que se ha puesto a la defensiva. Su espalda se ha erguido y está incómodo. Es como si mi negación a hablar de este tema lo irritara.

—¡Está bien! —exclama como si hubiera llegado a su punto límite. Se levanta de su asiento y gesticula exageradamente mientras dice—: ¡No quieres hablar! Pues no hablaremos de lo que pudo ocurrirte, ni tampoco de que podrías haber muerto desangrado o asfixiado por el incendio que ese necio provocó. Ignoraremos el hecho de que podríamos estar buscando tu cuerpo sin vida en medio de un gran bosque. ¡O peor aún! —y me señala con un dedo acusatoriamente—, identificando tus restos mientras nos repetimos: “esto no es real”. ¡Sí, pero qué tonterías digo!

Me acerco a él y pongo mis manos sobre sus hombros para detener su paseo por la habitación. Después le digo suavemente:

—Nicolás, no te haces ningún bien pensando eso. Además, el repetir que no es real no sirve de nada si no crees realmente que todos estamos soñando.

—¿Pero no te das cuenta de lo que podría haber pasado? ¿Cómo se puede pensar en eso? —exclama con impotencia—. El que se queda aquí es el que llora la pérdida.

—¡Pero eso es precisamente lo más alentador que se puede pensar cuando un cuerpo parece morir! Te lo he dicho miles de veces y parece ser que sigues sin creerme. En realidad, cuando se abandona el cuerpo te das cuenta de que

todo es un gran montaje muy bien diseñado, que nada es real y la vida continúa. ¿Por qué hay que negar el confortante pensamiento de que quien se ha ido, está bien y a salvo?

Nicolás suspira. Se ha dejado vencer, su cuerpo se ha relajado, sus músculos ya no están tensos, y su mirada se ha perdido entre las paredes de esta habitación. Tras su suspiro de rendición, dice en voz muy baja:

—Porque los que quedamos aquí lo echaremos a faltar.

Lo abrazo. Nicolás vuelve a suspirar, liberando la tensión que tenía acumulada por los largos días de incertidumbre que ha pasado hasta que me ha vuelto a encontrar.

—Pero el amor que se siente hacia esa persona es eterno, ya que nace del interior. ¿No es sobrecogedor que algo que no se ve, no perezca nunca? —Tras unos instantes de silencio, le digo—: Aunque estoy aquí, ¿cierto?

Nicolás se separa de mí. Alza las manos, quizás para demostrar que la situación le sobrepasa pero que no va a seguir insistiendo y suspira con resignación.

—¡Está bien! Pero espero que tengas buenas dosis de paciencia para cuando llegues a casa. No voy a omitir nada a nuestros padres. Y cuando digo nada, es nada —me recalca señalándome con un dedo amenazador.

Sonrío mirándolo de reojo mientras me alejo de él. ¡Así es mi hermano! Aprovechando siempre la oportunidad de obtener información:

—No esperaba menos de ti.

—Y necesito información detallada —insiste—. Yared, esa chica, Yudica. ¿Tiene intención de acompañarte? ¿Habéis pensado en eso? Por lo que veo, tú te has enganchado al fin a alguien en este mundo voluble y efímero. Pero ¿y ella? Parece muy joven.

Me siento sobre la cama y Nicolás lo hace junto a mí. Después de dejar pasar varios segundos, le paso un brazo sobre los hombros mientras le doy golpecitos en la espalda llenos de afecto:

—Y lo es. Pero, aunque te extrañe, no soy diferente al resto del mundo. Vivo y experimento como cualquier otra persona, y no puedo ignorar lo que siento cuando estoy con ella. —Y suspirando, acabo por decir—: Y sí, la intención es que me acompañe.

—¡No me lo puedo creer! —me dice sorprendido—. Pero no me lo expliques como si fueras a ir al matadero. ¡Déjate llevar, hombre! ¡Te lo mereces! —Me zarandea para que reaccione dándome ánimos. Sonrío ante su

comentario, pero no dejo de reconocer las dificultades que existen en mi forma de vida. Sé que no será fácil y que las complicaciones irán surgiendo, porque así está montado el espectáculo del mundo, siempre poniéndote a prueba. ¿Pero qué puedo hacer? ¿Dejarme llevar por un miedo inexistente y que la mente crea? ¿O utilizar los aparentes sucesos para trascenderlos y aprender de ellos?

—Yo lo tengo claro, y ella parece ser que también —le confirmo al fin—. Así que no voy a cuestionar nada, ni tan siquiera me voy a preguntar lo que nos puede deparar el futuro. Solo me voy a dejar llevar por lo que me dice el corazón y disfrutaré del camino. Lo que ha de ser, será, y sé que ni una sola de mis preocupaciones, ni uno solo de mis temores va a precipitar las cosas o las va a arreglar. Así que no vale la pena enredarse con esos pensamientos.

—Me alegro por ti, de verdad. Y ella parece una chica estupenda —me dice Nicolás con sinceridad.

—¡Lo es! A ti también te gustará.

—Si lo ha conseguido contigo... no sé, Yared. Casi me da miedo conocerla. ¿Seguro que quieres que vaya a buscarla? Soy más joven y más guapo que tú. ¿Quieres correr ese riesgo?

Le devuelvo la sonrisa. Después le doy una pequeña colleja en la nuca mientras le digo:

—Ni lo sueñes. —Nicolás se levanta de su provisional asiento y ambos comenzamos a protagonizar un simulacro de lucha, como cuando éramos pequeños.

Minutos después nos vemos envueltos en la conversación pendiente que tenemos sobre el trabajo que tengo por delante. La espera a que Gregori vuelva de la comisaría puede ser larga, por lo que Nicolás me detalla todos los avances que ha hecho y me pone al día.

Mi próximo destino ya está a punto a dar inicio, y para mí es un auténtico placer introducirme en el misterioso mundo de la naturaleza oculta, en el parque Nacional Phong Nha-ke Bang en Vietnam. Un mundo casi desconocido y prácticamente inexplorado, una oportunidad perfecta para vivir una experiencia en toda su plenitud.

A pesar de mi entusiasmo y emoción ante el nuevo proyecto, cuando llega Gregori a la habitación del hostel, no puedo evitar abalanzarme contra él para acosarle a preguntas. Gregori se hace de rogar. Me recuerda que se cobrará de

alguna forma el trabajo extra al que ha estado sometido, se refresca tranquilamente con la bebida que trae en la mano, y parece disfrutar al ver cómo le sigo con la mirada.

—Eres malvado. ¡Di algo a Romeo! Yo me voy a buscarla. ¿Quieres que le diga algo especial a tu chica? —dice Nicolás mientras sale de la estancia.

—¿Qué tal advertirle de que eres un capullo? —le digo con burla. Nicolás se despide con un gesto desagradable.

Gregori se desabrocha los botones superiores de su impoluta camisa, se afloja el nudo de la corbata y se pone cómodo. Es un abogado que siente su profesión y disfruta haciendo su trabajo. Y ahora también está disfrutando haciéndome esperar. Observo su sonrisa permanente mientras estira sus piernas recostándose sobre la silla:

—¡Humm! ¡Ah! —Se relame tras un buen trago de su bebida—. Bueno... ¿Por dónde empiezo? —Parece dudar. Sé que lo está haciendo intencionadamente, por lo que sigo sin mover ni una sola pestaña. Suspira, prologando la espera y por fin dice—: Es una monada. Algo joven para mi gusto, pero me encanta.

—Gracias. Me alegro, sinceramente —respondo con una sonrisa.

—Su padre estuvo reacio a mi ayuda, pero ella se mostró firme. Trató de explicar lo sucedido aguantando la compostura. Contó con pelos y señales su pelea con ese novio, cómo la agredió... en fin, todo eso. —Y hace un gesto despectivo con la mano para evitar remover viejas heridas.

—¡Pobre chiquilla! Debería haber estado allí con ella —digo con pesar. En cuando pronuncio esas palabras, Gregori olvida su actuación y trata de animarme de inmediato.

—Pero ¿qué dices? Tú solo la hubieras angustiado más. Aunque no lo creas, a veces no eres de mucha ayuda. Estuve yo y traté de que todo fuera lo más rápido posible. Es una chica fuerte, no la trates como si fuera de gelatina —dice resuelto y sin dejar lugar a dudas.

—¿Qué crees que pasará? ¿Irá a la cárcel? —Gregori hace como que duda y adopta su aire de abogado perfecto:

—Sinceramente, la mayoría de los acusados por malos tratos no llegan a entrar en prisión. Quizás se consiga una orden de alejamiento y sea absuelto. Habrá una suspensión de la sentencia a cambio de cursos sobre reinserción. Eso, por una parte. Por tu agresión, aunque han sido verificadas las heridas, no ha habido ingreso hospitalario, así que dudo que pise la cárcel. Y respecto al

incendio, las condenas suelen ser más graves si ha puesto en peligro la integridad física de las personas. Pero sinceramente, Yared, cuando las penas de prisión son tan cortas, el juez suele sustituirlas por arrestos de fines de semana o multas, siempre dependiendo de las circunstancias personales y tratándose de personas sin antecedentes, claro está. No sé —se encoge de hombros—, puede que pase una temporadita en la sombra, pero nada más. He observado a esta familia, a su opulento abogado y la arrogancia que cada una de estas personas han demostrado. Y debes de comprender que, a pesar de la denuncia, el apellido de este personaje es suficiente como para eliminar cualquier sospecha que pueda ensombrecer a esa familia.

Me mira desde su altura, sopesando sus futuras palabras, y finalmente me dice:

—Pero si realmente lo deseas, podemos aprovecharnos nosotros también de nuestro apellido. Papá puede meter su mano en este asunto y hacer que ese maltratador pase una temporada meditando entre rejas.

Alzo la mano para detener sus palabras y niego con la cabeza rotundamente:

—No. Nada de eso. Ni loco —contesto con determinación.

—Me lo imaginaba. ¡Bueno! —Se incorpora levemente para tomar otro trago de su bebida—. Saldrá bajo fianza, seguro. A pesar de los inútiles consejos de su abogado, y del ataque de histerismo que tenía su madre para tratar de impedirlo, ha cantado como un pajarito. Es más, parece estar sinceramente arrepentido.

Gregori vuelve a incorporarse de su posición relajada y me pregunta, esta vez con un claro matiz de curiosidad:

—Y esa chica, Yudica, ¿se irá contigo?

—Esa es la idea. Sí, se vendrá conmigo.

Gregori no deja de mostrarse extrañado por el comportamiento tan poco usual que demuestro, al fin y al cabo, es la primera vez que tengo la determinación de que me acompañe en mis viajes una mujer en tan corto espacio de tiempo.

—Nuestros padres se van a llevar una gran alegría —me dice al fin con una gran sonrisa—. Es la chica perfecta para un desmelenado como tú. ¡Qué suerte tienes, gamberro!

19

“... no reaccionarías en absoluto a las figuras de un sueño si supieses que eres tú el que lo está soñando. No importa cuán odiosas y cuán depravadas sean, no podrían tener efectos sobre ti a no ser que no te dices cuenta de que se trata tan solo de tu propio sueño”.

Extracto del libro: UCDM

Yudica

Me cuesta desprenderme del yugo protector de mi padre. A pesar de todos los argumentos que puedo idear para convencerle de que voy a estar bien, él se resiste a confiar en mí. ¿Cómo pretende controlar cada pequeño detalle de mi vida? ¡Eso es imposible! En estos momentos en que reafirmo que Yared significa mucho para mí, se hace el protector y duda de mi elección. No entiendo qué más pruebas necesita. ¡Pero si incluso ha estado a nuestro lado su hermano mayor, como abogado! Su actitud no deja de asombrarme. Pero no voy a dejarme doblegar. He decidido ser sincera conmigo misma y no volver a vivir con miedos. Y yo quiero estar con Yared, aunque no le guste a mi familia.

Lo más enternecedor es que su hermano pequeño, Nicolás, ha venido para ayudarme a escapar de los periodistas y llevarme junto a él. ¡Es la viva estampa de su hermano! Sí, más risueño, quizás con cierto aire picarón en los ojos, pero no puede negar su parentesco. Me va a acompañar al hostel, y se ha comprometido a llevarme de la forma más discreta posible, saliendo por la puerta de atrás. Me siento junto a mi desconocido rescatador y de pronto noto que estoy algo intimidada. Me mira durante unos segundos con extrañeza y yo me revuelvo en el asiento insegura. Advierto que se parece mucho a Yared, cierto, pero comienzo a ver sutiles diferencias. Parece que después de inspeccionarnos ambos durante un rato, Nicolás se da cuenta del silencio que nos envuelve y enseguida se disculpa con una gran sonrisa:

—Perdona, ¿estás bien? —Yo afirmo. Estoy extraña. ¡El día en su conjunto lo ha sido!—. No puedo evitar mirarte, pero estoy algo asombrado por todo lo que ha ocurrido. —Nicolás se encoge de hombros y enciende el motor del coche.

—Lo sé. Ni yo misma he tenido tiempo de asimilarlo —contesto. Sí, quizás sea buena idea ser honesta y decir lo que pienso.

El coche se pone en movimiento. El hostel está muy cerca, pero empieza a dar vueltas por el pueblo con lentitud. Tengo la impresión de que quiere conocerme. ¡Madre mía! ¿Será esto una especie de valoración personal? Nicolás habla con desenvoltura y para mi sorpresa, sus palabras me empiezan a interesar muchísimo. Me está hablando de su hermano y de su peculiar forma de ser, y yo estoy más que dispuesta a escucharle. Me interesa todo de él, así que centro mi atención en sus palabras.

—Tienes que perdonarnos si nos ves a Gregori y a mí tan sorprendidos, pero ha sido muy extraño ver a Yared tan comprometido. Él siempre tuvo dificultades para relacionarse. Es una persona solitaria y su forma de vivir le ayuda a conseguirlo. Pero no me malinterpretes, con las mujeres nunca ha tenido problemas, aunque también he de decirte que jamás se ha involucrado de esta manera con nadie. Su única relación seria y duradera con una mujer ha sido con mi madre —me dice con una sonrisa enigmática. Después me mira con atención y pregunta intrigado—: ¿Te ha contado algo de ella?

—Sé que estuvo muy enferma. Ese hecho le hizo hacerse muchas preguntas y querer encontrar las respuestas —le contesto, evitando contarle que leí su diario. No creo que sea conveniente lucir mi faceta curiosa en estos momentos.

—Nuestra madre sufrió una atrofia muscular en muy pocas horas —me explica Nicolás con naturalidad—. Es una de esas enfermedades extrañas que la padece una persona entre 100000. El sistema inmunológico ataca al sistema nervioso, y estas mismas defensas destruyen la mielina que rodea los nervios. Así que dejan de funcionar todos los músculos. También se le paralizaron los músculos respiratorios y los de la deglución. ¡Así que imagínate! No podía ni tragar.

—Sé que vivíais aquí de pequeños, y que tuvisteis que trasladaros para estar más cerca del hospital. Supongo que esa experiencia puede marcar la vida de cualquier niño. —Logro decir con aparente tranquilidad. Aunque trato de disimularlo, estoy atacada por los nervios. El día ha sido tan intenso, que un leve dolor de cabeza comienza a hacer su aparición. Se ha instalado en mis sienes, como si ya supiera cuál es su sitio preferido.

—Sí, fue una época muy difícil para todos. Mi madre tuvo una larga y difícil rehabilitación. Hoy en día ya está recuperada, pero es lenta en movimientos y la fuerza la ha perdido.

Siento una indescriptible sensación de simpatía por esa valerosa mujer. Me sobrecoge a la vez cierta angustia por ser tan quejica. Nos centramos tanto en pensar en lo que no tenemos, que se nos olvida completamente lo que sí tenemos. Siempre puede haber en algún rincón del mundo alguien que solo desea recuperar su movilidad.

Sumergida en mis pensamientos, casi me olvido de que Nicolás sigue a mi lado hablándome de Yared. Creo que para él es importante que yo sepa ciertos aspectos fundamentales que marcaron su vida.

—Tengo entendido que Yared no asimiló muy bien lo que le ocurrió a vuestra madre, pero que en la granja de vuestros abuelos se recuperó, ¿no? —le pregunto con curiosidad.

Nicolás vuelve a lucir su sonrisa, un arma a su favor bastante efectiva, tengo que reconocerlo:

—Veo que estás informada. —Sacude levemente la cabeza, como si espantara su sorpresa y continúa explicándome—: Sí, nuestros abuelos supieron ayudarle a salir de su estado de ansiedad, pero fueron largos años en los que Yared, dependiendo de donde estuviera, se transformaba. Cuando estaba en nuestra casa se mostraba rebelde y hacía todo lo que se consideraba peligroso o antisocial. Estaba siempre retando a la suerte y poniendo a prueba la paciencia de todo el que se acercaba a él. —¡Ja! Eso no lo sabía. El impasible Yared totalmente descontrolado. Nicolás me sigue explicando—: Pero todo cambió después del accidente que sufrieron. Imagino que eso también lo sabes, ¿me equivoco? —me pregunta con curiosidad.

—Sí, algo me ha explicado. Vuestros abuelos murieron en el accidente, y él estuvo en coma. Durante ese tiempo, experimentó algo que le hace vivir en este mundo con una visión muy distinta a la nuestra. —Y miro el sonriente rostro de mi acompañante, el cual afirma con la cabeza. Se detiene frente al hostal y apaga el motor. Gira su cuerpo para mirarme, y me dice:

—Verás, mi hermano tenía fracturas en las piernas y su cerebro estaba inflamado. Era una auténtica agonía verlo en ese estado. Pero un buen día despertó, ¡imagínate! Todos teníamos el temor de informarle que mis abuelos no habían logrado sobrevivir al accidente. ¿Pero sabes qué ocurrió?

Me encuentro expectante, escuchando y sintiendo todas las escenas que describe como si las viviera en primera persona.

—Pues nada —me dice con una gran sonrisa—. ¿Te lo puedes creer? ¡Nada! Fue muy extraño que hablara con la completa aceptación de sus

muertes, cuando nadie se lo había dicho. —Se detiene durante unos segundos. Su mirada se pierde en la lejanía, como rememorando esos días decisivos. Después vuelve a reanudar su relato—. Recuerdo que cuando despertó, comenzó a decirnos que todo era mentira, que nada era real. Insistió tanto, que al final mis padres tuvieron que suplicarle que dejara de decir esas cosas, sobre todo fuera del círculo familiar. Pero como puedes imaginar, su transformación fue rotunda.

Nos quedamos en silencio, sumergidos en nuestros propios pensamientos. Yo estoy sobrecogida, afectada por todo lo que escucho y trato de aparentar una tranquilidad que ni mucho menos siento. Observo que Nicolás duda. Su mirada se pierde durante breves segundos en el horizonte, pero al instante me comenta con cierta timidez:

—Te preguntarás por qué te estoy explicando todo esto...

—Me imagino que quieres saber hasta qué punto Yared y yo hemos conectado —le interrumpo con fingida confianza—. Como bien has dicho, hay cosas que tu hermano no explica a cualquiera. Así que deseas evaluar la clase de persona que soy, y como intentas protegerlo, tanteas esta inesperada situación. Haces lo mismo que mis padres, pero la reacción de ellos ha sido mucho más desproporcionada.

Nicolás ríe ante mi comentario, dando varios golpecitos sobre el volante del coche. Después me mira con ojos muy brillantes:

—¡*Touché!* Sí, voy entendiendo —dice mientras vuelve a evaluarme con su negra mirada—. Tus padres no han tomado muy bien tu decisión de acompañar a Yared. —No es una pregunta, pero, aun así, afirmo.

Mis ojos se humedecen al recordar la escena que protagonizó mi padre, la reacción de ambos en mi casa, el resentimiento de mi madre, su llanto... La angustia se apodera de mí. Nicolás advierte mi malestar, por lo que dice enseguida:

—No te preocupes. No has podido apostar por mejor aliado. Yared acabará por conquistarles, no lo dudes. —Y después de varios segundos de silencio en que intento recomponerme de las emociones que me ahogan, Nicolás me pregunta:

—¿Subimos? —Afirmo con la cabeza y salimos del coche en silencio. Mientras nos acercamos a la habitación, voy poniéndome cada vez más nerviosa. ¡Voy a volver a verlo!, en un escenario totalmente distinto, pero volveré a estar junto a él. Mi corazón se descontrola, mis pulsaciones se

aceleran y las mariposas de mi estómago empiezan a hacerme cosquillas. Desde que entré en mi casa esta mañana y tuve que enfrentarme a mis padres, hasta el momento de volver a encontrarme con Yared, he sobrellevado el día luchando contra un mar de sensaciones indescriptibles. Ha sido un día muy intenso y difícil, las declaraciones en la comisaría me han dejado moralmente agotada y siento que necesito liberar lo que oprime mi interior. Cuando Nicolás abre la puerta, veo a Gregori sentado cómodamente y a Yared frente a él, ambos hablando despreocupadamente. ¡Ay, Dios! Me siento totalmente indefensa al volver a verlo, mi tensión se viene abajo y casi sin ser consciente, me echo a sus brazos y me pongo a llorar como una niña histérica. ¿Por qué me muestro tan desbordada? ¿Por qué me siento tan vulnerable? Descargo mi fatiga mediante un llanto liberador, perdiéndome en el calor que desprende su cuerpo, en los latidos de su corazón, en el amor que irradia por cada poro de su piel. Así, poco a poco, me voy relajando. Yared espera paciente a que me desahogue, transmitiéndome la serenidad que a mí me falta.

—¿Mejor, pequeña? —me susurra al oído. Afirmando separándome poco a poco de él, algo cohibida por mi actuación melodramática. Entonces me doy cuenta de que nos hemos quedado solos en la habitación.

—Siempre estoy llorando, y no soy así, de verdad, pero esta mañana mi padre se comportó muy mal contigo y yo... —digo con voz rota. ¿Ves?, ¡ni dos palabras y ya estoy llorando otra vez! ¡Pero es que me duele tanto el rechazo que sienten por él! Nunca imaginé que fueran capaces de mirar tan superficialmente a una persona, sin hacer un mínimo esfuerzo por conocerla.

—Lo has hecho muy bien, Yudica. Eres una mujer muy valiente. —Yo me siento fenomenal por sus palabras, pero no puedo dejar de pensar en lo sucedido esta mañana.

—Va a ser difícil que mis padres te acepten. Se han puesto furiosos —le informo llena de dudas.

—Entenderé cualquier decisión que tomes —me dice mirándome a los ojos. ¡Vaya! ¿Todavía con dudas? ¡Qué asco de inseguridades!

—No he tenido en mi vida las cosas más claras como ahora —le aseguro con rotundidad.

Me atrae hacia él, me acaricia el pelo mientras habla de una forma tierna y dulce:

—Pues entonces deja de preocuparte por lo que piensen los demás. Yudica, las familias son las únicas que se creen con el derecho de opinar y

justifican su punto de vista para convencerte del error en el que estás. No te sorprendas tanto, tienen el poder emocional para hacerlo. Pero debes de ser capaz de ver más allá de las palabras que oyes. Debes tratar de aprender a ser observadora del mundo que te rodea. No olvides que las palabras que salen de sus bocas son tus propias dudas y culpabilidad que, sin saberlo, proyectas al exterior inconscientemente. Los miedos que sienten son también tus propios miedos. Así que respeta la forma que tienen de ver las cosas, en la misma medida que quieres que te respeten a ti la tuya. Eso es lo justo, ¿no crees?

—Pero es que... —Dudo. Yo no logro ver las cosas como él lo hace—. No lo veo tan fácil. Deberías explicarles lo que quieren escuchar. Y de paso, ¿puedes dejar caer que tienes una mansión o algo así? —Nos reímos y mi tensión se va evaporando como por arte de magia.

—No hay ningún problema. Hablaré con ellos, no vayan a pensar que me dedico a hacer pulseras y collares, como tú creías. —Y nos volvemos a reír. Sé que Yared intenta quitar peso a la situación.

—Puede que yo no sea la persona que ellos deseaban para su hija —me dice muy serio mirándome fijamente a los ojos— pero no es mi intención conquistarles. A quien quiero conquistar es a ti. No me interesa nadie más.

Le sonrío contenta. ¡Qué bonito ha sido eso!, ¿verdad?

—Eso ya lo has conseguido. —Y rodeo su cuello, olvidando por completo lo que segundos antes me angustiaba tanto. ¿Cómo puede ser posible?

Me aparta el pelo de la cara, y rodeando mi rostro con ambas manos, me pregunta:

—Y a pesar de mi mala influencia, ¿querrías quedarte conmigo esta noche?

—¡Claro! —contesto sin pensarlo mucho—. ¿Pero... y tus hermanos?

—Que compartan otra habitación o se vayan a dormir al coche. ¡Son muy cansinos! —Y se encoge de hombros con una sonrisa juguetona en sus labios. Siento un beso sobre mi cabeza—. Y ahora que ya estamos más tranquilos voy a pedir algo para comer. Invitaré a esos dos individuos que tengo en esta vida como hermanos para compensar lo de la habitación, y te explicaré nuestra próxima aventura. ¿Te parece bien?

Observo su cuerpo alejarse de mí. Va con unos descoloridos tejanos negros y una camiseta roja que nunca le había visto. ¡Está muy guapo! Se ha afeitado y su cabello está recogido en una especie de moño que le queda fenomenal. ¡Madre mía! Y esos vaqueros le quedan fantásticos. Él ignora por completo lo atractivo que es, pero yo no puedo evitar darle un buen repaso de arriba abajo

y comérmelo con los ojos. Yared atraviesa la habitación casi sin hacer ruido. Sus pies descalzos cruzan en dos largas zancadas la habitación y coge un móvil. ¡Yared con móvil! ¡Ja! ¡No lo puedo ni creer!

—Nicolás, ¡tráenos algo de comer! ¡Venga! Yo invito. ¡Ah!, y coged otra habitación o compartirla porque esta estará ocupada. ¡Vale! ¡Yo lo pago todo! ¡Ah!, y por favor, trae también la información de Vietnam.

Acabamos los cuatro comiendo pizza casera hecha en la cocina del hostel. Estamos rodeados de mapas, fotos, programas y currículos de especialistas, mientras hablan del lugar que se supone, vamos a visitar. Yo lo miro todo y callo. Gregori, el hermano que se ha presentado en la comisaría para ayudarme, se muestra mucho más relajado y simpático. Se ha desabrochado la camisa y se muestra mucho más informal. No ofrece esa imagen seria que incita al respeto y a la distancia. Después observo a Nicolás. Es más nervioso y siempre parece estar contento. Noto que Yared y Nicolás parecen tener una conexión especial, se entienden sin palabras, se miran y afirman con la cabeza mientras los demás ignoramos de qué se trata. Es algo extraño de ver. Observar cómo Yared se mueve, habla e interacciona con sus hermanos, me hace descubrir en él una nueva faceta. Es cariñoso con todos, les revuelve el pelo, les da leves palmadas en la espalda... Me voy sumergiendo en sus propuestas como si fuera una simple espectadora. Estoy fascinada escuchando hablar a cada uno de estos hombres del proyecto que se va a realizar, los aspectos legales a tener en cuenta, la gente que se necesitará y la logística necesaria para dicha aventura. Por los comentarios intuyo que Nicolás supervisa todos los aspectos legales de la expedición. Yared formará parte de un equipo de investigación de unas diez personas, entre especialistas de geología, espeleología, porteadores nativos y guías, y él será el argumentista y protagonista. A medida que voy escuchando me emociono más. Al principio se me escapan muchas cosas, así que me limito a comer con cierto resentimiento por los kilos que he aumentado. Pero poco a poco voy tomando conciencia de la magnitud del proyecto. Entonces me inquieto al pensar que tengo la intención de acompañarlo. Es un sitio con un nombre muy raro, no sabría ni repetirlo, pero sé que está en Vietnam. ¡Madre mía! ¿No seré un estorbo? Esta noche se habla de cosas muy serias, de muros altos, de ríos caudalosos, de gente experta y habituada a vivir de cierta manera... ¡Joder! ¿Realmente Yared cuenta conmigo? En el momento que mis dudas y pensamientos me rondan por la cabeza, Yared se queda mirándome durante unos segundos. Me imagino que

adivina mis dudas. Entonces me acerca a él con cariño y me da un sonoro beso en la mejilla ante el asombro de sus hermanos:

—Esto no lo conté muy detalladamente en la comisaría —dice sin soltarme — pero Yudica es una enfermera con gran instinto. La noche del incendio no dejó que me rindiera y tiraba de mí como una leona. ¡Si la hubierais visto! —Hace un gesto con la cabeza, como si aún le sorprendiese, y prosigue—: Se me doblaban las piernas, me faltaba el aire, me mareaba, sentía náuseas y mi único deseo era desvanecerme a pesar del peligro de morir asfixiado. Pero ella no me dejó nunca. No sé de dónde sacó las fuerzas, la verdad, pero Yudica se crece ante la adversidad.

Ambos hermanos me miran asombrados, no sé si por lo que acaban de escuchar o por ver a Yared tan afectuoso y orgulloso de mí. Yo me sonrojo, son muchos los ojos que me están mirando.

—Pues estamos en deuda contigo, has salvado a este mendrugo —dice Nicolás guiñándome un ojo. Gregori se levanta. Él parece más tímido, pero se acerca a mí y me abraza mientras me dice al oído discretamente:

—Gracias. Te debemos mucho.

Me quedo abrumada y no sé cómo reaccionar. Yared me observa con una sonrisa. Tras este pequeño paréntesis, vuelve a sumergirse en su particular mundo natural con increíble facilidad. Su pasión poco a poco va contagiando, hecho que hace que la conversación nos aleje de los malos momentos.

—Te va a fascinar, Yudica —me explica Yared con entusiasmo—. La gruta Son Doong es una obra maestra que se ha mantenido oculta durante dos millones de años. Se descubrió su existencia en el...

—El 2009 —dice Nicolás en profunda compenetración—. Y en su interior encontrareis una selva, un río caudaloso, y estalagmitas de 70 metros. Hay evidencias de que ha llovido dentro de la gruta y que tiene un ecosistema propio. Pero puede haber accesos difíciles que puedan entorpecer la rapidez del reportaje.

—No importa, iremos poco a poco —concluye Yared. —Lo importante es abrir una ventana a la humanidad para que todos puedan admirar lo que la Naturaleza es capaz de hacer. Puede parecer una contradicción lo que estoy diciendo, pero visionar la belleza que se puede encontrar en un mundo cargado de malos pensamientos, es una buena forma de empezar a dudar de lo que se ve. Estamos tan acostumbrados a las catástrofes y a la violencia, que hemos dejado de pensar que una forma excelente de “cambiar al mundo” es

cambiando la forma de verlo. Y nosotros vamos a empezar por esta cueva.
¿No es interesante?

—Tengo la sensación de que solo tú haces cosas interesantes —argumenta Gregori burlonamente.

—Tú también te has dado cuenta, ¿verdad? —le apoya Nicolás con fingida seriedad.

Y ambos chocan las palmas de sus manos mientras que, para mi asombro, Yared les contesta con un gesto despectivo de su dedo corazón.

“Es el nacimiento lo que constituye el sueño y el olvido. Pues el alma, al nacer en un cuerpo, pasa de un estado de gran conciencia a otro menos consciente y olvida las verdades que sabía en su estado anterior. Por lo tanto, la muerte es despertar y recuerdo”.

Platón Filósofo griego (427-347 a. C.)

Yared

Los días han ido pasando y con ellos el alboroto que han provocado las noticias en el pueblo. Pero el mundo particular de Yudica sigue resquebrajado. Su familia está contrariada y triste por los duros contratiempos que han sucedido este verano. Es difícil para ellos asimilar una información tan dañina, saber encajar la decepción y las posibles consecuencias económicas que repercutirán en sus vidas. La otra familia se fue del pueblo en cuanto Sergio quedó libre. Yudica evitó volver a encontrarse con cualquier integrante de los Jones durante todo el tiempo que duró el proceso, pero para asombro de todos, accedió a encontrarse con Sergio antes de que este se marchara. Esa misma tarde y después de su encuentro, me explicó que se sentía mucho mejor después de haber accedido a hablar con él. No habían hablado mucho, simplemente Sergio se disculpó, y ella le aseguró que no le guardaba ningún rencor. No hubo más comentarios, ni reproches, ni razonamientos, nada. En cuanto esa familia abandonó el pueblo, ella se mostró más relajada y pareció retornar su confianza. Pero todavía tiene reservas. A pesar de que está decidida a acompañarme, debe romper el hilo invisible que la engancha a su gente, sobre todo a su padre, persona para ella muy importante.

Yo he querido darme a conocer y me presenté ante la familia de Yudica con el deseo de hacerle las cosas más fáciles. Pero a pesar de mis intentos, encontré un gran muro de incompreensión y juicios de valores. La única cara amable son sus hermanos pequeños. ¡Ahí sí que no he encontrado juicios, ni miradas observadoras, ni comentarios en voz baja! Hablo con ellos y jugamos a la pelota entre risas y piques. A los pocos minutos, Jonay y Gara me trataron con total familiaridad. Me llamaban constantemente para que les hiciera caso o para preguntarme curiosidades sobre animales y plantas. Se abría un mundo

fascinante ante ellos, donde yo aproveché mis conocimientos para contarles historias que pudieran llamar su atención.

Con los padres de Yudica es otra historia. He hablado con el llamado señor Yerby y he expuesto mis intenciones de la manera más simple que he podido, explicándoles lo que deseaban saber. Me muestro en todo momento cauteloso, comprensivo y socialmente correcto. No me importa ejercer el papel de “novio”. Pero el padre de Yudica es un muro infranqueable cargado de juicios, de desconfianza y de miedos. Sí, me acepta en su casa, pero la tensión que se respira es evidente. Quiere darme una oportunidad, pero no acepta con facilidad que sea yo, y no otra persona, el que haya robado el corazón de su hija. Creo que está aterrado al intuir que ha dejado de influir en ella como hasta ahora lo había hecho. Yudica ya no le parece hacer tanto caso, sus ojos ya no le buscan, y su sonrisa tiene otro destino. Observo cómo la sigue con su mirada, cómo analiza cada uno de sus movimientos, e intuyo que teme perderla. Ha olvidado por completo que el amor y el cariño son tan abundantes, que nunca puede acabarse.

Su madre, por otra parte, casi ni me mira. Está dolida, hundida y muy enfadada. No acepta esta realidad y lucha con todas sus fuerzas por no adaptarse. Es una mujer muy cerrada de mente, aferrada a sus ideas y tremendamente severa con mi pequeña. Sus ojos nos siguen con reproche buscando defectos que le otorguen la razón. La verdad es que no encaja con mucha deportividad la evidente felicidad que demuestra Yudica. ¡Qué forma de sufrir tan absurda! No puedo más que sentir pena por personas con esa condición. ¡Esa arrogancia bloquea la comunicación con cualquiera! Pero intuyo su forma de sentir. Estas personas tan aparentemente orgullosas, se sienten muy pequeñas por dentro, y no tienen más remedio que compensar esa “insuficiencia” con una soberbia absurda. Son las que más sufren y peor encajan los cambios en la vida. ¡Se lo van a poner difícil! Y lo siento por Yudica. Pero en esta familia existen muchos prejuicios. Viven por y para la opinión pública y no me consideran la persona más idónea para compartir la vida con ella. Necesitan un estereotipo más común, con más aires de riqueza, o de poder, o de convencionalismos. ¡No lo sé muy bien! E ignoran cómo afrontar esta inesperada relación ante la prensa. ¿Cómo van a explicar que su hija se va con un ecologista? ¿Dónde queda el amor que sintió por Sergio? Eran una pareja idílica. Así que por muy loable que sea mi propósito, ¡no encajo en sus vidas!

Pero si algo me descoloca más, es la lucha interna que tiene Yudica. Está tan deseosa de sentirse comprendida, que me entenece. ¡Cómo deseo que deje de tener esa mirada de angustia en su rostro!

Nicolás y Gregori ya se han marchado. Gregori deseaba volver a su casa y a su vida. No le gusta permanecer mucho tiempo lejos de su mujer, Marta. Nicolás debía ultimar los detalles más escabrosos con la patrocinadora, hablar con los futuros compañeros, y esperar el disparo de salida para poder iniciar el viaje a Asia. Y yo no pretendo atosigarla, pero empiezo a notar mi impaciencia. Estoy deseoso de volver a coger las riendas de mi vida, pero me gustaría tenerla a mi lado. Creo que ha llegado el momento de darle un leve empujón. Después de apagar el motor de la moto, atravieso el jardín que accede a la puerta de entrada con la intención de hablar con ella.

De pronto, oigo gritos y un llanto que me pone los pelos de punta. Mi corazón da un vuelco alborotado y se precipita enloquecido. Automáticamente acelero mis pasos para acceder a la vivienda. Identifico al instante a quién pertenece ese dolor desgarrador, por lo que abro la puerta sin llamar y entro en el vestíbulo como un torbellino. Ante mi mirada se desarrolla un auténtico drama.

Yudica llora con desconsuelo. Está de rodillas y se inclina hacia delante rota de dolor. Su padre está algo apartado de ella y abraza a su mujer, la cual grita dejándose llevar por la histeria:

—¡Mira lo que has hecho! ¡Oh, Yudica! ¡Mira lo que has conseguido! —Y la señala con un dedo tembloroso, mientras su marido trata de tranquilizarla con palabras que no logro escuchar.

No puedo evitar sentirme irritado. Desconozco qué está pasando, pero siento que la ira me domina. ¡Hay tanta rabia en esa voz que me cuesta ignorarla! Me agacho para poder ayudar a Yudica a ponerse de pie y advierto que mi pulso tiembla. Esta no deja de llorar totalmente deshecha. Es como si no viera nada, y se deja llevar sin saber quién la coge ni por qué. Su rostro está crispado por el dolor, pero al verme alza sus brazos y me abraza como si yo fuera su salvavidas. Entre convulsiones y llanto, se abandona en mis brazos, único apoyo que impide que caiga al suelo. Mi corazón sigue latiendo descontroladamente y la tensión se instala bajo mi piel endureciendo mis músculos. No me gusta verla así y me empiezo a sentir muy mal.

—¿Qué pasa, pequeña? ¿Qué ocurre? —le pregunto con cautela.

—Sergio... —logra decir. Pero no puede acabar la frase. Sus rodillas se

doblan y yo la agarro con fuerza. Bajo mis manos, su cuerpo tiembla.

El padre de Yudica habla con sequedad. ¿Noto cierto resentimiento en la voz, o es mi imaginación?

—Acabamos de recibir la noticia. Sergio se ha suicidado. Se ha tomado una caja de pastillas y esta mañana lo han encontrado sin vida.

El padre de Yudica está afectado. Trata de ocultar el dolor que siente y su mirada es dura. Creo que quiere descargar su frustración conmigo, al fin y al cabo, soy yo el que me he interpuesto entre su hija y su yerno predilecto. Escucho cómo la madre vuelve a llorar sin consuelo mientras dice:

—¡Pobre muchacho! ¡Estaba pasando un infierno! —Su marido la trata de contener a duras penas.

Yudica permanece entre mis brazos totalmente abandonada. ¡Su rostro no puede mostrar más sufrimiento! Sujeto su cintura para acercarla a un asiento. Sus pasos, entorpecidos por su estado de agitación, hacen que sus movimientos sean muy lentos.

—Me lo advirtió, me dijo que se quitaría la vida si yo lo abandonaba —me dice Yudica susurrando. Y se deja arrastrar por sus sentimientos llenos de angustia y culpabilidad. Mi mente quiere participar en todo este despropósito, se quiere unir al torbellino de emociones incontrolables que cada uno de los presentes tiene. Respiro profundamente y trato de alejarme de la escena, observando los acontecimientos como si fuera un simple espectador.

—¡Ahora lo piensas?! Esto te atormentará durante toda tu vida. ¡Tú eres la culpable! —Oigo que grita la madre de Yudica acercándose unos pasos hacia donde ambos estamos. Siento que no puedo permanecer ajeno a todo lo que ocurre y que tengo que cortar de inmediato las palabras envenenadas de la redicha señora Yerby.

—¡Basta ya! —exclamo sin poderlo remediar. No quiero dejarme llevar por el dramatismo del momento, pero mi paciencia ha rebasado el límite—: ¿De qué es culpable? ¿De no dejarse pegar? ¿De no permitir más insultos? Ella nunca le deseó ningún mal, en cambio él le pegó y la abandonó en el bosque tras provocar un incendio. Así que, ¿se puede ser culpable por acabar con una relación que no deseaba? ¿Se puede ser culpable de querer alejarse de alguien peligroso? —Aspiro profundamente y después expulso todo el aire de mis pulmones, destensando mis músculos agarrotados. Con voz más tranquila, termino por decir—: No sean tan crueles con ella.

Me miran con asombro, y su madre deja de llorar por un momento. Las

manos de Yudica tocan mi brazo para atraer mi atención. La miro. En su mirada me ruega silencio. No desea que me enfade con sus padres. La voz del padre suena más apaciguadora. Está nervioso, triste, pero es evidente que no le ha gustado que contestara de forma tan tajante:

—Joven, vamos a tranquilizarnos todos. La noticia ha sido muy impactante y estamos nerviosos. Sergio era como un hijo para nosotros y...

—¡Y lo entiendo! —corto sus palabras en tono apaciguador—. Pero Yudica está rota de dolor y hasta ahora nadie la ha consolado. Solo he escuchado palabras que pueden dejarle heridas para toda la vida. Y no creo que merezca sentencias tan brutales.

—Tenía que haber solucionado sus problemas con Sergio. ¡Así no se hacen las cosas! —Su madre me habla alterada. Creo que es la primera vez que me dirige la palabra directamente.

—De hecho, creo que así lo ha hecho. No quiso casarse con él. Ella merece a alguien que la ame, no que le pegue o insulte.

—¡Ja! ¿Alguien como tú? —me dice con rencor descargando sobre mí su rabia.

No contesto. No es mi deseo alterar más a nadie, ni defender mis sentimientos, ni convencer a nadie de lo que siento.

—Yared, mi madre tiene razón. Sergio me lo advirtió. —Yudica ha hablado en voz muy baja, con la cabeza agachada y abandonada al dolor que siente. Me enternezco al mirarla. ¡La veo tan desvalida!

—No, eso no es así —le respondo agachándome frente a ella para poder estar a su altura. Cojo su cara entre mis manos y la obligo a mirarme. Sus ojos están apagados y enrojecidos:

—No te confundas, Yudica, a eso también se le llama violencia, aunque no deje señales de golpes.

Me incorporo y la abrazo desde mi altura. Yudica vuelve a desgarrarse por dentro, su culpa se esparce por todo su cuerpo volviéndose tan intensa que se retuerce de dolor. La tarde está resultado muy diferente a como la había planeado, pero siento que no pueden ser estas mis únicas palabras. A Yudica le espera una dura prueba, y siento que no debo permitir que se sumerja en pensamientos cargados de culpabilidad. Así que decido salir de aquí, agarro su cintura y la ayudo a incorporarse:

—Ven, nena, vamos fuera. Necesitas respirar y alejarte de aquí.

—¡Acaba de fallecer su novio!, ¿dónde crees que la vas a llevar? —Miro

asombrado a la señora Yerby. ¡Es curioso cómo deja de llorar para intentar controlar las vidas ajenas!

—Lo siento, señora, pero su novio soy yo, ¡hágase a la idea! —le respondo.

—Joven... —El padre de Yudica interviene. Se separa de su mujer y pone ambas manos en señal de calma. Supongo que mi mirada hace que rectifique y muy a su pesar, me llame por mi nombre—: Yared, creo que es mejor dejar a Yudica tranquila, está muy afectada.

—La voy a sacar de aquí precisamente porque está muy afectada. Voy a tratar de borrar de su mente cualquier sentimiento de culpabilidad que pueda tener. —Las miradas de sus padres nos siguen, pero todavía estoy molesto por sus palabras y prefiero ignorarles. No he podido evitar intervenir en una absurda batalla dialéctica que no lleva a ninguna parte, pero la sensación de injusticia ha podido conmigo. Así que rodeo los hombros de Yudica y la guío hacia el exterior. Ella me sigue como una sonámbula.

—No la esperen. Se quedará conmigo, yo cuidaré de ella —digo, mientras que con mi mano libre cojo al vuelo una fina chaqueta de Yudica que veo en un perchero.

Salimos de la casa agradeciendo el aire fresco en nuestros rostros. Necesitamos alejarnos de aquí, así que caminamos en silencio hacia el bosque. El verano está finalizando y oscurece con más rapidez, por lo que supongo que nos quedan pocas horas de sol. Así que nos adentramos a lo más profundo del bosque para que se pueda evadir de su drama particular. Sé que Yudica lo solía hacer, pero en esta ocasión yo estoy junto a ella.

“Cuando tu cuerpo, tu ego y tus sueños hayan desaparecido, sabrás que eres eterno. Tal vez pienses que esto se logra con la muerte, pero con la muerte no se logra nada porque la muerte no es nada... El cuerpo ni vive, ni muere, porque no puede contenerte a ti, que eres vida”.

Extracto del libro: UCDM

Yared

Nuestros pasos nos alejan de las estrechas calles del pueblo hasta el comienzo de un bosque muerto. Las llamas han carbonizado todo a su paso, y la desolación se manifiesta en lo que antes tenía vida, mostrando un dantesco espectáculo de esqueletos retorcidos, similares a negros alambres cubiertos de ceniza. A medida que nos alejamos de la zona del incendio, el verde bosque nos rodea con su vida y los trinos alborotados de los pájaros invaden el silencio. Nuestro caminar tranquilo, nos aleja de la destrucción y nos introduce en el mundo natural de la biodiversidad. Yudica empieza a levantar la cabeza de vez en cuando, pero sus lágrimas siguen inundando sus ojos. ¡Cuánta tristeza y angustia hay en su mirada! No puedo evitar sentirme afectado por verla en este estado. Y no por el hecho de que llore una pérdida, sino porque sé que la angustia que refleja su rostro está cubierta por un sentimiento corrosivo y cáustico llamado culpa. Advierto que nos hemos alejado ya bastante del pueblo, así que nos sentamos y apoyamos la espalda contra un árbol. Suavemente, le pongo la chaqueta sobre sus hombros. Ella se deja cuidar, abandonada a su tristeza y pesar, y cuando ya estamos cómodos, se apoya sobre mi pecho y suspira:

—Yared, qué triste es todo esto —me susurra tan débilmente que casi no logro oírla.

—No te tortures, pequeña. Es el momento de estar triste, de llorar, pero no eres la responsable de lo que hacen los demás, solo de tus reacciones hacia lo que hacen, ¿entiendes eso? —Dejo pasar unos segundos en lo que le doy algo de tiempo para que trate de fijar su atención en mis palabras—. Yudica... fue su decisión. Ese chico tenía un problema muy grave con su familia, tú misma me lo has dicho.

—Pero... yo... lo... abandoné —dice entre hipos angustiosos.

—Sí. Rompiste la relación que teníais, ¿y qué? —Ante mi pregunta, ella me mira para contestar:

—Le... hice... daño... —me dice con dificultad. Trato de secar sus lágrimas con mis dedos, pero al instante vuelven a estar mojadas. Su rostro refleja la apariencia hinchada que el llanto deja sobre la piel. Su mirada pide auxilio, algo de alivio para sus pensamientos cargados de reproches y culpabilidad. ¿Cómo puedo aliviar su pena? ¿Qué palabras utilizo para que deje de sentirse tan mal?

—Puede ser. Pero ¿sabes?, el daño ya se lo hizo él antes al maltratarte. Yudica, hay gente que lo tiene todo y es tremendamente infeliz. Así que no pienses que Sergio estaba libre de tormento si hubieras seguido a su lado.

—¡Joder! ¡Es todo tan duro! —Y solloza escondiéndose entre mis brazos. Yo no puedo hacer nada más que dejar que su tristeza se abra camino. Acaricio su espalda sintiendo cómo su cuerpo se estremece. En voz baja, intento hacerle ver la situación de manera diferente:

—Pequeña, no juzgues los motivos por los que ha elegido esta muerte. Sergio era una persona con un profundo desamor hacia sí mismo, y ese desamor no lo puede llenar nadie, solo la propia persona comenzando a quererse.

—No entiendo toda esta locura. ¿Cómo puede existir un propósito en este mundo cruel? ¿Qué sentido puede tener todo este sinsentido? —me pregunta alzando la cabeza. Sus pensamientos no van a dejar nunca de buscar una justificación razonable a lo que no la tiene. Todo el mundo, en su conjunto, parece carecer de sentido. Y ahora está resentida, dolida por las decisiones ajenas, enfadada con la vida, con todos. Conozco muy bien ese sentimiento. Es como si fuera algo físico y lo pudiera palpar en estos momentos. Aspiro profundamente y trato de ordenar mis pensamientos. Sí, puede parecer muy real todo lo que vemos, pero no deja de ser el final de un ciclo que hace posible que pueda empezar otro, puesto que la vida no tiene contrarios.

—Sergio tuvo sus razones, y nosotros no estamos aquí para juzgarlo —explico, con el oculto deseo de hacerle ver la situación de forma que no le haga tanto daño—. Pero creo que el objetivo de la vida no tiene nada que ver con el cuerpo, ni con el mundo y sus adornos. El único propósito de todo este universo de espacio-tiempo es despertar de esta locura y entender que nada tiene el valor que se cree. ¿Qué valor puede tener algo que no existe? Nada es

real, no hay nadie que muera porque no hay nadie que haya nacido. La vida, al contrario de lo que piensa la gran mayoría, no está asociada al cuerpo. ¿Crees que la Fuente a la que estamos conectados, la Inteligencia Cósmica que todo lo abarca, el TODO, desea que estemos en este mundo para después desaparecer? ¿Le ves algún sentido? ¿Vivir para después morir?

—No lo sé. —Y se encoge de hombros—. ¿Tú crees en Dios? —me pregunta incorporándose levemente. Yo le acaricio su mejilla, le coloco el pelo tras su oreja y me pierdo en sus hinchados ojos verdes.

—No, no creo en el Dios del sufrimiento y de la violencia. Ni en el Dios que juzga y permite desgracias y muerte. Hemos fabricado un ídolo con atributos humanos, que no existe tal y como nos han hecho creer, y pensamos que ese Ser todopoderoso juega al juego del ego, interfiere en nuestras tribulaciones, se posiciona y tiene favoritos. —Tras mis palabras, Yudica esconde su cabeza en mi pecho y se vuelve a hacer muy pequeña entre mis brazos—. El Dios que creo que existe, no tiene intereses personales, ni se ofende, ni castiga, ni manda enfermedades, desgracias o guerras. Dios lo abarca todo, no conoce límites y es eterno. Crea la vida de sí mismo, como una extensión, y solo da Amor, porque es la Fuente de ese sentimiento.

Oigo que vuelve a llorar silenciosamente. Su cuerpo se convulsiona acompañando sus sollozos con una respiración reprimida. Se aferra a mi cuello, me aprieta contra ella como si necesitara agarrarse a algo y se desgarran por dentro liberando todo su dolor. Sus heridas drenan a través de sus lágrimas y libera el estrés que la mantiene en tensión. Nos quedamos largo rato abrazados, mientras que su llanto se calma y su cuerpo se abandona a la aceptación de lo ocurrido.

—Límpiate con mi camiseta —le digo suavemente al oírla sorberse la nariz. Y la ayudo a secar sus lágrimas mientras ella parece algo cohibida por tener que hacerlo con mi ropa. Comienza a oscurecer. El sol se ha puesto y hace frío. Cuando las secuelas de su llanto han sido borradas, aparecen sus hinchados ojos mirándome con incomodidad.

—¡Mira cómo te he dejado la camiseta! —me dice con una leve sonrisa cargada de culpa.

—No importa.

—Me gusta tu Dios —me confirma tras un suspiro.

—Y a mí. ¿Estás mejor?, ¿tienes frío? —Ella se encoge de hombros, pero no me contesta. El cielo oscurece y los bordes de los árboles que nos rodean

se difuminan en la oscuridad. El trinar de las aves es sustituido por el frenético *cric, cric* de los grillos.

—Vayamos a la habitación. Aquí ya refresca. Vamos, preciosa. —Y la ayudo a levantarse para reemprender el camino de vuelta.

—¿En qué piensas? —vuelvo a preguntarle.

—En Sergio, en lo que tuvimos y en este trágico final. Yared, ¿tú crees que Sergio está bien? —me pregunta tras un largo silencio.

—Yo no lo sé todo —le contesto receloso de decirle que la culpa se arrastra hasta que la sanas. Prefiero decantarme por una información llena de esperanza, y que la libere—. Pero sí que te puedo asegurar lo libre que te sientes cuando abandonas el cuerpo. Si se pudiera recordar ese proceso, la gente dejaría de llorar por los que han abandonado este mundo. El “alma” de Sergio está en otra frecuencia, pero sigue existiendo. Es el tupido velo del olvido, que nos impide recordar que somos un solo espíritu libre de pecado y que solo hay que deshacer la culpabilidad inconsciente que nos hace vivir una y otra vez en un sueño.

—Me gusta tu forma de ver las cosas. —Me alienta con su triste sonrisa y con su mirada vidriosa y apenada—. Insistes siempre en verlo desde lejos. Y puede que tengas razón. Estamos tan acostumbrados a mirar el dibujo de un cuadro, que olvidamos el lienzo entero.

—Así es. Hay que pensar que esta vida es como un juego de mesa —le explico—. El tablero representa al mundo, el juego es la vida y la ficha eres tú. Cuando comienza la partida, pasas por las diferentes casillas para experimentar lo pactado, y dependiendo de tus decisiones, existe la posibilidad de saltar algunas casillas y evitar ciertas “pruebas”. Es como si el universo se reorganizara, como un GPS, y buscara un camino alternativo. Sea como sea, en la vida, como en el juego, a veces se gana y en otras se pierde. Unas son estupendas, las otras son malas. Después parece que acaba todo. ¿Pero sabes?, ¡la ficha sigue existiendo!, y lo más increíble es cuando descubres que solo existe una única mente, que es la que mueve todas las fichas.

Se ha quedado abstraída, como pensando en todo lo que acabo de explicar. Ante la ausencia de palabras, mi oído se agudiza y escucho el viento, alguna rama moverse por el vuelo de algún pájaro y a lo lejos, el río. Mi olfato identifica el olor a tierra y a humedad.

—¿Y por qué empezó todo esto? ¿Cuál fue su origen? —Su voz me

devuelve al mundo. Busco las palabras correctas para que entienda mi forma de interpretarlo y sé que es muy difícil de conseguir. Las palabras son pobres conceptos que están sujetos a interpretaciones, y no es sencillo utilizarlas. Aun así, lo intento:

—Siempre se ha buscado explicaciones sobre esta existencia, pero la respuesta es imposible de demostrar y mucho menos de entender por un cerebro programado linealmente dentro del tiempo. Mi forma de ver el origen de este sueño es cuando apareció el pensamiento de separación con el TODO. Es cierto que solo fue un pensamiento, pero hubo una parte que creyó haber cometido un pecado real y nos alejamos del “paraíso mental” para vivir con sufrimiento y carencia. Ese pensamiento al que hicimos caso, cree en la separación y juega con los miedos y la culpa, los cuales quedan ocultos en el inconsciente. Pero por muy escondido que esté, no deja de ser una negación que debe salir a la superficie, por lo que se proyecta al exterior a una escala inimaginable. Así es cómo se originó una especie de holograma, que empezó con el Big Bang. Y tal y como dice el principio holográfico, el Todo está en cada pequeña parte, y cada parte es el Todo. Así que cada elemento, persona, ser y forma, es parte del TODO y a la vez, la Totalidad.

—¡Vaya! —Me mira asombrada. La atraigo hacia mi pecho y le doy un leve beso sobre su cabello. Ella me agarra de la cintura y seguimos caminando pausadamente—. Pero si como tú dices, nada es real porque nada ha sucedido, tampoco lo son las vidas pasadas, ¿no?

—La reencarnación es parte del sueño, y como tal, tampoco es real.

—¿Entonces? ¿Cómo despertar de este ciclo de nacimiento y muerte? —me vuelve a preguntar muy interesada.

—Para permanecer en la Unidad, se necesita tanta paz e impecabilidad, que una mente con culpa no puede resistir el deseo de volver a esconderse en este mundo. Pero si deshacemos el ego, podemos conectar con ese Ser Superior y vivir siendo conscientes de que todo es irreal. Entonces, las figuras del sueño dejan de afectarte de igual manera, porque sabes que todo proviene de ti. Ante tal percepción, no puedes ver culpabilidad, solo inocencia, tanto en ti como en los demás.

Yudica parece pensar. Sus engranajes mentales tratan de asimilar la reciente información, mientras nos sumergimos en un largo y apacible silencio. Hemos llegado al pueblo y andamos por sus calles sin mirar nada en concreto, alejando la vista hacia la nada y sumergidos en nuestros pensamientos. La

noche se abre camino y la oscuridad nos envuelve. Las tenues luces de las farolas alumbran el ambiente con su cálido color anaranjado. Las sombras alargadas de nuestros cuerpos aparecen sobre el suelo empedrado. Pero a medida que nuestros pasos se pierden por las estrechas calles, noto más movimiento. La apariencia es de normalidad, pero a lo lejos veo a un hombre con una cámara junto a otro que toma notas. Me detengo durante unos segundos e intuyo que la noticia del suicidio del famoso Sergio Jones, ha vuelto a hacer aparecer a los periodistas, deseosos de seguir apostando por el culebrón informativo de celos, amor y desgracia. Doy la vuelta y rodeo la plaza para esquivar a los curiosos. Ella está abstraída y no advierte mi cambio de dirección hacia las calles más escondidas para evitar encuentros poco oportunos.

Cuando llegamos a la habitación, Yudica se deja caer sobre la cama y suspira, como liberando la tensión de su interior. Yo también lo hago, pero mis razones son muy diferentes. Lo último que deseo es que un grupo de periodistas vuelvan a perturbar la escasa paz que parece tener. Sus ojos siguen hinchados y tristes, pero está más tranquila. Me siento a su lado y la acerco a mí con cariño. Después de un leve silencio, le insisto:

—Escucha, nada de lo que ocurre es por azar, todos los nacimientos, las muertes... todo es como ha de ser, y ninguno de nosotros podemos impedir que las personas entren o salgan de este espacio-tiempo concreto cuando lo tengan que hacer. —Veo que afirma con la cabeza. Yo sigo explicándole—. Pero tenemos otro poder en nuestro interior, y es decidir con qué mente queremos ver lo que nos ocurre, si con la mente que se olvidó de quién somos, o con la mente que sí lo recuerda.

—Estoy cansada de sentirme culpable —se queja lastimosamente. Sus ojos vuelven a brillar peligrosamente, reflejando el dolor que siente—. ¿Cómo puedo escapar de este sentimiento? Siento que podría haber hecho las cosas de forma diferente, que podría haber ayudado a Sergio... no sé.

—Para dejar de sentirnos culpables, lo único que podemos hacer es perdonar todas las proyecciones que nos molestan, recordando que nada es real —le contesto.

Yudica me mira con sorpresa. Su mirada está cargada de dudas, y al instante, sus preguntas me confirman lo que poco antes sus gestos me transmitían.

—¿Perdonar? ¿Así se deshace el ego? Jolines, Yared. Me parece algo

tonto.

Sé que es demasiada información, así que me levanto de mi provisional asiento, me quito la camiseta tirándola a un lado de la habitación y me dirijo hacia el baño. Oigo los pasos de Yudica seguirme en busca de respuestas. Parece decidida a seguir con la conversación.

—No es tonto —le explico con paciencia—. Es un largo trabajo mental, es mantenerse alerta recordando constantemente que estás viviendo una película ya rodada, y que tus problemas y conflictos son máscaras que ocultan una culpabilidad almacenada en el inconsciente. A medida que lo haces, tu mente va sanando. Y lo más fantástico de todo es que no solo sanas situaciones de esta vida, sino de vidas pasadas y futuras. Es más, ese perdón que aparentemente parece tan ridículo sana todas las mentes involucradas en el conflicto. Incluso puede cancelar lecciones futuras, evitando caer en casillas de este juego. ¿No crees que merece la pena? Se pide muy poco, y a cambio se da mucho.

—Supongo —contesta, aunque todavía se muestra sorprendida. Cuando termino de lavarme las manos, rodeo su cintura con mis brazos y nos miramos a través del espejo. Su mirada se detiene en mis ojos, transmitiéndome su amor y agradecimiento. Cómo no, yo me encuentro haciendo lo mismo.

—¿Te apetece darte un baño conmigo? —le pregunto suavemente. Sus ojos están hinchados y su cara habla del sufrimiento por el que está pasando. Ella afirma con la cabeza y yo sonrío contento, deseoso de hacer algo que le ayude a alejarse de su pena. Le subo los brazos con suavidad para quitarle la camiseta. Hundo mis labios en su nuca para besársela y aspirar su peculiar aroma. Siento cómo se estremece y todos sus poros se dilatan. Yudica se abandona por unos instantes, pero al poco tiempo se gira y apoya las manos sobre mi pecho para separarse de mí.

—¿Y los asesinos? ¿También hay que perdonarles para deshacer el ego? —pregunta alerta ante mi respuesta. Es como si en este momento, hubiera reparado en algo fundamental.

Decido alejarme con un suspiro de resignación. Abro el grifo para llenar la bañera y toco el agua con la mano mientras me recuesto hacia un lado. Yudica se sienta sobre el mármol que sostiene el lavabo y balancea sus piernas. Ambos nos miramos en la intimidad del cuarto de baño, mientras el vapor del agua comienza a empañar el gran espejo.

—Para entenderlo debes de comprender que existen dos emociones

básicas, el miedo y el amor —le comienzo a explicar—. El miedo está camuflado bajo la envidia, los celos, la ira, la violencia... Puede que parezcan emociones diferentes, pero la raíz siempre es el miedo. El amor está oculto tras la comprensión, la ternura, la amabilidad... Y aunque parezca increíble, para expresar el amor, tenemos que soltar el miedo. Yo puedo amarte mucho, pero debo soltar mis miedos a perderte, a controlarte, a tratar de que pienses como yo, a desear que siempre quieras estar a mi lado. ¿Comprendes lo que quiero decir? Un padre debe soltar su miedo ante lo que le pueda pasar a su hijo, a sus posibles decisiones, a su dependencia a él, a la dirección que cree que va a tomar su vida.

—Mis padres, entonces... ¿tienen miedo? —me pregunta con interés. Es como si una luz de comprensión le hiciera abrir los ojos con asombro.

—¡Claro! Cualquier expresión no amorosa no es más que una petición de amor. Los enfados, los conflictos, las peleas... ¡todo es miedo! ¿Entiendes ahora el porqué de la comprensión?

—Entonces Sergio siempre tuvo miedo. ¡Jolines! —dice con voz forzada. Sus ojos se vuelven a llenar de lágrimas, y al instante desbordan como un torrente imparable por su rostro, mientras ella trata de detenerlas sin éxito. Vuelve a aparecer el llanto, pero esta vez es sereno, quizás partiendo de la base de la comprensión.

—El miedo puede hacer que las personas sean muy crueles, y nos manipula como a marionetas, nos hace ser mezquinos, egoístas y malvados— le susurro —. Aunque nunca justificaría lo que hacen, no dejan de ser títeres manipulados por el pensamiento del ego. Todos somos también la totalidad, aunque el porcentaje de escuchar la voz del ego puede variar mucho de una persona a otra. —Y me encojo de hombros, siendo consciente de lo difícil que es entender el concepto de unidad, ante un panorama que parece tan real para todos.

—¿Y hemos de perdonarlos? ¿A todos? —me logra preguntar reacia, mientras lucha por limpiar sus ojos rebosantes de lágrimas. Su espalda se ha erguido y me mira como si fuera un loco extraviado.

—Sé que es difícil de comprender, pero has de recordar lo más importante. Esto que vivimos no es real. Y si lo recordaras, no reaccionarías ante las figuras del sueño, lo estás soñando.

—Uff, no sé. —Se tapa la cara con ambas manos y suspira. Su llanto ha cesado, pero su voz está cargada de amargura—. Es que es muy duro saber

que un terrorista o un violador forma parte del Todo, como tú le llamas. ¿Dónde está la justicia en todo esto?

—¿Deseas justicia en el mundo del ego? ¿Acaso es más merecedora de compasión la gacela que el león? ¿Qué castigo sería el más idóneo? —El grifo del agua caliente interpreta la banda sonora de este momento, mientras en el baño se instala un largo silencio. Comienza a hacer calor y agrego al agua algo de gel. Al instante, comienza a salir espuma, e invade el ambiente un olor dulce y agradable.

—Un castigo ideal sería que sufriera lo mismo que ha hecho sufrir —me contesta al fin con determinación, con el fin de hacerme ver lo evidente, lo que todo el mundo piensa. A los malos hay que castigarlos. Y yo nuevamente me encuentro sin las palabras adecuadas para hacer entender que mi punto de vista va más allá del mundo y sus tribulaciones.

—¿Y quién te ha dicho que no le vaya a pasar? —Dejo pasar unos segundos para que entienda que los papeles siempre son intercambiables dentro del espacio-tiempo—. Escucha, pequeña, tienes razón al pensar que sería injusto, pero no se pueden condenar los sueños. Y sinceramente, para mí es una liberación saber que todas esas desgracias no son más que sueños infelices. Sabiendo esto, lo perdono todo. Con esto no quiero decir que una mujer deba abrazar a su violador. En este mundo existen las leyes para que el violador vaya a la cárcel, eso está claro. Solo digo que hay que separar al ego de la verdadera Esencia. El ego es un pensamiento de separación y no existe. El verdadero Ser no ha violado, puesto que es amor perfecto, es la totalidad y espíritu inocente. Y la experiencia sufrida, por muy desagradable que sea, es la prueba de perdón.

—¡Vaya! Curioso modo de ver las cosas —dice como para sí misma.

—Y lo mejor de todo es que el perdón vuelve a ti —insisto—. ¡Solo hay Uno y no existe nadie a quién culpar! Esto que vemos son trucos para mantenerte esclavizado a innumerables vidas cargadas de Karma. Hoy soy yo el malo, y tú el bueno. Mañana, al contrario. ¿No te das cuenta de este “absurdo” que nos rodea? Escucha... —Cierro el grifo y me acerco a ella sujetándola por la cintura. Siento la necesidad de acortar distancias y eliminar la incomodidad que tengo al sentir su mirada cargada de juicios—. Y no me mires como si estuviera loco. La madre Teresa de Calcuta veía en cada rostro la inocencia, y no hacía distinciones. Ayudaba a todos sin juzgar si se merecían su ayuda o no. Jesús de Nazareth tampoco hacía distinciones, supo

ver que vivía en un mundo de ilusión, que no hay pecadores, ni culpables. Fue él quien dijo “Sed transeúntes” y “vivid en este mundo sin pertenecer a él”.

—Pero, Yared, entonces no importa cómo te comportes. No importa matar, ser malvado o herir a tu prójimo. No hay castigo, porque todo es un sueño, ¿no? —Hace hincapié.

—Te equivocas, ¡claro que importa! Puede parecer que importe más lo que haces que lo que piensas. Pero debería ser al revés. Cuídate de lo que piensas, porque tus acciones son el producto de tus pensamientos. La ley llamada causa-efecto, se encargará de que cada victimario se convierta en víctima dentro del tiempo. Todo lo que das, lo recibirás en abundancia, sea lo que sea. Es una ley universal que hay que saber usarla en nuestro propio beneficio.

—¿Todo? —insiste tercamente.

—Todo, hasta el menor de los juicios —le aseguro. Yudica se queda pensativa y pierde su mirada en el infinito. Al fin apoya su cabeza contra mi pecho:

—Pero es que no le veo sentido. Hay tantas desgracias, tanto dolor en el mundo, para que después me digas que todo es un sueño. ¡Reconócelo, es de locos! —exclama reticente a aceptar mis argumentos.

—Sé que parece que los sucesos no tienen relación entre sí. Pero llegará el día en que la visión será más amplia y se entenderá que no existen los accidentes ni las casualidades y todo lo que nos ocurre, se basa en un acuerdo cuyo propósito es darnos la oportunidad de superar todos nuestros miedos y transformarlos en un amor incondicional. Afortunadamente y elijas lo que elijas, todos los caminos llevan al mismo destino. ¿No crees que eso es maravilloso?

Yudica afirma con la cabeza y suspira con resignación:

—Entonces... ¿ya está, pequeña? —vuelvo a preguntar entre beso y beso.

—Sí, ya está. Tengo que pensar en todo esto —me contesta tras un suspiro.

Le peino el pelo y juego con él, hundiendo los dedos en su espesa melena. Después le hago una especie de moño para evitar que se le moje. Le desabrocho el pequeño sujetador rosa.

—¿Y crees posible poder olvidarlo por unos minutos? Es el propósito de este baño.

—Lo intentaré —me dice con una triste sonrisa. La sigo desnudando con delicadeza y Yudica me facilita la tarea de desprenderla de toda su ropa.

—Ahora, métete en la bañera y relájate. —Y la ayudo cogiéndole de la

mano. Después me desnudo para sentarme tras ella. El agua caliente acaricia nuestra piel y resulta placentero sentir su tibieza. Yudica se recuesta sobre mi pecho y oigo cómo suspira. Enredo mis piernas entre las suyas. Cojo el gel y comienzo a enjabonar todo su cuerpo con suaves masajes. Sus músculos se destensan y se abandona a las sensaciones agradables de un baño relajante, al silencio que nos envuelve, al sonido del chapoteo del agua y a nuestras respiraciones cada vez más serenas. El mundo del silencio es adictivo. La ausencia de palabras y del frenético vaivén de la vida, nos transporta a un mundo interior sin interrogantes. Solo sentir y vivir el momento, nada más.

“Creer que la sustancia del Universo es la materia es caer en la dualidad, es quedarnos atrapados en el miedo, en la creencia de la necesidad. Creer que la sustancia del universo es la Consciencia, es tener la certeza de que todo lo que aparentemente material que hay, es una fuerza que, si la hacemos consciente, nos permite cambiar los acontecimientos y nuestras propias vidas”.

Aristóteles Filósofo, lógico y científico
de la Antigua Grecia (384-322 a. C.)

Yared

Normalmente me gusta levantarme temprano y aprovechar el momento de la salida del sol para hacer algo de deporte y meditar durante un rato, pero hoy decido observar cómo la luz del sol entra por la ventana y anuncia la llegada de un nuevo día, mientras permanezco en la cama, junto a Yudica.

Miro su rostro dormido y relajado. Ha gimoteado en varias ocasiones durante la noche, pero volvía a dormirse mientras se acurrucaba más a mi lado. Entiendo que existen sucesos que son difíciles de comprender. ¿Pero cómo puedo juzgar estas circunstancias? Sé muy bien que la vida puede ofrecer situaciones agradables. Pero también que, como dualidad, puede ofrecer todo lo contrario. Las leyes terrenales son tajantes al respecto. Cuando se resuelve un problema, enseguida sale otro para sustituirlo. El mundo va cambiando y es muy difícil seguir su ritmo. Por eso mi propuesta es ser feliz, aunque no se tenga lo que crees desear, aunque estés en medio de un mar cambiante de formas y circunstancias que tratan de zarandarte, como el viento caprichoso en un mar lleno de peligros. Así es como está montado el espectáculo, para despistarte y buscar las soluciones en el lugar equivocado y alejarte de la finalidad por la que se vive esta vida. Estamos en un impresionante viaje virtual en el que debemos ser conscientes de lo que somos, espíritu viviendo una experiencia corporal. Con mi filosofía estoy destrozando muchas técnicas de autoayuda, lo sé, pero es lo que yo siento. Y estoy dispuesto a no dejarme distraer por las mil y una argucias que el ego pone en mi camino. En lo que atañe al mundo de la ilusión, se puede acicalar con todo lo que quieras, pero nada se puede llevar en el momento en que el

cuerpo parezca morir. Al igual que el agua no puede mezclarse con el aceite, el mundo no puede formar parte de nosotros.

Yudica se remueve y al fin abre los ojos. Me mira fijamente mientras me acaricia la mejilla.

—Fue muy bonito lo de ayer. Gracias —me dice con voz somnolienta.

Me acerco y le doy un leve beso sobre los labios. Nos quedamos muy cerca, cara contra cara, ambos recostados sobre la almohada e inspeccionando cada peculiaridad de nuestros rostros.

—De nada. —Me pasa un brazo por el cuello y nos abrazamos casi sin movernos. Vuelve a esconder la cabeza y permanecemos en silencio durante unos minutos, entrelazados nuestros brazos y piernas. Cuando pienso que se ha vuelto a dormir, me separo para poder verle la cara. Tiene los ojos llenos de lágrimas. Me imagino que vuelve a recordar la dura realidad a la que se ve sometida. Así que vuelvo a esconderla entre mis brazos y dejo que lllore. Pero esta vez lo hace desde la tranquilidad, imagino que recordando los momentos vividos junto a ese joven de cabellos rubios y mirada ansiosa. Sí, las lecciones de la vida son duras, pero me reconforta pensar que no es más que una ilusión de la que despertaremos.

Se remueve al poco tiempo y acerca sus labios a mi cuello para besarme. El beso es húmedo, triste, pero lleno de agradecimiento.

—¿En qué piensas?, ¿estás mejor? —le pregunto suavemente.

—Estoy muy triste. —Suspira con represión. Es un suspiro donde todavía hay mucho dolor. Pero me sigue hablando muy suavemente, desde una gran tristeza cargada de aceptación ante lo inevitable—. Aun así, he comprendido muchas cosas. Sergio estaba mal, lo sé, se aferraba a mí como si yo fuera la responsable de su felicidad, aunque seguía siendo infeliz. ¿Cómo se puede ayudar a una persona que no quiere ser ayudada? Es... complicado. Nadie puede ayudarte, nos corresponde a cada uno de nosotros pulsar la tecla de tu interior y cambiar lo que no nos gusta. Y vuelves a tener razón, Yared, el único agente transformador que existe es la propia voluntad de querer enfocar la atención en lo que te hace feliz, y así poder crear nuestra propia realidad. Solo necesito tiempo para asimilar lo que ha pasado.

Está muy claro que me ha estado escuchando y que ha logrado encauzar sus pensamientos a una solución sabia. La atraigo hacia mí y cierro los ojos con satisfacción.

—Yared, tengo la impresión de que quieres decirme algo y no te atreves

—me dice a los pocos segundos. Yo dudo sin saber qué responder. Me sorprendo al advertir cómo a pesar del poco tiempo transcurrido, ambos nos vamos conociendo. No deseo alterar la paz que Yudica parece haber conseguido, pero creo que es necesario que hable con franqueza:

—No es nada importante. Solo es la impaciencia de seguir el camino sin mirar hacia atrás. —Me muevo levemente para mirar sus ojos y poder transmitirle la sinceridad de mis palabras—. Pero me gustaría agarrarte de la mano y llevarte conmigo. Desearía borrar tus inseguridades y que te creyeras totalmente merecedora de ser feliz, a pesar de todo lo que ha ocurrido.

No deja de mirarme con incredulidad. Observo su semblante, el cual me habla de dudas y miedos. Permanecemos callados, yo absorto en mis pensamientos y ella librando una batalla interior entre lo que desea y lo que teme.

—Mira, pequeña, la noticia de lo que ha ocurrido va a saltar de un momento a otro a los medios de comunicación —le digo suavemente. Bajo mis brazos, el cuerpo de Yudica se tensa. Creo que le he hecho darse cuenta de lo que eso supone. Más periodistas, más preguntas molestas, miradas indiscretas y fotos robadas en cualquier momento.

—Mierda... es verdad. —Y vuelve a estar hecha un ovillo.

—Tenemos poco tiempo —le recuerdo—. Y aunque hasta ahora hemos logrado esquivar a los periodistas, la noticia empezará a circular. Tarde o temprano nos encontrarán. Tenemos que salir de aquí. —He notado cierta urgencia en mi voz. ¿Lo notará ella? Yudica guarda silencio.

—¿Has pensado en lo que deseas hacer? —le vuelvo a preguntar. Espero pacientemente a que me responda, mientras yo permanezco con el corazón en un puño. Deseo una respuesta a mi impaciencia. ¿Por qué no me contesta? Está muy seria y eso me hace sentir inestabilidad, como si fuera a caer al vacío.

—Me siento mal dejando en esta situación a mis padres. ¡Madre mía! Les acosarán a preguntas... ¡No sé cómo van a reaccionar! —me dice nerviosa, al imaginar lo que les puede deparar el futuro.

—Comprenderé cualquier decisión que tomes, de verdad. Pero yo he de irme. Además, quiero pasar unos días en casa de mis padres antes de ir a Vietnam —mi voz suena forzada, y mis pulsaciones van tan aceleradas que cierro por un instante los ojos para tratar de relajarme.

Yudica me observa extrañada, pero no me importa que sepa lo que puede afectarme su decisión. Yo he puesto todas las cartas sobre la mesa y no me

arrepiento.

—Sabes muy bien lo que siento por ti, ¿verdad? —me regaña con dulzura—. Que me cueste romper los lazos con mi familia no quiere decir que renuncie a ti. ¿Cómo puedes dudar?

Respiro aliviado. Mi corazón está como enloquecido, pero trato de serenarme. Me contemplo a mí mismo con asombro al descubrir el enorme poder de Yudica, ya que ha conseguido que mis emociones salgan disparadas como si se tratara de una montaña rusa. Acaricio su espalda y miro sus ojos. Ella me sigue explicando:

—Lo que ocurre es que me apena ver cómo ha acabado todo, y la muerte de Sergio es demasiado triste como para recordar. Yo lo quería, ¿sabes? A pesar de todo... —Y su voz se quiebra reprimiendo un nuevo sollozo. Sus ojos vuelven a brillar peligrosamente. Pasados unos segundos de silencio en los que parece recomponerse, vuelve a agregar—: Y me duele la actitud desconfiada de mis padres. No sé, se muestran tan *juiciocerrados!*

—¿*Juiciocerrados?* —Nos reímos liberando la presión. Su risa es una canción dulce para mis oídos. Su mirada se pierde en la lejanía y el silencio vuelve a acompañarnos por unos segundos. ¿Qué puedo decir? Yo mismo he visto cómo su madre la trata. Desconozco cuáles pueden ser sus motivos personales para comportarse así, pero estoy seguro de que la solución no es tratando de cambiar a los demás.

—La mayoría de las personas no están dispuestas a renunciar a su manera de ver las cosas. Y tu familia se resiste y no desean cuestionarse. No importa quién tiene razón y quién no. Ellos te quieren, quizás no de la forma que tú desees, pero lo hacen de la forma que saben. Están dominados por el miedo a perderte, no solo a ti, sino a todo el escenario que adorna sus vidas —le explico con el deseo de que comprenda que todos nos comportamos de la manera que tenemos que hacerlo, y que los motivos son tan ocultos como todo lo demás.

—¿Cómo logras ver siempre el lado amable de todo? —Escucho que me dice con cierta congoja.

—Si señalo sus errores, ¿no juzgaría yo también a través de mi ego? Pero lo importante de todo esto, es que debes de ser sincera contigo misma y escuchar tus propios deseos.

—Mi deseo es estar contigo. Pero siento que los estoy traicionando —me dice con tristeza. Yo permanezco en silencio durante unos instantes. No sé

cómo hacerle ver que, aunque se sintiera la persona más infeliz del mundo, no podría cambiar absolutamente nada. Tras el breve silencio que ha habido entre ambos, le susurro:

—Piensa que nada es bueno o malo, solo depende del punto de vista. Acepta tu sentir, pero no lo juzgues, recordándote que todo es un sueño. Volverá tu malestar una y otra vez, pero a veces se necesita tiempo para aceptar tus sentimientos y, sobre todo, para aceptar a los demás.

—No sé si esto funcionará —me contesta reticente a aceptar mi sugerencia.

—Nada cambiará si tú no lo haces primero —le digo encogiéndome de hombros ante la evidencia—. Juzgas la actitud de tu familia, y deseas que cambien por ti, y ellos juzgan tu actitud y desean que cambies por ellos. ¿Es que no lo ves? ¡Es un reflejo! ¿Por qué no aceptas a las personas tal y como son?

Se remueve con evidencias de que he tocado la herida, pero sus ojos se han vuelto a perder en la lejanía de la habitación, supongo que sumergida en sus pensamientos íntimos. Es muy difícil aceptar los errores propios y creo que Yudica se está dando cuenta de que no he dicho ninguna insensatez. Evidentemente, son situaciones que duelen, y hay que ser muy sincero para aceptar que nosotros somos los únicos responsables, y que continuamente nos topamos con nuestros propios juicios.

—Voy a dejar de creer en lo que me dices, y a comenzar a experimentarlo por mí misma —dice al fin en voz baja. Me mira prolongadamente y concluye con determinación—. Además, quiero conocer a tus padres, ver tu casa, hurgar en tu habitación...

—¿¿También quieres hurgar en mi habitación?! ¡Vaya, vaya, con mi pequeña curiosilla!

—Ya me conoces, me gusta abrir cajones y diarios secretos. —Y me sonrío abiertamente—. Y si da tiempo, me gustaría ver la granja de tus abuelos. Sé que allí fuiste muy feliz.

¡Eso sí que no me lo esperaba! En algún rincón de mi corazón algo se remueve. Es un sentimiento de nostalgia, de unas inolvidables emociones vividas y de una alegría inexplicable al saber que puedo compartir todo eso con ella. Trato de recomponerme y carraspeo para no dejarme llevar por mi sorpresa, la cual ha dado un leve coletazo a mis emociones. Yudica me sigue con su mirada y espera mi respuesta:

—Así es. Lo que lo hacía especial ya no vive allí y no he vuelto a ir, así

que no sé cómo estará.

Yudica me mira atenta, y repentinamente se recuesta contra mi cuerpo abrazándome. Creo que lo ha entendido. Puedo comprender la finalidad de la vida de forma peculiar, pero eso no me excluye de tener sentimientos de nostalgia. Aprovecho el momento de silencio para recomponerme antes de preguntarle:

—Yudica, ¿quieres que nos instalemos en la granja entre viaje y viaje? Hacен falta arreglos, pero...

—¡Uau! Es una idea estupenda ¡Me encantaría! —Sus ojos se han agrandado de asombro y me mira con un brillo especial mientras se separa algo de mí—. Tendríamos un pequeño rincón en el mundo que sería nuestro, y también es muy interesante no compartirlo con tus padres, ¿no crees?

Me río, sintiendo cómo mi corazón palpita frenético, y me permito el lujo de suspirar. Beso sus labios saboreando el momento íntimo que nos une, digiriendo las emociones que nos embargan, sintiendo que la vida se abre camino llena de proyectos y de ilusiones. Cuando nos separamos, nos apoyamos frente contra frente. Yo sigo con los ojos cerrados y le pregunto:

—¿Eres feliz?

—Sí —contesta en voz muy baja. Abro mis ojos y advierto que ella también los tiene cerrados.

—¿Por qué? —Abre sus ojos. Su rasgada mirada me observa con sorpresa.

—Pues porque sí. Estoy contigo, nos vamos a Asia... ¿Por qué preguntas siempre lo mismo?

—Por nada. Son cosas mías.

Segunda parte

“Ningún hombre es una isla, algo completo en sí mismo; todo hombre es un fragmento del continente, una parte de un conjunto”.

John Donne (1572-1631) poeta, prosista y clérigo

Yudica

Cinco meses después...

Hace horas que Yared se fue. La edición de las grabaciones se iba a hacer a primera hora de la mañana y todavía no ha vuelto. Doy vueltas por la granja y anoto lo que me gustaría comprar para transformar esta gran casa en un hogar. Pero esta tarea me ha llegado a abrumar y estoy ansiosa. Observo las paredes desnudas del salón y mi mirada se recrea en las nuevas fotografías que adornan una de las paredes de esta vacía estancia. Las imágenes que representan me hacen viajar con la mente a miles de kilómetros de aquí, cuando trataba de convivir con la mayor de las paciencias con los mosquitos, cuyo complot por atacarme comenzaba a ser muy obsesivo. Los 30 grados de temperatura ambiental y el 90 % de humedad fue un ingrediente al que costó adaptarse.

Al principio quien se sumergió en los proyectos fue Yared. El mundo que se presentaba ante nuestros pies lo cautivó. Nos pasábamos los días andando, escalando y accediendo a los difíciles e inaccesibles caminos que nos ofrecía la gruta. Las tomas y filmaciones se debían repetir varias veces y en muchas ocasiones, debíamos de esperar todo un día para poder captar las diferentes luces que proyectaba el sol ante las entradas a la cueva. Por las noches nos reuníamos todos alrededor de una hoguera, sobrecogidos por la inmensidad cóncava que nos rodeaba, sintiéndonos muy pequeños ante sus altas paredes. Las diferentes personas con quienes compartíamos alimentos, tiempo y espacio tenían grandes y variados conocimientos y eso me abrumaba. ¿Qué podía aportar yo, insignificante y pequeña personita con únicamente conocimientos de enfermería? Me dedicaba a observar a todos y a cada uno de los integrantes de la expedición, a escuchar voces expertas y que coincidían con la pasión que los cautivaba. Limpié alguna raspadura, ayudaba al cocinero de la expedición y trataba de colaborar en todo lo que podía. El mundo natural

era la conversación favorita entre los allí reunidos, y la gruta Han Song Doong ofrecía innumerables argumentos llenos de admiración. Día a día nos sorprendía algo nuevo. Y es que era un sitio espectacular, no solo por sus grandes dimensiones, sino por la peculiar característica de ofrecer un ecosistema interno y un clima propio. Fue fantástico introducirse en las caudalosas aguas del río subterráneo, sentirte minúsculo ante la inmensidad de las estalagmitas y las galerías que se perdían ante nuestros ojos. Para mi sorpresa, también encontramos en su interior una selva, una enorme catarata que ensordecía todo alrededor, y las perlas de la caverna. Eran como unas bolas perfectamente redondeadas y que causó mucha admiración a todos. Como postre, nos topamos con un enorme muro de unos sesenta metros de altura al que llamaron “la gran muralla de Vietnam”. Cada día había algo que descubrir y algo por lo que exclamar. Ciertamente no dejabas de sobrecogerte por lo que podía conseguir hacer la propia naturaleza. Yared, en cambio, estaba ilusionado. No ha dejado de trabajar en ningún momento y soy testigo de cómo ha tratado de dar lo mejor de sí mismo en este documental. Las ocasiones que pasábamos al fin solos en el interior de la tienda de campaña, se sumergía en un mar de trabajo que a mí acababa por aburrirme. ¡Qué barbaridad! ¡Es que no se cansaba nunca! Escribía y se preparaba lo que debía ser el guion de su exposición para el día siguiente. Sus horas de descanso eran reducidas y su cabeza siempre estaba en lo que deseaba divulgar y compartir con el mundo. Nunca imaginé que hubiera tantísimo trabajo tras un documental. Nos levantábamos a horas pecaminosas y el día era un continuo trabajar y trabajar. Hablaban entre ellos, debatían y volvían a grabar, horas tras hora, día tras día, semana tras semana. Pero no deseo ser mal interpretada. También hubo agradables y distendidos momentos. Había un espeleólogo, Óscar, que era muy divertido y se dedicaba a contar chistes por las noches. A veces era Yared quien sacaba su guitarra y acabábamos todos cantando alrededor de la hoguera, o jugábamos partidos de fútbol con todos los participantes de la expedición, incluidos los porteadores y guías. A Chi, el cocinero, y a mí, siempre nos tocaba ser los porteros. Y Yared no dejaba de ser especial conmigo, aunque le apasionaba enormemente su trabajo. A pesar de que siempre aprovechaba cualquier oportunidad para mostrarme su cariño, enseguida entendí que la naturaleza era su segunda amante.

Cuando se acabó de rodar el documental, todos los miembros de la expedición volvieron a descansar a sus hogares. Yo debo de ser un caso fuera

de lo común, puesto que quise hacer voluntariado, a pesar de que mi cuerpo me pedía a gritos descanso y tranquilidad. ¡Ah! ¡Me he sentido pletórica! Me ha encantado mi experiencia en la organización a la que acudí. Para mí era importante y me sentí enormemente ilusionada al poder relacionarme con el pueblo vietnamita y, sobre todo, con sus niños. Creo que de esta forma he contribuido de alguna manera a que el mundo sea un lugar mucho más amable. En esta ocasión fui yo la que me sumergí totalmente en mi mundo particular para tratar de dar lo mejor que creo tener en mi interior. Ha habido días de trabajo tan extenuantes, que mi único deseo era descansar. Cuando mi tiempo de voluntariado acabó, Yared quiso volver. Insistió que me veía agotada y que necesitábamos relajarnos. Pero algo en mi interior me impedía volver al mundo occidental. No quise escarbar muy bien en cuáles eran mis razones, pero intuía que no deseaba volver a enfrentarme con mi familia y revivir situaciones incómodas. Estaba muy bien en ese país, fuera de críticas, de miradas llenas de resentimiento y de encuentros poco agradables. Había cerrado una puerta y no deseaba volver a abrirla. Así que convencí a Yared para permanecer durante un tiempo más en ese rincón del mundo tan atractivo.

Nos hemos perdido por Vietnam y ambos hemos disfrutado por fin de nuestra propia compañía. ¡Hemos tenido tan poco tiempo de soledad juntos! En mi interior sentía un irrefrenable deseo de tener su exclusiva atención. Echaba de menos nuestra compañía envuelta en silencio, de la naturaleza pacífica envolviéndonos, y de miradas cargadas de mensajes que decían tanto. Echaba a faltar nuestras charlas y sus continuas atenciones. Yo misma me sorprendo al pensar de esta manera, pero reconozco que sentía sed de intimidad. ¡Ah! ¿Algún día dejaré de sentir tanta embriaguez por él?

En Vietnam comienza la actividad en el momento que el sol sale por el horizonte. Todo se llena de ruidos, de cláxones, de motocicletas y de agitación aun cuando son solo las cinco de la mañana. Y todo vuelve a silenciarse en cuanto el sol se oculta. El ritmo de vida lo acompaña la luz del sol y el ruido de las bocinas. Todo es muy diferente a la cultura occidental, tanto por sus costumbres como por los horarios. Era maravilloso ver a tantísima gente caminar de un lado para otro con sus sombreros cónicos llamados Non la. Visitamos el valle de Sapa y nos sumergimos entre paisajes de arrozales dispersos por la región, los cuales forman explanadas horizontales sobre diferentes niveles del suelo. En la bella Hanoi vimos el teatro de marionetas de agua que narraban historias legendarias de su pueblo. Cuando fuimos a la

Bahía de Halong, me volví a perder entre los brazos de Yared para disfrutar de las puestas de sol en aquel mar tranquilo del que sobresalen, sin parecer tener ninguna explicación, miles de islas kársticas. Visitamos el Delta del Mekong y los largos paseos por las playas paradisíacas de ese país, fueron el ingrediente final de una bonita escapada. Una de las cosas que más me entusiasmó fueron los autobuses-cama en los que poder ir casi todo el camino estirada. Allí descubrí a un Yared desinhibido, cantando junto al pueblo vietnamita y mezclándose con la gente que ocupaba los asientos de esa especie de autocar-cama y discoteca. Luces de colores y música a todo volumen nos acompañaban durante nuestro trayecto por el país. ¡Fue sensacional! Perderse por los increíbles rincones de Vietnam me ha acabado de conquistar. ¡Si hasta he aprendido a decir algunas palabras en vietnamita! Hola se dice xin chào, adiós tom biot y gracias xin com on. ¡Ah! ¡He sido tan feliz!

Pero un día Yared decidió dar por finalizada mi pequeña aventura. Se enfadó bastante conmigo, alegando que soy muy cabezota y que me veía cada día con peor aspecto. Reconozco que me sorprendió muchísimo verlo tan enfadado, y me resultó muy difícil encajar que había sido por mi causa su inusual “fuera de control”. Así que cogimos un avión y volvimos.

Hace dos días que hemos llegado y hoy he decidido llamar a mis padres. La decisión ha sido difícil y no veía el momento de enfrentarme a esta situación, pero tal y como imaginaba, ha sido todo bastante desagradable. Papá estaba muy ocupado trabajando para resurgir de su miseria. Se ha sorprendido al recibir mi llamada, pero algo en su voz me transmitía la urgencia que sentía por acabar con nuestra conversación. Todavía están dolidos conmigo por haberme alejado tan precipitadamente de sus vidas. Finalmente, y después de rogarle que no me ignorara, ha terminado por confesar que están pasando una mala época y que, además, mi madre está sumergida en una gran depresión. Cuando me lo ha dicho he sentido que mi corazón se quebraba en mil pedazos. Me siento muy triste al saber lo infelices que son. Después, para mi sorpresa, mi madre ha querido hablar conmigo. Con su admirable forma de tergiversar la situación, ha conseguido hacerme sentir culpable por el simple hecho de ser feliz. He tratado de ignorar sus palabras despectivas y su evidente frialdad. Pero era un muro de hielo y despecho. A medida que hablaba, sentía cómo sus palabras me partían en pedazos el alma, su indiferencia, la distancia que ha puesto entre ambas, los largos silencios llenos de un profundo resentimiento y, por último, sus continuas negativas para

que pudiera hablar con mis hermanos. ¡Ella sabe cómo hacerme daño!, y ha puesto una banal excusa para impedir comunicarme con ellos.

¡Dios! La sombra de Sergio y su horrible muerte, ha vuelto a aparecer en mi vida y se ríe de mí con descaro. Y yo me he sentido desfallecer, he vuelto a llorar con desconsuelo sobre la mesa de la cocina, sintiéndome la peor persona del mundo, la única culpable del suicidio de Sergio y de las miserias que mi familia está padeciendo. Me hubiera gustado perderme en una locura que me impidiera sufrir. Miro las fotos que hemos traído de Vietnam y me introduzco en ellas para tratar de salir de este salón de alguna forma. Añoro el ajeteo matutino de oriente, las motocicletas por doquier, las sonrisas que me atrapaban en la calle, sus sombreros cónicos... Alzo mi mirada y creo distinguir los tejados donde resurgían los fieros dragones escupe-fuego. Busco con mi ansiosa mirada los faroles de papel de Hoi An y parece que vuelvo a oler a Pho, esa sabrosa sopa de tallarines con verduras que comíamos desde el desayuno hasta la cena.

Miro todo mi alrededor con la mirada cargada de tristeza. La granja de los abuelos de Yared está abandonada y no tenemos ningún mueble que amortigüe el sonido a vacío. Nunca imaginé que fuera tan grande y que su abandono haya conseguido darle este aspecto tan lóbrego. El invernadero tiene una estructura metálica cubierta por cristales llenos de suciedad. El establo está repleto de objetos llenos de recuerdos, viejos utensilios de labranza y trastos cubiertos por el polvo de la indiferencia. Yared ve en cada rincón, una oportunidad. Yo solo veo dificultades. Solamente tenemos una cama y una vieja mesa de madera en medio de una enorme y vacía cocina. Ahora adornan algunas fotos la pared del futuro salón. El silencio se instala en mi corazón como si fuera hielo. Resuenan cruelmente en mi cabeza las frías palabras de mi madre, como si se trataran de puñaladas. Me ha herido su indiferencia, me he sentido insultada y menospreciada y me ha dolido los despectivos atributos que ha dirigido contra Yared. Muy fríamente me ha recordado que mis lamentables decisiones han provocado muchas desgracias a la familia. Y yo... ¡Dios!, vuelvo a sentir esa vieja sensación de ansiedad que atenaza en mi interior. Mis pulsaciones van muy aceleradas, mi visión se nubla, y el aire no parece oxigenar mi sangre. ¿Qué me sucede? Trato de tranquilizarme y comienzo a hacer inspiraciones profundas para serenarme. Pero mi sensación de vértigo es muy intensa. Me agarro a la mesa de la cocina y cierro los ojos, pero mi cuerpo tiembla convulsionado por una fuerza que no soy capaz de reprimir. Un

sudor frío recubre todo mi cuerpo. Mis piernas parecen de gelatina y siento que me desvanezco. Me falta aire y todo empieza a darme vueltas. Estoy aterrada por las reacciones que tengo y agotada de luchar contra ellas. ¿Y si suelto mi rigidez?, ¿qué pasaría si me rindiera? Finalmente, la energía me abandona. Caigo como una pesada piedra y siento un fuerte golpe en la cabeza, extrañamente sin dolor. Durante un instante percibo la frialdad de la superficie. Después, un placentero desvanecimiento me aleja de aquí. Muy poco a poco, como en un dulce sueño, mi conciencia se apaga.

“No quieras cambiar el mundo, cámbiate a ti mismo”.

Mahatma Gandhi (1869-1948) Abogado, político activista

Todo el equipo de montaje se reunió a temprana hora de la mañana para supervisar el trabajo realizado en la gruta Song Doong. Había que discutir los posibles ajustes de última hora, elegir las mejores escenas y seleccionar la música de fondo.

Nicolás había recibido la llamada de Yared en cuanto volvieron de Vietnam, y le había pedido que lo acompañara para que le echara un vistazo al documental y poder escuchar su punto de vista.

Cuando aparecieron en la sala de proyección, todos se saludaron con entusiasmo, compartieron anécdotas y bromas, y se interesaron por Yudica. Nicolás sabía que había sido muy bien acogida y que llegó a ser el elemento espontáneo del grupo. A primera vista podía pasar desapercibida, pero cuando la conocías, empezaban a resaltar rasgos que adornaban su personalidad. Nicolás recordó, cómo, a través de las frecuentes llamadas telefónicas, le fue dando información de los futuros proyectos que Yared tenía pendientes. Fueron pequeñas dosis de información, cierto, pero Yudica había logrado programar toda la agenda de su hermano para los siguientes meses.

Las luces se apagaron y comenzó a aparecer sobre la pantalla las secuencias rodadas. Nicolás admiró con sorpresa las impactantes dimensiones de la cueva y la belleza de su interior. Todo se había grabado, el aterrizaje, las caminatas hasta llegar a la gruta, las imágenes del grupo cruzando el río Rao Thuong del interior de la cueva, los descansos alrededor de la hoguera, los estudios geológicos del lugar, diferentes tomas, enfoques y perspectivas. Horas de material de las que solamente se seleccionó una mínima porción.

En el documental se hablaba de la oculta gruta descubierta y de sus impresionantes dimensiones. Pero también de la cultura vietnamita, y de la riqueza biológica que existe a lo largo del río Mekong. Por desgracia, también es uno de los ríos más contaminados del mundo. Según se explicaba, las más graves amenazas del río, además de la contaminación, la pesca agresiva y la deforestación de sus bosques, era la construcción de grandes presas que

afectarían a las migraciones de peces que debían de remontar el río para su reproducción.

Las palabras eran impactantes, pero las imágenes mucho más. Las últimas filmaciones mostraban el cauce de un río que era la columna vertebral de muchas vidas humanas que comían y vivían de sus aguas. Imágenes de niños saludando a la cámara mientras se bañaban en un río de dudoso aspecto marrón, o pescadores entre desperdicios. La belleza del río Mekong estaba a la merced de las industrias y de la irresponsabilidad de todos, donde una sobrepoblación le hacía sufrir como a un ser vivo agonizante. Y, como último aviso, las imágenes entrañables del casi extinguido delfín de Mekong, también llamado Irrawaddy. Desde luego que la pesca con dinamita y redes de enmalle no ayudaba mucho a su protección. Los asistentes guardaron un profundo silencio mientras que un entrañable delfín asomaba la cabeza con una aparente sonrisa pintada. Sobrecogía las últimas escenas filmadas, que inevitablemente provocaban una larga meditación al respecto.

Nicolás se removió en su asiento, con una evidente incomodidad por las últimas secuencias. Se acabó la proyección, y las voces aumentaron de volumen. En cuestión de pocos minutos, se crearon varias conversaciones paralelas. Todavía faltaba pulir muchas cuestiones y agregar la música, pero el trabajo más difícil ya estaba hecho. Nicolás miró a su hermano y supo que estaba satisfecho con el resultado. Como narrador y protagonista, contaba lo que sentía, pensaba y observaba, emitiendo con acierto sus elucubraciones. Conseguía que el espectador, no solo reflexionara sobre el contenido, sino también sobre el proceso de enunciación del contenido. Hablaba con pasión, como siempre lo hacía en las conversaciones que tanto le entusiasmaban, y era imposible no verse arrastrado por sus pasiones personales.

—¿Qué te ha parecido? —le preguntó Yared con interés acercándose a él.

—Me ha encantado, de verdad. Has logrado que me sintiera incómodo —contestó Nicolás con satisfacción—. Y ahora me imagino que me toca a mí. ¿Has pensando ya en tu próximo destino?

Yared parecía que pensaba en una posible respuesta, pero Nicolás intuía que su hermano ya tenía pensado el futuro destino de su documental. Tras breves instantes de silencio, Yared contestó:

—¿Qué te parece Perú? —le preguntó con curiosidad.

Nicolás afirmó con la cabeza, satisfecho de la elección. Su mente comenzó inmediatamente a tejer las diferentes posibilidades que le ofrecía ese país.

—¡Muy interesante! Las montañas de los siete colores y su geografía e historia ofrecen un gran abanico de oportunidades de las que nos podremos aprovechar —contestó Nicolás con entusiasmo.

—Sabía que lo captarías al instante. Eres un verdadero especialista amateur. —En ese momento apareció en escena el director de la revista y patrocinador de los documentales, por lo que Yared se dirigió hacia él para saludarle—: Disculpa... Nicolás, ahora vengo.

—¡Buen trabajo! —Se saludaron cordialmente mientras el director le daba unos leves golpes en el hombro mostrando su satisfacción—. El reportaje es asombroso, has conseguido sacarle la sustancia. Estamos deseando verlo acabado. Pero nos preguntábamos si se tiene ya alguna idea sobre el nuevo destino. Puede que sea pronto todavía, pero...

—Gracias. Y sí, tenemos ya en mente nuestro próximo destino. —Yared señaló hacia su hermano y se acercaron hasta reunirse en el centro de la sala—. Será Perú, y Nicolás empezará a trabajar para comenzar a planificar entrevistas, permisos de rodaje...

El director saludó a Nicolás con un apretón de manos y una leve sonrisa. Después lo miró, a la espera de sus conclusiones personales. La ágil mente de Nicolás comenzó a barajar lo que le ofrecía ese territorio, y a medida que exponía sus argumentos, el entusiasmo comenzó a apoderarse de él. Era fácil dejarse llevar por causas tan importantes como la difusión y protección del medio ambiente, acompañado por un ingrediente fundamental, la responsabilidad colectiva de todos:

—Bueno, la verdad es que tenemos muchas opciones —comenzó Nicolás a explicar—, además de mostrar la gran cantidad de parques naturales que tiene, Perú nos ofrece el pueblo de los Incas. Los pueblos andinos vivían con la creencia de que los humanos no eran el eje central y buscaban la armonía con su medio natural. Respetaban los ríos, los mares, las montañas y la tierra. Conocían su conexión con todo lo que les rodeaba, y agradecían al astro sol su luz y calor. Sabían la importancia que tenía para su supervivencia, y agradecían a la Mamapacha las cosechas que les permitía tener.

—¿Qué dirección tomarán los argumentos para este documental? Imagino que se seguirá con el mismo propósito de hacer tambalear los antiguos pensamientos de individualidad —dijo el director.

—Así es —explicó Yared—. No quiero mostrar un simple documental de imágenes bonitas, sino hacer ver los requisitos indispensables que tienen que

existir para que cada cosa que vemos siga permaneciendo. Todos formamos el mundo en su totalidad y hay un equilibrio frágil que trata de compensar las carencias.

—Queremos tocar al corazón, hurgar en la sensibilidad humana —confirmó Nicolás—. Y Yared es un artista en ese terreno. Pero tal y como comentamos, la publicidad es fundamental.

El director miró a ambos hermanos mientras afirmaba con la cabeza:

—Sé que lo tenéis claro, y por nuestra parte así se está procediendo. Tenemos ya varias cadenas interesadas. Además de una fuerte publicidad, que comenzará tras la finalización del primer documental. Vamos a apostar fuerte, y anunciaremos los documentales con el propósito de conseguir que deseen con entusiasmo el comienzo de esta serie. Esperamos conseguir vender algo que no se haya visto antes.

—Y así será. Trataremos de explicar que no podemos escapar de nuestra responsabilidad y que existe una conexión invisible en todo —comenzó a hablar Yared con entusiasmo—. Haremos entender que un árbol es un ser vivo con sus propias funciones de árbol. Pero este árbol tiene raíces, savia, tronco, ramas, hojas... y todo tiene su motivo de existir. El árbol no existiría si faltase una sola de las partes nombradas. Este ser vivo, a su vez forma parte de un conjunto mayor de árboles llamado bosque, que a su vez forma un ecosistema dentro de un territorio. Todo ser vivo mantiene un equilibrio fundamental en este mundo, y aunque no parezca tener importancia, todos formamos parte de un conjunto mayor. El árbol respira lo que nosotros exhalamos. Lo que el árbol exhala, nosotros respiramos. ¿No es evidente la conexión? E inevitablemente, cuando corrompemos el agua, el aire o la naturaleza, hay un efecto. Quiero que tomen conciencia de que necesitamos a la naturaleza tanto como ella nos necesita a nosotros. Nada es casual y en ella hay inteligencia. Hay insectos que atacan a los árboles, pero también hay pájaros que se alimentan de estos insectos. La contaminación hace que se ahoguen, pero sus hojas desprenden el oxígeno necesario para equilibrarla. Si nosotros respetamos unos elementales principios básicos, la naturaleza nos ofrecerá una belleza diversa, frutos, madera, papel, algodón, golosinas, medicinas, tintes, perfumes, incluso limpiarán el aire de contaminación con generosidad. Solo se pide a cambio respeto. Si la conciencia despierta, veremos al mundo como unidad. La diversidad será parte de nosotros y conseguiremos la aceptación de cada uno

de los muchos individualismos que la configuran. ¡Esa es la conexión que hay que establecer! Todos formamos parte de una gran familia llamada Vida.

“Hace miles de años, mucho antes de que los científicos occidentales descubrieran las leyes del universo cuántico, los asiáticos ya honraban a la energía como factor principal de la salud”.

Bruce Lipton 1944 Biólogo celular

Yared

Apago el motor del coche y admiro durante unos instantes la fachada de la granja. Me dejo caer con un suspiro sobre el respaldo del asiento y mi vista se recrea en la construcción. Poco a poco me abstraigo de mis pensamientos sobre el trabajo y observo cómo las paredes de piedra empiezan a reflejar los colores del atardecer sobre su superficie. En los cristales de las ventanas resplandecen los últimos rayos del día, combinando diferentes y cálidos tonos ocres. El sol se oculta tras el horizonte y dibuja sombras caprichosas sobre sus gruesos muros.

El porche frontal siempre fue el sitio preferido de mis abuelos para concluir el día. Sentados en sus viejas mecedoras de madera, recuerdo que ambos se recreaban en silencio mientras admiraban juntos los atardeceres que ofrecía las vistas en el horizonte.

Es una casa confortable, ancha, grande, de una sola planta y con habitaciones amplias y acogedoras. Sus paredes de piedra resguardan del frío y ofrece un ambiente fresco cuando hace calor. Por sus grandes ventanales, la luz del día va dibujando rayos perfectos sobre las estancias. El tejado de teja rojiza es a dos aguas y la chimenea se alza majestuosa, por un lado. Un estrecho camino empedrado muere junto a la ancha puerta de desgastada madera de la entrada. A un lado de la casa está el establo, antigua estancia en la que hace ya muchos años, mis abuelos guardaban a sus animales. Ahora es un espacio cerrado y abandonado, donde descansan objetos olvidados de toda la familia. Nadie ha sido capaz de introducirse entre sus oscuros rincones y comenzar a indagar entre sus recuerdos.

Apartado del edificio principal, y como si saliera de una película de miedo, descansa el invernadero octogonal. Sus paredes de cristal sobre una estructura metálica, hace del lugar un rincón misterioso. La granja está en su

peor momento, pero recuerdo una época en que todo este espectáculo desolador estaba lleno de vida y alegría. Any adornaba los bordes del camino con flores de colores, el humo que salía de la chimenea dibujaba volubles imágenes sobre un limpio cielo azul, y el ambiente que se respiraba en su interior me llenaba de una sosegada paz que difícilmente he encontrado en otros sitios. Los recuerdos sacuden mi mente y no puedo evitar sentir añoranza por esos tiempos ya pasados. Ahora todo está vacío y reconozco que falta calidez. Pero algún día conseguiremos transmitir esa sensación que ahora ahogan sus grandes estancias vacías.

Al fin salgo del coche y entro en la casa con cierta emoción al pensar que este va a ser mi hogar a partir de ahora. Es una sensación extraña, la de acceder al gran recibidor donde una vez siempre estuvo colgado el sombrero de paja de mi abuelo. Miro el perchero y está vacío, pero las imágenes de mis recuerdos siempre están ahí. Cuando entraba al interior, me gustaba oír el crujir del suelo bajo mi peso, el olor a madera, y sumergirme entre sus paredes llenas de agradables recuerdos. Me tengo que hacer a la idea de que esto va a ser así a partir de ahora. Es bueno tener un hogar donde refugiarse, un sitio que hable de nosotros, de nuestras ilusiones y proyectos juntos. Aspiro con fuerza el aire de su interior. Todavía huele a cerrado, y es que desde que mis abuelos no viven en este mundo, yo no he vuelto a pisar el desgastado suelo de madera de esta casa.

Miro todo mi alrededor y pienso que no sé de dónde voy a sacar el tiempo para ambientar esta casa y convertirla en un hogar acogedor. Hay que conseguir despegar de ella los retales de añoranza que aún encierran sus paredes. Después busco con cierta urgencia en la mirada a la única persona que ha conseguido que volviera a venir aquí. Agudizo mi oído y solo hay silencio. Yudica debe de estar muy aburrida. Ha estado sola durante todo el día e imagino que habrá dado vueltas por la casa sin saber cómo ocupar su tiempo. Miro una a una todas las habitaciones vacías, después me dirijo al salón, y empiezo a pensar que posiblemente haya salido al bosque. La tarde está finalizando y es la ocasión perfecta para perderse por los alrededores.

—¿Yudica? —la llamo. Cuando entro en el salón, admiro la luz anaranjada que entra por los grandes ventanales en perfecto ángulo, iluminando con sus cálidos colores la superficie del suelo. Ya casi no recordaba el efecto óptico que causaba el atardecer sobre el salón. Entonces la veo. ¡Dios! ¡No! Al momento acude a mi mente, como un flas, la imagen de su cuerpo inconsciente

en medio del bosque y después, como si mi aturdida mente me hiciera un guiño lleno de maldad, recuerdo el cuerpo de mi madre tendido en el suelo. ¡Otra vez no! Me deshago de esas imágenes rápidamente, evitando dejarme arrastrar por pensamientos llenos de temor, corro hacia ella y me arrodillo a su lado para asegurarme que respira.

—¡No!, ¡no!, ¡no! Pequeña... —Está pálida como la cera, sus labios han perdido el color y su piel fría. Pero su respiración se percibe suave, caliente y húmeda. Mi corazón desbocado quiere salirse de mi interior, y un sudor frío recorre mi espalda. Se ha golpeado en el mismo sitio donde Sergio le agredió este verano y observo la fea herida de su frente. La sangre tiñe escandalosamente parte de su mejilla, y recorre un fino camino hasta llegar al suelo, donde deja evidencias de su color vivo e intenso. La cojo en brazos y salgo de la casa. Su cuerpo lánguido se acopla entre mis brazos. Casi sin darme cuenta ya me encuentro junto al coche y la dejo sobre los asientos mientras trato de llamarla dulcemente para que vuelva a mí. Poco a poco va reaccionando, las pupilas se mueven bajo sus párpados cerrados, sus labios se abren y cierran, como buscando oxígeno, su cuerpo va despertando de su inconsciencia, pero prefiero no esperar por más tiempo y me dirijo rápidamente al hospital más cercano.

Ciertamente la vida te puede sorprender de muchas formas. A veces da la sensación de que las circunstancias que te rodean parecen reírse de ti, pero en el fondo todo tiene su para qué. Ahora, en estos precisos momentos, no acierto a saber para qué suceden ciertos hechos, pero algo dentro de mí me dice que tengo que confiar, a pesar de que no sea capaz de entenderlo. ¿Qué mensaje puede encerrar todo esto? Yudica ha perdido la conciencia, la he trasladado al mismo hospital donde yo permanecí en coma tras el accidente que tuve con mis abuelos, y ahora frente a mí, está el médico que la ha atendido, el cual es un antiguo amigo de la infancia. Me ha reconocido al instante y ha recordado algunos episodios de nuestra niñez y juventud compartida. A mí, particularmente, me ha costado reconocerle. Supongo que lo último que esperaba era encontrarme al actual marido de mi exnovia Joana. Sí, la vida no deja de ser extraña. Así que trato de observarlo todo con cierta sorpresa, como si fuera el espectador de una gran función de teatro, cuyos personajes interaccionan conmigo por algún motivo que no logro comprender.

Alejandro, creo que es su nombre, habla y habla. Su sonrisa es perpetua y parece verdaderamente contento de verme. No deja de comentar su alegría al reencontrarme, ha admirado mi trabajo fotográfico, el cual parece que sigue regularmente, y de leer los artículos que he escrito para la revista. Parece que le interesa bastante mi trayectoria profesional. Pero a mí me comienza a resultar algo tediosa su conversación, estoy distraído y cansado de esperar y lo último que deseo es comportarme de la manera que socialmente se espera. Yo solo quiero saber una cosa, y es saber cómo está Yudica. Así que suspiro con paciencia y trato de cortar su oratoria con un gesto de la mano.

—No sigas, soy incapaz de escucharte.

Alejandro aterriza espontáneamente y parece darse cuenta de que tiene puesta una bata blanca y que es el médico que ha estado atendiendo a Yudica.

—Disculpa... estoy siendo muy poco profesional. —Se aclara la garganta. Sé que está confundido y azorado, pero sinceramente, tampoco me importa—. La chica que hoy ha ingresado por urgencias...

—Yudica.

—Sí, Yudica Yerby, ingresó con un estado de semiinconsciencia y un fuerte golpe en la cabeza. Bien, hemos descartado el ataque de apoplejía, pero queremos asegurarnos de que los motivos del desmayo puedan estar relacionados con el corazón. —Es imposible no sentirme afectado por sus palabras. Retengo la respiración por unos segundos y trato de controlar mi voz con una pregunta simple:

—¿Puede ser grave?

—Bueno —y se encoge de hombros—, hasta ahora todas las pruebas cardíacas han sido favorables y no parece tener ninguna obstrucción. Pero repito, vamos a tener que hacerle más pruebas. Aun así, todo apunta a una taquicardia sinusal. Verás, las arritmias y las taquicardias graves son suficientes como para que sus ritmos cardíacos sean anormales. Como consecuencia, la tensión arterial cae, hace que el corazón no tenga tiempo de llenarse del todo en cada latido y no puede proporcionar sangre y oxígeno suficiente al cerebro.

—¿Cuáles pueden ser los motivos? —le vuelvo a preguntar. Alejandro ha adoptado un aire de profesional que no deja de admirarme. Es como si se pusiera una máscara y se distanciara de las personas para involucrarse lo menos posible en sus dramas. Se vuelve a encoger de hombros y sigue explicando:

—Puede ser por ansiedad, insuficiencia cardíaca, anemia... ¡En fin! La paciente nos ha explicado un poco sus costumbres y puede que los motivos sean simples alteraciones en la forma de vida. Los cambios de horarios y el estrés no precisan tratamiento específico. No te preocupes, ahora está perfectamente. Ha vuelto el color a sus mejillas —dice con simpatía, quizás para animar un poco tan espinosa situación.

—¿Le puede volver a pasar?

Se encoge de hombros tratando de no aventurarse al mundo de las profecías. Muy profesionalmente me calla con palabras vacías y sin respuestas certeras:

—No hay nada asegurado, pero con simples cambios de estilo de vida, puede dejar de repetirse. Lo malo de todo este asunto es que, si no recibe ningún signo de advertencia antes de desmayarse, podría caer y hacerse daño. Hoy se ha procedido a darle unos puntos de sutura en la herida que se ha hecho en la frente. Tendrá que venir nuevamente para hacerle más pruebas, pero considero que se puede ir a casa. Si quieres, puedes pasar a verla. —Ambos caminamos por el largo y brillante pasillo mientras que él sigue advirtiéndome en mejorar sus condiciones de vida y tratar de que se mueva en un ambiente relajado y apacible. Me da la sensación de que sabe cómo me muevo por el mundo, y con mucha diplomacia por su parte, me recomienda un cambio de condiciones. En un primer momento siento cierta culpabilidad. Casi no me doy cuenta, pero por unos segundos nace en mi interior ese sentimiento tan extendido entre la humanidad: La culpa. ¿La he arrastrado? ¿Está así por mi forma de vida?

¡Dios! Es un sentimiento corrosivo y manipulador. Te absorbe y cae sobre tus hombros una inexplicable sensación de peso extra, de ahogo y de remordimientos. La voz de Alejandro sigue llenando el silencio, pero en mi interior se está librando una gran batalla mental. Me dejo arrastrar por mis tortuosos pensamientos, y dejo que el ego me siga culpando de todo lo que ha pasado. Sabe hurgar en las heridas y siempre toca donde más duele. Le dejo hablar dentro de mi mente y me culpo por ser como soy. Pero después suelto lo que hasta ahora he escuchado dentro de mi cabeza. Son años de entreno mental y siempre acabo por encontrar el camino de regreso a mi paz interior. ¡Es una sensación espléndida! Te llena de seguridad, de certeza y de comprensión. La vida es como un repaso de tu película particular, donde suceden continuamente escenas para hacerte decidir cómo deseas vivirlas. Y siempre hay dos

opciones: O la vives dentro de la inseguridad y del temor a lo que pueda pasar, luchando contra los fuertes vientos, o bien eliges vivir el momento dentro de la confianza, siendo consciente de que nada está bajo tu control y de que lo que ha de ocurrir, ocurrirá independientemente de la resistencia que pongas. Solo hay que ajustar las velas. Todo lo que aparentemente te sucede es siempre por alguna razón oculta que quiere enseñarte algo. Así que me rindo a la vida, no trato de controlar lo que ya ha pasado y comprendo que mis sentimientos de culpa no son más que sentimientos que proceden del miedo. Soy una persona y no puedo evitar sentirlo. Miedo a perderla, miedo a la enfermedad, al sufrimiento o a que algo la aleje de mí. Ese miedo tan extendido y conocido... Pero después me corrijo, recuerdo el sentido de todo y me rindo. Y entiendo que Yudica se ha desvanecido por un motivo mucho más oculto que el simple hecho de viajar. Sé que alguna emoción no ha sido bien digerida por mi pequeña, y esa es la razón por la que su biología ha dado la señal de alarma en su cuerpo. Pero eso lo sé yo, tengo la absoluta certeza de que es así, pero no ella, ni el médico que parlotea a mi lado, ni la mayoría de gente que vive en este planeta.

Nos paramos ante una puerta y Alejandro se mete las manos en los bolsillos de su bata. Me mira con una mueca en su boca. Parece dudar, y por fin se atreve a preguntarme:

—No sabía que te habías casado. He visto varias veces a tu madre y nunca me ha mencionado nada.

—Y no lo he hecho, al menos de la forma que piensas —respondo con ambigüedad.

—Entiendo, tú siempre tan original. —Sonríe, demostrando claramente que no me entiende en absoluto, y concluye—: Yared, me gustaría que me contestaras a un par de preguntas.

Lo miro con curiosidad mientras afirmo con la cabeza:

—Aparte de los cambios en sus hábitos de vida y de la posible alteración en sus horarios y sus comidas, ¿ha estado sometida a alguna circunstancia de estrés?

Observo el rostro de Alejandro con asombro. ¡Quién sabe! Puede que después de todo, encuentre en este antiguo amigo una versión mucho más revolucionaria que la mentalidad de la medicina convencional.

—Para ser sincero, ha tenido continuos motivos de estrés. —Lo miro con curiosidad y al fin me decido a preguntarle—: ¿Crees posible que sus

síntomas sean a causa de eso?

Parece dudar y en su rostro luce una agradable sonrisa a modo de disculpa:

—Considero de vital importancia el estado mental de la persona enferma. Puede que te sorprenda, pero siempre he pensado que los médicos, más que curar, acompañamos moralmente a los pacientes en el proceso.

Nos sopesamos con la mirada y por primera vez me da la sensación de que nos comprendemos. Ahora es como si todo se viera con más claridad.

—No todo el mundo acepta estas teorías. —Vuelve a sonreír y se encoge de hombros—. Vengo investigando desde hace mucho tiempo las causas emocionales de las enfermedades. No me gusta aventurarme a dar estas explicaciones, pero considero que ya es hora de que la ciencia mire de frente las verdaderas causas que las provocan y deje de ocultarlas con parches.

—Me tranquiliza saber que Yudica está buenas manos. —Y le tiendo la mano con verdadera gratitud. Algo me dice que esta persona va a ayudarla más que yo. Alejandro me estrecha la mano con una gran sonrisa y procede a abrir la puerta para acceder a su interior.

Yudica está sentada mirando por la ventana, iluminada levemente por una tenue luz artificial. El resto de la habitación permanece a oscuras. Por un momento la veo vulnerable. Se abraza a sí misma y parece una niña perdida en sus tortuosos pensamientos. Tiene una aparatosa venda a un lado de la frente y todavía está pálida.

Mi corazón vuelve a precipitarse. Se oprime, se estruja con violencia para volver a expandirse, golpetea rítmicamente y parece querer salirse de mi caja torácica. La sangre corre veloz por mis venas ante el golpeteo incesante del motor de mis emociones. Al oír la puerta, gira su cabeza y siento sus verdes ojos sobre mí, y con la velocidad de una gacela, corre a mis brazos para perderse entre ellos:

—Pequeña... ¿estás bien? —pregunto con un suspiro de alivio. Nuevamente, está entre mis brazos.

—Sí, ahora sí.

La abrazo con ternura. Alejandro me da unas palmadas en el hombro a modo de despedida, nos habla algo sobre la luz apagada de la habitación, la enciende e ilumina la estancia dolorosamente. Después sigue parloteando sobre programar una serie de visitas y sobre el papeleo del alta médica. La verdad es que no le estoy prestando mucha atención. Al fin abandona la habitación y nos deja solos. Cuando veo que sale, alargo una mano sin dejar

de abrazar a Yudica y vuelvo a dejar la habitación en penumbras, tal y como a ella le gusta. Dejo salir, con una profunda exhalación, las largas horas de espera, la incertidumbre y el desasosiego que he sentido. Después inspiro llenando los pulmones de aire renovado, vuelvo a inhalar su peculiar olor, a aspirar mi eterno agradecimiento por la suerte que tengo.

“El cuerpo humano es el carruaje, el yo, el hombre que lo conduce; el pensamiento son las riendas y los sentimientos, los caballos”.

Platón (Atenas, 427-347 a. C.) Filósofo griego

Yared

Volvemos a casa. La noche ha avanzado y nos envuelve con su oscuridad. Poco a poco y a medida que nos alejamos de la ciudad, los sonidos de la naturaleza nos invaden y dejamos atrás el ruido del ajeteo de coches, los gritos y el barullo ensordecedor de la ciudad. Nos embarga el silencio, el canto de los grillos y las estrellas salpicando un cielo oscuro que se deja entrever entre al largo ramaje de los árboles. El camino hacia la granja es confuso y escondido. Debemos atravesar una extensión de terreno lleno de árboles y bordear un pequeño lago. Después de varios metros serpenteando por un camino sin asfaltar, aparece con majestuosidad la ancha construcción de piedra.

Yudica permanece a mi lado callada. Se la ve apática, sin fuerzas, como si le hubieran extraído toda la energía de su interior. Permanece medio dormida a mi lado, como en estado de shock. Cuando estamos llegando a la puerta que da acceso al terreno de la granja, parece reparar en el lugar donde está sentada. Ha abierto los ojos y se remueve mientras mira el interior del coche con curiosidad:

—¿De quién es este coche? ¿Es tuyo? —me pregunta en la oscuridad con voz casi inaudible.

—No, es uno de los coches de mis padres.

—¿Tú no tienes uno? —me interroga con interés.

—No, no lo necesito.

—Yo creo que sí —insiste tercamente. De pronto, este tema parece ser primordial para ella.

—Yudica, tengo ya una moto —le contesto, sin hallar la razón de justificar lo evidente.

—¿Y entonces por qué has cogido este coche? ¿Dónde está tu moto?

—He acercado a Nicolás a su casa y ya me lo he quedado. He hecho un pequeño cambio de vehículo.

—Parece ser que siempre coges cosas que no son tuyas. La granja tampoco es tuya, y te apropias de ella como si lo fuera. —Su tono es de un absoluto reproche. ¡Vaya! Tiene ganas de pelea. Pero yo estoy demasiado agradecido como para que logre hacerme sentir mal.

—No cojo nada que no vaya a devolver, ni creo que haya nada bueno ni malo en todo esto —le contesto.

—¿Piensas devolver la granja también? —su pregunta está cargada de sarcasmo.

—Si es necesario, lo haré. —Observo que agacha la cabeza, se mira las manos y contesta muy bajito:

—No te entiendo. A veces tengo la sensación de que no te importa nada —dice tras un suspiro reprimido mientras niega con la cabeza.

—Sabes muy bien que no es verdad. Me importa lo que merece la pena.

Detengo el coche cerca del camino que muere en la entrada y apago el motor. Me giro para mirarla. Su aparente debilidad parece que no afecta a sus evidentes ganas de buscar algún conflicto conmigo. La miro con serenidad y ella me devuelve la mirada con reto. Pero sé que no puede molestarme y le sigo el juego que marca su ego, contestando a preguntas que no desean más que conducir a la discordia. Me he asustado tanto, que creo muy difícil que vuelva a mí ningún sentimiento desgarrador. Me acerco a ella, cruzando la anchura que existe entre los asientos delanteros, y con un dedo le acaricio la mejilla con delicadeza, recreándome en su suavidad y calidez. Mi mirada la acaricia con ternura y me detengo en sus ojos, en sus labios entreabiertos, en el hueco de su garganta. Ella me observa, pero no dice nada. Su ego está cargado de miedos e inseguridades, pero por ahora ha enmudecido. Está a la expectativa, analizándolo todo y en estado de alerta.

—Y tú mereces la pena —le confirmo suavemente.

—Creo que vives en una mentira y un día no verás lo que crees ver. Entonces yo sufriré.

—Mi pequeña lince, no vas a conseguir que siga tu juego —le advierto con serenidad.

—¿Qué juego? ¿Qué quieres decir con eso? —Se muestra sorprendida, y yo no puedo evitar sonreír.

—Pues que no conseguirás llevarme a tu terreno. Tienes ganas de pelea y estás interpretando un papel de víctima, y a mí me quieres dar el papel de verdugo. Y ambos no somos nada de eso.

—No te entiendo, ¿por qué dices eso? —contesta a la defensiva. Me acerco para darle un leve beso sobre sus labios ignorando su pregunta.

—Veo que no has tenido uno de tus mejores días —le digo con la intención de cambiar de tema.

—Pues no. ¿Tú sí?

—Ajá.

—¿Y qué ha tenido de especial este día para ti? —Vuelve a atacar. Ciertamente es que lo hace con más debilidad, pero insiste. Mis caricias sobre su rostro la están dejando sin defensas, pero parece reacia a dejarse ir. Y es que el ego bloquea constantemente al amor. Tiene siempre tanto miedo que su forma de defenderse es atacando:

—¿Es que no lo ves? ¡Todo es perfecto! —Y señalo todo nuestro alrededor.

—Yo no lo veo así. Te recuerdo que venimos de un hospital —me susurra con extrañeza.

—Sí, pero estás aquí conmigo. Estamos juntos, y tenemos todo lo que necesitamos.

—Sí, tenemos una casa llena de cajas, un gran espacio cubierto de polvo, recuerdos y trastos viejos. —Ella vuelve a poner un muro de frustración entre ambos.

—Pero tenemos una casa —añado.

—Tu trabajo es absorbente. Has estado todo el día fuera, estás siempre ocupado, haciendo fotos, escribiendo... —Me mira de reojo, como sopesando mi reacción.

—Lo sé, pero tengo el privilegio de hacer lo que me gusta y eso es maravilloso. ¿No crees?

—¡Y esta casa tan grande! —Mira hacia fuera observando la construcción de piedra—. Necesitamos comprar cosas, no hay nada... es como vivir en una casa llena de fantasmas. Y no tenemos dinero para acondicionarla.

—Sí que lo tenemos, pero lo más importante es que no lo necesitamos para ser felices —le digo acariciando una de sus orejas, la que tengo más cerca. Repaso sus pliegues y masajeo con delicadeza el lóbulo. Su piel se eriza, pero su rostro sigue impassible. Su ego no se doblega fácilmente.

—Sí que lo necesitamos, tenemos que comprar cosas. ¡No tenemos nada! —me dice nerviosa. Tengo la impresión de que eso le afecta bastante.

—Las tendremos, compraremos todo lo que creas necesitar. Hace dos días

que hemos llegado de Asia y no hemos tenido tiempo de nada.

—Yared, necesito ocupar mi mente en algo —me señala al fin con un suspiro reprimido.

—¡Pues claro! ¿Qué deseas hacer? —me intereso al instante.

—Trabajar. Quiero ser independiente. —Yo detengo mis caricias y la miro con sorpresa. Ella responde a mi reacción con un atisbo de reto en su mirada, desafiante, alzando levemente su cabeza.

—¿Qué quieres decir con eso? ¿No quieres estar conmigo? —le pregunto con prudencia. Desde que llegamos de Vietnam, Yudica se ha mostrado muy nerviosa. Yo mismo me he sentido extraño al volver a esta granja, pero su actitud alterada la atribuí al cambio de horarios y a mis largas horas de ausencia, nunca a que se sintiera incómoda por mi causa.

—No es eso —me corrige rápidamente. Y yo, casi sin advertirlo, suelto el aire retenido de mis pulmones—. Quiero decir que, con un trabajo me sentiré independiente.

—Tienes un trabajo, me ayudas en mis proyectos y lo organizas todo. Pero si no quieres encargarte de mi agenda, no lo hagas. No me importa, de verdad. Nena... acabamos de llegar. ¿No crees que es muy precipitado? Te veo agotada y creo que necesitas darte tiempo. Todo esto es nuevo para ambos.

—No, estoy bien. ¡Y me gusta ayudarte! Es simplemente que necesito estar ocupada, además de ayudarte con tus cosas —me contesta agachando la cabeza—. Quiero aportar dinero a esta relación.

—Nuestra relación no es una empresa. —Veo que se encoge de hombros. Acabo suspirando, y continúo hablando mientras sigo acariciando su cuello—: Pero haz lo que te apetezca, no tienes que pedirme permiso. Yudica, no sé qué quieres escuchar, ni sé qué te incomoda, pero por favor, no le des valor a lo que no lo tiene. Si quieres trabajar, hazlo, pero no por el débil objetivo del dinero. El dinero no es nada, esa luz brilla poco.

—¿Pero es que no lo ves? ¡No tengo nada! —exclama extendiendo sus manos con impotencia—. Soy como una mochila tras tu espalda.

—¡Dios! Qué confundida estás —exclamo sobrecogido. Me acerco y le beso los labios—. Lo tienes todo, lo eres todo. Todavía no lo sabes, pero un día lo descubrirás.

—¿Piensas de verdad que lo soy todo? —insiste tras mi beso.

—Sabes lo que siento. Soy sincero contigo —le digo mimoso, deseoso de acabar con este absurdo diálogo cargado de incógnitas que no conducen a

nada.

—Ya. Eres honesto. ¡Ja!, ¡ya empezamos! —exclama con sarcasmo. Yo dejo de acariciarla, cansado ya de tantas palabras vacías. No logro entender cuál es el motivo de su angustia y suspiro con impotencia.

—Yudica, pero ¿qué te ocurre? ¿No eres feliz? —Mi pregunta directa la desarma. Me mira con ojos brillantes, mientras que pasan lentos segundos preñados de silencio. Después, afirma con la cabeza.

—¡Claro que lo soy! —logra decir al fin con voz forzada.

—¿Entonces? ¿Qué tratas de decirme? ¿Por qué estás tan desanimada? —insisto. Quiero saber qué le atormenta, qué es lo que la mantiene tan incómoda y alterada.

—No lo sé. —Y baja la mirada. Nuevamente, evita mirar de frente a sus propios miedos. Es evidente que Yudica ha construido un muro de silencio a su alrededor. Así, con esa actitud, el diálogo es inútil.

—Sí que lo sabes, pero no quieres reconocer lo que realmente te intranquiliza. ¿No quieres estar aquí? Solo tienes que decírmelo. A mí me da igual, iremos donde quieras, viviremos donde te apetezca, mi único deseo es estar contigo y verte feliz. ¿Deseas trabajar? ¡Hazlo! ¿Quieres volar? Vuela. Pero no sé ya qué pensar, me tienes confundido y no sé cómo ayudarte —le digo con frustración. Veo que duda.

—Es que... me siento mal, eso es todo. Esta casa tan grande y vacía, tú todo el día fuera y yo sin sentir que pertenezco a este lugar. Estoy perdida —me dice al fin.

—¡Esto también es nuevo para mí! —Y le cojo la mano que reposa sobre su pierna para apretársela con cariño—. Lo haremos juntos.

Ella alza su mirada y afirma con la cabeza murmurando un leve “gracias”.

—¿Gracias? —le pregunto extrañado—. No... esto no funciona así. No crees distancia entre nosotros y dime qué te pasa realmente.

Ella vuelve a quedarse callada, se toma su tiempo. Imagino que quiere dejar de mostrarse vulnerable. Trata de impedir que sus lágrimas delaten aún más su desánimo. Juega con mis dedos y observo que su pulso tiembla y reprime con todas sus fuerzas sus emociones.

—Mi familia me ignora y no sienten el más mínimo interés por mí —dice al fin con voz apagada—. Mi madre me desprecia, mi padre me ignora, ¿te parecen suficientes mis motivos para estar triste? Además, necesito ver a mis hermanos, los echo de menos.

—Pues iremos a verlos, yo te acompañaré —le contesto con ternura, tratando de equilibrar sus emociones con mi serenidad. Rodeo sus hombros desde la incomodidad del asiento.

—Pero ellos se enfadaron cuando nos fuimos, mi madre dijo cosas horribles y nos advirtió que no volviéramos nunca más —exclama con voz rota y mirándome a los ojos con intensidad, como pidiendo ayuda para gestionar sus emociones.

—Pero iremos de todas formas, cuando tú quieras, nena.

Vuelve a agachar la cabeza. Nuevamente parece que en su interior se libra una batalla que es incapaz de verbalizar. Suspiro con resignación, el día ha sido largo y comienzo a sentirme algo sobrepasado. Es difícil llevar una relación con tantos rincones sin explorar:

—Venga, vamos adentro. Tenemos que hablar de todo esto. —Y deshago el abrazo para abrir la puerta.

—No. Quiero quedarme aquí. —Mis movimientos quedan suspendidos en el aire y dejo caer la mano. Cada vez estoy más extrañado por su comportamiento lleno de sutilezas.

—¿Qué te pasa? Yudica, tienes toda mi atención —le insisto.

—Solo quiero quedarme aquí a pasar la noche.

—¿En el coche? Has pasado un mal día y necesitas recuperarte —le trato de convencer.

—Estoy muy bien, y no pienses que la casa es más cómoda. —Yudica parece resistirse a moverse. Nuevamente me topo con su cabezonería. No se me olvida cuando insistió en hacer voluntariado después de la larga expedición que hicimos, y mi sorpresa llegó al límite cuando me convenció para alargar nuestra estancia en Vietnam. Pero se deshizo en súplicas y ruegos cargados de mimos y maniobras sutiles para convencerme.

—Está bien, nos quedaremos aquí. —Suspiro al fin—. Déjame bajar los asientos, estaremos más cómodos.

Bajo su asiento con la palanca y después hago lo mismo con el que yo ocupo. Mientras que ella me observa atentamente, rebusco por detrás del coche, sorteando toda clase de impedimentos hasta alcanzar la vieja manta que siempre guarda mi padre. Se la pongo sobre su cuerpo para que no coja frío. Ella no deja de seguir mis movimientos mientras asoma a su rostro una leve sonrisa. Cuando al fin me recuesto, ladeo mi cuerpo hacia el suyo para permanecer frente a frente. Nos separa la distancia que existe entre ambos

asientos y el cambio de marcha se clava en una de mis rodillas. Sus ojos brillan bajo la noche estrellada y sus labios no dejan de mostrar una sonrisa al ver mi incomodidad:

—¿Te diviertes? —le pregunto al advertir su sonrisa.

—Mucho —me dice con cierto orgullo.

—¿Estás cómoda?

—Yared, estoy cómoda y no tengo frío. ¿Quieres dejar de tratarme como a una niña?

—Lo haré cuando dejes de comportarte como si lo fueras —le contesto seriamente. Ella abre los ojos asombrada ante mis palabras. Creo que no esperaba mi rotunda sentencia a su inmadurez, mi voz algo alterada y mi molestia al verme manejado por su inestable ego.

—Yo no hago eso —se defiende con inseguridad en su voz.

—Sí que lo haces —le reprocho con determinación. Me reta con su mirada. Hoy está muy terca y no desaprovecha ocasión para apostar por el conflicto. Su mente parece una montaña rusa de emociones. Dejo pasar unos segundos en los que trato de mirar en su interior. Finalmente, suspiro con resignación.

—Mi pequeña lince, ¿quieres salir de tu escondite? —le susurro en voz muy baja—. Estás obstinada, me retas continuamente y buscas un motivo para enfadarte conmigo. Tu ego te está controlando como si fueras una marioneta y, además, me quiere controlar a mí. ¿No te has dado cuenta? Y francamente, ya estoy cansado de esta batalla dialéctica. El día ha sido largo y necesito hablar con la Yudica a la que amo. Sé que está ahí dentro, escondida en algún rincón de este corazón.

Abre la boca para coger aire y me coge la mano para besarme la palma cerrando sus ojos. Al fin rompe a llorar y se rinde al amor. ¿Quién dijo que el amor no tenía fuerza? ¿Quién cree que los gritos, la furia y la rabia pueden hacer sombra al sentimiento que nos representa? ¿Quién duda de su energía y fortaleza? El amor rompe con todo, derriba muros, ambiciones, egoísmos y banalidades. El amor lo es todo y resurge de su interior lo que siempre ha existido, lo que siempre habita dentro de todos nosotros y que tan pocas veces dejamos salir. Un gran e incondicional amor que lo abarca todo. Yudica se abandona mientras trata de cubrirse la cara para que no le vea soltar sus sentimientos de esa forma. Dejo que se desahogue. Es difícil abrazarla, por lo que me inclino hacia su asiento y la cubro de besos por donde puedo. Ella

libera la tensión que tiene en su interior poco a poco, como si se tratara de una olla a presión. Y así, con el pasar silencioso del tiempo, se va tranquilizando lentamente.

—Ya está aquí mi pequeña —le susurro al oído. Ella se sorbe la nariz y gimotea de forma confusa mientras que pasa un brazo por mi cabeza y corresponde a mis atenciones.

—Perdóname, por favor. Me comporto como una niña caprichosa con la única persona que me quiere a pesar de ser como soy —me susurra entre gimoteos—. No sé qué ves en mí, Yared. No te merezco. Soy tan... ¡Inmadura! —Le cubro la boca con mi mano para que no siga hablando. Sus lágrimas mojan mi mano y su cuerpo se convulsiona dejando salir su sentir.

—Todavía no lo has entendido, ¿no es así? Yo soy tú. —Y la miro a los ojos para que me entienda sin necesidad de palabras. Su mirada se recrea en mi rostro y yo en el suyo. De sus ojos verdes asoman sus últimas lágrimas, pero ahora ya no se oculta, y yo trato de limpiárselas con delicadeza. El silencio nos envuelve y los minutos pasan sin que ninguno añada nada más.

—¿Estás mejor?

Ella afirma con la cabeza sin dejar de mirarme:

—¿Te ves capaz de compartir conmigo tu asiento? —le pregunto en voz baja—. Estoy clavándome el cambio de marcha.

Yudica se limpia con su manga las posibles secuelas que quedan de sus lágrimas, y afirma con entusiasmo, mientras se echa a un lado para dejarme el estrecho espacio que hay junto a ella. Me incorporo y salto hacia su asiento, ella se empieza a reír al verme en serias dificultades. Cuando ya logro estar en su asiento, es Yudica la que se incorpora para dejar que yo me acueste. Después se acopla sobre mí como si se tratara de un guante, apoya su cabeza en mi pecho y sus piernas me envuelven con agilidad. Le paso ambos brazos por detrás de la espalda y al instante, cada centímetro de nuestros cuerpos está unido con sorprendente sincronización.

—Hoy te he echado de menos, y el verte tirada en el suelo ha removido viejas heridas —le susurro.

—Oh, no sé qué me ha pasado. ¡Ha sido todo tan rápido!

—Yudica, ¿qué ha pasado cuando has llamado a tus padres? —le pregunto. Intuyo que el origen de todo lo ocurrido ha sido consecuencia de esa llamada de teléfono que tanto temía realizar.

Sonríe con tristeza y termina por explicarme:

—Mi padre me ha despedido con urgencia. Tiene prisa en volver a conquistar el éxito, pero ha tenido el detalle de explicarme que mi madre tiene una gran depresión. A pesar de eso, ella ha querido hablar conmigo y ha logrado hacerme sentir como a una miserable egoísta. Me ha recordado todo lo que podía tener y no tengo, y las fatales consecuencias de mis decisiones. Ha conseguido ponerme nerviosa, atolondrarme... no sabía qué me ocurría y me he asustado mucho.

—Siento no haber estado en casa. Si decides volver a llamar, ¿lo harás cuando yo esté cerca? —Veo que afirma con la cabeza. La achucho con cariño y ella me corresponde dándome besos por la parte del cuerpo que tiene fácil acceso—. Pequeña, cuando te embarguen tantas emociones, no trates nunca de reprimir lo que sientas. Déjate llevar y no hagas caso a la mente que forma un culebrón y busca culpables.

—Es difícil no buscar culpables. —Oigo que dice con seriedad.

—No hay culpables —insisto.

—Sí que los hay, Yared. Siempre hay alguien que te hace sentir mal o inferior —dice alzando la cabeza.

—Tu ego te dice que algo o alguien te ha hecho daño y tú te lo crees. Le das todo el poder a los demás, pero la última decisión siempre es tuya. —Al no contestar, le sigo explicando—: Yudica, nadie te puede herir, solo tus pensamientos tienen ese poder. Olvidas que te estás enfrentando constantemente contigo misma a través de los demás, y se te olvida que ese alguien estuvo de acuerdo contigo en todo momento antes de vivir esta vida.

—¿Crees de verdad que eso ha sucedido así? —Me mira sorprendida.

—Sí que lo creo. Y también sé que siempre estamos eligiendo. Tú has elegido hoy sentirte culpable porque algo dentro de ti te ha dicho que debe ser así. Tu ego se ha montado un culebrón basado en tu sistema de creencias, donde justificas lo que crees que está bien y juzgas lo que consideras que está mal.

—Es muy difícil no culpar a los demás cuando te hieren sus palabras. Yo no puedo estar pensando en que todos somos Uno —me contesta airada.

—Es posible, pero siempre hay otra manera de ver las cosas y solo tú debes elegir si creerte lo que te dices a ti misma o no. Hay mucho ruido en la mente, Yudica, trata de vaciarla de pensamientos que no te hacen ningún bien.

—¿Tú lo consigues? —Y alza la cabeza al hacerme la pregunta, tras un breve silencio.

—Yo tengo el mismo ego que todos. Pero ¿sabes?, puedo deshacerlo. No podemos controlar lo que nos ocurre, pero sí que podemos elegir cómo vivirlo. Deseamos un resultado concreto en todas las situaciones, como tú lo deseas en la relación que tienes con tus padres, pero puede que ese resultado no se ajuste a tus deseos. ¿Qué podemos hacer, entonces? O escuchamos la voz de “yo tengo la razón y ellos no”, o elegimos escuchar la voz de “prefiero vivir en paz y acepto a las personas tal y como son”. ¿Es que no ves que ese es el único poder que tenemos?

Aquí permanecemos ambos, sumergidos en un largo silencio en el que observamos el exterior a través de las lunas del coche, donde la oscuridad difumina los bordes de las imágenes que hay a nuestro alrededor. Nuestra conversación son apenas susurros rotos por el insistente *cric cric* de los grillos.

—Es difícil no sentir impotencia o ira, cuando las cosas no suceden como te gustaría —me dice Yudica.

—Pero yo no te estoy diciendo que no sientas. Al contrario, siente rabia, o ira, obsérvate. Y después piensa: ¿Quiero tener razón o ser feliz? ¿Luchas por cambiar la opinión de tu madre porque tú tienes razón? ¿O prefieres aceptarla tal y como es y ser feliz? ¿Por qué no aceptas la tristeza que te provoca su reacción? ¿Por qué no aceptas su opinión? Y, ¿por qué no aceptas los resultados y perdonas?

Permanece callada largo rato. Está sumida en un mutismo que la deja perdida entre sensaciones de vulnerabilidad y ansiedad.

—Es que sus palabras son tan frías y distantes... Y lo peor ha sido cuando no ha querido que hablara con Gara ni con Jonay. Sé que lo hace para hacerme daño. —Y se enrosca más entre mis brazos

—Esa es tu percepción y te has montado tu propia historia, que puede ser cierta, o puede que no. Así que tus pensamientos han originado un estado de estrés que se ha reflejado en tu cuerpo. Cuando se vive con continuos miedos y pensamientos negativos, se concentra una gran cantidad de adrenalina y cortisol en tu cuerpo. Tu mente entra en estado de miedo e inseguridad, y tu cuerpo fabrica respuestas químicas de autodefensa. Irremediamente, otros sistemas de tu cuerpo se apagan. Podemos aguantar estrés durante un tiempo, es cierto, pero llega un momento en que nuestro interior acaba por quebrarse en forma de síntoma.

—¿Por qué estás tan seguro de eso? —me pregunta sorprendida.

—Porque es innegable ver que existe una conexión entre mente y cuerpo. Es la mente quien dirige el cuerpo y también la que fabrica el miedo. El cuerpo por sí mismo, no tiene autonomía, es materia y solamente la mente es quien manda sobre él, quien mira a través de los ojos, quien siente, quien envía información a las células, a los órganos, y a las glándulas que liberan los químicos.

—Dices cosas muy raras y rompes esquemas. Me descolocas —comenta con voz muy baja.

—Me has definido muy bien. Me alegro de despertar tantas cosas en ti —digo sonriendo.

—Sabes muy bien todo lo que despiertas en mí —me dice mimosa.

—Y eso es perfecto, Yudica. No engañar con juegos de despiste para ver quién ama más o menos. Cuando actúas bajo esa sinceridad, las relaciones son tan transparentes que es imposible que existan celos, inseguridades y miedos. Y si hay algo que te haga daño, dímelo, yo trataré de ayudarte. Si ocultas cosas, no dejaremos de ver rincones oscuros, e irremediamente los proyectaremos fuera en forma de inseguridades y miedos. Estamos juntos para compartir, no para competir.

—Siempre dices cosas muy bonitas —me susurra al oído con delicadeza. Apretamos nuestro abrazo. Durante unos minutos, ninguno de los dos dice nada, pero pocos minutos después, Yudica se mueve tratando de acomodarse en el reducido espacio que compartimos, y me pregunta:

—Yared, debo admitir que la mente es muy importante y que existen enfermedades psicósomáticas. He leído que casi un 12 % de la población europea que sufren molestias han sido derivados a un psicólogo, porque el médico no encontraba ninguna explicación a su síntoma. Pero se me hace muy difícil creer que lo que nos ocurre tiene causas emocionales.

—No pretendo convencerte, pero reconoce que tiene lógica. Mira, las personas soportamos largos estados de estrés, ansiedad, agotamiento, nos sacrificamos constantemente, hacemos cosas que no queremos hacer, pasamos malos momentos y situaciones desagradables, enfados con tu pareja, con la familia, en el trabajo... ¡Una infinidad de cosas! Y nuestros pensamientos no paran nunca. El cuerpo recibe estas señales y nunca se guarda nada. Así que, ¿tan extraño te parece que ese estado de estrés crónico se refleje en forma de síntoma? Cuando nuestra resistencia no puede más, el cuerpo grita lo que la boca calla.

—Pero eso no tiene sentido. ¿Y la gripe? ¿Y el ébola? Hay muchas enfermedades originadas por virus y bacterias. Tú mejor que nadie conoces de su existencia —me replica con convicción. Se mueve en un terreno que conoce muy bien, y sus ojos brillan ante el debate en el que ambos nos hemos sumergido.

—Se te ha olvidado por completo mi punto de vista. Nada exterior a nosotros nos puede dañar porque no hay nada exterior. Y eso también afecta a las enfermedades. Ni las bacterias, ni los virus, ni el gélido viento del Norte pueden provocar las enfermedades. Somos nosotros los que utilizamos todos estos microorganismos para enfermarnos. Bajo un estado de estrés o ansiedad, nuestra alteración influye en nuestro sistema inmunológico, y nos servimos de todo lo que tenemos a nuestro alcance para enfermarnos. Nuestras creencias son poderosas, y estamos convencidos de que en invierno se coge la gripe. Entonces decimos que nos han contagiado o que hay una epidemia. Pero nadie se pregunta por qué unos sí y otros no. Que tú y yo estemos expuestos a las mismas condiciones y que uno de los dos se ponga enfermo, tiene que tener un motivo más racional que el mero hecho de la suerte.

—Tú lo has dicho antes, se pueden tener las defensas bajas —me contesta rápidamente.

—¿Y qué ha podido pasar para que bajaran? No es tan descabellado pensar que nuestro estado anímico sea el responsable, ¿no crees? Que los dos comamos la misma comida y que a uno de los dos le siente mal, tiene que tener una explicación más lógica que el azar. Puede que hayas oído algo que no te ha gustado, hayas recibido una mala noticia o incluso puede haber ocurrido una situación que se te haya atragantado. Que hoy te duela algo, y mañana no, como por arte de magia, tiene que tener una razón justificable.

Se queda callada, pensativa, imagino que comienza a cuestionarse lo que siempre se ha aceptado como verdad:

—Supongo que cuando tienes algún síntoma, no tienes más remedio que interrumpir tu rutina obligándote a pensar en ti misma. Le damos mucha importancia a nuestro cuerpo, así que es normal que la enfermedad se refleje en él —me dice reflexiva. Pero al instante advierte un detalle que rápidamente expone con sutileza—: ¿Y qué me dices del cáncer? Ahí no hay bacilos, ni virus de los que servimos.

—Cierto. Son células que antes realizaban una función para el bien común de un órgano en concreto, y para la supervivencia del cuerpo en su conjunto.

Pero estas células cambian de opinión, se comportan de forma incoherente y atacan a las demás células. La pregunta que hay que hacerse es: ¿Por qué? ¿Qué ha sucedido dentro del cuerpo, que ha hecho posible esa alteración? ¿Por qué ayer no y hoy sí?

—La verdad es que se desconocen las causas. Se dice que puede ser por algún factor externo que todavía no se ha identificado, por herencia genética, por causas ambientales o por cambios espontáneos de los genes.

—¡Eso lo explica todo! —exclamo. Noto que se mueve y levanta la cabeza para volver a mirarme.

—¿Piensas que tiene la misma causa que el resto de las enfermedades? —me pregunta sorprendida.

—La célula cancerosa se aparta de la unidad y vive por y para su propia individualidad —le explico—. Esa incoherencia de la célula es la representación de la incoherencia de todos nosotros y más que combatir, hay que comprender para qué ocurre. Yudica, entiéndeme, si yo creo que el cuerpo en realidad no existe, ¿cómo puedo creer que exista la enfermedad? Pero que yo piense de esta manera, no me exime de padecer enfermedades, porque hay un plan que nunca entenderemos bajo nuestro minúsculo punto de vista. Hoy encontramos una aberración que sucedan ciertas cosas, pero no existen los errores. Yo creo que hay que dejar de cuestionar lo que nos ocurre y pensar que, aunque no le encontremos ninguna explicación coherente, siempre hay un propósito.

—Tiene sentido porque tú lo miras todo a lo grande, desde una perspectiva que va más allá de nuestras narices. Había leído que, según la OMS, los conflictos en soledad, los viejos resentimientos o la ira mal canalizada, son las principales causas que pueden producir las enfermedades. Además, muchas investigaciones científicas afirman que las creencias se reflejan en nuestras experiencias diarias. Pero nunca se me había ocurrido que lo que nos ocurre puede tener un alto propósito que no entendemos, mientras que sigamos identificándonos con el cuerpo. —Después de unos segundos en los que parece reflexionar, sigue argumentando—. ¡Quién sabe! Puede que nos sucedan ciertas experiencias para que nos demos cuenta de que no podemos tomarnos la vida tan en serio. ¿No crees?

Aprieto el abrazo y le doy un leve beso sobre su cabeza.

—Sí, nena, yo también lo creo. —Ambos nos recreamos en la observación de las sombras nocturnas que suceden tras el cristal del coche, pero nuestras

mentes exploran razonamientos ante un tema muy sensible.

—Ahora parece que tengo sobre mis hombros todo el peso del mundo — me dice con un suspiro—. Mis fuerzas me han abandonado, y esta debilidad me deja más abatida aún.

—Debes escucharte y descubrir qué esconde tu dolor —le respondo afectado por sus palabras—. Sé muy sincera y mira en tu interior sin miedo. Tienes que sanar algo en la relación que tienes con tus padres y lo sabes.

—Cuando dices sanar, supongo que te refieres a perdonar. —Se incorpora para mirarme. Estamos tan comprimidos en el asiento que debemos hacer verdaderos esfuerzos para poder mirarnos a los ojos. A mí se me empiezan a dormir las extremidades y ella se revuelve con más insistencia. Ambos estamos incómodos, pero algo hace que nos resistamos a abandonar el sitio donde estamos:

—Supones bien. Examínate y sé sincera, pequeña. Como bien has dicho antes, no puedes tomarte las cosas muy en serio. ¿Sabes quién puede ayudarte? Alejandro. Habla con él cuando vayas a hacerte las pruebas médicas que tienes pendientes. Parece entender de todo esto.

—¿Alejandro? —Parece extrañada, ya que ni ha reparado en quién la atendió en urgencias.

—Sí, el médico que ha estado contigo. Es un antiguo amigo de la infancia y casualmente, el actual marido de Joana.

Vuelve a erguirse. Sus ojos verdes se clavan en los míos y su ceño se frunce. Duda por unos instantes:

—¿Joana? ¿Tu Joana?

—¡No es mi Joana! —le contesto demasiado rápido. Un leve escalofrío sacude mi espalda. No es ningún sentimiento de rechazo, sino más bien de alivio al entender que lo nuestro nunca hubiera funcionado. Ahora estoy con Yudica, y eso justifica los anteriores resultados, por muy dolorosos que fueran en su momento.

—Quiero decir... la del diario, ¿tu antigua novia? —insiste, todavía sorprendida.

—Sí, la misma. —Y no puedo evitar sonreír al observar su rostro de niña con ganas de saber más.

—¿Y está casada con ese médico? ¿Tú lo sabías?

—Sí. Mi madre va con frecuencia a ese hospital para hacerse sus pruebas médicas y mi familia es conocida. La gente no pierde ocasión de informar

sobre la vida ajena y de preguntar sobre la tuya. Vivimos en un mundo lleno de chismorreos.

—¡Vaya, vaya! Esto sí que es curioso. —Y suspira para después preguntar —: ¿Y has vuelto a ver a esa tal Joana?

—Sí, en varias ocasiones.

Se gira nuevamente para mirarme. Tal y como acabo de decir, el fisgoneo es uno de los deportes universales más extensos del planeta, y Yudica no disimula su propia curiosidad:

—¿Mi pequeña curiosilla quiere información? —le pregunto con una sonrisa.

Resuena su risa. Al oírla, vuelvo a experimentar una sensación embriagadora de ternura hacia ella. Pero estamos limitados, mis sentidos son escasos y mi cuerpo marca fronteras. Así que lo único que puedo hacer es volver a abrazarla mientras cierro los ojos para sentirla más cerca.

—Nena... me encanta escucharte reír.

—Me hace gracia cómo conviertes un defecto en algo bueno —me responde con alegría.

—Quizás es porque no existen los defectos. Son otra invención humana, ya que todo depende de cómo lo mires. Verás, mi pequeña curiosa, Alejandro y Joana se casaron hace unos dos o tres años. Mi madre no perdió tiempo en decírmelo y Nicolás se enteró de todos los detalles. El periodismo de investigación lo lleva en las venas. —Y vuelvo a escuchar la risa de Yudica, fresca y llena de júbilo. Le sigo informando—. Recuerdo que la última vez que vi a Joana se mostró muy cariñosa conmigo.

—¿Qué pasó? —me pregunta muy interesada.

—Insistió en tomar una copa, hablar un rato, en fin, lo que surgiera. Ante sus descaradas insinuaciones y provocaciones, intuyo que es muy “feliz” junto a Alejandro. —Y hago un leve gesto con mi mano libre, para marcar las comillas sobre la palabra. Ella se vuelve a reír. ¡Sí! Las ironías las pilló al vuelo.

—¿Y después? ¿Te acostaste con ella? —me insiste con mucho interés.

—Pues no. No me interesaban sus provocaciones.

—¿No pasó nada? —Parece decepcionada. Yo me sorprendo. Imagino que esperaba escuchar una historia llena de intrigas e infidelidades.

—¡Oye!, ¿y qué esperabas? —le pregunto sorprendido.

—No sé, quizás algo más de emoción —me dice encogiéndose de

hombros.

—¡Bueno, siento decepcionarte! Puede que sea algo aburrido para ti, pero no te preocupes pequeña, cuando la vuelva a ver me insinuaré descaradamente y corromperé su “feliz” matrimonio con tentaciones carnales. —Siento un leve golpe en el pecho y cómo se revuelve entre mis brazos mientras refunfuña con una teatralidad admirable.

—¡Qué tonto eres! —exclama interpretando muy bien el papel de ofendida.

—Lo que sea por ti, pequeña. ¡Ah!, ¿puedes girarte un poco? Estoy entumecido.

Nos removemos en el asiento con dificultad y al fin cambiamos de posición. No deja de ser divertido saber que tenemos más de doscientos metros cuadrados de casa y que en cambio permanecemos los dos sobre el asiento del automóvil, mientras ajustamos nuestros cuerpos al reducido espacio que compartimos. Al fin quedamos frente a frente, muy juntos, y entrelazamos las piernas para ocupar el menor espacio posible.

—¡Ah! ¡Bien! Por fin te tengo a mi alcance —le susurro. Y es que en esta nueva posición la tengo mucho más accesible a mí, tan pequeña, pero ¡tan grande por dentro!

—Eres muy ingenioso, pero no hacía falta. Siempre me tendrás a tu alcance —ronronea con voz melosa. Su sonrisa ilumina su cara y sus manos empiezan a acariciarme la mejilla, mientras que su mirada sigue la línea que dibujan sus dedos sobre mi rostro.

—Pequeña... la espera se me ha hecho eterna. Estaba deseando besarte desde que me fui esta mañana.

—Pues creo que has esperado mucho para hacerlo. —Y al fin tengo acceso a sus suaves labios, al calor de su aliento, al acogedor hueco de su cuello, a su suavidad, a su entrega silenciosa y a su amor. Enredo mis dedos entre su cabello y a medida que me introduzco más en ella y la saboreo, noto que mi corazón se precipita, que mis sentidos se anulan, que mi respiración se agita y que todo mi ser se limita a sentir. Susurro su nombre con voz entrecortada. Ella se acopla a mi cuerpo y responde inmediatamente a mi demanda. Y yo me dejo ir, disfrutando de nuestro contacto a pesar del reducido espacio y del inadecuado momento. Mi deseo es sentirla de la única forma que creo que podemos estar más unidos en este mundo denso, desprendiéndome de mi yo hasta llegar a la frontera. Haciéndola mía y yo suyo hasta formar uno solo.

“Conténtate con lo que tienes; regocíjate en cómo son las cosas. Cuando te das cuenta de que no hay nada que te hace falta, el mundo entero te pertenece”.

Lao-Tse Pensador chino, creador del taoísmo

Yudica

Yared y yo permanecemos en silencio mientras hoy nos dirigimos a casa de sus padres. Después de nuestra estancia en Vietnam, sus padres han organizado una comida de bienvenida para recibirnos y nos reuniremos con toda su familia al completo. Aún se me hace algo extraño estar junto a una familia todavía desconocida para mí, y moverme en un mundo al que no parezco pertenecer. Supongo que me siento totalmente abrumada por todo lo que me está sucediendo. He dejado atrás a mis amigos, una vida diferente y una familia que desea que vuelva con el corazón roto y el fracaso cincelado en mi rostro. Pero cuando observo a Yared, todas mis dudas se evaporan. Nos movemos en un escenario muy cotidiano, puede ser, pero me siento plena a su lado. Es como si hubiera encontrado en él lo que creo que me falta a mí.

La casa ya se empieza a ver. Está en un buen barrio, rodeada de bonitos parques, y me imagino que con vecinos de buena posición. Si mis padres vieran esta casa, creo que todos sus prejuicios se desbloquearían y comenzarían a mirar a Yared de otra forma. Al acercarnos no dejo de admirar la elegancia del edificio, su majestuosidad dentro de una aparente sencillez. Es enorme y preciosa, iluminada por el sol y con todo lujo de detalles. Me gustan sus grandes ventanales vestidos con cortinas blancas, su amplio jardín y su enorme piscina de dos niveles.

Cuando el coche entra en el camino que conduce a la finca, enseguida advierto movimiento. Hay dos coches delante del nuestro, imagino que son de los hermanos de Yared. Me empiezo a poner muy nerviosa y mi corazón palpita enloquecido por volver a encontrarme con todos. Yared apaga el motor y me mira.

—Estás muy pálida. ¿Estás bien? —me pregunta con preocupación.

—Sí, no te inquietes, no me voy a volver a desmayar.

Él no deja de mirarme con sus observadores ojos. Me pone muy nerviosa, es como si supiera leer en mi interior. Así que me revuelvo en el asiento con incomodidad y abro la puerta con evidentes deseos de huir de su mirada. Pero su mano me detiene, por lo que no puedo evitar volver a enfrentarme a él:

—¿Qué? —Me ha salido un “qué” bastante histérico. Al instante me arrepiento de mi reacción defensiva, la cual no tiene ninguna justificación razonable.

—Si quieres, no vamos —me dice.

—¡Oh! ¡Yared! No lo hagas más difícil. Vamos, tu familia te está esperando. Estarán deseando verte.

—Yudica, nos esperan a los dos. No te excluyas deliberadamente —me rectifica desde su lado del coche.

“*¡Bien, pues eso!*”, pienso con ironía. Pero no digo nada. No quiero descargar mi “no sé qué coño me pasa” con él. Salgo con urgencia y aspiro una bocanada de aire con todas mis fuerzas. Quiero recuperar la energía que parece haber abandonado mi cuerpo desde que llegamos de Vietnam. No sé qué me ocurre, pero tengo como una pelota en el estómago, un puño que oprime constantemente mi pecho, y unas permanentes ganas de llorar. Es una sensación extraña, es como sentir sobre mis hombros el peso invisible de una ansiedad indeleble y que me acompaña allá donde vaya. Los pliegues invisibles de la desesperanza es un pesado atuendo que me deja en un constante estado de abatimiento y que le quita color a todo. Y lo más extraño de todo esto es que si alguien me preguntara si soy feliz, le contestaría con rotundidad: “Sí, más que nunca”.

Cruzamos el jardín para acceder a un gran porche adornado con un balancín y una mesa de mimbre rodeada de sillas. Es un rincón precioso. Es una casa preciosa. Es una familia entrañable. ¿Es eso lo que me pasa? ¿Siento envidia? ¡Joder con el ego! Porque es el ego, ese feo y estúpido demonio que asoma sus cuernos en forma de pensamiento y empieza a comparar, ¿verdad? Es el ego quien me recuerda lo que tiene Yared, una familia que lo quiere y apoya, su mundo perfecto, su seguridad siempre acompañándolo y yo, en cambio, vivo con la sensación de que lo he perdido todo y que no pertenezco a ningún sitio. ¡Mierda! Me estoy empezando a cabrear con esta maldita voz.

La puerta de entrada se abre y sale a nuestro encuentro la persona que representa los pilares más fundamentales de Yared: su madre. Irene es una mujer guapísima, de una belleza abrumadora, con una media melena espesa y

oscura y unos enormes ojos que irradian amor y ternura por todos. Nunca había conocido a una persona con esos rasgos tan armoniosos. Es una belleza. Anda con cierta dificultad, creo que son las secuelas que le han quedado de su enfermedad. Al vernos, su mirada nos envuelve con evidentes muestras de alegría. Acortamos la distancia y para mi sorpresa, alza sus brazos y nos abraza a los dos al mismo tiempo. Siento cómo con sus pocas fuerzas hace que me acerque a ella, y los tres nos fundimos en un largo abrazo ausente de palabras:

—Bienvenidos —dice al fin—. Yudica, ¿qué te ha pasado? ¿Estás herida?

—No es nada importante, una vieja herida que se ha vuelto a abrir —le digo con el deseo oculto de que deje de preguntarme sobre este asunto. Pero en mi interior, sé que mis palabras encierran una gran verdad. Afortunadamente Irene se ha puesto entre ambos, nos ha cogido de la cintura y nos hace breves preguntas sobre el viaje que hemos tenido, olvidando por completo la herida de mi frente. Yo me limito a observarlo todo y permanezco callada. Entramos al espacioso y soleado interior y cruzamos el salón para acceder a la parte de atrás de la casa, donde se empieza a escuchar el ruido de voces y risas. El porche trasero está acristalado y sus vistas descansan sobre una amplia extensión de jardín lleno de árboles. Han montado una mesa alargada y no deja de sorprenderme el encontrar divertidos platos de papel, comida aún sin hacer, y un aire totalmente informal.

El padre de Yared parece que es el encargado de la parrilla y está vestido con un delantal algo ridículo, frente a los abiertos ventanales. Tiene una cerveza en una mano y está hablando distraídamente con Nicolás. Gregori está sentado junto a su mujer y ambos se están haciendo carantoñas entre miradas cargadas de mensajes. Cuando entramos los tres, todos se giran para mirarnos, y de pronto se forma una gran algarabía de exclamaciones, saludos, y abrazos. Yo me veo sin tiempo para reaccionar. Me besan, me saludan, me preguntan, y me siento aturdida. Nicolás me achucha con cariño y me levanta del suelo con facilidad. Comenta algo sobre mi evidente pérdida de peso y comienza a bromear con Yared al respecto. Gregori es más correcto y me besa tras su abrazo preguntando por mi aventura en Vietnam. Su mujer Marta, espera pacientemente a su lado y me da un abrazo cargado de afecto. Me sorprende por tantas muestras de cariño y me dejo llevar. El padre de Yared es tan serio o más que Gregori. Desea que le llame Gregorio, y a pesar de su seriedad y su estirada educación, me trata con mucha amabilidad, quizás con demasiado

cuidado, como si yo fuera frágil como el cristal. Me ofrece una bebida y aparta a Nicolás para cederme un asiento.

—¡Siéntate, Yudica! Tienes una herida muy fea y estás muy pálida, ¿te encuentras bien? —Afirmo con la cabeza y me siento en la silla. ¡Estoy tan nerviosa y tan débil! A los pocos segundos se sienta Marta a mi lado, y me comienza a preguntar por las impresiones que he tenido del viaje. Es alta y delgada, y manifiesta una elegancia que solo se puede nacer con ella. Estoy prácticamente segura de que se ha criado entre gente adinerada, con una educación exquisita y refinada. Sus movimientos, su forma de hablar y de comportarse, me traen a la memoria a Sergio. Y eso me sobrecoge de tal forma que empiezo a removerme inquieta. Mis tormentos vuelven en muy mal momento. Pero para mi sorpresa, Marta me hace sentir bien, se muestra distendida y atenta, mientras comienza a criticar a los tres hermanos de ser extremadamente fastidiosos entre ellos. Poco a poco su verborrea me hace participar en la conversación. Me empiezo a sentir mejor junto a ella, mucho más relajada, y casi sin darme cuenta me encuentro metida en una conversación banal y algo sexista, criticando al género masculino y riéndome de los arquetipos típicos de la sociedad.

Irene revolotea tratando de que todos tengamos bebidas, de que estemos cómodos y nos sintamos a gusto. Yared habla con su familia totalmente entregado a ellos y su mirada topa brevemente con la mía durante unos segundos. Me sonrío con evidente alivio al verme más relajada, y yo empiezo a sentirme un poco más segura de mí misma.

Tras una informal comida y dos copas de vino, el padre de Yared, Gregorio, me vuelve a llenar la copa. Es lo único elegante que hay sobre la mesa, ya que todos estamos comiendo sobre platos de plástico y utilizando servilletas de papel. El exquisito marisco ha dejado un agradable olor dentro del porche y el sol invernal entra a raudales por sus ventanales, hecho que hace que el color haya vuelto a mis mejillas. Y para ser sinceros, el vino está ayudando bastante a que mi lengua esté más suelta y parlotee con Marta e Irene.

—Yudica, ¿te sientes a gusto en la granja? —me pregunta Gregorio con interés.

—No mucho. ¡Está todo tan vacío! —exclamo con naturalidad. Todos me miran sorprendidos por mi rotunda respuesta y después se ríen divertidos.

Noto que me pongo colorada, pero no trato de esconderme, ya que todos miran a Yared, el cual parece algo molesto por las acusaciones de sus hermanos.

—Yared, mira que eres bruto, ¡chaval! —Nicolás se burla de él. Gregori hace alguna observación y vuelven a reírse entre ellos. Yared contesta, pero la voz de Irene me distrae. Está hablándome con voz muy baja:

—Si quieres que te ayude con la casa, solo tienes que decirlo. No conoces la ciudad y yo te puedo orientar, conozco tiendas que ofrecen grandes oportunidades.

Me quedo algo cortada por lo que acabo de oír y balbuceo sin saber muy bien qué responder:

—No sé... tengo que hablar con Yared.

—Lo entiendo. Pero no esperes a que dé el primer paso. Ya sabes que no se fija en esas cosas. —Bebo más vino sin saber muy bien cómo reaccionar a todo esto. ¿Que por qué? Solo llevo poco más de seis meses de relación con Yared y hay ciertos aspectos que todavía no hemos hablado. Sé que puedo contar con todo lo que él tiene, pero... no sé, hay terrenos inexplorados. Mi mirada se vuelve a encontrar con la suya y se le ve muy relajado. Está disfrutando de su familia, de la conversación y su único propósito en esta vida es ser feliz sin importarle lo más mínimo lo que nos parece importar a los demás.

—Bien, ya te diré algo —le contesto después de un largo trago de vino.

—¡Estupendo! Cuando lo tengáis todo arreglado, podrás invitar a tus padres. Tenemos ganas de conocerlos.

Irene está eufórica. Yo, en cambio, me atraganto ante sus palabras. ¿Mis padres? ¡Oh, si yo le contara lo que piensan mis padres de Yared! Dudo que su bonita sonrisa permaneciera mucho tiempo en su cara.

—Y dime, Yared, ¿dónde tienes tu próxima conferencia? —Gregorio vuelve a atraer todas las miradas hacia él y para mi alivio, el tema de mis padres queda en el aire. Yared se encoge de hombros y me mira en busca de respuestas:

—Creo que hay una, pero no recuerdo ni dónde ni cuándo. Yudica tiene las fechas.

Nuevamente siento todas las miradas sobre mí, y entonces recuerdo todo el programa que estuve ideando para las próximas semanas. Nicolás, con mucha sutileza, me fue dando información y fechas sobre conferencias en diversas universidades y exposiciones fotográficas. Mis horas de espera en la gran

gruta de Vietnam estuvieron muy bien aprovechadas para tratar de compaginar los viajes y los diferentes proyectos de Yared. En el momento en que me vi envuelta en medio de horarios, días y meses, supe a ciencia cierta que Nicolás había dejado sobre mis hombros una tarea muy entretenida. Pero me sentí muy bien al poder ayudar a Yared de alguna forma. Tiene demasiados proyectos en marcha y se deja absorber fácilmente por su mundo particular, así que el tiempo deja de tener el mismo sentido para él que para el resto de las personas. Por eso necesita a alguien que le recuerde en qué fecha vive, la hora que es y sus próximos eventos.

—Creo recordar que la próxima conferencia es en una universidad de Alemania, no me acuerdo del nombre, y coincide con una exposición fotográfica sobre el parque natural de Baviera. Pero esperamos la confirmación de fechas —contesto.

—¡¡Oh, Baviera! Es preciosa. ¿La has visitado alguna vez? —Marta me introduce nuevamente en otra conversación, donde realmente yo tengo muy poco que decir. Salvo Vietnam, no he viajado a ningún sitio digno de mención, aparte de playas y ciudades turísticas. Se crean varias conversaciones alternativas: Unos hablan de las fotografías que Yared hizo del parque Natural de Baviera, otros de los viajes, y yo trato de escuchar a todos sin dejar de tener una sonrisa algo tonta en la cara. Estoy rodeada de gente fantástica, todos tratan de que me encuentre bien junto a ellos, y estoy por fin tranquila y en paz. Siento que esta es una de las primeras ocasiones que tengo la espalda apoyada en el respaldo de la silla, estoy respirando con tranquilidad y me muestro relajada.

Observo a la familia de Yared, Gregorio le hace preguntas constantemente sobre el documental y se muestra muy interesado por todo lo que hace. Sus hermanos se involucran también en el tema y cada uno aporta sus conocimientos y opiniones. Irene está resplandeciente, sonríe y no deja de mirarnos a todos con ojos muy brillantes. En alguna ocasión nuestras miradas se han encontrado y sé que esta mujer me tiene aprecio. Eso se nota. Al principio me dio la sensación de que me veía demasiado joven para su hijo, pero imagino que ha visto en nosotros lo que cualquier madre normal quiere ver: Amor. Durante los días que estuvimos en su casa este verano pasado, no quiso hacerme muchas preguntas. Sé que Yared les advirtió del reciente suicidio de Sergio y de lo afectada que estaba. Había dejado todo atrás para irme con él y estaba en estado de shock, incapaz de sobrellevar todo lo que

había ocurrido. Pero Irene me hizo una observación que me hizo sentir confiada: “Eres una mujer valiente, Yudica. Has dado un gran salto de fe. ¡Y veo a Yared tan feliz! Sigue confiando, cuando alimentas una relación con tanto amor, los miedos acaban por morir de hambre”. Aún me sobrecojo cuando recuerdo sus palabras. ¿Soy valiente? Nunca pensé nada semejante de mí misma. Pero sea como sea, toda esta familia parece estar encantada conmigo.

Nicolás da unos leves golpes a la copa que utiliza y hace que aparque a un lado mis pensamientos. Todos dejan sus conversaciones y le miramos con curiosidad. Él se muestra confiado y feliz, pero algo en sus gestos me hace vislumbrar algún atisbo de nervios. Deja pasar unos segundos y al fin anuncia:

—Familia, aprovechando que estamos reunidos, tengo que anunciaros algo importante. Ahora que Yared ya no me necesita tanto, he decidido dejar la revista y trabajar en el periodismo de investigación. Sabéis que eso es lo que más me apasiona, y he recibido una buena oferta de trabajo que no puedo dejar escapar.

Por un momento todos se quedan callados. Gregorio parece que se ha quedado sin habla e Irene ha juntado ambas manos, como si rezara, sin dejar de mirar con ojos muy brillantes a su hijo pequeño. Solo Yared reacciona y se levanta de su asiento para felicitar a su hermano con evidente alegría por su parte:

—¡Ahora lo comprendo todo! ¡Felicidades! Siento haber frenado tus sueños, yo nunca creí... —Yared parece algo preocupado por ser el posible causante de ciertas responsabilidades que Nicolás asumió por su causa. Observo cómo se muestra sobrecogido por la reciente información. Pero Nicolás enseguida hace que se calle con un leve gesto en sus manos:

—No, Yared. Nadie me obligó y todo lo que he hecho me ha aportado mucha experiencia. Acababa de salir de la universidad y necesitaba rodaje. Tú nunca me has frenado, sino todo lo contrario, me has señalado el camino.

Hay silbidos y exclamaciones exageradas que tratan de llenar un ambiente cargado de emociones. Ambos se abrazan y yo soy tan tonta que se me saltan las lágrimas. Pero mi gran satisfacción es cuando veo a Irene mucho más emocionada que nadie. Se ha quedado muy quieta en su silla, pero toda ella muestra el profundo impacto que siente por la noticia y por el comportamiento de ambos hermanos. Nicolás recibe las felicitaciones del resto de su familia y

se dirige con paso decidido hasta su madre. Se sienta a su lado y la rodea con su brazo achuchándola hacia él.

—¿Por qué lloras? No es una mala noticia —le dice con cariño.

—¡Vamos, Irene! —exclama su marido alzando la copa para brindar—. ¡No seas melodramática y brindemos!

¡Vaya! Tampoco soy la única melodramática. Me levanto como toda la familia para brindar por la nueva noticia. Pero antes de que tengamos la oportunidad de chocar nuestras copas, se vuelve a oír el tintineo de otra copa. Esta vez es Gregori, que con cara de cordero degollado mira a su mujer comunicándose algo con la mirada. El brindis queda en el aire y todos nos quedamos con las copas en la mano guardando silencio a la espera de sus palabras.

—Aprovechando el brindis y las buenas noticias, Marta y yo también queremos daros otra.

Observo a Irene cómo abre sus ojos con asombro, como si ya supiera lo que va a decir su hijo mayor, y una perpetua sonrisa asoma en sus labios.

—Marta y yo vamos a ser padres. —¡Madre mía! Toda la familia se ha puesto a alborotar y a exclamar entusiasmados ante el feliz acontecimiento. Yo lo miro todo con ojos llenos de emoción y al fin, viendo tanta alegría, no puedo evitar conmoverme. Soy prácticamente una desconocida y me afectan enormemente estas noticias, ¿cómo puede ser eso? Me siento en la silla que me ha acompañado durante todo este tiempo y me entrego a mi emoción como si fuera la principal afectada. Noto a Yared a mi lado. Aprovechando que todos están revolucionados felicitándose unos a otros, ha ocupado el asiento del lado y me ha atraído hacia su pecho. Una sensación de plenitud y agradecimiento inunda mi corazón. Es como si se expandiera desde mi interior afectando a todo el que me rodea. De repente, como por arte de magia, mi mente se ha abierto y lo he comprendido. Al fin he encontrado en mi interior mucho por lo que estar agradecida, y un repentino rayo de luz se ha filtrado por entre las oscuras nubes que había en mi mente pintándolo todo de vivos colores. Ha sido tanta la claridad con la que lo he visto todo, que un escalofrío ha recorrido mi espalda y me ha dejado totalmente sobrecogida por mis sensaciones.

La verdadera abundancia no puede medirse por tener un coche, una casa o cualquier posesión acumulada. La verdadera abundancia se experimenta por lo que puedes entregar a los demás de tu interior. Es cuando sientes que el

corazón se te expande, cuando andas por la vida sintiéndote plena, cuando permanece un perpetuo brillo en tu mirada y dejas de desear tener, conseguir y ser. ¡Y es tan simple! Acabo de descubrir una riqueza infinita en mi interior en forma de sonrisa, de emoción, de amor que lo abarca todo. ¡Dios! ¡Hay tanto bueno en mí que poder compartir!

“El mundo que vemos refleja simplemente nuestro marco de referencia interno: las ideas predominantes, los deseos y las emociones que albergan nuestras mentes”.

Extracto del libro: UCDM

Yudica

Estoy sobrecogida por todo lo que me está ocurriendo. Vivir junto a Yared es una carrera sin frenos, es un constante no parar y acabo por perder la noción del tiempo y de la realidad. Ahora miro todo mi alrededor y me siento algo insegura en este ambiente tan ajeno a mí. Estoy sentada en una butaca frente a un gran escenario y hay tantos chicos y chicas a mi alrededor que me mezclo fácilmente entre ellos, con la única diferencia de que yo no soy ninguna estudiante de la universidad de Augsburgo, y que simplemente he acompañado a Yared a su conferencia. ¿Realmente va a hablar ante tanta gente? ¡Debe de estar loco! Yo me moriría de vergüenza, mi mente se bloquearía y sería incapaz de decir una sola palabra.

No ha pasado ni una semana desde que volvimos de la comida que organizó su familia y han pasado muchísimas cosas. Por un lado, todos nos fuimos de su casa con una agradable sensación de haber pasado un fantástico día. Todo lo sucedido me animó muchísimo y mi decaimiento pareció remitir. Me encontraba tan bien que acabé por volver a llamar a mis padres para comunicarles que iríamos a visitarles en pocos días. Pero mi padre me insinuó que mi madre no estaba en su mejor momento y que sería necesario que le diéramos tiempo para que asimilara la situación. Todavía lloraba por Sergio y su fatal desenlace, y sumergida en su propia tragedia, no deseaba ver ni hablar con nadie, y mucho menos a nosotros. Toda la situación familiar se complicaba mucho más al saber que sus finanzas no iban nada bien, y todos los lujos, caprichos y vida de opulencia, se había reducido drásticamente. Mis hermanos habían dejado sus clases particulares de música y danza respectivamente, e iban a vender la casa para trasladarse a un piso más pequeño.

A medida que me iba explicando todos los cambios que estaban afectando sus vidas, yo me iba encogiendo y me hacía más y más pequeña. Yared estaba

a mi lado y me hizo sentarme en una silla. Cogió el teléfono de mis manos y habló con mi padre durante breves segundos. No sé qué fue lo que dijo ni tampoco tuve ganas de saberlo. Mi mundo ya estaba bastante oscuro como para agregarle más pinceladas llenas de dramatismo. ¡Mi alegría volvió a evaporarse con una simple llamada de teléfono! Pero a pesar de todo no quise dejarme llevar por la desesperante situación que parecía vivir mi familia.

En los días siguientes tuvimos que ultimar los detalles para venir a Alemania. La conferencia se había adelantado y solo teníamos tres días para prepararlo todo. Yared no me veía recuperada de mi cansancio y no creía seguro que lo acompañara en este viaje. ¡Pero yo lo tenía tan claro! Deseaba volver a perderme con él en cualquier rincón del mundo que me hiciera olvidar las zancadillas que la vida me ponía para impedirme ser feliz. El día antes de irnos a Alemania, fui al hospital para volver a realizarme las pruebas que quedaron pendientes. Alejandro resultó ser un hombre muy simpático, y antes de dejarme en manos de las enfermeras, me informó que tenía que repetir los análisis por simple precaución. Fue agradable hablar con él, reírme con desenfado de sus palabras halagadoras, y acabar tomándonos un café en la cafetería del hospital mientras esperaba que Yared viniera a recogerme cuando acabara su reunión con el equipo de montaje. El ultimar detalles del viaje y prepararlo todo me ha evadido de mis insistentes pensamientos y he conseguido mantener al margen mi drama interno.

Ahora estoy en medio de jóvenes de edad similar a la mía, y tengo la sensación de que vuelvo a mis tiempos de universitaria, donde solo existían las risas, las fiestas y los agobiantes exámenes. No hace mucho tiempo de eso y me da la sensación de que han pasado siglos. A medida que la sala se llena de más gente, me voy poniendo mucho más nerviosa. Las luces se apagan y las voces de los que estamos ante el escenario se van callando. El revuelo se ha transformado en un simple murmullo. ¡Estoy nerviosa! Mis manos tiemblan y siento que mi corazón enloquece. Miro a mi alrededor y veo caras llenas de entusiasmo, sobre todo las de las chicas. ¡Vaya! ¡Ja! ¡Yared levanta pasiones!

Sale un señor mayor a escena, imagino que, para presentar la conferencia. Todos aplauden. Comienza a hablar en alemán y yo me siento tremendamente decepcionada. ¿En alemán? ¿En serio? Pronuncia el nombre de Yared y se oyen aplausos y ahí está él, sonriente, guapísimo, con sus tejanos descoloridos y la camisa por fuera, con ese aire desenfadado, pero tan atractivo. Su pelo ondulado y negro lo tiene suelto y un pañuelo envuelve su cuello, dándole un

aspecto informal. Yared saluda a todos y empieza a hablar en inglés, ¡bien! Habla de la universidad, del trabajo de investigación básica en las ciencias naturales, sociales y humanas que realiza la facultad, y de su gran labor con la educación. Poco a poco me dejo llevar por su voz grave de “locutor de radio” y el silencio hace acto de presencia en la gran sala. Y como siempre le sucede cuando empieza a hablar de lo que le apasiona, te atrae a su terreno. Entonces todo lo que hay a mi alrededor desaparece y solo existe él:

—“Creo que estando en esta universidad y rodeado de tantas personas con sed de conocimientos, está de más apuntar que todos conocemos los experimentos que nos han demostrado que cuando ponemos nuestra atención en algo, alteramos el resultado sin llegar a ser conscientes de que hemos sido nosotros los responsables. Los científicos han confirmado que ya no somos unos simples observadores del mundo, sino participantes activos, y que sin saber muy bien cómo lo hacemos, influimos con nuestra conciencia. También sabéis que hay experimentos que nos informan que lo que creíamos que era espacio vacío está dotado de inteligencia en forma de energía. Las teorías cuánticas hablan de que en el universo y hasta los seres vivos que habitan en este mundo, estamos formados de campos de energía que cambian e interactúan entre ellos. Esta energía puede ser visible en forma de partículas, o invisibles como ondas, e incluso nos dicen que estas partículas pueden estar en un solo lugar o en varios, y actúan como si estuvieran constantemente conectadas. La consecuencia de todo este espectáculo es que lo que nos rodea es el resultado de nuestras creencias. Es algo que en general no ha gustado mucho, ya que eso implica mucho más de lo que la gran mayoría está dispuesta a asumir. Se rompe el paradigma de que este gran mundo donde vivimos no es una gran maquinaria con autonomía propia y que funciona independientemente de nosotros. Y eso nos ha puesto muy nerviosos. La idea repele en cierta medida, porque si en un primer momento nos creíamos capaces de dominar la naturaleza, ahora descubrimos que resulta imposible vivir y observar este mundo sin afectarlo de alguna manera. Si es verdad que vivimos una realidad interactiva en la que podemos modificar el mundo a través de nuestras creencias, creo que es el momento de empezar a replantearnos cuáles son esas creencias. Desde nuestra salud, nuestras relaciones, nuestra realidad más cercana, hasta las guerras y el frágil equilibrio de nuestros ecosistemas, ¿no son más que la consecuencia de nuestras ondas de creencia! Si aceptamos nuestro papel de

creadores de la realidad que vivimos, nos tenemos que hacer dos preguntas aparentemente sencillas, pero cuya respuesta puede desembocar en dos caminos totalmente diferentes. La primera ya la he planteado: ¿Qué creencias tenemos? Y, ¿estamos dispuestos a asumir nuestra parte de responsabilidad?

»La otra pregunta que hay que contestar es: ¿Os gusta el mundo tal y como está, o hay algo que deseáis cambiar? Sois estudiantes de ciencias y no voy a dar una charla sobre las conexiones existentes que hay entre seres vivos que a primera vista parecen mucho más insignificantes que nosotros, hormigas, aves, ballenas, abejas, delfines... Y ya no solo hablo del mundo animal, sino que el mundo vegetal es increíblemente asombroso. Hay plantas, como la cactácea, (el cactus), que se abre durante una sola noche y produce una gran cantidad de néctar de olor muy fuerte para asegurar que la polinización se lleve a cabo. Los murciélagos, en este caso, son los responsables de hacerlo, y son capaces de volar decenas de kilómetros para conseguir ese alimento. Y nuevamente pasamos inadvertido el peculiar aspecto de ese murciélago, cuyo rostro alargado puede acceder a la corola de la flor. Su labio inferior tiene un surco profundo que le permite sacar su enorme lengua para poder acceder al néctar de esta flor. ¡Cuánta sabiduría inadvertida hay encerrada en la naturaleza! Y cuánta información hay, para que los animales y plantas actúen como deben hacerlo. No sé si alguna vez habéis pensado en todo el espectáculo que existe a nuestro alrededor, pero es asombroso, ¿no creéis? Existe una información que es utilizada de forma inconsciente, por todos los seres vivos. También sabemos que las células de nuestro cuerpo tienen las mismas conexiones, se informan entre ellas, se ayudan, defienden y contraatacan. Y creo que también tenemos claro que de todos los animales que habitan la tierra, somos los únicos conscientes de nuestra propia existencia y de lo que nuestras acciones afectan al planeta. Pero lo que parece que olvidamos es que todos, hasta el más pequeño de los seres vivos, formamos un gran conjunto de maravillosa diversidad que se relaciona y que somos una gran familia.

»Durante los largos años de formación universitaria, estuve dispuesto a aceptar teorías y proyectos que enfocaban la conservación de nuestra naturaleza. Y todo eso está muy bien, de verdad, los estudios sobre el medio ambiente son asombrosos, la gente trabaja por y para su conservación y se

están haciendo grandes cosas. Pero algo en mi interior me decía que este no era el único camino.

»¿Sabéis? Cuando era apenas un adolescente, tuve un fatal accidente en el que murieron mis abuelos. Durante un tiempo, yo estuve en coma y abandoné mi cuerpo. Tuve una experiencia tan extraordinaria que me cambió por completo. No voy a explicar aquí los pormenores de mi viaje ni las sensaciones que tuve, pero sí que voy a explicar que durante ese tiempo supe que nada estaba fuera de mí y de que yo, no como el adolescente que yacía en la camilla, sino como Ser vivo, era parte de todo. Que cada árbol, planta, flor, animal, persona, roca, insecto... formábamos el conjunto que expresa la vida. Tan sencillo y tan complejo a la vez, ¿verdad? Así que cuando quise doctorarme y tuve que realizar mi tesis, supe que ni los estudios medioambientales, ni las asociaciones naturalistas, ni los servicios altruistas para la protección de animales, ni nada parecido, podían hacer cambiar al mundo de la forma que yo pretendo. Evidentemente sí que hacen su labor, y gracias a ellos se toma conciencia de lo que tenemos y, sobre todo, de lo que podemos perder. Pero si nuestros pensamientos se expanden, es inapropiado focalizar nuestros objetivos en lo que no se desea, sino todo lo contrario. Cambiad vuestros pensamientos, y cambiará vuestra realidad. No gastéis energía en lo que no os gusta, sino en lo que sí os gusta. Así que mi solución es más personal, más emocional, más ambiciosa. Hay que cambiar la conciencia individual y a medida que cada uno de nosotros cambia su forma de ver el mundo, la masa crítica aumentará y conseguiremos un cambio que abarcará mucho más de lo que nunca podáis imaginar.

»Veréis, entre muchos más estudios, existe un número especial de Scientific American, donde se nos advierte que, si queremos sobrevivir como hasta ahora, no podemos seguir agotando los recursos naturales de nuestro planeta. Entre muchísimos más avisos, la llamada de advertencia que voy a leer ahora, fue emitida por unos 1700 científicos notables y creo que lo exponen de forma muy clara y contundente. Dice así:

“Los seres humanos y el mundo natural se encuentran en rumbo a una colisión. Las actividades humanas infligen daños severos y a menudo irreparables al medio ambiente y a los recursos críticos. Muchas de nuestras prácticas actuales, si no son controladas, ponen en riesgo el futuro que todos deseamos, tanto para la sociedad humana, como para los reinos

de las plantas y de los animales, posiblemente alterando al mundo viviente de forma tal que será imposible sostener la vida de la manera que la conocemos. Es urgente llevar a cabo cambios fundamentales, si queremos evitar la colisión que nuestro curso actual nos va a traer”.

—Bien, como veis es absurdo no advertir el evidente descontrol que existe en la naturaleza. Se producen inundaciones mientras que en otros sitios se padece sequía, existe aún en nuestros días el hambre en el mundo y niños con problemas de obesidad, los conflictos económicos y políticos se anteponen ante la moral y el bien común, y hay grandes desplazamientos de gente huyendo de sus propios países, mientras que buscan un lugar donde los acojan. ¡Tan grande el mundo y tan pequeño a la vez! Tenemos un perpetuo sentimiento de escasez que nos predomina y nos hace creer que no hay ni terreno ni recursos para todos, y que la tierra tiene dueño y escrituras legales. Diferentes razas, religiones, pensamientos, lenguas, países, intereses... esas diferencias parece que nos alejan más unos de otros y nos mantienen ciegos a lo evidente.

»Yo pienso que no hay nadie que sea más que nadie, que no hay un solo ser vivo que merezca morir para que otra especie viva, que no hay un país, una tribu, una religión, un pensamiento, una raza, una lengua, cultura, especie, terreno, bandera, ideología o dogma que merezca más atención y privilegios. Señalamos las diferencias como si se trataran de defectos, y yo me resisto a creer que vosotros, la futura generación, seguís viviendo con las viejas creencias de que solo existe una realidad, una única verdad.

»En fin, creo que no podemos esperar a que se corroboren todas las teorías científicas y pretender caminar sobre seguro. La inestabilidad de este planeta es palpable y debemos aplicar lo que ya sabemos. Tenemos el deber moral de abordar todos los temas que amenazan a nuestro planeta, pero con sentido común, con sentido de la unidad, sin pretender hacer perder a unos para que otros ganen.

»Sé que hay dudas, y aunque todos tengamos las mejores intenciones, cuando salgamos de aquí seguiremos con nuestra vida y nadie volverá a pensar que todos estamos unidos y que no existe la aparente separación que ven nuestros limitados sentidos corporales, ni que nuestras creencias afectan al mundo de la forma que estoy explicando. Y a pesar de que todos sabemos que la física cuántica comienza a cuestionar lo que hasta ahora se había asumido como una verdad absoluta, la gente no deja de creer

ciegamente en pruebas concluyentes. Mi propósito no es otro que el de haceros ver que nada de lo que vemos es ajeno a nosotros. Nos movemos y vivimos en un mundo que es un reflejo de nuestro interior. Observamos las situaciones que no nos gustan y nos cuesta asumir el hecho de que todos somos creadores. Seguramente alguien puede pensar: Pero ¿qué dice este loco? ¿Realmente las creencias pueden afectar al mundo?

»Pero me gustaría que comenzarais a cuestionar ciertas cosas, así que os pregunto: ¿Y si la percepción de que todos somos seres separados unos de otros, se basa en una frecuencia cerebral? ¿Y si esa frecuencia cerebral se pudiera cambiar y fuera posible ver un mundo diferente, cuya base fuera la unidad entre las diferentes formas de vida que se experimenta?

»El “Proyecto Internacional de Paz en Medio Oriente” es un caso muy conocido. Se realizó a principio de los años 80, durante la guerra entre Israel y el Líbano, donde un gran grupo de meditadores fueron adiestrados para que pudiesen recrear los sentimientos de paz en sus cuerpos, para que vivieran la paz como si fuera un hecho consumado. Se comprobó que mientras se realizaban estas meditaciones colectivas, las actividades terroristas cesaban. Estos experimentos han permitido llegar a la conclusión de que cuando un pequeño porcentaje de la población accede a un estado de paz interior, esa paz se refleja en el mundo exterior.

»Pero, claro, ahora os preguntaréis que cómo podemos estar todo el día proyectando pensamientos y emociones positivas cuando en realidad vemos un mundo diferente. Es una quimera, puesto que cuando dejas de realizar esas meditaciones, todo vuelve a ser como antes. Y tenéis razón. Sí, la tenéis.

»Mi propósito es ir más lejos. Mi visión es diferente y quiero compartirla con todos vosotros. Yo veo un mundo imperfecto porque, de hecho, ha de ser así. Si el mundo fuera maravilloso y lo pudiéramos arreglar con un solo pensamiento y con una sola persona, ni existiría el mundo, ni ninguno de nosotros estaríamos aquí. Vemos las noticias y nos indignamos, odiamos y deseamos la muerte o el castigo hacia aquellas personas que hacen tanto mal a la humanidad y a la naturaleza. Pero el mundo es así desde que comenzó a ser mundo, siempre ha habido expresiones de maldad y de bondad, de escasez y abundancia, de amor y de odio. Se ha luchado por combatir contra diferentes expresiones de injusticia, y todo sigue igual. ¿No es evidente? ¿Cómo va a cambiar si gobierna el ego? Pero si comenzáramos

a pensar como unidad, todo este reflejo cambiaría nuestra visión global. Me explico, si somos unidad, y todos formamos un conjunto diseccionado de diferentes formas que a su vez expresan la vida de maneras diversas, no puede existir nada fuera que no tengamos dentro. Y si comenzáramos a aceptar ese hecho, todo cambiaría. Entonces no veríamos a nuestro enemigo como a alguien ajeno a nosotros, sino que lo veríamos como a un ser experimentando una forma de vida, que nos guste o no, también habita en nuestro interior. Y con esto no quiero decir que al que asesina, viole o robe no haya que aplicarle la ley. No quiero mezclar las cuestiones de la tierra y sus leyes, con el hecho de que debemos aceptar en lo que vemos ciertos matices que también hay en nuestro interior en escala mucho más reducida, y que inconscientemente lo proyectamos fuera, como si no nos perteneciera. No sé si conocéis a Carl G. Jung, sí, estaba seguro de que sí. Pues hay una frase fantástica de él que dice algo así:

“... que yo alimente a los hambrientos, perdone el insulto y ame al enemigo, son grandes virtudes. Pero si descubriera que el más pobre de los mendigos y el más imprudente de los ofensores están todos dentro de mí y que yo sobrevivo necesitando las limosnas de mi propia caridad, que yo mismo soy el enemigo que tiene que ser amado... ¿entonces qué?”.

»Ninguno de nosotros hemos puesto una bomba, ni apretado ningún gatillo, ni matado a nadie, o destruido selvas, ni quemado bosques, al menos, eso espero. Pero sí hemos sentido odio, rabia, ira, hemos tenido emociones destructivas y hemos deseado el mal a aquel que creemos que se lo merece. Sí, lo hemos hecho. ¡Yo también lo he hecho! Y tal y como he explicado antes, las creencias y pensamientos crean forma. Ciertamente es que ninguno hemos expresado ninguna acción, pero sí hemos expresado una emoción producto de nuestros pensamientos. Y si todos estamos unidos, ¡imaginaros la gran escala que proyectamos al exterior! Me preguntaréis, ¿entonces, que hacemos? ¿Cómo se puede vivir sin sentir ciertas emociones? ¿Qué podemos hacer como individuos, viviendo dentro de una sociedad?

»¡Claro que podemos sentir! Evidentemente que la gran mayoría nos indignamos con acciones destructivas, sean de la índole que sean. Pero lo importante es saber qué hacemos con lo que sentimos. Voy a señalar dos pautas, para que no haya malinterpretaciones:

—Primero, dentro de la indignación que todos tenemos, debemos

desarrollar la virtud de la comprensión hacia los que expresan lo que todos, en algún momento de nuestra vida, hemos sentido. Y vuelvo a señalar que no quiero decir con esto que se tolere, pero sí que se comprenda. Cuando una persona deja de juzgar y comienza a mirar a su alrededor con un sentimiento de unidad, sabiéndose que todo forma parte de ti, el mundo se ve de diferente manera.

—Segundo, enfocamos toda nuestra atención hacia los actos violentos, los desastres y expresiones destructivas, alimentando constantemente con nuestros pensamientos, las expresiones que tanto nos disgustan. Y con esto no quiero decir que las ignoremos, pero con nuestras continuas críticas, conversaciones y atención, contribuimos a fomentar esas situaciones. Si vivimos con la conciencia de que todo lo que hagas y digas puede afectar en alguna medida a tu alrededor, se tendría mucha más precaución, y se desarrollaría en nuestro día a día el amor y la comprensión hacia todos y todo, puesto que somos Unidad.

»¿Conocéis la historia del indio americano? Es muy conocida:

“Le decía un abuelo indio a su nieto:

—Me siento como si tuviera dos lobos peleando en mi corazón. Uno de los dos es un lobo enojado, violento y vengador, el otro está lleno de amor y compasión.

El nieto preguntó:

—Abuelo, dime, ¿cuál de los dos lobos ganará la pelea en tu corazón?

El abuelo contestó:

—Aquel al que yo alimento”.

»No os confundáis, la violencia, las guerras, el robo y los conflictos están muy sutilmente camuflados entre nuestros gestos cotidianos y no tienen que expresarse siempre a gran escala. Vemos guerras en el mundo, pero no apreciamos nuestra propia lucha por nimiedades con nuestros vecinos o familiares. Vemos violencia, pero ignoramos nuestra propia violencia con nosotros mismos y con los demás. Violencia verbal, física, de género y de comportamiento. Vemos robos de grandes cantidades de dinero o de políticos descarados, pero somos incapaces de mirar con sinceridad dentro de nuestro corazón y advertir que, si pudiéramos, nosotros también robaríamos. ¡O incluso lo hacemos a pequeña escala!, engañando, regateando, mintiendo, estafando al estafador...

»Os voy a contar otro cuento budista que también es muy conocido por

todo el mundo.

“Una tarde, la gente de un pueblo vio a una anciana buscando una aguja frente a su choza. Algunas personas se acercaron para intentar ayudarla.

—La calle es muy larga y la aguja muy pequeña, ¿puedes indicarnos dónde cayó? —le preguntaron.

—Dentro de mi casa —respondió la anciana.

—¿Por qué buscas la aguja en la calle si está dentro de tu casa?

La anciana les respondió:

—Sois muy inteligentes para las cosas pequeñas, ¿cuándo vais a usar esa inteligencia para vuestra vida interior?”.

»Sí, a menudo buscamos las respuestas a los problemas fuera de nosotros, cuando en realidad la solución está en nuestro interior. Culpamos a los demás o a las circunstancias y no queremos reconocer nuestra parte de responsabilidad en todo lo que ocurre. Sin embargo, de esta forma jamás encontraremos una solución realmente satisfactoria que nos permita crecer.

»Escuchadme atentamente: ¡Siempre, absolutamente siempre, tenemos el poder de cambiar! A veces no podemos cambiar las cosas, pero sí nuestro punto de vista. Como dicen los orientales “lo semejante atrae lo semejante”, y si solo emitimos pesimismo, falta de esperanza y críticas constantes, eso será lo que atraeremos a nuestras vidas. Hay que cambiar esas viejas historias que siempre nos han contado por otras nuevas, que nos aporten más beneficios, más alegría y mayor paz. Si aceptamos de forma consciente nuestra nueva forma de entender las cosas, de verlas y vivirlas, es irremediable que el inconsciente acabe por aceptarlas. Es como cuando todo un colectivo piensa que algo es imposible de realizar. Esa creencia puede perdurar tanto tiempo que se puede convertir en una única verdad. Pero puede llegar alguien y romper esa creencia. Entonces la conciencia colectiva se libera y acepta otra realidad. ¡Hay tantos hechos en la historia que nos han obligado a cambiar de creencias! Recordemos las antiguas creencias que hoy en día nos parecen inconcebibles: Los sacrificios de sangre y muerte, la esclavitud, la desigualdad entre sexos, el racismo, la exterminación de razas, los matrimonios concertados, el derecho de pernada, el derecho al voto femenino, la inquisición... eran actos incuestionables y bien vistos en otra época. Ahora se critica, hay dudas, aunque todavía queda un largo camino que recorrer. Y ha habido grandes personajes que nos han hecho cambiar de creencias y apostar por un mundo

mejor: Gandhi, Mandela, Henry David Thoreau, Bayard Rustin, Jesse Jackson, el Dalai Lama Tenzin Gyatso, Martin Luther King... Buda pasó su vida enseñando a sus alumnos cómo cambiar al mundo cambiándose a sí mismos. Si llegamos a dominar nuestras creencias y vivimos nuestras vidas pacíficamente, cooperando con todos, compartiendo sin egoísmos un mundo que parece descontrolado, deseando para los demás lo mismo que para uno mismo, la tierra y sus circunstancias cambiarán.

»Bien, puede que, aunque mis palabras suenen muy esperanzadoras y bonitas, existan dudas al respecto. Seguramente este pensamiento de que todos estamos conectados suene muy espiritual y que existan dudas. Mi deseo no es convencer a nadie, solo que tengáis vuestras propias conclusiones.

»Hoy en día casi todo el mundo ha oído hablar de los hologramas, ¿verdad? El principio holográfico descrito por el premio Nobel Gerard t 'Hooft y Leonard Susskind nos habla de imágenes tridimensionales proyectadas por una luz láser. En la actualidad, dos pensadores eminentes del momento, David Bohm, físico, y Karl Pribram, neurofisiólogo, han coincidido en sus propias investigaciones, cada uno en su rama, y creen que el propio universo bien pudiera ser una especie de holograma. La conclusión a la que quiero llegar es que, según esta teoría, cada parte del holograma contiene el total de la imagen, pero a una escala menor, no importa las fracciones en que dividas el holograma. De hecho, este mismo principio ocurre con nuestro ADN. Una muestra de ADN contiene toda la información del cuerpo, no importa qué muestra cojas ni de qué parte del cuerpo. ¿A dónde quiero ir a parar con este planteamiento? Pues que, aunque estemos cansados de decir que todo el universo está conectado, en realidad el principio holográfico nos explica que la información no viaja a través del espacio, sino que está en todos los sitios. El universo, es no-local y holográfico, y nos recuerda que cada parte está en todo y que, a su vez, todo está en cada parte. Eso quiere decir que como parte de este universo que somos, tenemos todas las posibilidades, necesidades y elecciones al mismo tiempo y siempre con nosotros. ¿Y qué? Os preguntaréis. Bien, aunque no parezca importante este hecho, lo es, ya que nos está diciendo que, si cambiamos una parte, el cambio se reflejará irremediamente en todo. Nosotros mismos lo hemos experimentado, aunque no seáis conscientes de eso. ¿Quién no ha hecho pequeños cambios en su vida? Casi al momento,

parece que todo lo demás cambia. Este patrón nos da el poder para cambiar la realidad y todo aquello que no nos gusta. Evidentemente, cuanto mayor es el número de personas, mejor. Así que, si conseguimos cambiar nuestra forma de ver las cosas, si conseguimos cambiar nuestro comportamiento y pensamiento individualista, y enfocamos nuestra atención en los innumerables actos de amor, altruismo y bondad que existe en el mundo, y dejáramos de alimentar lo que no nos gusta, nuestros pensamientos de unidad, de solidaridad y bien común, conseguirán cambiar nuestra realidad.

»Hay una antigua cultura de indios Hopi que vivían convencidos de practicar la bondad y el respeto tanto a los hombres como a la naturaleza, porque simplemente era lo más lógico y beneficioso para todos. Esto que voy a leer es una cita de Oren Lyons activista de la comunidad iroquois:

“En nuestra forma de vida, en nuestro gobierno, en todas las decisiones que tomamos, pensamos siempre en la séptima generación futura. Nuestro trabajo consiste en procurar que los que vengan después, las generaciones que aún no han nacido, no encuentren un mundo peor que el nuestro. Al caminar sobre la Madre Tierra, posamos siempre los pies con cuidado porque sabemos que las caras de las generaciones futuras nos miran desde abajo. Nunca las olvidamos”.

»¿Qué quiero decir con todo esto? Que, desde tiempos ancestrales, la humanidad siempre ha sido consciente de que todo ser vivo es fundamental en este mundo. Es de una inmadurez e irresponsabilidad extrema el pensar que cuando contaminamos ríos, aire o bosques, no haya unas consecuencias. Quiero que todos seáis conscientes de que necesitamos a la naturaleza tanto como ella nos necesita a nosotros. Somos parte de una consciencia única y si entendemos eso, habrá un cambio radical en la forma de interpretarlo. Solo entonces se conseguirá la aceptación global de todo lo que existe...”.

Yared me sube la cremallera del anorak hasta el cuello y me encaja el gorro de lana para que me tape bien las orejas porque estoy temblando. Las bajas temperaturas que nos envuelven me hacen tiritar como a una hoja sacudida por un viento huracanado, pero quiero seguir andando por este paraíso tan espléndido. El bosque es espectacular, los árboles altísimos, y el curso del río me envuelve en un ambiente lleno de tranquilidad. Estamos los dos en medio del parque natural de Baviera. Después de la conferencia, tuvimos que asistir a la exposición fotográfica que había tramitado para hacer

en este país. Yo he admirado las bonitas fotos que Yared hizo en su momento, y mi imaginación se ha perdido por las montañas verdes, por los lagos cristalinos, por sus bosques tupidos y húmedos rodeados de una densa niebla y en los riachuelos cayendo en cascada por las rocas limadas por la erosión. ¡Es precioso!

Cuando Yared se ha visto libre de tantos compromisos, de atender a todo el que le preguntaba, vender fotografías, recibir nuevos encargos y de ultimar detalles con su representante de eventos, ha suspirado con resignación y me ha informado: “Mañana desapareceremos de aquí. Quiero que veas el paraíso por ti misma”. Y ahora nos encontramos los dos nuevamente evadidos del mundo, y yo vuelvo a sentirme atraída por el mundo natural que nos rodea, por su belleza y armonía, por sus colores, su ambiente, su aire, su paz. Hay sitios en el mundo que parecen que han sido sacados de un cuento de hadas, y este es un sitio perfecto para pensar que así ha sido. Nos encontramos rodeados de altas montañas y toda esta naturaleza ha crecido a su antojo, sin caminos, sin intervención humana, hecho que hace que se considere uno de los lugares más especiales del continente. Hemos logrado ver a una lechuza, creemos haber visto a un precioso lince huir de nosotros, y me hubiera emocionado poder ver a los lobos. Pero Yared me ha dicho que es mejor así, ni lobos ni osos, aunque es evidente la gran diversidad de fauna y flora que tiene esta región. También me ha explicado que este Parque Nacional se encuentra cubierto de bosques en su 95 % de superficie, por lo que es muy usual verse rodeado de una densa bruma, consecuencia de las bajas temperaturas en las que nos encontramos. También es fácil ver musgo por todas las superficies, ya que el suelo retiene mucha humedad y recrea un paisaje realmente mágico.

Me he sentido muy bien durante el tiempo que hemos permanecido desconectados del mundo frenético. Pero a medida que han pasado las horas, yo he tenido que descansar para poder recuperar las fuerzas. Yared no dejaba de mirarme, y yo trataba de aparentar normalidad, pero en mi interior se estaban formando muchas preguntas. ¿Qué me pasa? ¿Por qué estoy tan ansiosa? ¿Por qué no puedo con mi cuerpo?

Cuando llegamos al hotel, tiro el anorak y el gorro y me dejo caer sobre la cama de la habitación completamente exhausta. Cierro los ojos y siento que me voy al mundo de los sueños, sin fuerzas para deshacerme de la ropa que llevo puesta. Oigo el teléfono de la habitación, pero soy incapaz de moverme.

—¿Sí? Sí, soy yo —contesta Yared—. Sí, acepto la llamada. ¿Nicolás?

¿Qué ocurre? No, puede que el móvil se quedara sin batería. ¿Qué? Oh, vale, sí. Mañana volveremos. Sí, entiendo. Gracias.

Trato de abrir los ojos con cierta resistencia a ello. Yared se ha sentado a mi lado, su piel está mojada y lleva una toalla rodeando su cintura, como único complemento. Me mira con ansiedad en sus ojos y eso me descoloca. Él no suele mostrarse nunca inseguro, por lo que con mucho esfuerzo me incorporo. Al hacerlo mi cabeza me da vueltas y siento que me voy a desvanecer. Yared acorta la poca distancia que hay entre nosotros y me abraza tiernamente entre sus brazos.

—¿Yudica? —su voz ha temblado ligeramente.

—Estoy bien. Me he levantado muy deprisa y se me ha ido el equilibrio. —Pero él no deja de abrazarme. Ha hundido su rostro en mi cuello y lo noto intranquilo. Bajo mis manos siento la tensión de los músculos de su espalda, su respiración agitada y su abrazo apretado, como si temiera que me fuera a caer.

—¿Qué ocurre, Yared? —le pregunto con intranquilidad. ¡Se comporta de forma tan extraña!

—Alejandro ha estado llamando al móvil, y al no encontrarnos se ha puesto en contacto con mi familia. Quiere que vuelvas inmediatamente al hospital. Han visto algo que no les ha gustado nada. Nena, no tienes prácticamente defensas.

“Sé selectivo en tus batallas. A veces, tener paz es mejor que tener razón”.

Anónimo

Yared

Ambos estamos sentados ante un escritorio y permanecemos cogidos de la mano, mientras nuestras miradas observan a la mujer que tenemos delante. Alejandro nos ha recibido con mucha amabilidad y nos ha derivado a una colega suya, tal y como nos ha tratado de explicar con toda la normalidad que ha podido reunir. Se ha comportado como un gran profesional: amable, atento, con una leve sonrisa en su boca, nada ostentosa, simplemente para infundir ánimos y confianza. Pero su mirada decía otra cosa. Y yo he participado en todo este galimatías como un sonámbulo, como si viviera estas circunstancias muy lejos de aquí, sintiéndome extraño, absorto en mi mundo y sin deseos de dejarme llevar por los pensamientos de mi mente, los cuales muy raudos, han querido participar activamente en toda esta situación. Yudica también ha permanecido muy callada y ninguno de los dos hemos comentado nada al respecto. Ella parece serena, extrañamente tranquila, y de vez en cuando me aprieta la mano con cariño, regalándome una sonrisa llena de confianza.

—Yudica, soy la doctora Adams, hematóloga.

¿Hematóloga? Extrañamente me concentro en su acento, ligeramente detectable, y su actitud me transmite confianza. Mira a Yudica y trata de explicarse con palabras comunes. Yo observo a ambas mujeres como ausente, y mi mirada se pierde en mi pequeña, pálida, delgadísima, con esos ojos verdes y brillantes de niña grande y su bonito cuello asomándose bajo su jersey, su suave piel sin una sola imperfección. ¿Por qué mi atención es hacia su cuello? ¿No es realmente absurdo?

—Verás, Yudica, en un principio creíamos que tu desmayo y ese cansancio crónico era debido a una gran anemia. Por eso hemos querido asegurarnos antes. Los últimos análisis y pruebas realizadas nos muestran que tus defensas están realmente bajas. Las últimas pruebas nos han confirmado mis sospechas. Tienes cáncer. Para ser concretos, leucemia linfoblástica aguda, también llamada LLA.

Siento que mi corazón se detiene y que microsegundos después, palpita frenético y enloquecido en mi pecho. Retengo el aire en mis pulmones y siento que la tierra se abre bajo mis pies. Todo mi mundo se ve fulminantemente destruido por unas simples palabras. Sí, soy el mismo que hablaba del amor sin esperar nada a cambio, sin pretender otra cosa que vivir por y para el momento y disfrutar de lo que la vida me ofrecía. Pero ahora nada de eso me importa. La noticia me ha afectado tanto que me siento muy irritado, peligrosamente furioso, y con unas tremendas ganas de hacer callar a quien nos sigue explicando lo que ocurre dentro del cuerpo de Yudica. La observo y veo que se ha quedado boquiabierta. Está muy pálida, y oigo que dice con voz muy baja:

—Vaya.

¿Vaya? Supongo que su mundo también se viene abajo y no acierta a decir otra cosa. Le cojo ambas manos y se las aprieto con ternura. Pero ella no me mira, solo tiene ojos para la doctora y sus dañinas palabras. Yo creo que estoy en medio de una pesadilla, y trato de hacer todo lo posible para despertar de las palabras que resquebran todas mis ilusiones y rompen mi corazón en pequeños pedacitos.

—Verás, es un tipo de cáncer de la sangre en el que se producen mucha cantidad de linfocitos inmaduros. Estas células cancerosas se multiplican muy rápidamente y desplazan a las células normales de la médula ósea haciendo que se inflamen. Nuestro primer objetivo es observar si están afectados los órganos y efectuar un diagnóstico más preciso. Así que te extraeremos nuevamente sangre y te punzaremos la médula. Analizaremos el líquido cefalorraquídeo, haremos una biopsia de los ganglios linfáticos y valoraremos si existe aumento de tamaño. También te realizaremos radiografías torácicas, para ver si retienes líquidos alrededor de los pulmones o en los ganglios. Con todas estas pruebas, debemos averiguar si la enfermedad se ha extendido al sistema nervioso central.

—¿Qué tratamiento voy a tener? —Miro con asombro a Yudica, no deja de admirarme una vez más. ¡Se muestra tan serena! No ha parpadeado ante la noticia y se enfrenta a su situación con una determinación admirable. Yo, en cambio, parece que soy el que necesita asistencia médica. Estoy tan abrumado que solo deseo gritar.

—El tratamiento lo decidiremos dependiendo del resultado de estas pruebas que te he mencionado y de tu estado general. Pero básicamente se

dividirá en tres fases: la de inducción a la remisión, la de consolidación y la de mantenimiento. El objetivo es conseguir la remisión completa. En la primera fase te daremos quimioterapia intensa y bastante agresiva, y si tenemos suerte, lograremos que desaparezcan las células leucémicas de la sangre y de la médula ósea.

—¿Me puedo recuperar? —vuelve a preguntar Yudica.

—Tienes probabilidades de recuperación, siempre dependiendo de la respuesta al tratamiento. Pero debes de ser consciente de que tu vida se detiene aquí y ahora. Te vamos a ingresar y aislar, y todos tus proyectos, todo lo que estabas haciendo hasta ahora, queda aparcado por el momento, ¿entiendes?

Yudica afirma con la cabeza sin apartar la mirada de la doctora y segundos después, pregunta:

—¿Me ingresarán hoy?

—Sí. Es preferente protegerte de cualquier complicación.

—¿Y si no respondo al tratamiento? —La miro boquiabierto. Incluso la doctora Adams parece dudar antes de contestar:

—Entonces está indicada la realización de un trasplante a partir de un donante compatible.

—¿Y ya está? —insiste.

—No. Si todo sale bien, tendremos que efectuar un tratamiento de consolidación con la finalidad de destruir las células leucémicas que pueden estar inactivas y causar una recaída. Después, estarás controlada médicamente durante dos años más. Durante todo este tiempo y de forma periódica, deben practicarse diversas punciones lumbares para administrar tratamiento en este nivel. ¿Lo has entendido?

Ella vuelve a afirmar con la cabeza y se muestra pensativa. Después sigue preguntando:

—¿Este tratamiento afectará a mi fertilidad? —¿Dios! La abrazaría en estos momentos, pero estoy en estado de shock, y su comportamiento me deja sin palabras. ¿De dónde saca tanta determinación?

—Veo que tienes veintitrés años. Eres muy joven, y por lo general, tus ovarios pueden volver a producir óvulos fértiles. Pero te voy a ser muy sincera Yudica, las investigaciones en esta área son limitadas y no se sabe con seguridad si el tratamiento te producirá esterilidad.

Después de un breve silencio, en el que todos parecemos procesar la

información, la doctora Adams pregunta:

—¿Tienes alguna duda más, Yudica?

—Sí. —Levanta la cabeza y enfrenta nuevamente su mirada con la de la doctora—. ¿Cuánto tiempo voy a estar ingresada?

La doctora sonríe con comprensión en su rostro. Yo todavía no he asimilado la noticia y siento que no estoy siendo de mucha ayuda en estos momentos. Mi atención solo está centrada en Yudica y en su forma de encajar esta horrible noticia.

—Ten mucha paciencia. Serán unos meses muy duros para ti y para todos tus seres queridos. —Termina por decir la doctora mirándome por primera vez desde que empezó esta conversación.

Yudica suspira con resignación y al fin me mira. Mi cara debe de ser un poema, puesto que mi pequeña se levanta de su asiento y se sienta sobre mis piernas, rodea mi cuello y me abraza con fuerza. Correspondo a su abrazo sintiendo que no puedo dejar de temblar. Yudica se hace pequeña entre mis brazos y es entonces cuando noto cómo también tiembla. Cierro los ojos con fuerza y la retengo con todas mis energías, reacio a dejarla marchar, sintiendo que mi vida me hace un guiño mezquino para que vuelva a sentirme tan desamparado como cuando era un niño.

—Os espero fuera —dice la doctora Adams, la cual se levanta y nos deja solos en el despacho. No quiero separarme de ella y deseo que el tiempo se detenga para evitar verla marchar. Pero Yudica es sensacional, una mujer admirable en todos los sentidos. Tal y como ya me ha demostrado, se crece ante las dificultades. Permanecemos con los ojos cerrados, tratando de asimilar la información de un pronóstico desolador cargado de remedios venenosos, un canto de sirenas muy trágico y que tratamos de digerir con sorpresa:

—Pequeña, estoy contigo, aunque no lo parezca. Perdóname, pero... —mi voz suena forzada, así que mejor me quedo callado.

—Lo sé, lo sé. Todo esto es... —Pero se calla, y el silencio hiela nuestros corazones como si cada segundo que pasara fueran esquirlas de cristal que se introdujeran más y más en nuestro interior haciéndonos daño, y nos acercara al abismo de la incertidumbre y la desesperanza. ¿Qué podemos decir?

Mi pequeña está aterrorizada y yo no soy capaz de tener ninguna reacción, solo puedo abrazarla y sentir que mi mundo se rompe en mil pedazos y no puedo hacer absolutamente nada para recomponerlo.

Se va, se aleja de mí. Miro cómo la distancia entre nosotros aumenta, cómo la colocan en una silla de ruedas y sus ojos se despiden con un mudo silencio que dice más cosas que las palabras. Mientras observo cómo se desvanece entre los pasillos de este ambiente aséptico e impersonal, yo siento que algo en mi interior se retuerce, me oprime y me hace daño. Me encuentro perdido entre la gente, entre el barullo de enfermeras, enfermos, médicos, idas y venidas ajenas a mi drama personal. Trato de serenarme e inspiro varias veces, llenando mis pulmones con todo el aire que puedo conseguir. Pero mi diafragma no me ayuda, mis pulmones permanecen rígidos, y no tengo ningunas ganas de tranquilizarme, ni de relajarme, ni de sentir paz, serenidad o aceptación. Estoy indignado, estoy muy furioso y necesito sacar la rabia que tengo en mi interior.

Me precipito hacia las afueras del hospital, como huyendo de mis sentimientos. Cuando accedo a los jardines exteriores que rodean el edificio, casi sin poderlo evitar, dejo escapar un grito cargado de rabia. No percibo a la gente que pasa por mi lado, e ignoro las miradas interrogativas. Solo siento la apremiante necesidad de expulsar de mi interior toda la furia que oprimen mis costillas y me impiden respirar con normalidad. Y como si acabara de hacer una maratón, mi respiración acaba siendo agitada e inconstante, y mi rabia se transforma en un gran pesar cargado de dolor y tristeza, la cual se posa sobre mis hombros como si de un largo abrazo se tratara.

Me apoyo en un banco cercano y me siento con abatimiento. Me agarro la cabeza entre las manos y dejo que mis lágrimas corran libremente. Necesito sacar el miedo que me ha dejado paralizado y sin capacidad de reacción. Debo dejar salir mi temor a perderla, a verla sufrir y consumirse. Eliminar el miedo a mis sobrecogedores sentimientos de vulnerabilidad. Siempre he sido consciente de que no nos ocurre nada que no podamos aguantar y que las circunstancias que vivimos tienen una causa oculta a nuestro razonamiento, pero para ser franco, estoy aterrado. Lo sé, necesito tiempo para aceptar esta noticia. ¡Estábamos tan bien! Hemos disfrutado de nuestro viaje y yo me he sentido feliz de verla tan contenta y relajada junto a mí, disfrutando de nuestra escapada a Alemania, riéndonos como niños en el bosque, besándonos y deseando nuestros cuerpos con urgencia. Y aunque la veía demacrada y delgada, me negaba a pensar en la causa de ese hecho. Ahora soy presa del pánico, y tengo miedo de perder todo lo que he conseguido. Esta situación me

sobrepasa, estoy destrozado y me siento morir por dentro. Noto cómo la desesperación y el desánimo pueden conmigo. Así que, cansado de reprimir mis emociones, dejo salir el miedo opresor y angustiante a través del llanto. Dentro de mí hay dos contendientes librando una batalla en la que no puede existir unión posible. Una parte se revuelve y se enfurece contra las circunstancias. Me siento impotente y burlado por la mano del destino y su macabro sentido del humor. Otra vez estoy en un hospital, la persona a quien amo está enferma, y yo me siento tremendamente impotente ante tal fatalidad. ¡No puedo protegerla, ni evitarle ningún sufrimiento! Es como si la historia se repitiera y me hiciera revivir el pasado.

Está la otra parte de la mente, la que no está identificada con el personaje, la que confía en todo propósito y sabe que este guion tiene una finalidad que no logro entender, puesto que mi apreciación es escasa. Para juzgar lo que está ocurriendo, debería tener la capacidad de poder percibir toda la cadena de secuencias desde el principio hasta el final de los tiempos, y ver así todo lo bueno o malo que puede encerrar la enfermedad de Yudica. ¡Dios! Me siento tan mal... tan perdido... tan aterrorizado... Mi llanto desconsolado hace que mi presión vaya cediendo poco a poco. Cuando siento que puedo respirar mejor, alzo la cabeza y observo el cielo. Mi angustia me hace percibir el día gris y nublado. Mi atención se centra en la oscuridad de las nubes preñadas de lluvia, en la ligera neblina de contaminación de la ciudad, y en unas alborotadoras palomas que rivalizan por un trozo de pan en el suelo. Mis pensamientos negativos me ahogan en un mundo lleno de sombras que entristece mi alma. ¡Dios! ¿Y ahora qué?

Cuando parece que nada me puede sacar de este oscuro pozo de tormentos angustiosos, advierto un leve rayo de sol acariciar mi brazo. Alzo mi mirada hacia el astro cuyos rayos se abren paso entre las oscuras nubes y dibujan en el aire un perfecto camino hacia la superficie. Mi mente se pone alerta, enderezo mi espalda y observo mi alrededor con otros ojos. El sol me calienta y las palomas viven ajenas a la rivalidad de segundos antes. Vuelve un ahora y el segundo ya vivido carece de valor en sí. ¿No es fascinante? ¿No es la vida magia, al fin y al cabo? Cuando logro ver la majestuosidad que me rodea, decido dejar de luchar. A medida que mi llanto cesa, libero el miedo y me abandono ante lo que está sucediendo. Me rindo a los acontecimientos, y renuncio al deseo de cambiar lo que no se puede cambiar. Sí, apuesto por la mente que confía en que todo tiene un propósito. ¿Cómo pretendo ayudar a

Yudica? ¿Con desesperación? ¿Con miedos? ¡No! Si la viera como un cuerpo, la limitaría. La forma es frágil, débil, y perecedera. Debo ayudarla viéndola como lo que es, Ser eterno, Espíritu libre. Deseo transmitirle la certeza de que no tiene nada que temer, y de que no puede vivir sus días con miedo. Así pues, dejo ir todas mis inseguridades y decido dejarme llevar. Como una luz de esperanza renovadora, tomo la decisión de ayudarla de la única manera que puedo hacerlo, sujetando su mano con fuerza y acompañándola por este camino. Mi decisión es centrarme en su sonrisa, sintonizar con su espíritu libre, y alentarla con el amor y el respeto que siento por ella. La curación es un pensamiento que debe empezar por la mente, y para que se manifieste, primero hay que liberar al miedo.

“La vida comienza cuando el miedo termina”.

Osho

Yudica

Jamás llegué a pensar que a mí me pudiera llegar a pasar algo tan grave. ¿Qué he sentido cuando me han dado el diagnóstico? Sinceramente, yo en este momento no pienso en la muerte, ni me planteo si me curaré o no, solo pienso en los largos días que debo permanecer aislada de todo el mundo, sin sentir los rayos del sol sobre mi cuerpo, sin volver al bosque, sin perderme en las desnudas y vacías habitaciones de la granja. Sí, es increíble, pero... ¡cómo cambian las prioridades! En el momento en que me veo sumergida en pinchazos, pruebas, transfusiones de sangre y radiografías, deseo volver a la vacía granja, al hogar que Yared y yo hemos elegido para instalarnos. Es sorprendente, ¿verdad? Cuando la vida te pone al borde del precipicio y te empuja para arrojarte al vacío, lo que en un momento considerabas desafortunado, de pronto se ve diferente y todo parece perder importancia.

Pasaron varios días hasta que por fin dejaron entrar a Yared a la habitación, pero debía hacerlo totalmente protegido, con bata, patucos, gorro y mascarilla. Lo encontré mucho más sereno que el día que nos separamos y algo en él me hizo sentir bien. No sé si fue su actitud, su forma de comportarse o su presencia, pero desde el primer momento en que nos volvimos a reencontrar, me transmitió una gran tranquilidad y seguridad. Es algo extraño, es como si su sola presencia me emitiera paz. Me cogió una mano y me la besó a través de la mascarilla mientras que cerraba los ojos, como guardando dentro de sí ese momento.

—Deja que te mire un rato más. Quiero fotografiar este momento —le dije con voz frágil.

—Desde luego, no tengas prisa —me contestó tiernamente. Y nos quedamos mirándonos sin agregar nada más. A veces no hacen falta las palabras para decir lo que sientes. Eso es algo que he aprendido de él. Yo solo deseaba su compañía, y él se quedó a mi lado sin adornar el silencio con falsas predicciones, afirmaciones románticas o augurios tenebrosos.

—Tus padres están aquí —me dijo poco después con delicadeza—. Creí importante que vinieran.

Cuando me informó, mi corazón palpitó emocionado. Sí, deseaba verlos, pero sin saber muy bien el motivo, mi anhelo era tenerle solo a él a mi lado. En ese momento de mi vida nada ni nadie me interesaba lo suficiente como para perder ni un segundo de mi tiempo. De pronto, era como si viviera una cuenta atrás, y yo sentía una inexplicable exigencia de empaparme con su compañía. Cuando se lo dije, me sonrió con cariño. Sé que me hubiera besado en ese momento, pero su mascarilla sobre la boca le recordaba constantemente que mis defensas estaban rayando lo imposible. Así que simplemente me acarició la mejilla y me dijo con voz muy queda:

—A mí ya me tienes, pequeña. Ahora tienes que hablar con tu familia, lo necesita tu alma. Yo esperaré fuera.

Primero entró mi padre. Se le veía muy afectado y me cogió ambas manos para besármelas, sin poder evitar demostrar lo emocionado que estaba. Me habló de mis hermanos, a los cuales no les dejaban entrar. Pero me prometió que en cuanto me recuperara, me los traería para poder verlos. Halagó a los padres de Yared, en realidad a toda su familia, por la amabilidad con que les habían ofrecido su casa y su ayuda. Estaba gratamente sorprendido, y eso me llenó de alivio y esperanza. Pero algo en mi interior me gritaba que estaban conmigo porque estaba enferma, y eso me dolía.

Después entró mi madre. Cuando la vi, yo estaba muy nerviosa. No nos habíamos vuelto a ver desde que abandoné mi casa subida en una moto. Desde entonces, solo ha existido una llamada de teléfono cargada de continuos reproches y resentimiento. Se sentó a mi lado y comenzó a preguntarme si estaba cómoda, si me dolía algo, me hablaba con el afán de rellenar huecos de vacío con palabrería inútil. Era como si la noticia de mi enfermedad la obligara a ser amable. Estábamos las dos solas, incomunicadas del resto del mundo, sin testigos ni distracciones, y ¡no teníamos nada que decirnos! Sí, es muy curioso, pero descubrí que no tenía nada que hablar ni que recuperar, puesto que nada había habido nunca entre nosotras. A pesar de mi revelador descubrimiento, no quise tener ningún resentimiento. Tal y como dice Yared, los resentimientos te afectan tanto como el veneno, puesto que son solo tuyos, y jamás dañan a quien te los produce.

Mi padre me ha comentado que me llamará cada tarde y que cuando esté fuera del aislamiento, volverá con mis hermanos. No quieren reconocer que

son económicamente incapaces de afrontar el gasto de vivir en otra ciudad. Además, mis hermanos tienen que volver a la escuela y supongo que es duro para ellos aceptar por mucho tiempo la hospitalidad de Irene y Gregorio.

Así que ahora vuelvo a estar inmersa en mi pequeño mundo aséptico, aislada en una habitación, y con Yared recostado en una silla a mi lado, sus piernas estiradas, y hablando conmigo de mil cosas diferentes, los dos incomunicados del mundo y sus conflictos, compartiendo una especial soledad e interrumpidos ocasionalmente por alguna enfermera o médico. Me ha traído libros, un ordenador y un móvil para que esté en contacto con el exterior. Uno de los libros que me ha traído es grande, y de hojas extremadamente delgadas y remarcadas. Me ha dicho que es su libro de cabecera. ¡Dios! Iba a tener mucho tiempo para leer, para pensar y para valorar cosas de mi vida. Y ese gran libro no me asustó, sinceramente. También ha traído un plano de la granja y me ha preguntado qué cambios deseo hacer y cómo deseo decorarla. Él se ha vuelto a instalar en la casa de sus padres y solo volverá a la granja para supervisar las obras y la decoración. Se está esforzando mucho, lo sé, porque a él no le importa el aspecto que pueda tener la casa, ni si tiene comodidades o no. Sé que lo hace para que me encuentre cómoda y no me falte de nada. Así que día a día vamos haciendo planes. Nos reímos mientras hacemos proyectos, elegimos los muebles, los detalles, y tratamos de olvidar lo que nos rodea. Puede parecer extraño, pero ambos hemos disfrutado rellenando el plano con dibujitos de colores a medida que avanzamos en su diseño. Y algo muy curioso que he notado es que para no interesarle nada todo este mundo de la decoración, discute conmigo frecuentemente sobre el color o la forma de algo en concreto. ¡Es bastante cabezota!

También leemos juntos. Cuando me encuentro muy cansada y sin ganas de hacer nada, me lee pequeños párrafos de ese libro que parece ser tan especial para él. Si hay algo que no entiendo, me lo trata de explicar con esa pasión que le pone a todo lo que le entusiasma. Y yo me sumerjo poco a poco en su mundo mientras olvido por momentos dónde estoy, y por qué estoy incomunicada.

El grueso libro que me ha traído habla de cosas muy bonitas, de amor, de unidad, de inocencia, de perfección dentro del caos que hemos fabricado. Dice cosas tan profundas como: “Una vez más; nada de lo que haces, piensas o deseas es necesario para establecer tu valía”. “El amor perfecto expulsa al miedo”. O “Nadie que viva atemorizado puede estar realmente vivo”.

Cuando me lee algunos fragmentos, mi corazón se llena de paz. También

habla de la enfermedad como otra ilusión más que hemos inventado, y nos invita a rendirnos a lo que nos sucede. Es algo poco común, ya que siempre se nos ha enseñado a confiar en nuestras propias fuerzas, y nos han convencido de que con esfuerzo se puede conseguir todo. Pero este libro nos invita a ignorar la voz del ego, y nos dice que no sabemos qué es el mundo, ni cuál es el propósito de nada, que ni tan siquiera sabemos quiénes somos. Pero si conseguimos rendirnos y dejar ir, conseguiremos la verdadera libertad. También se habla de que hay que tener absoluta confianza en algo que no puede verse, pero que tu corazón sabe que existe. Que hay que dejar de luchar y aceptar lo que te pasa con la completa seguridad de que esta vida es un aula de aprendizaje, y que hay que corregir el sistema de pensamiento con el que hemos vivido hasta ahora. Sus frases me llenan de paz, me hacen sentir muy bien y me hace tomar distancia de este mundo tan duro que me rodea.

¿Cómo no querer evadirme? Tengo puesto un catéter permanente para no estar continuamente pinchándome, y cada día me sacan sangre. También me hacen punciones lumbares y aspirados de médula ósea muy dolorosas. Es muy duro sobrellevar esta situación, aguantar el dolor y no dejarme llevar por la desesperación, pero me centro en el día a día y niego a mi mente pasear a sus anchas. Trato de controlarla y concentrarme en el ahora, y para mi horror, he descubierto lo poco centrada que tengo mi mente. Es demasiado abrumador todo lo que me está sucediendo, y si me dejo llevar por mis pensamientos y desesperanza, sufro. Así que evito poner mi atención y energía en lo que me ocurre, y enfoco mi atención al estado de paz y salud que deseo. Trato de convencerme de que estoy bien, que tengo salud y de que mi cuerpo, simplemente, está equivocado. Estoy decidida a controlar mis pensamientos.

Cuando empecé con la quimioterapia, comencé a resentirme y me mostré muy apática y cansada. El tratamiento es muy agresivo y me deja sin fuerzas, me provoca vómitos, me seca la piel, incluso he perdido el sentido del gusto y me han salido llagas y heridas por toda la boca. Para mí es un auténtico suplicio comer, ya que nada parece tener sabor, y mi estómago se revuelve cuando aparece ante mí la bandeja de comida.

Hubo una ocasión en que la infección llegó a mis pulmones y no podía respirar bien, por lo que tuve que dormir en una posición en la que estaba prácticamente sentada. Pasé unos días en una especie de duermevela en que no fui muy consciente de lo que ocurría a mi alrededor. Sabía que Yared estaba a mi lado, me cogía de la mano y de vez en cuando se dormía apoyado en la

cama. Yo me despertaba en ocasiones, sintiéndome ahogar por el oxígeno que me ayudaba a respirar y con la sensación de que iba a abandonar este mundo en cualquier momento. Para ser sincera, no fui consciente del tiempo que pasó. Solo sé que comencé a quejarme, estaba deseando que me quitaran los tubos y necesitaba moverme. Empecé a ser más consciente de mi alrededor y poco a poco, me fui animando. El antibiótico hizo su efecto y me recuperé, aunque me quedé sin fuerzas. ¡Dios, qué duro es todo esto!

Cuando pasa la doctora Adams y otros colegas de la profesión, me hacen preguntas, hablan conmigo y se muestran muy amables e interesados. Casi todos los que me tratan se han enterado de que soy enfermera y conversan conmigo en un lenguaje muy profesional, me explican casos de otros pacientes y me hacen sentir bien. ¿Es raro decir eso? Sí, puede ser. Pero todo este ambiente lleno de personas excepcionales, me dan mucho cariño. Estoy siempre acompañada y me siento arropada por todos. Las enfermeras son adorables, se muestran comprensivas con mi estado de ánimo, con mi inapetencia y con mi irritabilidad. Cuando tienen un momento libre, se sientan a mi lado y se interesan por mí, me hacen reír y me confirman, una vez más, que elegí esta profesión porque es humana y completa.

A veces es Irene quien me hace compañía, aunque la mayor parte de las ocasiones viene con Gregorio. Me empiezan a contar detalles de su vida, ella me ayuda a elegir cosas de decoración para la granja o me habla de cuando era pequeño Yared. ¡Nos hemos hecho grandes amigas! Otras veces vienen Marta y Gregori. El carácter espontáneo de Marta me hace reír y pensar en otras cosas. Me ha enseñado la ecografía que le han hecho de su bebé y a ambos se les nota que están viviendo una época muy feliz de su vida. El bebé que esperan será niño y le pondrán el nombre de Isaac. También viene a verme Nicolás con sus historias increíbles y su buen humor. Cuando entra él, es como si irradiara felicidad por todos los poros de su piel. Siempre tiene una anécdota que contarme, y casi todas son divertidas. Fue una sorpresa para mí que de vez en cuando acudieran a hacerme una visita los integrantes de la expedición a Vietnam. ¡Me alegré tanto! Hay mucha gente que se acuerda de mí. Y cómo no, Yared trata de ocupar los más largos huecos de soledad en los que estoy, alternando su trabajo conmigo. Nunca deja de hacer cosas, se las trae a la habitación, escribe artículos, realiza llamadas y me informa en todo momento de lo que vamos a hacer cuando salga de aquí. Quiere que le acompañe a Perú a realizar su próximo documental, y yo no dejo resquicio en

mi mente de ninguna duda al respecto. Sí, saldré de aquí y reemprenderé mi vida sin mirar hacia atrás. Esta vez con todos los sentidos puestos en mi felicidad. De eso estoy completamente segura.

Cuando dejé de estar aislada, mis días dentro del hospital comenzaron a ser algo más entretenidos, pero mi salida del hospital fue anulada por la infección que sufrí. El tiempo pasa muy despacio aquí, pero ahora que me puedo mover, mi mundo se ha hecho un poco más grande. En una ocasión que vino Yared algo más tarde, no me encontró en la habitación y estuvo buscándome por toda la planta del hospital. Al final me descubrió al otro lado del pasillo, atraído por las risas de los niños a los que les estaba contando historias de miedo. Nos hemos hecho buenos amigos. Este pequeño grupo de niños que se encuentran en la misma situación que yo, siempre me están buscando en algún momento del día para que les haga compañía. Cuando nos encontramos lo suficientemente fuertes para hacerlo, cantamos canciones, pintamos y jugamos a juegos que nos hacen reír. Yared se une a nosotros y nuestras largas horas se adornan con risas, alegría y la inexplicable esperanza contagiosa de unos niños que no piensan en ningún futuro, simplemente en pasarlo bien, aunque sea en las habitaciones y pasillos de la planta de oncología del hospital. También hay bebés, niños muy pequeños que lloran, sufren y padecen esta enfermedad horrorosa. Sus padres se muestran muy angustiados, sus largas horas de desvelo y temor se reflejan en sus rostros y yo no puedo evitar sentirme afectada. A veces cojo a esos bebés entre mis brazos y los cuido un ratito, mientras que sus padres bajan a la cafetería a despejarse un poco de este ambiente tan deprimente.

Aquí se convive muy de cerca con la muerte. Pero yo me resisto a permanecer durante mucho tiempo en la habitación, así que, aprovechando mis momentos de soledad, visito al resto de los pacientes y hablo con ellos. Me cuentan sus cosas y yo me siento a escucharlos. Y he descubierto algo maravilloso, todas y cada una de las personas que ocupan las habitaciones, tienen algo que enseñarme. La gente tiene mucha riqueza interior, pero nuestra frenética historia personal nos impide relacionarnos unos con otros. Vamos andando por la vida en piloto automático, sin mirar a nuestro alrededor, sin conocer a la gente con la que coincidimos cada día, sin desear saber de sus miedos o esperanzas. Es como si estuviéramos robotizados en nuestro frenético vaivén, y se nos olvidara la parte fundamental de nuestra existencia. El relacionarnos con los demás, el conocernos, el hablarnos e interesarnos por

sus inquietudes. Este despropósito hace que desperdiciemos el hecho de conocer a gente que puede ser maravillosa. Yo me siento bien cuando hablo con ellos, y siempre encuentro alguna enseñanza, una idea, una forma diferente de ver las cosas. ¡Me gusta la gente! A veces soy yo la que les cuento historias. Les hablo del libro que me trajo Yared y que habla continuamente de lo aferrados que estamos todos al Yo. Estamos tan identificados con nuestro personaje y con nuestras ideologías que por eso hablamos tanto de nosotros mismos. Cuando les cuento que el Yo como personaje que vive esta vida, en realidad no existe y que somos seres más allá del mundo visual que observamos, increíblemente doy ánimos, y ¡nadie me mira como si estuviera loca! Supongo que el estar conviviendo con la sentencia a un trágico final inevitable, te hace tener una visión mucho más amplia. En esta planta siempre se muere alguien, y eso lo vemos todos, aunque cerremos la puerta de la habitación y giremos nuestro cuerpo hacia la ventana para no mirar. Dentro de nosotros, algo se resiste a desaparecer. Así que toda esta gente se siente confiada y feliz al saber que no son lo que aparentan, que el cuerpo enfermo que los recubre no son ellos, que hay algo más que escapa de nuestra razón y que la mente racional no podrá entender nunca. Pero lo mejor de todo es que el final siempre será feliz y la apuesta es segura. ¿Y qué he notado desde entonces? ¡Ja!, pues que sonrían más. Cuando llega Yared, siempre tiene que buscarme por las diferentes habitaciones hasta que me encuentra. Le presento al nuevo amigo o amiga que he conocido y se sienta con nosotros para charlar otro ratito más. Él lo explica todo mucho mejor que yo, y cuando empieza a hablar de su forma particular de verlo todo, nos deja enmudecidos, cierto, pero llenos de esperanzas.

Una mañana lo esperé impaciente a que llegara. ¡Uf, ese día se me hizo eterno! No comí nada, ni quise unirme al grupo de niños, ni hice mis habituales visitas a los demás pacientes de la planta. Solo deseaba permanecer en mi habitación sin deseos de ver o hablar con nadie. Todos estuvieron muy preocupados por mi repentino cambio de humor. Nos hemos convertido en una gran familia de enfermos y de cuidadores, y nada se mantiene en secreto aquí. Alguna enfermera de la planta quiso hablar conmigo, también lo intentaron algunos pacientes, temiendo que hubiera sufrido una recaída. Pero yo me cerré a cualquier conversación y reclamaba a Yared como si se tratara de aire para respirar. Cuando al fin llegó, su cara reflejaba la ansiedad que yo sentía. Sabía

que todos los que se habían cruzado por su camino hasta llegar a mí, le avisaron de mi repentino cambio.

Cuando entró en la habitación me eché a sus brazos y rompí a llorar desconsoladamente. Se me había hecho tan larga la espera y me sentía tan mal, que todos mis temores desembocaron en un llanto compulsivo. Él me abrazó con ternura y esperó a que me calmara. Me acunó entre sus brazos sin dejar de darme besitos por la cara y la cabeza, por los sitios que mi repentino llanto y desasosiego le permitía.

—Se me cae el pelo —le dije entre hipos reprimidos cuando me sentí lo bastante fuerte para hablar.

Él lo entendió todo. Hundió su boca en mi cuello y dejó pasar unos minutos hasta lograr tranquilizarnos.

—Pequeña... vamos a pedir una máquina para rapar el pelo y yo mismo lo haré —me dijo con voz ronca de emoción.

—Pero...

—No, nena, no vuelvas al viejo rol de darle importancia a lo que no tiene valor. Lo has estado haciendo muy bien, eres increíble, de verdad, un gran ejemplo para todos. Yudica, si antes ya te amaba, te puedo asegurar que ahora has añadido ingredientes fundamentales a lo que siento por ti.

—Estaré fea —dije entre pucheros.

—Estarás preciosa, porque lo eres. Esos detalles que te preocupan tanto hablan de ti, de tu fortaleza, de tu perseverancia y de la admirable aceptación a tu realidad. Yudica, te has hecho compañera de lo que le ocurre a tu cuerpo, has entendido su mensaje y te has limitado a vivir tu vida aceptándolo. Ahora no trates de luchar por un efecto secundario. Tú mejor que nadie sabías qué iba a pasar. Entonces, ¿por qué te resistes?

—Porque me voy a quedar sin pelo y estaré horrorosa, y tú...

—¿Yo? —me interrumpió con cierta brusquedad. Bajó su mirada para buscar mis ojos y mirarme con intensidad y yo no pude evitar desviar mi mirada. Me levantó la barbilla con un dedo y volvió a buscar mis ojos para transmitirme todo el torbellino de sensaciones que sentía por mí. Finalmente me besó en la boca. ¡Hacía tanto tiempo que no lo hacía! ¡Dios! Esa renovada sensación, ese placer íntimo, esa comunicación tierna, muy dulce a pesar de mis dolorosas llagas, de mis heridas y secuelas por la quimioterapia. Fue un beso trágico, cierto, pero también muy emotivo.

—¿Te he hecho daño? —me preguntó tiernamente. Estaba muy

emocionado, se le notaba en su voz, en sus ojos peligrosamente brillantes, en su evidente sensibilidad por mi padecimiento.

—Un poco. Pero no dejes nunca de hacer eso, aunque duela.

Así que me corté el pelo y la verdad, fue una gran impresión. ¡Solo se me ven ojos! Estoy tan delgada... Mi cabeza desnuda sin mi larga melena es muy impactante y causa mucha impresión. Mientras que Yared iba pasando la máquina y mi pelo caía, mis lágrimas se unían al radical impacto que causaba en mí. Lloré en silencio, sin querer añadirle más dramatismo a la situación, y cuando mi cabeza estuvo completamente rapada, advertí la emoción que invadió a Yared. Pero ninguno de los dos dijo nada más y nos recompusimos como pudimos ahogados por un profundo silencio.

Me paso los días esperando que sea fin de semana para volver a ver a mis hermanos. La primera vez que los vi, no pude evitar emocionarme. Estaba tan abatida por mi falta de cabello, por mi debilidad y por mi aislamiento, que no pude reprimir mis lágrimas. Ambos se quedaron muy impactados al verme. Sé que mi padre les advirtió de los cambios que verían en mí, pero mis hermanos solo tienen diez años. ¿Cómo pueden imaginar el sufrimiento que oculta las heridas de mi batalla?

Después del primer impacto, el ambiente fue distendido y cordial. Sé que todos están haciendo un gran esfuerzo por mí, así que mi padre trata de mostrarse amable con Yared y mi madre parece que comienza a hablarme con más suavidad. Pero a mí, en este momento de mi vida, lo único que me importa es volver a ver a mis mellizos y reírme con ellos de tonterías. Lo demás, lo que antes me angustiaba tanto, ha dejado de interesarme.

No he podido evitar pensar en todo lo que me ha ocurrido desde que ingresé en este hospital. ¡Deseo tanto salir de aquí! Se me está haciendo muy difícil que Yared se haya tenido que ir otra vez a realizar otra charla. Aunque me llama frecuentemente, lo echo mucho de menos, y reconozco que tenerlo cerca me aporta mucha paz y serenidad. Mientras que he permanecido encerrada en la habitación, los pensamientos no dejan de hacerme una visita. Aquí, con tanto tiempo libre, se piensa en todo. Y hoy me he dado cuenta de algo que ha sido fundamental para mí. El mundo sigue girando, las personas siguen con su vida diaria, Yared hace lo que le gusta, habla de la naturaleza, vive entre ella y explica su punto de vista. Si yo no superara esta enfermedad, su vida seguiría, esté yo a su lado o no. Me seguiría amando, cierto, me echaría de menos y a veces incluso lloraría por mi ausencia, pero su vida

proseguiría. Y con el tiempo, el recuerdo se difuminaría, sería más suave, menos doloroso. Es así. ¡Debe ser así! Mis padres seguirían batallando con más o menos problemas, mis hermanos con sus juegos, sus deberes y exámenes trimestrales. Todas y cada una de las personas que habitan el planeta tierra continuarían con sus vidas sin reparar si yo estoy aquí, o no. Este pensamiento fue aterrador, pero también muy revelador. Ahora estoy encerrada entre estas cuatro paredes blancas, con los efectos del tratamiento dejándome fuera de circulación y sin más deseo que el de dormir. Me podría pasar el resto de mi vida aquí, y ¡nada cambiaría! Entonces, si todo es como debe ser: ¿qué coño estoy haciendo?, ¿por qué me preocupo tanto por todo?, ¿por qué siempre he sentido el peso del mundo entero sobre mi espalda? ¡Dios! Cuando estos pensamientos han visitado mi mente, me he sentido muy mal. Casi palpé la posibilidad de mi ausencia total, la perspectiva de que yo pudiera morir. Mi angustia ha sido abismal. No sé explicar muy bien la reacción que todo mi cuerpo ha tenido ante ese pensamiento tan desolador. Yo, algún día, dejaré de existir, de respirar, de reír o de llorar. ¡Yo! ¡Yudica Yerby! ¡Madre mía! Empecé a sudar, y poco después a temblar. Mi corazón palpitó enloquecido dentro de mi pecho, y por un momento pensé que no podría ser capaz de albergar tantas emociones sin caer fulminada por el miedo. Pero a los pocos minutos fui consciente de que yo era vida, y que, si estaba destinada a seguir viviendo, ninguno de mis temores podía ser los causantes de que siguiera o no latiendo mi corazón. La vida es vida, por eso podemos soportarlo todo. Ahí radica nuestra fuerza, y también ahí está la respuesta a todas nuestras dudas. ¿Cómo puedo dejar de existir? No, no tiene sentido. Cierto que el “yo” que creemos ser puede dejar de hacerlo, pero la vida continuaría. Y volviendo al inicio de todo, me volví a preguntar: ¿qué coño estás haciendo, Yudica?, ¿por qué te vuelves a preocupar?, ¿por qué piensas que puedes controlar la vida, o la muerte? ¿por qué no has disfrutado de lo que te ha ofrecido la vida sin tratar de querer cambiarlo todo? ¿por qué te has esforzado tanto en lugar de dejarte llevar? ¡Joder, qué liberación! ¡Lo he tenido tan claro! Debo vivir sin miedo. ¡Eso es todo! ¡Dios! Lo he comprendido todo y ha sido una sensación alucinante. ¿Cómo no he sido capaz de verlo? ¿Cómo algo tan evidente, es tan difícil de asimilar? Todas las charlas con Yared, tantos consejos, tantas palabras llenas de sabiduría y ahora, como si fuera un flas, ¡zas!, lo comprendo todo. No importa si estoy en un hospital, ni tan siquiera si la gente sigue con su rutina y te olvidan con el tiempo. En este caso, lo único que

importa soy YO. ¿Acaso no es suficiente? Soy la única que tengo que preocuparme de mí, la protagonista de mi vida, la que piensa a través de mi mente, la que ve tras mis ojos, la que siente bajo mi piel, la que hace palpar a mi corazón a través de mis sentimientos. ¡Me he sentido tan sobrecogida que he tenido ganas de gritar! Es como si en una habitación oscura alguien hubiera encendido una vela para alumbrar mi camino. He visto esa luz, y su claridad me ha abrumado. Así que me he puesto manos a la obra desde ya. Sin miedo, sin luchas y sin deseos de agradar a los demás. No se trata de ser bueno, ni de comportarse de manera impecable, ni de ir por la vida como si fuera una santa. Simplemente se trata de romper todas esas barreras mentales que me impiden experimentar lo que siempre he sido. ¿No es maravilloso? Es una sensación tan extraña que no encuentro palabras para describirla. Todo lo que parecía enrevesado, problemático y difícil, se ha transformado en oportunidades para interpretarlo de diferente manera. ¡Qué lucidez! Es como sentir que cada traición, cada sensación de ser herida, son ocasiones en las que puedo reforzar mi autoestima. Fue como sentir la necesidad de dar las gracias a todos los maestros que me han querido tan mal, a los roba sueños, a los duros de corazón, porque gracias a ellos yo soy ahora más fuerte, más auténtica, más valiente, más sabia. Son maestros que me han enseñado a amarme.

Decidida a cambiar mi forma de ver las cosas, mi actitud ante la vida y las circunstancias que la adornan, busco una sudadera en el pequeño armario de esta impersonal habitación y me la pongo. No quiero parecer una enferma. Después, bajo a escondidas a la cafetería del hospital y me mezclo con la gente tratando de pasar desapercibida. He mirado por las ventanas el sol radiante del exterior y he deseado salir. Pero escaparme de la planta de oncología es suficiente por hoy, y simplemente admiro el día desde los amplios ventanales de la cafetería. Alejandro, el médico que me atendió en urgencias cuando tuve mi primer desmayo, se ha sorprendido al verme como hechizada mirando la vida que transcurre fuera de estos muros. Me ha agarrado del brazo y nos hemos sentado en una de las sillas vacías. Desde que no estoy aislada, nos vemos de vez en cuando y para ser sincera, me siento muy cómoda con él. Se ha reído al advertir que me he escapado de la planta de oncología y trata de animarme con su charla. Después, me ha invitado a un té. Él ya se lo ha bebido. El mío permanece sobre la mesa de la cafetería, casi intacto. Su conversación es siempre interesante, me hace reír con frecuencia y me olvido de estas paredes que me agobian tanto. La conversación es el arte

que más se practica aquí. No requiere esfuerzo, ni movimientos, y te mantiene la cabeza en otro sitio. Alejandro me cuenta cosas de su vida, de sus anécdotas de estudiante, de cuando iba con Yared al colegio y de vez en cuando me habla de su matrimonio. Me da a entender que su trabajo le quita muchas horas y que Joana no está precisamente contenta con eso. Le empieza a exigir más atención, más tiempo, e irremediablemente eso desencadena malestar en la pareja:

—¿Sabes qué me dijo Irene cuando me conoció? —le explico con deseos de hacerle sentir mejor—. Que, si alimentamos una relación con amor, el miedo acaba por morir de hambre. ¡Lo encontré tan bonito, que trato de aplicarlo a todo! Yo solo te puedo aconsejar que sigas dándole amor. Si tu relación debe seguir, seguro que superaréis todas las dificultades. Regálale pequeños gestos llenos de cariño, quizás eso compense tus largas horas de ausencia.

Alejandro me mira intensamente, como si estuviera admirado por mis palabras:

—Yared ha tenido mucha suerte en encontrarte.

—Somos los dos muy afortunados, a pesar de lo que está pasando.

—Ya. —Parece que le interesa mi estado y trata de obsequiarme con bonitas palabras llenas de ánimo—. Siento lo que te ocurre. No deberían pasar estas cosas.

—Pero ocurre. Eso es lo que hay que averiguar. ¿Por qué ayer no, y hoy sí? —Y bajo la mirada, turbada por mi angustiada situación.

Alejandro me mira con detenimiento, como sopesando el escenario. Bebe los restos de su infusión con tranquilidad y me dice:

—Yo trato de escuchar las historias de todos los que han pasado alguna enfermedad grave y siempre hay un impacto emocional que se ha manifestado físicamente, algo que el inconsciente guarda. Es como un gran iceberg al que solo se le ve la punta, pero desconocemos lo que oculta bajo el agua. Y a pesar de que todo el conjunto pertenece al mismo iceberg, al no verlo suponemos que no existe. Eso es lo que piensa la mayoría de la gente. Sin embargo, todas las conductas que tenemos, todas las manifestaciones, sean del tipo que sea, no dejan de ser producto de algo escondido en nuestro interior.

—Yared también utiliza esa analogía con el inconsciente. Dice que guardamos en nuestro interior mucho más de lo que mostramos —le informo algo asombrada por la similitud de creencias.

—Así es —me confirma con esa naturalidad de quien está totalmente convencido de lo que está hablando—. Con el tiempo, he ido reuniendo muchos casos. Tengo el propósito de escribir un libro con todo ese material. ¡Quién sabe! Puede que le interese a alguien.

—¡Vaya! Creo que es muy buena idea —le contesto con sinceridad.

—Sí, así lo creo yo también. El descubrir qué es lo que encierra el inconsciente, no garantiza más que la tranquilidad de entender lo que nos ocurre un poco mejor. Nada más. Pero también nada menos. Creo que es importante hacer caso a las señales que nos manda el cuerpo. Puede que no nos libre de lo que nos pueda ocurrir, pero puede conseguir hacernos más felices, ¿no crees?

Sus palabras me hacen dudar. ¡Yo no sabría por dónde empezar! Me encojo de hombros con resignación y le pregunto:

—¿Y cómo se consigue descubrir ese sentir tan oculto que parece provocar tanto daño? ¿Cómo se descubre lo que no quiere ser encontrado?

Alejandro vuelve a mirarme con detenimiento, alargando un silencio que llena el barullo de las personas que ocupan la cafetería. Y yo me encuentro expectante, totalmente entregada a sus posibles palabras:

—Mirando en tu interior sin miedo y descubriendo las verdaderas emociones que encierra tu historia, pero sin justificaciones. Es... ¿cómo decirlo? Es como si el sentimiento real estuviera escondido bajo otro sentir mucho más correcto. Normalmente es algo no aceptable puesto que, si lo fuera, se asumiría sin ningún problema.

—¿Y cómo se sabe que lo has encontrado? —insisto muy interesada.

Él abandona su postura relajada y apoya sus brazos sobre la mesa para decirme con voz entusiasta:

—Cuando lo encuentras, lo sabes. Notas cómo se enciende una luz de comprensión en tu interior. No es fácil, está oculto y como bien dices, no quiere ser encontrado. Pero está.

Esta vez soy yo la que guardo silencio. Los engranajes de mis pensamientos están trabajando alocadamente, como buscando con desesperación la chispa que origina mi malestar. Finalmente, tras un suspiro, exclamo:

—¡No sé! A mí todavía se me hace extraño todo esto.

—Es difícil, lo reconozco. —Y sonrío levemente para poco después explicar—: Se hizo un experimento donde se tomó el ADN de placenta humana

y se colocó en un recipiente donde se podía medir sus cambios. Se distribuyeron 28 muestras en tubos de ensayo a un mismo número de investigadores previamente entrenados. Cada investigador había sido entrenado para generar sentimientos que transmitían a cada una de las muestras. Se descubrió que el ADN cambió de forma de acuerdo con los sentimientos de los investigadores. Si los investigadores sentían gratitud, amor y aprecio, al ADN respondía relajándose y todos sus filamentos se estiraban creando 300000 veces mayor respuesta inmune. Si los investigadores sentían miedo o estrés, el ADN respondía apretándose y se apagaron muchos códigos haciéndose más corto.

¡Joder! Estas cosas se deberían saber, ¿no? ¿Por qué los informativos te avasallan con problemas y conflictos y no informan de estos avances? ¿Por qué nos centramos en problemas y no en soluciones? Alejandro se muestra muy participativo. Se nota que estamos tocando un tema que le apasiona, y logro ver en él a una excelente persona, con ganas de ayudar de la única manera que sabe.

—¿Y qué significa eso? —le pregunto con interés.

—Demuestra que nuestro sistema inmune se hace fuerte con sentimientos positivos y deshaciéndote de las viejas creencias a las que todos estamos tan condicionados. Las creencias son sentencias que lanzamos, sin sospechar que se hacen realidad. —Y vuelve a recostarse en el asiento mientras cruza sus piernas.

—¡Vaya! —exclamo todavía sorprendida—. Eso quiere decir que cada valoración que hacemos crea una realidad. Me recuerdas a Yared hablando. Tenéis muchas más cosas en común de las que creéis.

—Eso me alegra. No por parecerme a él, sino porque me acerca a ti —me dice mirándome fijamente a los ojos.

¡Uau! ¡Eso sí que no me lo esperaba! Estoy turbada y no sé cómo responder a esas palabras. Pero Alejandro sigue hablando y actuando con normalidad, como si no hubiera dicho nada trascendental.

—Entonces, ¿qué crees que puedo hacer? —le pregunto poco después.

Me mira algo sorprendido. Después se inclina hacia mí y coge mi mano apretándomela con afecto. ¡Vaya! ¿Qué está pasando aquí?

—Lo que estás haciendo hasta ahora. Te he observado desde que entraste por urgencias.

—¿Ah, sí? —No dejo de sorprenderme. ¡Jolines! Esto se está poniendo

interesante.

—He hablado con mis colegas del hospital. Has logrado convertirte en una paciente especial. Aparte de tu actuación con el resto de los pacientes, te has adaptado a tu enfermedad y pienso que eso es muy inteligente por tu parte. Si se actúa con rigidez e inflexibilidad ante lo que ocurre, la mente fabrica un muro muy difícil de traspasar y se puede caer en la desesperación, sin comprender que cuanto más te resistes, más se refuerza. Tú has aceptado tu estado y has tratado de vivir tu situación de la mejor manera que has podido, ayudando y relacionándote con otros pacientes, ofreciendo tu alegría, mostrándote tal y como eres y apartando el miedo. Eso te ha hecho vivir con relativa tranquilidad tu proceso evolutivo. Lo estás haciendo bien, Yudica.

—No ha sido fácil, he tenido momentos muy difíciles, pero si he luchado realmente por algo ha sido por no dejarme vencer por mi mente. He descubierto que es muy difícil controlar los pensamientos, pero que se puede conseguir. Además, he llegado a la conclusión de que no le tengo miedo a la muerte. Yared me ha asegurado que es algo maravilloso.

—Eres una mujer admirable, de verdad. —Vuelve a apretarme la mano con evidente afecto por su parte. Sí, la vida no deja de sorprenderte, ¿verdad? ¿Por qué me mira con esa cara? ¡Ja!, ¡y eso que no tengo pelo! Alejandro ha debido advertir mi malestar y aparta su mano.

—Así que es cierto lo que se decía en el instituto. Yared tuvo una experiencia tras la muerte.

—Sí. ¿No lo sabías? —le pregunto extrañada.

—Nunca ha sido una persona muy comunicativa, Yudica. Nos conocemos desde pequeños y a medida que fuimos creciendo, Yared construyó un muro a su alrededor que pocas personas podían atravesar. Tú lo has hecho cambiar. ¿No te has dado cuenta? Iluminas la estancia con tu presencia.

¡Madre mía! Lo ha dicho muy serio, y ante su insistente mirada, no puedo evitar bajar la mía algo cohibida. No soy tonta, sé que esas señales significan algo más que halagos.

—Me alegro de poder ayudar a Yared en algo. Siempre ha sido mi muleta, mi apoyo en todo. Por una vez, me gusta escuchar que le puedo ayudar yo de alguna forma. Desde que lo conocí mi vida ha dado un giro de 180 grados. Pudo haber sido de otra forma, haberme dado la vuelta y haber seguido con mi patética vida llena de mentiras. Pero decidí escucharle. Yared me ha dado la confianza que me faltaba para tomar las riendas de mi vida, me ha hecho ver el

poder que tengo en mi interior. ¿Sabes?, mi valor estaba escondido bajo capas y capas de miedo y pereza. Y si me ves fuerte, es gracias a él. Siempre ha estado a mi lado para recordarme lo que siempre he sido, pero que había olvidado por completo. Es mi complemento, ¿entiendes? Si no hubiera estado a mi lado, yo no sería la que soy ahora. Yo podré iluminar lo que quieras con mi risa fácil y mi carácter espontáneo, pero te puedo asegurar que Yared es la luz que ha hecho posible que yo saliera de la oscuridad.

Se instala un largo silencio entre ambos. Sé que Alejandro ha entendido a la perfección mi mensaje en este juego lleno de sutilezas. Y yo no deseo que haya ninguna duda respecto a mis sentimientos.

—¿Quieres escuchar mi historia? —le pregunto con impaciencia ante tan largo silencio. Tantas miradas cargadas de mensajes y tanta información subliminal, me está poniendo nerviosa, la verdad. Así que comienzo a hablar de mí misma, de mi relación tormentosa con Sergio, de su violencia conmigo, de mi encuentro con el héroe de mi vida y de su forma peculiar de ver la vida. Alejandro se va quedando cada vez más sorprendido a medida que le voy detallando los hechos ocurridos en el bosque. Cuando comienzo a explicarle el impacto que causó en mí la noticia de la muerte de mi exnovio, alza su mano para que me detenga:

—¡Madre mía, Yudica! Son muchas cosas que digerir y en poco tiempo —exclama sorprendido.

—Lo peor que he llevado de todo esto ha sido la actitud de mi familia. Me han hecho responsable de la muerte de Sergio y me ha dolido mucho el comportamiento que han tenido con la persona que ha hecho tanto por mí. —Y bajo la mirada, sintiéndome nuevamente invadida por el desánimo.

—Pues ahí lo tienes. —Yo alzo la mirada y lo observo sin comprender muy bien lo que quiere decirme. ¿Ahí lo tengo?, ¿qué ve él que yo soy incapaz de apreciar?

—Si te duele, es que existe algo que no has curado. —¿Cómo? No entiendo nada. Y mi cara debe de ser todo un poema, puesto que Alejandro se ríe al mirarme, y con toda la simpatía que lo caracteriza, me explica—: No pongas esa cara, me has contado los innumerables conflictos por los que has pasado, y aunque lo intentas negar, aceptas que tus padres te consideren culpable de la trágica muerte de tu exnovio. Yudica, cuando has hablado de tu familia, sigue habiendo dolor.

—¿Y cómo no va haber dolor? —pregunto, advirtiéndolo, para mi sorpresa,

el oculto resentimiento que todavía habita en mi interior—. ¡Me han hecho mucho daño! Sobre todo, mi madre. Sergio me insultaba y humillaba y ¡ella lo sigue adorando! Yared me salva y ella lo desprecia. Y aprovecha cualquier ocasión para hacerme sentir culpable por lo que siento por él. Según mi madre, yo soy la única culpable de todo lo que ha pasado y de lo que he provocado con mis decisiones. —Respiro profundamente para tratar de serenarme. No me he dado cuenta, pero creo que me he puesto muy a la defensiva.

—Vale, lo entiendo —me dice Alejandro con voz calmada—. Sé que debe de ser muy difícil. Pero vamos a hurgar más en tu interior, por muy duro que sea. De eso se trata, al fin y al cabo. ¿Estás dispuesta?

Dejo pasar unos segundos en los que no sé si hacerle caso o darme la vuelta y volver a mi habitación. Me está doliendo toda esa mierda que hay dentro de mí, el resentimiento que siento, el rencor, la rabia. Sí, siento unas emociones que ignoraba tenerlas. Y me sorprendo a mí misma afirmando con la cabeza para proseguir:

—Ahora no quiero que me hables de ella, Yudica —me sigue explicando Alejandro en voz muy baja. Yo me centro de su voz, en sus palabras, y como por arte de magia, el ruido de la cafetería va desapareciendo. Ahora solo existe un leve murmullo casi inapreciable. Estoy totalmente entregada a indagar más en mi interior, a escudriñar cada sentimiento y ver el origen de los pensamientos responsables de ese sentir. Según Yared, hay que cambiar la causa, nunca el efecto. Y nos guste o no, la causa siempre está en la mente. Alejandro me sigue guiando con su dulce voz:

—Ahora tu trabajo consiste en darle la vuelta a la tortilla. La cuestión no es cómo se comporta, sino averiguar lo que te hace sentir con su comportamiento. ¿Qué sientes?

Dejo pasar varios segundos en los que me centro en mi interior. Ahí, donde nadie quiere mirar.

—Resentimiento, incompreensión, intolerancia, rabia, incluso decepción. No sé, me siento poco querida. —Y sacudo mi cabeza con impotencia ante la ausencia de adjetivos que tengo para describir mis sensaciones.

—Puede que lo que te bloquea es la mente que quiere justificar lo que sientes por tu madre —me dice muy serio.

—No quiero justificar nada, simplemente me irrita, eso es todo —exclamo impaciente.

—¿La quieres? —me pregunta en voz baja.

—¡Claro que la quiero, es mi madre! —Me pongo a la defensiva. ¿Acaso pienso que soy tan fría?

—¿La quieres de verdad? ¿O la quieres porque es tu madre? Parece una justificación...

¡Joder! ¡Esto me empieza a agotar! Me remuevo inquieta en mi asiento y vuelvo a perderme en los ventanales que dan al exterior. El silencio se ha instalado entre nosotros y el barullo de la cafetería me hace olvidar que estoy en un hospital. Siento la intensa mirada de Alejandro sobre mí, pero yo estoy muy concentrada en mis pensamientos y en lo que acabo de escuchar. Es como si sus palabras fueran la rampa que me dirige hacia lo oculto.

—¿Estás bien? —Y su mano vuelve a ponerse sobre la mía. No contesto, siento que me falta muy poco para entender lo que me acaba de explicar. Lo tengo ahí, a punto de asomarse, pero algo me impide seguir hurgando en mi interior. Es como un bloqueo invisible, un rechazo a seguir metiendo en dedo en la llaga.

—¿Yudica? —insiste. Así que vuelvo a la realidad de la cafetería y al ruido cotidiano de su interior.

—Sí, sí, estoy bien —contesto en voz muy baja.

—Estabas tan abstraída y tan guapa.

¡¡Eso sí que no me lo esperaba!, ¿guapa? Debo reconocer que me siento halagada, claro está. Estoy desastrosa, con una sudadera que me viene enorme y los pantalones holgados de mi pijama. No tengo pelo en mi cabeza, mi piel está seca, mis llagas y heridas cubren mi boca y mis ojeras marcan mi estado general. ¿Y estoy guapa? ¡Vaya! Eso sube el ánimo a cualquiera.

—¡Sí que es cierto que tienes mucho trabajo! ¿Interrumpo algo importante? —La voz algo excitada de una mujer rompe el contacto visual que tenemos Alejandro y yo. Él se levanta demostrando cierta violencia en su rostro. Yo la miro desde mi asiento. No tengo fuerzas para levantarme y desconozco quién es la despampanante diva que me mira con sorpresa y quizá, con indignación en su rostro.

—Hola, cariño. ¿Qué haces aquí? —Alejandro le da un beso, pero ella aparta su boca y le ofrece su mejilla, delatando así lo dolida que está.

—Venía a comer contigo. Pero entiendo que vengo en mal momento —responde la diva con frialdad.

—¡No! Está muy bien. Yudica y yo nos hemos encontrado por casualidad y

solo hablábamos.

Entonces lo entiendo todo. ¡Es Joana! Me levanto poco a poco de mi asiento para corresponder a la presentación que nos está haciendo Alejandro. Se deshace en explicaciones con su mujer, sin darse cuenta de que su actitud defensiva solo está empeorando lo inexistente. Ofrezco mi mano a Joana para saludarle. Ella me mira de arriba abajo con total descaro y me hace sentir incómoda. ¡Es guapísima! Y eso me lleva al desaliento. Tiene el pelo oscuro y rizado, su fina y aterciopelada tez parece de porcelana. Es mucho más alta que yo, y a su lado parezco una insignificante niña pequeña, bajita, demacrada y llena de evidentes pruebas de mi estado. ¡De repente me siento tan insignificante! No quiero que me siga observando tan fijamente, que me analice con su descarada mirada cargada de juicios. Deseo salir corriendo de aquí y que dejen de observarme esos ojos tan maravillosos, que deje de sonreír esa boca que un día fue besada por Yared, que deje de sentirme analizada por la persona que un día fue amada por él. ¡Joder! ¿Será posible que ahora me sienta celosa de lo que hubo entre ambos? ¡Ja! ¡Esto es el colmo! Pero no lo puedo evitar, me siento tan... ¡Mierda! Bajo la mirada con turbación.

—Así que tú eres la que está ahora con Yared —me dice Joana con cierta sorpresa en su rostro.

“*¿La que está ahora?*” ¿Qué quiere decir con eso? ¿Acaso me quiere confundir? Creo saber cómo es la persona a la que he entregado mi corazón, y dudo enormemente que sea como intenta darme a entender esta diosa. Aun así, estoy en una época muy vulnerable de mi vida, y siento que sus palabras son como escupitajos contra mi cara. Me siento desfallecer y creo que ella lo sabe, ya que asoma una leve sonrisa llena de despotismo en su boca. ¿Es lástima lo que me transmite?

—Estoy agotada. Creo que me voy a mi habitación —balbuceo una excusa tonta, una débil despedida precipitada sin responder a su inadecuada observación. Estoy incómoda.

—Sí, se te ve bastante cansada. Tienes mal aspecto. —Y yo me hundo más en la miseria. Debo de estar horrorosa, al lado de Joana, cualquiera se sentiría intimidada.

—Adiós, Alejandro. Encantada de conocerte, Joana —me despido con urgencia.

—Nos volveremos a ver, Yudica —dice Alejandro con lástima.

¡Uf! Me quiero ir ¡ya!, así que me alejo de ambos con paso precipitado. La enorme sudadera me tapa unos holgados pantalones de pijama que se me están resbalando. Me los subo mientras huyo, sintiendo la mirada de la pareja sobre mí. Me hubiera encantado tener en estos momentos un superpoder que me permitiera ser invisible, porque la sensación de sentirme menos que nada, está haciendo que suponga una travesía infinita el cruzar esta cafetería. Cuando por fin estoy fuera del campo de su visión, corro hacia el ascensor. Intento poner orden a todas las ideas contradictorias que recibo y a los múltiples sentimientos que me abordan. Tengo mucho en qué pensar. ¡Hoy está siendo un día de muchas revelaciones! Por un lado, sé que Alejandro ha hurgado en mi interior e intuyo cuál es el sentimiento que quiero esconder. Pero lo tengo que pensar, quiero hundir más el dedo en la herida y saber qué me atormenta. Aún necesito enfrentarme a mí misma y ser sincera. Pero la repentina aparición de la señorita superdespampanante me ha dejado bloqueada. Me he sentido muy insignificante y eso no me ha gustado. ¡Qué asco! ¿Y yo soy la que hace unos minutos aseguraba que viviría sin miedo? ¡Me siento patética! Así que corro, por ser imposible volar, hacia la habitación, y me escondo entre sus paredes blancas, me acuesto en la cama y me tapo con las sábanas con la intención de no volver a sacar mi pelona cabeza fuera. Lo tengo decidido.

“El comportamiento biológico puede ser controlado por fuerzas invisibles, entre las que se encuentran los pensamientos”.

Bruce H. Lipton (1944) Biólogo celular

Yared

Cruzo los jardines que dan acceso al hospital mientras que me deleito, casi sin pretenderlo, en el próximo encuentro con Yudica. He estado varios días fuera y siento el deseo de volver a verla. El verano empieza dentro de pocas semanas y las conferencias en las universidades ya las he dado por finalizadas hasta el próximo curso. El documental está totalmente terminado y el propósito es empezar el siguiente en cuanto se tenga preparado el programa de trabajo.

Por otro lado, la apariencia de la granja ya no es de vacío y frialdad y sus paredes guardan ahora un hogar acogedor y cómodo a la espera de su única dueña. Ha sido complicado realizar todas las obras y cambios desde la distancia, tratando de que Yudica participara en todos los detalles. Lo único que me queda por realizar son los artículos para la revista, y las fotografías que me han encargado. Así que rescataré mis apuntes y observaciones sin tener que alejarme mucho de su lado. En mi interior siento que necesito relajarme de mi frenético vaivén, y aunque estoy contento de que todo vaya tomando forma, tengo la necesidad de bajarme del mundo y centrarme en la única persona que ocupa continuamente mis pensamientos. Quizás suene ridículo, pero entre las paredes de la habitación del hospital que ocupa Yudica, ambos hemos vivido experiencias extremas. Sus muros guardan secretos muy íntimos, charlas en voz baja, hemos realizado proyectos y reconocido nuestros miedos tras renovadas declaraciones de amor. Las mareas emocionales por las que me hace pasar el padecimiento de Yudica me lleva a vivir sobre un precipicio muy inestable, como si se tratara de una montaña rusa. Vivo días de confianza, para después precipitarme a las locuras de mis temores más oscuros. En el hospital existe una muda desesperación ante situaciones llenas de dolor, y es complicado aceptar las muertes que suceden a nuestro alrededor sin sentirse afectado por la profunda desolación y sufrimiento que deja a su paso. Pero, por otro lado, también se viven situaciones de gran amor, actos llenos de gran

bondad, y absoluto desinterés por lo personal. Se logra ver la gran Esencia de las personas que permanecen encerradas a la espera de que su cuerpo consiga salir de esa batalla. Es un continuo zarandeo que nos hace vivir los extremos más insospechados. Cuando las horas pasan tan lentas entre estas paredes llenas de historias, lo realmente importante sale a la luz y las banalidades se olvidan.

A veces me sorprendo observando a mi pequeña desenvolverse entre las invisibles rejas que la tienen encarcelada. Es la representación de una energía llena de entusiasmo y de un increíble deseo de aliviar la angustia de los demás. Yudica se ha entregado a su Yo amoroso de una manera increíble. Siempre está cuidando de los bebés enfermos, los coge entre sus brazos y los arrulla y besa con ternura, mientras que sus angustiados padres tratan de tomarse un respiro. Otras veces visita a los niños más grandes, o bien a los adultos confinados en sus habitaciones, con sus estados de ánimo tan alterados como el suyo, pero a los que acaba dejando con una leve sonrisa de esperanza en sus labios. Crea un círculo a su alrededor que llama al acercamiento y atrae como un imán. Es inevitable que así sea. Es un ángel que sana al mundo valiéndose del poder del Amor. ¿Cómo no amar a un Ser tan excepcional?

—Hola, Yared. —Un inesperado saludo interrumpe mis pensamientos. Joana me mira con esa característica sonrisa suya, con su resplandeciente melena rizada y su armoniosa cara. Sigue siendo una mujer muy atractiva. Se acerca a mí y me besa muy cerca de la comisura de mis labios.

—Hola, Joana. ¿Qué haces por aquí? —le pregunto sorprendido.

—Vengo de comer con Alejandro. Si no lo hago así, no nos veríamos nunca. ¡Está siempre tan ocupado! Te veo muy bien, Yared. —Y su mirada me repasa de arriba abajo descaradamente—. Tan atractivo como siempre. Y tengo entendido que estás teniendo mucho éxito en tu peculiar vida profesional. Ya sabes que por aquí una se entera de todo. Aunque lamento mucho que tu vida personal no sea igual de exitosa.

Sus palabras son una puñalada muy mal intencionada por su parte. Pero a pesar de su crueldad, adivino en su interior un resentimiento. Si una persona es feliz, difícilmente se muestra tan despiadada con los demás.

—Todo me va bien, gracias —le contesto impasible.

—¿Seguro? No sé... he conocido a tu nueva novia, y me ha sorprendido lo enferma que está. Es una pena, ¡pobrecilla! Se la ve tan joven...

Nuevamente siento un dolor indescriptible en mi corazón, pero decido

pasar por alto sus provocaciones y no jugar al juego de quién hiere más a quién.

—Aunque así lo percibas, yo soy feliz. Me alegro de verte, Joana, pero me tengo que ir. Yudica me está esperando. Adiós.

Se remueve molesta. Sabe que ha jugado a un juego sucio conmigo y noto que se siente culpable. Me coge del brazo para impedir mi marcha y me vuelve a hablar:

—Perdona. No ha estado bien lo que he dicho. Solo quiero saber... ¿Vas en serio con ella? —Y me mira a los ojos tratando de ver más allá de mis pupilas. Supongo que con mi mirada le he contestado, puesto que no espera a mi contestación y afirma con la cabeza. Vuelve a ella esa máscara que cubre el rostro de la gente con miedo. Se yergue y trata de mostrar su lado más frío y superficial—: Ya, no hace falta que me contestes. Pero debes de tener cuidado. Esas chicas tan jóvenes son muy inconstantes. He visto con mis propios ojos cómo ella y Alejandro se hacían miraditas cargadas de mensajes. Sé que ambos se han hecho muy buenos amigos. Así que vigila a tu chica, y yo vigilaré a mi marido. Sería muy irónico que ambos nos tuviéramos que consolar por la infidelidad de nuestras parejas, ¿no crees?

Espera mi respuesta anhelante. Pero de mí no puede obtener ningún resquicio de dudas, ni de temor, ni de miedo, porque simplemente no los hay. Separo mi brazo de su contacto intencionadamente. Deseo poner límites, mi tiempo con ella ya pasó y nada queda dentro de mí que no se haya sanado. Así que intento ser lo más amable posible y le contesto:

—¿Sabes, Joana? No dejas de ver en tu pareja lo que tienes en tu interior.

—¿Qué? —Me mira asombrada, sin acabar de creer lo que acaba de escuchar.

—Ves en Alejandro lo que tú misma proyectas. Habla el miedo a través de tu boca, la inseguridad en tu relación de pareja es evidente y la confianza brilla por su ausencia. Así que antes de juzgar a tu marido, harías bien en mirar en tu interior.

—¡Oye! ¿Pero cómo te atreves? —Está ofendida y retrocede indignada, como si le hubiera dado una descarga eléctrica—. Sigues como siempre, con tus absurdas teorías de siempre.

—Sí, es verdad, son simples teorías. Me tengo que ir, espero que te vaya todo muy bien, de verdad.

Mi único anhelo es volver a ver a Yudica, por lo que siento la urgencia de

alejarme de su lado y volver a las tristes paredes de un recinto que simplemente habla de luchas internas:

—¡Espera, Yared! No quiero que te lleves una mala impresión y pienses que me insinúo ante cualquier hombre. Tú siempre has sido como una espina clavada para mí, siento que nuestra relación nunca debería haber acabado. En muchas ocasiones me he arrepentido por haber roto lo nuestro. No fue una buena decisión y cada vez que te veo, me digo a mí misma que tenía que habernos dado una oportunidad.

—Puede que no fuera tan mala decisión, al fin y al cabo—le digo mostrando sorpresa por sus palabras.

—¿Por qué lo dices? —me pregunta extrañada.

—Has conocido a Alejandro y ahora estás felizmente casada con él, ¿no?

—Claro, pero lo nuestro podría haber funcionado. ¿No crees? —Y me mira anhelante, quizás con cierto brillo de esperanza en sus ojos. Le sonrío con cariño, incapaz de imaginar mi vida junto a ella. Así que le digo con suavidad:

—Joana, lo que vivimos fue algo maravilloso, de verdad. Pero cuando una relación llega a su fin, es porque el camino que debemos seguir es diferente. Yo amo a Yudica, y mis proyectos, mis ilusiones y mi futuro, los imagino a su lado, ¿entiendes?

Su rostro se crispa por un corto instante, pero enseguida se recompone y sonrío con una alegría falsa. Trata de no mostrar lo herida que se siente y lo oculta con un tupido velo de indiferencia.

—Pues si es así, espero que nunca te rompa el corazón —me dice con voz fría.

—Yo también te deseo lo mejor, de verdad. —Y me alejo de ella sin dar tregua a seguir hablando más. Mis pasos se precipitan hacia los ascensores y aprieto el botón de la octava planta. Cuando mis pies pisan los relucientes pasillos de la planta de oncología, varios pacientes que están paseando me saludan. Algunos van acompañados con las bolsas de suero colgando del atril y tratan de moverse un poco en el reducido espacio que disponen. Otros están en una gran sala de estar mirando la televisión. La gran mayoría permanece en sus habitaciones, demasiado afectados por los efectos secundarios de la quimioterapia administrada. Es una planta que huele a tristeza. Pero al fondo del pasillo, en la habitación 817, está la única luz que me mueve a estar aquí.

Abro la puerta y encuentro un bulto irreconocible en la cama, cubierto por sábanas y mantas.

—¿Yudica? —La llamo en voz baja, pensando que quizás pueda estar dormida. El bulto se mueve levemente y aparece su delgado brazo asomándose. Me hace una señal con la mano para que me acerque a ella, pero no asoma ninguna parte de su cuerpo a la superficie. Me acerco a la cama sonriendo y me estiro a su lado. Ella se echa a un lado y me pasa el brazo por el cuello. Tengo que hacer verdaderos esfuerzos para encontrar su bonita cara escondida, en cambio, escucho su voz lastimosa:

—¡Por fin has vuelto!

—Sí, ya estoy aquí, pequeña. ¡Dios, estaba deseando verte! —digo tras un suspiro de satisfacción.

—Los días han sido muy largos y aburridos —su voz suena amortiguada por las sábanas que la cubren.

—Lo sé, nena. Ya no me volveré a alejar de tu lado. Pero ¿qué le ocurre a mi pequeña preciosidad?

—Me han reñido. —Sonrío divertido tratando de encontrar su cara, pero ella parece recelosa y se esconde más entre las sábanas y mi pecho, protegida una vez más por mis brazos. Le rodeo su cuerpo y no puedo evitar estremecerme al sentir su delgadez. Desde que está siendo sometida al tratamiento tan agresivo de quimioterapia, su apetito y sus úlceras en la boca y garganta le impiden comer con normalidad. Vomita la poca comida que logra comer y cada hueso se le marca bajo su piel.

—¿Y por qué? ¿Qué has podido hacer para que te riñeran?

—Me he escapado y he bajado a la cafetería. Quería salir un rato de aquí y mezclarme con gente que no estuviera enferma, pero han estado buscándome porque me tenían que hacer otra prueba. —Tras una leve pausa, me asegura—: Se han enfadado bastante conmigo.

Vuelvo a sonreír, tratando de evitar que perciba lo que su actitud y sus palabras me divierten. Logro que mi voz suene preocupada y comprensiva:

—Tu inocente travesura te ha salido mal. ¿Y estás bien?

—No. —Suena su voz lastimosa. La vuelvo a achuchar para tratar de darle ánimos y le pregunto tiernamente:

—¿Y vas a seguir ahí escondida todo el día? ¿No te alegras de verme? ¿No deseas darme un beso? Aunque sea uno muy pequeño. No te haré daño, lo prometo.

Se remueve y al fin le veo la cara entre las sábanas, pequeña y pálida. Me mira con un brillo muy especial en sus verdes ojos de lince y sonrío levemente por su actitud algo infantil. Pero a mí me encanta la actitud que tiene, y ella lo sabe. Así que le beso los labios con mucha ternura, tratando de no ejercer ninguna presión que pueda causarle dolor. Nos perdemos durante unos segundos en nuestro contacto silencioso, rindiéndonos a lo que deseamos, mostrando con total transparencia lo que nos hacemos sentir el uno al otro. Yudica lleva mucho tiempo encerrada en esta habitación, y cualquier contacto nos hace perder el control. Me separo con dificultad de su boca y la acerco a mi pecho para tratar de serenarme.

—Humm, es un placer volver a verte —digo con voz forzada.

—Yared... —Detiene sus palabras y nos envuelve un denso silencio en el que intuyo que trata de buscar la forma adecuada de expresar lo que le ronda por la cabeza—. He descubierto algo importante.

Ella sigue medio escondida y yo dejo que el silencio nos envuelva. Está inquieta, se lo he notado enseguida, y necesita tiempo para ordenar sus pensamientos, para poder decirlos en voz alta y aceptarlos. Al fin vuelve a asomar su cabeza y me mira con sus ojos brillantes y llenos de emoción.

—He hablado con Alejandro de mi familia y de la actitud que tienen —me dice al fin—. Ha sido todo muy intenso, y además sumamente revelador. Me ha dicho que no tengo que detenerme en el comportamiento que tienen, sino en lo que me hacen sentir.

—Siempre es así, todo parte de uno mismo —confirmo suavemente.

—Ya, lo sé, ¡me lo has repetido tantas veces! —exclama con frustración—. Pero hasta ahora no lo he visto claro. Ha sido como en esos dibujos donde sale una bombilla representando la lucidez con que ves las cosas. ¿Sabes de qué hablo? —Al ver cómo afirmo con la cabeza, prosigue con sus explicaciones—. Siempre he dicho que me gustaría que mi madre me quisiera de otra forma, y ahora veo que es absurdo. Siempre he deseado que dejara de ser como es, para que fuera como a mí me gustaría. ¿No es algo tonto? Juzgo porque me juzgan, cuando yo no dejo de juzgar. Pero después de descubrir todo eso de mí, me he dado cuenta de que en realidad ya no me importa. ¿Y sabes por qué? Pues porque no encuentro nada que me una a ella, no recuerdo sus abrazos, ni sus palabras amorosas. Sí, sé que suena horrible —y hace un gesto con la mano como si quisiera detener mis palabras—, pero es lo que

siento. ¿Cómo voy a querer a una persona que nunca ha demostrado amor por mí?

¡Ahí está! ¡Por fin lo ha visto claro! Suspiro aliviado y la abrazo con cariño. Ella se emociona, pero sin dramas ni escenas, solo unas leves lágrimas que trata de secar con su mano.

—Y he descubierto algo más. —me vuelve a decir con pesar, mientras me mira con sus maravillosos ojos—. Siento mucho resentimiento contra mi padre. Él permitió que mi madre me ridiculizara y humillara y nunca debió consentirlo, ¡nunca! ¿Qué clase de padre permite eso? Me tenía que proteger... y no lo hizo. Y me duele cuando recuerdo cómo se quedaba callado y la excusaba continuamente. ¿Por qué lo permitía? ¡Yo solo era una niña!

—Eso te duele más, ¿verdad? —le pregunto al notar el dolor que encierran sus palabras. Ella afirma con la cabeza mientras que me mira fijamente. Y yo, como viendo una película a todo color, observo cómo las lágrimas inundan sus ojos. Al fin explota en un llanto que le desgarran por dentro, y su cuerpo se convulsiona en sacudidas impulsadas por la tensión de sus músculos.

—¡Me he sentido tratada tan injustamente! —me explica entre lágrimas—. Y lo peor ha sido cuando me acusaron de ser la culpable de la muerte de Sergio, de su lamentable economía, culpable de amarte, de abandonarlo todo e irme contigo, de dejar mi relación con Sergio, de querer vivir mi vida, de ser feliz... ¡Joder!

Yudica está liberando las emociones que le atormentan, y al fin se desahoga diciendo todo lo que piensa. Durante unos minutos oigo cómo descarga toda su frustración por medio del llanto, sus lágrimas liberan unos sentimientos que solamente ella juzga, y como la sangre que brota de una herida, drena unos pensamientos inconfesables, gritos mudos que, con el tiempo y la aceptación, irremediabilmente acabarán por sanar. El llanto emocional es un desahogo que libera las toxinas de nuestro interior. Si no se deja ir, esa represión nos puede encadenar a la ansiedad y al estrés. Y Yudica ha descubierto viejas heridas que debe liberar para poder seguir con su crecimiento personal. Después de varios minutos, se va serenando poco a poco. Le doy pequeños besitos en su cabeza y le limpio las lágrimas con mis dedos.

—Eres magnífica, Yudica, no lo olvides nunca. Has tenido la entereza de sincerarte contigo misma.

—Pero ahora vuelvo a sentirme mal al descubrir lo que siento por mis

padres —me dice con fastidio.

—Pequeña... esto no funciona así. Tenemos que aprender a contemplar las cosas sin que nuestro ego intervenga con su aprobación o no. Creo que nuestro objetivo es observarlo todo y reconocer que todo está bien tal y como está.

—¿Y la culpabilidad que siento? —me pregunta confundida.

—Es la sentencia del ego. Así que ahora viene tu gran prueba de perdón, Yudica. No hay nada malo ni bueno en lo que sientes. Te juzgas por ideas implantadas por la sociedad, por las creencias y los programas educativos. Pero tu sistema de pensamientos tiene que dar un giro total y no sentirte culpable de sentir lo que sientes.

—¿Otra vez el perdón? —Parece reacia a aceptar esa palabra, lo sé, pero también entiendo que no ha comprendido el verdadero significado de esa palabra.

—¡Siempre es el perdón!: en todo lo que te afecta, en todo lo que no te gusta, en todo lo que te intranquiliza, en lo que no aceptas, en lo que juzgas, en las situaciones difíciles, ante los problemas, en tus dudas, en las inseguridades, en las críticas, en...

—¡Vale, vale! Lo he entendido —me corta reticente a aceptar mis palabras.

—Escucha. —Y busco sus ojos para que mis palabras sean más contundentes. Mientras que enfrentamos nuestras miradas, le limpio las lágrimas con mis dedos—. Al mundo y sus circunstancias, no hay que juzgarlas, sino perdonarlas. Es la única forma de sanar interiormente, liberando los resentimientos y aceptando las cosas tal y como son. El perdón es solo una palabra, pero no deja de ser una técnica mental mediante la cual, los sentimientos que tienes de miedo, de ira, de rabia o de resentimiento, se transforman en sentimientos de amor, de comprensión y aceptación. Es simplemente eso. Tu trabajo es perdonar a tus padres y, sobre todo, a ti misma. Dicho de otra forma, debes intentar transformar tus sentimientos de odio, en amor y comprensión. Puedes interpretar todo lo que te ocurre de otra forma y entender que tienes los mejores padres que puedas desear, los cuales te han enseñado a valorarte y a liberarte. Porque nunca te olvides de esto, tal y como consideres a esas personas, te consideras a ti, tal y como las trates, te tratarás.

—Jolines... Es complicado. Ahora me dices que tengo que perdonar y aceptar mi resentimiento como algo normal. Es todo muy raro, estás dándole la vuelta a todo de una forma poco convencional. Necesito tiempo para pensar en todo esto. —Está desconcertada y muestra evasivas a aceptar mis palabras.

—Yudica, ¿no te das cuenta de que la única que se hace daño con esos pensamientos eres tú? —le pregunto con ansiedad en mi voz. No sé si ella lo ha notado, pero deseo hacerle comprender lo importante que es su decisión—. Por favor, intenta romper todas las cadenas que te esclavizan a un mundo lleno de creencias y de rencores. Si cierras la puerta de tu corazón, destruyes tu paz interior. El dolor que dices sentir no viene del amor que nos niegan, sino del amor que nos negamos nosotros mismos y el amor, preciosa mía, no puede doler.

Se instala un largo silencio entre ambos. Yudica sigue entre mis brazos confundida, supongo que, librando una batalla mental entre su ego, enfurruñado y rencoroso, y su verdadera esencia, respetando en todo momento su libre albedrío.

—Supongo que siempre está en nuestra mano el fijar la atención en la culpa o en la inocencia, tanto de los demás, como en la nuestra —me dice en voz muy baja, como rindiéndose a la evidencia.

—Sé que la opción al amor no es fácil. El ego argumenta con muchísima lógica. Su voz insiste en que tienes razón, en que ellos te han hecho daño y tienen que pagar por sus errores. Pero, nena, libera enormemente aceptar a las personas tal y como son, fijar nuestra atención en sus expresiones amorosas, y no en las que nos dolieron. Del mismo modo que puedes elegir interpretarlo de forma que te haga daño, puedes interpretarlo de forma que no te haga sufrir. ¿Por qué no decantas la balanza a tu favor?

—Me sugieres que acepte a todos tal y como son, que no los juzgue y pase por alto sus errores. Me dices que al contrario que hace todo el mundo, solo fije mi atención en los recuerdos amorosos. Vuelves a recordarme que solo yo, tengo el poder de cambiar mi foco de atención, y que solo depende de mí seguir viviendo con culpabilidad, creando mi propio infierno con resentimientos y rencores, o bien centrarme en lo amoroso o en lo bueno que vea de esas personas o situaciones. —Detiene sus argumentos muy pensativa. Después me mira con un brillo en sus ojos que no logro descifrar muy bien. En sus labios asoma una leve sonrisa, pero advierto que su cuerpo se ha relajado y ya no está en tensión—. No sé de dónde has salido, Yared, pero eres extraordinario. Así que siendo como eres, me obligas a ser como tú. Y sí, lo intentaré.

¡Qué maravillosa es! La estrujo entre mis brazos y cierro los ojos para perderme en lo que me embarga. El silencio se instala entre nosotros. El

simple hecho de estar juntos y abrazados es suficiente como para rellenar silencios. Pasados varios minutos, Yudica se separa un poco para poder mirarme.

—¿Sabes? He visto a tu exnovia. A esa tal... Joana —me empieza a explicar. Yo intuyo que no está muy contenta. Ante la actitud que noto de rechazo y malestar, prefiero omitir las insinuaciones de Joana fuera del hospital. No es falta de sinceridad, es simplemente no dar información inútil a una maravillosa persona que está pasando un momento muy delicado en su vida. Estoy a su lado para ayudarla, no para provocarle más desasosiego—. Y no me gusta esa mujer, Yared. No sé qué le viste para enamorarte de ella, pero yo solo he visto una cara muy bonita, un cuerpo espectacular, un pelo precioso, una diosa alta e increíblemente atractiva, una belleza que anda por la vida pisando fuerte, con mucha seguridad en sí misma, orgullosa y tremendamente despampanante. Solo eso.

—Sí, tienes razón —le contesto riéndome—. No sé qué pude ver en ella.

—Y he sentido celos —me dice con timidez, casi escondiendo su mirada ante mi evidente asombro.

—Pues no deberías. Ella no es la dueña de mi corazón, lo tienes tú entre tus manos.

—¡Qué bonito, Yared! Me dejas siempre sin palabras. —Y rodea mi cuello para abrazarme. Pero no ha pasado más que un instante, y Yudica se separa de mí para decirme con voz dolida—: Pero sinceramente, tampoco puedo entender qué ves en mí. ¡Mírame! ¡Estoy espantosa! Mira mi cara, mis ojeras, mis labios agrietados, mi piel reseca, mi cabeza sin pelo. Soy una persona enferma y te limito de tus costumbres, de tus rutinas y de tu mundo natural. Deberías estar perdido en cualquier bosque junto a una mujer espectacular, llena de salud y vida. En cambio, vienes al hospital día tras día para hacerme compañía. Y lo peor de todo esto es que ni siquiera sabemos si voy a sobrevivir a esta mierda de enfermedad.

La miro gravemente, pero Yudica acaba de decirlo muy en serio. Hoy está muy alterada y sé que sus pensamientos han estado jugando al pin-pon con ella. No deja de expresar sus miedos continuamente. Pero también entiendo que permanece encerrada durante mucho tiempo entre estas cuatro paredes blancas y que, si algo sobra aquí, es tiempo para analizar tu vida. Debe estar exhausta, y comprendo que necesite una válvula de descompresión. ¿Cómo poder expresar entonces lo que siento sin parecer simples excusas?

—¿Eso también lo has estado pensando escondida bajo las sábanas?
—pregunto con un suspiro. Ella afirma con la cabeza, pero no dice nada más
—. ¿No te das cuentas de que vuelves a poner guiones?

Se encoge de hombros sin saber qué decirme. Permanece callada.

—Yudica, mírame. —Espero a que alce su mirada. Sus ojos me observan con reserva, expectante a mis posibles palabras—. Tengo treinta y un años y no necesito que ni tú ni nadie, me diga qué debo hacer, ni con quién he de estar, ¿no crees? Y tú no eres una simple chica a la que vengo a visitar. Para mí eres mucho más. Me quieres hacer especial, como si yo fuera un superhombre lleno de cualidades, y te quieres hacer especialmente inferior a ti, como si las personas tuviéramos grados de calidad. Pero se te olvida que tú ves en mí lo que crees carecer, y yo a mi vez lo veo en ti. Por eso estamos juntos, por eso una fuerza que no entendemos nos hace atraernos y desearnos de forma incomprensible. En las relaciones no hay nadie mejor ni peor, eso lo dice la voz del ego.

—Pero... —Intenta hablar. Pero la detengo alzando la mano y deseando zanjar este tema.

—No hay peros, pequeña. Mis prioridades han cambiado y no he dejado de hacer en ningún momento lo que me gusta, vivo como quiero vivir, y, sobre todo, estoy con quien deseo estar. No soy el mismo desde que te conocí, así que tampoco puedo tener los mismos planes.

—¿A pesar de todo? —Parece reticente a aceptar mis afirmaciones.

—¿Cómo que a pesar? —le pregunto, posiblemente algo molesto por sus dudas.

—Quiero decir que...

—¡Sé lo que quieres decir! —le interrumpo precipitadamente—. Pero no hay “pesar” en nada de lo que hago, ¿entiendes eso, Yudica? Me pides que te explique lo que siento por ti, pones en duda la razón de mis actos, y buscas una justificación a lo que no la tiene. Pero no hay justificaciones en vivir como se quiere vivir, mis actos son producto de mis sentimientos y lo que siento por ti no se puede explicar. ¿Qué quieres escuchar? ¿Por qué dudas tanto? ¿Tú estarías junto a mí si fuera yo el que estuviera en esa cama?

—¡Claro que sí! —me responde con urgencia en su voz.

—Entonces no te dejes llevar por las dudas y ríndete a lo evidente: Acepta lo que sucede y acéptame a mí a tu lado. —Agacha la cabeza pensativa—.

Yudica, no sé qué decir para demostrarte lo que siento por ti. No sé qué quieres de mí.

—Nada. Tienes razón, perdóname. Soy tan... —Yo sello su boca con un suave beso para que no vuelva a salir ninguna palabra más de sus labios—. Vale, lo he entendido. Pero es que esa tal Joana me ha desestabilizado. Hoy nos ha visto a Alejandro y a mí hablar y parecía muy enfadada con él. Daba la sensación de que hacíamos algo inadecuado, no sé... —me dice con cierta inseguridad.

—¿Tú qué piensas?, ¿hacías algo inadecuado?

—¡Claro que no! Solo hablábamos —me responde rápidamente—. Pero me ha hecho recordar mi antigua relación con Sergio. Él se enfadaba mucho conmigo cuando hablaba con otros hombres. Pero ¿y tú? Puede que te moleste que lo vea con frecuencia.

Le acaricio la mejilla con suavidad. Ambos seguimos acostados sobre la cama, mirándonos frente a frente:

—No soy tu dueño. Eres libre de hacer, de decir y de hablar con quién te apetezca.

—¿Ves? ¡Eso me descoloca! Es como si no te importara —me dice molesta alejándose algo de mí.

—¡Ja! ¡Quién me descoloca eres tú! —No puedo evitar responder también molesto. Me levanto de la cama y paseo por la reducida estancia con el único propósito de poner distancia, no solo ante ella, sino ante el aluvión de emociones que me provocan sus dudas. Intuyo que la vieja creencia de que sin celos no existe amor está muy arraigada en la sociedad. Nos han contado una gran mentira y nos la hemos creído. Los celos no demuestran amor, solamente miedo a perder lo que crees que te pertenece y a los posibles cambios que se puedan producir. No deja de ser una dolorosa reacción química provocada por los pensamientos, y que solo produce infelicidad—. ¿Prefieres que esté celoso? Tú has vivido en primera persona lo que significa tener una relación basada en el miedo. Nena, ¡eso no es amor! —Es increíble, pero Yudica consigue sacarme de mis casillas.

Ella permanece sentada en la cama, sorprendida por mis reacciones y enmudecida. ¡Se la ve tan pequeña y desvalida!

—¿Quieres verme suplicar tu amor? ¿Prefieres verme sufrir por ti? —le vuelvo a preguntar.

—¡No! ¡Claro que no! —me dice con ansiedad en su voz. Y alza los brazos

para que me acerque a ella. No lo dudo ni por un segundo. Me vuelvo a sentar y ambos nos abrazamos—. Nunca querría verte sufrir por mí, ni por nada —me confirma en voz muy suave.

—Yudica. —Trato de que mi voz suene más calmada—. Es inevitable sentir inseguridades, ¡por Dios! yo también las tengo. Pero si hay miedo, lo más probable es que detrás de esos pensamientos esté el ego. No escuches esa voz. Aunque aparentemente lo parece, nunca estaremos separados. —Y le beso suavemente los labios.

—¿Estás mejor? Quiero que haya confianza entre nosotros —le pregunto tras unos minutos en silencio.

—Sí, mucho mejor —me susurra—. Pero no quiero que dudes de mí.

—Nunca lo he hecho. Pero a mí tampoco me gusta que tengas dudas sobre lo que siento por ti.

Me mira intensamente, y para mi sorpresa, comienza a recitar:

—“Si algún día me ves triste no me digas nada, solo quíereme.

Si me encuentras en la soledad de la oscura noche, no me preguntes nada, solo acompáñame.

Si me miras y no te miro, no pienses nada, compréndeme.

Si lo que necesitas es amor no tengas miedo, ámame.

Pero si alguna vez dejaras de quererme no me digas nada, recuérdame”.

Vuelvo a sentir cómo mi corazón se precipita enloquecido y le sonrío con asombro.

—¿De quién es?

—Es del poeta Mario Benedetti.

El silencio se instala en la habitación sin que ninguno añada nada más. ¿Qué más podemos decir? Creo que ha quedado bastante claro lo que sentimos, lo que nos precipita al abismo y lo que finalmente nos ofrece paz.

Después de explicarnos mutuamente lo que hemos vivido cada uno de nosotros durante el tiempo que he permanecido ausente, se abre la puerta de la habitación y aparece la doctora Adams con un par de médicos más y una enfermera. Nos mira por encima de sus gafas y volviendo a sus notas, comienza a hablar con voz llena de paciencia y resignación:

—Buenas tardes, pareja. Yared, veo que has vuelto de tu viaje, pero eso no es motivo justificable para acostarte en la cama de la paciente. Esas camas están destinadas a las personas que la necesitan, ¿cuántas veces hay que decírtelo?

Me incorporo rompiendo el abrazo con Yudica y le estrecho la mano con una sonrisa:

—Buenas tardes, doctora Adams. Lo siento, pero tenía que saludar a mi pequeña. Hace días que no la veo.

—Entiendo, pues dile a tu pequeña que puede dejar de esconderse bajo esas sábanas, estoy enterada de su escapada. Pero hoy es un día especial y tengo muy buenas noticias.

Yudica se incorpora rápidamente agrandando sus ojos verdes de asombro. Así, sentada sobre la revuelta cama y con su mirada sorprendida, me hace recordar a la niña que hace muy poco fue. La doctora comunica con una gran sonrisa en su boca:

—Has tenido la completa remisión de la leucemia. Los exámenes físicos y los recuentos de células de sangre son normales. Por ahora, no se muestra leucemia detectable. Te hemos administrado factores de crecimiento para estimular la médula ósea y que produzcan glóbulos blancos normales. Parece ser que todo funciona, sin embargo, seguiremos el tratamiento de mantenimiento durante un tiempo más.

Ambos nos quedamos sin palabras, es como si esa opción fuera tan lejana que nunca imagináramos que pudiera hacerse realidad algún día. Miro a Yudica, pero ella permanece muy callada, mirando a la doctora Adams casi sin creérselo y sin poder reaccionar ante tan agradable noticia.

—¿Entonces no necesito ningún trasplante de médula? —pregunta al fin con prudencia.

—Es pronto para decirlo, pero si tus analíticas siguen siendo tan buenas como estas últimas, no será necesario. Pero no quiero que penséis que todo esto ya ha acabado. Tú bien sabes, Yudica, que deberás seguir administrándote la quimioterapia. No quiero que vivas con un temor permanente, pero existe la probabilidad de que la enfermedad regrese. En ese caso, tendríamos que practicar un trasplante de médula. Por ahora nos vamos a limitar a hacer lo que hemos estado haciendo y veremos el proceso de tu evolución.

—¿Vuelvo a mi casa? —Vuelve a asegurarse.

—Sí, así es. Pero volverás para hacerte las pruebas. Respecto a las úlceras de la boca, sé que lo estás pasando muy mal. Debido al intenso tratamiento que te hemos administrado, se ha alterado el equilibrio de las bacterias de las mucosas, pero tranquila, se equilibrará poco a poco. Enjuaga

la boca con agua tibia y media cucharada de sal o bicarbonato y usa lanolina para que tus labios no se agrieten.

Ella baja la cabeza y se mira las manos, pensativa. Yo me siento en la cama y entrelazo mis dedos entre los suyos, tratando de adivinar qué es lo que le ocurre. De repente, parece acobardada:

—Tengo miedo —dice al fin.

La doctora Adams afirma con la cabeza y se sienta a nuestro lado. Hace un gesto casi inapreciable a sus colegas para que salgan de la habitación, y vuelve a mirarnos con comprensión. Una vez más admiro a la gente que trabaja tratando de salvar vidas. Admiro la tenacidad, la forma de sobrellevar situaciones extremas evitando sentirse afectados por lo que les rodea. La doctora toca con afecto el hombro de Yudica. Le sonrío, como se puede sonreír a un niño pequeño, y explica con tranquilidad:

—La reducción al vínculo que existe con el equipo sanitario y su continua atención, puede darte una sensación de desamparo. Puedes tener la impresión de estar más sola que nunca y empiezan tus preocupaciones por el temor a que todo vuelva a empezar. ¿Sabes?, a ese síntoma se le llama el síndrome de la espada de Damocles. Es un personaje griego que sintió miedo al darse cuenta de que sobre su trono había una espada que apuntaba a su cabeza. Al advertir que la amenaza colgaba sobre él continuamente, no pudo seguir disfrutando de los placeres de su poder y de su trono. Yudica, te aconsejo que retomes tus actividades y relaciones sociales muy poco a poco. Por favor, no te precipites a recibir a todos tus amigos y familiares y date tiempo. Estás convaleciente y necesitas tranquilidad. Mantén hábitos saludables y haz ejercicio, eso es muy importante.

Se dirige a mí y me pregunta:

—¿Has comprado ya esa bicicleta estática de la que hablamos el otro día?

—Sí, la está esperando en nuestra casa.

Vuelve a mirar a Yudica y sigue hablándole con suavidad:

—Bien, pues comienza haciendo ejercicio unos diez minutos al día y ve aumentando el tiempo a medida que te encuentres más fuerte. Camina, sé activa siempre que te encuentres con fuerzas. También es aconsejable que hagas técnicas de relajación o de meditación que te ayuden a disminuir la ansiedad. Hazlo todo poco a poco, vas a seguir en tratamiento, por lo que necesitas tiempo para recuperar tus fuerzas y tu masa muscular. Además de la rehabilitación, necesitas recuperarte emocional y socialmente. Todo requiere

su momento, así que no te presiones. Tu vulnerabilidad irá menguando y te irás habituando a tu nueva vida. Pero si crees que los síntomas de ansiedad persisten, podremos ponerte en manos de un psicólogo. Debes de mantenerme informada en todo momento. ¿Lo has entendido?

—Sí, gracias —contesta con voz baja.

—¡Ah! ¡Otra cosa! Vuelve a usar métodos anticonceptivos. Sé que se te ha retirado el periodo menstrual a causa del tratamiento, pero volverán tus ciclos menstruales. No es muy acertado quedarse embarazada en estas circunstancias.

Y levantándose de su provisional asiento y adoptando el gesto de doctora profesional termina por comentar:

—¡Bueno! Pues a disfrutar de la libertad. Y nos volveremos a ver en la próxima visita. Adiós, pareja.

Cuando la doctora Adams sale de la habitación, Yudica se arrodilla sobre la cama con mucha lentitud y se pone a mi altura, colgándole de su cuerpo la enorme sudadera que lleva puesta. Alza sus brazos para poder rodear mi cuello y ambos nos fundimos en un abrazo silencioso, sin poder evitar que sus lágrimas y las mías se mezclen mientras tratamos de serenarnos.

**“Si quieres conocer tu pasado, entonces mira tu presente que es el resultado.
Si quieres conocer tu futuro, mira tu presente, que es la causa”.**

Buda

“Diario de Yudica”

Aunque pueda parecer increíble, estoy sentada en un precioso sofá, mis pies están apoyados sobre las piernas de Yared, y tengo la mirada perdida entre el fuego de la chimenea y mi diario. No hace frío, lo sé, pero me hacía ilusión encender la chimenea y disfrutar de mi nuevo hogar, ¡por fin! Yared parece estar muy tranquilo jugueteando con mis dedos y leyendo. ¡Y yo me siento muy feliz de poder sentirme feliz! ¡Ja!

Nunca llegué a pensar que esta enfermedad me pudiera vencer y siempre me he visto haciendo las cosas que no pude hacer antes. Es fantástico volver a disfrutar de cada rayo de sol sobre mi piel, sentir el aire acariciar mi rostro, oír el ruido de los coches o de la gente viviendo su vida, ignorantes de los dramas ajenos. Es fabuloso caminar sin ver las paredes que te limitan e irremediabilmente, acabas disfrutando de esas cosas pequeñas de la vida que se hacen tan grandes cuando te faltan.

Cuando volvimos a la granja estaba muy nerviosa y enseguida advertí los cambios. El porche ya no estaba vacío, sino que descansaban dos mecedoras blancas orientadas hacia el horizonte, donde cada tarde se pone el

sol. En el espacio verde y libre de la entrada había una pérgola de madera cubierta por una lona blanca. Debajo de la pérgola, había una mesa alargada y sillas a su alrededor. Yared me lo enseñaba todo con entusiasmo, mientras me cogía de la mano y me guiaba de un sitio para otro comentando los cambios y las nuevas adquisiciones. Y aunque yo misma lo elegí, nunca imaginé cómo sería el resultado final. Ahora la antigua granja, vacía y llena de fantasmas, se ha convertido en un hogar lleno de bonitos detalles. Sigue manteniendo su aire rústico, pero es acogedora y alegre. El sol entra a raudales por sus grandes ventanales, desdibujando los bordes de los muebles que la ocupan y blanqueando con su luz el acogedor ambiente. El aire primaveral mueve las finas cortinas blancas que siempre me han gustado, como suaves olas mecidas por una dulce balada. ¡Está todo tan bonito! Frente a la chimenea, Yared ha puesto un sofá que invita al descanso, estanterías con libros y las fotos de Vietnam que yo misma dejé colgadas en la pared del salón. ¡No pude evitar emocionarme! No sé cómo ha conseguido hacerlo, ir a la universidad, hacer sus reportajes, supervisar todas las obras y cambios que se han hecho en la granja, y permanecer a mi lado con ese aire tranquilo y lleno de paz que siempre me ha transmitido. Eran muchas las sorpresas y yo estoy muy sensible a todo. Estaba tan abrumada por volver a salir del hospital, por retomar mi vida y mis proyectos, que inevitablemente me acongojé.

Nuestras familias quisieron venir a verme enseguida, pero Yared ha hablado con cada uno de ellos y ha dicho que las visitas y reuniones se harán poco a poco y de forma que ni me agoten ni me alteren lo más mínimo. Yo sé que primero tenemos que darnos tiempo a nosotros mismos y volver a reconstruir nuestra vida juntos, la cual parece que se ha roto en pedacitos. Ahora hay que coger cada pedazo quebrado por el sufrimiento, por el miedo y el dolor, y cambiarlos por amor, confianza y risas. Así que volvemos a reanudar nuestra vida en común desde el punto donde la dejamos. Lo hemos hablado todo, no deseo que nada quede bajo la alfombra, porque voy entendiendo el mundo del ego y sé que ese feo demonio aprovecha cualquier circunstancia para transformarla en conflicto en forma de pensamientos cargados de miedo. Mi mundo particular se ha transformado en un sitio maravilloso, donde veo belleza en todo lo que observo.

Por otro lado, debo señalar que vi en una habitación la bicicleta estática que la doctora Adams insinuó que debería utilizar cada día. ¡Nadie se puede hacer una idea del esfuerzo que supone eso para mí! Estoy muy delgada y mi aspecto es verdaderamente lamentable. Pero en la pared de enfrente, Yared ha colgado una enorme fotografía mía, una de tantas que me hizo el día que nos fuimos a la catarata a pasar el día. ¡Demuestro tanta felicidad! Tengo una sonrisa radiante, el pelo largo y mojado, los ojos brillantes, un bronceado perfecto, y mi mirada perdida en el objetivo de

la cámara. Acierto a adivinar que mis ojos miraban de forma muy amorosa a la persona que me fotografiaba, y creo que esa imagen me dará las fuerzas necesarias para conseguir recuperar la salud que tenía.

La noche en que Yared preparó la bañera para los dos, yo reparé por primera vez en mi cuerpo reflejado en el largo espejo del baño, y sentí unas terribles ganas de llorar. Había dejado mi cabeza libre del pañuelo que siempre me la cubre y casi no pude identificarme con el esqueleto que había ante mí. Tenía hematomas en los brazos a causa de las vías continuas que me pusieron. Las costillas se me marcaban y mis piernas eran huesudas y delgadas. Con mi cabeza pelona y mis ojeras, bien parecía que estaba a un solo paso de la muerte. Solo se me veía un demacrado rostro que reflejaba angustia, unas profundas y oscuras ojeras bajo mis ojos sin brillo, los labios reseco y pálidos, la piel de mi rostro cenicienta, con evidentes signos del sufrimiento por el que había pasado. Es como si hubiera envejecido en poco tiempo y sobre mi cuerpo llevara una pesada carga. Recuerdo que busqué con urgencia a Yared y en cambio me topé con su mirada serena y amable.

—¡Dios, Yared! ¡Parece que he salido de un campo de concentración!

Estaba escandalizada de mi propia imagen. No podía creer que él no fuera capaz de ver lo evidente. Era una sensación realmente angustiada, porque observaba el reflejo de la muerte en mi rostro. Aun ahora, al recordarlo, me

estremezco involuntariamente. Pero él me abrazó por detrás mientras me miraba a los ojos a través del espejo del baño. Esperó paciente a que me tranquilizara. Después me habló muy despacio, con voz llena de certeza:

—Dentro de una semana volveremos a admirar este precioso cuerpo y verás cómo tendrás mejor aspecto. Y después, cuando pasen unos días, volveré a inspeccionar detenidamente cada detalle de tu figura. Y lo haré frecuentemente, para que te des cuenta de que nada permanece por siempre igual, de que todo cambia, y de que puede ir a mejor. No te dejes llevar por el pánico, pequeña, y acepta el desafío.

Sus palabras, milagrosamente, me tranquilizaron. Fue como si me inyectara un sedante en vena y lo que antes veía como algo catastrófico, de pronto se me antojara ridículo. Él no repara en mi físico, parece que no ve las secuelas que ha producido la enfermedad. Sus ojos miran más allá de mi cuerpo y yo solo encuentro mucho amor. Entonces, ¿qué hago preocupándome? El cuerpo no es más que el vehículo que utilizamos para vivir la experiencia, y después de todo lo que he pasado, no me voy a dejar llevar por el mundo de las formas y voy a vivir plenamente la vida, así dure un mes, un año o diez más. Estoy totalmente dispuesta a asumir el riesgo, a aceptar el reto y a coger las riendas de mi vida. Mi criterio, mi felicidad y mi bienestar es lo primero que voy a poner en la lista de “cosas que debo hacer”. Estoy tan decidida a cambiar mi forma de ver

las cosas, que he empezado a actuar desde el minuto cero. Aunque me cuesta un enorme esfuerzo, aprovecho los momentos en que Yared sale a su mundo natural para ponerme a pedalear como si me fuera la vida en ello. Al principio fue muy duro. ¡Estoy tan débil! No tengo músculos y me canso enseguida. Ha habido muchas lágrimas a escondidas. ¡Dios, cuánta impotencia he sentido! Pero después de desahogarme, me repetía continuamente que debía recuperar mi musculatura, que debía estar fuerte para poder vivir con más calidad de vida. Quiero hacer muchas cosas todavía, deseo pasar más tiempo en este mundo loco, reír, bailar, tomarme un helado mientras paseamos por la orilla de una playa cualquiera, ver a mis hermanos crecer, formar una familia, trabajar de cualquier cosa y hacer la cena junto a Yared, mientras nos explicamos cómo nos ha ido el día. Esas cosas tan sencillas, quizás absurdas, las quiero vivir. Así que insisto, insisto, insisto. Alterno momentos de descanso con actividades al aire libre. He decidido que sea el tiempo que sea el que tengo contratado en esta vida, al menos la quiero vivir con calidad, y poder disfrutar así de todo.

La granja está en un sitio ideal para extraviarse entre la naturaleza, así que solemos salir a pasear cada día para descubrir los alrededores del lugar. Ahora que tengo tiempo para hacerlo, estoy dispuesta a regalarme cada momento como si fuera algo especial, me cuido, no regateo en nada y acepto mis variables estados de ánimo como algo

totalmente normal. Al principio y como estaba muy débil, nos alejábamos a diferentes sitios con la moto para después andar por sus cercanías. Con el transcurrir de los días, y a medida que me he ido sintiendo más fuerte, ambos nos hemos movido con un par de bicicletas viejas que hemos rescatado del viejo establo. Ha sido muy divertido, porque las bicicletas que hemos encontrado son las que antes utilizaba Yared y sus hermanos de niños. A mí la medida me iba muy justa, pero a Yared se le veía demasiado grande para una bicicleta tan pequeña. ¡Ja! ¡Cómo nos hemos reído!

El aire libre me sienta bien, la naturaleza me pone cada día más fuerte, mi color de piel va mejorando y mis músculos se van desarrollando. Mis patrones de comportamiento y de estilo de vida han dado un giro rotundo. Estoy decidida a alejarme de personas que me puedan influir y necesito absoluta soledad. Así que he llamado a mis padres y les he dicho que ahora soy yo la que necesita tiempo para pensar. No creo que me venga muy bien volver a verlos por ahora, ya que una sola mirada, una palabra o un comentario suyo, puede volver a hacerme sentir culpable. Sé que yo soy la única responsable de ese sentir, lo sé, pero necesito tiempo para reafirmar mi nueva forma de vida, para estar fuerte y poder construir mi nueva actitud sobre una sólida base que no pueda tambalearse al mínimo soplo de aire.

He cambiado radicalmente mi dieta, he eliminado toda la comida industrial y el azúcar y me estoy adaptando a consumir alimentos que nosotros mismos cultivamos junto a la casa, abundantes verduras con vitaminas para fortalecerme y protegerme del veneno de la quimioterapia. Yared encargó a un vecino que habilitara un sitio en la granja y nos ayudara a mantener un huerto, mientras yo estaba en el hospital. El vecino es un antiguo conocido de sus abuelos, el cual vive a poca distancia de nosotros. Se llama Víctor y su vida retirada de todo bullicio y obligaciones sociales, le han hecho ser una persona muy especial e interesante. Nos ha plantado toda clase de verduras y hortalizas y se pasa por casa de vez en cuando, para ver cómo lo hacemos. Yo, por ahora, no estoy muy fuerte para ayudar, pero veo a Yared totalmente entregado a sus recién adquiridas artes de hortelano, y lo observo sudar la camiseta mientras le espero para tomar después un zumo de naranja. Así pasamos los días, alternando actividades al aire libre y tratando de recuperar fuerzas. También tomo suplementos de hierbas para desintoxicar mi cuerpo y ayudar a mejorar el sistema inmunitario y la digestión.

Y cómo no, estoy profundizando en mi espiritualidad. Nunca he sido religiosa y muy pocas veces en mi vida he pensado en nada que no fuera divertirme, salir de fiesta con los amigos o elegir el color de mi ropa. No soy como Yared, que siempre ha tenido innumerables preguntas en su

cabeza y una insaciable sed de conocimientos. No quiero decir que sea superficial, pero para ser sincera, las preguntas existenciales de la vida y su propósito no han ocupado mis pensamientos nunca. Pero ahora vivo en un momento en que necesito aferrarme a algo Superior. Ya no tienen tanta importancia las posesiones, ni tan siquiera las personas, puesto que cuando nos vayamos de este mundo, cosa que haremos tarde o temprano, nos vamos a tener que ir solos y con los bolsillos vacíos. Todo lo demás se quedará atrás. No estoy hablando de poner velas o invocar a santos sanadores, sino de conocernos y de querernos tal y como somos, sin buscar culpables, sin advertir defectos y hallar paz mental y de espíritu, aceptando nuestras circunstancias y a las personas que nos rodean. Aunque parece absurdo pensarlo, libera enormemente no cambiar nada y aceptar al mundo tal y como es. Me parece increíble que la mayoría de nosotros pierda tanta energía y esfuerzo observando y analizando las vidas ajenas, para después pasar sus acciones por el filtro de nuestro sistema de pensamientos. Yared siempre me dice que toda la fealdad que vemos a nuestro alrededor es el resultado de nuestros juicios.

¡En fin!, soy consciente de que todo lo que hago puede parecer un conjunto de reglas absurdas, pero a mí me hacen sentir bien. Este conjunto de hipótesis, aunque sean erróneas, no me dañan en nada y puede significar un gran cambio. No puedo andar con medias tintas y me tengo que entregar con total responsabilidad a todo lo que me pueda

ayudar. Estoy segura de que cualquier científico o médico dudaría de todas estas medidas que estoy adoptando, ya que evidentemente no están basadas en pruebas concluyentes, pero también estoy completamente segura de que no dudaría en aplicarlas si fuera él el enfermo, ¿verdad?

Ayer fue un día muy especial para mí. Me volvieron a dar el resultado de las pruebas y todo parece que funciona bien. Mi cuerpo produce lo que tiene que producir, cada célula está haciendo su cometido y parece que mi interior está en plena armonía, tal y como está en estos momentos mi vida.

Estaba tan entusiasmada que le pedí a Yared pasar la noche fuera. Así que cogimos la mochila, la tienda de campaña y los sacos de dormir, y nos dirigimos a un lago espectacular que hay a varios kilómetros de la granja. Cuando llegamos, la noche ya pintaba de negro el cielo, había algunas nubes y soplaba una suave brisa de finales de primavera. Sentí que debía hacer una breve ceremonia para reafirmar mediante un juramento, que no volvería a cometer el error de vivir para los demás. Debía realizar este ritual para recordar esta promesa como un acto de rendición. Independientemente de mi final en esta historia, trataría de vivir feliz y sin resentimiento, ni tan siquiera hacia mí misma. Así que esperé a que la noche nos envolviera y mientras, hicimos una hoguera y meditamos. Bueno, para ser sincera fue Yared quien meditó. Yo

permanecí con los ojos cerrados y me concentré en los sonidos de la naturaleza. Pero a los pocos minutos me aburría terriblemente y no pude evitar abrir los ojos un poquito. Entonces lo miré a él, tan relajado, tan ajeno al mundo, su espalda recta, su postura alerta, pero a la vez tan ausente. Y me recreé en su rostro, en sus bonitos ojos, en su barba, en su perfil, en sus largas pestañas, en su boca y en su largo cabello negro. La verdad es que me relajé bastante con mi particular visión. Ahí estaba él, siempre a mi lado, demostrándome una vez más lo grande que era su corazón, acompañándome en mis tribulaciones con su característica paciencia, con su amor y su discreta sabiduría. Mi amor, mi compañero y mi amigo. Observando su relajada postura, juro que no deseaba mirar nada más, y comprendí inmediatamente que el brillo de mis ojos pertenecía a él. Me hubiera abalanzado a sus brazos en ese momento, pero me contuve. Cuando empezó a inspirar profundamente para volver al mundo físico, yo cerré los ojos y disimulé.

—¿Te ha gustado?

—Me ha encantado —le contesté con una sonrisa traviesa. Él me miró con evidentes dudas en su rostro, pero no dijo nada, ¡Ja! Después preparó gofio canario. Ya lo había comido en el bosque donde nos conocimos, pero ahora insiste en que coma más a menudo, puesto que me aporta vitaminas y minerales. (Sé que me quiere engordar). Cuando terminamos de comer, cogió su guitarra y empezó

a tocar, y yo cerré los ojos al encanto del momento, apoyándome en sus piernas y disfrutando de ese plácido lugar. La noche era preciosa y la recordaré como una de las más especiales de mi vida. Acampamos cerca de la orilla del lago, el cual reflejaba la imagen de una aperlada luna blanca, y nos rodeaba una gran arboleda que ocultaba la procedencia de los ruidos nocturnos del bosque. La luna era enorme, blanca y redonda, e iluminaba todo nuestro alrededor con su suave reflejo. A medida que la noche fue avanzando, enseguida se comenzó a oír el persistente sonido de los grillos. Debo decir que la magia del momento hizo posible que encontrara una paz que creí imposible hallar. No puedo detallar cómo me sentí en ese momento. Lo acepté todo sin resentimientos, hice las paces conmigo misma y a la vez, me sentí enormemente agradecida por la vida en todo su conjunto. Desde el primer día hasta el día que estaba viviendo, sin omitir decepciones, lágrimas o sufrimiento. ¡Todo el conjunto de lo vivido era yo!!

Entonces decidí que el momento había llegado y que, mediante este acto, el inconsciente entendería mi mensaje. Puede que sea una tontería, sí, puede ser, pero para mí fue muy importante hacerlo. Dice Yared que a la mente consciente le encantan los rituales, las puestas en escena y los simbolismos, así que me acerqué a la orilla del lago y me desnudé completamente. Él observó todos mis movimientos junto a la hoguera, con respeto y atención.

Una vez despojada de toda de mi ropa, me fui introduciendo en el agua poco a poco. Era una forma de simbolizar mi inocencia, mi deseo de desvincularme de todo lo mundano, de limpiar mis pensamientos corrosivos, mis miedos y temores, mi culpabilidad permanente, mi deseo de borrar cualquier secuela que resultara dañina para mí. Me metí muy lentamente, no por realizar ningún ritual concreto, sino más bien porque el agua estaba helada y me costó adaptarme a su temperatura. Pero creo que quedó muy bonito, porque a medida que me introducía más en sus frías aguas, yo repetía en voz baja todo lo que quería sanar de mí. Lo hice así:

Primero perdoné a los inexistentes amigos que nunca se interesaron por mí, y me perdoné a mí misma por el desinterés que yo sentía por mí misma y que simplemente reflejaban ellos. Perdoné a mi padre, a mi madre y también a la señora y al señor Jones. Volví a perdonarme a mí misma por creer que todo era real. ¿Cómo culpar a los personajes de tu propio sueño? Al fin y al cabo, yo era la que había puesto a cada uno de ellos frente a mí, y había soñado sus desprecios y las supuestas ofensas. Todos y cada uno de los personajes están siendo soñados por una única mente, y nosotros, como títeres amnésicos, nos culpamos de lo que nunca hemos hecho. Cuando pensé en Sergio, le deseé paz y mucho amor allá donde estuviera. El sentimiento que me embargó ante su recuerdo hizo que llorara por la trágica historia de amor que habíamos vivido.

No quise que mi perdón fuera el clásico, sino el que proclama que en realidad no hay nada que perdonar, puesto que todo lo que vivimos es un sueño en el que nos relacionamos con nosotros mismos a través de personas que aparentemente están separadas. En realidad, todos los personajes que aparecen y yo misma, somos UNO. Somos la suma de todos los pensamientos de un TODO y como parte de la creación, siempre existiremos, inalterables al paso del tiempo. Este perdón es un regalo para una misma, puesto que no le otorga ningún valor a nada de lo que ha pasado, y, sobre todo, porque es un perdón que vuelve a ti, como si se tratara de un bumerán. El sentimiento de alivio que te aporta el saber que nada tiene el poder que crees que tiene, es un bálsamo para tu inconsciente. La base de este perdón es que todos miramos con el ego, con la personalidad de este mundo, y vemos a nuestra vez a las demás personalidades “egoicas”, esas máscaras sociales que llevamos puestas. Pero según Yared, nosotros, el cuerpo con identidad y personalidad propia, en realidad no existe. Somos Seres de Amor que vienen del Amor, y todo lo demás son capas y capas que ocultan al verdadero Ser. Entonces, si en realidad no existe el ego, eso quiere decir que tampoco existe lo que nos ofende, ni lo que creemos que nos han hecho, ni lo que pensamos que nos ha herido. Nuestras peleas, nuestras riñas y ofensas, vienen todas por un absurdo duelo de egos, como si se tratara de una pelea de gallos. Lo único verdadero y real es nuestra eterna y

única identidad llamada Amor. Sí, reconozco que es difícil de asimilar, pero es lo único real.

Yared me ha explicado que cuando una persona traspasa esa temida puerta llamada muerte, todo se desvanece. De pronto todo deja de tener la misma importancia y solo recuerdas el amor, la amistad, el cariño, la compasión, la comprensión, la amabilidad, el altruismo, la bondad... Si es así, ¿por qué andamos por la vida tan enfadados y ofendidos? Siguiendo el hilo de mis pensamientos, eso quiere decir que lo único “real” de mi antigua relación con Sergio fue el cariño que nos tuvimos. Esos momentos en los que nos amamos y en los que compartimos experiencias de felicidad. Solo eso. Lo único real de mi relación con mi padre es el amor que siento por él y el que él siente por mí. Lo único real de mi relación con mi madre son esos momentos de charlas amables, o de algún abrazo que nos dimos, o simplemente cuando ambas nos reíamos de tonterías aceptándonos tal cual somos. Entonces solo deberíamos recordar el pasado para rememorar esos momentos. ¡Todo lo demás sobra! Así que he decidido hacerlo así. Cuando me descubro pensando con resentimiento, automáticamente pienso en algo amable que me ha unido a esa persona y logro ver al verdadero ser que se esconde tras la máscara. Entonces ocurre algo extraordinario, ¡Siempre acabo por sonreír! Mi corazón se hincha de agradecimiento por esos momentos vividos, y de pronto, ya no parecen tan importantes las heridas. Es vivir

cada día partiendo de cero, como si no tuvieras memoria y no recordaras ninguna ofensa. Al igual que sale el sol cada mañana por el horizonte, yo vivo mis días ciñéndome al momento y expulsando de mi mente todos los recuerdos que me puedan causar dolor.

Este acto de perdón es muy importante para el inconsciente, quien no distingue lo real de lo que no lo es. Así quise manifestar mi renuncia a sentirme resentida o culpable. He decidido vivir a partir de ahora en paz. Tuve tiempo de sentir cada una de las palabras y de entregarme al destino, independientemente del final que me tuviera guardado.

“Ahora...”, dije una vez que introduje mi cabeza dentro del agua, “... ya no controlo nada en mi vida. Estoy en tus manos”. Dije en voz alta al Universo, o a quien me quisiera escuchar, no lo sé.

Me quedé en el agua flotando mientras contemplaba la luna. Mis lágrimas de rendición se mezclaron con el agua dulce del lago. Pero al poco tiempo sentí frío y volví a la orilla, donde mi bondadoso compañero me esperaba con una toalla y me acurrucó junto a él cerca de la hoguera. Me envolvió después con su cariño, y yo me acomodé entre sus brazos mientras sentía los pequeños besitos que me daba sobre mi lisa cabeza. Supe que estaba emocionado, puesto que sus besos eran húmedos, pero no hubo entre nosotros más que un profundo silencio.

Hoy hemos vuelto del lago y ambos estamos muy serenos. Él leyendo un libro de “no sé qué”, yo agradeciendo una vez más todo lo que tengo. Ahora comprendo muy bien las palabras de Yared sobre el agradecimiento. Siempre estamos regateando, sintiéndonos poco merecedores de poder tenerlo todo, cambiando miserias por miserias, sin ser plenamente conscientes del regalo que se nos ha dado ya: la vida. Eso es lo único y verdadero que tenemos. Cuando sabemos que somos algo más que lo que refleja el espejo, te alejas de lo físico y todo comienza a carecer de importancia. Entonces, como por arte de magia, tú y tu sentir pasa a un primer plano. Pero no de una forma egoísta, es más bien como una necesidad de autoconocimiento, como si una fuerza interior te dijera que todas las respuestas están en tu interior, y que deberías dedicar algo de tiempo a conocerte y a valorar lo que vives independientemente de lo que vivas. Todo lo demás, lo que creemos que tiene valor, no son más que limosnas que no nos aportan la felicidad de la que somos merecedores. Por eso me siento hoy agradecida. ¡Un milagro se ha llevado a cabo! Yared siempre me ha dicho que, si solo crees en lo que ves, dejas de ser testigo de los milagros que existen en el mundo. Todo lo que procede del amor es un milagro. Sí, puede que los efectos no puedan ser visibles, pero afectan a mucha gente, cambia situaciones, cambia la propia vida. Que no lo veas, no quiere decir que no exista. Y yo siento que acaba de ocurrir uno.

Y ese milagro no es una posible curación, o una granja con todo lujo de detalles, ni tener a mi lado a un hombre tan bueno y al que quiero tanto, sino que el milagro es el increíble cambio de mentalidad que he tenido. ¡¡Ese es el verdadero milagro!!

“Hay tres grandes misterios en la vida.

Para el pájaro, el aire.

Para el pez, el agua.

Para el ser humano, él mismo”.

Dicho tradicional budista

Yared

Desde hace ya semanas, me despierto y Yudica ya no está a mi lado. La luz solar del amanecer entra en la habitación y sus suaves rayos iluminan nuestra cama. Abro los ojos y me recreo en la suave brisa que entra por las ventanas abiertas y mueve las cortinas. Las aves ya comienzan su labor matutina, y sus trinos alborotadores acompañan la melodía relajante que inunda el ambiente. Hay diversas teorías que tratan de justificar los fervorosos trinos de las aves. Unos dicen que se debe a que los machos quieren impresionar a las hembras. Otra teoría dice que a primera hora no hay suficiente luz como para buscar alimento, por lo que las aves reaccionan cantando. Y otra razón parece ser que, al amanecer, la transmisión del sonido es óptima, ya que hay más humedad y las temperaturas son más bajas. Así pues, los pájaros eligen ese momento para propagar su canto a la mayor distancia posible y con un mínimo esfuerzo. Sumergido en mi silencio, logro escuchar a la alondra, la tangara escarlata y el zorzal.

Toco la almohada donde minutos antes reposaba la cabeza de Yudica. Escucho la música relajante que ha puesto de fondo. A mi pequeña lince no le atrae mucho la meditación y ha optado por hacer otra clase de relajamiento, así que cada mañana y como si se tratara de un ritual, saluda al sol. Cada día se va a la parte posterior de la granja orientada hacia donde el sol comienza a salir, y hace sus movimientos de yoga con una absoluta concentración y entrega.

Me levanto de la cama y miro por la ventana. Sí, ahí está. Mis ojos la observan de arriba abajo y disfruto de la vista. Su cuerpo se ha fortalecido, la vida relajada y apartada la ha sumergido en una gran tranquilidad, y su fiel compromiso hacia ella misma y su propia felicidad, han hecho posible que sus

pensamientos hayan cambiado radicalmente. Ya no está tan delgada, suaves curvas vuelven a reaparecer en su cuerpo, y sus ojeras han desaparecido. Los largos espacios entre los tratamientos han hecho posible que recupere con más celeridad su salud. La propia doctora Adams está gratamente sorprendida del gran progreso que ha tenido durante estos meses fuera del hospital. Observo cómo estira sus manos hacia arriba y después flexiona la cintura hacia delante. Sus manos tocan con facilidad el suelo. ¡Vaya! ¡Cada día lo hace mejor! Sé que el saludo al sol está considerado como uno de los ejercicios de yoga más completos que existen. La combinación de diferentes posturas y la respiración consciente en el aquí y ahora, deja al cuerpo y a la mente relajada, pero a la vez alerta. Y mientras la observo hacer sus asanas yóguicas, noto que su elasticidad ha aumentado. Sus ojos están cerrados y su respiración es rítmica. Se ha puesto música relajante y se ha abandonado a lo que siente. Me siento sobre el alféizar de la ventana para recrearme mirándola. Lleva una ajustada camiseta de tirantes y unas diminutas braguitas como indumentaria. Su cabeza se muestra sin pañuelos o gorras que la cubran. Pero yo la veo hermosa. Sus felinos ojos verdes se acentúan más, sus rasgos se ven más sofisticados, sus labios más bonitos, sus pómulos pronunciados. No sé, puede que sea una opinión muy particular, pero a mí me gusta.

Mi pequeña se ha llevado un gran susto y ahora ha decidido no volver a andar por la vida pidiendo permiso para vivir, así que se ha entregado a la nueva oportunidad que se abre a sus pies. La anterior jovencita insegura y llena de culpabilidad ha desaparecido, y ante mis ojos hay una mujer decidida a vivir en paz, pero plenamente consciente de que no se puede actuar con medias decisiones sin romperse en pedazos, para que los demás estén enteros.

Me gusta observarla. Me parece increíble que todavía me recreo mirándola, y que a pesar del tiempo que ha pasado, no sienta ningún anhelo a perderme por el mundo. Junto a Yudica, mis prioridades han ido evolucionando. Ella tenía mucha razón al asegurar que era bueno para ambos tener un nido al que volver. Como las aves, es bueno tener algo que nos pertenezca a ambos, un sitio tranquilo donde poder disfrutar de las aficiones, de la naturaleza, de tu familia y amigos, y de la propia soledad. Ambos respetamos nuestros momentos solitarios y cada uno se evade con sus proyectos. Ella dedica el tiempo a recuperarse, lee mucho, pinta, hace comidas algo insípidas, escucha música, hace ejercicio, visita a nuestro vecino Víctor, se relaciona con la gente, de vez en cuando se va de compras

con Marta o mi madre y visita a los pacientes que todavía permanecen ingresados en el hospital. Después, el reencuentro es muy gratificante y cuando el sol está más bajo, ambos cuidamos del huerto o nos vamos a explorar los alrededores. La rutina diaria se ha vuelto apacible y repleta de pequeños momentos que para mí significan grandes experiencias. Lo disfrutamos todo, por pequeño que parezca el detalle. La elaboración de la cena entre música y comentarios, el leer un libro mientras que el sol se pone, los largos paseos por los alrededores sumergidos en un apacible silencio, el saborear una taza de café a primera hora de la mañana junto a ella, la alegría de compartir nuestra mesa con la visita esporádica de mis pocos amigos, o de algunos compañeros del documental que ya consideramos como amigos, o de Alejandro. Es simple, pero pleno. Pasar la tarde viendo una película de comedia o del oeste comiendo palomitas, se ha convertido en una experiencia maravillosa. Pequeños detalles en apariencia insignificantes, pero que llenan nuestros días. Como yo ahora mismo, que el tiempo se me escapa sin darme cuenta, mientras me recreo en cada detalle de su cuerpo, en sus movimientos, en su bonito perfil y en lo que siento por ella.

Inclina su cuerpo y arquea su espalda. Combina perfectamente cada movimiento con espiraciones e inspiraciones armoniosas. Se detiene brevemente entre postura y postura, y vuelve a incorporarse sin abrir los ojos en ningún instante. Cuando al fin termina, gira su cabeza y me mira con una sonrisa pícaro en su rostro:

—¡Lo sabía! ¡Sabía que estabas mirándome! —exclama con una radiante sonrisa.

—Te estás convirtiendo en una persona muy intuitiva —digo desde la ventana.

—Y creo que va a llover. —Y se acerca a la ventana.

—¿Lo ves? Un auténtico lince. —Me ofrece la mano para que la ayude a escalar la pared y llegar hasta el alféizar donde estoy sentado. Tiro de ella y casi vuela. Su risa cantarina invade todo el lugar y con agilidad se sienta junto a mí. Apoya su espalda contra mi pecho y nos acomodamos. Yo rodeo su estrecha cintura con mi brazo y miramos cómo el sol va saliendo por el horizonte. Su luz va pintando el cielo de colores claros y todo el escenario se va iluminando. Las grandes nubes que salpican la inmensidad celeste van adquiriendo diferentes tonalidades a medida que el sol las atrapa. Sus abultados vientres están cargados de agua que tarde o temprano, mojará la

sedienta tierra con agradecimiento. Un amplio horizonte se extiende ante nosotros, y los primeros rayos estivales comienzan a calentar nuestros cuerpos.

—¿Ya has meditado? —me pregunta sin dejar de observar el espectáculo que se desarrolla ante nosotros.

—Sí, lo hacía mientras te miraba. —Ella me sonrío traviesa. Sé que le gustan mis palabras llenas de caricias, y a mí también me gusta regalárselas.

—¿Y hoy no vas a correr? —me vuelve a preguntar con interés.

—No, voy a terminar un reportaje. Todavía no lo he enviado y no lo puedo retrasar más. ¿Qué vas a hacer tú?

—He quedado con Alejandro. Tiene el día libre y me acompañará al hospital.

—Así que, con Alejandro, ¿eh? ¿Sabes que le gustas? —Me mira con aire escéptico—. No me mires así, aunque parezca que estoy en las nubes, he visto cómo te mira.

—¡Vaya! —Duda y vuelve a mirarme para preguntar—. ¿Prefieres que me quede?

—¡Claro que no! Alejandro sabe a quién pertenece tu corazón.

—Te lo tienes muy creído, ¿no? —me dice con burla—. Pero no importa, me tranquiliza saber que me conoces tan bien. —Y me da un beso en la mejilla, acurrucándose más a mi lado mientras volvemos a recrear nuestra mirada en el cambio sutil de colores que está ocurriendo ante nuestros ojos.

—Es bonito este lugar —me comenta con voz pensativa—. No me extraña que te sintieras tan bien cuando vivías aquí con tus abuelos.

—Sí. Tengo muy buenos recuerdos.

—¿Cuál es tu primer recuerdo? —me pregunta muy suavemente.

—Las largas caminatas al atardecer con mi abuelo, y el olor a café recién hecho de la mañana. La voz de Any despertándome para que fuera a recoger los huevos. Mi abuelo hacía horas que se había levantado y cuando yo comenzaba a desayunar, él ya estaba acabando de leer el periódico que le traían todos los días. Se lo leía desde la primera hoja hasta la última.

—Seguramente por eso madrugaba tanto, para que le diera tiempo de leerlo todo. —Me río ante su observación. Yudica gira levemente su cuerpo y me sigue hablando—: Yared, lo que era antes el establo, ¿se podría acondicionar para que fuera una sala? Me gustaría dedicarme al yoga. ¡Quién sabe! Puede ser un bonito rincón de retiro y con el tiempo... no sé, podría dar

clases. ¿Crees que tiene sentido lo que pienso? —me pregunta con duda. Pero a mí me entusiasma que encuentre objetivos a los que dedicarse. Mi único deseo es verla feliz.

—Tiene muchísimo sentido. Pero mejor podríamos acondicionar el invernadero. En el establo hay demasiados trastos y no son todos míos. Mis hermanos tienen cosas suyas allí, y todo esto, al fin y al cabo, nos pertenece a los tres.

—Me parece bien. Es un bonito lugar. —Y vuelve a recostarse contra mi pecho para volver a admirar el despertar del día.

—Pero no se puede hacer nada hasta que no volvamos de Perú. —Le recuerdo—. Cuando regresemos, tendré que llegar a un acuerdo económico con mi familia. Odio el papeleo, pero si te gusta la granja, nos la quedaremos.

—¡Sí! —exclama con entusiasmo. Ha dejado de mirar el horizonte, y ahora es a mí a quien observa con ojos interrogantes—. ¿Podremos permitirnoslo?

—¡Claro! Para eso sirve el dinero, ¿no?

—¡Me gusta este sitio! —Yudica suspira con satisfacción, y vuelve a observar con atención lo que nos rodea—. Es un buen lugar para tener algún día hijos. ¿Te gustaría tenerlos algún día? —me vuelve a preguntar con curiosidad.

—Humm, estás llena de proyectos. —Pero no puedo evitar sorprenderme. Nunca imaginé que mi relación con Yudica fuera a reforzarse tanto tras su enfermedad. Pero el hecho de contemplar la posibilidad de formar una familia me hace sentir inseguro. Aunque una parte de mi mente no se quiere identificar con este mundo loco, no puedo evitar continuar viviendo en él. Y es evidente que, si estoy viviendo esta aparente vida, es porque todavía hay una parte de mí que no quiere recordar al verdadero Ser que soy. Entiendo con esto, que necesito ir paso a paso, y pasar por las casillas del juego para enfrentarme a mis miedos y poder sanarlos.

—¿No quieres tener hijos? —me pregunta intrigada ante mi largo silencio meditativo.

—¡Al contrario! —digo al fin tras mis conclusiones—. Crear una vida de ti y de mí, es la proposición más bonita que me han hecho —le confirmo.

—A mí también me gusta la idea —me dice con resolución mientras se vuelve a recostar sobre mí, destensando sus músculos—. Eres el hombre perfecto para el papel de padre.

—¡Me alegro de haber alcanzado tus expectativas! Tú también eres una

buena hembra para procrear, mujer. —Nos reímos. Yudica me acaricia la barba y nos volvemos a dejar llevar por el silencio, y supongo que por nuestros propios pensamientos.

—Pero, todavía no —me aclara poco después—. Tenemos muchas cosas que hacer y mucho tiempo por delante.

—Cuando tú quieras, pequeña. Estoy dispuesto a intentarlo siempre que lo desees. —Y hundo mis labios por detrás de su nuca para besarla.

A lo lejos, las nubes se comienzan a juntar entre ellas. Los primeros rayos de sol se ocultan tras las densas masas cargadas de lluvia y parece que la luz del cielo se hubiera apagado. Yo le sigo besando su cuello, sus hombros, y cierro los ojos dejándome llevar. La piel de su cuello, delgado y esbelto, se eriza ante el contacto de mis labios. Poco después se retuerce con evidentes muestras de que mis besos le provocan cosquillas:

—¿Tienes algún problema? —le pregunto con burla ante su reacción.

—Solo uno. Tu barba me hace cosquillas.

Sigo encargándome de darle besos por donde puedo mientras que murmuro:

—Tendremos que solucionar ese problema enseguida.

—¿Cómo? —Me sigue el juego—. ¿Te vas a afeitar o vas a dejar de darme besitos?

—¡Ni lo sueñes! Te daré besos en otros sitios. Puede que encontremos un lugar donde no tengas cosquillas. Pero esto requiere un estudio previo por mi parte. —Me levanto de la ventana donde estamos sentados y me introduzco en nuestra habitación. Después, la ayudo a bajar y la empujo lentamente hacia la cama sin dejar de rodear su cintura.

—¿Ahora? —exclama sorprendida.

—La observación y el estudio de todo fenómeno requiere de improvisación y de sacar partido a la ocasión.

—Eres un gran científico. —Me rodea el cuello con sus brazos y me sonrío con una gracia que me deja hipnotizado. Cuando comienzo a indagar por los rincones de su cuerpo, ella empieza a reírse y a inundar las paredes de esta casa con su risa contagiosa.

Después de mi concienzudo estudio sobre anatomía femenina, permanecemos callados en la cama. No tenemos prisa, solo disfrutar de este tiempo regalado que la vida nos ha dado a los dos. Yudica juguetea con el

vello de mi pecho, y yo con toda su piel. La música sigue sonando, y fuera llueve con fuerza. A pesar de que la tormenta ofrece la sensación de frescor, ha comenzado la conquista de las temperaturas, las cuales van aumentando a medida que avanza el día. Me siento perezoso y me recreo en la melodía que Yudica puso para sus ejercicios de yoga, mientras que el sonido de la lluvia envuelve el ambiente.

—¿Crees que es una locura hacer proyectos tan a la larga? —me pregunta Yudica rompiendo mi ensimismamiento.

—¿Por qué lo dices? —su pregunta logra que abandone el lugar donde anidaban mis pensamientos.

—Por mí. Eso de tener hijos algún día, no sé, puede que nunca llegue a ocurrir. —Y se remueve algo inquieta. Yo me separo para poder mirarla a los ojos.

—Está bien querer tener hijos, hacer proyectos, pero sin que condicione tu felicidad.

—A veces es difícil —me dice con voz queda—. Desear tener hijos puede que sea un proyecto inalcanzable. Puedo ser estéril, o, ¡quién sabe!, puede que no viva lo suficiente como para intentar ser madre.

Mi corazón se oprime y por un momento, siento que toda la habitación me da vueltas. He retenido la respiración durante unos segundos casi sin darme cuenta. Exhalo el aire poco a poco, tratando de serenar mi mente, de expulsar el miedo, de evitar imaginar mi vida sin ella. Es una constante lucha interior y debo estar alerta. No puedo dejarme llevar por esa forma de pensar, y mucho menos permitir que ella piense así.

—Yudica... —Ella alza la cabeza y me mira con sus ojos verdes llenos de dudas. Me muevo para poder dirigir mi mirada directamente a la suya. La contemplo recreándome en su rostro y le susurro dulcemente—: No le tengas miedo a la vida. Eres parte del TODO y tu vida le pertenece. Puede parecer un pensamiento delirante, lo sé, incluso puede que en ocasiones no le encuentres ningún sentido, pero cuando lo entiendes, tus miedos se evaporan y te sientes lleno de confianza. No te dejes llevar por tu propia interpretación de las cosas y confía.

—Lo hago —me contesta muy bajito—. Cada día, en cada momento que tengo miedo. Siempre intento ver la situación de otra manera.

—No esperaba menos de ti, eres fabulosa. —Y la abrazo con ternura escondiéndola entre mis brazos.

—Lo sé —me dice con determinación, y yo no puedo evitar reírme ante la seguridad de su respuesta.

—Me encanta que lo sepas, que te lo creas y que te quieras.

—Eso también lo sé. ¿Y sabes? —se aparta ligeramente— me estoy dando cuenta del poder que tienen mis pensamientos. Voy entiendo tus explicaciones sobre cómo con un solo pensamiento podemos ser felices o sufrir. Una vez me leí el Kibalyon, y según explica, todo lo que catalogamos en esta vida son los extremos de una misma cosa, pero con diferentes grados. Y entre ambos extremos, existen muchas variables. Lo bonito y lo feo, no son más que polos opuestos de una misma naturaleza. Pero es difícil determinar dónde empieza lo bonito y acaba lo feo, ¿verdad? Si observas a las masas, sus voluntades son vapuleadas por pensamientos tóxicos o por causas externas. Se mueven entre las variables de los polos como marionetas dominadas por una mano invisible. Pero si el universo es mental, y creamos nuestro futuro a través de nuestros pensamientos, no deja de tener magia saber que tenemos el poder de cambiar nuestras condiciones, corrigiendo constantemente nuestros pensamientos.

—Yudica, más que tener el poder de cambiar las condiciones que nos rodean, se trata de vivir esas condiciones liberándote de sus efectos —la corrijo—. El guion ya está escrito, y estamos repasando lo soñado, aunque nuestra percepción es la de estar viviéndolo ahora mismo. Con esto no quiero decir que sea imposible que el guion se reajuste para ti. En cualquier caso, nunca se sabe si ha sido así o no, porque parece que tomamos las decisiones aquí y ahora.

—Aunque en realidad nunca ocurrió. Por eso se dice que es un sueño —me reafirma.

—Así es. Pero esta forma de pensar no te exime de vivir con normalidad, de jugar esta partida llamada vida haciendo planes, teniendo proyectos, ilusiones... simplemente hay que recordar que tú no eres la ficha que se mueve por el tablero, sino que tu Ser real está muy por encima de este juego de mesa. Por eso hay que dejarse ir, soltar la carga, y vivir con la confianza de que un día despertarás en tu verdadera casa.

—¡Pero entonces no podemos hacer nada! ¡Y cualquiera puede morir de una enfermedad! —exclama airada.

—El hecho de abandonar este cuerpo nos llena de pavor, pero este cuerpo es la herramienta que utilizamos en esta vida por unos años, y eso lo sabemos todos. Lo que desconocemos es cuántos años dispondremos de él. Así que es

cierto, se puede abandonar el cuerpo por una enfermedad, o envejecerá algún día, o sufrirá un accidente, eso es inevitable. La llamada muerte es una llave que por todas las cerraduras pasa, y de hecho así ha de ser, porque si nos dieran a elegir, nunca lo abandonaríamos. Así que el milagro de la curación no es la del cuerpo, sino de la mente que al fin se libera del miedo.

—Uf; esto es un rollo. —Está molesta. Pero yo no puedo endulzarle lo que es amargo. La vida tal y como la conocemos, lo es. Yo solo intento que piense en otra alternativa: ¿Qué pueden ofrecerte unos años en este mundo? Nunca le pediría a nadie que renunciara a vivirlos con felicidad, pero sí que piense que existe algo más grandioso más allá de nuestra limitada percepción. ¿No es maravilloso saber que la vida siempre existirá? ¿No es amoroso entender que siempre estás protegido? ¿No es liberador recordar que todo esto no es más que un sueño? Cuando las cosas no van bien, cuando observas las expresiones del ego a través de las noticias, los detestables comportamientos humanos, el egoísmo latente en cada acto y pensamiento, supone una liberación comprender que cada uno de esos personajes que ves son inocentes y que nuestra percepción solo observa a figuras dirigidas por el ego deseando llamar nuestra atención a través del juicio y la condena. Aun así, a pesar de lo grotesca que pueda parecer esta realidad, seguimos aferrados al mundo como si fuera un salvavidas, ignorando por completo que existe otra vida infinitamente mejor, más allá del tiempo-espacio.

—Eres libre de pensar como quieras —le digo finalmente—. Pero ¿por qué no tratas de remar a favor del viento? ¿Acaso puedes cambiar los acontecimientos? ¿Puedes detener el tiempo? ¿Puedes cambiar tu futuro? ¿Es que no ves lo absurdo de esa postura? Independientemente de cómo quieras pensar, ocurrirán cosas que te gusten, pero también cosas que no. Verás injusticias, diferentes aberraciones típicas de quien se deja llevar por la voz del ego, y no podrás hacer nada para impedirlo. Entonces mi pregunta es: ¿Por qué no te rindes a lo que nunca podrás controlar?

—Lo sé, lo sé. Pero podría ser de otra manera. No se debería sufrir, no deberían existir las enfermedades, ni la muerte, ni el miedo, ni el dolor, ni la tristeza. Deberíamos sentirnos siempre protegidos e inmensamente felices por siempre jamás, como en los cuentos —me dice con impotencia. Y se acurruca, como protegiéndose de sus pensamientos a través de mí.

—Eso que deseas no está en este mundo creado por el miedo. Esa vida existe cuando parece que abandonamos el cuerpo y nos unimos a quien nos

creó como un solo espíritu.

—¿Seguro? Te veo tan convencido... —me dice con indecisión.

—Volvemos al tema inicial. Solo mis pensamientos pueden hacerme feliz o infeliz. Tú eliges. Ni yo ni nadie puede convencerte de lo que solo tú, tienes el poder de creer. Ese es tu libre albedrío —le susurro cariñosamente junto a su oído.

—¿Y si te equivocas? ¿Y si estás en un error? —me vuelve a preguntar vacilante.

—Si me equivoco nunca lo sabré. Si se deja de existir, no tendré conciencia para saberlo. Y si no me equivoco, he vivido mi vida feliz y con confianza y me uniré a la Fuente de Vida, o a Dios, o a como quieras llamarlo, con más felicidad y confianza que cuando parecía estar viviendo aquí.

—¡Jolines! —exclama en tono de fastidio.

—¿Jolines? —Y le empiezo a hacer cosquillas dejándola inmobilizada bajo mi cuerpo. Ella se retuerce mientras trata de liberarse de mi tortura.

—¡¡No, para, para!! —Dejo de hacerle cosquillas, pero sigo manteniéndola aprisionada bajo mi cuerpo, sujetándole ambas manos por cada lado de su cabeza.

—Pero lo más importante de todo este asunto es, ¿eres feliz aquí y ahora? —le pregunto.

—Otra vez esa pregunta —me dice molesta—. Sí, lo soy. ¿No es evidente?

—¿Por qué? —Ella resopla con impaciencia sin entender el propósito de mis preguntas.

—Porque soy muy afortunada, estoy recuperando mi salud, tengo todo lo que necesito... ¡¿Qué?! —Vuelve a mirarme con reto en su mirada—. ¡Ya! ¡No me lo digas! ¿Respuesta incorrecta?

—Así es, pero hemos avanzado. ¿Recuerdas cuando te lo pregunté por primera vez? Tu contestación fue un rotundo no.

—Sí, es verdad. Mi vida estaba hecha un asco. —Y hace un mohín con la nariz que arranca una sonrisa de mis labios.

—Ahora tus contestaciones parten de ti. Y algún día sabrás cuál es la respuesta correcta.

—Me la podrías decir. Yo haré como si no te escuchara, y cuando vuelvas a preguntarme, diré lo que esperas oír. Con esta táctica, ahorraríamos tiempo y esfuerzo —me dice mimosa.

—¡Ni hablar! No se pueden copiar las respuestas.

—¡Bueno! Pues si no me chivas la respuesta, tendré que ir preparándome.
—Pero después me sonrío con aire travieso y dice—: Pero si me dices cuál es, le digo a Alejandro que no venga a buscarme.

—No conseguirás convencerme. Además, prefiero que te vayas —le contesto incorporándome para dejar libre su cuerpo—. Tengo mucho que hacer, y tú me despistas.

—¡Vaya! Muchas gracias. La verdad es que no sé cómo tomármelo —me contesta molesta.

—No seas tan suspicaz. Sabes a qué me refiero. ¡Tengo una idea! ¿Por qué no lo invitas a comer? Mientras, terminaré el reportaje y prepararé la comida. Hoy comeremos algo decente, para variar.

—Eres un borde —me dice al fin dándome un leve empujón para alejarse de mí. Se siente falsamente ofendida por mi observación y trata de alejarse de mi lado. Sabe que cocinar no es su mejor cualidad, pero no quiere reconocerlo. Yo la alcanzo antes de que la distancia sea más amplia, y la retengo entre mis brazos. Así permanecemos, con una fingida lucha de voluntades mientras que la lluvia cae con fuerza en el exterior.

“¿Qué no ibas a poder aceptar si supieses que todo cuanto sucede, todo acontecimiento pasado, presente y por venir, es amorosamente planeado por Aquel cuyo único propósito es tu bien? Tal vez no hayas entendido bien Su plan, pues Él nunca podría ofrecerte dolor. Mas tus defensas no te dejaron ver Su amorosa bendición iluminando cada paso que jamás diste”.

Extracto del libro: UCDM

Yudica

Ambos nos sentamos en el sofá del salón, después de que mi padre me volviera abrazar por tercera vez con entusiasmo. Está gratamente sorprendido de verme tan recuperada, y una sonrisa permanente adorna su rostro.

—Te veo muy bien —me dice observándome con atención—. ¡Estás magnífica!

—Gracias.— Lo observo detenidamente, y advierto que está más delgado. Pero prefiero no decir nada. Dejo que mi mirada atraviese los amplios ventanales que están orientados hacia al horizonte, donde el sol se esconde cada día. Una extensa explanada verde nos ofrece una vista fantástica de los alrededores de la granja. Yared, Nicolás y Alejandro están jugando a la pelota con mis hermanos, y desde las ventanas se puede apreciar el juego que los mantiene excitados y sudorosos, ¡ja! ¡Se lo están pasando fenomenal! Jonay está colorado y no deja de sudar y gritar, se ha quitado la camiseta y se está dejando llevar por la excitación del juego. Gara es más tranquila y permanece todo el tiempo junto a Nicolás. No lo deja nunca solo, y continuamente le está cogiendo de la mano y haciéndose la niña desprotegida para que esté por ella.

Llevan más de una semana con nosotros y nunca los había visto tan contentos, tan salvajes y tan libres. Yared fue a buscarlos a casa de mis padres para que ambos pasaran unos días en la granja. Mi padre tenía que hacer un viaje importante y crucial para el negocio, y mi madre no se encontraba capacitada para encargarse ella sola de los dos. Sigue con su depresión y su estado de abatimiento permanente. Es como si estuviera siempre triste. Y hoy, por primera vez desde que abandoné la casa de mis padres para vivir mi vida, ellos visitan la granja. Cuando llegaron esta mañana, mis hermanos salieron a recibirlos con un gran entusiasmo. Yo no dejé de sorprenderme al pensar que

piense yo como piense, para los mellizos, mis padres son los mejores del mundo. Es al crecer cuando nos vemos arrastrados por el ego y comenzamos a señalar esos defectos que años antes, pasaban totalmente desapercibidos.

Cuando inspeccionaban nuestra casa, al principio sentí que lo miraban todo con recelo. Pero a medida que han pasado los minutos, ambos se han mostrado mucho más cercanos y relajados. Sí, lo sé, empiezo a cuestionarme muchas cosas, y no dejo de pensar que no son ellos sino yo, la que me he ido relajando hasta que he conseguido estar tranquila. He conseguido soltar mis miedos, mi incomodidad y mi rigidez, así que ha sido inevitable que se viera reflejado en los demás de otra forma que no fuera feliz. Después, mi madre se ha ofrecido a preparar algo en la cocina mientras que mi padre me anunciaba que deseaba hablar conmigo a solas. ¡Creo que lo tenían todo muy bien planeado! Así que ahora espero que no empiece a relatarme las penurias por las que están pasando o algo así, porque ya no estoy dispuesta a aceptar responsabilidades que no son mías.

—Veo que Jonay y Gara se lo han pasado muy bien —me dice mi padre con voz desenfadada mientras observa a mis hermanos jugar. Quiere romper el hielo de alguna forma, lo noto. Desde que me visitaron en el hospital, no nos hemos vuelto a ver, y ahora hay que construir un puente que vuelva a unirnos.

—Sí —digo con una sonrisa—. La verdad es que hemos disfrutado mucho teniéndolos en la granja. Aunque para ser sincera, estamos agotados. Pero se han portado muy bien. Nos han ayudado mucho con el huerto, hemos dado largos paseos, los hemos llevado a comer helado a la ciudad, hemos acampado junto al lago y nos hemos bañado en la piscina de los padres de Yared... A pesar de no darnos tregua, los voy a echar de menos.

—Sí, pueden llegar a ser incansables. Yudica... —Me coge de la mano y me la aprieta con cariño—. De verdad que me alegro que estés tan recuperada. Y esta granja es preciosa, rodeada de naturaleza, con tanto espacio libre y tanta tranquilidad. Nunca imaginé que Yared viviera en un sitio así. Lo tenéis todo muy bonito y el sitio es fantástico.

“*¡Vaya! Ahora ya es Yared*”. Pienso con sorpresa. Pero en cambio digo:

—Yared no vivía antes aquí, papá —contesto con paciencia.

—Sí, sí, lo entiendo. Pero al menos no estáis viviendo en una tienda de campaña.

—En realidad, ¡vivimos en una tienda de campaña! Esta casa la hemos alquilado para teneros engañados —le contesto con una sonrisa. Mi padre me

sonríe, pero no hace más comentarios. Mejor así. No quiero volver al rol de dar explicaciones para agradecerle en todo—. ¿Qué era eso tan importante que querías decirme? —pregunto con la intención de cambiar de conversación. Él baja la mirada y parece pensarse la respuesta:

—¿Has visto las últimas revistas?

Me encojo de hombros. ¿Revistas? ¡Pues claro que no! Ya hace tiempo que han dejado de importarme sus portadas y enunciados.

—No, no he visto nada. ¿Por qué? —le pregunto con curiosidad. ¡Puedo esperarme cualquier cosa!

—Bueno, la señora Jones vuelve a hablar de ti. No quería que te enteraras, pero tu madre dice que deberías saberlo, puesto que seguramente los periodistas averiguarán tarde o temprano dónde vives y puede que te pregunten.

Lo miro inquieta. Esto no me gusta nada. Las palabras “periodista” y “revista” son un cóctel que no echo de menos. Me empiezo a inquietar, y mi mirada se pierde nuevamente ante los grandes ventanales que dan al jardín, donde mis hermanos juegan ignorantes del patético mundo adulto.

—Explícame solo lo imprescindible, nada más —le digo en voz baja.

—Verás, parece ser que te han fotografiado y que no te has dado cuenta. Seguramente alguien te reconoció. La foto ocupa la portada de la revista y la verdad, sales muy guapa, con tu pañuelo de colores cubriendo tu cabeza y hablando distraídamente con Yared. Pero justo al lado de vuestra imagen sale el titular donde se recogen las palabras de la señora Jones: “Nunca le desearía ningún mal, pero su enfermedad es el resultado de lo que se merece”.

—¡Vaya!, me sigue queriendo mucho —digo con frivolidad. Pero en mi interior no dejo de sentir un escalofrío que me recorre todo el cuerpo.

¡Joder! ¿Por qué no pueden dejarme tranquila? Trato de serenarme y vuelvo a mirar a mi familia. Yared ha chocado su mano contra la de Jonay. Han marcado un gol. Nicolás, Alejandro y Gara se reúnen formando un círculo para programar una estrategia de contraataque. De mientras, tanto Jonay como Yared se pavonean orgullosos ante sus contrincantes haciendo payasadas y tonterías. Mi hermano está exaltado y contento. Le encanta compartir su tiempo con Yared y se muestra tan feliz que no dejo de sentirme muy satisfecha. Yared ha vuelto a demostrar en estos días la infinita paciencia que lo caracteriza. Mi bondadoso compañero parece un crío ahora mismo, haciendo necedades con el único propósito de sacar de quicio al equipo contrincante, ¡y se está

comportando como un adolescente! ¡Ja! Sonríe llena de amor hacia todas esas personas y de pronto, siento que no me importa lo que pueda decir la revista, ni lo que piense la queridísima señora Jones. Ella arrastra una cruz llena de resentimiento, de ira y maldad y es imposible que de su boca salgan palabras amables, puesto que su corazón se ha endurecido. Las personas que hacen daño a los demás, están desconectadas del Amor. Son personas heridas, por eso tratan de hacer daño. En su alma hay vacío y en el fondo, se sienten muy solas. Yo soy afortunada, me estoy recuperando, estoy rodeada de gente que me quiere, y mis heridas han sido sanadas. No deseo volver al viejo rol del ego cargado de juicios, a los resentimientos, al contragolpe, a la incompreensión... no, no voy a seguir ese juego inútil que lo único que me aporta es infelicidad.

—¡Bien! Espero que algún día esa mujer encuentre paz.

Mi padre me mira extrañado. No dice nada, solo observa mi cara relajada, mi leve sonrisa, y mi mirada perdida en el jardín:

—¿Eso es todo lo que tienes que decir? —me pregunta sorprendido.

—Sí, papá, eso es todo. No quiero saber nada más al respecto —le digo enfrentándome a su mirada.

—Has cambiado. —Sus palabras son como una sentencia. Lo miro con extrañeza, pues no entiendo que prefiera verme descolocada que tranquila.

—Eso espero —digo con determinación. Después de unos instantes de silencio, le explico más calmada—: Yared me explicó una vez una historia de un hombre que entregó una canasta con basura a una mujer. Ella la vació, la lavó, la llenó de flores, y se la devolvió. Cuando el hombre recibió la canasta, le preguntó que por qué le había regalado flores, cuando él se la había dado llena de cosas que no quería. La mujer le contestó: Porque cada uno da lo que tiene en el corazón. No se puede esperar nada de quien cree que no tiene nada que dar. Esa mujer es como es, y yo soy la menos indicada para juzgarla o para reprocharle su comportamiento. Ahora mismo lo único que me importa es mi felicidad.

—Pueden venir los paparazzi, seguro que pronto estarán ante tu puerta. Debes estar preparada —me vuelve a recordar.

—No me encontrarán y si lo hacen, no voy a responder a ninguna pregunta. ¿Sabes?, nos vamos a Perú. Estaremos unos meses fuera.

—¿A Perú? ¡¿Pero tú estás loca?! —Se pone nervioso y alerta. Su sonrisa se ha desvanecido de repente—. Estás enferma y necesitas estar cerca de un

hospital. ¡No puedes irte a Perú! ¿Pero en qué pensáis? Eres una irresponsable, y él mucho más por consentir todo esto.

—¡No estoy enferma! —exclamo molesta—. Y no quiero vivir pensando si hay o no un hospital cerca de mí. No me mires así. Mis pruebas y mi tratamiento son muy espaciosos y la doctora nos ha asegurado que puedo tener una vida normal. No me voy a quedar en casa como si estuviera enferma, ¿lo entiendes? ¡No lo estoy! No te preocupes por mí, ¿vale? Además, Yared tiene que seguir con su trabajo y yo no me voy a quedar esperándole. Lo tenemos todo hablado con la doctora Adams, tengo las recetas de los posibles medicamentos que necesite, una carta detallada con mi diagnóstico y todo lo necesario en el caso de que tenga alguna recaída. —“*Y una maleta llena de ilusiones y proyectos*”. Pienso.

No lo he convencido, pero no puede decir nada. A él le gustaría encerrarme en una jaula de oro, pero yo no estoy dispuesta a dejarme cortar las alas. No, después de haber aprendido a volar.

Me levanto con la intención de salir al jardín. Va a llegar toda la familia de Yared y la mesa exterior está preparada para una gran comida de despedida. Mis hermanos se marchan después de tantos días con nosotros, y hemos pensado que sería bueno para todos reunirnos por primera vez sin que el motivo fuera mi ingreso en un hospital. Ahora las circunstancias son mucho más amables, y yo deseo reunir en una sola mesa a toda la gente que me importa. Mi padre también se levanta, pero parece que quiere decirme algo más. Así que lo miro con curiosidad y finalmente le pregunto:

—¿Qué pasa?, ¿quieres decirme algo más?

—Bueno... verás... —Veo que duda, y al final suspira con resignación—. Nos hemos enterado de cosas importantes y creo que es justo que tú las sepas. —Suspira y al fin me dice—: Los Jones no tenían dinero.

—¿Qué?! —No entiendo muy bien lo que trata de decirme.

—Verás, según nuestra información, mucho antes de que rompieras tu relación con Sergio, los Jones ya estaban en la ruina total. El señor Jones llegó a amasar una importante fortuna, pero como bien sabes, ha habido mucho derroche. A todo esto, se le ha unido una pésima gestión y muchas inversiones que no han hecho más que acelerar lo inevitable. En los últimos tiempos los Jones sostenían sus gastos a base de préstamos que han ido creciendo. Supongo que tenían la esperanza de que, con vuestra boda, aliviarían los

graves ajustes económicos a los que se estaban viendo sometidos. —Sonríe con cierta tristeza.

¡Joder! ¿Esto está pasando de verdad? ¡Vaya, vaya! Esa era la razón por la cual la señora Jones me toleraba, a pesar de no despertar en ella ninguna simpatía. Y el pobre Sergio no ha dejado de ser una pobre víctima del oportunismo y las apariencias. ¡Mierda, me siento tan mal por él!

—¿Lo sabe mamá? —le pregunto con un leve hilo de voz. Mi padre afirma con la cabeza y prosigue:

—Lo está asimilando. Todo lo que ha pasado... le está costando aceptarlo.

—¡Por eso está tan triste! —Es como si la claridad hubiera entrado en mi mente—. ¡Pobre mamá! ¡Estaba tan ilusionada con esta familia!

—Sí, ha sido una decepción tras otra. Y no es por ti, Yudica —me dice enseguida—, sino por los Jones. Es evidente que la vida ostentosa que hemos tenido ambas familias nos ha pasado factura. Y no me extrañaría que ahora se dedicaran a recaudar dinero visitando platós de televisión y saliendo en revistas. La señora Jones te utilizará y hablará mal de ti. Por eso quiero que estés preparada. —Se detiene durante unos segundos y me dice con tristeza—: Sí, puede que no sea tan mala idea que te alejes de aquí durante unos meses. Después de lo que has sufrido, no me gustaría verte tan ansiosa como estabas antes de cortar tu relación con Sergio. Sinceramente, no puedo reprocharte nada. —Tras breves instantes de indecisión, me dice—: Hija, has sido muy valiente. Cuando pienso que yo también deseaba esa boda por motivos económicos... en fin, no me siento orgulloso de mi comportamiento. Yudica, no he sido justo contigo y me gustaría pedirte perdón.

¡Vaya! Miro a mi padre con sorpresa. Su cara da a entender lo difícil de la situación. Así que no puedo reprimir abrazarlo con fuerza. Sé que ha hecho un gran esfuerzo para hacer esta confesión y estoy muy agradecida. Reconozco que la noticia de los Jones me ha afectado, pero mucho más las palabras de arrepentimiento y perdón de mi padre.

—Todos nos hemos comportado alguna vez de forma inadecuada. —Le trato de animar.

—No, debí protegerte —insiste—. Mi obligación era alejarte de Sergio y denunciarlo. En cambio, traté de regatear contigo por dinero. No he podido caer más bajo como padre y me arrepiento de mi comportamiento. Te cargué con responsabilidades que no debías de tener. ¡Estaba tan desesperado! Y no

puedo dejar de reprocharme que traté de convencerte para que siguieras tu relación con él después de lo que te había hecho. Es... imperdonable.

Está triste y su voz se rompe al decir estas últimas palabras. Se muestra muy afectado, y yo no dejo de asombrarme por lo que está pasando. ¿Se arrepiente? ¿Me está pidiendo disculpas? Estoy tan emocionada que no lo puedo evitar y vuelvo a abrazarle con fuerza.

—No papá, no hay nada que perdonar, de verdad. —Es como un flas, pero entiendo el verdadero significado del perdón cuando existe Amor. ¿Perdonar? ¡Por Dios, no hace falta!, puesto que de repente nada de eso importa. Solo cabe en mi corazón la profunda felicidad que siento al escuchar las palabras de comprensión de mi padre. Es una unión que echaba de menos y que ansiaba con todo mi corazón. ¡Me siento tan bien entre sus brazos! Me hace recordar mi infancia y lo protegida que me sentía. No tenía que preocuparme por nada, porque sabía que alguien cuidaba de mí. Así me siento ahora.

—Eres una buena chica, siempre lo has sido —me dice al fin apartándose de mí y secándose las lágrimas de sus ojos— y te mereces lo mejor. Estoy muy contento de que hayas encontrado a una persona como Yared. No estoy ciego y sé que te quiere mucho. Estoy muy orgulloso de ti.

Mi corazón se precipita por las palabras que acabo de escuchar. ¡Dios! ¡Por fin! ¡¡Está orgulloso de mí!! Debo haber puesto cara de tonta, pues tengo la boca entreabierta y lo miro con gran sorpresa.

—¡Oh!, no tienes ni idea de lo que significa para mí lo que acabas de decir —le digo emocionada. ¡Al fin he conseguido escuchar esas anheladas palabras! Estoy tan abrumada que me vuelvo a sentar en el sofá dejando que mis lágrimas salgan descontroladamente. Es como si de repente todo se soltara, como un aire retenido a presión en mi interior que poco a poco va saliendo hacia fuera y dejara mi cuerpo relajado y sin fuerzas. ¡Soy tan feliz! Mi padre se sienta a mi lado y me mira extrañado por mi reacción. Supongo que no me entiende. Pero ¡si tan siquiera sospechara que lo que deseaba tener era una simple aprobación por su parte!

—Hija, ¿estás bien? —me pregunta preocupado al verme tan afectada.

—Sí, sí, dame un momento, por favor. —Pero mis lágrimas no dejan de salir, es una cascada irrefrenable cargada de sentimientos y emociones reprimidas. Son como brotes inconfesables de gritos muy callados.

—Vale, entonces te dejo un rato sola. —Me mira nuevamente con dudas y vuelve a preguntarme—. ¿Seguro que estás bien?

Afirmo con la cabeza y hago un leve movimiento con la mano para que no me espere.

—Bien, estoy fuera. Tengo que dar por terminado el juego, o a Jonay le va a dar algo de un momento a otro. —Me da un beso en la frente y se aleja hacia el jardín.

Cuando mi padre sale del salón, yo trato de serenarme. Pero mis lágrimas siguen saliendo, y es imposible evitarlo. Entonces empiezo a gestionar todas las noticias que acabo de escuchar. Aunque increíblemente, lo único que me importa es que... ¡por fin!, mi padre y yo nos hemos entendido. Estoy tan contenta, que me pondría a dar volteretas como Jonay. ¡Dios! Me relajo poco a poco y me pierdo en mis recuerdos.

Hace algo más de un año, yo estaba perdida en el mundo, perdida en el bosque, y perdida en mi vida personal. Pero el “destino” quiso que tuviera una nueva oportunidad. Así que Yared se cruzó en mi camino, le escuché y me dejé llevar por su apacible voz, por su serenidad, por su paz. Pude ignorar la increíble atracción que sentí por él, continuar mi relación con Sergio, seguir los deseos de mis padres y olvidar a ese extraño personaje que me decía que escuchara a mi corazón y que apartara lo que los demás querían que hiciera. Me aconsejó que comenzara a buscar las respuestas en mi interior. Sí, pudo haber tenido otro resultado, pero en cambio elegí darme una oportunidad. Al fin y al cabo, no estaba diciendo que me tirara por un precipicio, ni que hiciera ninguna barbaridad inaceptable. Simplemente me aconsejaba que no tuviera miedo de las decisiones que pudiera tomar, que me enfrentara a mis miedos y los mirara cara a cara. Me recordó que el amor, al contrario de lo que piensa todo el mundo, no puede doler y no puede estar lleno de sacrificios y dificultades. Simplemente. ¿Será verdad que los problemas que creemos ver están únicamente en nuestro interior? ¿Tenía razón Yared al decirme que no se puede cambiar nada desde la pantalla de la vida en que estamos metidos, sino desde la mente que proyecta la película? ¡Dios! ¡Me siento tan feliz! Porque tengo la sensación de que todo esto que ocurre es el resultado de una larga suma de decisiones y de que todo encaja. Voy comprendiendo el juego de la vida, las circunstancias que juzgamos como negativas, puede que con el tiempo no lo sean tanto. Pero somos incorregibles, y parece que perseguimos vivir los extremos para apreciar la felicidad de las cosas sencillas, disfrutar del amor que sentimos unos por otros, gozar de una simple reunión familiar, de un encuentro con amigos, de una apacible tarde relajada o de recrearte

mirando la lluvia suave tras los cristales de tu casa. Esas sencillas cosas que nos recuerdan que somos Seres afortunados, ya que el Amor nos hizo Hijos Suyos.

—¿Yudica? —La voz profunda de Yared resuena por casa. Casi al instante aparece su cuerpo por la entrada del salón, hecho que hace que abandone mis pensamientos. Me doy cuenta de que tenía la mirada perdida en el horizonte, me he quedado totalmente relajada y mi mente ha volado a miles kilómetros de aquí. Alzo mi mirada y lo observo. Ha estado refrescándose después del partido que ha jugado, y se está poniendo una camiseta limpia mientras se acerca a mí.

—¿Qué haces aquí tan sola? Ya han llegado todos. —Se detiene frente a mí mientras me observa desde su altura con ojos curiosos—. ¿Has estado llorando? —me pregunta con tensión en su voz.

—Tranquilo, no es nada. —Y hago un gesto precipitado con la mano para que no tenga en cuenta mis lágrimas—. Mi padre me ha dado varias noticias, pero no son las noticias lo que me ha hecho llorar, sino sus disculpas. Yared, ¡me ha pedido perdón! Y, ¿sabes?, ¡dice que está orgulloso de mí! —Y me levanto para rodear su cintura y abrazarlo. Noto cómo exhala aire con alivio. Apoyo mi cabeza en su torso y él me rodea la cintura. Yo cierro mis ojos queriendo guardar en mi memoria este bello momento.

—No podía ser de otra manera, preciosa. ¿Deseas hablar ahora de eso? ¿O te quieres quedar sola un rato más?

—No, no, te lo contaré esta noche con tranquilidad. Ahora es el momento de atender a los invitados. —Le doy un leve beso, pero Yared se precipita hacia mí con cierto apremio y me coge de la mano para detener mis pasos.

—Espera, espera... tengo que decirte algo —me dice. Lo miro curiosa. Lo veo inseguro, sus movimientos, la intensidad de su mirada, su actitud precipitada, todo el conjunto que observo me hace pensar que quiere decirme algo que le resulta difícil. Fuera, se escuchan las voces de los invitados. Ríen y conversan entre ellos mientras se van saludando. El ruido de fondo de las risas y gritos de mis hermanos denotan el punto final de tanta algarabía. Pero Yared no deja de mirarme fijamente, así que lo miro curiosa mientras nos quedamos frente a frente y cogidos de las manos.

—Verás... puede que no sea el momento adecuado, y desconozco si te va a gustar o no lo que voy a decirte. Pero quiero aprovechar el día de las confesiones. Yudica... —Se detiene y mira hacia el exterior, como queriendo

encontrar las palabras adecuadas. Yo siento que me estoy poniendo nerviosa con tanto misterio, y sin poderlo remediar le reprendo.

—¡Yared! ¿Qué ocurre?

—No, nada, no ocurre nada.

—¿Pues qué quieres decirme? —insisto nerviosa.

—Si crees que no es buena idea, no te preocupes, es solo algo que me estaba rondando la cabeza. —Y juega con mis dedos mientras su mirada se vuelve a perder en el exterior.

—¡Yared! Estás consiguiendo ponerme histérica —exclamo impaciente.

—Verás... después de hablar de los planes que tenemos y de haber pasado estos meses tan duros juntos, quiero asegurarme de que estés bien.

—Estoy bien, no te preocupes. —Y lo digo, no sé si aliviada o decepcionada. Al fin y al cabo, tampoco había que mostrarse tan vacilante para decir eso, ¿no?

—No es eso —me dice enseguida. Así que yo vuelvo a estar alerta. ¿Qué es eso tan difícil de decir?—. He llegado a un acuerdo económico con mis hermanos y la granja será nuestra.

—¡Pero eso es estupendo! —le contesto nuevamente aliviada y decepcionada a la vez. ¡Uf! Creí que iba a ser algo más dramático—. Siempre te has sentido muy bien aquí y ahora por fin será tuyo.

—Será nuestro, tuyo y mío. Y de eso precisamente quiero hablarte. No quiero que nunca te falte nada. Aunque sabes que no soy partidario de los convencionalismos sociales, reconozco que son efectivos a la hora de facilitar las cosas. Con el tiempo deseamos formar una familia...

—Yared... ¿A dónde quieres ir a parar? —Me empiezo a inquietar. Le está dando demasiadas vueltas a la información que quiere darme, y está consiguiendo ponerme de los nervios.

—A algo muy simple. ¿Quieres que nos casemos? —Y clava su negra mirada en mí. Abro la boca asombrada y no acierto a decir nada. ¡Madre mía! ¡No me lo puedo creer! Creo que mi cara es de puro asombro, puesto que Yared se ha erguido inquieto y enseguida comienza a hablar para romper, pienso que, por primera vez, un silencio que parece molestarle.

—Mira... no quiero que nada cambie entre nosotros, y si crees que es una tontería, solo tienes que decírmelo. De verdad que... —Salto sobre él y me cuelgo de su cuello para abrazarle. Mis pies dejan de tocar el suelo y él me

agarra rápidamente para subirme a su cintura. Le beso los labios mientras que lo oprimo tanto que acaba por quejarse lastimosamente.

—¡Ah! Nena, me vas a dejar sin respiración.

—¡Oh, Yared! ¡Estoy tan contenta! ¿De verdad harías eso? Es algo totalmente contrario a lo que piensas —exclamo emocionada.

—Sabes lo que pienso, pero también comprendo que para ti sea importante. Quiero que estés bien, que te sientas segura y no tengas dudas. Has tomado muchas decisiones difíciles por estar conmigo, incluso cuando casi no nos conocíamos. Siempre has sido tú la que te has adaptado a mi forma de vivir. Lo has apostado todo a una sola carta y quiero que sepas que lo sé, lo valoro, y que, si estás de acuerdo, jugaremos juntos al juego del matrimonio.

—¿Lo dices en serio? No quiero que te sientas obligado. Si he tomado esas decisiones, es porque siempre he tenido muy claro lo que sentía por ti.

—Yudica, yo también tengo muy claro lo que siento por ti. Y, ¿sabes?, aunque parezca increíble, me gusta la idea de comprometerme ante todos, porque realmente ya lo he hecho antes, aunque no haya habido firmas ni testigos.

Me quedo mirándolo con la boca entreabierta. Pero es que casi no me puedo ni creer lo que acabo de oír. ¿Casarnos? ¡Uau!

—¡Joder! No sé qué contestar —exclamo nerviosa con una risa algo histérica.

—¿Cómo que no sabes qué contestar?! —me pregunta con sorpresa. Me río como si me hubiera contado el chiste más gracioso del mundo y lo vuelvo a abrazar. ¡Dios! Estoy tan feliz que me hubiera quedado en esta posición durante el resto del día, apoyada mi mejilla en su hombro y aferrada a su tronco con mis piernas. Él me acaricia la espalda mientras que me sujeta para que no me resbale. Las voces de los hermanos de Yared empiezan a exigir nuestra presencia, pero ambos permanecemos unos minutos más disfrutando de nuestro abrazo.

—No es eso —le contesto sin dejar de abrazarlo—. Sabes que no lo dudaría ni un instante. Pero tenemos todo el tiempo del mundo para dar ese paso.

—Entiendo que tu respuesta es un sí. —Me vuelvo a reír con nerviosismo al advertir su inseguridad, pero no digo nada. Solo lo miro embelesada y con cara de tonta.

Permanecemos unos instantes más abrazados, mientras aprovecho este

silencio para serenarme. Mis pulsaciones van tan aceleradas que creo que se me va a salir el corazón. Fuera, se escuchan nuestros nombres. Nicolás nos reclama, y Gregori solicita las bebidas con fingida exigencia. Pero quien rompe espontáneamente nuestro abrazo es la repentina aparición de mi madre en el salón.

—¡Ah, estáis aquí! Fuera os reclaman. —Su voz sorprendida hace que deshagamos nuestro abrazo y yo vuelva a apoyar los pies en el suelo, nunca mejor dicho. Permanecemos cogidos de la mano, como dos adolescentes que acaban de hacerse una confesión, y nos dirigimos hacia la salida. Mi madre parece incómoda por su intrusión, pero sorprendentemente no se ha movido de donde se ha detenido y espera a que nos acerquemos.

—Tienes una casa muy bonita, Yared. —Se dirige a él con cierta timidez en su voz. ¡Vaya! ¡Esto sí que es bueno! ¿Mi madre está hablando a Yared? ¡Esto es un milagro! Él se pone en medio de ambas y rodea sus hombros con absoluta familiaridad, como si fueran amigos de toda la vida. Proseguimos nuestro camino hacia la salida. Yared no deja de mostrar su afectividad con mi madre mientras yo permanezco totalmente sorprendida, escuchando asombrada la primera conversación entre ellos.

—Me alegro de que te guste, Elena. Nuestra casa siempre estará abierta para vosotros. Así que espero que vengáis a visitarnos más a menudo. Aquí hay sitio para todos. Por cierto, ¿has visto la fotografía que he colgado de Yudica? ¡Está preciosa!, ¿verdad?

—Sí, la he visto —dice cohibida ante la actitud campechana y cordial que demuestra Yared—. Gracias por todo. Jonay y Gara están muy contentos. Y, sobre todo, gracias por cuidar tan bien de mi niña.

—¿Gracias? ¿Por qué? —pregunta extrañado mirándola detenidamente. Incluso se ha parado por unos breves instantes—. ¡Es también mi pequeña! Por cierto, cuando tenga un poco de tiempo libre, te enviaré las fotografías que he hecho a tus hijos... ¡Te encantarán!

La gran mesa está rodeada de gente maravillosa. Los padres de Yared están sentados juntos. Irene está radiante y más guapa que nunca. Me admira una vez más su gran belleza. Yo particularmente, me he sentido muy apoyada por ella durante todo el tiempo en el que he estado tan mal. Cuando me visitaba, yo me sentía en la obligación de ser tan fuerte como lo fue ella en su momento, y a la vez la veía como a la gran triunfadora que es, la cual ha construido a su

alrededor una encantadora familia. Está hablando con mi madre, que sentada a su lado, trata de controlar con paciencia el nerviosismo típico de Jonay. Gara está al otro lado de la mesa, junto a Nicolás, el cual trata de hablar con su padre entre interrupción e interrupción de mi pesada hermana. Mis ojos siguen recorriendo la mesa con atención, y reparo en que mi padre habla con Gregori y Yared. Marta está junto a Jonay y creo que quiere ayudar a mi madre a tranquilizarlo un poco. Su gran barriga hace evidente su avanzado estado de gestación. Alejandro se nos ha unido en la comida. Se ha hecho muy amigo de nosotros y visita nuestra granja con bastante frecuencia. Finalmente se ha separado de Joana, y cada uno sigue su camino de la mejor manera que puede. Sé que le ha afectado su separación y ahora está en proceso de adaptación.

También hemos querido compartir nuestra mesa y tiempo con nuestro querido vecino Víctor. Este hombre nos ha estado ayudando en el huerto durante todos estos meses, y hemos considerado oportuno cederle un sitio entre todos nosotros. Cuando Yared le pidió que viniese a pasar el día con nuestras familias, Víctor se emocionó un poco. Sé que su soledad es elección suya, pero no deja de ser agradable pasar unas horas entre comida, bebida, gente encantadora y buena conversación. Estamos todos juntos en un espléndido día de finales de verano, disfrutando de la tertulia mientras que el sol avanza y cae sobre todos nosotros. La comida ha sido muy amena y divertida. Yared, Nicolás y mi padre se han ofrecido voluntarios para hacer de camareros y cocineros. Hubo algún comentario y pique hacia Gregori por parte de sus hermanos, pero él se ha mantenido firme en su decisión de no ayudar y no se ha movido del lado de su adorada mujer. Nos hemos reído, hemos hablado de muchas cosas y yo me he sentido tan feliz y agradecida que a veces me entraban ganas de llorar. Pero he conseguido contenerme y he mantenido la compostura. Estoy muy sensible, y todo se me antoja tan extraordinario, que no dejo de apreciar cada momento como un regalo extra que me ha hecho la vida. Hace calor, y a pesar de que la sombra todavía nos protege, yo no he podido evitar quitarme el calado gorro vaquero que cubre mi cabeza para refrescarme. Mi madre me mira con desaprobación.

—¿Por qué no te compras una peluca? —me pregunta. A pesar de que hay varias conversaciones alrededor de la mesa, siento que todos han escuchado su pregunta. Ella no lo puede evitar, y siempre encuentra algo que reprocharme. Pero también observo con qué dedicación y paciencia trata a mis hermanos. No sé, puede que mi percepción esté cargada de esos juicios que yo

tanto condeno. Sí, quizás sea un error mío. Ahora soy consciente de que nada me puede hacer daño, salvo mis propios pensamientos, y también sé que tengo el poder de decidir qué pensamientos tener. ¿Y si elijo ver la situación de otra forma? Mi madre se preocupa por mí a su manera. Puede que no esté de acuerdo con sus formas, pero no puedo juzgarla si no quiero que me juzgue a mí. Es lo justo, ¿no? Así que elijo no sentirme herida por sus palabras, ni elijo ver condena en su voz. Prefiero pensar que está preocupada y que no entiende que no me importe mostrar mi cabeza sin pelo ante todos. Siento un gran alivio al poder corregir mi forma de ver las cosas y muestro una sonrisa llena de comprensión.

—Ya me está creciendo el pelo, no te preocupes por mí, mamá. Ya estoy recuperada —le contesto suavemente. Todos siguen con sus conversaciones y milagrosamente parece que nadie ha reparado en nuestro diálogo particular.

—Yudica, ¿te pasarás por el hospital antes de marcharos? —me pregunta Alejandro.

—Sí, les prometí a todos que me despediría de ellos antes de irnos.

—¿Todavía vas a visitarlos? ¿Por qué? —Mi padre no lo entiende y parece extrañado. No logra comprender por qué empleo mi tiempo a cambio de nada, de hecho, nunca lo ha entendido. En cambio, Alejandro habla ignorando el verdadero motivo de su pregunta y explica con cierta admiración en su voz.

—Yudica ayuda mucho a todas esas personas. No sé ni qué les dice, ni cómo lo hace, pero todos preguntan por ella. La ven recuperada y eso les da esperanza.

Y nuevamente se desvanece mi propio juicio, como por arte de magia. El suspicaz comentario de mi padre solo parece estar cargado de críticas subliminales para mí. La conversación se dirige hacia otras vertientes mucho más interesantes y Alejandro habla sobre el libro que está escribiendo. Todos se muestran interesados y se crea una conversación en la que poco a poco, Yared y Alejandro acaban por ser los únicos participantes, mientras que el resto permanecemos contagiados de alguna forma por sus pasiones.

—¡Hay tantas incógnitas! Las emociones es una de ellas. De hecho, está más que demostrado que el cerebro libera neuroquímicos como la oxitocina, tiroxina, adrenalina o la serotonina, por causas emocionales —dice Yared.

—Se sabe que los niveles hormonales varían dependiendo de los estados de ánimo. —Alejandro se empieza a entusiasmar—. Así pues, la frecuente exposición al estrés, que generalmente es producido por el miedo,

irremediablemente genera daños físicos, debilita el sistema inmunológico y aumenta las infecciones. El pionero de todo este planteamiento fue el doctor Hans Selye, quien lo denominó síndrome de adaptación natural. Este doctor hizo varias investigaciones, y llegó a la conclusión de que las largas exposiciones al estrés generan un reajuste en el cuerpo con el propósito de restaurar el equilibrio. Este cambio estresante puede provocar enfermedades y hasta la muerte.

—¿Y qué me dices de la epigenética? Es el gran desafío de la biología moderna. Se tiene que llegar a entender todas las combinaciones de los posibles “interruptores” que pueden afectar a los genes —dice Yared.

—¿Alguien puede explicar qué es eso? —pregunta Gregori. Yared enseguida comienza a explicarse mientras yo me pierdo en su semblante: Serio, tranquilo, transmitiendo una serenidad contagiosa y una comprensión infinita hacia todos.

—Todos sabemos que recibimos cromosomas compuestos por genes heredados de nuestros padres. Siempre se pensó que estos genes eran indemnes a la forma en que vivimos, pero se descubrió que hay mucho más que una sola secuencia de ADN. El proyecto genoma humano desencadenó un asombroso descubrimiento por parte de los científicos, ya que el número de genes de un cuerpo humano era mucho menor del que se esperaba.

—Así es —corroborra Alejandro— y también se descubrió que detrás de este bajo número de genes existía una serie de químicos que eran capaces de interactuar como interruptores para activar la información del gen. Así que las experiencias traumáticas de nuestros ancestros quedan como heridas moleculares en el ADN. Es increíble saber que cada pueblo y familia, lleva inscrito en su código genético la historia de su cultura. Es como si los genes conservaran la memoria de sus antepasados y pudieran ser activados por cualquier cambio medioambiental o causas externas. Dependiendo del exceso de metilación de genes en el hipocampo, la información heredada es más o menos traumática.

—No podemos esperar a que las pruebas científicas corroboren lo que ya se sospecha desde hace tiempo —dice Yared—. Todo está relacionado y unido por hilos invisibles, así que todos emitimos y recibimos dicha información.

Alejandro lo mira con curiosidad y pregunta:

—¿Estás convencido de que la separación no existe?

—Verás, el mundo está habitado por unos 7000 millones de personas que

formamos un cuerpo más grande e inmenso llamado humanidad, y junto con el resto de los seres vivos y la propia tierra, formamos parte de una biología perfecta. Todo está perfectamente sincronizado, la luz solar ideal, la gravedad, el calor perfecto, los planetas dentro de los sistemas solares moviéndose entre ellos en concordancia y, además, disponemos de medios a nuestro alcance para poder vivir generación tras generación gracias a una maquinaria orgánica digna del mejor ingeniero. Atraemos situaciones a nuestra vida que hablan de nuestro interior y nos relacionamos unos con otros por resonancia. Aunque hemos olvidado que tenemos el potencial para fomentar la vida, pero también para tentar contra nosotros mismos.

Yared vuelve a dejarse llevar por sus pasiones y yo me dejo arrastrar por él. Ahí está, mi salvador y el salvador del mundo, dispuesto a tratar nuevamente de hacernos sentir a todos responsables y no víctimas, de todo lo que nos ocurre. No puedo evitar observar a todos los que compartimos hoy la mesa de nuestra casa, y me dejo guiar por mi sensación de plenitud. Todos lo escuchan fascinados y creo que algo de sus palabras nos resuena. Es como si dentro de una pesadilla, una mano amiga te zarandeara suavemente para que te despiertes con dulzura. Es un despertar suave, muy amoroso, un despertar lleno de esperanza y que únicamente te recuerda que este mundo, en realidad no existe. Esa voz dulce nos apremia para que abramos los ojos a la verdad y nos comencemos a cuestionar cada uno de los valores que abrigamos. Si fuéramos capaces de escuchar esa voz, simplemente nos recordaría que no estamos solos y perdidos en los problemas de este mundo y nos traería a la memoria el hecho de que no puedes darle nada a otro, sin que dejes de recibirlo también, sea lo que sea.

Sonrío levemente y alcanzo su mano para entrelazar sus dedos entre los míos. No sé, necesito su contacto. Él me mira brevemente y con curiosidad. Solamente son unos segundos. Pero es tan intuitivo que enseguida entiende lo que necesito. Así que me rodea con su brazo atrayéndome hacia él y yo me recuesto contra su pecho para disfrutar de su agradable contacto, me dejo arrastrar por sus palabras, las cuales me reconfortan a extremos insospechados. Cuando una persona ha jugado con la muerte, como me ha ocurrido a mí, y siente que el futuro es algo muy incierto, la visión se amplía a límites inimaginables.

—Mi hermano siempre ha sido un soñador, Alejandro. Pero si lo escuchas durante un rato, te acabará por convencer, ya lo verás —dice Gregori con una

sonrisa.

—Es un creador de sueños —afirma Gregorio con seriedad—. A veces no sé si vive realmente en este mundo o no.

—Pues a mí me gusta escuchar lo que dice —le defiende Marta con énfasis.

—A ti siempre te gusta lo que dice Yared, aunque solo sean tonterías —le replica Gregori en tono burlón. Marta le saca la lengua con simpatía y ambos acaban abrazados y haciéndose carantoñas.

—Para un viejo como yo —interviene nuestro vecino Víctor—, cuando se llega a una edad se cree en todo. La magia está en la propia vida, en la existencia de todo ser vivo, en el orden perfecto del universo.

—Tenemos tan asumido que todo existe desde siempre, que nunca nos detenemos a plantearnos por el motivo de esa existencia —insiste Marta.

—¿De todo eso vas a hablar en los documentales? —Alejandro no deja de demostrar lo interesado que está por su opinión.

—En este próximo documental nos introduciremos en la cultura inca, se entrevistará a un chamán, y daremos a conocer cuáles eran las creencias de este pueblo. Nuestros ancestros eran sabios en muchos aspectos —explica Yared brevemente.

—Pero la religión de esta cultura era politeísta, ¿no? —vuelve a preguntar Alejandro.

—Y también panteísta, sus dioses eran seres del mundo natural como los ríos, las lagunas, la luna, la lluvia... Se creía que todo era divino y que el Creador y el universo son la misma cosa. Ellos vivían en armonía con la naturaleza y divinizaron el medio ambiente.

—¡Ja! ¡Eso es lo que Yared quiere conseguir, divinizar el medio ambiente! —bromea Gregori. Todos nos reímos y Yared acepta la broma de buen agrado.

—¿Tú también te ríes, traidora? —me pregunta con cariño. Y me besa tiernamente sobre los labios para volver a estrecharme en su regazo con ternura. Yo no tengo más ojos ni más oídos que para él, pero sin poderlo evitar, siento la mirada llena de satisfacción de sus padres y... ¿de los míos? Pero Yared sigue argumentando, arrastrado por la pasión que siente por la naturaleza.

—Sería muy afortunado poder conseguir que la visión Andina fuera la que existiera hoy. Ellos consideraban que la naturaleza, el hombre y la Pachamama vivían relacionados estrechamente. Todo el conjunto formaba un solo ser vivo.

Sabían que el hombre tenía alma, pero también las plantas, los animales, las montañas, los ríos...Y el ser humano, como parte de la naturaleza, ni podía ni pretendía dominarla. Era más bien una convivencia armoniosa y que se basaba en la coexistencia como parte de todo.

Se ha instalado un denso silencio en el que solo se oye la conversación que mantienen mis hermanos. Ambos se han sentado juntos y están pintando y hablando entre ellos, con esa típica compenetración que siempre han tenido.

—¿Cuándo se darán a conocer estos documentales? —pregunta por primera vez mi padre.

—Cuando terminemos totalmente el de Perú. Dependiendo de la aceptación que tenga, seguiremos rodando por otros sitios. Si todo funciona bien, el próximo destino podría ser el Ártico. Pero todavía es pronto para decir un destino concreto.

—¿Al Ártico? ¡Uau! —No puedo dejar de exclamar con emoción. Yared me mira con una gran sonrisa y me dice en tono juguetón:

—Pero esperaremos a que te crezca un poco el pelo. No quiero que se te hielen estas preciosas orejitas.

—El cambio climático y el desprendimiento del hielo en los polos es un tema preocupante. Sería necesario recalcar este punto —confirma Nicolás interrumpiendo nuestra mirada cargada de mensajes ocultos.

Yared afirma con la cabeza y su postura relajada se tensa. Me veo obligada a incorporarme. Estos temas le entusiasman, y aunque siempre trata de aceptar al mundo tal y como es, su cuerpo no deja de demostrar que hay ciertos temas que le absorben.

—¿Sabéis? En los últimos treinta años, se ha perdido tres cuartas partes de la capa de hielo. Lo triste de todo esto es que estos impactos afectan a los cetáceos y a otras especies como el oso polar. Es inevitable que conlleven cambios en su distribución y en una alteración de sus periodos de migración.

—Lamentablemente algunas grandes empresas han encontrado la manera de capitalizar lo que está por convertirse en una futura catástrofe ecológica, solo por satisfacer los intereses de unos pocos. —Nicolás demuestra una vez más, que está al corriente de cualquier tema relacionado con el medio ambiente.

—Ya. He leído que el Ártico contiene el 22 % de los depósitos de hidrocarburo del mundo —comenta Gregori.

—Así es —afirma Gregorio a su hijo mayor. Después mira a Yared y explica—: Esta es la razón por la que varios países firmaron la estrategia para

la protección del medioambiente. Incluso los ministerios de Asuntos Exteriores de la región ártica firmaron la Declaración de Ottawa para un desarrollo sostenible. Se están haciendo cosas, el Protocolo de Kioto, el Convenio de Basilea, y el último convenio sobre prevención de la contaminación marina de Oslo y París, que pretende regularizar las actividades que puedan tener un impacto negativo en los ecosistemas y en la biodiversidad.

—Sí, OSPAR tiene las herramientas legales para una declaración de reservas marinas en sus aguas y evitar futuras amenazas, pero todavía no han sido capaces de llegar a ningún acuerdo —concluye Nicolás.

—Hoy en día, aún sigue siendo la zona más desprotegida del planeta —dice Yared—. Todos sabemos cómo funcionamos. La veda del petróleo se ha abierto y se está permitiendo que grandes empresas petroleras puedan beneficiarse. Además, el petróleo y su extracción no es la única amenaza. Las flotas pesqueras de arrastre ya pueden surcar por sus aguas gracias al deshielo, y todos sabemos que comenzarán a explotar el océano Ártico, cuando hasta ahora los pobladores locales siempre han pescado de manera sostenible.

—Se están consiguiendo grandes cosas, pero no es tan fácil como creéis vosotros, los ecologistas —se defiende Gregorio.

—Sí, pero mientras se debate, hay especies que están en peligro de extinción, aunque no solo habiten en el Ártico, como el tigre de Amur, el leopardo de las nieves, las ballenas o los bisontes —defiende Nicolás con vehemencia.

—Papá —insiste Yared— si no se tiene una conciencia ambiental global, las consecuencias serán catastróficas. No entiendo cómo aún hoy en día no se apuesta por las energías limpias y renovables. Todo el mundo tiene que saber a lo que nos enfrentamos si no se empieza a actuar. La diversidad biológica del Ártico es un santuario lleno de vida y no podemos dar la espalda a un problema que pertenece a todos.

—Bueno, para eso estás tú, hijo, con tus documentales y tus conferencias —corta Irene con una gran sonrisa. Y como si se tratara de magia, todos callan. Su marido parece que va a hablar, pero enseguida cierra la boca ante el contacto de la mano de Irene sobre su rodilla. Todos lo hemos visto e indudablemente, la aparente fragilidad de esta mujer es superada por su dominio ante toda su familia. Sus hijos han enmudecido, y su marido ha

cerrado la boca ante un simple contacto. Es como si entre ellos hubiera un acuerdo que advirtiera que se estaba traspasando una línea invisible que consideraban peligrosa. Mirando con impaciencia a mi madre, Irene explica en voz alta—: Esto es algo muy típico en mis hijos y mi marido, siempre monopolizan la conversación. A veces puede ser bastante irritante.

—¿Cuándo os marcháis? —pregunta Gregorio para cambiar de tema. Todos los que están sentados alrededor de nuestra mesa nos miran con atención, pero no sé identificar muy bien el sentido de todas estas miradas. Siento que dentro de la alegría de saber que seguimos con nuestras vidas, hay cierto pesar por nuestra futura ausencia.

—El mes que viene. Esperaremos a que Yudica se haga las últimas pruebas —contesta Yared.

—No estaréis aquí cuando nazca el pequeño Isaac —dice con abatimiento Marta. Yo la miro con pesar, ya que siento que realmente le entristece que no estemos en ese momento tan especial con ellos

—Pero, Marta, cuando volvamos tendremos muchas cosas que celebrar —contesto rápidamente.

—Espero que una de esas cosas sea tu alta médica definitiva —dice mi padre.

—Bueno, pues brindemos porque así sea —exclama rápidamente Nicolás —. Por una próxima reunión cargada de buenas noticias.

Todos nos ponemos en pie y alzamos las bebidas. Empiezo a darme cuenta de que a esta familia le gusta mucho los brindis y celebraciones por cualquier motivo. Yo cojo mi limonada, quizás algo azorada por ser el centro de atención de todos.

—Yo también quiero hacer un brindis. —Yared alza la voz sobre el murmullo general y se hace oír tras la algarabía que se ha formado tras el brindis espontáneo. Todos le miramos con curiosidad. Cuando al fin nos callamos, Yared dice:

—Por Marta y Gregori y por la futura incorporación a esta familia de Isaac. —Todos chocan sus vasos y el ambiente se comienza a alborotar—. Y por Yudica —prosigue Yared en voz alta—: Mi pequeña se merece un brindis especial por su natural forma de enseñarnos a ser excepcional, por su bondad, y por la paciencia que ha tenido cuando los días y los meses se han hecho tan largos. Sé que soy muy afortunado. Desde que cuento con ella, mi vida es mucho más abundante. —Me mira y se dirige a mí como si nadie más nos

escuchara—. Tú ni lo sospechas, pero tus palabras y cariño, no solo reconfortan mi alma de una forma que nunca podrás imaginar, sino la de todas las personas que tienen la suerte de conocerte.

—¡Por Yúdica! —Alza la voz algún espontáneo, creo que ha sido Nicolás. Pero yo no dejo de mirar a Yared totalmente sorprendida. ¡Joder! ¿Pero qué es esto? Todos chocan sus vasos menos yo, claro, que aún permanezco sin reaccionar mientras miro embelesada al resto de participantes. Mi madre se seca alguna lágrima que delata lo emocionada que se siente, y mi padre tiene cara de querer explotar por reprimir sus emociones. Irene vuelve a demostrar su sensibilidad ante estas situaciones y su marido la abraza sonriendo. El resto de las personas hablan entre ellos, Nicolás dice algo que hace reír a carcajadas a Alejandro y a Gregori, y Marta le da un leve empujón a su marido. Yo hace ya mucho tiempo que he dejado de escuchar. ¡Madre mía! Es como si el mundo y sus circunstancias se alejaran de mí y no fuera capaz de reaccionar.

—Te has quedado muy callada —me dice Yared al oído con voz muy íntima.

—¿Por qué has hecho eso? —logro preguntar con reproche.

—Porque quiero que lo tengas muy claro. Mi proposición va en serio, y espero tu respuesta. Además, quiero que todos sepan lo que significas para mí. —Ya no puedo resistir más el impacto que me han producido sus palabras, así que entierro mi cara contra su pecho para que nadie me vea tan afectada. Noto que él se ríe de mi actitud esquiva y me da besitos en la cabeza, donde comienza a salirme pelo muy poco a poco.

“Es posible que el universo no sea más que un holograma creado por la mente”.

David Bohm (1917-1992) Físico

Yared

Estamos en lo alto de la montaña Huayna Picchu, que nos ofrece una vista fantástica de los restos arqueológicos del Machu Picchu y del río Urubamba, al fondo del Cañón. Envueltos en un agradable silencio y acompañados de un clima suave y fresco, las turbulentas aguas del río pueden oírse desde este lugar tan elevado.

La tarde ha ido avanzando durante la empinada subida por el estrecho camino que accede a lo alto de esta impresionante montaña. La altitud y los tramos, con peldaños y escalinatas talladas en la roca, han hecho que la subida fuera lenta y pesada, ya que tiene unos 300 metros de desnivel. Mi objetivo es hablar con un chamán inca llamado Wari, el cual ha accedido a verme solo a mí y extrañamente, a Yudica. No desea que ninguna cámara le grabe. No sé, tendremos que trabajar sobre este pequeño contratiempo junto con los compañeros de montaje.

Todo el equipo de rodaje, junto a los guías, porteadores y el cocinero especializado en cocina de alta montaña, se han quedado descansando, y después de mostrar los permisos pertinentes para acceder a la montaña a esta hora exclusiva de la tarde, hemos subido con tranquilidad. Mientras subimos, me siento inseguro, como si estuviera en la cuerda floja, y en ocasiones me sorprende mirando a Yudica para poder hallar algún signo de cansancio en su rostro. Pero ella está resplandeciente, y en ningún momento ha mostrado debilidad ni decaimiento. Su tez está bronceada, sus ojos brillan como nunca, y en su rostro siempre hay una sonrisa llena de entusiasmo. Le está creciendo el pelo y está preciosa. Ciertamente es que al principio le costó aclimatarse a las alturas, pero eso nos ha ocurrido a todos. A pesar de todo quiero ser prudente y realizar este trabajo con calma. Para asegurarme de hacer las cosas bien, hemos pasado varios días en Cuzco antes de iniciar el recorrido, y poder así aclimatarnos a la altitud del lugar. Hemos bebido muchos líquidos y tomado el

mate de coca, cuya bebida posee propiedades curativas y digestivas. Esta infusión de hojas de coca es una bebida milenaria muy típica en las regiones andinas, que sirve para curar el mal de montaña. La concentración de cocaína en la hoja es realmente baja y no produce toxicidad ni dependencia.

Y ahora ambos esperamos la llegada del chamán mientras admiramos en soledad este fantástico lugar. Los colores del cielo van cambiando, los matices se van oscureciendo y crea un juego de sombras sobre las ruinas, que resulta muy sobrecogedor. Se puede observar el nevado Salcantay, su curiosa alineación con la cumbre del Machu Picchu y esta misma montaña, el Huyana Picchu. Es realmente sobrecogedor contemplar lo que nos rodea, la admirable ciudad inca rodeada de templos, andenes de piedra milenaria y canales de agua. Las palabras están vacías ante tan majestuosa imagen.

—¡Oh! Qué bonito, ¿verdad? —la voz de Yudica rompe el silencio mientras rodea mi cintura sobrecogida por lo que vemos. El sol se va ocultando poco a poco, y ambos perdemos nuestra mirada en el horizonte, recreándonos, una vez más, de todo nuestro alrededor. Ante tal majestuosidad, nos rendimos y admiramos la belleza que también habita en nuestro interior. No puede ser de otra forma. Tu mundo externo no deja de ser la representación de tu condición interior. Y aquí estamos los dos, conmovidos una vez más por la magnificencia que se abre ante nuestros pies. El silencio nos envuelve y como fondo, el río que baña las orillas del cañón nos demuestra su bravura y fuerza.

—Inti, el dios sol, se va a dormir y vuelve a dejar a oscuras la ciudadela, la cual duerme protegida por las montañas que la rodean, abrigada por la vegetación. —La voz poderosa que resuena tras nuestras espaldas, nos hace girar de golpe. Ante nosotros se encuentra el mismo hombre pequeño que ayer vi, pero esta vez tiene un ligero poncho de colores sobre su cuerpo y en la cabeza luce con orgullo un gorro de los mismos colores alegres. En su rostro cincelado de arrugas, asoma una sonrisa llena de benevolencia. A pesar de todo, no sabría adivinar su edad. No sé si acaba de llegar o estaba esperando en algún lugar, pero lo veo fresco y relajado, sin atisbos de cansancio ni respiración agitada.

—¡Hola! Gracias por concederme esta entrevista. —Nos estrechamos la mano. Su mano aprieta la mía con determinación y me mira directamente a los ojos, como si pretendiera leer en mi interior. Después realiza el mismo ritual con Yudica, siempre mostrando una leve sonrisa en sus labios.

—Por favor, sentaos. Estoy contento de que hayas venido —le dice a Yudica. Automáticamente, cruza sus piernas y se sienta sobre la superficie de la montaña, mientras espera que reaccionemos a su entrada repentina y a su invitación. Yudica y yo nos sentamos ante él formando un círculo.

—Pero yo no formo parte del equipo de rodaje —dice Yudica.

—No he querido que subieras por el rodaje, sino por lo que me has transmitido. —Wari habla mirándonos alternativamente—. No quiero contrariar los planes de este documental, pero como antes he dicho, solo deseo que salga mi voz grabada. Siento que lo que he de decir, será mucho máspreciado que mi persona. Tampoco soy muy amigo de realizar entrevistas, pero la explicación que me has dado ha sido lo suficientemente poderosa como para convencerme. Me ha gustado tu historia, tu gran visión, eres una persona sensible, sabia y voy a unirme a tu llamada.

—Estoy agradecido. ¿Puedo empezar a grabar? —pregunto antes de encender la grabadora.

—Adelante. —Y hace un leve gesto con ambas manos para alentarme—. Seré breve: Soy chamán, hijo y nieto de chamanes. El chamanismo ha sido considerado como la primera forma de religión, y el papel que desempeñaba en el pueblo era de curandero, ya que se poseían conocimientos sobre farmacopea. Estos conocimientos siempre se han transmitido de generación a generación. El chamán, además, cura a través del espíritu y trata de conocer al mundo a través de esta búsqueda espiritual. Esta postura ha desarrollado el profundo respeto que se le ha tenido a la naturaleza, y la evidente relación que siempre ha existido con la misma. Sé que el hombre actual ha ido descubriendo nuevas teorías físicas que están revolucionando la forma de verlo todo, pero pienso que el error de esta búsqueda se basa en que siempre se ha optado por encontrar la energía a través de la materia. El chamán, en cambio, opta por encontrar el poder del espíritu a través de la energía.

Se queda callado y mira el cielo que va oscureciendo. Siento un agradable bienestar al encontrarme aquí, en medio de este sitio tan significativo y que encierra tanta historia entre sus pliegues rugosos. La energía que se desprende de este lugar es más que evidente, y se respira una gran sensación de plenitud y tranquilidad.

—¿Sabéis? —Wari interrumpe mis pensamientos con su característica voz profunda—. Hace mucho tiempo, este era un poderoso pueblo, pero la estabilidad del Imperio fue en deterioro, como cualquier colectivo que olvida

el bien común. La igualdad y proporción justa del reparto de frutos y bienes, fue abandonada por la insensatez. Unos trabajaban rudamente para que otros se enriquecieran, rompiendo así la unidad económica del Imperio. Era un pueblo acostumbrado al colectivismo, y la nueva política hirió el espíritu de la raza, presagiando una inminente disolución y un nuevo ciclo bajo nuevas formas de vida.

—¿Y la conquista de los españoles? —vuelvo a preguntar. Wari hace un leve movimiento con la mano y dice:

—Cuando vino el hombre blanco, la antigua unidad incaica ya estaba dividida, tanto económica, como políticamente. Fue solo cuestión de empujar la primera pieza del dominó, para que las otras le siguieran. Cuando olvidamos quiénes somos, nos invade la locura. Los pueblos tienen muchos ejemplos al respecto, pero nunca aprendemos de ellos.

—¿Qué es lo que nunca se debería olvidar? —le pregunta Yudica espontáneamente.

—Lo que somos. Solemos olvidar con facilidad nuestra grandeza ante cosas que creemos importantes, cuando en realidad no lo son tanto. Aunque he de decir que el pueblo inca tuvo un poder admirable, que se basaba en el bien común y en el trabajo de todos para todos. Era magnífica la organización y ayuda que existía entre todos los integrantes del ayllu.

—¿Qué es un ayllu? —vuelve a preguntar Yudica con su natural curiosidad.

—Es el nombre que se le da a cada grupo familiar indígena. Cada ayllu tenía asignado un sector de tierra para trabajar, y se disfrutaba de un reparto comunitario de sus frutos. Se desarrolló un sistema de intercambio económico, no capitalista ni individualista, donde no existía la propiedad y todo se repartía entre el pueblo, los enfermos, viudas, huérfanos, incluso funcionarios y sacerdotes. Otra parte de la producción era almacenada para épocas de enfermedades o sequía. Esta organización social permitió que el hombre y la naturaleza viviesen en un perfecto equilibrio. De hecho, consiguió ser la única cultura del planeta que erradicó el hambre.

—También es admirable este sistema de terrazas ante tan abrupto desnivel de terreno —le señalo.

—Sí. Nuestros antepasados pudieron vencer la inhóspita geografía de montañas, bosques, y altitud, cortando la ladera para crear terrazas y convertirlas en terrenos habitables. Como el terreno es montañoso, se

construyó un maravilloso sistema de canales de riego, drenajes, rotación de cultivos y descanso de suelos. Canales y acequias son hoy en día obras de ingeniería notables, como el canal de Cumbemayo, que ha transformado zonas desérticas en terreno fértil. Incluso se llegó a dominar el exceso de agua en las costas, con puquios, que son galerías subterráneas.

Suspira y sus ojos se pierden durante unos segundos en todo lo que nos rodea. Su leve sonrisa no desaparece nunca.

—Machu Picchu es un sitio muy especial. No podía dejar de hablar de este sitio, aunque todos sabemos que Perú es mucho más —le argumento.

—Sí, estas montañas ofrecen una singular permeabilidad sobre la ciudadela, lo cual hace posible que las lluvias se infiltren para emanar una eterna fuente de agua. Todos estos acueductos y sistemas de riego siguen utilizándose a pesar del tiempo que ha transcurrido. ¿Sabéis? Los incas no solo eran sobresalientes en ingeniería, sino que también eran expertos en el campo de la medicina. Hay evidencias de las operaciones exitosas que se realizaban en el cerebro, hecho que no existía en el resto del planeta. Aunque no tenían anestesia moderna ni antibióticos, poseían un gran conocimiento en plantas medicinales. —Wari sonrío y su cara se ilumina bajo la creciente luna que nos acompaña. Observo un momento a Yudica y la encuentro tan fascinada por sus palabras como lo puedo estar yo. Este hombre irradia una atracción inexplicable. Tan aparentemente sencillo, pero con tanta sabiduría en sus palabras.

—Veréis —Wari vuelve a inhalar aire con profundidad y retoma su exposición—, el mundo antiguo vivía en total armonía con la naturaleza, se celebraba la vida como el regalo que es. Para el hombre andino todo lo que existe es parte de una unidad, formada por las estrellas, el sol, la luna, las montañas, los ríos, las rocas, los seres humanos, los árboles, y los animales. Todo lo mencionado tiene vida y una relación permanente. Pero apareció una época en la que el hombre se creyó dueño del mundo y dispuso de la vida ajena, de los animales y de la naturaleza a su antojo, y comenzó a manipular las mentes, a inculcar el odio, la oscuridad y el poder destructivo hacia todo lo que nos rodea.

Permanecemos en silencio mientras asimilamos las palabras recién escuchadas. La noche ya se ha cerrado y lucen sobre nosotros numerosas estrellas salpicando el oscuro manto que nos cubre. La luz que refleja la luna crea sombras misteriosas a nuestro alrededor. El ambiente y el silencio nos

aportan una paz muy difícil de explicar. Sé que todos los que estamos sobre esta montaña, notamos las mismas sensaciones:

—Wari, ¿qué le dirías a las personas que puedan ver este documental? ¿Qué podemos hacer para cuidar a nuestra madre tierra? —le digo.

—Respetarla, pero no por el simple hecho de hacerlo o porque es lo que se debe hacer. El respeto se ha de sentir.

—Entiendo, como la oración —digo en voz muy baja. Wari me mira entre la oscuridad mientras afirma levemente con la cabeza.

—Es algo que con el tiempo se ha ido distorsionando y adaptado a nuestra creencia de ser inferiores. La divinidad se manifiesta como parte de una extensa red de vida, y nosotros somos una pequeña hebra. Con el tiempo hemos olvidado que lo que le hagas a la red, te lo haces a ti mismo, porque eres parte de todo el contenido. Cuando pedimos a los dioses ayuda por la alteración que hemos ocasionado, volvemos a olvidar que somos parte de la red que lo forma todo. ¿Qué quiere decir esto? Pues que, como parte de este entretejido enlace de hilos, nuestros deseos y oraciones ya están en el aire, y la información o alteración que emitimos está en cada hilo, por consiguiente, lo sabe la red entera. Nuestro error es pedir desde la necesidad o la desesperación. Veréis, el lenguaje de la oración no entiende de palabras, solo de emociones. Cuando se ora, se ha de sentir como un hecho consumado, asumiendo el resultado como algo que ya ha pasado. Así cambiaremos nuestro mundo, viviendo como si ya hubiera habido un cambio en todas las mentes que lo componen.

Wari sigue hablando y contestando a las preguntas que espontáneamente le pregunta Yudica. La observo y casi sin darme cuenta, me recreo en su rostro, en su risa llena de alegría y en lo relajada que se encuentra. Sus ojos brillan intensamente y demuestra el interés que tiene por todo lo que está escuchando. Sigue con sus piernas cruzadas, pero a medida que la conversación se ha hecho menos distante, se ha ido relajando. De vez en cuando me mira, supongo que me he quedado demasiado abstraído observándola. Wari se ha dado cuenta del destino de mi mirada, y dice:

—Ambos habéis realizado un pacto sagrado y un compromiso eterno en presencia del universo. Como testigo está la Pachamama, Diosa madre del planeta, el Tayta Inti, Dios padre sol del universo, y los Apus, grandes espíritus protectores de la montaña. Tenéis una misión, y juntos lo conseguiréis. La unión de vuestras fuerzas cambiará pensamientos y creencias.

Yudica y yo nos miramos algo sorprendidos por el giro que ha tomado la conversación, pero ninguno de los dos decimos nada. ¿Qué puedo contestar? Yudica sonrío con un brillo especial en sus ojos y le sale una leve risita de su garganta. Wari la mira y después le coge una de las manos que reposa sobre sus piernas entrecruzadas. La observa largamente y le empieza a hablar con mucha suavidad.

—Y respecto a ti, muchacha de ojos verdes, sé que dentro de ti se ha librado una batalla muy dura, pero vuelves a resurgir de las profundidades de un oscuro abismo para apreciar el regalo de la vida. Eres una sanadora, aunque tú aún no lo sabes. Y tu poder va más allá de la medicina y de la curación del cuerpo. Tienes el don de curar el alma, jovencita.

Yudica lo mira muy extrañada y no acierta a decir ni una sola palabra. Yo mismo me he quedado callado, y extrañamente sé que todo encaja a la perfección.

—No lo tengo muy claro —dice Yudica muy débilmente. Esta vez se ha quedado muy seria. Wari llena sus pulmones de aire con una profunda inspiración. Casi al instante, comienza a hablar:

—Nuestra filosofía no es muy diferente a la que se explica en este documental. Sabemos que el ego no tiene nada que ofrecernos. A veces nos sentimos dominados por las garras del miedo. Se suelen repetir las mismas acciones y los temores vuelven a resurgir sembrando dudas. Es la represión del ego, que asfixia y te esclaviza. Así que hay que observar y sanar las heridas internas. Solo cuando eres consciente de las ataduras del ego y aceptas las emociones que eso conlleva, te permites ser. Ese es el camino para recuperar el poder personal. Te despojas de tu yo personal, sabes que no eres tus ropas, ni tus roles y comienzas a ceñirte al presente. Es un paso crucial y decisivo el conseguir vivir con el corazón abierto y aceptar tu realidad como tu propia creación. Así, inevitablemente, observas lo que es y no tratas de cambiar nada. Solo con la aceptación de tu realidad, esta puede cambiar. Ese es el camino del despertar dentro de ti. Cuando reposas en un íntimo lugar interior lleno de paz y silencio, te empiezas a dar cuenta de que no eres dependiente de nada ni de nadie, que eres libre. Incluso se ve a la muerte como una liberación de lo viejo y un nacimiento a lo nuevo. Es el momento de enseñar a los demás a Ser. Ese es tu cometido, tu propósito en esta vida. Has conseguido bloquear al ego y vives con el corazón abierto. Te queda la última etapa, busca tu rincón de paz interior. Entonces estarás preparada para Ser y

para ayudar a los demás a Ser. —Le vuelve a apretar la mano que está entre las suyas y añade—: Tienes mucha luz en tu interior, muchacha, y esa luz sirve para alumbrar el camino de otros.

—Pero yo no sabría... no sé. Es extraño todo esto que me dice —contesta turbada.

—No es algo que se aprenda. Son dones que nos han sido entregados y que debemos compartir, puesto que no es algo que nos pertenezca. Cuando esos dones se muestran al mundo, los hechos se abren camino y no tienes que hacer ningún esfuerzo. Es tu propósito, y como tal, se rendirá a tus pies.

Yudica me mira extrañada y yo no puedo hacer ni decir nada, más que cogerle la otra mano libre y besársela con cariño. Aquí estamos los dos algo sobrecogidos, sentados sobre una alta montaña, en un sitio que nos transporta y nos envuelve. Estamos rodeados de una exuberante naturaleza, pequeños bajo la bóveda oscura del cielo adornada de cientos de puntos brillantes y una luna creciente que se oculta tras las nubes. Es inevitable que un embriagador sentimiento de paz nos invada. Wari sigue hablándonos y nos dejamos llevar por su voz vibrante, por su visión amplia, por su magia y sensibilidad. Es maravilloso encontrarte con personas tan conectadas, tan sabias y a la vez tan humildes y humanas.

“Hay una manera de vivir en el mundo que no es del mundo, aunque parece serlo. No cambias de apariencia, aunque sí sonríes mucho más a menudo. Tu frente se mantiene serena; tus ojos están tranquilos. Y aquellos que caminan por el mundo con la misma actitud que tú reconocen en ti a alguien semejante a ellos. No obstante, los que aún no han percibido el camino también te reconocerán y creerán que eres como ellos, tal vez como una vez lo fuiste...”.

Extracto del libro: UCDM

Diario de Yudica

Bien, qué puedo decir, más que estoy encantada con este viaje y con este mundo tan diverso y fantástico que estoy disfrutando. En mi memoria parecen muy lejanos los largos días en el hospital, o cuando trataba de recuperar mi fortaleza física. ¡Es como si hubieran pasado mil años!

Nuestro viaje nos ha llevado a diversos lugares, todos preciosos de Perú, para tratar de recoger testimonios y demostrar con imágenes, el maravilloso mundo en el que vivimos. Aparte del famoso Machu Picchu, Kuelap, las montañas de los siete colores y otros sitios de los que ya no recuerdo su nombre, se grabaron imágenes en el lago Titicaca, lugar que me fascinó. Está a una altitud de unos 3800 m. sobre el nivel del mar, y daba la impresión de que podíamos hacer cosquillas a las nubes con nuestras manos. Esa fue una de las cosas que más me ha sorprendido. Las islas flotantes de los Uros son parte de la Reserva Nacional del Titicaca, construidas artificialmente sobre cañas de

titora. Los uros son los habitantes de estas islas, y es muy curioso porque una de sus comidas principales es la titora, hacen sus casas con titora, sus embarcaciones y hasta sus instrumentos son de este material. Hay unas 87 islas artificiales, y como no pueden producir ningún tipo de frutas ni vegetales, intercambian alimentos en la costa. Cuando caminas por estas islas, tus pies se hunden como si estuvieras andando sobre una cama de agua. Lo negativo de todo esto es que la parte de abajo de estas islas se va pudriendo con rapidez, y debe ser restituida por nuevos juncos constantemente. La atmósfera que se respira casi te hace boquear a causa de la escasez de oxígeno que hay en esta altitud. Cuando Yared comenzó a investigar sobre su ecosistema y la conservación de este, yo me vi completamente desbordada al saber el grado de contaminación que había sobre el lago, cuyo impacto provocaban alteraciones físico-químicas del agua, y cómo no, sobre la flora, la fauna y el propio hombre. La contaminación de las orillas del lago es un problema que llevan arrastrando durante muchas décadas. Hay tantos materiales y vertidos residuales generados por actividades mineras, metalúrgicas y del propio pueblo, que se van acumulando en volumen. Inevitablemente también se consume el agua del lago, y existen numerosos casos de muertes de alpacas y llamas intoxicadas por el mercurio, sin contar con los problemas que tiene el propio hombre.

Son un pueblo increíble, de verdad, y viven tratando de compaginar sus antiguas costumbres con la arrasadora civilización y turismo que los visitan cada día. Este ancestral pueblo rendía culto al puma, al cóndor, a la serpiente y al huarihuilca, pero tengo entendido que la luna era su principal deidad, puesto que les había servido como iluminación para la pesca nocturna.

¡Me gusta este pueblo!, admiro la forma en que desean vivir, la lucha que tienen en su día a día. ¡Qué gran variedad hay en el mundo! Todos tan aparentemente diferentes, pero a la vez tan iguales, con ganas de aferrarnos a algo superior, a las leyes de lo divino, a lo inexplicable.

¡Me lo he pasado fenomenal! Me encanta esta vida, este ir y venir por el mundo, hablar con el cocinero, intercambiar impresiones con los guías y lugareños, admirar lo que nos rodea, y sentir que todos somos parte de este variopinto planeta azul lleno de contrastes. Lo mejor fue cuando nos introdujimos en el río Amazonas. ¡Madre mía! No sabría por dónde empezar. No he visto en mi vida tanta biodiversidad.

Llegamos por el río, y a través de esta vía pudimos acceder a una de las Reservas Nacionales del país, donde lagos y humedales se mezclan con una exuberante e increíble vegetación. Yared estaba muy emocionado observando aves, nutrias y armadillos. Me ha explicado que esta reserva cuenta con más de 1000 especies de

mariposas, una cantidad descomunal de reptiles, anfibios y cerca de 700 aves. ¡Ja! Estaba como loco tratando de no perderse ningún detalle del lugar, sobre todo en busca de unas aves llamadas manaquines. Me ha explicado un montón de cosas sobre esta ave, pero sinceramente, se entusiasma tanto que yo acabo por perder el hilo de sus explicaciones. ¡Ah! También hemos visto un pájaro grande y algo especial, al cual le ha estado echando fotos hasta aburrir. Se llama hoazín y huelen fatal, así que nadie se acerca a molestarlos. Su olor es debido a que usan fermentación bacteriana para descomponer el vegetal que consumen, y el hedor que desprenden es parecido al estiércol. Posiblemente sea este el motivo por el que han logrado sobrevivir durante tantos millones de años, ¿no?

Yo solo puedo decir que a mí me gustaba todo, sin distinción de especie animal o de lugar. Cuanto más nos introducíamos a lo profundo y salvaje de la selva, más me impactaba el lugar. Y aunque parezca inverosímil, ver animales por aquí no es tan fácil como se cree. La mayoría de ellos tienen hábitos nocturnos y su vida transcurre en los altísimos árboles que nos rodean.

Cuando vas caminando por este entorno privilegiado, se hace extraño la gran cantidad de fauna que existe. Hay muchísimos caimanes en sus aguas. Cuando subíamos a las canoas, en ocasiones veía por la superficie del agua asomar sus ojos llenos de curiosidad. ¡Ah!, también hemos visto montones de monos de todo tipo. Un animal que me gustó

mucho es el leoncito, primate catalogado como el más pequeño del mundo. ¡Es una monada! Y los perezosos también me gustan mucho, aunque no los pude ver muy bien ya que siempre están en las copas de los árboles. A medida que andábamos entre esta vegetación tan sorprendente, resultaba menos extraño encontrar tucanes y papagayos de bellos colores.

El río por el que nos desplazábamos es el núcleo central por el que se mueve la vida de esta selva, y también es una fuente exquisita para poder comer. Según se ha explicado en el documental que se está rodando, el río Amazonas representa la quinta parte del caudal fluvial del mundo y puede alcanzar una anchura de 48 km. Es tan grande y espectacular que tiene más de 1000 afluentes, y en sus aguas viven más de 3000 especies de peces y demás animales únicos. ¡Si hasta pudimos comer pirañas! También fue maravilloso ver a los delfines de río, una especie muy amenazada y vulnerable a causa de la caza y al reducido espacio que tienen para vivir. Me he enterado de que a causa de su ceguera y a su natural curiosidad, se acercan demasiado a los cada vez más frecuentes barcos que navegan por el Amazonas, y se hieren con las hélices y las redes de pesca.

¡Ah!, estoy disfrutando de lo lindo. En este documental parece que las secuencias son más rápidas de rodar y se improvisa en la medida que se van encontrando animales, plantas o etnias que parecen ser importantes para su

contenido. De todas formas, creo que Yared se lo está tomando con mucha calma y no deja de cuidarme. Me tiene controlada con la crema solar, con los gorros, con los repelentes... Cuando volvemos a los lodges a descansar, siempre me hace una especie de cuestionario sobre mis impresiones y sobre cómo me encuentro. Yo me hago la inocente, y respondo como una niña buena a todas sus dudas, porque sé que, aunque está disfrutando del mundo natural que nos rodea, no puede evitar protegerme.

A pesar de todas las aventuras del día, es muy agradable volver para descansar a estas altas cabañas de madera que han sido construidas de forma que causen el menor impacto ambiental en el entorno. Cuando salimos todas las noches a la terraza, admiramos nuestro alrededor salvaje, el río ocultando la vida que fluye bajo sus aguas, y la selva dando cobijo a tantos animales que protagonizan una especie de concierto nocturno de forma espectacular. El sonido que todos los animales emiten por la noche es sobrecogedor, y aseguro que aquí se encuentra de todo menos silencio. Y ya no quiero hablar de los mosquitos, este tema me irrita mucho, y tengo ya muy asumido que, aunque me duche en repelente no van a dejar de picarme.

Me gusta mi vida, me gusta Perú, me gusta el lodge donde nos alojamos, admirar la cercanía de la selva amazónica, leer un libro mientras Yared trabaja con el resto del equipo en las zonas comunes, organizar sus próximos compromisos, trabajar juntos sobre futuros proyectos,

discutir sobre las fechas, los lugares y, sobre todo, dormir cada noche con mi amor, despertar entre sus brazos sintiéndome querida, perderme a la mañana siguiente entre la gente, entre las diferentes personas, culturas y gustos, saborear sus comidas y bebidas típicas, oír sus canciones, escuchar historias y volver por la noche a sentirme arropada entre los brazos de Yared. ¿Qué más puedo desear? ¿Cómo no sentir que cada día es una nueva aventura para mí? Con el paso de los días pienso que no me importa tanto dónde voy ni qué voy a hacer. Me siento bien conmigo misma y me acepto tal y como soy, con mis manías, con mis inseguridades y mis posibles rarezas. He dejado de luchar contra todos, y sobre todo he dejado de luchar conmigo misma.

Creo que nos iremos pronto a casa y siento que también tengo ganas de hacerlo. Viajar es muy gratificante, pero también lo es despertar en mi propia habitación, volver a la rutina y disfrutar de toda la gente a la que quiero.

Casi nunca pienso en mis revisiones médicas, ni en las futuras pruebas, ni tan siquiera en lo que voy a hacer cuando llegue a mi hogar. Estoy tranquila y segura. Es como soltar la carga y confiar en algo Superior que te cuida y que nunca te desearía ningún mal. Y es que he comprendido muchas cosas, y una de ellas es que “el mal” no está asociado con dejar de vivir en este mundo. Sé que la vida me irá poniendo migas de pan por el camino para

guiarme. Debo estar atenta, lo sé, pero es extremadamente liberador dejar tu destino en manos de tu destino. ¡Ja!

Ayer por la noche Yared y yo estábamos en la comfortable cama de la cabaña, protegidos por una mosquitera, y hablando de nuestras cosas, comentando la jornada sin dejar de hacernos mimos y caricias continuas. Es nuestro momento íntimo y particular, y me encanta cuando este instante se acerca. Antes de dormirnos me volvió a preguntar si era feliz. Y nuevamente le respondí que sí. Cuando me preguntó el por qué, yo tenía ya la respuesta pensada desde hacía tiempo. ¡Ja! ¡Y acerté! Con una gran sonrisa, Yared me abrazó susurrándome: “respuesta correcta” Después me besó de esa forma que me deja sin sentido. ¡Es lo que tiene estar locamente enamorada! Cuando observas a la persona a la que amas, solamente eres capaz de ver al Ser perfecto que es. Espero que nunca se imponga la locura del ego y oculte a mis ojos la luz que ahora veo en él.

Sí, realmente soy muy feliz.

¿Que por qué? Simplemente por SER quien SOY.

FIN